

EL PODER DE LAS PREGUNTAS

*Ensayos desde **Marx** sobre el Perú y el mundo contemporáneo*

Omar Cavero (Coordinador)



Elvira Concheiro / Andrea D'Atri / Levy del Aguila / Nury García / Jan Lust / Carlos Mejía / Mijail Mitrovic / Armando Negrete / Guillermo Rochabrún / Enrique Sotomayor / Guido Starosta / Rodrigo Steimberg / Gustavo Villar

EL PODER DE LAS PREGUNTAS
ENSAYOS DESDE MARX SOBRE EL PERÚ Y EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

EL PODER DE
LAS PREGUNTAS
Ensayos desde Marx sobre el Perú
y el mundo contemporáneo

Omar Cavero Cornejo
(Coordinador)

Universidad de Ciencias y Humanidades
Fondo Editorial

© EL PODER DE LAS PREGUNTAS.
ENSAYOS DESDE MARX SOBRE EL PERÚ
Y EL MUNDO CONTEMPORÁNEO
Omar Cavero Cornejo (Coordinador)

© Asociación Civil Universidad de
Ciencias y Humanidades, Fondo Editorial
Av. Universitaria 5175 - Los Olivos, Lima - Perú
Teléf.: 528-0948 - Anexo 1249
fondoeditorial@uch.edu.pe

Primera edición: Lima, junio, de 2019

Primera reimpresión: Lima, octubre, 2019

Tiraje: 200 ejemplares

Diagramación: Socorro Gamboa García

Corrección: Luigi Aguilar Quintana

Foto de solapa: Pavel Alarcón

Diseño de portada: Lorenzo Osores

ISBN: 978-612-4109-50-8

Hecho el depósito legal en la Biblioteca

Nacional del Perú N.º 2019-14673

Proyecto de Registro Editorial: 31501170800513

Prohibida la reproducción parcial o total
sin autorización del autor o de la editorial.

Impreso en el Perú / Printed in Peru

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	9
I. UNA APROXIMACIÓN A LA OBRA DE MARX	
1. Una forma de razonar. Sobre la vigencia y los fundamentos del pensamiento de Karl Marx <i>Omar Cavero, PUCP (Perú).</i>	25
II. EL CAPITALISMO CONTEMPORÁNEO, AMÉRICA LATINA Y EL PERÚ	
1. Marx y las tendencias del capitalismo financiarizado del siglo XXI <i>Armando Negrete, UNAM (México)</i>	117
2. El desarrollo capitalista latinoamericano desde la crítica de la economía política <i>Guido Starosta y Rodrigo Steimberg, UNQ (Argentina)</i>	161
3. El desarrollo de la acción colectiva de los trabajadores: clase obrera y sindicalismo <i>Carlos Mejía, UNMSM (Perú)</i>	217
4. Un acercamiento al análisis del desarrollo económico del capitalismo en el Perú <i>Jan Lust, URP (Perú)</i>	259

III. PODER, POLÍTICA Y PROCESOS CONTEMPORÁNEOS

1. Política, Estado y sociedad en la experiencia histórica peruana
Guillermo Rochabrún, PUCP (Perú) 313
2. Dominación, poder y democracia. Notas desde el pensamiento de Karl Marx
Elvira Concheiro, UNAM (México) 395
3. Los nuevos movimientos sociales y el marxismo: algunas claves de lectura
Nury García, PUCP (Perú) 435
4. Nueva oleada del movimiento de mujeres: ¿reencuentro entre marxismo y feminismo?
Andrea D'Atri, UBA (Argentina) 475

IV. PEDAGOGÍA Y ARTE DESDE MARX

1. El marxismo como fundamento antropológico para la construcción de una pedagogía científica
Gustavo Villar, UCH (Perú) 501
2. De la obra al objeto plástico. Pasajes de una crítica marxista del arte en el Perú
Mijail Mitrovic, PUCP (Perú) 539

V. BALANCE POLÉMICO

1. Marx contra el “socialismo real”
Levy del Aguila y Enrique Sotomayor, PUCP (Perú) 581

PRESENTACIÓN

El pensamiento de Karl Marx experimenta hoy una inusitada visibilidad. La multiplicidad de eventos y publicaciones que, en todo el mundo, se han llevado a cabo teniendo como motivo los doscientos años de su natalicio (2018) o el aniversario número ciento cincuenta de la publicación de su obra cumbre, *El capital* (2017), son elocuentes al respecto. Se trata de un fenómeno que cuenta, por lo menos, con ya más de una década de duración. El aparente hito inicial fue la crisis financiera del 2008.

El colapso económico global desatado por *Lehman Brothers*, con repercusiones que son consideradas como más severas que el crack de 1929, puso en cuestión la capacidad de la sofisticada Economía neoclásica tanto para prevenir las crisis que presenta la economía contemporánea –crisis cada vez más recurrentes– como para explicarlas. Por supuesto, recordemos que una explicación no es solo una descripción modelada de lo que ya pasó, algo a lo que nos tienen acostumbrados muchos economistas.

El impacto de la última crisis, junto con la ola de manifestaciones de protesta en Europa y Estados Unidos contra el desmantelamiento de los derechos sociales y el salvataje económico a los bancos

con recursos públicos, trajo de vuelta el nombre de Marx. Su figura, sorpresivamente, comenzó a aparecer en medios donde esta estaba oficialmente vetada.

Al iniciar el 2009, la famosa revista *Time* publicó en su número destinado a Europa, Asia y África, una portada con el título *¿Qué pensaría Marx?* Al interior, un artículo se ocupaba de reflexionar, de forma provocadora, en torno a la posible vigencia de su pensamiento. El 2012, en el diario *The Guardian*, Stuart Jeffries se preguntaba por qué Marx estaba nuevamente de moda y relacionaba el hecho directamente con la crisis capitalista¹.

Un año después, el economista francés Thomas Piketty publicó *El capital en el siglo XXI*, un libro en el que analiza la evolución de la desigualdad global desde el siglo XIX hasta el presente, en crítica directa a la perspectiva neoclásica, predominante en Economía. El trabajo adquirió una popularidad sorprendente y –a pesar del autor, quien no utiliza el marco teórico marxista y se aparta de él en varios sentidos– fue considerado como una suerte de actualización de la obra clásica de Marx. Piketty sería un “Marx moderno”, al decir de *The Economist*.

Las conmemoraciones recientes de la obra y la figura de Marx han tenido como tenor general, por ello, tanto las discusiones sobre la vigencia de su pensamiento como la constatación de su “retorno”. Un retorno demorado, como diría Atilio Borón². Son comunes las metáforas que aluden al regreso a la vida de un pensamiento que se consideraba muerto desde el sentido común mayoritario y los

1 Jeffries, “Why marxism is on the rise again?”, 2012. *The Guardian*. Ver <<https://bit.ly/2sqsLf3>>.

2 Ver “Clase inaugural: por el necesario (y demorado) *retorno al marxismo*”, de Atilio Borón, en Borón, Amadeo y Gonzáles (comp.), *La teoría marxista hoy: problemas y perspectivas*, (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO, 2006).

“consensos” académicos de la posmodernidad. Estaríamos ante “el vuelo del Fénix”³ o el regreso de “el fantasma de Marx”⁴.

Un autor que para muchos había quedado enterrado junto con la experiencia soviética y los “grandes relatos” modernos, hoy parece concitar la atención y haber “regresado”. Si bien para quienes reivindicamos la obra de Marx estas condiciones sorpresivamente favorables no pueden ser menos que una buena noticia, aquel renovado interés debe ser analizado. Todo marxista parte siempre (aunque sea un poco) de la sospecha. ¿Cuáles son los términos de aquel “retorno”? ¿Qué panorama de la producción marxista nos muestra? ¿En qué contexto intelectual nos situamos?

Tales preguntas ameritan un análisis más profundo que el permitido en una presentación como esta, pero adelantemos algunas ideas sobre el momento en que nos encontramos. Lo primero que debe decirse es que este contexto de visibilidad e interés no hace de Marx un autor necesariamente bienvenido en todos los espacios. Mucho menos lo convierte en un autor hegemónico.

En realidad, en la línea de lo señalado por Horacio Tarcus⁵, lo que se encuentra es la predominancia de la reivindicación de un Marx alejado de la política, en buena cuenta domesticado, descafeinado, civilizado. O quizá liberalizado, como en un reciente texto de la página web de la BBC, donde se le atribuye a Marx la responsabilidad

3 Alvarado, David (coord.). *El vuelo del Fénix*. El Capital: *lecturas críticas a 150 años de su publicación*. (Buenos Aires: Red de intelectuales y artistas en defensa de la humanidad, CLACSO, 2018).

4 En Lima, el 2018, el Instituto Goethe realizó un ciclo de conversatorios titulado “El fantasma de Marx”, orientados a discutir la vigencia de la obra de Marx a doscientos años de su nacimiento.

5 Horacio Tarcus, “Marx ha vuelto. Paradojas de un regreso inesperado”, *Nueva Sociedad*, setiembre-octubre 2018. Disponible en <<https://bit.ly/2VmumCq>>.

de un conjunto de derechos sociales actuales, entendidos desde una perspectiva socialdemócrata⁶.

Limados sus filos radicales y desagaviado de las “malinterpretaciones» del marxismo tradicional, el legado de Marx sería motivo o de reflexiones generales vaciadas de todo contenido crítico real o de estudios especializados llevados a cabo por marxólogos. Es fácil constatar que las puertas se cierran y los reflectores se apagan cuando emerge el llamado a la praxis revolucionaria.

Pero aun cuando este llamado tiene lugar, no parece concitar alerta policial alguna, ni movilizar intentos de censura o siquiera de respuesta. ¿Es que Marx, quien consideraba que su obra crítica sobre el capitalismo era “el misil más formidable jamás lanzado a los jefes de la burguesía”, dejó de ser peligroso justo cuando el capitalismo se presenta debilitado?

Una pista para entender esta aparente paradoja se podría encontrar en el punto de enunciación de este retorno de Marx. La producción marxista contemporánea es fundamentalmente académica. Se encuentra inserta en los circuitos universitarios. Sus discusiones tienen pocos o nulos puntos de encuentro con la práctica política de las izquierdas y con los movimientos sociales.

No es algo nuevo ni amerita ir en la búsqueda de responsables de un lado u otro, sea de la academia o de la política. Tampoco hay razones para afirmar, automáticamente, que no debiera haberse llegado a esa situación. Acá la historia aparece con todo su peso fáctico frente a nosotros. Son las circunstancias no elegidas con las que deben lidiar los integrantes de cada época –así deseen cambiar tales

6 Eva Ontiveros, “5 cosas que Karl Marx hizo por nosotros y por las que no le damos crédito”. BBC, mayo 2018. Disponible en <<https://www.bbc.com/mundo/noticias-43975162>>.

condiciones–, como Marx lo recordaba en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*⁷.

La lejanía entre la reflexión intelectual desarrollada desde la obra de Marx y la política revolucionaria no es reciente. Se remonta a mediados del siglo XX o incluso un poco antes. Como señala Perry Anderson en su análisis del “marxismo occidental”⁸, ante la ortodoxia soviética –siempre a la caza de desviaciones y revisionismo–, las reflexiones marxistas más creativas –por necesidad, heterodoxas–, se fueron situando progresivamente en el ámbito universitario. Es, además, un siglo en el que la producción intelectual, marxista o no, se profesionaliza en los circuitos académicos formales.

No es el lugar para reproducir esa historia a detalle. Valga señalar solamente que la caída de la URSS y, con ella, del marxismo ortodoxo defendido por sus órganos oficiales, llevó tanto a que la mayoría de organizaciones de izquierda abandone los objetivos revolucionarios como a que la producción marxista se bifurcara en dos sentidos. Por una parte, un sector quedó reducido a pequeños círculos en resistencia, marcados por el dogmatismo, donde el marxismo es carta de identidad antes que un pensamiento vivo. Por otra, se siguió desarrollando reflexión marxista en el ambiente universitario, aunque sin la popularidad e influencia de los tiempos de auge vividos entre los años sesenta y setenta del siglo anterior.

El panorama de la producción marxista en las últimas décadas es heterogéneo. Con múltiples reinterpretaciones de la obra de Marx, que marcan debates internos diversos, y una amplia gama de variantes disciplinares, regionales e institucionales, es posible constatar

7 K., Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, (Buenos Aires: Ediciones Libertados, 2004).

8 Anderson Perry, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, (México D.F.: Siglo Veintiuno, 1979).

que se trata de una producción activa, de un marxismo vivo. Este es un rasgo que también debe ser destacado.

Javier Amadeo, en un reciente ensayo⁹ desarrolla un “mapeo del marxismo” en el que muestra una enorme diversidad de autores y debates. La caída del bloque soviético y la proclama del fin de las ideologías, no significó la desaparición de la reflexión marxista –si bien esta no fue impermeable ante las sensibilidades y tesis posmodernas–. Pero aquella permanencia no fue general ni se llevó a cabo del mismo modo en todos los países. El contexto actual está marcado por las particularidades de la producción nacional o regional. Los autores y debates que tienen lugar en el marxismo inglés tienen pocos puntos de contacto con el marxismo francés o italiano. A su vez, tales debates dialogan poco con las reflexiones de exponentes marxistas en Estados Unidos y con la producción latinoamericana. En nuestra región, la activa producción marxista en Argentina, México o Brasil, presenta intercambios relativamente escasos entre sus ámbitos nacionales de discusión.

En ese escenario el sello transversal será, como ya se dijo, la distancia entra la reflexión y la política real y el carácter académico profesional, muchas veces marcado por la propia división disciplinar y los rigores que imponen las instituciones que regulan la producción científica: acreditaciones agobiantes, publicaciones en revistas indexadas, cierta cantidad de ponencias internacionales por año y demás indicadores de productividad.

Pero, al mismo tiempo, tendremos casos de países en los que el marxismo ha sido dejado prácticamente fuera de la academia (y, por supuesto, también de la política). Sea por expulsión o por pacífica retirada. No sería aventurado afirmar que estos son los casos

9 Borón, Amadeo y Gonzáles (comp.), *La teoría marxista hoy: problemas y perspectivas*, (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO, 2006).

mayoritarios. Nuevamente, las características de las realidades académicas nacionales son diversas, por lo que es difícil plantear explicaciones generales. Pues bien, uno de esos casos es el peruano.

En las ciencias sociales peruanas el marxismo encontró un importante espacio de desarrollo intelectual, de la mano de académicos que reflexionaban, con recurrencia, tanto desde las universidades como desde su labor militante en partidos de izquierda. Podríamos afirmar que la producción intelectual más creativa en el pensamiento social de la segunda mitad del siglo pasado en el Perú, partía de reflexiones, categorías o debates que tenían su matriz central en el trabajo crítico marxista. Desde los años noventa en adelante, sin embargo, el panorama cambia de manera radical.

Las razones son de diverso orden y combinan tanto cambios en la propia sociedad peruana como dentro de los círculos intelectuales nacionales e internacionales. Incluso, muchos de los exponentes centrales de aquella producción crítica, fueron dejando atrás el marxismo para pasar luego a renegar de él haciendo uso de los lugares comunes que se impusieron desde el discurso dominante. Marx sería economicista, totalizante, no habría lugar para la agencia, no habría comprendido la política, etcétera.

El resultado es la inexistencia de una comunidad intelectual marxista en el país. Quienes desarrollan reflexiones sistemáticas y serias desde Marx, se cuentan con los dedos. Su labor la llevan a cabo, muy generalmente, insertos en redes internacionales donde aquella producción pueda ser bien recibida o desde la marginalidad académica individual, como voces solitarias ignoradas por las redes que dominan los circuitos académicos locales. Serán aún menos los que produzcan marxismo creativamente en el ámbito político, en un sentido distinto a la resistencia autoafirmativa del dogmatismo.

No obstante, los fenómenos contemporáneos exigen explicaciones que las corrientes académicas predominantes, parceladas,

concentradas en el detalle, en el caso, en el gris, encerradas en la presión por la sofisticación metodológica, obsesionadas por el dato duro y por el lenguaje innovador, se muestran impotentes de ofrecer. Aquí aparece el nombre de Marx nuevamente, pero exigido por otras voces.

Junto con el aggiornado interés en Marx de revistas como *Time* o diarios como *The Guardian*, está también el menos promocionado interés de las nuevas generaciones de estudiantes, activistas y militantes por su obra. Es posible percibir una búsqueda de teoría social crítica novedosa, que permita ver el conjunto social y vislumbrar posibilidades de cambio. Ante esos ojos, la obra de Marx aparece como una vasta fuente de reflexiones.

El contexto actual se presenta, por tanto, como una oportunidad para el pensamiento marxista. La visibilidad reciente de la figura de Marx permite no solo visibilizar una producción activa, sumamente fértil, que tiene lugar en varios países; sino también tejer puentes entre producciones y debates que hoy tienen un excesivo sello nacional y disciplinar. Puede ser ocasión para avanzar hacia la constitución de una comunidad amplia de producción y debate marxista, que recupere el carácter transnacional que el pensamiento de Marx tuvo desde sus inicios. En ese camino, la ausencia de la persecutoria presión del marxismo oficial y el mayor acceso que se tiene hoy a la obra de Marx, constituyen un terreno favorable para la creación y el trabajo crítico.

Del mismo modo, el descrédito de la producción académica hegemónica y la urgencia de explicaciones integrales y creativas de los fenómenos sociales contemporáneos, ante los que se enfrentan los movimientos sociales y las generaciones jóvenes de estudiantes y militantes, son una oportunidad también para que la reflexión marxista se acerque a la práctica política. La potencia de la obra de Marx es difícil de entender sin el vínculo estrecho entre su labor crítica y su práctica política activa, del lado de la clase trabajadora.

Se extiende hoy la sensación general de vivir en un capitalismo sin control, portador de impredecibles crisis e impotente para asegurar niveles mínimos de empleo y bienestar para la gran mayoría de la humanidad. Crece, asimismo, la certeza de que, a menos que haya cambios sustanciales, el colapso ecológico será inminente en pocos años. Muchos jóvenes ven su propio futuro en juego, pero las explicaciones y salidas ofrecidas por corrientes que no cuestionan los cimientos del orden social, se muestran insuficientes.

La extensión de fenómenos como la violencia terrorista, la disputa militar por recursos naturales, el crecimiento de problemas de salud mental asociados con la ansiedad y la depresión, el crecimiento de las economías ilegales y la corrupción, las grandes migraciones internacionales, el aumento de la presencia y del poder de posturas neofascistas, la amenaza de desaparición que enfrentan los pueblos indígenas, las múltiples manifestaciones de violencia que padecen las mujeres y acaban con sus vidas, etc., pueden encontrar en la obra crítica marxista no solo explicaciones superiores a las que predominan hoy (incluso en el campo del activismo), sino también la posibilidad de vislumbrar un camino para su superación histórica.

La presente publicación se ubica en ese ánimo de tejer puentes dentro del marxismo y de acercar esas reflexiones a las organizaciones sociales y políticas. Por ello, antes que centrar su atención en argumentar la vigencia de Marx, como si hacer marxismo hoy fuera un comenzar de cero, el énfasis ha sido puesto en presentar a un marxismo vivo que se enfrenta con la realidad concreta. La apuesta de partida es que, desde las categorías y el razonamiento marxista, no solo determinados fenómenos pueden ser entendidos con mayor profundidad, sino que algunos de ellos solo de ese modo pueden ser percibidos y delineados.

En el presente libro se encontrarán las colaboraciones de diversos autores y autoras que se desempeñan en el Perú, Argentina y

México, y que fueron invitados a realizar análisis marxistas sobre un conjunto de temas centrales de la realidad peruana y contemporánea. Estos temas se agrupan en cinco bloques que organizan la publicación.

El primero de ellos tiene como objetivo discutir los términos de la vigencia de Marx y exponer los fundamentos del razonamiento y de las categorías marxianas. Por una parte, brinda al lector herramientas para dialogar y comprender los demás ensayos del volumen. Por otra, expone una manera posible de acercarse a la obra marxista poniendo énfasis en la forma de concebir y estudiar la realidad que Marx puso en práctica. Solo comprendiendo esa manera de razonar es posible seguir produciendo marxismo. El ensayo que aborda esta tarea estuvo a cargo del coordinador de la publicación.

La segunda parte del libro reúne cuatro ensayos orientados a analizar el capitalismo contemporáneo y diversos tópicos económicos relacionados. El primero de ellos estuvo a cargo de Armando Negrete, quien basado sobre todo en los tomos segundo y tercero de *El capital* desarrolla una hipótesis marxista sobre el carácter de las crisis capitalistas contemporáneas, con claro protagonismo del capital financiero. El segundo ensayo tiene como autores a Guido Starosta y Rodrigo Steimberg. Su ensayo analiza la especificidad del capitalismo latinoamericano y ofrece una rica discusión crítica de la tradición dependentista, que busca ser superada desde la economía política de Marx. El tercer ensayo lo desarrolla Carlos Mejía, quien expone y analiza el devenir histórico de las luchas organizadas de la clase obrera peruana y, el cuarto, a cargo de Jan Lust, retoma la discusión sobre el capitalismo contemporáneo, pero, en este caso, en su expresión en el Perú. Al respecto, Lust propondrá una interpretación sobre el carácter actual del capitalismo peruano.

El tercer bloque del libro lo conforman cuatro ensayos orientados a tratar fenómenos actuales relacionados con el poder, la política y los movimientos sociales. El primero es la colaboración de Guillermo Rochabrún, quien presenta un original y ambicioso ensayo sobre

la trayectoria histórica de la formación social peruana y el lugar que en ella tiene la dimensión política, como un ámbito con un particular poder explicativo del conjunto. Le sigue el trabajo de Elvira Concheiro, orientado a discutir la política y la dominación desde una perspectiva que supere las parcelaciones disciplinares y recupere la totalidad. En su trabajo muestra cómo la economía política marxista ilumina la realidad del poder y la dominación dentro de la producción capitalista. Como tercer ensayo, Nury García aborda desde la obra de Marx y de la producción marxista contemporánea, un conjunto de desafíos que enfrentan el día de hoy los movimientos emancipatorios. Finalmente, la sección cierra con el ensayo de Andrea D'Atri, quien analiza el momento actual del feminismo y discute los puntos de encuentro entre este movimiento y la perspectiva marxista.

La cuarta sección del volumen reúne los ensayos de Gustavo Villar y Mijail Mitrovic. La sección aborda dos temas relacionados con las humanidades y el arte. El texto de Villar entra en las discusiones pedagógicas actuales desde una perspectiva ontológica. El autor se pregunta por cuáles son las concepciones antropológicas del ser humano que predominan en la pedagogía y argumenta cómo una concepción marxista puede superar las limitaciones que estas presentan en materia pedagógica. Por su parte, Mitrovic recuperará la tradición crítica de las reflexiones estéticas desarrolladas en el Perú en la segunda mitad del siglo XX y planteará un conjunto de reflexiones marxistas para el análisis artístico contemporáneo.

La última y quinta sección procura un cierre polémico, a modo de aporte para el debate. Aborda un tema central tanto para la reflexión marxista como para la izquierda contemporánea: ¿qué balance puede hacerse de la experiencia del “socialismo real”?, ¿qué decir desde la obra de Marx? La sección es desarrollada por el ensayo de Levy del Aguila y Enrique Sotomayor. Los autores reconstruyen las características históricas de las diversas experiencias socialistas que tuvieron lugar durante el siglo pasado y ensayan un balance teórico y político desde la obra de Marx.

Como puede apreciarse, el libro no constituye una defensa teórico-abstracta de la obra marxista y se encuentra bastante lejos de ser una reivindicación de tesis cerradas, autoevidentes, en la búsqueda de defensores. Los ensayos aquí reunidos parten de Marx, pero buscan, sobre todo, desarrollar su pensamiento en el diálogo directo con la realidad. Abren agendas para la reflexión, la investigación y la acción desde el marxismo. Antes que un marxismo de repetición, el lector encontrará un marxismo de creación. De ahí el nombre de este volumen.

Marx y Engels decían en *La ideología alemana*, frente a los filósofos de su tiempo, que los intentos de sus adversarios por innovar y revolucionar el pensamiento de su época, caían en saco roto por no haber logrado salir de los términos de partida de las formas de razonar que sostenían las ideas que querían superar. El problema estaba en las preguntas¹⁰. La obra marxista es fundamentalmente crítica. El poder de su obra radica, fundamentalmente, en el poder de sus preguntas.

Quisiera aprovechar, finalmente, para expresar mi agradecimiento a los autores que participaron en esta publicación por aceptar desarrollar ensayos originales que hicieran realidad este proyecto. No solo demostraron un trabajo riguroso y serio en la elaboración de sus textos, sino también gran flexibilidad y apertura para recibir comentarios que aseguraran la armonía del conjunto del libro.

Del mismo modo, quisiera manifestar mi gratitud con la Universidad de Ciencias y Humanidades (UCH) por permitirme preparar y coordinar esta publicación en un clima de total libertad y apoyo

10 “No solo sus respuestas, sino también los problemas mismos, llevan consigo un engaño”. Karl Marx y Friedrich Engels. *La ideología alemana. Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas*. (Barcelona: Grijalbo, 1974), 15.

institucional. En particular, esta publicación no hubiera sido posible sin el concurso del profesor Roberto Cotrina y del director del Fondo Editorial de la UCH, Balmes Lozano. Fue vital, asimismo, el apoyo de los profesores Carlos Díaz y Fernando Alvarado, la asistencia de Deisy Lévano y los comentarios brindados al proyecto inicial por Guillermo Rochabrún. Mi agradecimiento a todos ellos.

Omar Cavero

Lima, 18 de junio de 2019

I

Una aproximación a la obra de Marx

UNA FORMA DE RAZONAR. SOBRE LA VIGENCIA Y LOS FUNDAMENTOS DEL PENSAMIENTO DE KARL MARX

*Omar Cavero**

1. Introducción

La cuestión de la vigencia y las rutas posibles

Al enfrentarnos a la cuestión de la vigencia de la obra de Marx es común encontrarnos con diversos tipos de interpelaciones. Resulta casi imposible no lidiar con ellas. Se trata de objeciones de lo más variadas. Hablar de Marx, al menos en el medio desde el que escribo, tiene un componente inevitablemente defensivo. Debe argumentarse por qué hacerlo. No estamos ante un autor hegemónico.

Para muchos, mostrar interés en Marx el día de hoy se presenta como una excentricidad o acaso como una forma de revivir a un viejo enemigo que se asumía vencido. Si bien en los últimos diez años

* Licenciado en Sociología y Magister en Economía por la Pontificia Universidad Católica del Perú, universidad en la que se desempeña como docente en el Departamento de Ciencias Sociales, a cargo de los cursos de realidad nacional e investigación social. Su producción intelectual aborda el estudio del mundo laboral y educativo, la realidad política peruana y la teoría marxista. Lleva a cabo un constante trabajo de formación popular desde la Escuela permanente de estudios de la realidad peruana, escuela impulsada por el Movimiento Socialista Emancipación, donde milita activamente. Correo de contacto: cavero.omar@gmail.com

parece haber un renovado interés en su obra en diversos ámbitos académicos y culturales del mundo, al punto de llegar a hablarse del “retorno a Marx”¹, la hostilidad persiste.

Todo intento por ocultarla bajo el manto de la curiosidad intelectual en torno a un Karl Marx “interesante” pero inofensivo, apolítico, se cae por completo cuando aquel pensamiento muestra sus bríos revolucionarios y se torna definitivamente incómodo.

Se asume que Marx no es vigente. “Volver” a su pensamiento sería un arcaísmo. Ya estaría “demostrado” que sus planteamientos fueron erróneos. Como se sabe, tales enjuiciamientos no son nuevos. Más de una vez se ha proclamado la muerte y el fracaso del marxismo, incluso mucho antes de la caída del bloque soviético².

Reinventadas constantemente, disfrazadas con nuevas fórmulas, las afirmaciones sobre su caducidad reposan hoy en el sentido común de un espectro amplio de personas. Se encuentran en la opinión de la gente de a pie, que consume la producción ideológica de los sectores dominantes. Se encuentra en la abierta confrontación política, donde atacar al marxismo (o solo acusar de marxista al adversario) es casi siempre un buen negocio. Está presente también en la academia y en sus propias (no siempre formales) verdades asumidas.

1 Ver el texto de Atilio Borón “Clase inaugural: por el necesario (y demorado) retorno al marxismo”, en Atilio Borón, Javier Amadeo y Sabrina Gonzáles (comps.). *La teoría marxista hoy: problemas y perspectivas*. (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO, 2006). Para una visión crítica sobre el carácter de aquel retorno, ver Horacio Tarcus. “Marx ha vuelto. Paradojas de un regreso inestperado”. *Nueva sociedad*, N° 280, 2018. Disponible en <<http://nuso.org/articulo/marx-ha-vuelto/>>.

2 En la década de 1920, José Carlos Mariátegui polemizaba con Henri De Man, quien planteaba que el marxismo se encontraba en crisis. Ver: José Carlos Mariátegui, *Defensa del marxismo*, (Lima: Amauta, 1967).

La variedad de estas réplicas dificulta su tratamiento, pero es posible reunir las en cuatro grandes grupos. Están, primero, las ya conocidas y panfletarias acusaciones contra Marx en el plano personal, que lo muestran como alguien que nunca trabajó, que se dedicó a llevar una vida desordenada, que no priorizó a su familia, etc. No habría que mencionar estos ataques falaces que pretenden refutar un pensamiento atacando a su portador (con más de una mentira), si no fuera porque no es poca la gente que cree en ellos ni pocos los difusores de tales caricaturas³.

Están también las refutaciones relacionadas con las predicciones de Marx. Sobre este segundo punto abunda la producción, más fuera que dentro de la academia. El capitalismo, se afirma, no habría empobrecido a los obreros de las potencias industriales al borde de la desesperación, sino que, por el contrario, hoy los trabajadores ingleses, alemanes o estadounidenses, tendrían niveles de vida propios de una cómoda clase media. Los sindicatos y los partidos de trabajadores se habrían acomodado al sistema, dejando sin sustento la apuesta de Marx por el proletariado como sujeto revolucionario. El capitalismo habría salido airoso de múltiples crisis que, en cada oportunidad, se pensaron como terminales y definitivas. Las profecías del adivino alemán no se habrían cumplido⁴.

3 Un ejemplo de esos ataques se encuentra en la columna “Mitos ¿A la altura de su leyenda? Karl Marx: Haz lo que yo diga, pero no lo que yo haga”, escrita el 2015 en el diario español *La Gaceta*. *Disponible aquí*: <<https://gaceta.es/noticias/karl-marx-haz-diga-haga-16102015-2227>>. Isaiah Berlin, sin ser marxista, desmiente varios de esos ataques en 1939 en la famosa biografía que realiza de Karl Marx. Ver Isaiah Berlin, *Karl Marx*, (New Jersey: Princeton, 2013).

4 Conviene recordar que tales afirmaciones ignoran, por ejemplo, que la mayoría de los derechos sociales con los que cuenta la clase trabajadora de los países de ingreso alto fueron conquistas del movimiento sindical. Del mismo modo, al atender al sistema capitalista global es fácil notar que la transnacionalización de las cadenas productivas ha permitido que las actividades industriales se trasladen a países donde la mano de obra es menos costosa, configurando un proletariado industrial con condiciones sumamente precarias de vida.

Se afirma, por otra parte, que sus planteamientos políticos, con el fracaso de las experiencias socialistas, habrían demostrado ser fallidos. Más aún, se sostiene con frecuencia que la importancia dada a la lucha de clases –vista, equivocadamente, como una cuestión prescriptiva y no descriptiva– y la apuesta por lograr la “dictadura del proletariado”⁵, habrían sido la causa de grandes atentados contra la humanidad. Marx sería poco menos que el ideólogo detrás de innumerables maldades y solo cabría recordarlo, si acaso nos avenimos a hacerle esa póstuma concesión, realizando los deslindes respectivos.

Finalmente, junto a las réplicas anteriores encontramos aquellas orientadas a identificar vacíos y vicios en su obra, leída desde la sensibilidad activista contemporánea. Marx no habría dado la importancia suficiente a la cuestión ecológica. Habría ignorado la problemática de género. Su obra no escaparía del horizonte eurocéntrico y tendría poco que decirles a los pueblos indígenas. La diversidad y la subjetividad no habrían sido tratadas con importancia (“de seguro por eso se olvidó de la libertad”, podríamos escuchar). En este grupo se incluyen sentencias escuchadas como definitivas en las aulas universitarias que aseguran que la obra de Marx era determinista en lo económico y que el sujeto quedaba anulado en su esquema teórico⁶.

Los cuestionamientos centrales con los que se lidia usualmente, desarrollados con más o menos seriedad o con mayor o menor sistematicidad, han tendido a centrarse –si dejamos de lado los ataques

5 El término suele entenderse, en sentido liberal, como autoritarismo formal y anulación de una siempre deseable competencia pluralista que niega la existencia de clases sociales. La dictadura del proletariado, más bien, apunta a la dominación de clase, que puede efectuarse bajo regímenes políticos diversos y con un recambio periódico de autoridades.

6 Es larga la lista de ese tipo de críticas. Comúnmente, se confunden la crítica a un sector del marxismo, reacio a incorporar esas reflexiones y agendas, con la crítica directa a la obra de Marx.

ad hominem– en las predicciones, las propuestas políticas y los diagnósticos de Marx.

Ante ello, una vía posible para abordar la cuestión de la vigencia de su obra consiste en refutar tales ataques. El libro de Terry Eagleton, *¿Por qué Marx tenía razón?*⁷, es un ejemplo elocuente de ello. Dado que una importante cantidad de tales interpelaciones se basan en caricaturas, en lecturas parciales o en abiertas mentiras, sería una ruta plausible y necesaria para discutir la validez actual de la obra de Marx sobre la base de un terreno parejo, libre de medias verdades.

Esa vía tiene, como es evidente, un inevitable contenido político, como lo tiene la sola discusión sobre la vigencia de la obra de Marx. Los ataques que he reseñado gruesamente no son casuales. Su origen, en la mayoría de los casos, es de corte reaccionario. Son respuestas formuladas desde la clase dominante. Buena parte de ellas forman parte de sistemáticas contraofensivas enfiladas contra la “amenaza comunista” durante la mayor parte del siglo XX. Ante un pensamiento revolucionario, es natural que emerjan respuestas orientadas a sepultarlo.

Sostener su vigencia, entonces, nos obliga a asumir una posición defensiva. Al ubicarnos en ella, la discusión puede correr el riesgo de tomar la forma de un atrincheramiento de posiciones, donde la afirmación de la validez del marxismo se confunde con la sacralización de la producción de Marx (y de él mismo). El riesgo es mayor si se plantea tal reivindicación desde una posición minoritaria y en resistencia, sobreviviente. Ahí podría estar en juego la propia identidad. Identificar un error o un punto ciego en su obra constituiría una concesión al enemigo.

Alejarse de la defensa cerrada de la completitud y perfección de su pensamiento, concebido como acabado y portador de la verdad,

7 Terry Eagleton, *Por qué Marx tenía razón*, (Barcelona: Editorial Península, 2015).

fuelle del sentido completo de la existencia del marxista, puede ser visto como una imperdonable “herejía”⁸ o como peligroso revisionismo. Si hubiera que imaginarla alegóricamente, este tipo de defensa de Marx se nos presentaría como una procesión de hombres y mujeres con rostros solemnes, sosteniendo entre varios un cuadro con la imagen del profeta. Alrededor suyo, rudos guardianes armados con antorchas iluminarían una oscura noche de la que pueden emerger feroces enemigos en cualquier momento. Todo culminaría con recitaciones de fragmentos del libro sagrado.

Como lo adelanté, aquellas defensas dogmáticas no solo constituyen un riesgo latente, sino que, efectivamente, existen. Sin ser nuevas, su subsistencia y renovada dureza pueden explicarse por la posición de resistencia a la que el marxismo ha sido obligado a ubicarse, más aún tras el abandono de este horizonte teórico-político por parte de una cantidad importante de intelectuales (antaño fervientes marxistas) y por casi la totalidad de organizaciones de izquierda que participan en el sistema político. Existen incentivos para un dogmatismo defensivo. Aquella resistencia, sin embargo, trunca la capacidad creadora. Todo estaría dicho. No cabría más que repetirlo y, como un pensamiento separado de la dinámica histórica, *aplicarlo*.

Pero esta defensa política –inevitable, como digo– del pensamiento de Marx, puede evitar el riesgo dogmático y ser más fértil en su desarrollo si se opta por una segunda vía para abordar la cuestión de la vigencia. Más allá de defender las predicciones, propuestas y diagnósticos, es posible ir *más atrás* (o *más al fondo*) y buscar comprender cuál fue el razonamiento de Marx *para llegar precisamente a tales predicciones, propuestas y diagnósticos*. Esta

8 Esa fue la respuesta que recibí de un asistente a un conversatorio sobre la vigencia del pensamiento de Marx, desarrollado el año 2018 en una universidad peruana, donde expuse estas ideas.

indagación, de hacerse con el rigor debido, permitiría no solo comprender cómo Marx desarrolló sus principales planteamientos, sino también entender la razón detrás de los errores u omisiones que su obra pueda presentar.

Más aún, de comprender a fondo el razonamiento que orientó su trabajo, de aprehender la lógica interna de su pensamiento y la profundidad de sus categorías analíticas, es posible superar las limitaciones que la obra marxista haya podido presentar, relacionadas, en algunos casos, con el horizonte mental de su época, con la información empírica disponible en el siglo XIX o con las características del desarrollo capitalista que Marx pudo presenciar. En especial, permitiría ponderar la centralidad o no de los yerros que identifiquemos, según su lugar en el cuerpo general de sus ideas.

Lo más valioso de esta vía radica, entonces, en que podríamos superar las propias limitaciones de Marx *marxistamente*; algo así como “ajustar cuentas con Marx desde Marx”⁹ y continuar elaborando pensamiento marxista, creando desde su obra. Solo si aquello es posible cabe llamarse a uno mismo marxista sin convertir tal etiqueta en una identidad totalitaria cercana al compromiso de un feligrés con sus escrituras sagradas. Esta vía es la que destaca José Carlos Mariátegui cuando se refiere al marxismo y al socialismo –indesligable para él del marxismo– como una empresa a ser realizada con vocación creadora¹⁰.

El valor de la obra de Marx se encuentra, en lo fundamental, en su carácter de teoría; es decir, en la posibilidad de brindarnos *una forma de razonar* el mundo y de hacernos preguntas sobre este:

9 Tomo esta frase, y el ánimo que ella recoge, de Guillermo Rochabrún.

10 “No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica”. Alberto Flores Galindo y Ricardo Portocarrero. *José Carlos Mariátegui, Invitación a la vida heroica*, (Lima: Fondo Editorial del Congreso, 2005), 452.

una forma de inteligir la realidad, de observarla coherentemente. Si aquella teoría es válida, lo será en tanto sea una teoría abierta a seguirse desarrollando, un desarrollo que, dado su entronque con la realidad histórica en movimiento, es más que solo una “aplicación” o una “comprobación”. Visto de este modo, el pensamiento de Marx estaría vivo, permitiría comprender fenómenos que incluso el propio autor no llegó a presenciar.

Ahí radica, además, su valor revolucionario: en ser una potente herramienta para la crítica radical, en permitirnos plantear las preguntas que la clase dominante no quiere que sean hechas (o que esta misma se ve impedida de formular). Marx consideraba, por ejemplo, que su libro más importante, *El capital*, era “sin lugar a dudas el misil más terrible que se haya lanzado jamás a los jefes de la burguesía (incluidos los terratenientes)”¹¹.

¿Utilidad del pensamiento de Marx?

No obstante, llegados a este punto, el tema en cuestión no ha quedado resuelto. Hemos identificado una ruta para discutir la vigencia de la obra de Marx, pero transitarla supone delimitar los términos de la discusión. ¿De qué vigencia hablamos? ¿Qué significa que un pensamiento sea vigente? De partida, descartemos la acepción “arqueológica” o histórico-documental del tema; es decir, que el pensamiento de Marx sea válido solo para comprender el desarrollo histórico del siglo XIX y el devenir de las ideas posteriores a él. Si bien aquella aproximación puede ser de interés para

11 En carta escrita a Johann Philipp Becker en 1967, Marx decía, sobre su libro, pronto a ser impreso: “The title is Capital. A Critique of Political Economy. The first volume comprises the First Book: ‘The Process of Production of Capital’. It is without question the most terrible missile that has yet been hurled at the heads of the bourgeoisie (landowners included)”. Tomado de <https://www.marxistsfr.org/archive/marx/works/1867/letters/67_04_17.htm>.

entender el lugar del marxismo en la historia, será descartada en nuestro análisis.

Acotemos la cuestión de la vigencia al presente, ¿cabe recurrir a Marx en el siglo XXI?, ¿cabe llamarse marxista hoy?, ¿por qué seguir pensando la realidad contemporánea desde la teoría que Marx elaboró? Las preguntas planteadas, si bien permiten dar un paso más, tampoco delimitan de forma del todo satisfactoria la cuestión. En el fondo ocultan la posibilidad de una formulación que he evitado (explicaré en breve por qué) y que no es neutral: ¿*nos sirve* la obra de Marx para entender la realidad de hoy? La interrogante trae consigo el riesgo de caer en un error de gran relevancia. Veamos.

Como lo analizaremos más adelante, una práctica recurrente al acercarse a Marx ha sido juzgar su obra en términos positivistas e, incluso, utilitaristas o pragmáticos (en el sentido popular del término). Tales aproximaciones han concebido al marxismo como un cuerpo de conceptos cerrados que buscan modelar la realidad y que serán válidos o inválidos en tanto sus predicciones sobre ella sean acertadas o no. La teoría sería “aplicada” externamente a la realidad empírica concreta y también podría ser juzgada en términos abstractos, formales; vale decir, ideales, “puros”.

Desde su versión utilitarista, el mismo principio se validaría en función de la utilidad para los fines de que se trate, así estos no se reconozcan de forma explícita. En sus expresiones más burdas, tendremos posiciones de derecha que señalarán que el marxismo está relacionado con episodios violentos y que, por tanto, *no sirve* para lograr consensos. Sería un pensamiento que divide, que busca resaltar el conflicto de intereses antes que los puntos de concordia. En la otra orilla aparecerá una lógica similar: el marxismo es una herramienta de combate, brinda identidad, permite identificar al enemigo, *sirve* para el trabajo político radical.

Estas aproximaciones son erróneas, pues colisionan directamente con los puntos de partida del razonamiento marxista; en particular, con su concepción del trabajo crítico. Como lo

demostró Max Horkheimer en su ensayo clásico *Teoría tradicional y teoría crítica*¹², el pensamiento marxista parte del análisis crítico de la realidad concreta, entendido este como la develación dialéctica de esta realidad, la superación de la forma de apariencia que esta reviste, con la finalidad de identificar y hacer inteligibles sus determinaciones internas.

Este punto lo ampliaré a lo largo del ensayo. Por lo pronto, establezcamos que se trata de un pensamiento arraigado en la historia real. Sin cortar nunca su conexión con esta, busca traducir idealmente la forma del movimiento histórico. Según la concepción marxista de la conciencia, la elaboración de ideas no se encuentra desapegada de las condiciones materiales de existencia de quienes las elaboraron. No es un pensamiento que pueda ser validado en el sentido positivista típico, consistente en la comprobación empírica externa de una teoría que se presenta siempre como hipótesis (y que puede formularse sobre la base de supuestos o axiomas).

Si bien se enmarca en el razonamiento científico y lo defiende de forma radical (rechaza toda metafísica), su obra encuentra su especificidad en la *concepción materialista de la historia*. Esta concepción determina la comprensión marxista de la labor científica y, por tanto, los términos de su validez. Como lo argumentaré en las páginas que siguen, se trata de una ontología específica que, como tal, entraña una determinada epistemología; es decir, una forma de conocer.

En suma, solo es posible determinar la vigencia del pensamiento de Marx si comprendemos los cimientos de su ontología, las características del proceso de investigación y teorización al que da lugar, la profundidad y pertinencia de sus categorías y las implicancias tanto teóricas como prácticas de su razonamiento.

12 Max Horkheimer, *Teoría crítica*, (Buenos Aires-Madrid: Amorrurtu editores, 2008).

Pretensión del ensayo

El presente ensayo brinda aportes en esa dirección. Tiene como objetivo aproximar al lector a los fundamentos de aquella forma de razonar. No es una tarea sencilla. Marx no dejó algún escrito formal sistemático orientado a comprender la lógica teórica que subyace en su obra. Tampoco se trata de un asunto poco atendido por la producción marxista, de modo que esté diciendo algo estrictamente nuevo. La cuestión del “método” ha sido ampliamente abordada en el segundo tercio del siglo XX por diversos autores, sobre todo aquellos ubicados típicamente en el llamado “marxismo occidental” y el debate motivado por ellos ha sido descontinuado, dejando atrás una voluminosa –y a veces enrevesada– producción.

No es mi intención ni proponer una sistematización formal del razonamiento marxista ni retomar el debate sobre el método, para plantear alguna visión novedosa o superior. Mucho menos está en mis aspiraciones elaborar una suerte de manual o guía para la lectura de Marx. Antes bien, me interesa proponer algunas claves para la lectura contemporánea de su obra en el sentido ya indicado: como una forma de comprender la realidad, una fuente de preguntas antes que de dogmas, un pensamiento fértil y abierto a la creación; es decir, abierto a la elaboración teórica, la investigación empírica y la crítica radical de las ideas y relaciones dominantes de nuestra realidad sociohistórica.

A los lectores que alistan las acusaciones de academicismo o revisionismo a este énfasis puesto en el razonamiento marxiano y no en la defensa de los diagnósticos, las predicciones y las prescripciones políticas, me adelanto en decirles que es en la labor crítica donde se encuentra el arma más poderosa para la *praxis política* que Marx pudo legarnos.

Y a quienes pudiera molestarles que se ponga de relieve el carácter político de su pensamiento, es preciso recordarles que Marx es un autor con una obra guiada por fines revolucionarios. El estudio de su

obra no puede concebirse como una labor contemplativa, sino como una provocación permanente para la acción. Dada su concepción de la transformación social como praxis revolucionaria, la labor crítica marxista es, necesariamente, una labor crítico-práctica.

Aquella provocación es clave hoy, cuando en el campo de las luchas y las resistencias populares conviven activismos dispersos sin puntos claros de contacto, así como sensibilidades críticas que reaccionan ante un mundo injusto mediante negaciones morales o enrevesadas deconstrucciones que licúan los términos de la lucha política y truncan la capacidad de prever una superación revolucionaria del orden existente.

Comprender a fondo la crítica radical marxista, significa contar con una herramienta sumamente poderosa para avanzar hacia un cambio revolucionario desde una comprensión integral de las formas de dominación que someten a la humanidad en la actualidad.

2. Apuntes sobre ontología marxista

Los escritos juveniles de Marx y los marxismos

Si tomamos una definición mínima, podemos entender por ontología al estudio sistemático del ser, a las reflexiones sobre la existencia. Todo sistema de pensamiento se sostiene en alguna concepción del ser, sea en su expresión más abstracta –en la forma de un discurso especulativo de carácter filosófico– o en sus manifestaciones más cercanas al análisis empírico y a la disposición práctica –cálculos económicos, decisiones de gestión, juicios de valor previos a la acción, etc.–.

Este es un punto que suele olvidarse en varias disciplinas académicas. Toda conceptualización de la realidad, así sea mediante la descripción de un frío dato estadístico o en la evaluación que precede

a la decisión de una política pública, se yergue sobre una visión del ser, se sostiene en determinada filosofía.

Sucede lo mismo con el marxismo. La obra de Marx es el resultado de una forma de razonar la realidad. Tal razonamiento se sostiene precisamente en una concepción de la existencia, en una ontología, y en una subsecuente forma de conocer esa existencia: una epistemología. Los análisis diversos que realiza Marx y sus planteamientos políticos –incluso la ética que los subyace– descansan en una concepción de la realidad. Comprender esa concepción es vital para entender la lógica interna de la obra marxista y de la tradición que esta inaugura.

Esa concepción se encuentra expuesta de forma explícita –aunque no sistemática– en la obra juvenil de Marx; en particular, en borradores que han sido compilados en los *Manuscritos de economía y filosofía*, en *La ideología alemana*, en coautoría con Engels, y en otros textos del periodo 1843–1846. Se trata de trabajos de importancia medular. En ellos es posible encontrar cómo Marx llega a la llamada “concepción materialista de la historia”, que tanto él como Engels reivindican como el soporte de su trabajo crítico y que colocan como la clave para un análisis verdaderamente científico de la realidad¹³.

Tales trabajos, sin embargo, han sido poco considerados en el marxismo de mayor difusión, predominante en los aparatos de propaganda soviética, sobre todo en el periodo estalinista, y en las diversas expresiones formativas del marxismo militante, en particular en la forma del marxismo-leninismo, incluido el maoísmo, en la mayoría de espacios socialistas o comunistas en el mundo.

13 Si bien la “concepción materialista de la historia” fue formulada con esos términos en *La ideología alemana*, en obras posteriores fue renombrada por sus autores como materialismo histórico.

Esto es así, en buena cuenta, por la aparición tardía de estos escritos. Si bien algunos fueron editados por primera vez en la década de 1930, fueron difundidos y discutidos ampliamente recién hacia los años sesenta. Pero aun cuando fueron conocidos, se tendió a obviarlos e incluso combatirlos desde las posiciones más ortodoxas de la producción marxista. Su carácter filosófico, más cercano a las formas hegelianas que al lenguaje de la economía política, fue visto como una señal del carácter inmaduro de los planteamientos ahí contenidos.

Atender a estos escritos podía ir en contracorriente con la claridad y cientificidad de obras posteriores, como *El capital*. Desde estas posiciones, se veía al estudio de estos trabajos no solo como un retroceso para el desarrollo del marxismo, sino incluso como un peligro para su unidad y fuerza política. Los escritos de juventud de Marx podían motivar relecturas de la obra marxiana que cuestionaran las interpretaciones oficiales y abrieran análisis especulativos políticamente estériles, que resten filo revolucionario a los planteamientos de Marx y, de esa forma, otorguen concesiones riesgosas al enemigo.

De hecho, la obra filosófica marxiana fue un recurso para la disputa al interior del marxismo; una disputa, a fin de cuentas, política. El denominado “marxismo occidental”, con autores como Lukács, Benjamin, Horkheimer, Adorno, Marcuse, etc., encontró en esos textos elementos de gran importancia para polemizar con las versiones oficiales del marxismo, ancladas en la burocracia soviética y en las diversas corrientes que hacían cuerpo en partidos políticos específicos, configurando así sus propias ortodoxias.

En esa confrontación, como respuesta a un marxismo excesivamente determinista en términos económicos o mecanicista en su concepción del cambio histórico, se buscó un Marx humanista que ponga en primer plano cuestiones como la libertad (y su negación, la enajenación) y la praxis. Afloraron las discusiones sobre el método, sobre el ser, sobre la totalidad, sobre el fetichismo, sobre la

autonomía (relativa) de lo político y el papel de la cultura. A la par, la producción marxista se fue situando progresivamente más en la academia que en la polémica política y más en la filosofía que en el terreno de la economía¹⁴.

A menudo, como sucedió con el rescate de Gramsci hacia los años ochenta, las novedosas reflexiones desarrolladas desde la orilla opuesta al marxismo oficial u ortodoxo fueron tomadas como recursos –más de una vez distorsionados– para justificar un alejamiento de posiciones políticas revolucionarias y, sobre todo, de prácticas revolucionarias.

Aquello endureció las posiciones y dio lugar al vigente divorcio entre la reflexión marxista académica y la práctica política de las organizaciones de izquierda, donde dejar de lado a Marx se convirtió en carta de urbanidad para lograr aceptación en un sistema político donde solo caben reformas menores; pero donde, a la vez, en círculos marginales, Marx fue conservado en sus formas dogmáticas.

Al margen de esa confrontación, que marca una importante brecha entre el marxismo desarrollado en los ambientes académicos y aquel que se ha asimilado a la práctica política de maneras diversas, es innegable que solo es posible reconstruir el razonamiento marxista atendiendo a la obra de Marx vista como un todo. En aquel conjunto, encontraremos diversas empresas intelectuales del autor, conectadas entre sí no solo por tener como protagonista a Marx, sino por existir una lógica común que las constituye. Esa lógica común, que Marx reconoce de manera explícita en el materialismo histórico y en el método dialéctico, toma su forma inicial en los escritos de juventud.

El materialismo histórico es construido en las reflexiones polémicas frente al idealismo, que fundan la obra marxista y marcan la

14 Perry Anderson, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, (México D.F.: Siglo Veintiuno, 1979).

superación de la tradición hegeliana de la que parten Marx y Engels. Esas reflexiones tienen un claro sentido ontológico; se plantean de forma directa la discusión sobre el ser social. Marcan el nacimiento de una concepción específica: la concepción materialista de la historia.

Estudiar con detalle el contenido y la lógica interna de esa concepción constituye un paso fundamental no solo para entender la obra de Marx y, como vimos, poder *crear* desde ella, haciendo de su pensamiento un pensamiento vivo; sino también para sortear los diversos equívocos y caricaturas a los que la confrontación entre el marxismo ortodoxo y las corrientes heterodoxas ha dado lugar.

La ideología alemana y la polémica con el idealismo

El texto que mejor expone la concepción materialista de la historia es *La ideología alemana*. Se trata de un manuscrito elaborado por los jóvenes Marx y Engels entre los años 1845 y 1846, cuando Marx tenía entre 26 y 27 años y Engels dos años más. Marx señala que aquel documento, por problemas imprevistos que impidieron su publicación, no llegó a ver la luz y quedó para “la crítica roedora de los ratones”¹⁵. En él ambos ponen de forma escrita su rompimiento definitivo con la tradición hegeliana; en particular, con el movimiento de los “hegelianos de izquierda” o “poshegelianos”, un grupo de jóvenes filósofos alemanes a los que Marx perteneció en algún momento, junto con los hermanos Bruno y Otto Bauer, Max Stirner, entre otros.

El texto se dedica a refutar de una manera tan brillante como ácida los planteamientos del “idealismo”, una etiqueta bajo la que Marx y Engels ubican a los poshegelianos y, en general, a toda la filosofía de su época y de épocas anteriores. Si bien sus ironías y ataques

15 Karl Marx, *Contribución a la crítica de la Economía política*. Disponible en <<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/criteconpol.htm>>.

directos se personalizan en figuras como Feuerbach, Stirner o Bauer, la crítica tiene un alcance bastante mayor: apunta a los cimientos de la forma predominante de concebir la realidad, presente en las diversas corrientes de pensamiento, sea tanto en sus expresiones metafísicas como empiristas¹⁶.

Desde la corriente hegeliana, tradicionalmente entendida, para comprender el cambio histórico, el movimiento de la historia, no es posible partir de las características de la naturaleza ni de las personas específicas que protagonizan tal historia. La naturaleza no cambia (o cambia muy ligeramente), pero la historia se mueve y lo hace sobre el mismo escenario natural. Las personas nacen, viven un tiempo y mueren, pero ni en sus trayectorias vitales individuales ni en la suma de ellas se explica el movimiento de una totalidad histórica que las trasciende. Aquel cambio, asimismo, tampoco puede entenderse como una suma de acontecimientos. Existe una lógica interna que debe ser desentrañada: la historia tiene leyes propias de movimiento.

Desde esta perspectiva, la historia, aparentemente azarosa, es el despliegue de la racionalidad, del progresivo “develamiento” del espíritu absoluto. Los acontecimientos del presente serían una suerte de justificación de los hechos previos, vistos como condición de necesidad para los primeros. En aquel proceso, la razón se va desplegando, el espíritu se va encontrando consigo mismo. Este auto-desarrollo ideal o espiritual sería el motor de la historia. Así, dicho de forma simplificada, cambios como la Revolución francesa se explicarían por el descubrimiento de ideas como la libertad e igualdad.

Dado que el devenir de las ideas, radicado en la conciencia, sería la fuente determinante de la existencia humana y de su desarrollo histórico, la labor revolucionaria radicaría en el trabajo crítico, en el

16 Incluso, como veremos, la crítica que desarrollan cuestiona las maneras hegemónicas de pensar en el presente. He ahí, por cierto, una de sus razones de su vigencia. Por ello conviene atender de cerca el carácter de esa crítica.

aceleramiento de aquel devenir histórico mediante el despliegue de la razón. Los neohegelianos se diferenciaban de Hegel y de los “viejos hegelianos” de derecha, entre otras cosas, en que los segundos consideraban que el Estado prusiano de entonces encarnaba la realización del espíritu absoluto. En contraposición, la nueva generación de hegelianos sostenía que si la meta de la historia es la realización de la autonomía individual, las instituciones prusianas antes que su logro, simbolizaban su negación.

Desarrollaron, por tanto, reflexiones críticas que consideraron que acelerarían un genuino cambio revolucionario. En varios de los casos, estas reflexiones los llevaron a trasladarse al plano teológico. Otros, como Feuerbach, se trasladaron al plano materialista. No obstante, el punto de partida era el mismo: una concepción de la historia sostenida en determinaciones ideales, donde el devenir de la conciencia explicaría la existencia. Las ideas serían no solo el punto de partida, sino el sujeto mismo de la historia¹⁷.

Marx y Engels se burlan de las pretensiones revolucionarias de los exponentes de esa nueva generación de hegelianos. A ambos les resultaba risible la grandilocuencia de varios de estos jóvenes filósofos, que consideraban que las avanzadas reflexiones a las que arribaban en radical crítica al sistema hegeliano, constituían un hecho histórico sin precedentes.

“Según anuncian los ideólogos alemanes, Alemania ha pasado en estos últimos años por una revolución sin igual. El proceso de descomposición del sistema hegeliano, que comenzó con Strauss, se ha desarrollado hasta convertirse en una fermentación universal, que ha arrastrado consigo a todas las

17 Los párrafos precedentes resumen la visión “convencional” del hegelianismo y de la crítica de los hegelianos de izquierda, con la única finalidad de presentar el contexto en el que se desarrolla la crítica de Marx y Engels. Como es sabido, la obra de Hegel es sumamente rica en interpretaciones, tanto como la de los poshegelianos. Agradezco en este punto los comentarios de Sebastián León.

«potencias del pasado» (...) Fue esta una revolución junto a la cual la francesa es un juego de chicos, una lucha ecuménica al lado de la cual palidecen y resultan ridículas las luchas de los diádocos (...) en los tres años que transcurrieron en 1842 y 1845 se removió el suelo de Alemania más que antes en tres siglos. Y todo esto ocurrió, al parecer, en los dominios del pensamiento puro»¹⁸.

Para ambos, los “ideólogos alemanes” fracasan en sus pretensiones críticas, en lo sustancial, por no haber escapado de los fundamentos hegelianos de su pensamiento. A pesar de la solemnidad e histrionismo de su ruptura con Hegel, no habrían logrado salir de Hegel en lo que respecta a su forma idealista de concebir la historia. El problema estaría en ese punto de partida, en las preguntas que de él se desprenden:

“(...) muy lejos de entrar a investigar sus premisas filosóficas generales, todos sus problemas brotan, incluso, sobre el terreno de un determinado sistema filosófico, del sistema hegeliano. No solo sus respuestas, sino también los problemas mismos, llevan consigo un engaño”¹⁹.

Acá se gesta el punto de inflexión que, a mi juicio, da lugar a toda la obra marxista posterior y a su contenido revolucionario. Marx y Engels, antes que oponerse al pensamiento idealista, encarnado en el sistema hegeliano, “inventando” un sistema filosófico nuevo, lo que hacen es someter al examen crítico aquel sistema, cuestionar de forma radical, *desde adentro*, sus propios cimientos, sus “premisas”.

Esto es algo que debe destacarse con especial atención, pues marca el sentido de la crítica marxista. No se trata de una demolición

18 Karl Marx y Friedrich Engels. *La ideología alemana. Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas*. (Barcelona: Grijalbo, 1974), 15.

19 *Ibid.*, 16-17.

externa de las ideas “equivocadas” ni del reemplazo de unas ideas por otras, en la forma de alternativas sobre las que cabría elegir, sino de una *superación* de las formas de pensamiento dentro de las que avanza la crítica. Se busca un avance riguroso, objetivo, hacia una verdad más precisa o esencial, que se encuentra oculta en su forma de apariencia. Ese es el carácter dialéctico de la crítica que Marx toma de Hegel y que le permite *superar* a Hegel²⁰.

En la crítica que Marx y Engels desarrollan de lo que denominan “la concepción idealista” de la historia, van a centrarse en el punto de partida ontológico de la cuestión, en la discusión sobre *el ser* de esa historia. La concepción idealista –señalan– hizo de las ideas una fuente explicativa de la historia. La conciencia se presenta *sustantivada*. Las ideas serían fuente de realidad:

“Y, como entre estos neohegelianos las ideas, los pensamientos, los conceptos y, en general, los productos de la conciencia por ellos independizada eran considerados como las verdaderas ataduras del hombre, exactamente lo mismo que los viejos hegelianos veían en ellos los auténticos nexos de la sociedad humana, era lógico que también los neohegelianos lucharan y se creyeran obligados a luchar solamente contra estas ilusiones de la conciencia (...) Este postulado de cambiar la conciencia viene a ser lo mismo que el de interpretar de otro modo lo existente, es decir, de reconocerlo por medio de otra interpretación. (...) al combatir solamente contra las frases de este mundo, no combaten en modo alguno el mundo real existente”²¹.

Para los neohegelianos, las ideas se presentarían “independizadas”, sustantivadas. Serían portadoras de una realidad autodeterminada.

20 Una muestra de aquel razonamiento se encuentra en la forma en que Marx parte de la economía política de su tiempo y la supera, sin “reemplazarla”, en *El capital*.

21 *Ibid.*, 18.

¿Pero por qué serían reales estas ideas? ¿Cuál sería su entronque con la realidad concreta de los seres humanos?

“(...) A ninguno de estos filósofos se le ha ocurrido siquiera preguntar por el entronque de la filosofía alemana con la realidad de Alemania, por el entronque de su crítica con el propio mundo material que la rodea”²².

Si las ideas no son explicadas, no podrían ser fuente explicativa de la historia. Este cuestionamiento lleva a Marx y Engels a buscar una fuente de realidad “anterior” a las representaciones de la conciencia, que sea lo menos dependiente posible de conceptualizaciones arbitrarias. Incluso, van más allá. No solo sería necesario explicar por qué tales o cuales ideas pueden ser pensadas (ser reales), sino también *cómo es posible que alguien las piense*. Si esas ideas tienen lugar en el devenir histórico, es preciso ir a las premisas más básicas de esa historia, a las verdades menos discutibles, y, a partir de allí, desplegar el razonamiento para que, en el camino de vuelta, *lleguemos* a las ideas, a la conciencia, y finalmente a una concepción superior de la historia.

Marx y Engels, entonces, irán en la búsqueda de la realidad empírica, con especial atención en el aspecto material de esa realidad; es decir, en su carácter tangible, constatable mediante los sentidos²³. Pondrán su atención no en una construcción ideal de la historia humana, sino en la historia humana *concreta*, tal como ha transcurrido. Su concepción de la historia se sostendrá no en axiomas como “la

22 *Ibid.* P. 18.

23 No obstante, en el desarrollo de sus planteamientos superarán el materialismo de su tiempo, representado en la figura de Feuerbach. Aunque le reconocen haber dado un paso decisivo hacia el mundo material, paso que los demás neohegelianos no dieron, y haber estado, así, muy cerca de salir del punto de partida idealista; le criticarán su concepción estática, carente de movimiento, de la experiencia material. Este punto se ampliará más adelante.

razón” o el “alma” de los seres humanos, ni en el “espíritu absoluto”, sino *en los hechos*.

“Las premisas de que partimos no tienen nada arbitrario, no son ninguna clase de dogmas, sino premisas reales, de las que solo es posible abstraerse en la imaginación. Son los individuos reales, su acción y sus condiciones materiales de vida, tanto aquellas con que se han encontrado como las engendradas por su propia acción. Estas premisas pueden comprobarse, consiguientemente, por la vía puramente empírica”²⁴.

Una réplica posible contra este punto de partida podría ser que los “individuos reales, su acción y sus condiciones materiales de vida” son ya conceptualizaciones; es decir, que aquella realidad no se presenta con una forma predeterminada, sino que es resultado de la atención del observador (qué ve y qué no de esa realidad) y las categorías de pensamiento desde las que lo que observa tiene algún sentido, alguna forma inteligible. Aquella réplica nos llevaría al punto idealista de enunciación: un sujeto abstracto cognoscente, anterior a la experiencia y sin poder ser explicado.

Marx y Engels no abordan en el manuscrito la tensión existente entre, por una parte, el intento de observar los hechos reales en la forma más concreta de manifestarse (“solo es posible abstraerse en la imaginación”) y, por otra, la inevitable influencia de la estructura cognoscitiva y la subjetividad del observador. Varios años después, Marx tratará el punto en los borradores de sus estudios económicos previos a la publicación de *El capital*²⁵, cuando, en discusión con el método de la Economía política, escriba sobre cómo el análisis crítico debe identificar las determinaciones fundamentales de lo real sin

24 *Ibid.*, 19.

25 Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857~1858*. (México DF: Siglo veintiuno editores, 2016).

anteponer categorías previas, pues las categorías pertinentes emergerán del propio carácter de la realidad histórica.

El punto lo desarrollaré más adelante al discutir la cuestión del “método” en Marx, pero lo traigo a colación para destacar lo siguiente: el razonamiento de Marx se propone de forma explícita a partir de los cimientos menos discutibles de la realidad histórica para luego, vía la indagación dialéctica de esa realidad, *ir descubriendo* las categorías que permitan comprenderla. Estas categorías tendrán diverso nivel de generalidad y, en todos los casos, partirán de un entronque real con los hechos, serán su despliegue idealmente representado.

Las premisas de las que parte la concepción materialista de la historia

Lo dicho hasta aquí se pone de manifiesto en las premisas de la concepción materialista de la historia. Las cuatro premisas que Marx y Engels exponen no pueden entenderse como axiomas ni como una secuencia cronológica o lógica, donde cada una es paso antecedente de la premisa posterior. Al contrario, son aspectos fundamentales de la realidad humana que se cumplen de manera simultánea. Incluso, es posible llegar de cualquier premisa a las demás, por la vía de la crítica:

“(...) estos aspectos de la actividad social no deben considerarse como tres fases distintas²⁶, sino sencillamente como eso, como tres aspectos o, para decirlo a la manera alemana, como tres <momentos> que han existido desde el principio de la historia y desde el primer hombre y que todavía hoy siguen rigiendo en la historia”²⁷.

26 Marx y Engels desarrollan tres premisas. Al culminar su exposición ofrecen una síntesis a la cual aluden como un “cuarto momento”, sumándolo a la anterior enumeración. Por tal motivo, en el ensayo haré referencia a cuatro premisas.

27 Marx y Engels, *Ideología alemana*, 29-30.

La primera de estas premisas es que para que la historia exista, deben existir seres humanos *vivos* que hagan historia. A pesar de la simpleza de este planteamiento, me arriesgaría a decir que en él radica –todavía en estado de latencia, por supuesto–, toda la obra marxista posterior. Veamos la premisa tal cual la presentan Marx y Engels. Al inicio del libro señalan lo siguiente:

“La primera premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes. El primer estado de hecho comprobable es, por tanto, la organización corpórea de estos individuos y, como consecuencia de ello, su comportamiento hacia el resto de la naturaleza”²⁸.

“(…) Podemos distinguir al hombre de los animales por la conciencia, por la religión o por lo que se quiera. Pero el hombre mismo se diferencia de los animales a partir del momento en que comienza a *producir* sus medios de vida, paso este que se halla condicionado por su organización corporal. Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material”²⁹.

Páginas más adelante retoman la cuestión del siguiente modo:

“(…) Ahora bien, para vivir hace falta comer, beber, alojarse bajo un techo, vestirse y algunas cosas más. El primer hecho histórico es, por consiguiente, la producción de los medios indispensables para la satisfacción de estas necesidades, es decir, la producción de la vida material misma, y no cabe duda de que es este un hecho histórico, una condición fundamental de toda historia, que lo mismo hoy que hace mil años, necesita cumplirse todos los días y a todas horas, simplemente para asegurar la vida de los hombres”³⁰.

28 *Ibid.*, 19.

29 *Ibid.*, P. 19.

30 *Ibid.*, 28.

El punto de partida es incontrovertible: los seres humanos somos una especie natural. Tenemos una composición corpórea concreta y somos parte de la naturaleza, por lo que para ser o pensar, debemos necesariamente *vivir*. El reconocimiento de la vida material de los seres humanos, así sea en este nivel elemental, obliga a que la concepción de la historia que protagonizan tales seres humanos –y cualquier comprensión de sus manifestaciones vivas–, inicie por atender la relación que estos entablan con la naturaleza para resolver su existencia. Dicho en términos sencillos, incluso el propio Hegel tuvo que estar vivo –haberse alimentado, haber dormido, etc.– para escribir sobre el Espíritu.

Ahora bien, el paso decisivo de la premisa está, sin embargo, en la manera en que el reconocimiento de la realidad material humana es incluido en el análisis. Nuevamente, los hechos resultan determinantes. Para vivir, nuestra especie, como cualquier otra, debe proveerse de medios de vida. Necesitamos alimentarnos, cuidarnos del frío, protegernos de amenazas de diversa índole.

Los medios para resolver nuestra vida los obtenemos de la naturaleza, de la que somos parte; pero, a diferencia de otras especies animales, la transformación de aquel entorno como consecuencia de nuestra acción, es un acto de *producción*; es decir, persigue un objetivo y es realizado de un modo que no puede ser determinado *a priori*, pues estará sujeto a nuestras capacidades para producir (conocimiento del entorno, desarrollo de herramientas, formas de cooperación, etc.). Se trata de una *actividad*.

El ser humano es una especie productora y su existencia material es producto de una actividad. Lo que somos está condicionado por cómo producimos nuestra vida y, con ello, por cómo producimos tanto nuestro propio entorno como a nosotros mismos. De hecho, nuestras necesidades son también un resultado, pues al resolver la vida mediante nuestra praxis, configuramos, en los hechos, un *modo de vida*. Vivimos de una específica manera según como enfrentamos nuestro acto material de vivir. Este punto se relaciona con lo que Marx y Engels anuncian como la segunda premisa:

“Lo segundo es que la satisfacción de esta primera necesidad [de alimentarse, vestirse, etc.], la acción de satisfacerla y la adquisición del instrumento necesario para ello conduce a nuevas necesidades, y esta creación de necesidades nuevas constituye el primer hecho histórico”³¹.

La vida no puede confundirse solo con el aseguramiento de la *sobrevivencia*: obtener energía mediante los alimentos, respirar o cuidar el calor corporal. La vida *supone* la sobrevivencia, pero se manifestará siempre a través de la forma en que se produzcan las condiciones materiales para la vida. Aquello significa que el acto “puro”, meramente biológico, de la alimentación o del vestido, no existe en sentido estricto, sino que se presenta siempre bajo la forma en que tal necesidad es satisfecha. Esa forma de satisfacerla configurará no solo el modo de vida de los seres humanos, sino también sus necesidades mismas.

Una vez que constatamos que el ser humano es productor y que su vida es resultado de su actividad productiva, la forma en que su vida se manifiesta y las necesidades asociadas a ella son también un producto, una creación humana.

Para ilustrar este planteamiento, pensemos en la necesidad de alimentación, una que podríamos llamar, en el uso común, como una necesidad “primaria”. ¿De qué manera nos alimentamos? ¿Hay una única forma? El acto de la alimentación estará condicionado, por ejemplo, por si tenemos la capacidad de acceder a carne o a vegetales, por el tipo de gastronomía que pongamos en práctica y el uso de condimentos y de utensilios de cocina, y por la forma específica de comer, es decir, si usaremos platos de loza, cubiertos, alguna mesa, entre otros.

Entre culturas, tendremos variaciones del mismo acto y también a lo largo de la historia. En todos estos elementos, se expresan un

31 *Ibid.*, 29.

modo de vida y un conjunto de necesidades asociadas con él. El acto de comer, la forma que toma, no solo satisface, por tanto, una necesidad, sino que expresa y genera, dada nuestra capacidad de producir, un conjunto más amplio de necesidades: contar con especias, con mesas, con platos, con conocimiento gastronómico, con tiempo destinado para alimentarnos, etcétera.

Del mismo modo, supone la satisfacción de otras necesidades: criar animales con fines alimenticios y asegurar la provisión de su carne, domesticar vegetales a través de prácticas agrícolas, enfriar alimentos para conservarlos y tenerlos a disposición en la vida urbana, etc. Esas actividades productivas, a su vez, darán lugar a necesidades específicas de previa atención para que la producción tenga lugar: necesidad de *medios* para producir (insumos, herramientas, conocimiento, etc.).

Si seguimos extendiendo la cadena, veremos que se configura una compleja red de necesidades asociadas a nuestro modo de vida. Lo que Marx y Engels resaltan es que ese modo de vida es lo que somos; es decir, que nuestro ser estará condicionado por la forma en que producimos nuestras condiciones materiales de existencia. La actividad productiva no debe verse como una estática y abstracta intervención de la naturaleza para poder existir, sino como la posibilidad del ser humano para determinar su propio ser.

Para comprender aquel hecho, no importará si tales o cuales necesidades son más o menos importantes, si la subjetividad predominante configura individuos insaciables o austeros o si las necesidades se satisfacen a través del mercado o por medios planificados de distribución. En todos los casos, se tratará de modos de vida históricamente constituidos por la propia acción de los seres humanos. La siguiente cita sintetiza lo dicho:

“El *modo* como los hombres producen sus medios de vida depende, ante todo, de la naturaleza misma de los medios de vida con que se encuentran y que se trata de reproducir. Este modo de producción no debe considerarse solamente en

cuanto es la reproducción de la existencia física de los individuos. Es ya, más bien, un determinado modo de actividad de estos individuos, un determinado modo de manifestar su vida, un determinado *modo de vida* de los mismos. Tal y como los individuos manifiestan su vida, así son. Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción, tanto con *lo que* producen como con el modo *cómo* producen. Lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones materiales de su producción”³².

Ahora bien, ¿quiénes son los sujetos de esa producción? La crítica a la concepción idealista partió de cuestionar que las ideas sean la fuente explicativa de la realidad histórica; es decir, que tomen la forma de una conciencia sustantivada. Esa conciencia antes debe ser explicada; es necesario determinar cómo las ideas en ella contenidas son reales y *pueden ser pensadas*.

Aquello llevó a Marx y Engels a la realidad concreta, material, de los portadores de esas ideas; vale decir, de los protagonistas de la historia. De ese modo, llegaron a la constatación del ser humano como especie viva y a la necesidad de explicar esa vida desde los hechos mismos. El resultado del razonamiento arribó a la intervención productiva de la naturaleza como acto productor de la vida, con todas las implicancias que hemos podido apreciar.

Pero aquello resulta insuficiente para la indagación inicial. No solo la vida de los seres humanos debe ser explicada en un sentido general, como vida de la especie, sino que el origen de los individuos específicos y la forma colectiva que toma la humanidad –que se mantiene a lo largo de la historia a pesar del carácter finito de la vida de sus integrantes– deben explicarse también. Si en un caso explicamos la renovación de la vida humana (vivir y seguirlo haciendo), falta explicar la producción de “nuevos” seres humanos, de

32 *Ibid.*, 19-20.

la población. Este aspecto debe ser iluminado, nuevamente, por la realidad concreta. A ello apunta la tercera premisa:

“El tercer factor que aquí interviene de antemano en el desarrollo histórico es el de que los hombres que renuevan diariamente su propia vida comienzan al mismo tiempo a crear a otros hombres, a procrear: es la relación entre hombre y mujer, entre padres e hijos, la *familia*”³³.

Nuevamente, estamos ante un hecho empírico difícilmente cuestionable, de una generalidad equivalente a la primera premisa. Nuestra especie, dadas sus características biológicas, cuenta con un mecanismo sexual de reproducción. Cada miembro de nuestra especie debe haber sido procreado. Esta realidad, incontrovertible, conlleva una inferencia poderosa: antes de existir cualquier individuo, tuvieron que existir, por lo menos, otros dos.

Si partimos de la constatación de una historia humana cuya duración excede a la vida de un solo individuo y, además, de la constatación de que, durante ese tiempo, hombres y mujeres han sido procreados, del mismo modo inevitable en el que han tenido que fenecer; entonces, podemos concluir que la producción de la vida no es solo premisa de la vida individual, sino de la vida colectiva, y que los individuos concretos aparecen en la vida en medio de un colectivo que los preexiste. En breve, constatar que venimos de otros y vivimos con otros, nos lleva a considerar la existencia humana como una existencia social e histórica.

Hasta antes de considerar esta premisa, era posible todavía pensar en un individuo resolviendo su existencia material en un solitario acto de producción, al modo de Robinson Crusoe³⁴. Ahora aquel

33 *Ibid.*, 29.

34 Marx utiliza esta analogía irónica, en referencia a la obra clásica de Daniel Defoe, en su polémica con Proudhon en *Miseria de la Filosofía*.

sujeto de la producción deja de ser un individuo particular y pasa a ser un colectivo social; más aún, pasa a tomar la forma de un entramado de relaciones sociales construidas entre individuos: relaciones que, si bien nada niega que estos pueden transformar o abolir –pues son construcciones humanas–, en buena cuenta, no son elegidas por ellos pues son anteriores a su aparición física.

Los individuos, tomados como unidad, serían la apariencia inmediata de la vida humana, pero aquellos no pueden ser explicados por fuera de las relaciones sociales en que se encuentran situados (que los definen, que los hacen material y subjetivamente posibles), ni por fuera de la trayectoria histórica generadora de tales relaciones. Los individuos son productos sociales³⁵.

La apelación de Marx y Engels a la familia apunta a ello. Lejos de defender algún modelo específico de familia y convertirlo en una fuente normativa de la sociedad, buscan poner de manifiesto la existencia de vínculos sociales previos a la existencia individual y constitutivos de esta. Estos vínculos, en su mínima expresión posible, serían los construidos en el ámbito familiar entre el recién nacido y sus cuidadores –sea cual fuera la forma institucional y el contenido de sentido que revista esa relación–, pero no quedarían restringidos a esa esfera. Con el crecimiento numérico de la población, con el desarrollo progresivo de capacidades productivas y con la consecuente división social del trabajo, se irán extendiendo y complejizando las relaciones sociales que organizan la vida. La

35 Nótese que la primera premisa partió de la forma individual que toma la existencia humana en la época moderna y esta forma fue siendo superada por la indagación. Sin embargo, el reconocimiento de que el individuo es un producto social, no niega la forma individual; más bien, la presenta como un resultado *histórico*, que debe ser explicado. Desde un análisis distinto, a una conclusión similar llega Norbert Elias cuando señala que uno de los procesos centrales de la Modernidad ha sido el de la conformación de individuos; es decir, de *individuación*. Véase Norbert Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2009).

existencia humana solo podrá manifestarse a través de tales relaciones sociales. Será lo que esas relaciones son. Si nuestro modo de vida define nuestro ser y aquel modo es necesariamente social, nuestro ser es un *ser social*.

Al mismo tiempo, si lo que somos está sujeto a nuestra actividad para producir nuestra vida, será preciso atender a esa actividad como una actividad social e indagar en las relaciones sociales que organizan y definen la forma en que aseguramos nuestra existencia. La unidad fundamental del análisis pasa a ser ese entramado de relaciones y, dado que se trata de relaciones construidas, sujetas a cambio –y con evidencia efectiva de cambio–, diremos que son relaciones *históricas*.

En el mismo sentido, la historia sería la historia de esas relaciones y la tarea de la investigación crítica sería no solo desentrañar la lógica del movimiento de tal historia –que solo puede encontrarse en aquella historia concreta de las relaciones entre los seres humanos–, sino también transformar esa historia cambiando tales relaciones sociales reales³⁶.

Pero el reconocimiento del carácter social de esa historia no significa que esta radique solo en relaciones subjetivas entabladas entre individuos, concebidos únicamente como sujetos productores de sentido. Tampoco se tratará, en el otro extremo, de una historia de individuos empujados por necesidades materiales a asociarse solo para resolver su sobrevivencia física. Como ya lo vimos, la producción de la vida es la producción de un modo específico de vida, donde se funden en una unidad inseparable la vida biológica con la vida social.

La cuarta premisa que Marx y Engels exponen apunta en esa dirección y hace las veces de una síntesis de las anteriores.

36 Se ampliará este punto hacia el final del ensayo, al analizar las implicancias teóricas y prácticas de la concepción materialista de la historia.

“La producción de la vida, tanto de la propia en el trabajo, como de la ajena en la procreación, se manifiesta inmediatamente como una doble relación –de una parte, como una relación natural, y de otra como una relación social–; social, en el sentido de que por ella se entiende la cooperación de diversos individuos, cualesquiera que sean sus condiciones, de cualquier modo y para cualquier fin”³⁷.

En términos ontológicos, la existencia humana estaría determinada por una doble relación, por un doble y simultáneo anclaje con lo real: de una parte, la relación entre los seres humanos y la naturaleza, en tanto especie natural que debe garantizar su existencia material y lo hace mediante la producción; y, de otra, la relación entre unos y otros seres humanos, relaciones sociales mediante las cuales se despliega la actividad humana y se producen tanto la vida como el modo específico que esta toma.

La concepción de la existencia social en Marx y Engels, por tanto, nos lleva a concebir a la historia humana como una historia social-natural-práctica; es decir, como una historia que transcurre en la forma de seres humanos en medio de relaciones sociales que producen sus condiciones materiales de existencia y, con ello, se producen a sí mismos.

La concepción materialista de la historia, en resumen, reconoce en los hechos concretos a un ser humano que existe en condiciones materiales específicas. Estas condiciones no pueden ser obviadas –debe vivir para hacer historia, es procreado por otros, etc.–, pero no son condiciones estáticas.

No se trata de una concepción biologicista, donde la humanidad se definiría por leyes naturales. Tales leyes naturales comprenden a todas las especies biológicas, incluida la humana, por supuesto; pero

37 *Ibid.*, 30.

la especie humana, al contar con la capacidad de producir, define los términos de su modo de vida (sobre la base de esos imperativos naturales). En ello, dicho sea de paso, se resuelve su libertad.

Asimismo, el reconocimiento de la existencia material tampoco lleva a una concepción estática de lo corpóreo, en la forma de una contemplación de la materia, como el “materialismo contemplativo” que Marx y Engels critican de Feuerbach³⁸. En la propuesta marxista, lo material en la existencia humana es producto de una actividad. La categoría “producción” es central en ese sentido: el ser humano es, fundamentalmente, un productor de su vida.

El camino de vuelta a la conciencia y el despliegue de las categorías

Lo que el ser humano es, al estar sujeto a su acción –y esta al cambio histórico–, corresponderá a su organización social. Esta conclusión es clave para Marx y Engels, pues les permite dejar sin sustento la discusión sobre la existencia de una *esencia* del ser humano³⁹ y, con ello, la discusión filosófica sobre las ideas determinantes del comportamiento de esa humanidad en los diversos estadios de su historia.

Si lo que somos corresponde a nuestra forma histórica –y, por tanto, contingente– de organización social; entonces, no es justificable atribuir a esencias inmutables las causas detrás del comportamiento humano. Aquellas aparentes esencias, representadas en el pensamiento de un modo u otro, antes bien, serían, como la

38 Marx desarrolla esta crítica en las llamadas “Tesis sobre Feuerbach”, generalmente incluidas como anexo en las distintas ediciones de *La ideología alemana*. Véase Marx y Engels, *La ideología alemana*.

39 En las “tesis sobre Feuerbach”, la tesis sexta dice lo siguiente: “Feuerbach resuelve la esencia religiosa en la esencia *humana*. Pero la esencia humana no es algo abstracto e inmanente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales”. *Ibid.*, 667.

vida misma, un producto social. La subjetividad de cada época y su representación en la forma de pensamiento tienen un entronque histórico.

La conciencia, entendida, en un lenguaje contemporáneo, como el conjunto de representaciones mentales de una sociedad en un momento específico de su historia, tendrá como premisa una forma concreta de producción social. En el análisis, antes que punto de partida, la conciencia debe ser punto de llegada. No puede ser independizada de la realidad de los seres humanos.

Así completan Marx y Engels el camino de vuelta hacia la cuestión de la conciencia y la historia. La siguiente cita lo expresa de forma bastante clara:

“Totalmente al contrario de lo que ocurre en la filosofía alemana, que desciende del cielo sobre la tierra, aquí se asciende de la tierra al cielo. Es decir, no se parte de lo que los hombres dicen, se representan o se imaginan, ni tampoco del hombre predicado, pensado, representado o imaginado, para llegar, arrancando de aquí, al hombre de carne y hueso; se parte del hombre que realmente actúa y, arrancando de su proceso de vida real, se expone también el desarrollo de los reflejos ideológicos y de los ecos de este proceso de vida. También las formaciones nebulosas que se condensan en el cerebro de los hombres son sublimaciones necesarias de su proceso material de vida, proceso empíricamente registrable y sujeto a condiciones materiales. La moral, la religión, la metafísica y cualquier otra ideología y las formas de conciencia que a ellas corresponden pierden, así, la apariencia de su propia sustantividad. No tienen su propia historia ni su propio desarrollo, sino que los hombres que desarrollan su producción material y su intercambio material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia. Desde el primer punto de vista, se parte de la conciencia como del

individuo viviente; desde el segundo punto de vista, que es el que corresponde a la vida real, se parte del mismo individuo real viviente y se considera la conciencia solamente como *su* conciencia⁴⁰.

La conclusión a la que llegan Marx y Engels es medular en varios sentidos y permite ensayar un despliegue lógico de varias de sus categorías fundamentales. Algunas corrientes dentro del marxismo han tendido a tomar estas categorías (división social del trabajo, fuerzas productivas, excedente de producción, clases sociales, etc.) como construcciones conceptuales que es necesario definir (a modo de glosario), memorizar y “aplicar”⁴¹. Por ello, comprender cómo esas categorías se desprenden del desarrollo lógico iniciado en la formulación de la concepción materialista de la historia, resulta relevante para verlas como lo que son: la condensación de una indagación que parte de los hechos reales en busca de sus determinaciones fundamentales.

Retomemos. Este “camino de vuelta” a la conciencia, que la presenta ahora como producto social, tiene importantes implicancias para el desarrollo del razonamiento crítico de Marx y Engels. Frente a los “ideólogos alemanes” y su pretensión de sustantivar las ideas –de encontrar explicaciones ideales para los hechos históricos–, pueden ahora dar vuelta a la cuestión y poner a la conciencia como resultado antes que como punto de partida, pues tales ideas solo pueden ser pensadas por seres humanos vivos, que para estarlo deben producir, etcétera.

De otra parte, estas conclusiones también permiten a Marx y Engels dar un paso más y no solo plantear una argumentación formal sobre las premisas materiales de las construcciones ideales, sino ensayar explicaciones históricas de la existencia y predominancia

40 *Ibid.*, 26-27.

41 Este era el modo de proceder del denominado “marxismo de manual”.

de tales o cuales ideas específicas. Así, por ejemplo, dirán que solo es posible que haya pensamiento “puro” si un sector de la sociedad puede dedicarse únicamente a pensar; es decir, si antes se han separado el trabajo manual y el trabajo intelectual.

Sin el cumplimiento de esta condición, la existencia de la filosofía sería imposible. El pensamiento religioso –y sus instituciones–, así como la existencia de alguna casta militar o élite política, sean del tipo que fueren, suponen también aquella división. En el mismo sentido, la separación entre campo y ciudad será condición para el desarrollo de determinadas actividades y subjetividades relacionadas con la vida urbana (entre ellas, por poner un caso, el mercado y la concepción de individuos privados).

Este razonamiento es el que se condensa en la categoría “división social del trabajo”, fundamental para entender las formas de conciencia (tanto las predominantes como las emergentes) en determinada época. La división social del trabajo reflejaría, si tomamos prestados términos de la Sociología contemporánea, el nivel de diferenciación social que la organización social de la producción trae consigo.

En *La ideología alemana*, Marx y Engels ensayan una reconstrucción rápida del proceso de división social del trabajo recorrido por la humanidad: división entre trabajo manual e intelectual, entre campo y ciudad, entre comercio e industria, etc. Es una reconstrucción poco documentada, que los autores no tienen pretensión de formalizar; pero, al margen del rigor de la secuencia que presentan, la tesis de fondo es la siguiente: la organización de la producción determina la forma específica que toma la vida de una formación social y los lugares que en ella pueden tomar sus integrantes.

“En efecto, a partir del momento en que comienza a dividirse el trabajo, cada cual se mueve en un determinado círculo exclusivo de actividades, que le es impuesto y del que no puede salirse; el hombre es cazador, pescador, pastor o crítico, y no

tiene más remedio que seguirlo siendo, si no quiere verse privado de los medios de vida (...)»⁴².

Las posiciones posibles en el entramado de relaciones sociales determinarán también las posibles experiencias sociales particulares. Así, la expresión que fuimos construyendo se complejiza: somos lo que son las relaciones sociales que configuran nuestra formación social; pero, más específicamente, somos (y pensamos) de un determinado modo *según la posición en que nos ubicamos en las coordenadas sociales de esa formación*.

Nuestra experiencia con la totalidad social será distinta si somos campesinos o si somos obreros de construcción, si somos comerciantes o si somos estudiantes, si somos productores o consumidores, si somos productores directos o propietarios de medios de producción. Las ideas que construyamos solo podrán explicarse en el marco de esas posiciones específicas y de las posibilidades de pensamiento que la configuración social de nuestro momento histórico permita.

Borrar el entronque sociohistórico de las ideas no solo llevaría a no comprender el verdadero carácter de la existencia humana y de su historia, sino que también traería consigo que las ideas predominantes (y la forma de llegar a ellas) se muestren como autodeterminadas y naturales; incuestionables fuera de los términos de su propia formulación. Esta es una de las principales implicancias revolucionarias de la obra de Marx⁴³.

Ahora bien, la división social del trabajo tiene como premisa cierta capacidad del colectivo social para producir, para transformar la naturaleza. El cambio de este colectivo social en la historia

42 *Ibid.*, 34.

43 En la sección siguiente se abordará con más detalle esta cuestión, apoyados en los *Grundrisse*.

corresponde, en lo sustancial, a ese motor. Para decirlo de forma simple, solo será posible que se diferencien el trabajo manual del intelectual si quienes no se dedican al trabajo manual (al trabajo productivo) *pueden vivir*.

Políticos, religiosos, militares y filósofos deben poder alimentarse, vestirse, etc. Su existencia misma supone que puedan acceder a alguna porción de la producción social. Si las capacidades productivas necesitaran del concurso de todos los integrantes del colectivo para recolectar frutos o cazar animales y dedicar la mayor parte del tiempo a ese fin, materialmente sería imposible que existan estas categorías sociales (filósofo, religioso, etc.).

Solo pueden tener lugar categorías sociales que no estén directamente involucradas en la transformación de la naturaleza si se genera lo que Marx y Engels llaman “excedente productivo”; es decir, si el conjunto social logra un nivel de producción que, una vez repuestas las fuerzas mínimas para mantener la producción en el nivel inicial, da lugar a un “excedente”, a una cantidad del producto social que es susceptible de ser apropiado.

La agricultura y la conservación de alimentos son, por ejemplo, uno de los avances más importantes en el desarrollo de fuerzas productivas de la humanidad, precisamente por permitir generar un excedente que posibilita una organización más compleja del tiempo y de las actividades sociales. El uso de este excedente no puede determinarse de antemano, pero sin su existencia sería imposible pensar en instituciones religiosas, políticas, militares, académicas, etcétera.

Dado que la existencia humana está determinada por su actividad productiva, por su capacidad de obtener medios de vida de su entorno natural, la manifestación de esa actividad estará condicionada por el desarrollo de fuerzas productivas; es decir, por la capacidad de producir, sea cual fuere la motivación subjetiva que guíe esa

capacidad⁴⁴. Esta capacidad conjugará conocimientos, tecnologías, formas de organización, condiciones geográficas, entre otros.

El desarrollo de fuerzas productivas es, por tanto, un motor del movimiento histórico en tanto es la manifestación práctica del carácter productor, activo, de los seres humanos; y sea cual fuere el ritmo de ese desarrollo, las fuerzas productivas, como vimos, irán configurando una división del trabajo específica cada vez más compleja.

Las fuerzas productivas son, en consecuencia, premisa del cambio social: condicionan tanto el nivel de producción –y, con ello, las posibilidades de existencia del colectivo social y de sus integrantes– como la posibilidad concreta de *ser de otro modo* en ese colectivo y de que el colectivo mismo, por tanto, sea distinto.

Esculpen el tamaño y la forma del tablero que sostiene el juego en que participan los jugadores y la transformación de ese tablero repercutirá, desde luego, en las posibilidades de acción de los jugadores y en las posiciones desde las que puede jugarse y se puede ser jugador.

Podemos apreciar que se concatenan tres categorías centrales en toda la obra marxista: fuerzas productivas, excedente productivo y división social del trabajo. En los tres casos condensan razonamientos que se despliegan desde la concepción materialista de la historia. Pero las fuerzas productivas constituyen capacidades que son puestas en práctica mediante determinadas relaciones sociales que no pueden ser obviadas.

Recordemos que la producción de la vida es una actividad socialmente organizada mediante relaciones entre individuos. El

44 No hay razón para pensar que la motivación que da sentido al desarrollo de fuerzas productivas tiene un contenido predeterminado, ni mucho menos que se guíe siempre por una lógica social que subordina la producción al lucro creciente e incesante, como sucede en el sistema capitalista el día de hoy.

contenido, la forma y la diversidad de esas relaciones sociales deben asegurar, mínimamente, que se establezcan formas de relación en torno a la actividad específica de la producción material. Sin ella, la vida del conjunto sería imposible.

Se configurarán, entonces, maneras específicas –socialmente creadas– de organizar la producción y la apropiación de lo producido, de determinar la forma en que se llevará a cabo el trabajo productivo y en que los productos del mismo serán finalmente apropiados. Si las fuerzas productivas permiten que exista un excedente, tales relaciones determinarán las reglas de apropiación de este. Esas relaciones son las que Marx y Engels denominan “relaciones sociales de producción”.

En su definición mínima, estas comprenden, de forma simultánea, tanto las relaciones establecidas entre los productores directos y el conjunto social, como las reglas de acceso al resultado de la producción. Una expresión clásica se encuentra en la servidumbre feudal. Las reglas sociales que determinan que el siervo trabaje la tierra del señor mediante un vínculo de vasallaje, basado en la religión y en la promesa de protección militar, reglas que implican determinada regulación de la propiedad, serían aprehendidas desde esta categoría. Del mismo modo sucedería con el trabajo asalariado y la propiedad capitalista de medios de producción o con el trabajo comunitario andino, la propiedad colectiva sostenida en lazos de parentesco y la reciprocidad y redistribución como reglas sociales que regulan la apropiación.

Estas relaciones se cristalizan en instituciones específicas y, en tanto determinan la organización del trabajo y las reglas de apropiación del excedente productivo, son la base de la estructura de clases; es decir, de la configuración de posiciones estructuradas en torno a la producción y la apropiación. El carácter de estas clases y la relación entre ellas variarán en función de las características de la organización social de la producción. Sin embargo, para Marx y Engels habrá entre ellas un componente antagónico insalvable, pues

se definirán según su posibilidad de apropiación del excedente productivo, excedente que no solo es de una magnitud finita (por tanto, lo que uno obtiene, el otro lo pierde en términos absolutos o relativos), sino que solo puede provenir del trabajo desplegado por los productores directos.

En términos bastante simplificados, solo habrá esclavistas si se apropian del trabajo esclavo, solo habrá aristocracia feudal si esta clase se apropia del trabajo servil campesino, solo habrá clase capitalista si se apropia trabajo no pagado de la clase obrera. La lucha entre clases sería expresión de este antagonismo objetivo. Esa lucha será más o menos intensa y desembocará o no en cambios históricos de corte revolucionario según circunstancias de lo más variadas, pero teniendo como premisa material la disputa por el excedente productivo. En una expresión conocida del *Manifiesto del Partido Comunista*, Marx y Engels dirán que “Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de luchas de clases”⁴⁵.

Las clases sociales y el carácter de sus antagonismos, tienen su anclaje en las relaciones sociales de producción. Tales relaciones, como se anticipó, se cristalizan en instituciones. Como es sabido, la que Marx y Engels destacan de forma especial, por determinar la posibilidad de que una clase se apropie del trabajo de otra, es la institución de la propiedad privada; en particular, la propiedad privada de los medios de producción, pues tales medios son la condición necesaria para que haya producción y se generen medios de vida⁴⁶.

45 Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, (Moscú: Editorial Progreso, 1970): 30.

46 El control de esos medios obliga a los productores directos a aceptar las condiciones de los propietarios. Aquel control y tales condiciones serán de lo más variadas. No es correcto extrapolar el carácter capitalista de aquella separación entre productores y medios de producción, ni la racionalidad económica de la clase propietaria, a todas las etapas históricas.

El resguardo de esta institución mediante construcciones jurídicas y el uso de la fuerza estarían en la base del sostenimiento de la dominación de clase. Aquella sería la premisa material del Estado.⁴⁷ La noción de clase social, nuevamente, condensa un razonamiento crítico que parte de una ontología particular. Emerge de un despliegue analítico entroncado en los hechos, que irá adquiriendo especificidad en función del desarrollo de la historia misma de los seres humanos.

División social del trabajo, excedente de producción, fuerzas productivas, relaciones sociales de producción y clases sociales son solo algunas de las categorías que conforman el armazón analítico que Marx va construyendo a lo largo de su obra. En esta breve reconstrucción del razonamiento detrás de ellas, basado en *La ideología alemana*, he procurado mostrar cómo se concatenan con una concepción de la existencia: la concepción materialista de la historia, que Marx y Engels luego renombrarán como materialismo histórico⁴⁸.

¿Determinismo económico?

Una de las acusaciones más comunes contra el marxismo es que este le otorga un papel preponderante a la economía, como si esta esfera de la vida social constituyera la fuente explicativa del

47 Es necesario señalar que en este punto estamos ante planteamientos de Marx y Engels en *La ideología alemana* que no son apoyados en evidencia suficiente. Aquí se pasa del plano general de una discusión ontológica, a una teorización específica de la política en la historia. Aquel tránsito es rápido, pero abre una veta de trabajo para el análisis sociohistoriográfico marxista.

48 Estas categorías se encuentran también en la obra marxista orientada a la comprensión del modo de producción capitalista desde la economía política, pero con precisiones y transformaciones propias del objeto de estudio. Aparecerán categorías nuevas que se concatenan con las anteriores y las redefinen, y que emergen la realidad misma, como valor, mercancía o capital, centrales en el análisis marxista del capitalismo.

conjunto. La política, la cultura o la subjetividad individual quedarían en el lugar de epifenómenos. Se trataría de un “determinismo económico” o de un “economicismo” asociados con una concepción mecanicista del cambio social: los cambios en el terreno económico (inevitables) traerían consigo, de un modo u otro, cambios sociopolíticos.

Aunque no pocos marxistas colaboraron con esta imagen, cabe preguntarse si la acusación es consistente. Uno de los pasajes más famosos de la obra de Marx, donde el autor busca resumir en pocas líneas las ideas centrales de su trabajo, se encuentra en el prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*, escrito en el año 1859. Tanto el “Prefacio” como el *Manifiesto del Partido Comunista* han sido materiales usuales en el proceso de formación política dentro del marxismo-leninismo en sus diversas variantes, por su carácter resumido y su prosa segura, fuertemente afirmativa. Esa fuerza, tanto como dio certezas a muchos militantes, incentivó a la vez posiciones economicistas duras, críticas e igualmente severas contra aquel economicismo.

El pasaje del “Prefacio” en cuestión es más extenso de lo que permitiría una cita en este ensayo, pero una parte de él sí merece ser reproducido, para ser analizado desde el razonamiento ontológico que hemos reconstruido. Señala Marx que:“(…) en la producción social de su vida los hombres establecen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una fase determinada de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una fase determinada de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la

sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas, y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica se transforma, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella⁴⁹.

Sobre el “Prefacio” es necesario decir, en la línea del trabajo de Guillermo Rochabrún, que se trata de un texto que no puede verse de forma aislada al conjunto de la obra de Marx⁵⁰. Tampoco, añadiría, los pasajes de ese texto deben tomarse como letra sagrada y fuente autoevidente de verdad. La cuestión central radica en revisar, desde el razonamiento y las categorías marxistas, el rol que tiene “la base económica” en el análisis del conjunto social.

En el pasaje citado, Marx utiliza una famosa analogía en la que se presenta a la sociedad en la forma de un edificio. La base económica sostendría la superestructura jurídico-política e ideológica. Los cambios en la base económica, motivados por el desarrollo de las fuerzas productivas, repercutirían en cambios en la superestructura. Esos cambios serían revolucionarios cuando las contradicciones entre estas fuerzas y las relaciones de producción se vuelven insalvables, siendo las segundas una traba para las primeras.

Es un esquema sencillo y potente. Está escrito con la seguridad con que se escribe una ley científica. Quizá ahí radiquen su popularidad y su poder de seducción. Sin embargo, como he procurado

49 Karl Marx. *Contribución a la crítica de la Economía política*. “Prefacio” (s/p). Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/criteconpol.htm#_ftnref6>.

50 Véase su artículo titulado “Base y superestructura en el ‘Prefacio’ y en *El capital*”, en: Guillermo Rochabrún. *Batallas por la teoría. En torno a Marx y el Perú*. (Lima: IEP, 2007).

mostrarlo en este ensayo, ni las categorías teóricas ni mucho menos los diagnósticos o predicciones marxistas pueden extraerse del proceso analítico del que son resultado. Tampoco es justificable hacerlo con las imágenes retóricas que Marx utiliza, como la de un edificio con una base y una superestructura. Retomemos entonces el hilo del razonamiento que fuimos reconstruyendo desde la concepción materialista de la historia, concepción que, dicho sea de paso, Marx reivindica en el mismo “Prefacio”.

En *La ideología alemana* observamos cómo se desarrolla una ontología que da un papel preponderante a la producción. La actividad productiva, vista como una actividad social, sería la fuente que configura el ser; se trataría, por tanto, de un ser social. Al elaborarse las ideas y las relaciones sociales sobre la base de esa premisa, podríamos llegar a una expresión que ya vimos; a saber, que “no es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia”⁵¹. No es casual el símil directo con una frase usada por Marx en el “Prefacio”: “No es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia”. ¿En qué radica ese ser social y qué supone tal determinación?

El estudio cuidadoso de los cimientos de la concepción materialista de la historia es de gran ayuda aquí. Marx parte de reconocer el carácter productor del ser humano como fuente definitoria de su ser, por ello se refiere a un *ser social* –que se produce a sí mismo y a su entorno, socialmente–; pero aquella producción, si bien debe resolver, necesariamente, su existencia material, es más que solo transformación de la naturaleza, es la producción de su propia vida y de su *modo de vida*. No se trata, por tanto, de una producción material en un sentido exclusivo. La producción es material y, a la vez, producción de relaciones sociales, representaciones e

51 Marx y Engels, *La ideología alemana*, 26.

instituciones. Es una producción social. El edificio completo es el resultado de esa producción.

La categoría producción, por tanto, no es equivalente a “economía”. La noción de economía presupone un nivel de división social del trabajo que diferencie institucionalmente un ámbito de las relaciones sociales que organicen, con una lógica específica y exclusiva, la producción, la circulación y el consumo. Aquello solo es posible en el régimen capitalista de producción, que tiene como premisa que la división social del trabajo haya dado lugar a la forma mercancía y al mercado.

Por poner un ejemplo, en una comunidad donde la familia trabaja la tierra en conjunto poniendo en práctica relaciones familiares y donde la práctica de la cosecha se asocia con rituales y festividades que consolidan la identidad comunitaria, la producción no puede ser vista como *economía*. El acto de la producción, si bien asegurará las condiciones materiales de existencia de ese colectivo social, no activará solo relaciones “económicas”, sino también familiares, comunitarias, rituales y de diverso tipo.

Solo en el capitalismo la producción toma el carácter de economía, pero aquel carácter, aquella *forma* de la producción, es un producto capitalista, dada la predominancia de la forma mercancía y de la forma valor. Aquella separación de la economía de otras esferas sociales como la política y la cultura, solo puede ser imaginada desde el capitalismo, pues supone la diferenciación social e institucional desarrollada con la modernidad. Únicamente desde esa experiencia, por tanto, puede creerse que la economía pueda determinar externamente esas otras “esferas”, al modo de una relación causal; o que estas, sin sufrir tal determinación, pudieran contar con una dinámica autónoma o “relativamente” autónoma. Podríamos afirmar que la propia cuestión del determinismo supone una subjetividad capitalista.

La subdivisión entre ámbitos realizada por Marx en la analogía del edificio tiene claramente fines comunicativos. No parte de la

defensa de una subdivisión ontológica de estos ámbitos, de modo tal que unos determinen a los otros externamente. Desde el materialismo histórico, al contrario, se defiende la concepción de la realidad como una totalidad social. La polémica de Marx y Engels con los idealistas precisamente apuntaba a combatir la tentativa neohegeliana de independizar las construcciones humanas (ideas o instituciones) de su entronque real.

La cuestión radica en que, en aquella construcción de la totalidad histórica, el centro generador desde el que es posible comprender el conjunto se encuentra en la forma en que los seres humanos resuelven el aseguramiento de las condiciones materiales de existencia. Y es así pues fuera de esas condiciones la vida social no puede sostenerse; de ahí que atender a las fuerzas productivas, las relaciones de producción y la división social del trabajo, resulte central para comprender sobre qué cimientos se sostiene la vida social.

Quizá por ello Marx opta por la analogía del edificio. Los cimientos de la estructura no *explican* la estructura, no la determinan externamente a modo de causa-consecuencia; sino que, siendo parte de la misma estructura, son su premisa, su condición de necesidad. Extendiendo la analogía, podríamos decir que la base del edificio no definirá las subdivisiones de los cuartos, el color de las paredes ni el contenido de las interacciones de los ocupantes, pero sí será claro que no podrá haber más cuartos de los que la base permita y que si esta se amplía o modifica, abrirá la posibilidad de más (o menos) niveles, subdivisiones y personajes.

La propiedad feudal de la tierra no puede explicar de forma completa la centralidad de la Iglesia católica en este régimen de producción, pero aquella centralidad del catolicismo no puede entenderse sin considerar la forma feudal de producción. La racionalidad egoísta que predomina en los individuos del mundo contemporáneo no es consecuencia del efecto externo y exclusivo de la acumulación capitalista, pero no puede explicarse sin considerar la extensión de

las relaciones de mercado y, por tanto, de la forma mercancía, propia del capitalismo.

El límite de la imagen radica en que la base de un edificio no puede ser alterada por sus ocupantes. La noción de ser social, sin embargo, considera un ser humano que produce su propia realidad vital, una realidad simultáneamente material y simbólica. Antes que negar la posibilidad de que, por ejemplo, el ámbito político configure fenómenos que no sean explicados de manera lineal por la “economía” o que, incluso, tales procesos puedan tener efectos desencadenantes en cambios económicos, el planteamiento de Marx apunta a exigir que tanto el Estado como los actores políticos y sus ideas, sean “puestos de pie” en la vida real, es decir, en la realidad material, socialmente producida, de la que “pueden abstraerse solo en la imaginación”. Los siguientes pasajes ilustran lo dicho:

“La organización y el Estado brotan constantemente del proceso de vida de determinados individuos, no como puedan presentarse ante la imaginación propia o ajena, sino tal y como *realmente* son; es decir, tal y como actúan y como producen materialmente y, por tanto, tal y como desarrollan sus actividades bajo determinados límites, premisas y condiciones materiales, independientes de su voluntad”⁵².

“(…) Los hombres son los productores de sus representaciones, de sus ideas, etc., pero los hombres reales y actuales, tal y como se hallan condicionados por un determinado desarrollo de sus fuerzas productivas y por el intercambio que a él corresponde, hasta llegar a sus formaciones más amplias. La conciencia no puede ser nunca otra cosa que el ser consciente, y el ser de los hombres es su proceso de vida real”⁵³.

52 *Ibid.*, 25.

53 *Ibid.*, 26.

3. Apuntes sobre el proceso de análisis marxista de la realidad

Llegados hasta aquí, en vez de entrar al pantanoso terreno de las discusiones en torno al “método” de Marx, me concentraré en analizar el razonamiento puesto en práctica en la formulación de la concepción materialista de la historia. ¿Qué tipo de preguntas se formulan? ¿En qué consiste el trabajo crítico? ¿Cómo se concibe la labor teórica? Para ello recurriré también a dos obras, *Miseria de la filosofía* y los *Grundrisse*.

Es necesario destacar, con relación al razonamiento marxista, la centralidad de la realidad histórica concreta en el proceso de elaboración teórica. La polémica con la filosofía poshegeliana, que da lugar a la concepción materialista de la historia, se funda precisamente en ello. La ontología marxista reposa en una comprensión del devenir histórico que evite que las representaciones ideales adquieran vida propia, por encima de las condiciones materiales de los seres humanos que las produjeron.

Este es un aspecto de primera importancia. La producción teórica marxista no es especulativa. Los productos de la conciencia deben ser explicados y situados en relación con el momento histórico en que se generaron. El sujeto de la crítica –quien busca develar, mediante la dialéctica, el movimiento de la historia y sus determinaciones esenciales– está obligado a desarrollar su trabajo teórico siguiendo la misma máxima. La teorización de la realidad no puede partir de cimientos arbitrarios y aspirar a comprobarse en la realidad mediante la investigación. Tampoco puede aspirar a ser simplemente una labor de identificación de regularidades empíricas. Las categorías teóricas deben ser resultado del develamiento de la realidad concreta.

¿Qué debe cumplirse para que esto o aquello sea real?

Esta máxima tiene un conjunto de matices que conviene considerar. En primer lugar, atendamos a la ruta lógica del develamiento

dialéctico. Dado que se trata de un proceso, precisamente, de develamiento, de *descubrimiento de una realidad oculta*, es el objeto el punto de partida, pero este no puede ser solamente descrito con la intención de encontrar regularidades que sean luego conceptualizadas. Se parte del objeto, pero su “realidad” está puesta en duda; su carácter real debe ser el punto de llegada del análisis. En otros términos, la forma de apariencia debe ser superada para luego ser reconstruida⁵⁴.

Fue aquel el proceso que se siguió en *La ideología alemana* en la polémica con el idealismo. La historia fue punto de partida, pero también punto de llegada. Una vez recorrido el proceso, la historia se presentó de forma distinta a su forma inicial. Se partió de una historia en la que los pueblos actúan según determinadas formas de pensar que, aparentemente, explicarían su comportamiento. En la mirada idealista, esas formas de pensar y actuar serían la personificación del despliegue del espíritu, determinante esencial del devenir histórico. Marx y Engels, sin negar de partida esta apariencia, la buscaron superar develando sus determinaciones reales. Para ello desplegaron un razonamiento orientado a identificar aquello que está implicado en la realidad aparente para que esta pueda ser, efectivamente, real.

Sin ánimo de establecer una formalización lógica, se puede encontrar en el razonamiento marxista un esquema de indagación que puede resumirse en la pregunta: ¿qué debe cumplirse para que *B* sea real? La respuesta se obtendrá *dentro* de *B*, en la forma de una *premi- sa* suya, como una condición de necesidad para que sea real. Recordemos las premisas de las que parte la concepción materialista de la historia. Para que haya historia debe haber seres humanos vivos que hagan historia. Para que estén vivos, deben producir sus medios de vida. Para producir sus medios de vida, deben desplegar capacidades productivas. Para que haya determinada forma de conciencia, debe haber una formación social que la elabore. Etcétera.

54 Marx, como se aprecia, recoge este proceso de análisis de la dialéctica hegeliana.

No es posible pensar la historia desde modelos abstractos

Notemos que si la respuesta a la pregunta planteada es que si para que *B* sea real, debe cumplirse *A*, aquello no significa que *A* sea *causa* de *B*. Del mismo modo, *A* se encuentra oculto en *B*, y *B* no es un objeto ideal, sino que, por más que revista una forma apariencial, distorsionada de su ser, se tratará de una expresión de la realidad concreta⁵⁵.

No es posible entonces establecer en el marxismo relaciones causales abstractas, definidas únicamente en el plano ideal, especulativo, para luego ser comprobadas en la realidad empírica. Este es un segundo aspecto que se desprende de la necesidad de partir de la historia real en el proceso de elaboración teórica.

Por eso, como lo argumenté líneas arriba, la relevancia que Marx da a las condiciones materiales de existencia no puede leerse en el sentido de que la economía sea “causa” explicativa de los demás aspectos de la realidad social. Tampoco será posible tener una lectura de la historia donde esta obedece a un mecanismo de desarrollo lineal. Si bien para Marx el cambio histórico obedece a determinadas leyes que deben ser desentrañadas, estas leyes no son eternas ni pueden ser develadas si no es a partir de los hechos reales. Así, en el análisis marxista, es la historia real la fuente de explicación del cambio histórico.

Lo dicho queda muy bien ejemplificado en la crítica que Marx desarrolla contra Proudhon en *Miseria de la filosofía*. Según Marx, Proudhon procura explicar el surgimiento de categorías

55 Esta es una cuestión de gran importancia para comprender los fenómenos asociados a la conciencia, aunque no podrá ser tratado aquí por razones de espacio. Es un campo poco desarrollado por Marx. Lukács es uno de los autores marxistas que más lúcidamente ha teorizado al respecto. Una de sus conclusiones más poderosas es que la forma de apariencia que reviste la realidad, no solo debe ser superada sino también comprendida en su carácter *necesario*. La “falsa conciencia” debe investigarse “como momento de la totalidad histórica”. Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*, (México D.F.: Editorial Grijalbo, 1969): 53.

económicas a partir de considerar, en palabras suyas, no “una historia según el orden cronológico, sino según la sucesión de ideas (...) las teorías económicas tienen su sucesión lógica y su serie en el entendimiento: ese orden es el que nosotros nos ufamamos de haber descubierto”⁵⁶.

Marx critica ácidamente esa pretensión del hegelianismo⁵⁷ y muestra, siguiendo un razonamiento muy similar al de *La ideología alemana*, cómo es que las categorías no pueden tener una historia propia, pues son resultado de la historia real de los seres humanos que las producen:

“Las categorías económicas no son más que expresiones teóricas, abstracciones de las relaciones sociales de producción. Como auténtico filósofo, el señor Proudhon comprende las cosas al revés, no ve en las relaciones reales más que la encarnación de esos principios, de esas categorías que han estado dormitando, como nos dice también el señor Proudhon filósofo, en el seno ‘de la razón impersonal de la humanidad’.

El señor Proudhon economista ha sabido ver muy bien que los hombres hacen el paño, el lienzo, la seda, en el marco de relaciones de producción determinadas. Pero lo que no ha sabido ver es que estas relaciones sociales determinadas son producidas por los hombres lo mismo que el lienzo, el lino, etc.”⁵⁸.

Marx no solo critica la incapacidad de Proudhon para notar el carácter histórico de las categorías económicas, sino también, como consecuencia directa del error anterior, la pretensión de construir explicaciones teóricas de la realidad a partir de supuestos arbitrarios.

56 Citado en Karl Marx, *Miseria de la filosofía*, (Moscú: Editorial Progreso, 1988): 86.

57 “En verdad el señor Proudhon ha querido asustar a los franceses, lanzándoles frases casi hegelianas”. *Ibid.*, P. 86.

58 *Ibid.*, 90.

Proudhon, por ejemplo, se explicará la división social del trabajo del siguiente modo:

“Como muchos de los objetos que necesito no se encuentran en la naturaleza sino en cantidad limitada o ni siquiera existen, me veo forzado a contribuir a la producción de lo que me falta, y como yo no puedo producir tantas cosas, *propondré* a otros hombres, colaboradores míos en funciones diversas, que me cedan una parte de sus productos a *cambio* del mío”⁵⁹.

Como es de esperarse, Marx critica la tentativa de Proudhon de explicar la economía sin recurrir a la historia real. Aquella situación en la que, de pronto, un productor solitario –una suerte de Robinson Crusoe–, llega a la conclusión de que necesita a otros colaboradores y, por tanto, decide dividirse funciones con ellos, solo existe, dirá Marx, en la imaginación de Proudhon. Aquel planteamiento, justamente por su carácter ideal, dejará también diversos cabos sueltos fáciles de notar cuando es confrontado con un análisis medianamente profundo sobre la base de la historia concreta:

“¿Cómo el señor Proudhon, que supone conocida la división del trabajo, explica con ella el valor de cambio, que para él es una incógnita?

‘Un hombre’ se decide a ‘*proponer* a otros hombres, colaboradores suyos en funciones diversas,’ establecer el intercambio y hacer una distinción entre el valor de uso y el valor de cambio. Aceptando la propuesta de reconocer esta distinción, los colaboradores no han dejado al señor Proudhon otro ‘cuidado’ que consignar el hecho, señalar, ‘anotar’ en su tratado de economía política ‘el origen de lo ideal del valor’. Pero lo que debe explicarnos es ‘el origen de esta propuesta, decirnos, en suma, cómo este hombre solo, este Robinson, tuvo de pronto la idea

59 Citado por Marx. *Ibid.*, 27. Énfasis en la cita reproducida por Marx.

de hacer ‘a sus colaboradores’ una proposición *semejante* y cómo estos colaboradores la admitieron sin protesta alguna”⁶⁰.

“(…) cuando se trata de explicar históricamente ‘el origen de una idea económica’, el señor Proudhon supone a un hombre que propone a otros hombres, colaboradores suyos en funciones diversas, llevar a término este acto de generación, y asunto concluido”⁶¹.

Nótese cómo la forma de teorizar de Proudhon es bastante común a las que se encuentran en el Derecho y en la Economía contemporáneas. En el primer caso, es usual que se recurra a la metáfora del Leviatán, de Hobbes, para explicar el Estado. En algún momento de la historia, los seres humanos habrían notado que, para no destruirse entre sí, deben delegar parte de sus libertades a un Leviatán que tenga el monopolio de la fuerza. Sucedería algo similar con la apelación al “contrato social” de Rousseau. A ello sumemos las explicaciones jurisprudenciales, donde la legalidad debe sustentarse en función de principios legales, muchas veces asumidos como ciertos en sí mismos.

En la teoría económica contemporánea sucede algo similar. De hecho, la forma estándar de construcción de teorías consiste en la construcción de *modelos* teóricos. Estos modelos, generalmente, tienen dos partes: una sección de supuestos del modelo y otra de la formalización de las funciones de utilidad de los agentes, de la lógica de sus relaciones y de los puntos de equilibrio. Esa formalización es, comúnmente, algebraica. La validez del modelo radicará en su correspondencia con la realidad empírica, captada mediante métodos econométricos. Ni los supuestos teóricos de los modelos, ni los de los métodos econométricos (también los tienen), son fundamentados ni

60 *Ibid.*, 28-29.

61 *Ibid.*, 30.

son, en sentido estricto, validados. En última instancia, bastará con que resulten razonables.

Aunque de modo más sofisticado, estas formas de teorización reproducen la forma en que Proudhon busca explicar la realidad. En un sentido más formal, corresponden, sobre todo en el caso económico, a una concepción de la labor científica que Adolfo Figueroa, siguiendo los planteamientos de Georgescu-Roegen, ha expuesto con claridad en varios de sus trabajos. Él concibe a las teorías económicas como una combinación de proposiciones alfa, de carácter axiomático, y beta, que son contrastadas con la realidad. En el segundo grupo se ubicarían los modelos económicos y en el primero las teorías de las que se desprenden.

“(...) las proposiciones α , que constituyen los fundamentos de la ciencia económica, se establecen de manera axiomática. Por método axiomático se entenderá aquí la acción de establecer una proposición que se admite como cierta, pero solo *en principio*. Será la evidencia empírica la que determinará su validez, pero eso se hará *a posteriori*”⁶².

La teoría se presenta como una construcción especulativa que solo se confirmaría *a posteriori*; es decir, una vez se contraste con el mundo empírico. La teoría, al ser validada externamente, borraría todo entronque intrínseco con la realidad histórica. Aquel es el centro de la crítica realizada por Horkheimer a la teoría tradicional, que podríamos decir que lleva a un plano formal la crítica realizada por Marx a Proudhon.

Horkheimer mostrará cómo la forma tradicional de teorizar (la ciencia convencional), identifica regularidades en la realidad empírica, abstrae de ellas proposiciones formales y construye armazones conceptuales ideales que serán válidos en tanto se comprueben o no

62 Adolfo Figueroa, *Teorías económicas del capitalismo*, (Lima: PUCP, 1992): 23.

en la realidad. La labor de comprobación radicará en la investigación empírica y la teoría será una labor especulativa, presentada siempre bajo la forma de hipótesis. Las ideas se fundamentarán, así, en su propia realidad ideal y los productores de ideas tenderán a verse como sujetos externos que observan el mundo sin reparar en su entronque sociohistórico: su lugar en la división social del trabajo y en la lucha de clases.

“Dentro de la ciencia, el experimento tiene el sentido de comprobar los hechos de una manera especialmente adecuada a la situación correspondiente de la teoría. El material fáctico, la materia, es proporcionado desde fuera. (...) El dualismo entre pensar y ser, entre entendimiento y percepción, es para él [el científico] natural”⁶³.

“La idea tradicional de teoría es abstraída del cultivo de la ciencia tal como se cumple dentro de la división del trabajo en cada etapa. Corresponde a la actividad del científico tal como se lleva a cabo en la sociedad junto con todas las otras actividades, sin que se perciba directamente la relación entre las actividades aisladas. De ahí que en esa idea no aparezca la función social real de la ciencia, ni lo que significa la teoría en la existencia humana, sino solo lo que ella es en esa esfera, separada, dentro de la cual se la produce en ciertas condiciones históricas”⁶⁴.

La crítica como “des-cosificación”

En la línea de la crítica de Marx al idealismo, Horkheimer señala que la teoría tradicional tenderá a elevar las ideas a realidades con vida propia. Al hacerlo, tales ideas quedarán extraídas de la historia concreta y, por tanto, de todo cambio. Del mismo modo, como

63 Horkheimer, *Teoría crítica*, 230-231.

64 *Ibid.*, 231.

aquellas abstracciones partieron de la descripción de la realidad vigente en su forma de apariencia, el resultado será que las relaciones sociales que conforman la vida social (la organización concreta de la formación social) quedarán también fuera de toda historia. En otros términos, la forma en que está organizada la sociedad hoy se considerará como última y definitiva: como si se tratara de una realidad inmutable y natural. Lo que es un producto histórico, será elevado a la categoría de cosa.

La dialéctica marxista tiene, por ello, un contenido revolucionario. Este es un tercer aspecto a destacar en la apelación de Marx para mostrar la raigambre histórica de las construcciones humanas. Al mostrar que las representaciones ideales son productos sociales, permite cuestionar de forma radical las relaciones sociales dominantes. Aquel cuestionamiento radicará, fundamentalmente, en mostrar su carácter histórico; es decir, susceptible de cambio. De este modo, los mecanismos ideológicos mediante los cuales la clase dominante oculta su dominio (también ante ella misma), pueden ser superados. Será posible, entonces, representarnos la realidad objetiva de la estructura de clases y, por tanto, la posibilidad objetiva de su superación.

En palabras de Lukács, que toma como punto de partida la crítica hecha por Marx en *El capital* al fetichismo de la mercancía, podríamos decir que la crítica histórica marxista contra la economía política burguesa (y contra todas las formas de ocultamiento ideológico que revisten carácter científico) consiste en lo siguiente:

“(...) la disolución de todas las objetividades cosificadas de la vida económico-social en *relaciones entre hombres*. El capital (y, con él, toda forma de objetividad de la economía) es según Marx ‘no una cosa, sino una relación entre personas, mediada por cosas’⁶⁵. La puesta en relieve del cimiento histórico de

65 Lukács, *Historia y conciencia de clase*, 53.

la realidad, des-cosifica las representaciones que se elaboran sobre esa realidad; es decir, ya no se presenta como una realidad objetiva externa, al modo de una cosa o de existencia natural, sino como producto de la propia acción de los seres humanos. Las sociedades, mediante su actividad productiva, pueden transformar sus propias elaboraciones”.

Los mecanismos ideológicos de ocultamiento de la dominación de clase operan, precisamente, cosificando, “fetichizando”, la experiencia concreta de las personas. Lukács llamará la atención sobre cómo opera ese proceso en el plano de la teoría. Así, por ejemplo, tendremos que, desde la ciencia económica burguesa, la producción social no podrá imaginarse de otro modo que no sea desde los lentes de la producción capitalista. El individuo racional, el mercado y la propiedad privada serán elevados a realidad natural. No tendremos capitalismo, sino simplemente economía. Toda la historia económica será vista desde los lentes de esas categorías capitalistas. Para todas las épocas históricas se calculará un producto bruto estimado en su forma de valor, se buscarán dinámicas de oferta y demanda, se asumirán individuos que maximizan su beneficio, etcétera.

Del mismo modo sucederá con la ciencia política burguesa, que concibe al Estado –aunque pasible de ser dirigido por actores políticos– como entidad separada de la sociedad y como mecanismo por excelencia de organización de la autoridad colectiva y de las relaciones de poder. Las expresiones de poder que excedan el ámbito estatal serán vistas como anomalías, como poderes fácticos. La economía se presentará como una esfera también externa a la esfera política. Los intereses sociales se mostrarán como un cúmulo de intereses individuales aleatorios, leídos desde marcos normativos jurídico-políticos: ciudadanía, electorado, etc. El Estado y la política moderna dejarían de presentarse como lo que son: construcciones humanas, productos históricos.

La crítica marxista reconstruye la raigambre histórica de estas representaciones sociales y de sus construcciones institucionales y, con ello, abre la posibilidad de su transformación radical.

Pensar la realidad social como totalidad

Un cuarto aspecto a destacar es que, dado que la vida humana parte del acto generador de la producción, actividad histórica incontrovertible –como ya lo argumentamos–, nuestra existencia tiene un asiento ontológico unitario, reposa en nuestra existencia material. Por tanto, el despliegue de nuestras capacidades productivas, expresada en una división social del trabajo que puede ser cada vez más compleja, no debe llevarnos a perder de vista que nuestra realidad es unitaria; es decir, que somos parte de una *totalidad social*. Aquí radica un componente crítico de primera importancia, muy relacionado a la crítica contra los mecanismos de cosificación.

Si somos productores de nuestra vida y de nuestro modo de vida, entonces somos productores de todos los aspectos de ese acto de vivir. Seamos parte de una pequeña comunidad con un bajo nivel de división social del trabajo o de una formación social con una población numerosa, donde hemos diferenciado ámbitos como el privado y el público o esferas institucionales como la economía, la política y la cultura; en todos los casos, dado que todo ello será producto de nuestra actividad colectiva, estaremos frente a una realidad unitaria, frente a una totalidad: una realidad articulada en torno a determinados principios de funcionamiento.

Aquello, por cierto, no significa, en absoluto, que la noción totalidad se refiera a una unidad armónica. Presentará contradicciones y estas podrán llegar a ser insalvables y dar lugar a transformaciones profundas dentro de ella misma. Tampoco significa que la totalidad *se nos represente* de ese modo integral. De hecho, será extraño que así sea dada nuestra posición específica en la estructura de clases y en la división del trabajo, que nos enajenará frente a aquella concepción total. No obstante, su realidad es objetiva y la labor del análisis crítico es reconstruirla y develar tanto sus conexiones internas como el sentido de su movimiento.

Esto abre un asunto de difícil abordaje. Pensar la totalidad –y pensarla como totalidad histórica, sujeta a cambio– tiene un

componente revolucionario, pues tanto como lleva a des-cosificar las construcciones humanas que la ideología dominante presenta como realidades inmutables, también lleva a superar la diferenciación institucional sostenida en la división social del trabajo, que presenta a los diversos ámbitos de esa diferenciación como compartimentos estancos, con leyes propias.

Pensar la totalidad histórica abre la posibilidad de pensar en un cambio revolucionario de esa totalidad. Pero ese cambio no será producto solamente de la imaginación ni de la voluntad, sino que será, sobre todo, resultado de las fuerzas de cambio que, desde dentro de la totalidad, abran de forma objetiva esa posibilidad y que la crítica permitiría vislumbrar y aprovechar. Ahora bien, ¿cómo acceder a la totalidad?

En búsqueda de las determinaciones de lo real

La pregunta tiene dos niveles, sobre los que procuraré plantear algunos aportes sin ánimo de llegar a proposiciones definitivas. Un primer nivel tiene que ver con el proceso de identificación de los determinantes fundamentales de la realidad y de su representación ideal en la forma de categorías.

Hasta esta parte, hemos resaltado el carácter histórico de las categorías y hemos argumentado por qué resulta errónea la ruta de teorización basada en supuestos o en simples generalizaciones abstractas de la descripción del orden vigente. No obstante, queda pendiente abordar de lleno la cuestión sobre cómo, efectivamente, llevar a cabo el proceso de develación dialéctica que dé como resultado las categorías fundamentales y más pertinentes para el análisis.

Es en un fragmento de los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* o, también conocidos como los *Grundrisse*, donde Marx aborda esta cuestión. El libro reúne diversos apuntes escritos por Marx en el proceso de estudio de la Economía política, que daría como resultado *El capital*. Fueron publicados inicialmente

entre 1939 y 1941. Por su carácter, este trabajo permite conocer de una forma privilegiada la forma en que Marx llevaba adelante su proceso de análisis crítico.

Aquello se aprecia de manera explícita en la sección destinada a analizar el método de la economía política. En ella Marx reconstruye y critica el método de análisis de la realidad de la economía burguesa y expone su propio método. De esta sección es posible desarrollar múltiples reflexiones, pero destaquemos algunos puntos centrales.

Marx señala que, si bien es correcto partir de lo real y concreto al momento de representarnos la vida de los seres humanos –máxima que, por cierto, fue el punto inicial de la concepción materialista de la historia–, aquello que se presenta como la realidad inmediata oculta determinaciones que es necesario desentrañar. Para ejemplificar esta idea, dice lo siguiente:

“Parece justo comenzar por lo real y lo concreto, por el supuesto efectivo; así, por ej., en la economía, por la población en su conjunto. Sin embargo, si se examina con mayor atención, esto se revela [como] falso. La población es una abstracción si de lado, p. ej., las clases de que se compone. Estas clases son, a su vez, una palabra huera si desconozco los elementos sobre los cuales reposan, p. ej., el trabajo asalariado, el capital, etc. (...) Si comenzara, pues, por la población tendría una representación caótica del conjunto y, precisando cada vez más, llegaría analíticamente a conceptos cada vez más simples: de lo concreto representado llegaría a abstracciones cada vez más sutiles hasta alcanzar las determinaciones más simples. Llegado a este punto, habría de reemprender el viaje de retorno, hasta dar de nuevo con la población, pero esta vez no tendría una representación caótica de un conjunto, sino una rica totalidad con múltiples determinaciones”⁶⁶.

66 Marx, *Grundrisse*, 21.

Esta cita es fundamental para comprender el lugar que la realidad empírica y las abstracciones teóricas tienen en el pensamiento de Marx. Marx parte de lo concreto, en este caso la población, pero muestra que aquello solo puede ser comprendido cabalmente si se encuentran las determinaciones que le dan realidad. Así, por la vía del análisis, se irán encontrando determinaciones específicas: una estructura de clases, relaciones de producción, etc. Entonces ya no será la población a secas, sino una población que personifica una forma específica de organización social.

El pensamiento llevaría a cabo un proceso marcado por dos momentos. Al encontrarse con lo concreto, busca comprender las determinaciones que le dan su forma real. De este modo, van emergiendo las categorías teóricas más pertinentes. Es el proceso de abstracción. En el segundo momento, se emprende “el viaje de retorno” y lo concreto aparece representado de un modo distinto por las categorías abstractas: “ya no es una representación caótica de un conjunto, sino una rica totalidad con múltiples determinaciones”.

Esto puede llevar a una confusión. Dado que la realidad concreta solo puede ser aprehendida si es a partir de una representación del pensamiento y son las categorías teóricas las que le dan forma a esa realidad, las que la hacen inteligible, podría parecer que son tales categorías abstractas las que *le dan realidad* a lo concreto (son sus determinaciones). Se caería en el error del hegelianismo. Sería la razón (la conciencia) la que determina la realidad. Esta tensión entre la necesidad de que el análisis parta de la realidad concreta y la inevitable representación abstracta de esa realidad, Marx la resume de este modo:

“Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso. Aparece en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida, aunque sea el verdadero punto de

partida y, en consecuencia, el punto de partida también de la intuición y de la representación”⁶⁷.

Lo concreto sería el punto de partida, pero el pensamiento, una vez que se lo representa, tendería a borrar ese primer momento. Para la conciencia habría solo un movimiento: el ascenso (o descenso) de la abstracción hacia lo concreto. Como solo así la caótica y amorfa realidad adquiere un contorno definido, podría parecer que es el pensamiento el que crea esa realidad.

Frente a ello, Marx explica que “(...) el método que consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto, de reproducirlo como un concreto espiritual (...) no es de ningún modo el proceso de formación de lo concreto mismo”⁶⁸. Como lo concreto siempre se presenta como concreto pensado o representado, para la conciencia puede parecer que lo que hace real la realidad es la categoría abstracta, pero la realidad de las categorías no brota “del concepto que piensa y se engendra a sí mismo”⁶⁹. Antes bien, la elaboración teórica parte de intuiciones o representaciones del mundo real. “El sujeto real mantiene, antes como después, su autonomía fuera de la mente”⁷⁰.

Estos pasajes permiten comprender mejor lo que hace Marx a lo largo de su obra. El proceso de develamiento de las determinaciones fundamentales de la realidad, aquella ruta que lleva a trascender la forma de apariencia de esa realidad y descubrir sus aspectos ocultos para volver a la apariencia y superarla, lleva a Marx a ir construyendo un conjunto de categorías teóricas de diverso peso explicativo.

Así, en *El capital*, por ejemplo, podemos observar una rica construcción categorial que busca dar cuenta del funcionamiento del

67 *Ibid.*, 21.

68 *Ibid.*, 22.

69 *Ibid.*, 22.

70 *Ibid.*, 22.

modo de producción capitalista, de las leyes intrínsecas de su movimiento como totalidad. Pero de no comprender el proceso mediante el cual las categorías marxistas son construidas, estas pueden presentarse solo como conceptos abstractos.

De hecho, en el propio despliegue categorial que se encuentra en *El capital*, pareciera que las categorías económicas fueran engendrándose unas de otras hasta alcanzar sus formas más complejas. De la forma mercancía obtendríamos la forma valor y de ella la forma capital. Salvo los capítulos directamente históricos de la obra, pareciera que estuviéramos ante un *modelo teórico* general que pudiera ser *aplicado* a la realidad concreta del capitalismo. El capitalismo real, entonces, se nos presentaría *desde* las categorías, *antecedido* por ellas en la forma de una razón que le da forma a la realidad.

Este error fue recurrente en la producción marxista de los años setenta y ochenta, desde el llamado estructuralismo. Sería posible poner sobre la mesa los modos de producción puros (feudalismo, capitalismo, modo asiático, etc.) y luego buscar la realidad concreta y hacer “caracterizaciones”⁷¹. Aquel trabajo de caracterización consistiría en *aplicar* los moldes: discutir qué modo de producción es predominante y qué otros modos están subordinados, a modo de rezagos. Sin notarlo, aquel análisis sigue la ruta de pensamiento de la concepción idealista y de todas sus expresiones contemporáneas, sean en su forma metafísica o positivista. Los conceptos existirían solos, de lo que se trata es de buscarles evidencia.

Frente a ello nos alerta Marx en el “Postfacio” a la segunda edición de *El capital*, escrito en 1873, seis años después de iniciar la circulación de la primera edición. En una parte del texto –acaso como respuesta a quienes lo pudieron haber acusado de hegelianismo– diferencia de forma explícita el “método de investigación” del

71 Como un ejemplo de ello, véase Eduardo Fioravanti, *El concepto de modo de producción*, (Barcelona: Ediciones Península, 1983).

“método de exposición”. El primero llevaría adelante el proceso que hemos reconstruido líneas arriba, donde las categorías son el punto de llegada de la develación dialéctica de lo concreto. El segundo expondría la lógica interna de lo real, una vez representado; presentaría el “concreto espiritual”. Tal exposición abstracta, sin embargo, es la trasposición ideal de la realidad material:

“Claro está que el método de exposición debe distinguirse formalmente del método de investigación. La investigación ha de tender a asimilarse en detalle la materia investigada, a analizar sus diversas formas de desarrollo y a descubrir sus nexos internos. Solo después de coronada esta labor, puede el investigador proceder a exponer adecuadamente el movimiento real. Y si sabe hacerlo y consigue reflejar idealmente en la exposición la vida de la materia, cabe siempre la posibilidad de que se tenga la impresión de estar ante una construcción *a priori*.

Mi método dialéctico no solo es fundamentalmente distinto del método de Hegel, sino que es, en todo y por todo, la antítesis de él (...) Para mí, lo ideal no es, por el contrario, más que lo material traducido y traspuesto a la cabeza del hombre⁷².

Las categorías teóricas, en consecuencia, nunca pierden su entronque con la realidad, así se presenten de forma abstracta al tener que ser expuestas. De ello se desprende que la relevancia y vigencia de tales categorías *estará determinada por la realidad histórica de la que emergieron*. No son categorías puras ni inmutables. El análisis dialéctico marxista no puede aspirar a descubrir leyes eternas y está obligado a poner en relieve el carácter histórico de las propias categorías teóricas.

La teoría marxista se encuentra siempre abierta al cambio pues estudia una historia en movimiento, cambiante. Su potencial

72 Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*. (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2001): XXIII.

revolucionario se pierde cuando esto se olvida y se eleva la obra de Marx al estatus de obra cerrada y sagrada. El marxismo muere cuando se convierte en dogma.

¿Desde dónde reconstruir la totalidad?

Así entramos a un segundo nivel de análisis en torno a la cuestión de la teorización como develamiento de la realidad. Sabemos que las categorías deben brotar del análisis dialéctico de lo real y, por tanto, dar cuenta de sus determinaciones fundamentales. Sabemos también que aquel proceso deberá ser la base del despliegue de categorías que permita dar cuenta de la totalidad y de sus leyes intrínsecas de movimiento (leyes históricas y contingentes). El reto del proceso marxista de investigación consiste en desentrañar los hechos concretos e identificar precisamente aquellas categorías determinantes.

Dado que el objeto de análisis ocultará los secretos de su propia realidad, no podemos recurrir a un armazón conceptual y, simplemente, aplicarlo. Requerirá de una sensibilidad especial del observador, un gran rigor en el análisis y un conocimiento empírico profuso. Las categorías que aparecen como determinantes fundamentales en una realidad histórica, pueden no serlo en otras, por más que también estén presentes. En los *Grundrisse*, Marx brinda ejemplos bastante elocuentes con relación a este punto, relacionados con categorías centrales en la economía política como lo son el dinero y el trabajo:

“(...) puede decirse que existen formas de sociedad muy desarrolladas, y sin embargo históricamente inmaduras, en las que se encuentran las formas más elevadas de la economía –p. ej., la cooperación, una división desarrollada del trabajo, etc.– sin que exista tipo alguno de dinero, como por ejemplo en el Perú⁷³. También en las comunidades eslavas el dinero

73 Se infiere que Marx se refiere al Perú prehispanico.

y el intercambio que lo condiciona no aparecen o lo hacen muy raramente en el seno de cada comunidad, mientras que aparecen en cambio en sus confines, en el tráfico con otras comunidades; de allí que sea en general erróneo situar el cambio en el interior de las comunidades como el elemento constitutivo originario. (...)”⁷⁴.

“El trabajo parece ser una categoría totalmente simple. También la representación del trabajo en su universalidad –como trabajo en general– es muy antigua. Y, sin embargo, considerado en esta simplicidad desde el punto de vista económico, el ‘trabajo’ es una categoría tan moderna como las relaciones que dan origen a esa abstracción simple. (...)”⁷⁵.

“(...) esta abstracción del trabajo en general no es solamente el resultado intelectual de una totalidad concreta de trabajos. La indiferencia por un trabajo particular corresponde a una forma de sociedad en la cual los individuos pueden pasar fácilmente de un trabajo a otro y en la que el género determinado de trabajo se ha convertido entonces no solo en cuanto categoría, sino también en la realidad en el medio para crear la riqueza en general y, como determinación, ha dejado de adherirse al individuo como una particularidad suya”⁷⁶.

Con estos ejemplos (también analiza el caso de la categoría propiedad), Marx muestra cómo, primero, los determinantes de la realidad, aprehendidos por las categorías teóricas (dinero, trabajo, por ejemplo), tendrán un carácter más o menos relevante, según la realidad histórica de que se trate; de lo que se desprende que no pueden “importarse” o “exportarse” categorías teóricas de realidades socio-históricas distintas de forma arbitraria.

74 Marx, *Grundrisse*, 23-24.

75 *Ibid.*, 24.

76 *Ibid.*, 25.

En segundo lugar, muestra cómo llegar a tales o cuales categorías teóricas tiene como premisa *la posibilidad* histórica de llegar a ellas; es decir, que el proceso teórico no depende solo de la capacidad de análisis, sino que está determinado por la realidad social concreta desde la que se lleva a cabo. De ello se infiere que, como lo hemos argumentado ya, las construcciones teóricas son productos sociales e históricos y sería erróneo (o un mecanismo ideológico de ocultamiento) pretender que se eleven a conceptos generales y leyes inmutables. Caeríamos en el error de los economistas, “que cancelan todas las diferencias históricas y ven la forma burguesa en todas las formas de sociedad”⁷⁷.

Cuando Marx estudia la sociedad capitalista, sigue cuidadosamente estas pautas. Su genio y su estudio exhaustivo de la economía política burguesa, le permiten identificar la célula económica de este régimen de producción, la mercancía, y desde ella desarrollar el proceso de develación dialéctica que se apoya en las categorías económicas ricardianas y las va superando (en el sentido dialéctico del término).

Para que aquel proceso de pensamiento haya sido posible –diríamos desde Marx–, la forma mercancía tendría que presentarse desarrollada, al punto de determinar las relaciones de producción, intercambio y consumo. A su vez, ello supone que la división social del trabajo adquiriera un nivel de desarrollo en el que existan una multiplicidad de productores privados independientes que se encuentren unos con otros en calidad de poseedores de mercancías, sin más vínculo entre ellos que una transacción impersonal.

En este modo de producción, marcado por la lógica de la acumulación capitalista –como Marx lo muestra en el primer tomo de *El capital*–, la clave para reconstruir la totalidad radica en las relaciones

77 *Ibid.*, 26.

económicas. No es así solo porque las condiciones materiales sean el soporte ontológico de la totalidad, sino porque la dinámica económica capitalista determina, en la realidad histórica de *esa* totalidad, el carácter del movimiento histórico.

¿Pero siempre es así en todas las formaciones sociales? ¿Lo es en todas las formaciones contemporáneas, subsumidas por el modo capitalista de producción, el cual tiene ahora un alcance global? ¿En el caso de formaciones ubicadas en la periferia del sistema, cómo se expresan las determinaciones capitalistas? ¿Cuál es su estatus y su poder explicativo en el movimiento de la totalidad? En las sociedades latinoamericanas, por ejemplo, que forman parte del modo global de producción capitalista, ¿la totalidad tiene como determinantes fundamentales a las relaciones capitalistas? De serlo, ¿de qué modo operarían?

No es posible dar respuestas fáciles a estas cuestiones. De una parte, la ontología marxista, dado su carácter general, construido a partir de las determinaciones más básicas de la existencia humana, nos ofrece un razonamiento y determinadas categorías, a modo de preguntas resumidas, condensadas en expresiones como “división social del trabajo”, “clases sociales”, etc. No obstante, son el primer paso para un proceso de investigación crítica que debe partir, en la línea de lo expuesto, de la realidad histórica concreta.

Aquel trabajo no puede saltarse usando las categorías a las que llega Marx en el estudio del capitalismo. Dado que el capitalismo es un modo de producción de alcance planetario, nos ahorrarán, sin duda, parte del camino para el análisis del régimen global en el que estamos situados y de sus expresiones locales, pero esas categorías deben ser releídas desde nuestra particularidad histórica, en un proceso serio y creativo de reconstrucción de la totalidad⁷⁸.

78 Los planteamientos de Aníbal Quijano sobre la heterogeneidad y la dependencia histórico-estructural, desarrollados en los años setenta, son aportes bastante ori-

4. Algunas implicancias del razonamiento marxista

La concepción materialista de la historia constituye, como vimos, una concepción específica del ser, de la existencia. Da lugar a una ontología que está en la base de la obra marxista. Hemos mostrado los cimientos de esa ontología y hemos ensayado una reconstrucción del razonamiento que se va desplegando desde su interior; es decir, el proceso ideal de reconstrucción de la realidad –puesta en duda en tanto apariencia y reconstruida mediante determinadas categorías–. Esta reconstrucción partió del develamiento de las determinaciones de los propios hechos.

Ahora bien, ¿qué supone asumir esta ontología?, ¿a dónde llegamos si seguimos desplegando el razonamiento de partida, si pensamos desde el materialismo histórico?, ¿cuáles son las implicancias de esta concepción en el análisis de la realidad y en la práctica sobre la realidad? Es imposible responder de forma exhaustiva estas preguntas, pues su respuesta está supeditada a escenarios de análisis y de acción de lo más diversos. No obstante, destacaré algunos puntos que considero medulares.

Atención en el trabajo y en la estructura de clases

Un primer punto que es necesario resaltar está relacionado con la centralidad del trabajo. En el análisis de Marx sobre el régimen capitalista de producción, la categoría trabajo es central. El despliegue de trabajo vivo –fuerza de trabajo puesta en acción– es la única fuente generadora de valor. Por tanto, el capital, como valor que se valoriza, solo puede existir y crecer en tanto asegure una permanente

ginales en esta dirección. Véase Aníbal Quijano, *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*, (Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2014). También, en el presente volumen, Guillermo Rochabrún desarrolla un ambicioso ensayo sobre la formación social peruana siguiendo este razonamiento, tributario del marxismo de Mariátegui.

y creciente apropiación de trabajo vivo; en particular, de trabajo ajeno⁷⁹. La explotación capitalista se sostiene en esa permanente apropiación de tiempo de trabajo ajeno no pagado.

En el *Manifiesto del Partido Comunista*, asimismo, Marx pone sus expectativas revolucionarias en la clase trabajadora. Es el proletariado, convertido, por efecto del propio modo de producción capitalista, en clase universal, en medio de un antagonismo cada vez más abierto y polar frente al capital, la clase llamada a protagonizar una revolución social que, por primera vez en la historia, acabará con toda la estructura de clases. Al liberarse, el proletariado liberará consigo a la sociedad en su conjunto. Esta apuesta política se encuentra en toda la obra de Marx y ha marcado el centro de la identidad del marxismo: el compromiso de clase con los trabajadores y sus tareas revolucionarias⁸⁰.

¿Por qué ese interés particular en el trabajo? La respuesta puede encontrarse en la propia ontología marxista, que hemos analizado ya. El ser humano existe solo si resuelve su vida material interviniendo la naturaleza. De esa intervención se desprenden su vida y su modo de vida. En ella se determina su ser. Esa relación con la naturaleza es productiva y la actividad de producir es el trabajo. El trabajador es el productor directo. La forma que tome el acto de trabajar variará según épocas históricas, modos de producción y formaciones sociales.

El único modo de producción en el que el acto del trabajo se presenta bajo la forma de la acción de un “trabajador”, definido en términos exclusivamente económicos, es el capitalismo. En otras experiencias históricas, el acto del trabajo, como vimos, entrelazará diversos tipos de relaciones sociales e identidades. En la producción familiar, el trabajador es antes hijo o comunero, que

79 Marx, *El capital*.

80 Marx, *Manifiesto del Partido Comunista*.

puramente trabajador. En todos los casos, empero, las sociedades humanas deben resolver, para ser como son, su existencia material; y aquello supone una determinada organización de la producción y, con ello, del trabajo como la actividad fundamental de la producción.

La atención puesta en la producción y en el trabajo conlleva poner una obligada atención en la estructura de clases. Las clases sociales no son identidades políticas ni construcciones subjetivas. En tanto parten de la forma en que se organiza la producción y se determina la apropiación del excedente productivo, tienen un sostenimiento material objetivo, real. Por supuesto, las representaciones sociales predominantes, construidas sobre aquella base, tenderán a ocultar aquel carácter objetivo. Las clases dominantes elevarán sus representaciones sociales a la categoría de ideas dominantes, presentarán sus intereses particulares como intereses generales, como condición de su dominación.

La conciencia de los productores directos sobre su condición objetiva será, por ello, un resultado subjetivo, político –facilitado, dificultado o imposibilitado por las condiciones materiales–; pero una vez logrado, una vez construida la conciencia de clase, no se tratará de una identidad con el mismo estatus que cualquier otra –nacional, religiosa, étnica, de género, etc.–. Se tratará del reconocimiento de la ubicación en los cimientos materiales de toda la formación social, premisa de las demás relaciones, instituciones y representaciones sociales.

La atención puesta en la producción y en el trabajo, atención que lleva al reconocimiento de la estructura de clases y, con ello, de las relaciones de producción que sostienen tal estructura, convierte a la crítica marxista en crítica revolucionaria. Se traza una ruta para el develamiento de las formas ideológicas que ocultan la realidad detrás de la producción del excedente productivo y su apropiación por parte de las clases dominantes. Apunta al centro del sostenimiento material de la dominación social. Aquella dominación, si bien puede

erigirse en diversos ejes, contruidos, como señala Quijano, en torno al sexo, la subjetividad y el poder político⁸¹, tendrá como soporte material inevitable, como un eje que cruza a los anteriores y determina sus posibilidades, el eje de clase.

La aspiración universal de Marx, ¿eurocéntrica?

Un segundo aspecto a destacar radica en la aspiración científica y universal del materialismo histórico. Esta aspiración es, fundamentalmente, moderna. Ante la contemporánea crítica al carácter eurocéntrico de la modernidad occidental, Marx podría aparecer como un autor europeo que busca elevar su experiencia histórica y cultural particular a teoría universal.

Estaríamos frente a una visión totalizante que no dejaría lugar a otras cosmovisiones. Su materialismo pasaría por encima de concepciones holísticas del mundo, como las que tienen los pueblos originarios americanos, donde, por ejemplo, antes que como medio de producción, la naturaleza es vista como un entorno vivo con el que uno se vincula en medio de una relación de intercambio: no sería un objeto externo, intervenido por un sujeto omnipotente que desarrolla fuerzas productivas.

Del mismo modo, desde aquella perspectiva se criticaría la aspiración marxista de concebir el movimiento de la historia como un movimiento lineal hacia el progreso, movimiento que supondría el abandono de formas de sociedad atrasadas, destinadas a la desaparición. En esa apuesta, no cabría la resistencia librada por formas de organización que no fueran consideradas modernas, como las que

81 Quijano, *Cuestiones y horizontes*. Sobre el concepto de dominación social, véase Omar Cavero, “Apuntes teóricos sobre el concepto de dominación social”. En Cavero, O., Del Águila, L., Gamero, J., Murrugarra, E., Rochabrún, G. y Rodríguez, L. *Hacia una caracterización de la dominación social en el Perú*. (Lima: Emancipación, 2015). Disponible en <<http://bit.ly/2lHOZDU>>.

ponen en práctica las comunidades indígenas. Estas formas caerían en la etiqueta de “premodernas” y para facilitar el curso de la historia habría que superarlas.

La apuesta moderna de Marx sería, en resumidas cuentas, colonizante. Su concepción del ser arrastraría consigo un componente etnocéntrico y su apuesta por el progreso podría justificar el desprecio por pueblos en resistencia a la modernidad occidental⁸². ¿Son fundamentadas estas críticas si consideramos directamente la obra de Marx?

No es posible desarrollar con exhaustividad en este ensayo el complejo diálogo posible entre las apuestas descolonizadoras de los pueblos indígenas y la teoría marxista. No obstante, el análisis que hemos realizado sobre la concepción del ser que existe en la obra de Marx, permite plantear algunas pistas para ese desarrollo.

Como lo afirmé líneas arriba, una de las implicancias de la ontología marxista es su apuesta por la universalidad. Pero aquella apuesta, claramente moderna, se materializa en una concepción de la existencia que busca, de forma deliberada, partir de los cimientos más universales y reales posibles. No se busca construir un sistema filosófico que tenga como punto de partida ideas abstractas, como el “espíritu”, el alma, la razón o alguna otra abstracción.

Marx y Engels evitan discusiones sobre las esencias de lo humano y sobre lo que el ser humano es en un sentido puramente ideal. De hecho, en una parte de *La ideología alemana*, dicen que Feuerbach habla del hombre en general, pero en verdad está hablando del hombre alemán⁸³.

82 Esta es una crítica que puede encontrarse con recurrencia entre las organizaciones indígenas y se relaciona directamente con su experiencia con las diversas expresiones de la izquierda marxista-leninista durante el siglo pasado.

83 Marx, *La ideología alemana*.

Ambos parten de premisas constatables en los hechos, que se cumplirán siempre que existan seres humanos. El terreno material constituye un piso firme para lograr esa pretensión. En todas las culturas y en toda la historia, los seres humanos tendremos que estar vivos para hacer historia y para ello tendremos que producir, producirémos nuevas necesidades, procrearemos, etcétera.

Aquello significa que el ser humano es productor, pero no que lo sea con algún contenido cultural específico en uno u otro sentido y determinado de antemano. Esa producción puede partir de la separación sujeto-objeto, donde la naturaleza es un insumo muerto, tanto como partir de una relación recíproca con el entorno natural, donde el productor es hijo de la tierra y le agradece por sus frutos. En todos los casos, las premisas señaladas se cumplirán y tendrá sentido, en consecuencia, preguntarse, por ejemplo, cómo se organizan las relaciones sociales que determinan la producción, cuáles son las reglas de apropiación del excedente productivo, qué características tiene la división social del trabajo, entre otros.

Si las premisas son reales, ninguna sociedad tendría cómo extraerse de determinar esos aspectos de su existencia –por más que, por supuesto, no se los represente con esas categorías–. Las categorías marxistas no son construcciones conceptuales que provengan de un marco cultural definido (europeo) y se eleven de forma arbitraria a definiciones universales. Antes bien, son categorías analíticas ancladas en la realidad histórica.

De hecho, la concepción del ser humano como productor de la vida y de su modo de vida, trae consigo una visión de la realidad humana que lleva a cuestionar de forma radical cualquier elaboración cultural e institucional que se vea a sí misma como esencial y universal, y que se presente, normativamente, como el marco general de lo humano. Si lo que somos está determinado por cómo producimos históricamente nuestra existencia, no puede establecerse de antemano cómo seremos ni cómo *debemos ser*.

La única frontera infranqueable que limitará esa diversidad de modos de ser, se encontrará en las condiciones materiales de vida. Aquella diversidad tendrá siempre un entronque real con la producción social. Desde Marx es claro que los fenómenos ideales –formas de conocer que se imponen a otras, valoraciones culturales que subalternizan a otras, religiosidades que niegan otras religiosidades, etc.– no tienen una existencia autodeterminada, meramente cultural, sino que tienen lugar en una realidad social e histórica concreta. No podemos abstraernos de aquel soporte real.

Hay que añadir que el razonamiento de partida de Marx es moderno y tiene pretensiones universales, pero aquella modernidad no hay razón para pensarla, *a priori*, como un horizonte cognoscitivo opresivo y exclusivo de Occidente. Sin duda en la propia crítica antieurocéntrica y en las apuestas descolonizadoras se recogen elementos emancipadores universales, propios de aquella modernidad.

La obra marxista, además, constituye un arma crítica formidable para desentrañar los cimientos reales de las diversas formas de sociedad y de sus mecanismos internos de dominación. En tanto el modo de producción capitalista tiene hoy alcance global y abarca a todos los pueblos del mundo y, en particular, a sus clases productoras, sean occidentales o no, estamos ante una realidad histórica que es universal de facto. Podríamos decir que la aspiración universal de la obra de Marx encuentra ahí su entronque real; su posibilidad y su pertinencia.

Marx no pretendió ponerse al margen de los determinantes culturales de su época ni estuvo exento del compromiso moderno de su generación con el progreso, un progreso visto como un recorrido lineal. En más de un pasaje de su obra se encuentra, efectivamente, una visión teleológica del desarrollo histórico. No obstante, la propia obra de Marx brinda elementos para sopesar tales componentes y superarlos.

La ontología que construye el materialismo histórico permite construir una visión universal en la que las consideraciones sobre lo humano no parten de marcos culturales fijos, normativamente impuestos desde la propia construcción del sistema filosófico; ni la historia puede ser concebida como guiada por un curso predeterminado, como basado en un movimiento mecánico. Al respecto, Marx va a señalar que no hay motivos para pensar que una etapa histórica va a dar lugar necesariamente a la etapa siguiente, que la sucede. Lo que sí es posible señalar es que la etapa siguiente, una vez realizada, solo se explicará por la etapa anterior, que será premisa suya. Antes que una predicción teleológica, en Marx lo que hay es una explicación retrospectiva.

Aquí, sin embargo, se encuentra un punto de tensión con la concepción de Marx de las fuerzas productivas, vistas como un desarrollo permanente que marcaría el ritmo del progreso. Esta concepción es recurrente. No obstante, puede ser sopesada en el conjunto de su obra e interpelada desde su propio razonamiento.

No hay ningún elemento en el razonamiento marxista que obligue a asumir que el desarrollo de las fuerzas productivas tendrá un sentido lineal desde una racionalidad específica. Por ejemplo, el desarrollo de estas fuerzas desde la racionalidad capitalista tiene un sentido guiado por la eficiencia y la búsqueda permanente de lucro; desde la clase trabajadora, una vez vencida la clase capitalista, la racionalidad sería necesariamente distinta. Podría primar, por ejemplo, dadas las amenazas contemporáneas a la vida humana, un criterio de sustentabilidad ecológica.

Del mismo modo, acontecimientos de orden militar, político o de diverso tipo, podrían significar una importante destrucción de fuerzas productivas o un reencauzamiento de estas, sobre la base de otra racionalidad, sin que ello sea una anomalía del devenir histórico. El colapso del Imperio romano, por ejemplo, sería la premisa del feudalismo europeo y este, de seguir una lógica lineal de progreso,

podría ser visto como un “retroceso”; pero Marx y Engels tratan el punto sin sorprenderse al respecto⁸⁴.

Crítica teórica y lucha de clases

Finalmente, debe destacarse una de las implicancias más importantes de la concepción marxista de la realidad al momento de llevar a cabo el trabajo crítico. Para Marx la historia es producto de la acción de los propios seres humanos. La vida es producto de la actividad práctica de las personas. La historia es praxis histórica. Este punto, sobre el que Marx enfatiza a lo largo de toda su obra, es crucial para comprender la íntima relación que existe en la obra marxista entre el trabajo teórico y la acción política.

Dado que la crítica consiste en develar el movimiento de lo real, en facilitararlo mediante ese develamiento, esta no se puede concebir solo como la búsqueda de la verdad. Incluso entre los idealistas, que Marx y Engels criticaron de manera furibunda, la crítica es concebida como un medio para el cambio histórico. El problema de la apuesta del idealismo radicaba en que confiaba en que aquel cambio, dada la centralidad que atribuían a las ideas, radicaba en el trabajo filosófico, visto como una labor de vanguardia en la tarea de abrir paso al despliegue de la razón que guía la historia. Su error provenía del hecho de haber sustantivado las ideas y de haberlas convertido en el determinante fundamental del cambio histórico. Desde ese punto de partida, a ojos suyos, la crítica especulativa podía, efectivamente, presentarse como una labor revolucionaria. De ahí las ironías de Marx y Engels cuando dicen que para los ideólogos alemanes su filosofía habría promovido cambios tan profundos que al lado suyo la Revolución francesa es un juego de chicos.

84 También es popular la carta que escribe Marx a la revolucionaria rusa Vera Zasulich, donde reflexiona sobre la posibilidad de que en la Rusia zarista, mayoritariamente campesina y con un desarrollo capitalista precario, pueda desarrollarse una revolución comunista.

Pero una concepción de la historia en la que esta es producto de la práctica social y material de los seres humanos, hará de la crítica, necesariamente, una labor entroncada con el cambio real y, por tanto, un componente de la praxis social. No se tratará de un que-hacer que se desarrolle en el campo de las ideas puras, separado de la vida práctica. Será una labor que cuestiona las ideas dominantes que ocultan los determinantes fundamentales del cambio histórico, desde un compromiso práctico con las fuerzas sociales que empujan ese cambio.

Aquello borra la diferenciación entre pensamiento y acción. Serían, en todo caso, dos momentos de una misma realidad. En la medida en que no hay ideas puras, auto-determinadas, que existan al margen de las condiciones sociales en las que fueron creadas, y dado que el cuestionamiento radical de tales ideas supone el cuestionamiento igualmente radical de las relaciones sociales que en ellas se expresan, la labor crítica no puede ser una labor contemplativa. Antes bien, será una labor crítico-práctica.

Este planteamiento es el tenor central de la crítica de Marx al materialismo contemplativo de Feuerbach en las famosas once *Tesis sobre Feuerbach*. El error de su materialismo radicaría, en lo sustancial, en que su búsqueda de la realidad material, del objeto sensible, presupone un sujeto cognoscente de características inmutables, que *constata* lo material. Ese aspecto sensorio de lo real, se presentaría de una forma estática. Feuerbach no notaría que el ámbito material de la existencia humana responde a una *práctica* humana, una práctica transformadora y creadora, como queda fundamentado en la exposición de la concepción materialista de la historia. Por ello, no comprende “la importancia de la actividad ‘revolucionaria’, de la actividad ‘crítico-práctica’”⁸⁵.

85 Marx y Engels, *La ideología alemana*, 666. Tesis 1.

La crítica, desde la concepción marxista de la existencia es, pues, un componente de la labor transformadora. Lo es porque la realidad humana es práctica y porque, al serlo, la verdad del pensamiento se resuelve también en la práctica misma, en la historia real. De ahí provienen dos de las tesis sobre Feuerbach más famosas; la segunda y la undécima:

“El problema de si puede atribuirse al pensamiento humano una verdad objetiva no es un problema teórico, sino un problema *práctico*. Es en la práctica donde el hombre debe demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poder, la terrenalidad de su pensamiento. La disputa en torno a la realidad o irrealdad del pensamiento –aislado de la práctica– es un problema puramente *escolástico*”⁸⁶.

“Los filósofos se han limitado a *interpretar* el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de *transformarlo*”⁸⁷.

Este llamado a la transformación está lejos de ser un llamado moral al activismo, una suerte de apelación a dejar la indiferencia. Es necesario comprender que la apuesta por la práctica revolucionaria es consustancial a la concepción materialista de la historia: la historia no la cambian las ideas, sino los hombres y mujeres que hacen historia.

Las ideas no podrán ser revolucionarias si no se entroncan con las luchas reales, si no se enuncian desde ellas; y estas luchas no podrán aspirar a cambios radicales que apunten a los cimientos del régimen social, no serán revolucionarias si no utilizan “las armas de la crítica”⁸⁸. La división entre pensamiento y acción, que tiene como

86 *Ibid.*, P. 666,

87 *Ibid.*, 668.

88 “El arma de la crítica no puede soportar evidentemente la crítica de las armas; la fuerza material debe ser superada por la fuerza material; pero también la teoría llega a ser fuerza material apenas se enseña a las masas”. Karl Marx, *Introducción para*

premisa la división entre trabajo manual e intelectual, se borra en la concepción marxista del trabajo crítico.

Asimismo, dado que la práctica histórica se desarrolla sobre la base de la lucha de clases, la labor crítica revolucionaria está obligada a adoptar la posición de la clase revolucionaria; es decir, de los productores directos en sus diversas formas, enajenados históricamente por las clases propietarias. En la sociedad capitalista, aquello significará, dado el carácter que toma el antagonismo de clases, un compromiso abierto con la clase trabajadora, con el proletariado.

Como bien lo fundamenta Max Horkheimer, la neutralidad es imposible en una sociedad dividida en clases. Si bien la forma en que se resuelva, en la práctica, el vínculo entre el trabajo teórico crítico y la labor política revolucionaria es variable, es claro que el alejamiento de la reflexión marxista de la realidad práctica de la lucha de clases es abiertamente contradictorio con los cimientos del pensamiento marxista.

5. A modo de cierre, ¿vigencia del idealismo?

El carácter de la polémica de Marx y Engels contra los neohegelianos, supera los límites específicos de la producción y de la influencia de estos autores. La crítica de la concepción idealista de la historia constituye tanto una crítica radical contra gran parte del pensamiento filosófico anterior a Marx, como contra el pensamiento hegemónico posterior: académico, del sentido común, de carácter oficial-estatal, etc. De hecho, su crítica atañe a las formas predominantes del pensamiento del día de hoy.

la crítica de la Filosofía del derecho de Hegel. Tomado de <<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1844/intro-hegel.htm>>.

Un ejemplo se encuentra cuando, en el sentido común, se busca la causa de la inseguridad ciudadana y del caos de la vida social en una suerte de “crisis de valores”. Este es un razonamiento común en el Perú. Para muchos, estaríamos ante un problema moral que debe ser resuelto con más y mejor educación. Incluso, en no pocos casos, esta crisis de valores será explicada por el abandono de la fe, de modo que volver a Dios sería una fuente de regeneración. Aquí radicaría, si cabe la hipótesis, uno de los componentes ideológicos centrales del crecimiento de un –relativamente reciente– movimiento conservador sostenido en una amplia red de iglesias cristianas.

Como en la concepción idealista, una idea abstracta, a modo de entidad externa (Dios), determinaría la realidad social. Lo haría, si no directamente por efecto de su voluntad (como idea sustantivada), indirectamente a través del abandono que las personas hacen del comportamiento moral. La inseguridad, la corrupción, el envilecimiento político –temas en boga en la realidad peruana actual, dados los recientes encarcelamientos de expresidentes por actos de corrupción–, encontrarían su explicación en comportamientos inmorales, en expresiones de la maldad o del pecado. Desde esta perspectiva, las soluciones frente a esa realidad se encontrarían, en el mediano plazo, o fortaleciendo la educación (en su variante religiosa, volviendo a Dios) o mejorando los mecanismos institucionales de prevención y punición; es decir, cuidando a la sociedad de la acción de sus integrantes corruptos.

Desde este punto de vista conservador, los fenómenos sociales son entendidos a partir de un comportamiento ya desplegado, que es inmediatamente juzgado desde una norma social. Se actuará siguiendo el bien o el mal. Aquella formulación impide preguntarnos por la producción social de ese comportamiento; lo más lejos a lo que podríamos llegar es a buscar explicaciones educativas o familiares, donde el centro es el individuo y su biografía particular. Al mismo tiempo, dado su carácter normativo, esta perspectiva se ve impedida de preguntarse por el lugar que tales actos tienen en

las relaciones sociales vigentes y en su reproducción. Se condenan determinadas expresiones del régimen social, pero al no poderse explicar sus causas, tal régimen aparece naturalizado, ubicado por fuera de la práctica histórica. Solo queda un impotente repliegue a la familia o una enérgica defensa de ese orden, amenazado por sus elementos antisociales.

Otra expresión de una perspectiva similar a la concepción idealista que Marx y Engels criticaban, que niega el carácter histórico de las relaciones sociales y, por tanto, de los comportamientos individuales, lo encontramos en la corriente liberal. El liberalismo hoy tiene presencia tanto en los sentidos comunes como en disciplinas académicas. Como sabemos, tras cumplir su rol revolucionario en el ascenso político de la burguesía durante los siglos XVIII y XIX en Europa, se erigió como la ideología dominante de esta clase. Pero dado que no ha sido la única ideología funcional a la reproducción del régimen capitalista, sus componentes progresistas son constantemente puestos de relieve cuando se confrontan con posiciones fascistas o, en general, conservadoras. Aquello explica, entre otras razones, que el liberalismo, en el campo político, impregne tanto posiciones de derecha como de izquierda. Su expresión más de derecha se encuentra en la apuesta neoliberal por el libre mercado. Sus expresiones progresistas pueden ser halladas en la lucha por derechos individuales y sociales y en el cuestionamiento a los privilegios y a la falta de igualdad de oportunidades.

A pesar de su heterogeneidad interna, el liberalismo se representa la existencia social desde su expresión individual. El punto de partida es el individuo. Este, antes que producto social, sería el productor de la sociedad. Al partir de un individuo abstracto y predeterminado, que no requiere explicación, incorpora en su seno la primacía de la forma mercancía en los intercambios y eleva a concepto puro el punto de partida formal de las relaciones de mercado: individuos libres, propietarios e iguales. Como Marx lo demuestra, esas relaciones ocultan la realidad de la dominación de clase, donde

la libertad, la propiedad y la igualdad son negadas desde que el capital se apropia del trabajo ajeno. Pero, como bien lo fundamenta Lukács, la clase dominante está impedida de llevar su trabajo crítico contra sus cimientos objetivos; sus construcciones ideológicas están formuladas justamente sobre la base de aquel ocultamiento.

Para el liberalismo, el individuo sería una construcción abstracta que tomaría cuerpo en las personas reales, vistas como portadoras de razón y de libertad. Al ser así, la sociedad sería producto de las acciones de individuos y de las relaciones por ellos entabladas. Cualquier aproximación a la historia se centrará en buscar individuos que la expliquen; individuos pensados según como son las relaciones sociales que hoy los conforman. Serán vitales los grandes pensadores y los grandes personajes. El juicio histórico se mezclará con el juicio moral. Hitler explicaría el nazismo y el genio de San Martín y Bolívar, las independencias sudamericanas. El pasado sería visto desde los lentes del presente y, por tanto, quedaría negada la historia como producción de relaciones sociales. A lo más, la historia sería concebida como un agregado de acciones individuales en una sociedad que cambia sobre la base de los mismos cimientos. Estaríamos frente a un presente eterno que se extiende hacia atrás y hacia adelante.

Si la expresión individual contemporánea, producto de las relaciones capitalistas de producción, se eleva a categoría pura, lo mismo sucederá con las relaciones que le dieron lugar. La economía será vista como mercado. La ciencia será un asunto de intelectuales o académicos alejados de toda determinación social. La psicología partirá del individuo privado y, en los fenómenos psicológicos, la sociedad, en última instancia, aparecerá como ambiente o entorno. La política partirá del Estado y de sus instituciones y se relacionará de forma externa con el conjunto social. Quedará anulada toda visión de la totalidad. No extrañará, entonces, que la división disciplinar, producto de la propia división social del trabajo y de la hegemonía de la ideología liberal, haya dado lugar a campos del saber que se corresponden con esferas sociales institucionalmente diferenciadas (política,

economía, cultura, subjetividad privada, etc.) y que construyen explicaciones sobre su especificidad que cosifican y deshistorizan las relaciones de las que son producto. Al suceder ello, tanto en la academia formal como en el sentido común inspirado en el razonamiento liberal, quedará anulada la praxis histórica en sentido estricto.

La ausencia de una mirada de totalidad y la naturalización de las relaciones sociales básicas que organizan la sociedad, dará como resultado no solo que la totalidad no pueda ser concebida, sino que la existencia de clases en pugna sea negada. El hecho de partir de individuos abstractos, al negar las relaciones históricas que los conforman, se niega también la posibilidad de desentrañar el carácter objetivo de la existencia material de los seres humanos, situados en un colectivo social del que ellos mismos son producto.

Entonces, por ejemplo, la política se presentará como una competencia entre individuos con intereses tan diversos como sus propias subjetividades y egoísmos. No cabría en su estudio el reconocimiento de antagonismos objetivos de clase. La clase, a lo más, tomaría la forma de una identidad o de un indicador de tenencia de –dicho en lenguaje neoclásico– una mayor o menor dotación de recursos en el mercado frente al resto. Los antagonismos de intereses y la disputa sobre la dirección del colectivo social, se verán como un problema de regulación institucional orientado a evitar la autodestrucción de la comunidad. El Estado, visto como una instancia colocada por fuera de la sociedad, será el objeto y el espacio de la disputa, y la única posibilidad para “domesticar” sus conflictos internos. Entonces, tendremos individuos que se enfrentan en una eterna coyuntura. Quedará imposibilitado el reconocimiento de la dominación de clase en que se sitúa el Estado, como producto histórico, y que, por condición de necesidad, reproduce.

Del mismo modo, en la expresión de izquierda de este liberalismo, las asimetrías sociales fundamentales se verán, una vez individualizadas, como una expresión de “privilegios”. Dado que se partió

de individuos autónomos (ilusión proveniente de las relaciones de mercado), las diferencias entre ellos en torno a su acceso a la riqueza social y, en general, a niveles mínimos de calidad de vida (convencionales), serán vistos como producto de una competencia desigual, donde unos tuvieron ventajas que los otros no.

Siguiendo una de las analogías preferidas de Marx, es como si se tratara de varios Robinson Crusoe ubicados cada uno en una isla o como corredores de atletismo situados en carriles paralelos. El foco estará puesto en preguntarnos qué hace que unos estén más adelante que los otros, pero, de ninguna manera, en cuestionarnos las relaciones sociales que estos personifican, una vez situados en la totalidad social, y que explicarían tales “privilegios”. La apuesta por la igualdad de oportunidades y la equidad, aunque reconoce las consecuencias moralmente censurables del orden social, no cuestiona sus cimientos.

Un empresario rico puede haber llegado a ocupar esa posición por haber contado con educación, herencia y ventajas asociadas a su género y a su raza, que le abrieron puertas, pero él solo personifica la forma capital; es decir, para el acto capitalista de acumulación es indiferente si tuvo o no ventajas: lo determinante será que logre apropiarse trabajo ajeno y que prospere en la competencia capitalista. Lo más lejos a lo que puede llegar el enfoque liberal es a identificar desigualdades en las probabilidades individuales de éxito, pero, por su propia formulación, está impedido de ver la lógica general de la producción y de la apropiación social. De ahí la importancia de lo que Marx y Engels decían en *La ideología alemana*: el problema no estaba en las respuestas, sino en las propias preguntas.

Algo similar observamos en un conjunto de sensibilidades críticas que predominan en las luchas populares y en los múltiples activismos que expresan diversas inconformidades. Es común encontrarnos con la negación moral del orden vigente y la búsqueda de nuevos horizontes de sentido que permitan reconstruir la convivencia social desde otra subjetividad. Sería algo así como la

búsqueda de formas de subjetividad en resistencia a un mal que se presenta como, fundamentalmente, de orden cultural. Frente a la racionalidad del capitalismo moderno, habrá que oponerle otra racionalidad, hoy subalternizada, pero que resiste y podría emanciparse.

Antes que en la praxis política, la transformación social se disputará en las ideas, las subjetividades y las prácticas. Será una disputa de sentidos. Desde esta sensibilidad –reacia al marxismo, por considerarlo totalizante–, no solo se asumirá que los sentidos en disputa son causa de la vida social, del mismo modo que los viejos idealistas, sino que tampoco se sentirá la necesidad de explicar por qué resultaría posible que tales o cuales sentidos contestatarios prosperen y venzan a los primeros.

El razonamiento anterior está bastante relacionado con una apuesta muy recurrente por la resistencia desde los márgenes. La ausencia (o abandono) de una mirada de totalidad (la caída de los “grandes relatos”, de la que parte la posmodernidad) conlleva la imposibilidad de concebir que la dominación social tenga algún eje estructurador y que este pueda ser disputado con éxito. Si el marxismo ortodoxo fue criticado por centrar sus esfuerzos solo en la disputa por el poder del Estado, las sensibilidades activistas contemporáneas parecen ubicarse en el extremo opuesto. La certeza aparente es que no existe un centro organizador de la dominación y que el poder, que no radica solo en el Estado, sino también en los sentidos y en las identidades, dada su omnipresencia y su carácter amorfo, debe ser resistido desde aquellos ámbitos donde se encuentra menos consolidado. Tocaría resistir desde lo local y lo particular, desde las prácticas contrahegemónicas, desde la politización del fuero privado, etcétera.

Junto con lo anterior, nos encontramos con múltiples activismos orientados a cuestionar aspectos específicos de la realidad contemporánea y que se sostienen en teorizaciones orientadas a justificar estas especificidades (negadas, se acusa, por el marxismo ortodoxo). Podemos situar aquí un espectro importante de las agrupaciones y

movimientos que defienden consignas ecológicas, de género, relacionadas con la diversidad sexual, que reivindican las identidades indígenas, entre otros.

El panorama es heterogéneo y existen diversos intentos por hallar puntos de encuentro entre estas agendas. No será posible, por otra parte, desarrollar aquí una explicación histórica sobre la existencia de esta diversidad de activismos en el momento presente. No obstante, mi interés es destacar que, aun representando luchas emancipatorias concretas, una de sus principales debilidades radica en que parten de formulaciones que, sea desde el paradigma liberal u otro, no logran pensar la totalidad ni comprender el sentido objetivo de la lucha de clases. De ello se desprende, muy probablemente, la gran facilidad con que tales agendas pueden ser cooptadas por el capital y la gran dificultad que tienen para vislumbrar rutas concretas para el cambio revolucionario.

Como se puede apreciar, los viejos enemigos ideológicos del marxismo persisten y se presentan con expresiones renovadas. Su vigencia como construcciones ideológicas, hace vigente su crítica. Pero ese es solo uno de los momentos del trabajo crítico; otro, como parte del mismo movimiento, es la superación de estas visiones ideológicas y el logro de una comprensión más profunda de la misma realidad que aquellas otras perspectivas muestran distorsionada. No es este el espacio para intentar hacerlo. La interpretación marxista de la realidad contemporánea es abordada desde múltiples colaboraciones en el volumen del cual este ensayo forma parte. En estas páginas he procurado analizar la concepción marxista de la realidad social y el razonamiento que Marx despliega en el proceso de elaboración de su obra como una discusión de partida en ese proceso de análisis. El argumento de fondo que defiende es que solo desde aquel razonamiento es posible construir marxismo con originalidad y, de ese modo, analizar una realidad histórica cambiante.

Quisiera añadir, finalmente, a modo de provocación para la reflexión política, que uno de los aportes centrales del razonamiento marxista para las luchas emancipatorias actuales, radica en el análisis crítico de la totalidad, vista como una totalidad histórica, en movimiento. Una de las principales trabas para que las múltiples resistencias y movimientos de hoy se planteen un cambio radical de los cimientos del orden social, consiste en la visión fragmentada y descentrada del poder. No afirmo que las relaciones de poder en el mundo contemporáneo sean parte de una unidad homogénea, armónica, con un solo centro; pero solo podremos identificar los mecanismos definitorios del carácter de la organización de la sociedad, sus contradicciones y sus posibilidades de cambio, desde una visión de totalidad y si, al hacerlo, des-cosificamos las relaciones sociales dominantes.

Esas relaciones dominantes son las que, precisamente, nos llevan a pensar la realidad social como carente de historia, dividida en esferas autodeterminadas y compuesta por un cúmulo de individuos que solo pueden rebelarse desde sus prácticas, subjetividades e identidades, siempre que no intenten implementar reformas técnicas en una u otra dirección, desde las instituciones oficiales, que permanecen incuestionadas.

El razonamiento crítico marxista, en la medida en que se cuestiona esas relaciones como parte de una totalidad que, al ser histórica, puede ser transformada, resulta un arma fundamental para el trabajo revolucionario, al punto de ser condición suya. Pero ese marxismo solo desplegará esa capacidad si se enuncia desde la práctica real y concreta de las luchas sociales y políticas del pueblo trabajador y si, al hacerlo, se demuestra radicalmente crítico, incómodo y original.

II

El capitalismo contemporáneo, América Latina y el Perú

MARX Y LAS TENDENCIAS DEL CAPITALISMO FINANCIARIZADO DEL SIGLO XXI

*Armando Negrete**

1. Introducción

La entrada al siglo XXI acompañó a la expresión de la más profunda crisis a la cual la organización del capital mundial se hubiera enfrentado en la historia. Las inherentes contradicciones del movimiento del capital han generado una condición en la que la posibilidad de reproducción ampliada de su medida y la operación de su movimiento natural (producción-circulación-realización) encuentran barreras cada vez más altas. De manera general, el orden de la reproducción del capital transcurre sobre un permanente enfrentamiento entre tendencias opuestas, se reproduce como una *contradicción viva*. Las formas particulares en que esta crisis de la vida del capital aparecen, aunque compartan la condición en la contradicción fundacional *valor de uso/valor de cambio*, han cobrado dimensiones inéditas en la situación del capitalismo actual.

* Licenciado en Economía y Maestro en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México, Técnico Académico del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM y Miembro del Observatorio Económico Latinoamericano (obela.org). Correo de contacto: <anegrete@iiec.unam.mx>.

El objetivo de este trabajo es la recuperación y la aplicación del trabajo teórico de Karl Marx y su crítica de la economía política para la explicación de la crisis financiera del capital. Dada la complejidad de la crisis que se desató en 2007, su comprensión requiere un método que comience desde los elementos fundamentales sobre los cuales se construyó. Avanzar desde la forma más general y abstracta de las tendencias y elementos del capital permite reconocer la expresión particular de la actual crisis y sus causas concretas. De no recorrer este camino, la explicación de la actual crisis se quedará, como hace la economía ordotóxica, en la descripción de lo evidente y el análisis superficial de la coyuntura.

Este trabajo revisará la creciente operación de mecanismos antitéticos al concepto de capital, implementados para resolver los problemas de la crisis financiera internacional de 2008-2009 y los límites estructurales del movimiento de la reproducción ampliada del capital. Estos fenómenos se analizarán en analogía al movimiento entre lo que Marx llamó “causas y causas contrarrestantes a la caída tendencial de la tasa de ganancia”, y se propondrá un análisis adicional desde lo que llamaremos: “sobreconsumo”. Se explicará cómo la actual implementación de estos mecanismos, al tiempo que busca resolver contradicciones de la reproducción del capital, preconfigura la naturaleza de la sucesiva crisis; tal fue el caso de la crisis de 2007 en EE.UU. y de su mundialización en 2008-2009.

En el texto se expondrá, desde el planteamiento teórico y empírico sobre el capital ficticio, los fundamentos generales de la actual crisis económica y financiera, a través de la recuperación de categorías fundamentales de la crítica de la economía política. Se observará la crisis mundial desde una perspectiva descentralizada y se buscará contribuir, de ese modo, a los estudios de la crisis que miran las causas que la provocaron y las consecuencias que derivaron desde los países periféricos. La estructura del argumento estará dividida en tres partes.

En la primera, se avanzará sobre una revisión de los elementos que el trabajo teórico de Marx ofrecen a la comprensión del fenómeno de la actual crisis, desde lo que podría explicarse como la forma natural de la crisis del capital. En esta sección se explicarán categorías fundamentales para la comprensión de las crisis financieras y su relación con las tendencias y los límites generales de la reproducción del capital. En la segunda, se expondrá la manifestación de la crisis financiera de 2007-2009 y el papel que juegan el capital financiero y el capital ficticio en las tendencias del capital globalizado y financiarizado. En esta parte se propone una interpretación de la crisis desde el concepto de sobreconsumo, el cual Marx no desarrolló pero reconoció su importancia en las crisis del capital. En la última parte, se presentará esta crisis, desde una interpretación descentralizada que muestre la condición desigual de su desarrollo. A partir de una revisión empírica de la dinámica del sistema financiero de los países centrales, se desarrollará la relación subordinada centro-periferia, las transformaciones del sistema financiero y la condición que crea el sobreconsumo en esta relación.

Una de las grandes virtudes del discurso crítico de Marx es la apertura y fertilidad que tienen el método y las categorías de la crítica de la economía política, de ahí la intención y oportunidad de incorporar al análisis de la crisis el fenómeno del sobreconsumo. La tesis central del texto parte de las transformaciones provocadas por la globalización y la financiarización de la reproducción del capital, y sostiene que el capitalismo del siglo XXI incorporó el sobreconsumo a la dinámica de sus crisis. Este nuevo elemento modifica las relaciones entre el centro y la periferia y repone, en un grado más desarrollado, su subordinación y dependencia.

Durante los primeros meses de 2007, el sistema bancario estadounidense comenzó a experimentar una quiebra en el sistema

crediticio, especialmente el hipotecario. En febrero de aquel año se reconoció un problema de insolvencia en los créditos hipotecarios “basura”,¹ concedidos sobre un proceso general de especulación en los precios de las viviendas, contraídos por los hogares de clase media y baja estadounidense. En poco tiempo se desencadenó una crisis de pagos hipotecarios interna, la quiebra de bancos estadounidenses y, posteriormente, un contagio al sistema financiero internacional.

La velocidad con que la crisis de insolvencia hipotecaria estadounidense se convirtió en una crisis internacional y el impacto alrededor del mundo no se habían presentado anteriormente en la historia del capitalismo. Esta crisis “afectó el corazón del sistema financiero”² y se amplió sobre mercados, economías nacionales, instituciones públicas, empresas y corporaciones, casas de bolsa, inversionistas, etc. Todos los circuitos del capital financiero se vieron tocados por este fenómeno. De manera proporcional a la caída, el costo de las medidas, los mecanismos y las políticas públicas para salir del quiebre financiero ha sido muy alto y los efectos no han resuelto esta crisis, sino al contrario, la han profundizado.

El proceso de financiarización neoliberal y la desregulación financiera permitieron a las instituciones bancarias ampliar el campo de acción de sus actividades. La banca trasladó buena parte de sus préstamos para actividades productivas hacia préstamos a otras corporaciones financieras y a los hogares. Aunque la actividad financiera y la regulación bancaria presentan diversas expresiones a través de todos los países, y grados de desarrollo, esta ha sido la generalidad. La forma clásica de la actividad financiera, la facilitación de la

1 Los créditos basura o créditos subprime, de mala calidad, etc., se llamaron de este modo porque fueron otorgados a clientes con malas condiciones financieras, bajos salarios (o en ocasiones sin empleo), con carencias de servicios sociales y, en general, baja capacidad de pago.

2 Arturo Guillén, *La crisis global en su laberinto* (México: Ed. Universidad Autónoma Metropolitana, 2015), 117.

producción a partir del acceso a capital dinerario, pasó a segundo plano con el proceso de financiarización.

Diez años después del inicio de la crisis, la teoría económica ortodoxa no ha podido explicar las causas que la provocaron. Se continúan “desarrollando sofisticados modelos matemáticos y econométricos para formalizar teorías obsoletas”,³ en lugar de repensar las teorías que promovieron esa organización del capital en primera instancia. Poco ha cambiado en el silencio teórico de la economía ortodoxa al buscar respuestas a las cuestiones fundamentales de este fenómeno. Así lo demostró uno de los centros ideológicos del neoliberalismo, la London School of Economics, cuando la Reina Isabel II preguntó: “¿por qué nadie notó que una crisis crediticia estaba en camino?”.⁴ La única respuesta honesta que consiguieron fue: por “falta de imaginación colectiva”.⁵

Sin embargo, su incapacidad de ofrecer respuestas reales no se debe a la falta de imaginación, sino al método y a su perspectiva política. La fe que ha profesado incondicionalmente la economía ortodoxa en la autorregulación del mercado y la tendencia al equilibrio de los factores económicos impide, absolutamente, la posibilidad de mirar las causas reales de esta crisis. Desde la década de los ochenta, dado que el pensamiento ortodoxo parte de la homeostasis en la economía, se institucionalizó que la intervención del Estado era la causa de todos los problemas y la solución era, entonces, la desregulación de los mercados y la no-intervención en las economías. Así, la

3 *Ibid.*, 160.

4 Dimitris Chorafas, “Queen Elizabeth II and the Economists”, *The Changing Role of Central Banks*, 15-36. O la nota <<https://www.telegraph.co.uk/news/uknews/theroyalfamily/3386353/The-Queen-asks-why-no-one-saw-the-credit-crunch-coming.html>>.

5 British Academy, Letter to the Queen, July 2009. Disponible en: <<http://wwwf.imperial.ac.uk/~bin06/M3A22/queen-lse.pdf>>.

lógica fue otorgarle libertad a las instituciones financieras para que se autorregularan y manejaran el riesgo a partir de cualesquiera de los instrumentos financieros.

En la obra de Marx no existe, de manera estructurada, un tratamiento sobre las crisis del capital en cuanto tal, o del capitalismo en general. No obstante, la cuestión fue siempre uno de sus principales ejes de estudio. Durante la crisis de 1857-1858, del mismo modo que hizo durante la crisis de 1866, Marx interrumpió sus redacciones y, durante meses, “todos sus trabajos trataron sobre el tema que creía conocer bien: la moneda, sus diferentes formas, el curso de los mercados financieros y sus crisis”.⁶ La crisis del capital y las crisis financieras fueron una preocupación creciente en aquella época y, ciertamente, en el análisis teórico de Marx. Es por este motivo que a partir de la crítica de la economía política y, en particular, de la recuperación y desarrollo de conceptos fundamentales del trabajo crítico de Marx y su crítica de la economía política, es posible comprender qué sucede en las crisis financieras y, principalmente, explicar la causas y efectos de la crisis de 2007-2009.

2. La forma general de las crisis del capital

La forma en que el proceso de la financiarización y la globalización definieron la circulación del capital dinerario, en general, y del capital ficticio, en particular, desde la década de los setenta del siglo XX, interiorizó nuevas contradicciones y antagonismos a la reproducción ampliada del capital industrial y en la circulación del capital en general. Para comprender las crisis del capital en términos abstractos, se puede comenzar, como advirtió Marx, con el reconocimiento de que “el límite general del capital es el capital mismo”. No

6 Michael Krätke, “Le dernier Marx et le Capital”, *Actuel Marx*, vol. 37, no. 1, (2005): 150.

obstante, la tarea es comprender la forma particular de las relaciones sociales de producción, sobre las cuales se organizan los componentes objetivos y subjetivos de la reproducción del capital. La existencia real del capital y la expresión de su crisis se ven conformadas por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, las formas bajo las cuales se presentan los componentes materiales del capital y sus representantes sociales, y la condición subjetiva particular sobre la cual se enfrenta el trabajo al capital.

El límite general y la crisis del capital

En términos generales y de acuerdo a su naturaleza, “la reconversión continua de plusvalor en capital se presenta como magnitud creciente del capital que ingresa al proceso de producción”,⁷ de ahí que siempre deba realizarse como una escala ampliada de la producción. Sin embargo, “a medida que progresa la acumulación [...] no solamente se da un acrecentamiento cuantitativo y simultáneo de los diversos elementos reales del capital [...] se manifiesta además a través de cambios cualitativos, de cambios graduales en la composición técnica del valor”.⁸ Esto es, el desarrollo de la reproducción del capital no solo exige una escala ampliada de sus elementos generales (objetos, medios y fuerza de trabajo), sino un cambio permanente en la participación entre la masa de medios de producción y la cantidad de trabajo requerida para su activación.

Resultado de esta dinámica general, abstracta, del desarrollo propio del capital, Marx identificó el movimiento de una tendencia de la tasa de ganancia hacia la baja. La competencia entre los capitales, la carrera técnica por la máxima apropiación de plusvalor relativo, la velocidad con la que el capital incorpora aumentos en las fuerzas productivas y los componentes de las transformaciones tecnológicas

7 Karl Marx, *El capital*, Tomo I, Vol. 3, (México: Editorial Siglo XXI, 2009): 776.

8 *Ibid.*, 774.

o sociales a los medios de producción o circulación del capital, marcan el ritmo del alza de la composición orgánica del capital y de la consecuente disminución relativa en la participación del trabajo en la producción. Este movimiento se manifiesta en “una proporción decreciente entre el propio plusvalor y el capital adelantado”.⁹ Se genera una reducción relativa en la extracción de plustrabajo, debido a que el aumento progresivo en la incorporación de medios de trabajo y objetos de trabajo requiere una menor masa de fuerza de trabajo para la reproducción ampliada del capital.

Esta es la ley general del desarrollo de la reproducción del capital. Sobre este planteamiento conceptual, caben mencionar tres consideraciones metodológicas complementarias, desarrolladas por el propio Marx, que permiten prevenir usos mecánicos de esta ley. Primero, señaló que este “descenso se pone de manifiesto no en una forma absoluta, sino más en una tendencia hacia una baja progresiva”;¹⁰ esto es, el proceso no aparece como tal, sin mediaciones, en el comportamiento del capital individual, sino solo en el desarrollo y convergencia con otros capitales. Segundo, aclaró que “la disminución relativa del plustrabajo apropiado [...] no excluye en modo alguno que crezca la masa absoluta del plustrabajo apropiado”¹¹ y, con esto, aumente la medida del plusvalor creado para su reconversión en capital. Tercero, completó que esta tendencia “no quiere decir que la tasa de ganancia no pueda descender también por otras causas”.¹² Para Marx, no todas las crisis encuentran su origen en el desarrollo de la composición orgánica del capital y la tendencia a la baja de la tasa de ganancia.

En oposición a esta tendencia natural del capital, Marx encontró que existen dispositivos contrarrestantes que interfieren la acción de

9 Karl Marx, *El capital*, Tomo I, Vol.3 (México: Editorial Siglo XXI, 2009): 773.

10 Karl Marx, *El capital*, Tomo III, Vol.6, (México: Editorial Siglo XXI, 2009): 271.

11 *Ibid.*, 276.

12 *Ibid.*, 271.

la ley general y la anulan, con lo cual la convierten en una propensión latente a la baja de la tasa de ganancia, no en una tendencia lineal. Entre estas causas contrarrestantes se encuentran: la elevación del grado de explotación de la fuerza de trabajo; el pago de la fuerza de trabajo por debajo de su valor; la desvalorización de los factores objetivos del capital; la sobrepoblación relativa; el comercio exterior; y el aumento del capital accionario (financiero) en la valorización del valor. A través de estas se empuja, como elemento común, a la recuperación relativa o absoluta de la proporción en que participa la fuerza de trabajo en la reproducción del capital. Sin embargo, en cada una se presenta un campo determinado de acción, una medida y un límite de influencia como contratendencia a esta disminución relativa del trabajo en la valorización, etcétera.

Las crisis son, de este modo, momentos en los cuales alguna de las contradicciones de la reproducción ampliada del capital rebasa las causas que la contrarrestan y la hacían posible. En el desarrollo de este movimiento, para Marx, la tendencia a la baja de la tasa de ganancia aparece “como una amenaza para el proceso capitalista de producción; promueve la sobreproducción, la especulación, la crisis y el capital superfluo”.¹³ Pero en la vida del capitalismo, como modo de organización social de la producción del capital, no solo operan las tendencias inherentes al concepto de capital, también participan la conformación social de sus elementos, la organización política y la correlación de fuerzas entre el trabajo y el capital. La determinación estructural del capital empuja la sucesión de estas crisis, pero la forma sobre la cual se expresan no depende solo de esta.

La naturaleza de la reproducción del capital se realiza, de manera permanente, sobre la necesidad de ambos movimientos antitéticos,

13 *Ibid.*, 310.

los que se presentan como “tendencias necesarias del capital”,¹⁴ puestas y renovadas en la relación del trabajo con el capital. Es dentro de esta dinámica general, abstracta, que se pueden comprender la razón y la naturaleza de dos fenómenos que transformaron las relaciones de producción del capital desde el último tercio del siglo XX: la globalización y la financiarización. La primera atendió el límite de la medida espacial del mercado de producción y consumo del capital; la segunda actuó sobre la proporción en la participación y desarrollo del capital financiero en la reproducción del capital y la transformación de la relación entre las finanzas y la producción.¹⁵ Esto no quiere decir que estos fenómenos, complementarios, aparecieran por primera vez en la década de los sesenta, sino que a partir de entonces se convirtieron en determinantes de la organización y la composición del capital, y desataron transformaciones profundas en las relaciones sociales y en la reproducción del capital en general.

Derivado de las transformaciones provocadas por la globalización y la financiarización de la reproducción del capital, el capitalismo del siglo XXI configuró una crisis adicional: de sobreconsumo. Esta conforma un fenómeno que Marx reconoció como parte de “la hermosa trinidad de la producción capitalista: sobreproducción-sobrepoblación-sobreconsumo”,¹⁶ aunque no desarrolló todos sus elementos. La relación que construyeron la mundialización de la producción y el consumo, el sistema crediticio internacional, el ciclo del capital dinerario y el ciclo del capital ficticio levantó una nueva contradicción a la valorización del valor. El sobreconsumo fue el resultado de la batalla por evitar los tradicionales problemas

14 Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, Vol.1 (México: Editorial Siglo XXI, 2007), 313.

15 “Existen similitudes, pero también diferencias entre la financiarización y el primer intento de asenso financiero en el capitalismo avanzado que tuvo lugar a fines del siglo XIX y principios del XX”, Costas Lapavitsas, *Profiting without producing: how finance exploits us all*, (London: Ed. Verso, 2013), 62.

16 Marx, *El capital*, Tomo I, Vol. 3, 790.

de realización del capital, tanto por sobreproducción o como por subconsumo. No obstante, el sobreconsumo terminó por generar un problema, igualmente de realización, pero en una escala mayor.

La conformación del sobreconsumo operó a través de la ampliación constante de la masa de capital crediticio circulante, sin importar si esta era incorporada como capital o solo como medio de compra. El objetivo fue acelerar el consumo del capital para resolver los problemas de realización del capital y prevenir fenómenos de subconsumo. Cabe recordar que los tres conceptos (sobrepoblación, sobreproducción y sobreconsumo) operan solo de manera relativa, es decir, en relación con la medida que se determina necesaria a la vida del capital. Son población, capital o consumo excedentes cuando la cantidad supera a la necesaria para la valorización y reproducción ampliada del capital. Sus nociones no obedecen un orden o medida naturales, como han tratado de desarrollar diversos autores.¹⁷

A diferencia de los fenómenos de sobrepoblación y sobreproducción, desarrollados en *El capital* dentro del estudio del proceso de acumulación del capital,¹⁸ el problema del sobreconsumo no fue analizado en el marco de las crisis del capital. Sin embargo, a partir de la recuperación de las categorías abstractas del capital, comunes a las formas históricas y sociales del capitalismo, especialmente de aquellas que, proponemos, se relacionan con el fenómeno del sobreconsumo (dinero, capital dinerario, capital bancario, capital financiero, capital ficticio), es posible reconocer los fenómenos actuales y la crisis del capitalismo contemporáneo.

17 Por ejemplo Malthus, con su interpretación *Sobre el principio de la población* (1798) o las diferentes interpretaciones que transhistorizan los fenómenos propios de las relaciones sociales bajo el capital.

18 Marx, *El capital*, sección séptima, Tomo I.

El capital dinerario, el capital financiero y el capital ficticio

La dinámica del capital financiero y su circulación esconde, por su particular relación con la producción real, el vínculo que guarda con la extracción de plusvalor y la tasa de ganancia. De igual modo, la circulación de este tipo de capital puede confundirse, por su forma dineraria y sus constantes transformaciones, con la circulación del dinero o la circulación mercantil simple. El capital bancario, el capital financiero y el capital ficticio, al ser todas formas particulares del capital dinerario, guardan una relación dialéctica entre ellas en la cual cada una niega y supera a la anterior. De ahí la importancia de reconocer y distinguir las categorías.

Con el desarrollo de la producción del capital y su concurrencia en el mercado se crea una lucha entre capitales. Esta competencia entre los capitales en el mercado impulsa un movimiento de fraccionamiento y atracción de estos. Distinto de la acumulación de capital, este comportamiento “se trata de un proceso de concentración propiamente dicho”,¹⁹ dado que sucede fuera de la esfera de la producción. La dinámica de concentración de capital implica un movimiento de redistribución y reapropiación de plusvalía, la cual atrae y absorbe pequeños capitales, incapaces de mantener una escala ampliada, hacia aquellos capitales que sí consiguen ampliar su medida necesaria.

Por este motivo, dada la tendencia necesaria del crecimiento y ampliación del capital, al proceso de competencia y concentración de capitales se le agrega, explica Marx, un nuevo poder adicional: el crédito. Este aparece compuesto por una forma de capital que en su inicio “solo se introduce de manera furtiva, subrepticamente como modesto auxiliar de la acumulación [...] pero que pronto se convierte en un arma terrible en la lucha competitiva, transformándose finalmente en un inmenso mecanismo social para la centralización

19 Marx, *El capital*, Tomo I, Vol. 3, 778.

de capitales”.²⁰ El crédito recrea, para el capital, una existencia particular con una forma aparentemente autonomizada del capital industrial, frente a aquel que está dedicado a la producción de mercancías y creación de plusvalía, bajo la forma de capital dinerario y capital comercial. Con especial atención al capital dinerario, se puede decir que el desarrollo de la lógica misma del dinero como mercancía crea, a través del crédito, una forma del capital enajenada de la producción.

El capital dinerario, ese capital dedicado exclusivamente a la circulación del dinero, aparece bajo una función que no crea valor ni plusvalor, sino que “solo funciona como capital por el hecho de estar ocupado de mediar la metamorfosis del capital mercantil”.²¹ Las diversas formas y operaciones que surgen de esa autonomía relativa del capital industrial “resultan de las diferentes determinaciones del propio dinero y de sus funciones, que por ende también debe desempeñar el capital en la forma de capital dinerario”.²² Sin embargo, aunque suceden transformaciones del capital dinerario en capital productivo y capital comercial, exploradas por Marx en la sección primera del tomo II de *El capital*, aquí nos enfocaremos en el capital dinerario en cuanto tal.

El capital dinerario es, en su forma general, “el valor de capital en estado dinerario o en forma dineraria”.²³ Esto es, circula como capital (D...D’) bajo la forma y funciones del dinero: ser signo de valor, medida de valor, medio de circulación, medio de atesoramiento, medio de compra y medio de pago. La función principal del capital dinerario se desenvuelve sobre la capacidad de evitar la interrupción del ciclo del capital industrial, de acortar el tiempo de la circulación del capital mercantil y de acelerar la rotación del capital en general.

20 *Ibid.*, 779.

21 Marx, *El capital*, Tomo III. Vol. 7, 351.

22 Marx, *El capital*, Tomo III, Vol. 6, 405.

23 Marx, *El capital*, Tomo II, Vol. 4, 33.

De esta manera, a la forma productiva del capital (objetos, medio y fuerza de trabajo) se le sobrepone, de este modo, el capital dinerario. Mediante sucesivas transformaciones, este capital participa en la reproducción ampliada sin materializarse directamente en cuerpo productivo del capital, sino como valor adelantado en tanto capital para otro capitalista.

El desarrollo de la circulación del capital dinerario empuja a la reproducción de este capital hacia un estado superior de organización. Con el incremento de la producción y la expansión del mercado del capital, se estructuran una figura nueva entre los capitalistas dinerarios, el banco, y una forma nueva de capital, el capital bancario. Esta aparece como una forma particular del capital dinerario. El capital bancario, nos dice Marx, “consta de 1) dinero en efectivo, oro o billetes y 2) de títulos y obligaciones”.²⁴ En apariencia, en tanto dinero como capital, en la circulación que genera el capital bancario poco importa el origen de la masa dineraria que circula, ya sea que esta provenga de los propios banqueros o de depósitos bancarios que constituyen su capital de préstamo. La cantidad de instrumentos y formas dinerarias que puedan tomar, en tanto medios de pago, depende del grado de desarrollo del sistema bancario. Las más comunes, desde el siglo XIX, han sido los valores comerciales, las letras de cambio, los títulos y obligaciones de propiedad, los certificados de deuda, las acciones sobre rendimiento futuro de la producción y los títulos que devengan interés.

La forma del capital bancario no debe confundirse con el capital dinerario, aunque constituya una expresión particular de él. La función del capital dinerario, aquella de transformarse en capital productivo o comercial para crear plusvalor, se desdibuja en el ciclo del capital bancario (D - D’), pues este tiene la apariencia de transformarse de dinero en capital (dinero valorizado) sin mediciones

24 *Ibid.*, 597.

productivas. Esta forma del capital representa un tipo que “solo se calcula y emplea como capital que devenga interés”,²⁵ y no debe confundirse con las formas transitorias del capital dinerario hacia la producción y la valorización del valor.

No obstante, la forma del capital bancario no permite el desarrollo del mercado y del dinero mundiales. La relación comercial que se establece entre los diferentes capitales bancarios crea, en un grado superior de desarrollo, la forma de un sistema bancario o, de otro modo, de un sistema financiero. Rudolf Hilferding, en *El capital financiero*, explicó cómo con el desarrollo de la forma dineraria y su utilización como capital, “el capital bancario fue la negación del capital usurero y [este] es negado a su vez por el capital financiero [que...] es la síntesis del capital usurero y del capital bancario”.²⁶ Así, el capital bancario se desarrolló sobre la lógica del capital dinerario y, sobre este movimiento, se construyó el sistema financiero moderno, bajo cualesquiera que sean sus expresiones particulares.

En lo sucesivo, para Marx, “con el desarrollo del comercio y del modo capitalista de producción [...] se amplía, generaliza y perfecciona esta base natural del sistema financiero”.²⁷ Sobre esta idea, Hilferding comprendió al capital financiero “como capital en forma de dinero que, de este modo, se transforma en capital industrial”²⁸ por medio del capital bancario. Observó con asombro la participación de los bancos en el desarrollo del capital financiero, el vínculo con la promoción del desarrollo industrial mediante el capital dinerario y la limitación de la competencia. El capital financiero puede comportarse, bajo la forma de capital dinerario, como promotor de la

25 *Ibid.*, 307.

26 *Ibid.*, 255.

27 *Ibid.*, 511.

28 Rudolf Hilferding, *El capital financiero* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, 1971), 254.

producción del capital o funcionar como capital usurero y reclamar rédito en su circulación.

Marx observó, al mismo tiempo, un carácter *bifacético* del sistema crediticio, financiero, el cual queda determinado por dos vías opuestas. Por una parte, en tanto refuerza e impulsa la producción del capital y, por otra, en cuanto restringe la capacidad de realización y reproducción ampliada del capital real. Para él, “si el sistema crediticio aparece como palanca principal de la sobreproducción y de la superespeculación en el comercio [...es] porque se fuerza hasta su límite extremo el proceso de la reproducción”²⁹ del capital. Pero, en la misma medida en que reconoció el carácter progresista del crédito y el capital dinerario, advirtió que bajo ciertas condiciones al sistema crediticio del capital “lo convierte en el más puro y colosal sistema de juego y fraude”.³⁰ Lo cual es mucho más claro en la arquitectura financiera internacional del siglo XXI que en la del siglo XIX, cuando Marx escribió *El capital*.

En la circulación del capital financiero, bajo su forma dineraria, aparece un ciclo que se independiza, en apariencia, del valor real que, de acuerdo a la función del dinero, debería representar en equivalencia. A partir de las dificultades y la especulación sobre el cobro efectivo de las obligaciones de pago (dinero como medio de pago), se opera una circulación de capital dinerario que fluctúa sobre un precio esperado. Fue aquí donde Marx introdujo la categoría de *capital ficticio* como una forma ilusoria del incremento de valor en el movimiento del capital dinerario pero que, sin embargo, “este capital ficticio tiene su propio movimiento”.³¹

En términos generales, bajo el sistema crediticio, el dinero opera sobre una función principal: de medio general de pago. Dentro de

29 *Ibid.*, 568.

30 *Ibid.*, 569.

31 *Ibid.*, 599.

este circuito, la circulación de dinero como capital transcurre bajo la forma dineraria de promesas de pago al futuro. Esta cualidad del sistema financiero crea dos capacidades únicas sobre la circulación del dinero: 1) la organización del capital dinerario, esto es, del mercado del capital que devenga interés; 2) la creación de *capital ficticio*, mediante la “mera fabricación de simples medios de circulación”.³² De este modo, el vínculo de los capitalistas dinerarios y el papel de los bancos, y más específicamente de los capitales bancarios, se volvió esencial en la conformación del sistema financiero vigente.

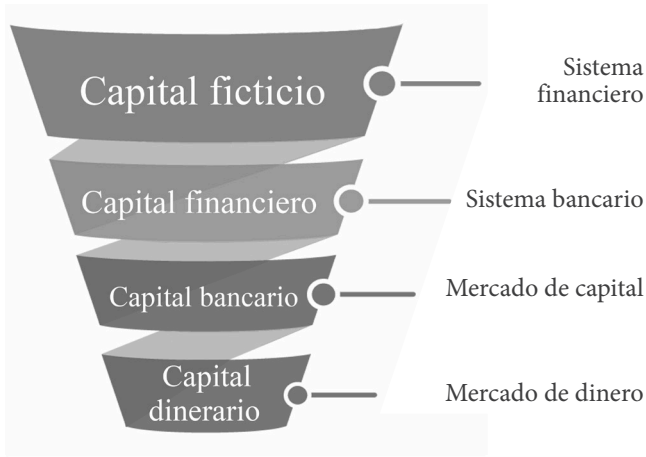
De este modo, sobre la categoría y movimiento del capital dinerario se levanta un edificio conceptual y práctico de la circulación del capital que llega a desarrollar, incluso, una forma ficticia (ver esquema). Bajo una forma general, el capital dinerario permite su transformación en cuerpos productivos y mercantiles del capital y participa, a través de esta mediación, en la valorización del valor. No obstante, su representación como mercancía dinero configura un ciclo independiente de esta mediación. A través del capital bancario, el sistema financiero del capital no solo se convirtió en el organizador del mercado de capitales, sino en la fuente de la creación de capital ficticio. De este modo, en la circulación del capital dinerario, de manera general, existen elementos particulares que permiten distinguir la forma y el ciclo del capital al que pertenecen.

Debido a que la circulación del capital ficticio aparece bajo una forma dineraria, se puede confundir con la circulación de capital real, en tanto medio de atesoramiento y medio de compra, destinado a la producción y el consumo del capital. La base de este movimiento es la falsa noción del capital, en su forma dineraria, como aquel capital que por sí solo rinde interés. Distinto al proceso de valorización del valor a partir de la explotación del trabajo, “a la formación del capital

32 Marx, *El capital*, Tomo III, Vol. 7, 513.

ficticio se la denomina *capitalización*".³³ La medida del incremento en la circulación $D - D'$ no depende de la cantidad de plusvalor producida, sino del tipo de interés medio. Se configura, de este modo, la falsa noción de autonomización del capital de la producción y, sobre esta, se forma "la idea del capital como un autómatas que se valoriza a sí mismo".³⁴ Se forma un falso concepto de reproducción ampliada del capital sin producción de plusvalor.

CONFIGURACIONES DEL DINERO EN TANTO CAPITAL



Elaboración propia

Por ejemplo, cuando el capital bancario circula bajo la forma dineraria de acciones, la circulación de esta forma del capital "confirma la apariencia de que constituirían un capital real junto al capital, o al derecho a ese capital"³⁵ y niega la realidad de que, en tanto capital bancario, no es otra cosa sino un título de propiedad sobre el plusvalor que extraerá el capital industrial (productivo).

33 Marx, *El capital*, Tomo III, Vol. 6, 561.

34 Ídem.

35 Ídem.

El capital bancario circula, de este modo, como una mercancía más, aunque la diferencia entre su valor y su precio obedezca a condiciones distintas. El valor de esta forma particular de capital, expresado en su precio de mercado, es “el rendimiento calculado sobre un capital ilusorio conforme al tipo de interés imperante”³⁶ o, de otro modo, el rendimiento futuro del valor del capital bancario *capitalizado*.

De esta cualidad del capital ficticio, Hilferding reconoció que, a partir del fenómeno de la sociedad por acciones del capital, una función de la creación de este capital, sobre la cual se logra apropiarse de una *ganancia de fundador*,³⁷ corresponde a la capacidad de las instituciones bancarias para crear y colocar dinero como capital y extraer un rédito por ello. Incluso, señaló que aunque “lo que existe realmente es el capital industrial y sus ganancias [...] esto no impide, en cambio, que este capital ficticio exista”,³⁸ aunque su origen no hubiera sido una producción de plusvalor anterior.

Marx advirtió que, para la producción del capital en general, la función que tiene el sistema financiero de “acelerar el desarrollo material de las fuerzas productivas y el establecimiento del mercado mundial”,³⁹ a partir del desarrollo del capital bancario, queda atrapada en la contradicción natural del desarrollo de la producción del capital. Esto es, su propio desarrollo generó una condición estructural particular sobre la cual las crisis relativas a la medida de la producción y de la población fueron trasladadas al circuito del consumo del capital. La participación del capital dinerario, dedicado exclusivamente a la circulación de mercancías y de dinero en el mercado, creó nuevos espacios de apropiación o descomposición de ganancias e inauguró rutas para la conformación de nuevas crisis.

36 *Ibid.*, 602.

37 *Ibid.*, 119.

38 *Ibid.*, 113.

39 Marx, *El capital*, Tomo III, Vol. 7, 569.

La ampliación de la capacidad consuntiva permite, en general y de manera análoga, el incremento de la medida de la producción del capital y, por lo tanto, del mercado. Para el desarrollo de la reproducción ampliada del capital es necesario, como hemos dicho, la expansión del comercio a escala mundial. Esto es parte esencial del concepto de capital. De ahí que el proyecto de trabajo de la obra de Marx buscara concluir con el “mercado mundial”.⁴⁰ El movimiento de expansión del mercado y el desarrollo del capital dinerario y del sistema de crédito permitieron la existencia de una nueva clase de capital, de capitalista y de ganancia.

El ciclo del capital dinerario genera una cadena de pago-cobro que no solo determina la velocidad de la circulación del capital, sino la posibilidad, en primera instancia, de su continuidad. Es debido a esta interrelación de distintos cobros y pagos de ganancias financieras especulativas y la constante probabilidad de impagos en algún eslabón que “las interrupciones en la cadena de pagos causan crisis”.⁴¹ Depende de cuán larga sea la cadena de pagos-cobros que se ha roto y del vínculo efectivo con el ciclo del capital productivo que la crisis puede generar las pérdidas dinerarias, detener la circulación del capital, generar parálisis del capital mercantil y, por lo tanto, frenar la reproducción ampliada del capital en su conjunto.

Dada la estructura de la producción y el consumo del capital ampliados, los efectos que tiene la interrupción del circuito crediticio pueden afectar, de distintas maneras, a todas las esferas de la reproducción del capital. Por el lado de la producción del capital, interrumpe el abastecimiento de objetos y medios de producción y fuerza de trabajo. Por el lado de la circulación, frena el ciclo del comercio y colocación de las mercancías en el mercado, especialmente

40 Cf. Roman Rosdolsky, *Génesis y estructura del capital de Marx*, (México: Editorial Siglo XXI, 1978).

41 Ídem.

en el internacional, por la incapacidad de funcionar como medio de pago. Por el lado del consumo, este simplemente no alcanza a realizarse, tanto porque las mercancías no están en el mercado para su venta, como porque los consumidores no tienen los medios de circulación necesarios para su compra.

Para el ciclo del capital ficticio la condición del riesgo de impago e interrupción en la cadena de pagos-cobros es similar, aunque corresponde a un nivel más desarrollado de contradicción. Una vez que el capital dinerario se ha adelantado en la circulación, “las ganancias financieras ficticias están obligadas a enfrentar la imposibilidad de pagar el crecimiento [...] de las reclamaciones de deuda”.⁴² Se vuelven ficticias, ilusorias, precisamente por la condición de no crear de manera directa valor y por su inclinación a especular sobre el ciclo del capital productivo, real.

La situación histórica particular del nivel de producción, el grado de productividad y el nivel de desarrollo no solo afectan a la tasa de ganancia, sino marcan la posibilidad y medida de los ciclos del capital dinerario y ficticio. La probabilidad de impago del capital ficticio alcanza a la cadena de pagos-cobros del capital real, ya que a pesar de que la forma de la circulación dineraria (D...D') crea una apariencia independizada del ciclo ampliado del capital que sí crea plusvalor, este depende, sin importar cuántas mediaciones la distancien, de la creación real de plusvalor. Incluso, a diferencia del capital dinerario, la cadena de pagos-cobros del capital ficticio agrega una dimensión adicional a la incertidumbre de la reproducción del capital, tanto por el lado de la realización de la ganancia, como por el lado de la reproducción y adelanto de nuevo capital dinerario.

42 Michael Hudson, “From Marx to Goldman Sachs: The Fictions of Fictitious Capital, and the Financialization of Industry”, *Critique Journal of Socialist Theory*, Volume 38, Issue 3 (2010), 441.

El curso histórico del capital terminó por resolver en el siglo XXI, contra la posibilidad optimista del desarrollo del capital dinerario y la socialización del capital a través de la sociedad por acciones, que “la expansión del capital financiero hubiera tomado la forma principalmente de lo que Marx llamó *capital usurario*”.⁴³ Formó un tipo de crédito enajenado de la producción real del plusvalor y que incluso en ocasiones se dirige hacia financiamiento del consumo improductivo mercantil simple (M-D-M).⁴⁴ Así, el desarrollo del sistema financiero de finales del siglo XX no se convirtió en el agente de promoción del desarrollo del capital industrial, como esperaba Marx, sino que se convirtió en una forma parasitaria de este último. Por esta razón, es solo a partir de la comprensión del capital dinerario y del capital ficticio que puede explicarse el actual desarrollo del sistema financiero y el auge de instrumentos financieros especulativos no productivos, como han sido: préstamos hipotecarios, créditos al consumo personales, tarjetas de crédito, esquemas de financiamiento de déficits gubernamentales, entre otros.

3. La crisis en curso: globalización y financiarización

La crisis que enfrenta el capital del siglo XXI es una crisis estructural, polifacética. Entre sus múltiples expresiones, esta se manifiesta: en la crisis política y los fenómenos de corrupción de los Estados, el deterioro de las instituciones democráticas, el golpe a los proyectos progresistas alternativos, la reactivación de doctrinas fascistas y reaccionarias, etc.; en la crisis social y sus creciente descomposición comunitaria, el aumento y la normalización de la violencia, el incremento del descontento popular, la creciente migración internacional, etc.; en la crisis ambiental y su incontrolable deterioro ecológico, la irracional generación de basura, el irreversible

43 Hudson, “From Marx to Goldman Sachs”, 424.

44 Mercancía – Dinero – Mercancía o proceso de intercambio mercantil, Cf. K. Marx, *El capital*, TI, Vol, Cap.3, *El dinero o la circulación de mercancías*

grado de contaminación atmosférico, terrestre, fluvial y oceánico, la incontenible pérdida de biodiversidad animal y vegetal, el desequilibrio climático, etc.; y en las derivadas expresiones culturales, científicas, ideológicas, etc. Sin embargo, “el modo de producción de la vida material determina el proceso social, político e intelectual de la vida en general”.⁴⁵ Aunque la presente encrucijada del capital no solo encuentra expresión en la forma económico-financiera, fue ahí donde encontró su punto de partida y esta constituye una parte esencial y común a todas sus expresiones.

Causas de la crisis financiera

El desarrollo de la mundialización de la producción y la globalización de los mercados generó, simultáneamente, una masa creciente de mercancías y un mercado creciente de consumo. Lo cual, bajo el orden capitalista de mercado, necesitó un acelerado desarrollo del crédito, crecientes flujos en el mercado dinerario y una dimensión global de las finanzas. De este modo, el predominio de las finanzas internacionales sobre la economía real reveló ser casi absoluto. No solo por la capacidad de concentrar, localizar, movilizar e invertir capital (o dejar de hacerlo), sino por el papel que tomaron las instituciones financieras en la conducción de la economía y de la política desde los Estados nacionales. Fue esta cualidad del sistema financiero la que permitió convertir un problema bursátil, de burbujas especulativas y sobreespeculación de valores financieros, en problemas de finanzas públicas. Incluso, sobre la misma lógica, una vez interiorizada la crisis en la economía nacional, el impacto en los países centrales e industrializados llega a ser transferido hacia los países periféricos con menor grado de industrialización.

El curso integrado de la financiarización y la globalización ha generado, a nuestro entender, nuevas formas de violación a las

45 Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política* (1859), (México: Editorial Siglo XXI, 2003), 4.

lógicas y la naturaleza de la reproducción del capital. El liberalismo económico se movió, en realidad, sobre una fuerte asistencia del Estado, quien operó la desregulación de los mercados como un sistema de concesiones subsidiadas de las empresas de propiedad estatal. La asistencia y protección estatal al curso del capital generó fenómenos contradictorios al desenvolvimiento natural del capital. En la esfera de la producción, la condición desigual, subordinada y dependiente del desarrollo permitió pagar mercancías por debajo de su valor (incluida la fuerza de trabajo), realizar precios de mercado sin valor, frenar el desarrollo de fuerzas productivas y forzar bajas de productividad del trabajo, crear capital ficticio, etc. En la esfera del consumo, permitió una dinámica de sobreconsumo relativo, localizado en las economías centrales, a costa de las economías periféricas. En la esfera financiera, con la complicidad de los Estados nacionales, la economía creó una forma antitética al concepto de capital y la lógica de valorización del valor con un creciente poder sobre el capital: bancos demasiado grandes para quebrar.

Aunque no es propósito de este texto explorar qué significó esto para el sistema financiero, el proceso de la financiarización de la reproducción del capital, orientada a resolver las crisis de subconsumo y de realización del capital, generó profundos cambios en la composición y dinámica del capitalismo a partir de la década de 1980. Entre estos, se pueden identificar tres transformaciones estructurales en la organización del capital,⁴⁶ que obligaron reacomodos tanto en la forma de circulación, como en los de participación de los agentes económicos. Uno: se incrementó de manera notable la participación de empresas no financieras en las actividades financieras, sobre una relativa independencia comercial. Dos: los bancos comenzaron a enfocarse en las transacciones en mercados financieros abiertos con el objetivo de obtener ganancias a través del comercio financiero en lugar de hacerlo a través de préstamos y la deuda. Tres: los hogares

46 Cf. Lapavitsas, *Profit without producing*, 60-91.

y las personas se volvieron, crecientemente, más dependientes del sistema financiero formal, con la intención de facilitar el acceso a bienes y servicios. En conjunto, esta “transformación de la conducta de las empresas no financieras, bancos y hogares constituye la base de la financiarización”.⁴⁷

Las tendencias que inauguraron la globalización y la financiarización neoliberales refinaron la compleja relación entre el ciclo del capital dinerario y el ciclo del capital industrial. Crearon, bajo una forma distinta y más desarrollada, una contradicción elemental del crédito, como se expuso más arriba, relativa al desarrollo de la producción del capital y la desvinculación del dinero crediticio del ciclo del capital productivo, acumulado pero incapaz de reincorporarse a la producción real del capital. Se formó una *plétora de capital dinerario* “que se ha vuelto superflua para el funcionamiento del proceso de reproducción social en su conjunto”,⁴⁸ pero que creó su propio movimiento en el capital ficticio.

La dinámica de las crisis del capital, como hemos visto, avanza sobre una dinámica tal que la forma de salida de una conforma los elementos para la entrada a la siguiente. Es decir, los mecanismos iniciales de respuesta se convierten, en su desarrollo, en las sucesivas barreras al capital y en formas cada vez más antitéticas a su naturaleza. De manera que las respuestas implementadas a las sucesivas crisis financieras en los últimos años: “el fin de la burbuja japonesa 1990; la llamada ‘crisis del tequila’ en México en 1994-1995; la crisis del sureste asiático con sus secuelas rusa y brasileña en 1997-1998; la crisis del NASDAQ en 2000; la crisis en Argentina en 2001; y [...] crisis global, que irrumpe en 2007”⁴⁹ y su mundialización en 2008-2009, pueden comprenderse como las creadoras del actual estado

47 *Ibid.*, 19.

48 Marx, *El capital*, T. II, Vol. 5, 345.

49 Guillén, *La crisis global en su laberinto*, 80.

de las cosas. Los límites superados contra la sobreproducción y el subconsumo del capital, y las novedosas formas de expropiación de plusvalor a través de las finanzas, crearon nuevas representaciones del capital ficticio y ampliaron el nivel de riesgo de la economía mundial a partir de la promoción y concentración de sobreconsumo.

Autonomización del capital ficticio

Apoyada sobre la desregulación financiera, la banca internacional desarrolló una gran diversidad de instrumentos financieros de banca abierta: *swaps* de tipos de cambio, *swaps* de tipo de interés, fondos de cobertura, futuros de compra o venta, opciones de inversión, derivados de producción, obligaciones colaterales, bonos de rendimiento, prima de seguros, y otros productos. Incluso, sin considerar la incommensurable actividad de los llamados “bancos sombra”, aquellos que operan con depósitos y no están sujetos a la supervisión regulatoria internacional, el sistema financiero construyó un poder inédito sobre la riqueza y la circulación del capital en general.

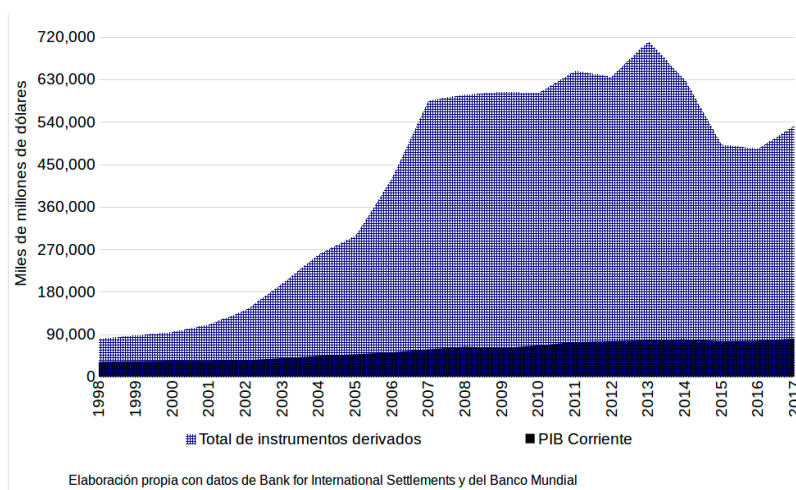
Con la particular forma que el capital financiero, a partir de un sistema bancario internacional del mercado de capital dinerario, cobró a partir de los derivados y futuros de la producción, el capital consiguió circular sobre la desvinculación del valor presente, actuante, del capital del valor futuro. Desde finales de la década de los setenta, hasta mediados de la década de los noventa, después de la apertura del mercado financiero y, con más fuerza, la desregulación del mercado financiero en EE.UU., la diversidad de formas que tomaron los ciclos del capital dinerario y ficticio fueron infinitas. Levantada sobre la capacidad dineraria de funcionar como medio de pago, esto es, resolver la “separación cronológica entre la venta de la mercancía y la realización de su precio”,⁵⁰ la circulación de este tipo de capital ha operado sobre la estimación de los rendimientos futuros de la reproducción

50 Marx, *El capital*, T. I, Vol. 1, 164.

ampliada del capital. De este modo, la dinámica de su circulación pretende, por así decirlo, adelantar la realización del capital y comerciar con la plusvalía que no ha sido aún creada.

Esta dinámica se desarrolló a tal grado que el valor del mercado financiero de derivados y futuros, conformado fundamentalmente por capital ficticio creado por los bancos, ha llegado a representar hasta ocho veces el valor de la producción real (ver gráfico 1). La suma total del PIB mundial en 2013 fue 1/7 el valor de este mercado. Durante la crisis financiera, entre 2007 y 2010, la sacudida económica entre la dimensión ficticia y la esfera real, en lugar de refundar la noción de realidad del capital y recuperar la medida del capital necesario, la proporción entre valor y precio, etc., mantuvo la desproporción en un promedio de entre 1/4 y 1/5 veces la producción. Es muy difícil, por la estructura de los mercados financieros y el acceso a la información, reconocer cuánto del mercado financiero está puesto en costos de producción presente (capital mercantil, seguros, vencimientos, etc.,) y cuánto está puesto en especulación sobre capitales futuros. En cualquier caso, la desvinculación entre la circulación del capital real y la circulación del capital ficticio es abismal.

GRAFICO 1
VALOR DE MERCADO DE DERIVADOS Y DEL PIB GLOBALES, 1998-2017



Como se explicó, tanto el ciclo del capital dinerario en general, como el ciclo del capital ficticio en particular, no expresan la realidad de la acumulación de capital, sino corresponden a una forma particular de expropiar plusvalor y de acumular capital. Derivado de esta diferencia original, comparada con la acumulación del capital real, “la acumulación financiera no es una acumulación en el sentido normal de una magnitud subyacente que aumenta”,⁵¹ dado que esta no solo se expresa en una masa aumentada de capital, sino en el incremento de su flujo. En sentido estricto, la acumulación financiera no corresponde a un movimiento autónomo, sino que se sirve del proceso de acumulación real. Pero la dimensión y la forma que el ciclo del capital ficticio adquirió aceleradamente durante la primera década del siglo XXI, abandonó cualquier proporción sostenible por la producción de plusvalor. Dejó de corresponder a la medida, a la velocidad, a la rotación necesarias del ciclo de la producción real del capital, e incluso se ha convertido en una barrera para que la producción real se logre completar en la proporción necesaria.

No obstante, aunque desligada de la producción y la acumulación del capital reales, la circulación y la acumulación del capital ficticio no pierden, en absoluto, su materialidad o realidad. La expropiación de plusvalía y apropiación de ganancias que ocupa este tipo de capital sucede en la circulación, no en la producción. La preocupación del sistema financiero se limita, de este modo, a la compra y venta de los cuerpos del capital dinerario (en su mayoría ficticio), una vez realizada la transacción, la contradicción y la desproporción se convierten en asunto ajeno. La expresión de la acumulación financiera aparece bajo la forma de *acumulación de activos financieros* con una lógica propia de precios, podría decirse ficticios. Es decir, la riqueza financiera aparece como una masa de medios de pago sobre plusvalías futuras y reclamos de ganancias sobre valores estimados

51 Lapavitsas, *Profiting without producing*, 346.

sobre un nivel de precios futuro, de mercancías aún no producidas y de capitales no realizados.

Cuando la forma dineraria del valor del capital ficticio, como ganancia financiera, abandona la circulación se expresa, como toda la riqueza bajo el modo de producción capitalista, como un inmenso cúmulo de mercancías. Es decir, cuando la ganancia financiera sale de la circulación encuentra una realidad con valores de uso de la producción, con los valores equivalentes a su medida de cambio traducidos en una gigantesca y, también, desproporcionada masa de riqueza mercantil. Aunque su valor subyacente no se haya producido siquiera aún, una vez que algún instrumento financiero es vendido en la banca internacional opera como medio de pago y puede, por tanto, traducirse en riqueza mercantil o intercambiarse por dinero (medio de circulación). De ahí también se explica la inmensa concentración de la riqueza en el mundo y el observado fenómeno 1%-99%.⁵²

El crédito al consumo y el sobreconsumo

Un elemento fundamental en la conformación de la crisis financiera y su mundialización fue lo que se llamó la financiarización del ingreso de los trabajadores. Con la internacionalización de la actividad financiera, la subordinación de la banca nacional por parte de la gran banca internacional, el ahorro y el gasto de los hogares se convirtieron en objetos de especulación, medio de endeudamiento y fuente de flujos dinerarios. El ahorro para el retiro, la hipoteca de los hogares, el préstamo a mediano plazo e incluso el crédito para el consumo de medios de subsistencia, se convirtieron en instrumentos derivados que el mercado financiero internacional incorporó al ámbito de la circulación del capital ficticio.

52 Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI*, (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2014).

La deuda de los hogares se convirtió, de manera casi antitética, en un activo financiero para el acreedor. En tanto activo financiero, bajo la forma de letra de cambio y la función dineraria de medio de pago, entró a la circulación del capital ficticio y a la especulación de ganancias sobre rendimientos futuros. Sin considerar de dónde proviene o a dónde se dirige, esta deuda se convirtió en una mercancía con un precio determinado, definido en función del valor futuro de la deuda sobre un incremento deseado (a veces hasta forzado) de su tasa de interés. Para el capitalista dinerario, en general, los réditos son apropiados al momento de la venta del activo-deuda sobre su tasa presente, lo mismo da si es una hipoteca, un crédito al consumo, deuda privada, etc. El comprador adquiere un activo de capital ficticio con la intención de cobrarla a dos, cinco, o diez años sobre una tasa creciente.

Esta desviación/ampliación de la actividad bancaria hacia el ahorro de los trabajadores conforma una nueva práctica financiera generalizada: la *expropiación financiera*.⁵³ Frente al deterioro salarial y a la flexibilización de la fuerza de trabajo, en la medida en que el control de los ingresos personales de los trabajadores corresponde a la condición sobre la cual los trabajadores acceden (o no) a los medios de subsistencia y de consumo generales, el sistema financiero se convirtió en el mediador y condición general para la realización del capital mercantil. De este modo, especialmente cuando el servicio financiero está fundado en el crédito, la apropiación se realiza mediante una transferencia directa del ingreso (salario) de los trabajadores, hacia el capitalista financiero, en forma de intereses, cuotas por servicios bancarios, costos de gestión, etc. a los bancos.

La espacialidad de las relaciones en el mercado mundial, bajo esta condición general del capitalismo globalizado y financiarizado, redefinió la organización espacial del capital y la división internacional

53 Lapavitsas, *Profiting without producing*, 360.

del trabajo. Es sobre esta condición, sobre la forma particular en que se incorporaron las clases sociales y las economías nacionales al sistema financiero mundial, que se constituye la dinámica del sobreconsumo. Desde la base del proceso de reconfiguración del patrón de acumulación del capital global, la globalización y la financierización avanzaron sobre las condiciones desiguales del desarrollo, la distribución de la riqueza y la concentración del capital. La condición formal de que el proceso de producción del capital se encuentre al servicio de la circulación del capital dinerario ha permitido que la conformación global de las cadenas de valor, entre los centros y las periferias, se desarrollen en una escala mayor. A partir de esta condición estructural, la relación entre el centro y la periferia se trasladó a la concentración del capital financiero y la redirección del capital dinerario y ficticio.

4. La crisis y los nuevos elementos entre el centro y la periferia

En la reproducción del capital del siglo XXI, entendida algunas veces como “economía del conocimiento”, o “inmaterial”, o “de servicios”, etc., la producción real de mercancías y su realización como capital aún constituye el fundamento real de su existencia. Sin importar que tan desprendida esté la circulación del capital financiero, acrecentada la esfera de la circulación, desequilibrada la composición orgánica del capital, avanzado el grado de las fuerzas productivas, etc., la explotación del trabajo, la extracción de plusvalor y la valorización del valor son, bajo las relaciones sociales bajo el capital, los elementos esenciales de su existencia. La vida del capital se levanta sobre el proceso de producción del valor. Es por esto que, al observar los cambios en el control y definición de la espacialidad de la producción y el consumo reales del capital, aparecen las mismas relaciones de subordinación y dependencia que se construyeron con el desarrollo de la industrialización y la división internacional del trabajo.

Sobreconsumo relativo del centro y deuda de la periferia

La tesis que se sostiene en este texto es que, con la financiarización y la globalización, el desarrollo y la medida del capital ficticio produjeron la incorporación del fenómeno del sobreconsumo como el nuevo elemento de la crisis general del capital. Esta condición de un consumo superior a la capacidad y necesidad reales se manifiesta en la dinámica que han tenido los países ricos, los centros financieros hegemónicos, de sostener saldos negativos en sus cuentas corrientes. Desde 1970, EE.UU. y Gran Bretaña ya eran los máximos compradores de la economía mundial y la tendencia se ha mantenido hasta nuestros días.

La cuestión es, en términos generales, ¿cómo, si no mediante la creación de capital ficticio y de deuda, es que financian la posibilidad de comprar en el mercado mundial sin capacidad de pago? Sobre la lógica de creación de capital ficticio, las dos economías han resuelto sus problemas de pagos internacionales a partir de su capacidad bancaria de crear dinero, colocar su equivalente de deuda (bonos federales) en el mercado financiero especulativo y, de esta manera, financiar el déficit (ver gráfico 2). Una dinámica que han sostenido por más de tres décadas y que los ha llevado a niveles de endeudamiento mayores que su economía.

Como se señaló más arriba, el carácter positivo del capital ficticio está centrado en la función general del capital dinerario de promoción de la producción real del capital, mediante su transformación en elementos productivos. Pero este no ha sido el caso de la economía mundial en los últimos años. A partir de la década de 1970, la economía no ha vuelto a recuperar el ritmo de crecimiento que sostuvo entre 1950 y 1970. Las repetidas crisis no han permitido que la economía mundial, sobre todo aquella envuelta en esta lógica “ficticia” de reproducción del capital, recupere un ritmo de crecimiento. El ritmo de crecimiento de las economías hegemónicas de finales del siglo XX, después de la liberalización del comercio y la desregulación de los mercados, es muy cercano al promedio mundial. Durante el

GRÁFICO 2
SALDO DE LA BALANZA DE PAGOS, 1980 - 2017

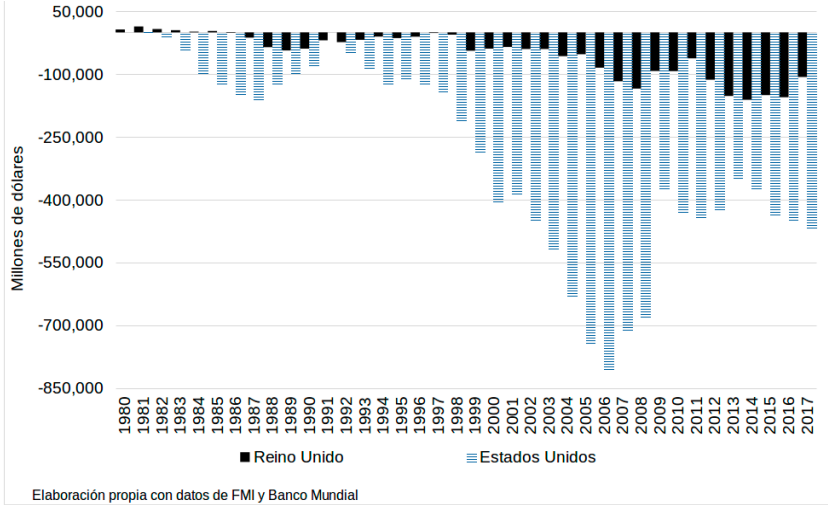
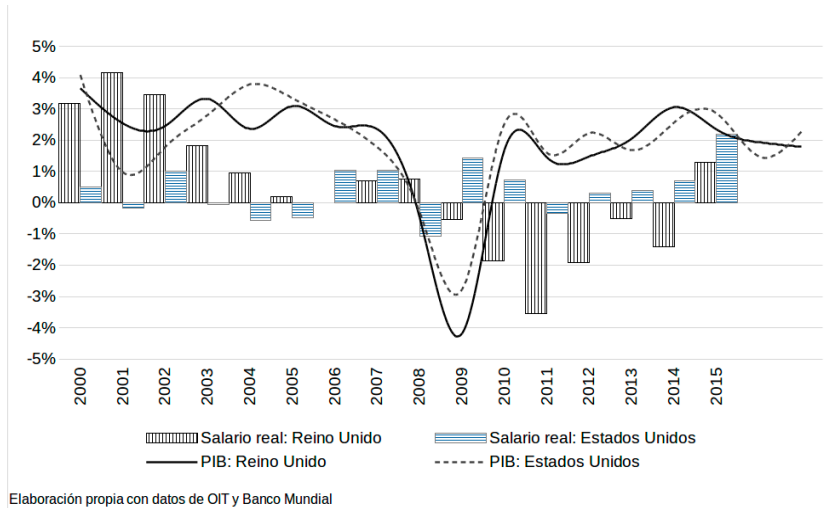


GRÁFICO 3
CRECIMIENTO ANUAL DEL PIB Y DE LOS SALARIOS REALES, 2000 - 2017



principio de siglo, y especialmente después de la crisis de 2007-2008, este ritmo se ubicó en ocasiones por debajo del crecimiento económico del mundo que, de manera paradójica, lideran.

Sin embargo, la baja productividad industrial y el limitado crecimiento de las exportaciones no impidieron que estas economías continuaran como las importadoras más importantes del capital global. Fueron el desarrollo del sistema crediticio internacional y la inyección de capital ficticio en la esfera del consumo las herramientas utilizadas para mantener este ritmo. Esta combinación de medidas fue central para generar una dinámica de sobreconsumo relativo en estas economías, financiada fundamentalmente con una eterna promesa de pago sobre un anhelado e inalcanzable crecimiento económico real. La capacidad de creación de capital ficticio ha sido, en términos generales, el sostén del nivel de importaciones y de una capacidad excedente de consumo externo.

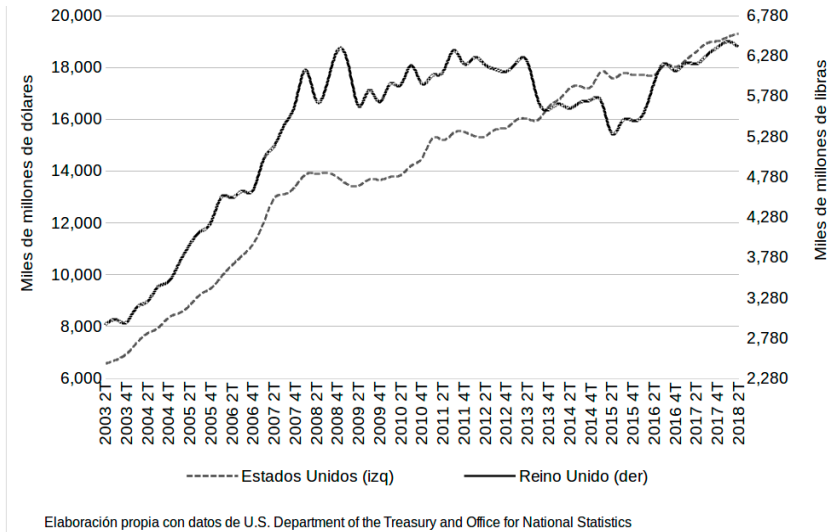
En el nivel de las economías nacionales, este fenómeno de endeudamiento, mediante la creación de capital ficticio, constituye la principal palanca sobre la cual se empuja una dinámica de sobreconsumo, no solo externo, sino también interno. Sin la participación del capital ficticio, las economías centrales no tendrían, realmente, la capacidad de compra en el mercado mundial, es solo mediante la hegemonía financiera del capital dinerario y, por lo tanto, del capital ficticio que la consiguen. Pero esta dinámica, al igual que la desvinculación del capital ficticio de la economía real, empuja a la reproducción del capital sobre nuevas barreras. El ritmo del consumo externo genera, de manera natural, un incremento proporcional en el consumo interno.

Por lo tanto, el mercado interno debe tener la capacidad de consumo y realización del valor mercantil importado mediante capital ficticio, lo cual es imposible sin la participación, nuevamente, del crédito. Esta condición de la incapacidad real de consumo se agravó a partir del bajo ritmo del crecimiento de los salarios reales respecto al crecimiento de la economía (ver gráfico 3). Mientras el salario real

en estas economías no aumente al mismo ritmo que la producción el consumo, en general, será sostenido mediante el crédito y el capital ficticio.

De manera análoga al sobreconsumo externo, se genera una dinámica de crédito interno al consumo de aquel excedente importado. Toda la riqueza importada a estos países centrales debe, de alguna manera en tanto capital, realizarse en el consumo, y la capacidad de realización de medios de subsistencia y de consumo está determinada, fundamentalmente, por el nivel de salarios de las economías. En contraste, el mercado mundial de la fuerza de trabajo ha mantenido un nivel de salarios, desde la década de los ochenta, por debajo del ritmo de crecimiento de la economía; EE.UU. y el Reino Unido no han sido la excepción (ver gráfico 4). Así que la cuestión es la misma: ¿cómo, si no a través del crédito, se van a sostener un volumen acelerado y creciente de consumo cuando no hay salarios suficientes?

GRÁFICO 4
DEUDA EXTERNA BRUTA, 2003 1T - 2018 2T



El pago por la fuerza de trabajo, sobre la lógica neoliberal de desregulación y precios competitivos, presentó un comportamiento cuando no a la baja, como en los países periféricos y dependientes, sí con un muy modesto crecimiento. En la medida en que la baja de los salarios se convirtió en el principal mecanismo de competencia internacional, localización de la producción global y extracción de plusvalía extraordinaria, la capacidad real de consumo de la clase obrera disminuyó proporcionalmente. No obstante, el ritmo de crecimiento del consumo de los hogares, en general de la clase obrera, aumentó sin que existiera un incremento efectivo de su capacidad. Cabe recordar que el crédito al consumo, por no participar de un circuito de capital (D-M-D'),⁵⁴ corresponde al ciclo del capital usurario, el cual arrastra una carga de rédito sobre el ingreso futuro.

Internamente, en la economía nacional, para evitar una condición de subconsumo frente a la cual la única solución es la destrucción de capital mercantil (además importado), la respuesta fue la inyección de medios de circulación a partir de la creación de capital ficticio. Se implementó un fenómeno del endeudamiento masivo de la clase trabajadora con el único objetivo de mantener el creciente nivel de consumo, de producción y, por lo tanto, de acumulación del capital. Tal cual se expresó en la mencionada crisis hipotecaria estadounidense de 2007. Se otorgó crédito indiscriminado al consumo, aparecieron los llamados créditos NINJA (siglas en inglés para acreedores sin ingresos y sin trabajo disponible), los cuales fueron comerciados bajo la lógica de la circulación del capital ficticio. Este movimiento generó una nueva dinámica de apropiación de plusvalor, sin producción, a través de “la extracción sistemática de ganancias financieras de los ingresos de los trabajadores y otras capas sociales”.⁵⁵

54 Dinero-Mercancía-Dinero incrementado o fórmula general de la circulación del capital, Cf. K. Marx, *El capital*, TI, Vol, Cap.4, *Transformación del dinero en capital*.

55 Lapavitsas, *Profiting without producing*, 65.

Debido a la cantidad de instrumentos financieros creados para manipular el riesgo, sin disminuirlo, la venta y compra de esta deuda obrera (tanto de largo como de corto plazo), cuantas veces sea posible, termina por alimentar tanto la circulación del capital usurario como del capital ficticio. El capital usurero se apropia del interés de esa deuda, mientras puede cobrarse, y el capital ficticio expropia, sobre expectativas positivas en el rendimiento de los instrumentos financieros, ganancia del precio futuro de la deuda. De este modo, el límite real del consumo se empuja por encima de sus propias barreras, se amplía la brecha entre el capital real y el capital ficticio y se alimenta una dinámica de sobreconsumo interno de los hogares en la que, sin capacidad real de recuperación, se introduce la cadena de pago-cobro del capital ficticio a los hogares.

Distinto a la condición del capital industrial y comercial, la clase trabajadora no tiene acceso a la información mercantil sobre el estado de los bancos, el nivel de producción y el riesgo de impago estimado, los diferenciales de la tasa de interés, etc., por lo que se encuentra a merced de la oferta de instrumentos bancarios. De este modo, sobre el monopolio de la información de los estados financieros del capital en general, las instituciones financieras mantienen no solo el control del circuito del capital dinerario, sino la posibilidad de ampliar su medida ficticia en una nueva escala. Esta cualidad monopolística le ha provisto de nuevas formas de extracción y control de ganancias y plusvalor.

Este movimiento masivo de endeudamiento de la clase trabajadora fue, al mismo tiempo, asociado al abandono de las obligaciones de servicios públicos y seguridad social de los Estados nacionales. Los servicios públicos de educación, salud y vivienda se convirtieron en préstamos escolares, hipotecas y seguros de gastos médicos. Dado que los salarios reales, en términos generales, se han deteriorado, “en la medida en que la provisión social se ha retirado, o no se ha expandido, la provisión privada ha tomado su lugar, mediada por

las finanzas”.⁵⁶ La clase trabajadora acude al crédito no en busca de capital dinerario, sino de medios de compra para el consumo y la reproducción social. En este caso, la circulación dineraria no participa del ciclo de producción del capital, esto es de creación de plusvalor. Sobre este tipo de circulación dineraria, D(préstamo)-M(medios de subsistencia)-D'(saldo), no se genera un incremento de valor y la capacidad de pagar el interés sujeto al crédito depende del salario obrero futuro.

La estimación del cobro efectivo del rédito (ficticio) del circuito del capital usurario, cuando no entra en relación con el capital industrial, obedece a la idea mediante la cual se espera un rendimiento más alto, incluso, que el de la producción de plusvalor, una capitalización mayor que la valorización real. No obstante, “este objetivo no se puede cumplir en la práctica, porque la economía *real* no puede crecer al ritmo requerido para respaldar el crecimiento del servicio de la deuda”⁵⁷ sobre los medios de pago adelantados. La incapacidad de la economía de mantener un rendimiento creciente constante es enfrentada contra la necesidad de pagos de la lógica del capital dinerario.

La condición subordinada y dependiente ante las crisis

Como se ha mostrado, la lógica del sistema crediticio capitalista es, en realidad, básica: el costo del dinero (el nivel de la tasa interés) debe ser menor al nivel esperado de la tasa de ganancia esperada, de otro modo el medio de pago no podrá ser canjeado y la deuda no podrá ser pagada. En la medida en que sube la tasa de interés se vuelve cada vez más difícil para el deudor pagar la deuda, cuestión que se complica cada vez con las penalizaciones, renegociaciones y recalendarizaciones.

56 *Ibid.*, 380.

57 Hudson, “From Marx to Goldman Sachs”, 440.

La dinámica general del circuito del capital dinerario global fue, desde el siglo XXI, estructurada con el propósito de reducir el riesgo de moratorias e impagos y garantizar a los acreedores el rendimiento de sus créditos.⁵⁸ En su desarrollo, se levantó una institucionalidad, cuasimonopólica, de generación y acceso a información sobre perfiles de deudores, calificación de riesgo y todo tipo de información relativa a la capacidad de pago y probabilidad de incumplimiento, controlada por los tenedores de plétores de capital dinerario para, idealmente, generar un manejo “racional” del crédito. Sin embargo, creó instituciones bancarias y financieras que se convirtieron en lo contrario.

El acceso o restricción al crédito internacional es solo una de las formas en que las finanzas internacionales, los grandes capitales bancarios, se apoderaron del curso del desarrollo del capital, pero no es la única. La capacidad que construyó el capital dinerario de conducir la globalización y financiarización del capital permitió que se conformaran estructuras funcionales para su propio desarrollo. La regulación de rígidos esquemas institucionales, la creación de infinitos instrumentos financieros, la manipulación de los mercados cambiarios, el estrangulamiento presupuestal, el bloqueo crediticio, la infiltración en instituciones democráticas, la corrupción de gobiernos, el fraude, la impunidad, etc., son solo expresiones del carácter dominante del capital financiero.

La forma bajo la cual se incorporó el capital financiero y el circuito del capital dinerario a los países periféricos, debido a la lógica general del capital, fue mediante la concentración del capital en los centros hegemónicos. De este modo, se introdujeron viejas formas de apropiación de riqueza a las nuevas esferas del desarrollo del ciclo financiero (dinerario). Así, “la financiarización en los países en

58 Cf. Ugarteche, Óscar, *Arquitectura financiera internacional. Una genealogía (1850-2015)*, (Madrid: Akal/IIEc-UNAM, 2018), 79-113.

desarrollo ha tenido un carácter subordinado derivado de la naturaleza jerárquica y explotadora de las interacciones en el mercado mundial”.⁵⁹ De manera análoga a la acumulación originaria, como describe Hudson,⁶⁰ la incursión de los capitales dinerarios y la banca internacional a los países en desarrollo generó una dinámica de extracción de plusvalor y apropiación de ganancia vía servicios dinerarios.

Con mucha identidad al proceso de *expropiación financiera* en la relación que establece la clase obrera con el sistema financiero, e incluso el capital industrial, el desarrollo desigual del capital dinerario y de las instituciones bancarias entre los países centrales y periféricos creó nuevos circuitos de capital y formas de apropiación de plusvalor extraordinario. La cualidad de que “el capital financiero vea cualquier flujo de ingresos como ganancias económicas preindustriales”,⁶¹ le permitió crear una condición bajo la cual los niveles de desarrollo de las relaciones del capital financiero inferiores se convirtieran funcionales, y en algunos casos dependientes, del desarrollo de vanguardia de las altas finanzas internacionales. Una expresión de este proceso fue cómo, bajo la falsa idea de que sería con el capital dinerario amasado en los países centrales que se financiaría el desarrollo e industrialización de los países pobres, se estructuró un sistema financiero que subordinó y condicionó el acceso al desarrollo de estos países.

En términos generales, el fenómeno de que la dirección de los flujos del capital dinerario se presente invertido, flujos dinerarios de países pobres hacia países ricos, ha creado una dinámica de transferencia de plusvalor (capital) “que se asemejan a la imposición de un tributo informal pagado por los países en desarrollo a los países

59 Lapavitsas, *Profiting without producing*, 383.

60 Cf. Hudson, *From Marx to Goldman Sachs*.

61 *Ibid.*, 425.

desarrollados”.⁶² En este hecho radica el carácter dependiente de la subordinación financiera de los países periféricos hacia los centros financieros, especialmente hacia EE.UU. Apoyado sobre los cambios e instituciones creadas con la financiarización, los centros han consolidado internacionalmente la lógica de la expropiación financiera sobre una relación centro-periferia. En algunos casos, incluso, se ha implementado un ciclo financiero dependiente. De ahí se explica el desigual ritmo de endeudamiento entre los países centrales y los países en desarrollo. No solo ha sido por la relativa mayor capacidad de pago, que como se ha expuesto es artificial, sino por el monopolio en la creación del capital ficticio y el proceso de circulación que este genera.

El proceso de globalización y de financiarización neoliberales operaron, de manera general, bajo un esquema absorbente y expansivo de la producción y el consumo del capital mundial, sobre los cuales la organización de estos procesos reconfiguró la relación de los países centrales con la periferia. La participación en la división internacional de trabajo de los países en desarrollo, especialmente en condiciones de grados relativos de inferior desarrollo del capital, se vio reorientada en función de las necesidades hegemónicas de este sistema financiero y de los capitales centrales que lo conforman.

Una de las más notables transformaciones en el sistema financiero fue, de manera paradójica, la inversión de la dirección de los flujos dinerarios. Contrario a los primeros años de la financiarización, en la década de los setenta del siglo XX, en la segunda década del siglo XXI se invirtió el sentido del flujo de los créditos y las posiciones de los acreedores y los deudores. Los países en desarrollo dejaron de ser el destino de los capitales dinerarios y pasaron a ser los propios países centrales. Desapareció el problema, en términos de las fianzas internacionales, de los países pobres altamente endeudados y

62 Lapavitsas, *Profiting without producing*, 385.

se transformó, de este modo, en problemas de deuda de países ricos altamente endeudados.⁶³

5. Conclusiones

No se puede decir, en casi ningún sentido, que la crisis del 2007 y su mundialización se hayan resuelto. En la dimensión nacional, la economía estadounidense está atrapada en una caída de pérdida de liderazgo y hegemonía. Tiene más de una década sin crecimiento económico significativo (1.4% promedio anual entre 2007-2017), arrastra una tendencia a la baja en la productividad del trabajo nacional de más de tres décadas, abandonó (o más propiamente, perdió) la vanguardia tecnológica, tanto industrial como científica. Se ha obstinado en resolver los problemas internos a partir del combate a las economías que disputan su hegemonía, sobre lo cual ha revivido hostilidades internacionales solo comparables con el periodo de entreguerras. La elección y el ejercicio del presidente Donald Trump en 2017 es solo una expresión de la profunda crisis en la que aún se encuentra inmersa.

En general, la economía global no logra resolver un problema que les es común a todas las economías: la reproducción ampliada del capital. La medida y la velocidad de la acumulación de capital ha generado una saturación a todos los circuitos de circulación del capital. Financiero, industrial, comercial, dinerario, incluso ficticio, la composición histórica del capital en todas sus formas se ha enfrentado a límites políticos, tecnológicos, ecológicos y orgánicos que no logra resolver.

63 Cf. Ugarteche, “Un enfoque teórico a los cambios en la arquitectura financiera internacional”, capítulo X, en *Arquitectura financiera internacional*, 329-366.

La incorporación de la nueva dinámica y crisis de sobreconsumo relativo a los tradicionales movimientos de sobreproducción y subconsumo complican mucho más el escenario. El resultado de la operación descontrolada del crédito y el desproporcionado nivel del capital ficticio circulante configuran un panorama de crisis en el corto plazo. La incapacidad de transformación del universo de riqueza financiera expropiada mediante las finanzas no podrá ser condensada en una economía atrapada en la recesión. La respuesta de la crisis financiera vía el sobreconsumo apoyada por el capital ficticio solo ha agravado las cosas. En estas condiciones, la crisis de 2007 y su mundialización podrían interpretarse solo como un aviso del próximo y verdadero colapso financiero.

Por sofisticado que se presente el sistema financiero y el ciclo del capital ficticio, la actividad financiera no genera valor. La producción del plusvalor es el corazón del sistema capitalista y su continuidad es la condición esencial para su reproducción. Bajo el dominio del capital ficticio, la relación entre representación de valor y producción de valor se aleja temporalmente. El proceso de producción del capital debe permanecer actuante en su reproducción ampliada para así, de manera posterior, representar los valores y las ganancias que circulan de forma adelantada en el mercado financiero. El proceso de financiarización ha transformado tanto la reproducción del capital en general, como el financiamiento de la producción real del capital, lo cual ha implicado una redefinición en la composición internacional de la división del trabajo. Sobre esta reorganización del capital, se han levantado nuevas desigualdades entre las economías centrales y las periféricas.

Las crisis se trasladan, de manera natural, de una esfera a la otra y, de manera hegemónica, de una condición a otra y de un país a otro. Una crisis de pagos hipotecaria nacional, como la que se desarrolló en EE.UU. en 2007, se trasladó a una crisis financiera de escala mundial. La cual, por su naturaleza, frenó la capacidad de compra de la economía importadora más grande del mundo, disminuyó el

nivel de producción de los países exportadores y condujo a una recesión económica, en mayor o menor medida, global. Del ámbito nacional pasó al mundial, de la circulación del capital ficticio pasó a la reproducción del capital real, de la esfera de la circulación y el consumo pasó a la esfera de la producción, de los países centrales se ha desplazado a los países periféricos y dependientes.

La actual situación del capital corresponde a una crisis que no ha podido resolverse y que, en todo caso, ha continuado la cadena de transferencia de contradicciones a nuevos espacios y economías. El destino de la economía real podrá reponerse en la medida en que se acorte la brecha entre el universo real y el ficticio. Lo mismo para la economía en la periferia, en la medida en que no frene la circulación de este tipo de capital, la transferencia de ganancias y la expropiación del plusvalor continuarán su dinámica e, incluso, se desarrollarán más. El sobreconsumo, como respuesta a las crisis de sobreproducción y subconsumo, ha creado las condiciones de una nueva crisis que no tardará mucho tiempo en expresarse.

EL DESARROLLO CAPITALISTA LATINOAMERICANO EN CLAVE MARXISTA

*Guido Starosta**
*Rodrigo Steimberg***

El presente ensayo ofrece una mirada desde la crítica marxiana de la economía política a los debates sobre las particularidades de las sociedades latinoamericanas. Más concretamente, tras un breve examen de los primeros intentos de dar cuenta de dicha especificidad en los estudios originados en la Cepal y en el estructuralismo latinoamericano, el artículo pasa a focalizarse en la discusión crítica de las diferentes perspectivas que han tenido a estar asociadas a la llamada *teoría de la dependencia* (TD). En términos generales,

* Guido Starosta. Doctor en Sociología por la Universidad de Warwick (Reino Unido). Se desempeña como investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y como Profesor Titular en el Departamento de Economía y Administración en la Universidad Nacional de Quilmes (Argentina). También es docente de cursos de posgrado en distintas universidades de Argentina. Entre varias de sus publicaciones, se encuentra el libro *Marx's Capital, Method and Revolutionary Subjectivity* (Brill Academic Publishers). Correo de contacto: guido.starosta@unq.edu.ar

** Rodrigo Steimberg. Doctor en Ciencias Sociales por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente, se desempeña como Becario Posdoctoral por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), con sede en la Universidad Nacional de Quilmes. Entre sus publicaciones recientes, destaca *Althusser y el comienzo absoluto*. Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 2019. Correo de contacto: steimbergr@gmail.com.

dicha teoría se propone explicar las diferencias entre los procesos nacionales de acumulación de capital que tienen lugar en América Latina como parte de lo que esta tradición denomina la “periferia”, y aquellos otros denominados “centrales”, fundamentalmente Estados Unidos y ciertos países de Europa occidental. Es sobre la base de esta estructura polar y asimétrica del sistema mundial que la TD intenta dar cuenta de las limitaciones al desarrollo capitalista que caracteriza a las sociedades latinoamericanas.

A partir de los desarrollos del Centro para la Investigación como Crítica Práctica, dirigido por Juan Iñigo Carrera, nos proponemos señalar algunas de las dificultades que, a nuestro juicio, atraviesan la TD. Asimismo, y con base en las implicaciones de la discusión crítica de dicha tradición teórica, ofreceremos una perspectiva alternativa sobre la especificidad de las sociedades latinoamericanas. A estos fines, el capítulo se organiza del siguiente modo: en primer término, plantaremos algunas de las principales líneas argumentales que recorren los teóricos de la dependencia, dividiendo la exposición de acuerdo a las principales contribuciones que la informaron. Así, tomaremos como punto de partida la discusión de sus antecedentes desde el punto de vista histórico, esto es, las teorizaciones de la Cepal y el estructuralismo. A continuación, examinaremos brevemente aquellos teóricos que radicalizaron dichas contribuciones iniciales al pensamiento latinoamericano, en lo que usualmente se considera como las versiones “sociológicas” o “politicistas” de la TD. A estos efectos, nos centraremos en algunos de los señalamientos de Cardoso y Faletto, por un lado, y Vania Bambirra y Theotonio Dos Santos, por otro. Tras revisar sucintamente los argumentos de estos autores, el capítulo avanza sobre los desarrollos de Ruy Mauro Marini y de Enrique Dussel, quienes, creemos, representan los aportes conceptual y metodológicamente más sofisticados de la corriente específicamente marxista de la TD. Finalmente, tras indicar los problemas que encontramos en estos diferentes abordajes de la TD, expondremos un enfoque alternativo sobre las formas concretas específicas que toman los procesos de

acumulación de los ámbitos nacionales latinoamericanos, en tanto órganos cualitativamente diferenciados de la división internacional del trabajo mediante la cual se establece la unidad inmanente del mercado mundial capitalista. De este modo, pretenderemos mostrar en qué sentido la acumulación de capital es un proceso mundial por su contenido y nacional por su forma, frente a las perspectivas dependentistas que toman a la unidad mundial como el resultado de la interacción entre ámbitos nacionales que aparecen teniendo relaciones exteriores entre sí.

1. Antecedentes y surgimiento de la teoría de la dependencia: de la Cepal a las versiones “politicistas” de la TD

Tal como fuera mencionado en la introducción, los primeros antecedentes de lo que cristalizaría años más tarde como TD pueden rastrearse en los aportes que Raúl Prebisch y Hans Singer realizaron desde la Comisión Económica Para América Latina y el Caribe (CEPAL). Más concretamente, estos autores formularon en la primera mitad del siglo XX lo que sería una de las apoyaturas básicas de la TD, a saber: la teoría del deterioro de los términos de intercambio. Según esta perspectiva, la oferta de alimentos y materias primas en el mercado mundial, en cuya exportación se han especializado mayormente las economías latinoamericanas, trajo consigo el descenso de los precios unitarios de estas mercancías en relación con aquellos de las manufacturas industriales¹. Asimismo, toda vez que, según Prebisch y Singer, esta evolución de los precios relativos de materias primas y manufacturas industriales no refleja la evolución relativa de las respectivas productividades del trabajo, el intercambio exterior entre países del “centro” y la “periferia” del mercado mundial deja como saldo un deterioro para aquellos que exportan materias

1 Prebisch, R. (1986), “El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas”. *Desarrollo Económico*, 26(103), p. 483.

primas. En consecuencia, habría una limitación estructural al desarrollo de los países latinoamericanos porque estos verían escapar de modo continuo, a manos de los capitales dedicados a la producción de manufacturas, una masa de riqueza social correspondiente a los “frutos” de su propio “progreso técnico”. Por su parte, y en contraste, los países centrales multiplicarían sus ingresos “artificialmente” mediante el comercio internacional. En efecto, los países avanzados estarían además posibilitados de descargar la “presión cíclica” sobre los atrasados, por lo cual los primeros podrían otorgar aumentos salariales por encima del crecimiento de la productividad en las fases expansivas y morigerar las bajas en las fases contractivas, en tanto contarían con una fuente de riqueza adicional vía compresión de los ingresos en los países periféricos². En este contexto, la alternativa propuesta para estos últimos, como forma de escapar a esta trayectoria secular de deterioro de los términos de intercambio, pasaría por embarcarse en un proceso de desarrollo económico autónomo mediante políticas estatales orientadas a la industrialización sustitutiva de importaciones (ISI), lo cual tendería a reducir las pérdidas asociadas a las asimetrías en el comercio internacional, tanto por la disminución de la dependencia de las manufacturas importadas, como por el eventual pasaje a la exportación de mercancías industriales.

Fueron precisamente las limitaciones de los procesos de ISI latinoamericanos los que motivaron los desarrollos teóricos posteriores asociados al estructuralismo, que constituirían otro de los “insumos” intelectuales a partir de los cuales se configuraría la TD. En efecto, en tanto la propia dinámica contradictoria del proceso de industrialización en los países de América Latina tendía a expresarse en crisis recurrentes del sector externo, la mirada de los teóricos de la región pasó a posarse no ya en el magro alcance de la producción manufacturera doméstica, sino en las características “estructurales” específicas del tejido industrial local.

2 Prebisch, R. *op cit*, pp. 479-502.

En respuesta a estas nuevas circunstancias y las renovadas limitaciones del proceso de desarrollo capitalista latinoamericano expresadas en las recurrentes crisis por cuellos de botella en el sector externo, emerge el planteo estructuralista, dentro del cual se destacan los aportes de Furtado, Tavares, Serra y Pinto³. Así como las contribuciones tempranas cepalinas dejarían su impronta en la TD mediante la noción central del deterioro de los términos de intercambio, la corriente estructuralista pondría de relieve una serie adicional de fenómenos característicos del proceso de acumulación en América Latina, que también pasarían a formar parte de los tópicos comunes de gran parte de los estudios dependentistas. En concreto, estos autores tuvieron como una de sus ideas rectoras para explicar las limitaciones del proceso de acumulación latinoamericano la existencia de lo que denominaron “dualismo estructural” entre un sector “capitalista” y un sector “tradicional o de subsistencia” (también referido como “precapitalista”). Sobre esta determinación fundante u originaria, se desenvuelve un proceso de círculo vicioso que, al derivar en una estructura productiva cada vez más polarizada, reproduce la condición dualista del país subdesarrollado, llevando, dependiendo de los autores, a una situación de estancamiento secular (Furtado), a una creciente heterogeneidad inter e intra-sectorial (Pinto) o a la persistencia de la restricción externa (Tavares y Serra).

Como influencia sobre la TD, además de la mencionada noción de “dualismo estructural”, cabe también resaltar tres fenómenos derivados que se tomarán como inherentes a la condición de país “dependiente”. Por un lado, niveles salariales muy bajos producto de la existencia de amplias reservas de fuerza de trabajo en el sector “tradicional”, lo cual deriva en una marcada y creciente desigualdad en la distribución del ingreso. Por otra parte, y como consecuencia de lo

3 Kay, C. (1989). *Latin American theories of development and underdevelopment*. Routledge: Londres.

anterior, un patrón de consumo desequilibrado, con un sesgo muy pronunciado a la demanda de bienes de consumo durable y suntuarios, que limita la orientada a bienes de consumo masivo. Finalmente, y a su turno, todo esto redundando en la estrechez del mercado interno, en la ausencia de economías de escala y en la consiguiente ineficiencia general de una estructura industrial excesivamente diversificada, lo cual, para terminar de configurar el círculo vicioso del subdesarrollo, incrementa la desigualdad en la distribución del ingreso.

Tanto las ideas cepalinas como las estructuralistas recientemente reseñadas fueron el punto de partida a través del cual se fue configurando la TD. Esto es particularmente manifiesto en el caso de lo que Marini denominaría más tarde como la versión “sociológica” de la TD asociada a la obra de Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto⁴, al punto de que esta ha sido catalogada como un “matrimonio” entre el estructuralismo cepalino y el análisis de la dependencia⁵. Pero en última instancia esto también puede esgrimirse respecto de los enfoques abiertamente marxistas de la TD y, más específicamente, de las versiones “politicistas” asociadas a la obra de Vania Bambirra⁶ y Theotonio dos Santos⁷. De algún modo, y más allá de ciertos desacuerdos puntuales, puede sugerirse que estos abordajes de la TD “toman por bueno” el análisis cepalino-estructuralista de la especificidad de la estructura y dinámica económicas de los países

4 Cardoso, F. y Faletto, E. (1973). *Dependencia y desarrollo en América Latina: ensayo de interpretación sociológica*. México: Siglo XXI Editores. Dentro de esta vertiente podría también incluirse la obra de Aníbal Quijano. Ver Quijano, A. (2014 [1993]) “América Latina en la economía mundial”, en Assis Clímaco, D. (comp.), *Cuestiones y Horizontes. De la Dependencia Histórico-Estructural a la Colonialidad/Descolonialidad del Poder. Antología de Aníbal Quijano*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 199-214.

5 Kay, C. *op cit*, p. 135.

6 Bambirra, V. (1983). *Teoría de la dependencia: una anticrítica*. México: Era.

7 Dos Santos, Th. (1975) “La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina”. En AA.VV., *La dependencia político-económica de América Latina*, México: Siglo XXI Editores, pp. 147-187.

latinoamericanos, y proceden a investigar lo que para estos autores constituye su fundamento: las relaciones de subordinación, antagonismo o alianza entre las clases sociales y facciones de clase, por un lado, y la dominación entre países “imperialistas” y “oprimidos”, por otro. De allí su “sociologismo” o “politicismo”, sintetizado tal vez de la forma más nítida en el siguiente pasaje “programático” del libro ya clásico de Cardoso y Faletto, donde plantean que el desarrollo capitalista brota “(...) de la interacción de grupos y clases sociales que tienen un modo de relación que les es propio y por lo tanto intereses y valores distintos, cuya oposición, conciliación o superación da vida al sistema socioeconómico”. De modo que, continúan, “la estructura social y política se va modificando en la medida en que distintas clases sociales y grupos sociales logran imponer sus intereses, su fuerza y su dominación al conjunto de la sociedad”⁸.

En particular, para todos estos autores se trata de dar cuenta de las condiciones que caracterizan a la “nueva dependencia”, bajo circunstancias históricas evidentemente distintas a la vieja y simple configuración polar de regiones “industrializadas” y una periferia “atrasada”, a saber: un contexto en el cual varios de los países periféricos se han industrializado y donde, además, las ETNs estaban adquiriendo un papel activo cada vez mayor. Asimismo, frente a la prognosis “estancacionista” de Furtado respecto de las tendencias de largo plazo de la acumulación en América Latina, y ante la evidencia de un renovado dinamismo de la acumulación doméstica registrado a partir de fines de la década del 60 (sobre todo en Brasil), estas intervenciones dependencistas intentaron investigar las posibilidades de cierta modalidad de “desarrollo dependiente” bajo las nuevas realidades de las relaciones de subordinación imperialista (Cardoso y Faletto) o, cuanto menos, de explicar en qué sentido dicha expansión económica reproducía sin trascender la condición periférica y *relativamente* atrasada de los países latinoamericanos (Dos Santos).

8 Cardoso, F. y Faletto, E. *op cit.*, p. 18.

Desde estas primeras versiones de la TD, entonces, en las alianzas de clases y relaciones de fuerzas nacionales e internacionales estriba no solo el fundamento de la dependencia, sino también la posibilidad de dar un curso alternativo al desarrollo, modificando las relaciones de subordinación de la periferia a la dominación de los países avanzados. Así, en cierta sintonía con el planteo de Cardoso y Faletto, Bambilra sostiene que las burguesías latinoamericanas, por su subordinación y colaboración con el imperialismo, no están en condiciones de desplegar un proceso de desarrollo, razón por la cual esta tarea cae en manos de la revolución socialista⁹. Theotonio Dos Santos, mientras tanto, objeta parcialmente el planteo de Lenin, toda vez que afirma que la inversión de los capitales imperialistas, a pesar de expandir las economías de los países dependientes, lo hace a costa de mantenerlas atrasadas y subdesarrolladas. De este modo, el crecimiento se subordina a su modo de participación como países dominados en el mercado mundial, siendo estas dos caras de un mismo proceso. En palabras del propio Dos Santos:

“Los países dominantes disponen así de un predominio tecnológico, comercial, de capital y sociopolítico sobre los países dependientes (...) que les permite imponerles condiciones de explotación y extraerle parte de los excedentes producidos interiormente”¹⁰.

En suma, para este grupo de autores, la dependencia, tomada como la extracción del “excedente” de los países atrasados, y fundada en las *relaciones de poder* entre y al interior de las clases y facciones de clase (tanto a nivel local como internacional), se profundiza con el imperialismo incluso cuando supone una cierta inversión de capital y crecimiento en los países dominados. El “atraso”, así, es visto como el vástago del desarrollo mundial de la sociedad capitalista, en tanto este último involucra no solo el antagonismo entre

9 Bambilra, V. *op cit.*

10 Dos Santos, Th. *op. cit.*, p. 180.

burguesía y proletariado, sino también la dominación que ejercen los países imperialistas sobre los oprimidos¹¹.

Las limitaciones explicativas de estas versiones eminentemente *politicistas o sociológicas* de la TD y, más específicamente, su divergencia metodológica con la perspectiva materialista de la *crítica marxiana de la economía política*, fueron muy tempranamente puestas de relieve desde el interior mismo de dicha tradición en la obra de Ruy Mauro Marini. Dicho aspecto de su pensamiento está presente de manera implícita ya en su trabajo más difundido, *Dialéctica de la dependencia*. Sin embargo, es en la respuesta a los argumentos críticos esgrimidos por Cardoso y Serra en el texto “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”¹², donde Marini reflexiona de modo explícito sobre el vínculo entre las determinaciones económicas de la acumulación de capital y la lucha de clases como la forma política necesaria de realizarse las primeras. En este sentido, en “Las razones del neodesarrollismo” Marini opone el método de la crítica marxiana de la economía política a lo que denomina el “sociologismo” imperante en el influyente trabajo de Cardoso y Faletto, el cual, en palabras de Marini, encuentra el “fundamento dinámico” de todo “fenómeno” en “la lucha de clases”¹³. Sin embargo, continúa agudamente Marini en su crítica, “hacer reverencias a la lucha de clases” para explicar la especificidad del desarrollo en las sociedades latinoamericanas “no nos permitirá jamás entender *por qué* la clase obrera de los países capitalistas avanzados ha podido librar su lucha de clase con mejores resultados que la de las economías capitalistas dependientes”¹⁴.

11 Astarita, R. (2013). *Economía política de la dependencia y el subdesarrollo. Tipo de cambio y renta agraria en la Argentina*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes. pp. 8-9.

12 Serra, J., & Cardoso, F. H. (1978). “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”. En: *Revista Mexicana de Sociología*, 40, pp. 9-55.

13 Marini, R. M. (1978). “Las razones del neodesarrollismo (respuesta a FH Cardoso y J. Serra)”. En: *Revista Mexicana de Sociología*, 40, 57-106, p. 68.

14 Marini, R. M. (1978) *op. cit.*, p. 71.

En contraste con el “sociologismo” que toma a la lucha de clases como un “*deus ex machina*” que se explica “por sí misma” y, por ello, “permite explicarlo todo”¹⁵, una perspectiva basada en la crítica de la economía política debe ir más allá de la “forma *apariencial* de la lucha de clases” armada de “conceptos rigurosos que permitan iluminar sus determinaciones profundas”¹⁶. Para ello, es primordial identificar a su vez “qué es lo que explica la lucha de clases”, esto es, investigar “las condiciones materiales en la que ella se da”¹⁷. De este modo, “el énfasis se desplaza hacia la manera cómo las leyes generales se realizan a través de la lucha de clases o hacia el modo cómo la lucha de clases actúa sobre la realización de esas leyes”.¹⁸

Este ángulo eminentemente metodológico en la crítica a las versiones “sociológicas”, “históricas” o “políticas” de la TD, puede encontrarse también al interior de la misma tradición en términos aún más generales, reflexivos y rigurosos, en la obra de Enrique Dussel. En efecto, en su reseña de las principales teorías del imperialismo, dependencia e intercambio desigual, Dussel¹⁹ señala perceptivamente que la mayoría de los intentos por explicar las manifestaciones específicas del desarrollo desigual global en América Latina no logran ir más allá de dar cuenta de la *génesis histórica* de la configuración

15 *Ibidem*, p. 68.

16 *Ibidem*, p. 69.

17 *Ídem*.

18 *Ídem*. Ya en relación más directa con las concepciones “politicistas” del imperialismo que fundan el desarrollo desigual en las relaciones de poder internacionales asimétricas, Marini señala a este respecto en la *Dialéctica de la dependencia*: “La utilización de recursos extraeconómicos se deriva precisamente de que hay por detrás una base económica que la hace posible”. Marini, R. M. (2008a) [1973] *Dialéctica de la dependencia*. En Martins, C. (comp.) *América Latina, dependencia y globalización. Antología de Ruy Mauro Marini*. Bogotá: Siglo del Hombre, 107-149, p. 120. Puesto de manera más palmaria, Marini prosigue, “no es porque se cometieron abusos contra las naciones no industriales que estas se han vuelto económicamente débiles; es porque eran débiles que se abusó de ellas” (*Ídem*).

19 Dussel, R. (1988). *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los manuscritos del 61-63*. México: Siglo XXI Editores. pp. 312-330.

de la “*differentia specifica*” de la región o, en todo caso, simplemente ofrecen *descripciones* de las *apariencias empíricas inmediatas* de los mecanismos que reproducen las potencias limitadas del desarrollo capitalista en estos países. Pero, continúa Dussel, esto no equivale a descubrir sus *determinaciones fundamentales o esenciales*²⁰. Puesto en otros términos, esos enfoques encaran un camino puramente “fenoménico, superficial o apariencial” con un *marco categorial* totalmente ajeno al de la crítica marxiana de la economía política²¹. En contraste, según este autor, una explicación científico-crítica de la especificidad cualitativa del desarrollo capitalista en América Latina debe consistir en un desarrollo dialéctico-sistemático riguroso de las “determinaciones formales” de la relación social capitalista necesarias para comprender el despliegue de la “ley del valor” a escala global, más allá de lo que Marx nos legó en su obra, pero de modo consistente con tal “marco categorial”. En el próximo apartado, entonces, pasamos a exponer más detalladamente tanto el propio intento de Dussel de encarar dicha tarea científico-práctica, como el de Ruy Mauro Marini, tal vez los dos autores más difundidos o teóricamente sofisticados a la hora de tratar de integrar la TD con la crítica marxiana de la economía política.

2. Los intentos de reconciliar la TD y la crítica marxiana de la economía política: los enfoques de Ruy Mauro Marini y Enrique Dussel

Ruy Mauro Marini destaca, por la influencia de sus textos, como el teórico fundamental de la TD de cuño marxista. Según este autor, *la superexplotación* (SE, de aquí en adelante) es la determinación fundamental o esencial que caracteriza a las economías dependientes, la

20 *Ibidem*, p. 326.

21 *Ibidem*, p. 325.

cual surge, en una primera instancia, como una reacción o compensación de los capitalistas que operan en la periferia frente al intercambio desigual que enfrentan en el comercio internacional. Esta desigualdad en el intercambio entre naciones en el mercado mundial es el resultado de que ciertos países (i.e. los “centrales” o “avanzados”) producen mercancías que otros (los “periféricos”) no están en condiciones de producir, o bien de que ponen en marcha una productividad del trabajo mayor, que les reporta ganancias extraordinarias²². Y estas condiciones les permiten a los países industriales “eludir la ley del valor”, esto es, vender “sus productos a precios superiores a su valor”, debiendo entonces “las naciones desfavorecidas (...) ceder gratuitamente parte del valor que producen”²³. Es frente a “estos mecanismo de transferencia de valor” que se desarrolla la necesidad de la SE en tanto “mecanismo de compensación”.²⁴

Ya sea mediante el aumento de la intensidad o de la extensión de la jornada laboral, se incrementa la masa de valor producida por la fuerza de trabajo y, suponiendo un salario dado, se logra también aumentar la masa y la tasa de plusvalor. Un efecto similar se obtiene mediante el recorte liso y llano del salario real, que permite

22 Marini, R. M. (2008a) *op. cit.*, pp. 121-122.

23 *Ibidem*, p. 122.

24 *Ídem*. En otras parte de su obra, Marini ofrece una formulación diferente del fundamento de la SE como forma específica de extracción de plusvalor en la periferia. Ver Córdoba, L. I., y Kozlowski, D. (2017). “Dialéctica de la dependencia”. En: *Cuadernos del CENDES*, 34(94), pp. 77-95. De acuerdo a este nuevo argumento, la mayor demanda de alimentos y materias primas hasta 1870 incentivó un mayor consumo intensivo y extensivo de fuerza de trabajo para hacerle frente, con la consecuente suba en la masa de valor producida desde la periferia y con términos de intercambio favorables a América Latina. Pero esas condiciones favorables de rentabilidad desencadenan una afluencia de inversiones de capital hacia los países dependientes, lo cual lleva a la suba de la composición orgánica del capital, al aumento de la productividad del trabajo, a la consiguiente caída en el valor de las mercancías allí producidas y, finalmente, a la tendencia a la caída de la tasa de ganancia. Es en este contexto que se desarrolla la SE, según esta nueva versión del argumento de Marini, como respuesta adaptativa de los países de América Latina a la caída de la rentabilidad del capital.

también aumentar la plusvalía pero, a diferencia de los mecanismos anteriores, sin aumentar la masa de valor total producido. De cualquier modo, y más allá de la articulación concreta entre estas formas de SE, en todos los casos se trata de que la fuerza de trabajo se vende por debajo de su valor, ya sea por el simple recorte del consumo requerido para la conservación normal de la aptitud para trabajar, o por el incremento del desgaste del trabajador, lo que implica su agotamiento prematuro²⁵. En palabras de Marini, la SE consiste, en esencia, en el aumento de la plusvalía mediante la conversión de “parte del fondo de salario en fondo de acumulación del capital”²⁶. Y es esta modalidad de extracción de plusvalía la que se erige en determinante de la forma específica que asume el desarrollo capitalista en América Latina, en tanto “los tres mecanismos identificados —la intensificación del trabajo, la prolongación de la jornada de trabajo y la expropiación de parte del trabajo necesario para que el obrero reponga su fuerza de trabajo— configuran un modo de producción *fundado exclusivamente en la mayor explotación del trabajador, y no en el desarrollo de su capacidad productiva*”.²⁷

Esta configuración particular del “modo de producción”, prosigue Marini, genera un “modo de circulación” también específico. En principio, la SE de la fuerza de trabajo tiende a generar una desproporción entre la producción y el consumo internos. Para empezar,

25 Marini, R. M. (2008a) *op. cit.*, p. 127.

26 Marini, R. M. (2008b [1973]) “En torno a dialéctica de la dependencia (postscriptum)” (1973) En Martins, C. (comp.) *América Latina, dependencia y globalización. Antología de Ruy Mauro Marini*. Bogotá: Siglo del Hombre, 151-164, p. 159.

27 Marini, R. M. (2008a) *op. cit.*, p. 126 (énfasis agregado). En rigor, Marini luego matiza esta afirmación y resalta la imbricación de la SE con el desarrollo de la productividad del trabajo. Es decir que no se trata de que una forma de explotación excluya a la otras en términos absolutos, sino de la “mayor o menor incidencia de las formas de explotación y la configuración específica que ellas asumen” (Marini, R. M. (2008b) *op. cit.*, p. 162.), como el propio Marini aclara en el *Postscriptum a Dialéctica de la Dependencia*. Lo que caracteriza la periferia no es entonces la prevalencia unilateral de la SE, sino su predominancia, la cual llega al punto de marcar la especificidad cualitativa de la acumulación en la región.

la SE reduce el consumo obrero, ya sea absolutamente o en relación a la producción total. En este sentido, Marini argumenta que, en las economías dependientes, el salario incide en la acumulación de capital primordialmente como determinante de la tasa de plusvalor, y no como generador de demanda, como sucede en las economías centrales. La demanda interna depende entonces en gran medida de la plusvalía, específicamente acrecentada por la misma SE. Sin embargo, una parte de ella se pierde para la acumulación interna por su drenaje al exterior vía intercambio desigual (especialmente durante el período exportador) u otras formas de transferencia internacional de riqueza que cobran importancia posteriormente (como la remisión de ganancias y el pago de regalías). Pero además, argumenta Marini, la dependencia exacerbada de la plusvalía como fuente de realización del valor de la producción interna (en especial de la plusvalía no acumulada, en tanto que la producción interna de medios de producción es relativamente pequeña), genera una estructura de consumo interno concentrada en los bienes suntuarios, aprovisionada inicialmente mediante importaciones y, luego del giro hacia la ISI en América Latina con el cerramiento del comercio mundial a partir de la crisis del 30, mediante producción local. Es decir, si por un lado el tamaño de la demanda interna se encuentra limitado por la orientación mayormente exportadora de la producción local y por la sangría constante de plusvalor resultante del “intercambio desigual”, por el otro la estructura de dicha demanda se escinde en dos esferas claramente delimitadas: una esfera “baja”, particularmente limitada por la SE, correspondiente al consumo individual de la clase obrera, y una esfera “alta”, expandida, que depende de la plusvalía no acumulada. Esta estructura de la circulación, resalta Marini, no hace más que incentivar aún más la tendencia a la SE para incrementar la apropiación de plusvalía en tanto sigue presente el desarrollo restringido de la plusvalía relativa, reproduciendo en el tiempo la dependencia. De allí la necesidad de contar con flujos adicionales continuos de fuerza de trabajo para sostener la SE sin socavar la reproducción del capital por falta de “material humano explotable” con los atributos productivos que la propia explotación

capitalista demanda. El “ciclo del capital dependiente”, entonces, consiste en una particular combinación “deformada” de las fases de producción y circulación, diferente, de acuerdo a este enfoque, de la unidad “normal” y “virtuosa” que prevalece en los países centrales, donde el consumo obrero es visto como fuente de demanda para la realización de las mercancías capitalistas.

En suma, tal como plantea Barreda Marín en su reconstrucción crítica pormenorizada de la obra de Marini y las discusiones posteriores que suscitó su publicación, si las formas coloniales de integración de los países de América Latina al mercado mundial y el intercambio desigual constituyen “las determinaciones históricas y funcionales que derivan de la *necesidad* de la superexplotación”, las reservas de población sobrante latente heredadas del precapitalismo, las migraciones y la estructura “distorsionada” del ciclo del capital dependiente, constituyen “la posibilidad del funcionamiento de la misma”²⁸, esto es, de la *fijación* de esta voracidad genérica del capital por aumentar la tasa y masa de plusvalor mediante la SE, como rasgo específico “estructural” de los países periféricos.²⁹

Esta consideración de la SE como la *determinación esencial o fundamento* de la dependencia ha sido puesta en tela de juicio por Enrique Dussel, el otro autor que tal vez más esfuerzos ha destinado a desarrollar la TD con base en el “marco categorial” y el método

28 Barreda Marín, A. (1994) “La dialéctica de la dependencia y el debate marxista latinoamericano”. En Marini, R. M. y Millán, M. (eds.) *La teoría social latinoamericana. Subdesarrollo y dependencia*. México: Ediciones del Caballito, 199-234, p. 122.

29 Osorio, quien es tal vez el discípulo contemporáneo más fiel y riguroso de la tradición de la TD inaugurada por Ruy Mauro Marini, agrega que la baja de los salarios funciona como una traba a la innovación científica y técnica, en tanto el trabajo vivo que se ahorraría no alcanza a compensar el aumento en el capital constante que dicho desplazamiento de trabajo vivo supone. Ver Osorio, J. (2017). “Ley del valor, intercambio desigual, renta de la tierra y dependencia”. En *Cuadernos de economía crítica*, (6), 45-70, p. 49. De este modo, el capital en la periferia no se enfrenta de modo inmediato a la necesidad de reemplazar trabajo vivo por muerto.

dialéctico de la crítica marxiana de la economía política. Sin negar la realidad de la SE como fenómeno “empíricamente” existente en la periferia del capitalismo, Dussel plantea que Marini se equivoca al “confundir un ‘mecanismo de compensación’ con un determinante esencial”³⁰. En contraste, argumenta Dussel, “Marx hubiera expresado la cosa esencial y fundamentalmente con simplicidad: la dependencia consiste en la transferencia de plusvalor de un capital global nacional menos desarrollado hacia el más desarrollado”³¹. En todo caso, porque existe dicha transferencia internacional de plusvalor como esencia de la dependencia, es que eventualmente emerge la SE como efecto “derivado” para compensar el primer flujo de riqueza social.

Ahora bien, Dussel es enfático al sostener que la dependencia no niega la competencia entre capitales totales nacionales, sino que, al contrario, la desarrolla. En este sentido, para Dussel “la dependencia es un momento de la competencia del capital”³². Asimismo, agrega que en la competencia, que pertenece al ámbito de la circulación, no se genera nuevo plusvalor, sino que se distribuye el ya creado en la producción. En efecto, con la mediación de la competencia, los valores que constituyen las mercancías de una rama alcanzan la forma concreta de precio de producción (los cuales pueden encontrarse por encima o por debajo de aquellos). De este modo, a través de la formación de la tasa de ganancia media y el establecimiento de los precios de producción, los capitales de mayor composición orgánica se apropian del plusvalor extraído a los obreros de una cierta rama por aquellos capitales de menor composición orgánica. Pero como esto sucede en el mercado mundial entre capitales totales nacionales con composiciones orgánicas diferentes, resulta que los países dependientes son aquellos en los que los capitales operan, en promedio, con una composición orgánica menor y, por lo tanto, sufren de

30 Dussel, *op. cit.*, p. 327.

31 *Ibidem*, p. 330.

32 *Ibidem*, p. 332.

una sangría de plusvalor en manos de los países dominantes³³. De lo cual, Dussel concluye, se sigue que la transferencia de plusvalor desde un capital total nacional menos desarrollado a otro más avanzado implica que el segundo se valore a expensas del primero³⁴.

No obstante, Dussel afirma que se producen transferencias de plusvalor bajo formas secundarias. Puede suceder que los países más desarrollados ostenten el monopolio de la compra de un determinado producto, razón por la cual sus capitales establecen un precio monopolístico³⁵; también, que los capitales de los países centrales establezcan un monopolio en la oferta de una determinada mercancía, fijando un precio superior al de producción, cosa que según Dussel ocurre con los medios de producción³⁶. Otro de estos mecanismos se genera cuando los capitales de los países centrales se instalan en los países periféricos y venden en ellos. Como ponen en marcha una productividad mayor a la que rige en los países atrasados, venden por debajo de los precios de producción correspondientes a la rama, apropiándose una ganancia extraordinaria que fluye hacia los países centrales.

Una variante de este mismo mecanismo, según Dussel (siguiendo aquí a Emmanuel o Samir Amin), es la que se aprovecha de las fronteras nacionales y, con ellas, de las diferencias salariales entre países³⁷. Cuando los “capitales transnacionales” producen en los países periféricos y venden en los centrales, se apropian de una ganancia extraordinaria por desembolsar menos dinero en salarios: como compiten con capitales nacionales de los países centrales que producen allí mismo, donde se supone que los salarios son mayores que en los periféricos, dichos capitales “transnacionales” consiguen imponerse en la competencia.

33 *Ibidem*, p. 348.

34 *Ibidem*, pp. 334 y ss.

35 *Ibidem*, p. 351.

36 *Ibidem*, pp. 353-354.

37 *Ibidem*, pp. 354-355.

De este modo, Dussel insiste en la centralidad de las fronteras nacionales como mediaciones de las transferencias de plusvalor. Tanto por la cuestión de la composición orgánica que rige en cada país, como por la de las diferencias salariales, los ámbitos nacionales funcionan como límites que el capital enfrenta en su movimiento. A partir de ellos, entonces, se consolidan formas diferenciadas de circulación del plusvalor³⁸.

Dussel, sin embargo, pretende no caer en lo que denominaremos “nacionalismo metodológico”, perspectiva que toma a la unidad mundial como el resultado de la interacción exterior entre ámbitos nacionales que se suponen autónomos. En este sentido, afirma que desde el punto de vista de la unidad mundial, la dependencia entre ámbitos nacionales es interior a ellos, es decir, es constitutiva³⁹. Por consiguiente, para Dussel la “autonomía” del capital total nacional en el seno del capital total global no es “absoluta”, sino “relativa”⁴⁰.

Ahora bien, para Dussel la competencia internacional no anula la explotación entre la clase capitalista y la clase obrera. Mediante ella se resuelve la participación respectiva de los capitales totales nacionales en el conjunto del plusvalor extraído a los obreros. Sin embargo, aclara Dussel, es fundamental no perder de vista que esta relación internacional entre “burguesías nacionales enfrentadas”, si bien no es una relación “vertical” de explotación de una sobre otra (como sí lo es la relación capital-trabajo que produce plusvalor), sino “horizontal”, se trata de todas maneras de un vínculo social de “dominación internacional”, a saber: “la de un capital sobre otro en la competencia, que produce una transferencia de plusvalor del más débil hacia el más fuerte”⁴¹. Es por ello que “esta competencia entre

38 *Ibidem*, p. 346-347.

39 *Ibidem*, p. 336.

40 *Ibidem*, p. 337.

41 *Ibidem*, p. 342.

capitales globales nacionales no se realiza naturalmente, con igual voluntad de ambas partes”, sino que “el capital menos desarrollado es coaccionado (...) a *entrar en la competencia internacional*”⁴². Sin dicha coacción, el capital total nacional menos desarrollado tendería “naturalmente” a negarse a formar parte de dicho proceso y a erigir barreras proteccionistas, “proteger sus fronteras y establecer un *monopolio nacional*: ‘nacionalista’ (dentro del cual puede haber competencia intranacional)”⁴³. Pues, plantea Dussel a modo de síntesis de su argumento: “en el marco de la competencia, el capital global nacional menos desarrollado se encuentra *socialmente dominado* (*relación de personas*), y, en último término, *transfiere plusvalor* (momento *formal* esencial) al capital más desarrollado, que lo realiza como ganancia extraordinaria”⁴⁴.

Tras revisar las aristas principales que conforman la TD, pasaremos ahora a discutir, en el próximo apartado, los diversos problemas, tanto sustantivos como metodológico-formales, que, a nuestro juicio, se encuentran en dicho enfoque. A la luz de dichas debilidades, las dos últimas secciones desarrollarán un enfoque alternativo que intenta superarlas, dando cuenta de la especificidad de la acumulación del capital en América Latina de un modo consistente con los fundamentos de la crítica marxiana de la economía política.

3. Los problemas de la Teoría de la Dependencia

Como señalamos anteriormente, uno de los elementos centrales de la tradición cepalina que sedimentó como uno de los “lugares comunes” de la teoría del desarrollo latinoamericano, es el “deterioro de los términos de intercambio”. En este sentido, Marini sostiene

42 *Ibidem*, p. 343, énfasis original.

43 *Ídem*.

44 *Ibidem*, p. 348.

expresamente en la *Dialéctica de la dependencia* que “se trata del hecho sobradamente conocido de que el aumento de la oferta mundial de alimentos y materias primas ha ido acompañado de la declinación de los precios de esos productos, relativamente al precio alcanzado por las manufacturas”⁴⁵. Asimismo, prosigue Marini, “es evidente que tal depreciación no puede corresponder a la desvalorización real de esos bienes, debido a un aumento de productividad en los países no industriales, ya que es precisamente allí donde la productividad se eleva más lentamente”⁴⁶. Sin embargo, al igual que sus predecesores cepalinos Prebisch-Singer, Marini no ofrece evidencia estadística alguna sobre esta supuesta evolución relativa de la productividad del trabajo productor de materias primas respecto del que produce manufacturas industriales⁴⁷. Simplemente se limita a tomarla como un fenómeno incontrovertible, el cual solo restaría ser resignificado y explicado en los términos categoriales de la crítica de la economía política para ser así incorporado en la versión marxista de la TD.

Pero la cuestión dista de ser tan sencilla y autoevidente. De hecho, en un artículo reciente, Juan Iñigo Carrera realiza dicho cómputo para el caso de los Estados Unidos, ya que se trata del ámbito nacional que no levanta trabas específicas al aumento de la productividad del trabajo agrario y que exporta la mayor cantidad de mercancías agrarias, mostrando que, a la inversa de la “sabiduría convencional” sobre el deterioro de los términos de intercambio acríticamente aceptada por la TD, “la productividad del trabajo agrario crece en los Estados Unidos sostenida y marcadamente por encima de la productividad del trabajo industrial. Mientras la primera se ha multiplicado por 35 entre 1910-19 y 2000-09, la segunda solo lo hace

45 Marini, R. M. (2008a), *op. cit.*, p. 119.

46 *Ídem.*

47 Iñigo Carrera, J. (2018). “Precios, productividad y renta de la tierra agraria: Ni ‘términos de intercambio deteriorados’, ni ‘intercambio desigual’”. En *Realidad Económica*, 317, 41-78, p. 47.

por 12⁴⁸. Más aún, cuando se realiza el cálculo de la evolución de los precios relativos de las mercancías agrarias e industriales *ajustados por el movimiento de las respectivas productividades del trabajo*, Iñigo Carrera observa que la evolución de los “términos de intercambio netos” se torna persistentemente favorable a las mercancías agrarias, superando en 1970 el año base tomado como punto de partida de la serie (1910), alcanzando un pico en la década de 1980, para luego caer ligeramente pero mantenerse, de todas maneras, por encima del año base⁴⁹.

Varias cuestiones surgen a la luz de los cómputos provistos por Iñigo Carrera en el texto mencionado. Contrariamente a lo que sostienen los teóricos dependentistas, la evolución relativa de los precios muestra un flujo de riqueza social extraordinaria que fluye *hacia el interior* de los países exportadores de materias primas y alimentos. Este flujo de valor impone preguntarse por qué, a pesar de recibir esta masa de riqueza social capitalista extraordinaria, los países exportadores de este tipo de mercancías tienden a estar rezagados en el desarrollo general de las fuerzas productivas del trabajo propio del capitalismo⁵⁰. La respuesta a esta última pregunta presupone el descubrimiento de la *forma social específica* que constituye ese flujo internacional de riqueza social, a saber: la *renta de la tierra*. A este respecto, cabe notar que es sorprendente la virtual ausencia de toda discusión significativa del papel de la renta de la tierra en la constitución de la modalidad y potencialidades de la acumulación del capital en América Latina en la gran mayoría de la literatura dependentista, sobre todo teniendo en cuenta la importancia que tiene para este enfoque la especialización en la producción primaria como determinante de la forma específica que asume la acumulación de capital en la “periferia”. Y esto es

48 *Ibidem*, pp. 48-49.

49 *Ibidem*, pp. 50-51.

50 *Ídem*.

todavía más llamativo considerando que la cuestión de la renta de la tierra y su papel en el desarrollo de los procesos de acumulación latinoamericanos había estado presente en el debate dependientista desde finales de la década de 1960.⁵¹

Volveremos sobre el papel de la renta de la tierra en la determinación de la especificidad del desarrollo capitalista latinoamericano en una sección posterior. Por el momento, baste señalar que la mera existencia de la renta de la tierra en países justamente caracterizados por la producción de materias primas y alimentos para el mercado mundial permite poner en tela de juicio la otra idea rectora de la tradición dependientista que estamos examinando, esto es, la noción de “intercambio desigual”. En efecto, incluso prescindiendo por el momento de la renta *diferencial* de la tierra y considerando solo la absoluta y de simple monopolio (particularmente relevantes en la producción minera y, sobre todo, hidrocarbúrica), la constitución de esta masa de riqueza social capitalista correspondiente a la propiedad territorial alcanza para poner de relieve aspectos de la determinación del precio internacional de

51 Ver. Laclau, E. (1969) “Modo de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, 276-316. Como han reconocido incluso autores contemporáneos que, a grandes rasgos, comparten la perspectiva de la teoría de la dependencia [Katz, C. (2018). *La teoría de la dependencia. 50 Años Después*. Buenos Aires: Batalla de las Ideas], Marini en particular ignora en su obra la existencia de la renta de la tierra y, en consecuencia, el papel que pudiera jugar en la determinación de la especificidad de la acumulación en América Latina. Más recientemente, algunos de sus discípulos han intentado considerar el papel de la renta de la tierra en su análisis de la dependencia basado en la SE y han cuestionado el papel que Íñigo Carrera le asigna esta misma en la especificidad de la acumulación del capital en la región (Osorio, J. *op. cit.*). Sin embargo, esos cuestionamientos descansan ellos mismos sobre fundamentos endebles en su concepción sobre las determinaciones de la renta de la tierra y su rol en las sociedades latinoamericanas [Íñigo Carrera, J. (2019) “La forma nacional específica de los procesos latinoamericanos de acumulación de capital. Crítica de las teorías de la dependencia y del subdesarrollo estructural”. *Documento de Trabajo (inédito)*, Buenos Aires: Centro para la Investigación como crítica práctica].

las mercancías de exportación en las cuales se especializan los países de la “periferia” que, cuanto menos, deberían llevar a matizar cualquier posible drenaje sistemático de plusvalor que pudiera resultar del comercio exterior sobre la base de otras determinaciones del mismo⁵²; sea las que brotan de la posibilidad de “eludir la ley del valor” a escala mundial mediante el establecimiento de precios monopólicos que experimentarían los países “industriales” por los privilegios de su especialización productiva en dicho tipo de manufacturas (Marini), sea las que brotan de la más alta composición orgánica media del “capital total nacional más desarrollado” (Dussel). Así, en tanto exista la propiedad privada territorial sobre las condiciones naturales de producción, el precio comercial de las mercancías originadas en el sector primario que rige en el mercado mundial tiende necesariamente a situarse por encima de sus precios de producción o, inclusive, en niveles superiores a su valor, contrarrestando (parcial o totalmente, sino lisa y llanamente revirtiendo) toda otra posible sangría de riqueza social que pudiera estar mutilando los respectivos procesos nacionales de acumulación.

Pero la existencia de la renta de la tierra no es la única particularidad de la producción material en el sector primario que pone en cuestión la noción de “intercambio desigual”. En primer lugar, y con especial relevancia en la producción agraria, el foco unilateral en los efectos de la composición orgánica del capital en la determinación de los precios de producción del sector primario por parte de la TD, pasa por alto la evidentemente baja velocidad de rotación del capital en producciones sujetas a largos procesos biológicos no controlables hoy en día por el trabajo humano. En segundo lugar, aun acotando la mirada a la composición orgánica del capital, la observación inmediata meramente impresionista basta para echar por tierra el supuesto de la baja proporción relativa del capital constante en las

52 Iñigo Carrera, J. (2013) *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*. Buenos Aires: Imago Mundi, p. 170.

producciones mineras y, especialmente, en la de hidrocarburos (que son el eje de la especialización productiva y exportadora en varios de los principales países de la región como Chile, Bolivia, Perú, Ecuador y Venezuela). E incluso en el caso de la producción agraria, si bien el supuesto de la menor composición orgánica resultaba razonable en la época en la cual Marx desarrolló su trabajo, la evidencia empírica disponible actual lleva a reconsiderar dicho fenómeno. Así, tomando nuevamente el caso de Estados Unidos, a manera de focalizarse de modo puro en las determinaciones materiales de la producción agraria sin la mediación de las barreras que la especificidad de la “periferia” pudieran levantar al desarrollo técnico en el sector, el texto ya citado de Iñigo Carrera estima que sumando el valor del capital fijo desembolsado en maquinaria, en instalaciones y el capital circulante en inventarios, “la composición del conjunto del capital agrario supera significativamente a la del sector industrial desde 1925 hasta 2009, fin del período analizado”⁵³.

Habiendo indicado algunas objeciones puntuales a las dos nociones fundamentales que, de modo general, estructuran la tradición dependentista, pasemos ahora a examinar más de cerca las particularidades de los abordajes respectivos de Ruy Mauro Marini y Enrique Dussel, mediante los cuales procuran integrar la TD y la crítica marxiana de la economía política.

Como hemos visto en nuestra revisión de la TD marxista en el apartado anterior, el argumento general de Marini sobre la especificidad de las economías “dependientes” latinoamericanas reside en la baratura relativa de la fuerza de trabajo explotada por el capital, fenómeno que se sintetiza en la noción de SE. Una primera gran cuestión a discutir es si dicha determinación puede constituir el eje que ha definido históricamente el papel de los ámbitos nacionales de esta región en el proceso global de acumulación. En este sentido,

53 Iñigo Carrera, J. (2018) *op. cit.*, p. 66.

nuestra primera objeción al argumento de Marini puede formularse preguntando por qué las economías latinoamericanas destinaron de modo absolutamente dominante su producción primaria al mercado mundial, orientando en cambio su producción industrial, de peso creciente durante el siglo XX, hacia mercados internos altamente protegidos (o regionales ya a partir de fines del siglo XX), de un tamaño específicamente restringido respecto de las escalas normales imperantes en el mercado mundial. En efecto, si toda la particularidad de los procesos latinoamericanos de acumulación residiera en la potencialidad para explotar a la fuerza de trabajo de manera especialmente favorable para el capital, lo que debería esperarse es un desarrollo industrial que aprovechara tal ventaja para competir en el mercado mundial. Como discutiremos en una sección posterior, precisamente esto último es lo que ha caracterizado a los procesos de desarrollo “tardíos” del este asiático, cuando las modalidades del proceso de trabajo capitalista permitieron la dispersión geográfica de la producción industrial, hasta entonces concentrada en los países “clásicos” (Estados Unidos y los de Europa occidental). Así, primero en Japón, luego en Corea del Sur y Taiwán y, más tarde, en otros países de esta región, la industrialización fue una forma concreta de la relocalización de ciertos procesos productivos hacia estos ámbitos donde la fuerza de trabajo era relativamente barata y disciplinada como producto de su génesis histórica concreta en tanto individuos doblemente libres, sumado a la gran magnitud de población sobrante latente en las zonas rurales. De este modo, el capital total global logró maximizar su valorización mediante la explotación diferenciada de la clase obrera global sobre la base de los distintos tipos de atributos productivos que requiere de cada órgano que integra el obrero colectivo. Por lo tanto, la cuestión central que la teoría de Marini no consigue responder es por qué si el capital encuentra en América Latina la posibilidad de comprar sistemáticamente la fuerza de trabajo abaratada, no se ha inclinado, *de modo general en los países de la región*, a producir desde allí mercancías industriales para el mercado mundial. O, en rigor, que solo lo ha hecho, en una etapa más reciente, en los pocos países donde efectivamente sí ha encontrado reservas

de fuerza de trabajo con dichas cualidades, tal como ha sucedido en México y el Caribe a partir de las décadas de 1980 y, con más fuerza, 1990; mientras que en América del Sur ha persistido, en el mejor de los casos, en una producción industrial orientada al mercado interno o regional (especialmente en Argentina y Brasil), cuando no ha sido virtualmente desplazada de la estructura productiva local.

La otra idea central de Marini no hace referencia al “modo de producción” específico (la SE), sino a su correspondiente “modo de circulación”, el cual da forma particular al “ciclo de capital dependiente”. En analogía formal con el “deterioro de los términos de intercambio”, aquí Marini nuevamente “toma por bueno” los tópicos comunes de la teoría del desarrollo latinoamericano (en este caso, de las visiones estructuralistas asociadas, por ejemplo, a Furtado) y simplemente intenta incorporarlos en el “marco categorial” de la crítica de la economía política. Esto tiene, en primer lugar, una cuestionable base empírica. Como señala Astarita al respecto, “no es cierto que las industrias de bienes durables estuvieran condenadas en América Latina a una demanda limitada a un cinco o diez por ciento de la población”⁵⁴. Al contrario, en países como Argentina, Brasil, Uruguay y Chile, una parte considerable de la clase obrera incorporó ese tipo de bienes a sus condiciones de reproducción⁵⁵. En segundo lugar, y más importante aún, al presentar el crecimiento del consumo obrero masivo como condición para la realización de la plusvalía, ese argumento de raigambre keynesiana invierte por completo la determinación del valor de la fuerza de trabajo y, de modo más general, el contenido mismo que rige el proceso de metabolismo humano subsumido en el capital. La finalidad enajenada del proceso de producción capitalista no es la satisfacción de necesidades humanas por valores de uso, la reproducción de la vida humana, sino la valorización del

54 Astarita, R. (2013) *op. cit.*, pp. 56-57.

55 *Ídem.*

capital. El valor de la fuerza de trabajo y, por ende, la magnitud y la composición material del consumo de la clase obrera, está entonces determinado por la masa de mercancías que son necesarias para reproducir *de forma normal* la materialidad del conjunto de atributos productivos (tanto técnicos como “morales”) que deben ser puestos en movimiento en el proceso de trabajo para *producir* plusvalor para el capital.⁵⁶ En clave “subconsumista”, la idea de Marini de que el ciclo “normal” o “no deformado” del capital que regiría en los “países industriales”, requiere para su reproducción de un nivel salarial suficientemente alto como para generar la “demanda agregada” que permite absorber ciertas mercancías (esto es, más allá de aquellas requeridas para reproducir la fuerza de trabajo en las condiciones materiales que demandan las cambiantes modalidades de la subsunción real del proceso de trabajo en el capital), al contrario, presenta al consumo obrero en forma invertida como determinado por la necesidad de *realizar* el plusvalor.⁵⁷

Pasemos ahora a considerar el enfoque de Enrique Dussel, el cual, como hemos visto, presenta a la “dependencia” como el resultado de las “transferencias de plusvalor” que se establecen a través del comercio internacional entre capitales totales nacionales de

56 Ver Starosta, G., & Fitzsimons, A. (2018). “Rethinking the determination of the value of labor power”. *Review of Radical Political Economics*, 50 (1), 99–115. Esto, en tanto las transformaciones materiales del proceso de trabajo capitalista así lo demanden, puede involucrar (y de hecho ha involucrado históricamente) la ampliación de la “norma de consumo” de la clase obrera y, en consecuencia, la suba del salario real. Lo cual, huelga decirlo, solo puede realizarse con la mediación política de la lucha de clases.

57 Nótese, además, que esto presupone el sinsentido de que la condición para que el capital produzca plusvalor sería la *cesión* misma de una parte de esa masa de trabajo impago materializado que le extrae a la clase obrera mediante su explotación; lo cual solo podría ocurrir a condición de que la multiplicación de la escala de la producción así resultante abaratara a tal punto las mercancías que entran en el consumo obrero que redundara en un incremento del plusvalor. Huelga decir que es dudoso que esto haya ocurrido de manera general y sistemática en la historia concreta de la acumulación del capital en los países “centrales”.

diferente grado de desarrollo, que él toma como sinónimo de diferente composición orgánica media del capital que opera en cada tipo de ámbito nacional de acumulación.⁵⁸ Ahora bien, el primer punto a considerar a este respecto es que denominar a este proceso social como “intercambio desigual” (con la carga eminentemente *normativa* del caso), implica tomar la *forma necesaria* que asume la norma que rige el establecimiento de la unidad material del modo de producción capitalista, como si fuese la abstracta excepción o “violación” de la normalidad⁵⁹. Esto es, el “horror y abominación” frente a la supuesta “desigualdad” de las relaciones que establecen en la circulación los diversos órganos individuales que componen el capital total global, parte de considerar que la equivalencia que debiera gobernar el intercambio es aquella en la que se truecan *iguales cantidades de valor*, y no de *valor valorizado*. En otras palabras, que las mercancías deberían intercambiarse como simples productos del trabajo y no como productos del trabajo enajenado en el capital. Tal como señala Iñigo Carrera:

“Como simples productos del trabajo, la equivalencia en el cambio de mercancías corresponde a la condición de estas como iguales materializaciones de trabajo abstracto socialmente necesario realizada de manera privada, o sea, a su condición de valores. Pero las mercancías no son simples productos del trabajo; son productos del trabajo enajenado en el capital, son productos del capital. Como tales productos, su equivalencia

58 En rigor, Dussel también pone de relieve aquellas transferencias de plusvalor derivadas de las diferencias nacionales de salario. Pero, al igual que con la SE en general, considera que esas transferencias son de algún modo subsidiarias respecto de la fundamental basada en las diferentes composiciones orgánicas del capital. Sea como fuere, para una crítica de las explicaciones del “desarrollo desigual” a escala global basadas en las transferencias debidas a la baratura de la fuerza de trabajo en ciertos ámbitos nacionales de acumulación, ver Iñigo Carrera, J. (2013) *op. cit.*, p. 171 e Iñigo Carrera, J. (2017), *La renta de la tierra. Formas, fuentes y apropiación*. Buenos Aires: Imago Mundi, pp. 217-223.

59 Iñigo Carrera, J. (2017), *op. cit.*, p. 211.

en el cambio no corresponde abstractamente a su condición de valores iguales, sino a su condición concreta de valores igualmente valorizados. Desde el punto de vista de la organización de la producción y el consumo sociales en el modo de producción capitalista, el intercambio a los precios de producción como forma concreta del valor es el verdadero intercambio igualitario”⁶⁰.

De lo cual se sigue, en segundo lugar, que del hecho de que a un ámbito nacional se le “escape” plusvalor mediante el comercio internacional debido a la composición orgánica media que impera allí como reflejo de la respectiva composición sectorial de la producción, *no constituye una traba a su capacidad de valorización*, en tanto los capitales que lo conforman se valorizan, en promedio, ni más ni menos que a la tasa general de ganancia (toda vez que esta última no depende de la cantidad de trabajo vivo que se ponga en movimiento, sino del monto del capital que se haya adelantado). Puesto en otros términos, la cesión en la circulación de una parte del plusvalor extraído a la clase obrera directamente explotada por parte de un capital, o del conjunto de los que operan en un ámbito nacional, no mutila la respectiva capacidad de acumulación, sino que lo afirma como órgano indiferenciado “solidario” del capital total de la sociedad capitalista global. En este sentido, no es posible explicar las formas cualitativas de diferenciación nacional del proceso de acumulación global por un atributo que interviene en la determinación más simple de la tasa general de ganancia mediante el establecimiento de los precios de producción.

En virtud de estas limitaciones de la TD, incluso en su versión marxista, y a manera de dar cuenta de las razones que subyacen al desarrollo desigual global, consideramos necesario avanzar en un enfoque que, al tiempo que esté rigurosamente fundado en la crítica

60 *Ibidem*, pp. 211-212.

de la economía política, logre dar cuenta de las determinaciones que subyacen a la especificidad de la acumulación del capital en América Latina. En las secciones restantes pasamos a presentar dicho abordaje alternativo.

4. Acumulación del capital a escala global, división internacional del trabajo y diferenciación jerárquica interestatal: los fundamentos generales del desarrollo desigual

A la luz de la revisión crítica de las teorías del desarrollo desplegada en las secciones previas, podemos ya extraer una conclusión general respecto de sus limitaciones para dar cuenta de la especificidad de las potencias y dinámicas históricas de las sociedades de América Latina. Tanto la Cepal, como las diferentes versiones de la teoría de la dependencia, desde sus formulaciones originales hasta sus expresiones más recientes, no logran dilucidar la conexión *inmanente* entre el *contenido esencialmente global* del movimiento de las relaciones sociales capitalistas y las *formas nacionales diferenciadas* por medio de las cuales se establece dicha unidad de la acumulación a escala planetaria. Más concretamente, estos diversos enfoques se detienen ante la *exterioridad aparente* en la que se presenta el vínculo interno entre el contenido global y las formas nacionales del proceso de acumulación del capital. En el caso de la Cepal y el *estructuralismo*, porque directamente se explican las potencias y el curso del desarrollo de cada país sobre la base de las políticas públicas autónomamente adoptadas por cada Estado nacional. En el de las versiones “sociológicas” o “politicistas” de la teoría de la dependencia o el imperialismo, en tanto se representa la determinación de la especificidad nacional latinoamericana como resultante de la *interacción* entre “factores internos” y “condicionamientos o coacción externos”, reducidos, asimismo, a su forma concreta de relaciones políticas *directas* entre sujetos colectivos (clases sociales, facciones de clases, estados, etc.). En cuanto a la *teoría marxista de la dependencia* derivada de la obra de Marini,

dicha exterioridad se expresa en el postulado de formas propias de explotación para los capitales totales “periféricos” (la SE), como respuesta de *adaptación funcional subordinada* a los métodos originariamente establecidos en los países avanzados. Finalmente, en la versión de Dussel de la teoría marxista de la dependencia, si bien se establece la especificidad nacional “periférica” como producto inmanente del despliegue de una única “ley del valor” a escala mundial que, a su vez, tomaría forma concreta en la competencia internacional mediante el “intercambio desigual” entre capitales totales nacionales de “diverso grado de desarrollo”, luego se resquebraja dicha unidad global esencial al postular un residuo de “autonomía relativa” de la forma nacional, desde cuya exterioridad los países “dependientes” son coactivamente “forzados”, por los países “desarrollados”, a entrar en la competencia internacional. Sobre esa base, se pasa a continuación a representar extrínsecamente la acción estatal en las “naciones dominadas” como capaz de negar abstractamente la competencia en el mercado mundial (sea de forma parcial y temporaria en el caso de los regímenes políticos “populistas”, sea con potencialidad plena en el caso de los movimientos revolucionarios de “liberación nacional”).

En contraste, pensamos que la comprensión adecuada de los patrones de diferenciación nacional del desarrollo capitalista debe tomar distancia de la doble noción de autonomía recién mencionada. Como veremos a continuación, la clave reside en explicar cómo y por qué la unidad inmanente global de la acumulación del capital (el *contenido*) se *autodesarrolla* en espacios nacionales de valorización de modalidades y potencialidades cualitativas diferenciadas (la *forma*), en tanto *subsume* bajo su movimiento formalmente ilimitado de expansión las determinaciones materiales específicas de los distintos territorios y fuerzas productivas humanas a lo largo y a lo ancho del planeta, engendrando así cambiantes constelaciones históricas de la división internacional del trabajo. A nuestro juicio, las premisas metodológicas y sustantivas alternativas en tal sentido pueden encontrarse en el abordaje de la crítica de la economía política

elaborado originalmente por Juan Iñigo Carrera⁶¹ y a cuyo desarrollo ulterior cada uno de nosotros ha venido contribuyendo en tiempos más recientes⁶². Con punto de partida en el descubrimiento marxiano de la constitución del capital en el sujeto enajenado de la organización “automática” del proceso de vida social, dicho enfoque avanza más allá de las determinaciones más abstractas y generales de la sociedad capitalista que Marx desplegó en su obra, de modo de dar cuenta de las formas concretas que subyacen al fenómeno del desarrollo desigual global. A continuación, exponemos de modo estilizado los lineamientos generales de esta lectura, y sus implicancias para la comprensión de las determinaciones del desarrollo de las sociedades capitalistas en América Latina.

La especificidad histórica de la producción capitalista deriva del carácter privado e independiente que toma la organización del trabajo social. Bajo esta forma del proceso vital de la humanidad, el carácter social del trabajo se representa como un atributo objetivo de su producto, el valor, el cual determina a los objetos útiles como mercancías⁶³. Las relaciones sociales toman entonces la forma enajenada de potencias sociales del producto del trabajo y los seres humanos pasan a estar determinados como personificaciones de esas formas cosificadas de mediación social; en su determinación más simple, como ‘representantes de (...) mercancías’⁶⁴.

61 Iñigo Carrera, J. (2007a), *Conocer el capital hoy. Usar críticamente El Capital. Volumen I: La mercancía, o la conciencia libre como forma de la conciencia enajenada*. Buenos Aires: Imago Mundi; Iñigo Carrera, J. (2007b), *La formación económica de la sociedad argentina. Volumen I, Renta agraria, ganancia industrial y deuda externa. 1882-2004*. Buenos Aires: Imago Mundi; Iñigo Carrera, J. (2013), *op. cit.*

62 Starosta, G. (2015) *Marx's Capital, method and revolutionary subjectivity*. Brill: Leiden; Starosta, G. y Caligaris, G. (2017). *Trabajo, valor y capital*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

63 Marx, K. (1999a) *El capital. Crítica de la economía política*. T I, vol. I. México: Siglo XXI Editores.

64 Starosta, G. (2017b). “Fetichismo y revolución en la teoría marxista contemporánea: una evaluación crítica de la *Neue Marx-Lektüre* y el *Marxismo Abierto* en clave metodológica”, en *Izquierdas*, 37, diciembre, pp. 162-190.

Esta forma social esencialmente *indirecta* en que se establece la unidad del trabajo social adquiere su plenitud al transformarse en capital. Subsumida bajo la forma-capital, el *contenido* enajenado de la vida social deviene la producción de plusvalía, esto es, la progresión cuantitativa formalmente ilimitada del nexo social reificado (el valor)⁶⁵. En esta forma concreta como valor que se autovaloriza, la relación social objetivada ya no es simplemente la mediadora del proceso material de vida de los seres humanos, sino que deviene el *sujeto* enajenado mismo de la *unidad* del proceso de reproducción social y su expansión: el metabolismo material de la sociedad toma la forma invertida de la acumulación del *capital total de la sociedad*⁶⁶. Así, en la sociedad capitalista el proceso de vida humana adquiere un automatismo sujeto a leyes, cuyo movimiento obviamente se realiza mediante la acción consciente de los individuos, pero cuya unidad general se establece de manera inconsciente a espaldas de estos. La “*ley del valor*” es el término que refiere de manera sintética a la totalidad de las formas determinadas de movimiento de este modo de existencia enajenado de la vida social en toda su complejidad concreta.

En el proceso renovado de reproducción de las condiciones para su valorización, el capital total de la sociedad produce y reproduce a los propietarios de mercancías como miembros de clases sociales antagónicas⁶⁷. En su determinación más simple, la lucha de clases deviene así la relación social *directa* más general entre personificaciones colectivas de mercancías (y como tal, una forma *política* de las relaciones sociales), la cual media la reproducción de las relaciones esencialmente *indirectas* a través de la forma-mercancía que rigen la unidad social de la producción capitalista (las cuales quedan así recortadas

65 Iñigo Carrera, J. (2007a), *op. cit.*

66 Iñigo Carrera, J. (2013), *op. cit.*

67 Marx, L. (1999a), *op. cit.*, pp. 267-376.

como la forma *económica* de las relaciones sociales)⁶⁸. Asimismo, el carácter contradictorio en que toma cuerpo la relación entre las clases sociales engendra la necesidad de una forma objetivada ulterior de las relaciones sociales, el *Estado*, el cual aparece ante los propietarios mercantiles (las personificaciones del capital y la fuerza de trabajo), como una potencia impersonal exterior con la autoridad y capacidad general de establecer la regulación directa de sus relaciones sociales antagónicas. El Estado queda así determinado como la forma política institucionalizada de la organización directa de la unidad de las condiciones de reproducción del capital total de la sociedad y, en virtud de tal contenido, como su representante general. En suma, las relaciones sociales capitalistas existen diferenciadas en formas económicas (el movimiento autonomizado de las mercancías-capital en el mercado) y políticas (la lucha de clases y el Estado), en una concatenación interna determinada en la que las segundas son formas en las que se realiza el movimiento de las primeras.

Nótese, en este sentido, que lejos de poseer “autonomía” (plena, relativa, o de la índole que sea), las formas políticas están determinadas como el modo de realización necesario del contenido contradictorio de las formas económicas asumidas por las relaciones sociales de producción capitalistas. En otras palabras, la lucha de clases y la acción estatal no deben ser concebidas como “factores” autosubsistentes que “modifican” o “influyen” desde dicha exterioridad el despliegue de la ley del valor (la cual, a su vez, establecería los límites “objetivos” para las posibilidades de “intervención” estatal). Al contrario, dichas formas políticas constituyen el modo necesario de existencia más concreto en el cual el movimiento de auto-valorización del valor realiza sus propias determinaciones más allá de las formas estrictamente económicas que brotan inmediatamente del carácter general indirecto de las relaciones sociales de producción capitalistas.

68 Starosta y Caligaris, (2017), *op. cit.*, pp. 145-170.

Ahora bien, como señala Caligaris⁶⁹, si bien Marx nunca llegó a completar su plan para la crítica de la economía política hasta la inclusión del libro sobre el “mercado mundial”⁷⁰, hay numerosas evidencias textuales en su obra que permiten concluir que ya desde una etapa muy temprana de su desarrollo intelectual él consideraba al modo de producción capitalista como una forma social *esencialmente* universal o global. No se trata de una mera agregación extrínseca entre mercados nacionales conectados por medio del comercio exterior, sino, tal como lo expresa Marx en los *Grundrisse*, del hecho de que el *mercado mundial* mismo es el espacio vital o metabólico de la acumulación del capital, esto es, el ámbito que “constituye a la vez que el supuesto, el soporte del conjunto”⁷¹, en la cual ‘la producción está puesta como totalidad al igual que cada uno de sus momentos, pero en la que al mismo tiempo todas las contradicciones se ven en proceso’⁷². Si bien ciertamente en su génesis histórica el mercado mundial se constituye mediante la confluencia de varios procesos nacionales de acumulación (lo cual sucede durante el período de la acumulación originaria⁷³), una vez que esa fase de su devenir se ha completado la relación se invierte, y la acumulación en su unidad mundial se erige en el proceso cuyo propio movimiento se realiza mediante la diferenciación en esferas nacionales de valorización territorial, jurisdiccionalmente delimitadas y en competencia mutua⁷⁴. Sin embargo, a través de esas relaciones internacionales antagónicas, los capitales totales nacionales, representados políticamente por sus

69 Caligaris, G. (2016). “The global accumulation of capital and ground-rent in ‘resource rich’ countries”. En Charnock, G y Starosta, G. (eds.), *The New International Division of Labour*. Londres: Palgrave Macmillan, 55-77.

70 Marx, K. (1975) *Cartas a Kugelmann*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

71 Marx, K. (1997a), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (Grundrisse). T.I, vol I. México, Siglo XXI Editores, p. 163.

72 *Ídem*.

73 Marx, L. (1999c). *El capital. Crítica de la economía política*. TI, vol. III. México: Siglo XXI Editores, pp. 891-953.

74 Iñigo Carrera, J. (2013), *op. cit.*

respectivos estados, actúan como “hermanos enemigos”⁷⁵, median- do de ese modo el establecimiento de la unidad de la valorización del capital total global como finalidad inmanente del mercado mun- dial⁷⁶. Puesto en otros términos, como expresión de su naturaleza intrínsecamente autoexpansiva, el movimiento del capital como re- lación social cosificada es mundial en *contenido* y nacional solo en su *forma*.⁷⁷

Asimismo, se sigue que la determinación *esencial* de dicho movimiento mundial no está dada ni por el “imperialismo” o la “dependencia” como tales (esto es, por las formas concretas *geopo- líticas* asimétricas o jerárquicas que median las relaciones en el sistema interestatal). Como han notado perceptivamente algunos de los propios teóricos marxistas de la dependencia, desde la pers- pectiva de la crítica de la economía política dichos aspectos, sin ser “empírica o fácticamente” falsos, constituyen en cambio las *formas fenoménicas* del *desarrollo desigual a escala global* y no su *funda- mento*⁷⁸. Pero, y aquí tomamos distancia de dichos autores depen- dentistas, a nuestro modo de ver el contenido económico de esta determinación esencial tampoco reside en el “intercambio desigual” entre capitales totales del “centro” y la “periferia” (Dussel), ni se trata de un proceso “liderado” por la producción de plusvalía relativa en las potencias a las cuales se adaptan de modo “dependiente” otros países mediante formas particulares de desarrollo capitalista centra- das en la SE (Marini).

Desde nuestra perspectiva, en contraste, el contenido econó- mico más general que estructura la unidad del mercado mundial,

75 Marx, K. (1998). *El capital. Crítica de la economía política*. TIII, vol. VI. México: Siglo XXI Editores, p. 325.

76 Smith, T. (2006). *Globalisation: A systematic marxian account*. Leiden: Brill, p. 193.

77 Clarke, S. (2001). “Class struggle and global overaccumulation”, en Albritton, E. et. al, *Phases of capitalist development: Booms, crises and globalization*, Londres: Palgrave Macmillan, 76-92.

78 Marini, R. M. (2008a) *op. cit.*

y cuyo movimiento toma cuerpo en el desarrollo desigual, es *la producción de plusvalía relativa a escala planetaria por parte del capital total global*.⁷⁹ En efecto, de este proceso social universal eminentemente inconsciente y contradictorio, resultan en el curso del devenir histórico cambiantes configuraciones de la división internacional del trabajo y, en consecuencia, se engendran modalidades de acumulación *cualitativamente diferenciadas* entre las diversas “partes alícuotas” nacionales del capital total global. En tanto de esta diferenciación espacial de las potencias genéricas de la unidad del proceso de producción de plusvalía global, se desprenden capacidades de acumulación diversas para las distintas modalidades concretas que asume en cada ámbito nacional de valorización del capital (más concretamente, *limitando* las potencialidades específicas de ciertos capitales totales nacionales para ser portadores activos inmediatos del desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social), las relaciones internacionales respectivas en el mercado mundial asumen por cierto formas concretas no meramente antagónicas, sino mediadas por un sistema interestatal jerárquicamente estructurado. Pero por más asimétrica que sea la fuerza portada por unos y otros capitales totales nacionales en su confrontación mutua, el contenido general de su acción formalmente autónoma en la competencia en el mercado mundial no gira en torno a satisfacer los intereses del “centro” o las “potencias imperialistas” a expensas de las “naciones periféricas o dependientes”, sino en darle curso a la producción de plusvalía (relativa) por parte del capital total global en su unidad. Esta última es, en suma, la determinación esencial que existe y se realiza en la forma concreta de las políticas estatales en todos los países (tanto domésticas como exteriores), la lucha de clases y las estrategias competitivas de los

79 Es decir, por la reducción en el tiempo de trabajo socialmente necesario para la reproducción de los obreros asalariados, lo cual se logra mediante el incremento de la productividad del trabajo derivado de las transformaciones tecnológicas y organizacionales en el proceso de producción capitalista.

capitales individuales (las llamadas “empresas transnacionales” y el “capital financiero” entre ellos), si bien a espaldas de las acciones necesariamente antagónicas entre las respectivas personificaciones involucradas (esto es, las clases sociales y sus diversas organizaciones políticas, los funcionarios públicos y las “élites políticas”, etc.).

5. La unidad inmanente del contenido económico y formas políticas de la especificidad de las sociedades latinoamericanas

Uno de los puntos en los que virtualmente todos los enfoques sobre el desarrollo capitalista en América Latina reseñados anteriormente coinciden, es que la subsunción originaria de estos territorios a la acumulación global del capital estuvo basada en la producción de mercancías agrarias o mineras para el mercado mundial.⁸⁰ Tal como Marx señala en *El capital*, el establecimiento de esta configuración *clásica* de la división internacional del trabajo (que él denomina “nueva” en ese momento), la cual “convierte a una parte del globo terrestre en campo de producción agrícola por excelencia para la otra parte, convertida en campo de producción industrial por excelencia”⁸¹, estuvo determinada por la producción de plusvalía relativa mediante el desarrollo del sistema de maquinaria característico de la gran industria capitalista. En este punto, cabe resaltar nuevamente en contraste con los planteos dependencistas, que no se trata de que la determinación de los países latinoamericanos como exportadores de alimentos y materias primas haya sido el vehículo para satisfacer los requerimientos de los capitales totales nacionales

80 Notablemente en las formas coloniales de subsunción, la producción de la mercancía dineraria (dadas las vastas reservas argentíferas y auríferas) se constituiría en un elemento clave en la determinación de la especificidad de la valorización del capital en la región.

81 Marx, L. (1999b). *El capital. Crítica de la economía política*. TI, vol. III. México: Siglo XXI Editores, p. 550.

de las “metrópolis” de pasar de la producción de plusvalía absoluta a la relativa, sino de que dicha especialización productiva en sí misma constituyó una forma concreta de la producción de plusvalía relativa a escala mundial por parte del capital total global como tal.

En efecto, la base material de la participación de América Latina en esta primera gran modalidad histórica de la división internacional del trabajo estuvo dada por las *excepcionales condiciones naturales de la región para la producción primaria (agraria, minera, pesquera o hidrocarburífera)*. Tales condiciones permitieron el *desarrollo de una productividad del trabajo* aplicada en la producción de materias primas y alimentos mayor a la alcanzable en los países donde estas mercancías se consumen mayormente. De este modo, disminuyó considerablemente el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de los medios de vida de la clase obrera global y, en consecuencia, se redujo el valor de la fuerza de trabajo. Esta es la razón primordial del abaratamiento de las mercancías primarias y no, tal como consideraba Marini, el “deterioro de los términos de intercambio” inducido por el “monopolio” que ostenta el centro en la producción industrial.⁸²

Ahora bien, esta forma de subsunción de los territorios latinoamericanos en los circuitos globales de acumulación encierra una contradicción: si, por un lado, el capital total global incrementa su valorización al reducir el valor de la fuerza de trabajo, por el otro este efecto se ve parcialmente contrarrestado por el drenaje de plusvalía que, en lugar de alimentar su acumulación, tiende a afluir a los bolsillos de la clase terrateniente local en la forma de renta de la tierra.⁸³

82 Marini, R. M. (2008a), *op. cit.*, p. 122.

83 La renta de la tierra es plusvalía potencialmente apropiable por los terratenientes debido a su monopolio diferencial y absoluto sobre condiciones naturales de producción no controlables (de modo rentable) por el capital individual que, respectivamente, multiplican su productividad en el sector primario o, lisa y llanamente, permiten la producción en dicho sector (ver Marx, K. (1997b) *El capital. Crítica de la economía política*. T III, vol. VIII. México: Siglo XXI Editores, pp. 791-951).

Más aún, en tanto las mercancías de origen primario de la región han sido destinadas a la exportación y entonces consumidas en el exterior (en gran medida, en los países “centrales”), la renta de la tierra ha constituido un flujo internacional continuo, *desde el exterior y hacia los países de América Latina*, de riqueza social *extraordinaria* (en contraste con los ya mencionados flujos *normales* de plusvalor que encandilan a los dependentistas, los cuales simplemente realizan la *igualación* de la tasa de ganancia a escala mundial y que, en este sentido, no involucran ninguna mutilación de la capacidad de acumulación de los capitales totales nacionales latinoamericanos).

En respuesta a este drenaje a la apropiación formalmente ilimitada de plusvalor, y montado sobre la fuerza inherente a su condición de ser “la potencia económica, que lo domina todo, de la sociedad burguesa”⁸⁴, el capital se vio históricamente impelido a derribar esta barrera a su acumulación mediante la reconfiguración de esos espacios nacionales de valorización, con vistas a recuperar parte de ese plusvalor a través de una “asociación antagónica” con los terratenientes locales en torno a la apropiación de la renta de la tierra. Así, de ser simplemente una fuente de medios de vida y materias primas baratos, los territorios latinoamericanos pasaron a estar esencialmente constituidos como ámbitos de recuperación de renta de la tierra por parte del capital total global. En consecuencia, la trayectoria de desarrollo capitalista de estos países pasó a estar determinada por el curso de esta *modalidad cualitativa específica de acumulación* resultante de su génesis histórica, no solo durante el llamado período agroexportador, sino también durante la llamada ISI y, en el Cono Sur, incluso hasta la fase actual⁸⁵.

En línea con lo planteado más arriba respecto del vínculo inmanente necesario entre el contenido económico y las formas políticas

84 Marx, K. (1997a), *op. cit.*, p. 28.

85 Iñigo Carrera, J. (2017), *op. cit.*, pp. XI-XVIII.

de existencia de la relación social capitalista, es evidente que esta modalidad específica de acumulación va a expresarse en la unidad de ambas dimensiones del proceso de vida social. Más en concreto, y tal como señala Caligaris⁸⁶, en tanto “la representación política del capital total de la sociedad en el Estado está mediada por la forma nacional que toma el proceso de acumulación”, la recuperación de la renta de la tierra por parte del capital total global “debe tomar forma, en primera instancia, en la apropiación de la renta de la tierra por el capital total nacional de los países productores de materias primas a través de su respectivo Estado”. Esta mediación política es necesaria para bloquear el curso “espontáneo” de la renta de la tierra hacia los terratenientes, e involucra una variedad de políticas públicas que intervienen en la circulación de las mercancías portadoras de renta y, de este modo, desvían su flujo hacia el capital industrial (en el sentido estricto marxiano de capital que pasa en su movimiento de rotación por la forma de productivo, lo cual incluye el que se valoriza en el sector primario), así como a sus socios “secundarios”, el capital comercial y el capital financiero. Examinemos brevemente los mecanismos principales de apropiación de renta de la tierra por parte del capital.⁸⁷

86 Caligaris, G. (2016) *op. cit.*, p. 66.

87 Ver Iñigo Carrera, J (2007a; 2017, cap. 14), *op. cit.*, para una explicación detallada de las diferentes políticas públicas que actúan como vehículo para la transferencia de la renta de la tierra al capital industrial, así como para la metodología para su medición. Esta conclusión respecto de los aflujos positivos de plusvalor hacia América Latina en la forma de renta de la tierra, descansa sobre una perspectiva particular sobre sus determinaciones, en particular respecto de la renta diferencial, la cual se considera como un “valor social falso” portado en la mayor carestía de los medios de vida de origen primario que consumen los compradores de dichas mercancías (Marx, K. (1997b) *op. cit.*, pp. 848-9), y cuya fuente debe residir entonces en la plusvalía producida en el exterior, de la cual sale el respectivo poder de compra (ver, al respecto, el desarrollo minucioso de las determinaciones de la renta de la tierra realizado por Iñigo Carrera, J. (2017) *op. cit.*). Esta, sin embargo, no ha estado exenta de controversias y ha sido cuestionada recientemente por algunos autores como Astarita, para quien la renta diferencial de la tierra constituye plusvalor generado por los propios obreros explotados en el sector primario, dado el carácter “potenciado” de su trabajo como fuente de valor [Astarita, R. (2013), *op. cit.*, pp. 197-234]. En el fondo, como evidencia Iñigo Carrera

Algunas de estas modalidades de transferencia de renta de la tierra actúan *en forma directa*, sea mediante el abaratamiento resultante de la fuerza de trabajo y los medios de producción, esto es, reduciendo los costos que enfrenta el capital al abrir su ciclo de valorización; sea mediante la multiplicación de la ganancia al momento de completar su rotación. Este es el caso, en primer lugar, de la sobrevaluación de la moneda nacional. Al pasar por la mediación cambiaria con un tipo de cambio que se encuentra por debajo de la “paridad de poder adquisitivo”, el precio efectivo que recibe el exportador resulta inferior al que rige en el mercado mundial. En tanto la fuente de dicha masa de riqueza social que no apropia el exportador no puede brotar de forma sistemática ni de su capital ni de su ganancia, ni tampoco de los correspondientes al del capital productor si fuera distinto al que las comercializa en el mercado mundial (so pena de afectar su reproducción y valorización normales), esta solo puede residir en la renta de la tierra materializada en dichas mercancías. Pero, por otro lado, es evidente que esa masa de riqueza social no se desvanece por el hecho de no ser apropiada por el exportador, sino que queda “retenida” en el mercado cambiario para ser luego apropiada por quienes actúan como demandantes de divisas al tipo de cambio bajo, a saber: el resto de los capitales que importan medios de producción con el poder de compra internacional de la moneda nacional consecuentemente potenciado o que multiplican las ganancias obtenidas localmente cuando las remiten “dolarizadas” al exterior. Asimismo, la sobrevaluación de la moneda nacional actúa como vehículo para la transferencia de renta de la tierra por sus consecuencias sobre el precio interno de las mercancías que son sus portadoras, aun cuando se destinen al consumo doméstico. En

en su contundente respuesta y crítica a Astarita (Iñigo Carrera, J. (2017), *op. cit.*, pp. 85-114, 175-208), detrás de sendos abordajes sobre la renta de la tierra se encierran perspectivas disímiles sobre el vínculo más general entre diferencias de productividad entre capitales individuales y la respectiva producción/apropiación de (plus)valor extraordinario.

efecto, la competencia entre los respectivos capitales necesariamente lleva al establecimiento de precios internos que se equiparan a los de exportación, reduciendo así el costo de los medios de vida para la clase obrera local. De este modo, el capital se beneficia de la compra de la fuerza de trabajo abarataada *sin afectar la reproducción material misma en condiciones normales* (es decir, sin “SE”).⁸⁸

Adicionalmente, la transferencia de renta de la tierra al capital puede estar canalizada de modo directo a través de la existencia de impuestos específicos a la exportación de mercancías con origen en el sector primario (las llamadas “retenciones”). Además de también involucrar simultáneamente una modalidad indirecta de apropiación (ver más abajo), las retenciones se diferencian de la sobrevaluación por no involucrar en sí mismas una traba a la competitividad externa de las demás mercancías sobre las que no recae dicha tasa impositiva. Pero, la excepción hecha de estas dos cuestiones, al igual que con la sobrevaluación de la moneda, por medio de estos impuestos el precio efectivo que reciben los exportadores resulta menor al que rige en el mercado mundial, con el resultado de que el precio al que circulan dichas mercancías en el mercado interno se ve también necesariamente reducido, abaratando así los costos de producción de los capitales que operan localmente y, en consecuencia, engrosando sus ganancias. Un efecto similar se obtiene también con una tercera modalidad de vehiculizar la apropiación de renta por el capital, a saber: la regulación directa estatal de las condiciones de circulación internas de las mercancías portadoras de renta vía la fijación de precios internos y el establecimiento de cuotas de exportación.

Por último, la transferencia directa de renta tiene una expresión particular en el caso de la fijación de precios internos anormalmente

88 *Mutatis mutandis*, lo mismo vale para la compra de medios de producción (materias primas, materiales auxiliares, etc.) en el caso de insumos portadores de renta producidos localmente.

elevados de los medios de producción no agrarios, mineros, etc., utilizados por los capitales que operan en dichas ramas del sector primario, esto es, de precios que se encuentran por encima de los precios de producción normales que rigen en el mercado mundial, en un contexto donde, por los mecanismos recién vistos, los precios a los que las mercancías de origen primario circulan internamente se sitúan por debajo de los respectivos precios internacionales. Por ejemplo, en lo que constituye un caso paradigmático, las tarifas ferroviarias o los precios de la maquinaria agrícola excepcionalmente encarecidos en gran parte de la historia argentina. O, en tiempos más recientes de “neoliberalismo”, las altas tarifas dolarizadas de los servicios públicos privatizados durante la década de 1990. En tanto, los resultantes mayores costos no pueden recaer de manera sistemática sobre el capital o la ganancia normal del capital del sector primario, es claro que el poder de compra para realizar los elevados precios de esos medios de producción solo puede tener fuente en la renta de la tierra. La mediación política necesaria para dar curso a tal mecanismo de apropiación reside o bien en la garantía contractual de rentabilidad en dólares en las tarifas de los servicios públicos, o bien en el establecimiento de altas barreras arancelarias o restricciones a la importación en el caso de que dichos medios de producción de origen no primario se aprovisionen mediante compras externas.

En contraste a todos los mecanismos hasta aquí reseñados, otras modalidades concretas que bloquean el flujo de la renta de la tierra hacia los terratenientes y lo desvían hacia los capitales individuales comprenden un curso *indirecto*, en el cual las políticas públicas no se limitan a redireccionar dicha masa de riqueza social, sino que involucran un primer paso de apropiación por parte del representante del capital total nacional como tal (esto es, el Estado) en la forma de recursos fiscales, para luego, en una instancia ulterior, ser transferido a los capitales individuales a través de las diversas formas concretas del gasto público: subsidios directos a empresas, precios rebajados de servicios e infraestructura públicos y de insumos industriales de

uso difundido cuando son provistos por empresas nacionalizadas, sostén del mercado interno mediante la sobreexpansión del empleo público, créditos a tasas de interés bonificada (o directamente negativa en términos reales).⁸⁹ Entre estas modalidades indirectas de transferencia de renta mediada por su conversión en recursos fiscales extraordinarios se encuentran las ya mencionadas “retenciones” a las exportaciones de origen primario, los elevados aranceles a la importación⁹⁰ o, cuando la regulación de los precios internos de las mercancías portadoras de renta se realiza a través del monopolio estatal de su comercio exterior, por el diferencial de estos respecto de los que rigen en el mercado mundial.

Así, la apropiación por parte del capital de esta masa extraordinaria de riqueza social que fluye hacia los países de América Latina se ha realizado a través de diferentes formas de regulación estatal, las cuales han establecido condiciones específicas para la circulación del capital dentro de esas jurisdicciones nacionales.

De allí que esta apropiación solo pueda realizarse por capitales que operan dentro de esos territorios y cuya rotación realiza su fase final (esto es, la venta de las mercancías) dentro de los respectivos mercados internos (o, eventualmente, regionales), los cuales han tendido a encontrarse ampliamente protegidos y, asimismo, poseen un tamaño particularmente limitado, restringiendo así las escalas de producción respecto de las que rigen normalmente en

89 En las fases en las que el capital financiero ha participado como socio en la apropiación de renta de la tierra, el pago de la deuda externa contraída a tasas de interés “usurarias” ha constituido otro de los cursos que ha tomado la recuperación de la renta de la tierra por parte del capital total global.

90 Nótese que, contrariamente a lo que sostienen los economistas “liberales”, en tanto la alta protección arancelaria ha tendido a coexistir con una persistente elevada sobrevaluación de la moneda nacional, los precios efectivos resultantes no necesariamente implican una “distorsión” de los que rigen en el mercado mundial, sino que, al contrario, tienden a limitarse a hacer que las mercancías en cuestión alcancen dicho precio.

la competencia en el mercado mundial.⁹¹ Si bien esto ha implicado que los capitales individuales no han alcanzado la escala necesaria para utilizar competitivamente técnicas y métodos de producción de punta, los mayores costos resultantes han sido compensados mediante la apropiación sistemática de una porción de la renta de la tierra. De esta forma, el capital se ha valorizado en estos países a la tasa general de ganancia a pesar de la magnitud restringida con la que opera y lo obsoleto de las tecnologías utilizadas. En suma, la apropiación de una parte del flujo de renta por el capital industrial ha complementado la plusvalía extraída a la fuerza de trabajo nacional al punto de marcar la especificidad misma de esos espacios nacionales de acumulación.⁹²

Esta modalidad de acumulación del capital basada en la apropiación de una parte de la renta de la tierra en los territorios

91 Ver Grinberg, N. y Starosta, G. (2009). “The limits of studies in comparative development of east Asia and Latin America: the case of land reform and agrarian policies”. En *Third World Quarterly*, 30(4), 761–777, p. 769. Asimismo, en tanto las formas concretas asumidas por la transferencia de la renta de la tierra al capital industrial involucran la fijación de precios comerciales efectivos en el mercado interno de las mercancías portadoras de renta que se encuentran por debajo de los precios normales o de producción que rigen en el mercado mundial, dichos mecanismos actúan como una barrera a la aplicación extensiva e intensiva de capital en el sector primario, limitando todavía más la escala de los respectivos procesos nacionales de acumulación.

92 Por más que los terratenientes domésticos lloren y pataleen frente a los avances del capital sobre la renta de la tierra, no solo carecen, en su condición de “parásitos sociales” [Marx, K. (1987). *Teorías sobre la plusvalía II. Tomo IV de El Capital*. México: FCE, p. 33], de la potencia necesaria para resistirlos, sino que la cesión de una parte de esa masa de riqueza social es condición para la continuidad de la apropiación del resto, es decir, para su propia reproducción como clase. Al mismo tiempo, desde el punto de vista del capital, y especialmente respecto de la producción agraria, este avance sobre la renta de la tierra encierra un límite cuantitativo infranqueable que le impide ir más allá de cierto punto: el cuestionamiento de la propia existencia de la propiedad privada sobre las condiciones de producción [Marx, K. (1987) *op .cit.*]. Ver, al respecto, Caligaris, G. (2017) “Los países productores de materias primas en la unidad mundial de la acumulación de capital: un enfoque alternativo”, en *Cuadernos de economía crítica*, Año 3, N° 6, pp. 15- 43.

latinoamericanos ha sido evidentemente atractiva para los capitales de origen local que, con la excepción de aquellos que producen mercancías portadoras de renta, no poseen la competitividad necesaria para sostener su reproducción ampliada vendiendo al mercado mundial. Pero, adicional y fundamentalmente, estos mercados internos altamente protegidos han sido especialmente rentables para los capitales industriales de origen extranjero que se establecieron en estos países, sobre todo a partir de mediados o fines de la década de 1950. En efecto, en contraste con la estrategia de internacionalización del capital desplegada en el Este Asiático (consistente en el establecimiento de “fábricas mundiales”, sea directamente o a través de mecanismos de subcontratación), las empresas transnacionales (ETNs) siempre han operado en América Latina con la menor escala que rige en esos mercados internos pero que, dada la protección arancelaria y paraarancelaria imperante, resultan tan rentables o más que cualquier otro ámbito de inversión de capital⁹³. De este modo, las ETNs que operan en América Latina se han beneficiado con la posibilidad de valorizar su capital fijo que ya era obsoleto respecto de las normas vigentes en el mercado mundial y de acumular capital sin destinar una parte de la plusvalía a estar en la vanguardia del desarrollo activo de las fuerzas productivas del trabajo social. Sin embargo, la otra cara de esta misma moneda es que el desarrollo histórico de las sociedades latinoamericanas ha estado de esta manera sujeto a los vaivenes cíclicos particularmente pronunciados de la magnitud de la renta de la tierra disponible para ser apropiada por el capital industrial (de allí también la peculiar “inestabilidad institucional y política” que ha caracterizado a estas sociedades, con oscilaciones muy marcadas entre regímenes políticos populistas-nacionalistas o desarrollistas, por un lado, y neoliberales, por otro).

93 Ver p. Starosta, G. (2016). “Revisiting the new international division of labour thesis”. En Charnock, G y Starosta, G. (Eds.), en *The New International Division of Labour*. Londres: Palgrave Macmillan, 79-103, p. 90).

Es esto lo que explica la falta de dinamismo que, a partir de mediados de los años 70 y de manera tendencial hasta el presente, ha experimentado la región en general, la cual fue revertida sólo temporarily y parcialmente durante el “boom de las materias primas” reciente que, además, está claramente agotando sus potencias si no llegando a su fin (expresado políticamente en el giro a la derecha en los regímenes políticos de, por ejemplo, Argentina, Brasil y Chile).⁹⁴ Más concretamente, la masa de renta de la tierra, en particular la de origen agrario, ha venido creciendo a una tasa menor que la necesaria para sostener la valorización normal del capital en esos espacios nacionales de acumulación. Estos requerimientos incluso se incrementaron en tanto la revolución tecnológica asociada a la microelectrónica ocurrida en esos años no hizo sino aumentar la brecha de productividad entre los capitales que se valorizan en la región produciendo para el mercado interno y las normas imperantes en el mercado mundial. Es en este contexto general que cobran fuerza otras dos fuentes extraordinarias de riqueza social adicionales para sostener la rentabilidad del capital industrial en la región ante la insuficiencia del crecimiento de la renta de la tierra: por un lado, el pago de la fuerza de trabajo marcadamente por debajo de su valor, lo cual ha sido posible por la multiplicación de la sobrepoblación relativa resultante del estancamiento o contracción de la escala de los procesos nacionales de acumulación en la región y, por el otro, el creciente endeudamiento externo posibilitado por la expansión del crédito internacional generado por el crecimiento del capital ficticio producido por la crisis de sobreproducción a escala mundial. Nótese, sin embargo,

94 Para un análisis de la llamada “Marea Rosa” en América del Sur, ver para Argentina y Brasil Grinberg, N. y Starosta, G. (2015). “From global capital accumulation to varieties of centre-leftism in South America”. En Spronk, S. y Webber, J. R. (eds.), *Crisis and contradiction: marxist perspectives on Latin American in the global economy*. Leiden: Brill, pp. 236–272. Para el caso venezolano, ver Dachevsky F. y Kornblihtt, J. (2017), “The reproduction and crisis of capitalism in Venezuela under Chavismo”. en *Latin American Perspectives*, 212 (44), 78–93.

que estas dos fuentes adicionales no han determinado el contenido cualitativo específico de acumulación en la región, sino que han actuado como flujos adicionales de riqueza social que han permitido sostener la reproducción de la estructura económica que continúa esencialmente girando en torno a la afluencia de renta de la tierra y su apropiación por el capital. Por otra parte, incluso con el recurso a estas dos masas adicionales de riqueza extraordinaria, la insuficiencia de la afluencia de renta de la tierra a la región, ha implicado que dicha reproducción solo ha podido sostenerse en una magnitud general virtualmente estancada (al menos hasta el “boom de las materias primas” recientes) y, por sobre todo, a expensas de la escala de la producción industrial alcanzada durante la fase de expansión de la ISI “clásica” o “desarrollista”. Esta última entraría en una profunda crisis, dando lugar a la transición a, y posterior consolidación de, el neoliberalismo en la región.⁹⁵

En efecto, de modo más “tímido” durante la década de 1980, y con plenitud a partir de los años 90, la insuficiencia de la renta de la tierra llevó a que se fueran desmantelando poco a poco varias de las políticas que históricamente habían vehiculizado su transferencia al capital industrial: se eliminaron o redujeron notablemente los aranceles a la importación, se privatizaron las empresas públicas y se desregularon los respectivos servicios, se contrajo el empleo público, el crédito fiscal, etc. En consecuencia, el valor agregado industrial se desplomó y la economía en general tendió, más allá de oscilaciones

95 Lo que sigue resume argumentos desarrollados más en detalle en Grinberg, N. y Starosta, G. (2015), *op. cit.*, pp. 246-251. Por otra parte, respecto del crédito externo, su disponibilidad ha estado sujeta a las fuertes oscilaciones experimentadas por la liquidez internacional desde el estallido de la crisis de superproducción global en la década de 1970. Esto es, si bien el capital ficticio que la ha venido alimentando ha registrado una *tendencia* a expandir de modo creciente su magnitud global, dicho movimiento no ha sido constante, sino que ha alternado entre fases de rápido crecimiento y otras de contracción, tal como ha sido el caso durante la mayor parte de la década de 1980, a partir de la “crisis de la deuda” y hasta comienzos de los años 90.

cíclicas, a permanecer estancada durante todo el período. Es en este contexto que empieza a multiplicarse y consolidarse el desempleo (o subempleo o empleo precario), sobre todo el industrial, generando así las bases para la ya mencionada tendencia al pago de la fuerza de trabajo significativamente por debajo de su valor (expresada entre otras formas en la fuerte caída del salario real respecto de sus picos históricos). Sin embargo, contrariamente a lo que se suele argumentar en gran parte de la literatura en las ciencias sociales latinoamericanas, el neoliberalismo no ha involucrado una transformación del “modelo de acumulación de capital”, sino la *continuidad* de la misma forma específica que ha regido históricamente el desarrollo capitalista en la región en torno a la recuperación de parte de la renta de la tierra, solo que con potencialidades crecientemente limitadas para sostener el alcance de la producción industrial orientada al mercado interno.⁹⁶

Así, en contraste con la etapa “desarrollista” de la ISI, la expresión regional del neoliberalismo se ha caracterizado por la apropiación de la renta de la tierra (y sus dos fuentes adicionales complementarias de riqueza social extraordinaria mencionadas más arriba) por una parte *más acotada* del capital. A lo largo y ancho de la región, los capitales individuales que han seguido beneficiándose de esta forma del proceso de acumulación se han restringido a aquellos ligados de modo más inmediato con el procesamiento de “recursos naturales”, a los servicios públicos privatizados (electricidad, gas, telecomunicaciones, etc.), y a los sectores financiero y comercial. Tanto en estos últimos casos como en el de los servicios públicos, se trata de sectores “naturalmente” protegidos de la competencia externa; mientras que en los ligados a los recursos naturales, se trata justamente de los únicos en los que históricamente se ha sido competitivo respecto de las condiciones imperantes en

96 En rigor, lo dicho es válido para el Cono Sur. Como veremos a continuación, la situación sí ha cambiado en México y el Caribe.

el mercado mundial. En este contexto, el mecanismo dominante de transferencia de la renta de la tierra que ha tendido a prevalecer de modo casi universal ha sido la sobrevaluación de la moneda nacional, si bien ha convivido con la aparición de nuevas formas adaptadas a las nuevas circunstancias de la acumulación de capital (como las ya mencionadas garantías contractuales de rentabilidad en dólares en los servicios públicos privatizados, las regulaciones extremadamente “laxas” del sector financiero, etc.).

Para las economías más pequeñas de la región (como Chile, Perú, Uruguay, Bolivia y Ecuador) en las que incluso en la etapa “próspera” de la ISI esta había avanzado de modo marcadamente limitado, la insuficiencia de la renta de la tierra que ha dado contenido al neoliberalismo en la región se expresó sin lugar a dudas en el virtual desmantelamiento del sector industrial sustitutivo prácticamente en su totalidad, y en el retorno de formas concretas reminiscentes de las que prevalecían con anterioridad al proceso de industrialización. Sin embargo, es menester señalar que en los países que más habían avanzado en la ISI y con un mercado interno de mayor magnitud (fundamentalmente, Argentina y Brasil), el capital industrial (sobre todo el de origen extranjero o los nacionales más concentrados) ha seguido beneficiándose, en ciertas ramas determinadas, de esta modalidad específica de acumulación del capital. El caso paradigmático (pero no el único) ha sido el de las terminales de la industria automotriz, las cuales, incluso durante el apogeo de las reformas neoliberales de los años 90, siguieron produciendo para un mercado doméstico restringido y altamente protegido mediante aranceles a la importación (si bien ya para un mercado “interno” ampliado a nivel regional bajo la forma institucional del Mercosur). En este sentido, el neoliberalismo no ha implicado en estos casos la *desaparición* lisa y llana de la ISI, sino su *reproducción* en una escala menor.

Ahora bien, al menos desde finales de la década de 1950 y con plenitud a partir de los años 1970, la producción de plusvalía relativa por el capital total global ha conducido a la emergencia y expansión gradual de una configuración espacial novedosa de la acumulación

de capital a escala planetaria, en lo que se ha llamado una “nueva división internacional del trabajo” (NDIT)⁹⁷, la cual no ha sencillamente desplazado la estructuración “clásica” discutida más arriba, sino que coexiste con ella en el mercado mundial. A nivel más general, la creciente automatización del sistema de máquinas lograda mediante la aplicación de la microelectrónica conlleva dos *tendencias* divergentes respecto de los atributos productivos de los diferentes tipos de obreros asalariados. Mientras que expande aquellos de la parte de la fuerza de trabajo colectiva encargados de avanzar en el conocimiento científico y sus aplicaciones tecnológicas, degrada los de quienes quedan a cargo de las tareas crecientemente simplificadas en el proceso directo de producción⁹⁸. Si bien esta es una tendencia general inherente a la industria en gran escala capitalista, la revolución tecnológica más reciente asociada a la computarización y robotización de los procesos laborales ha multiplicado las bases para la divergencia en las capacidades productivas de los distintos tipos de fuerza de trabajo que ha engendrado. Así, la diferenciación de la fuerza de trabajo sobre la base de sus atributos productivos se ha exacerbado.

Como manifestación determinada de la naturaleza inmanente de la acumulación capitalista, estas transformaciones han sido esencialmente globales en su contenido, si bien han asumido expresiones nacionales diversas. Más concretamente, esta diferenciación creciente de los atributos productivos de los distintos tipos de fuerza de trabajo se encuentra en la base de los patrones emergentes de diferenciación nacional y regional de los espacios de acumulación, en una constelación más compleja que la inicialmente identificada correcta pero unilateralmente por Fröbel *et al.* en su trabajo seminal de fines de los años 1970. En efecto, gracias a estos cambios en

97 Fröbel, F., Heinrichs, J. y Kreye, O. (1980) *La nueva división internacional del trabajo. Paro estructural en los países industrializados e industrialización de los países en desarrollo*. Madrid: Siglo XXI; Iñigo Carrera, J. (2013), *op. cit.*; Starosta, G. (2016), *op. cit.*

98 Caligaris, G. y Starosta, G. (2017), *op. cit.*

el proceso de trabajo y a los avances en los medios de transporte y comunicación, el capital ha logrado dispersar geográficamente la explotación de los distintos tipos cualitativos de fuerza de trabajo, de acuerdo a las combinaciones más rentables de costos relativos y atributos productivos de los distintos fragmentos nacionales de la clase obrera. Cada espacio nacional tiende así a concentrar un tipo cualitativo particular de fuerza de trabajo, la cual, gracias a la separación formal que permite la mediación de la ciudadanía en la constitución histórica de sus condiciones de reproducción, es comprada y explotada por el capital de la manera más económica posible.⁹⁹

Aunque probablemente esta forma de división internacional del trabajo tenga su expresión más clara en el desarrollo de la industrialización de los países del este asiático¹⁰⁰, la NDIIT impactó profundamente también en América Latina, de modo paradigmático en México desde la crisis de principios de la década de 1980 y, más recientemente, también en las economías de la zona del Caribe, conduciendo a un proceso de reestructuración que ha venido transformando la base específica misma del desarrollo capitalista en ese país. Así, México en particular se ha convertido en proveedor de fuerza de trabajo *relativamente* simple, barata y disciplinada para el capital industrial en general que produce competitivamente para el mercado mundial (sea en su propio territorio o mediatamente a través de la migración internacional de la fuerza de trabajo al territorio estadounidense).¹⁰¹ De allí el contraste con lo ocurrido en Argentina y Brasil (y en el Cono Sur en general) durante el mismo

99 Este punto aplica no solo al trabajo manual o directo, sino también al trabajo intelectual, incluyendo el de investigación y desarrollo.

100 Grinberg, N. (2016). "Patterns of state-Led Development' in Brazil and South Korea: The steel manufacturing industries". En Charnock, G. y Starosta, G. (eds.), *The new international division of labour*. Londres: Palgrave Macmillan, pp. 215–244.

101 Esto se refiere a la complejidad de los atributos productivos de la fuerza de trabajo dominante en el país y no a la del tipo de productos exportados, los cuales podrían incluir mercancías de alto contenido tecnológico como automóviles y autopartes, productos electrónicos, entre otros.

período; en estos países, al capital le ha resultado más provechoso continuar acumulándose con base en la modalidad específica que refleja la ‘vieja’ división internacional del trabajo. Sea porque el tipo de fuerza de trabajo requerido simplemente no está disponible allí o no es lo suficientemente barata, o porque la masa de renta de la tierra sigue teniendo una magnitud tal (a pesar de sus fases recientes de contracción relativa) que los beneficios de la acumulación basada en su apropiación más que compensan los beneficios potenciales de la incorporación directa a la NDIT.

6. Conclusiones

A lo largo del texto, nuestras críticas a la TD se centraron en dos ejes: por un lado, en la autonomía que le adjudican a las relaciones políticas respecto de las económicas; por el otro, en el “nacionalismo metodológico” que las atraviesa.

Partiendo de la crítica marxiana de la economía política, y en particular de su descubrimiento del capital como sujeto enajenado de la organización de la vida social bajo el capitalismo, dijimos que la división internacional del trabajo es la forma en la que la unidad inmanente global de la acumulación del capital se afirma a través de su diferenciación interna, conformando espacios nacionales de valorización con atributos específicos. En este mismo sentido, sostuvimos que las relaciones capitalistas se realizan distinguiéndose en formas económicas y políticas, cuya relación es de contenido –las primeras– y forma –las segundas–. Así, observamos que las relaciones internacionales de competencia entre ámbitos nacionales representados políticamente por sus estados, constituyen el modo en el que se establece la unidad de la valorización del capital total global.

A partir de este enfoque, avanzamos señalando que la determinación esencial que rige las relaciones internacionales no está dada ni por el imperialismo, ni por el intercambio desigual, ni por la dependencia. Lo que está en juego en la división internacional

del trabajo es la producción de plusvalía relativa, como norte que conduce el movimiento del capital en su unidad a escala planetaria y gobierna, por ende, las formas nacionales bajo las que se realiza dicho movimiento. Por consiguiente, tomamos a la especialización de los países latinoamericanos en la producción de mercancías agrarias y mineras como un vehículo de esta determinación, y no como una adaptación de estos países a las necesidades de los países centrales. Así, afirmamos que la forma de participación de América Latina en la división internacional del trabajo que tuvo lugar hasta las primeras décadas del siglo XX, se rigió por las condiciones naturales de la región para la producción de materias primas y alimentos, lo cual hizo que, vía la mayor productividad del trabajo agrario que estas condiciones excepcionales habilitaron, en la unidad mundial de la acumulación se redujera el valor de la fuerza de trabajo. Sin embargo, esta reducción trajo aparejado que desde los países consumidores de materias primas fluyera riqueza social hacia los países de América Latina bajo la forma de renta diferencial de la tierra, renta que, en principio, se dirige a manos de la clase terrateniente vernácula. Sostuvimos entonces que estos ámbitos nacionales se han constituido, desde las llamadas ISI hasta la actualidad, no solo en una fuente de abaratamiento de la fuerza de trabajo, sino también en espacios de valorización del capital orientados a recuperar parte del plusvalor que se le escapa al capital total de la sociedad bajo la forma de renta de la tierra. Así, el capital, a través de las políticas de los estados latinoamericanos –sobreevaluación del tipo de cambio, impuestos a las exportaciones e importaciones, precios subsidiados de servicios públicos e infraestructura, fijación de precios internos de mercancías portadoras de renta, sobreexpansión del empleo público, etc.–, ha conseguido valorizarse en estos ámbitos nacionales a la tasa general de ganancia, compensando la menor escala y el retraso tecnológico con el que opera con diversas formas de apropiación de la renta de la tierra y liberándose de este modo en la región de su necesidad genérica de desarrollar las fuerzas productivas del trabajo social. En suma, la apropiación de una parte del flujo de renta por el capital industrial

ha complementado la plusvalía extraída a la fuerza de trabajo nacional al punto de marcar la especificidad misma de esos espacios nacionales de acumulación. Aquí reside aquello que distingue a los procesos de acumulación de capital latinoamericanos, cuya determinación se explica por la unidad de la acumulación mundial.

EL DESARROLLO DE LA ACCIÓN COLECTIVA DE LOS TRABAJADORES: CLASE OBRERA Y SINDICALISMO

*Carlos Mejía**

Un proletariado sin más ideal que la reducción de las horas de trabajo y el aumento de los centavos de salario, no será nunca capaz de una gran empresa histórica.

José Carlos Mariátegui

1. Introducción

El presente texto busca presentar de manera sencilla y rigurosa, algunos aspectos fundamentales en el desarrollo social e histórico de un sujeto central en la reflexión de Carlos Marx. Como sabemos, la clase obrera, su lento proceso de organización y los conflictos, derrotas y logros alcanzados han sido una de las preocupaciones centrales en la reflexión marxista. El proletariado, es decir, los trabajadores

* Sociólogo (UNMSM), con maestría de Relaciones Laborales (PUCP) y Especialización en Derechos Humanos Laborales (U. Castilla La Mancha). Ex director de la Escuela Nacional Sindical "Pedro Huilca Tecse" de la FTCCP y ex asesor de la CGTP. Ha sido docente en la Facultad de Ciencias Sociales de la UNMSM y actualmente en la PUCP. Coordinador de Investigación y Capacitación en La Comuna. Actualmente estudia el Doctorado en Sociología en la PUCP. Correo de contacto: carlos@lacomuna.org, mejia.carlos@pucp.pe

asalariados y los que desean serlo de manera directa o indirecta, es un sujeto social con una historia muy larga, frente a la cual, el pensamiento marxista ha elaborado un acercamiento conceptual rico y profundo.

Ciertamente, cuando nos referimos a la obra de Marx resulta evidente que su pensamiento no forma un cuerpo teórico acabado, sino que se trata de una reflexión teórica en movimiento. Los intentos por convertirlo en dogma o en una ortodoxia institucional han terminado por deformarlo y reducirlo¹. Por eso, cualquier acercamiento que pretenda ser marxista debe situarse de manera histórica frente al sujeto de estudio. Más aún, porque no es sencillo abordar un marco teórico que es de por sí ya diverso, donde coexisten los aportes de Lenin y Rosa Luxemburgo, la obra de Gramsci², Althusser y la mirada estructuralista, los marxistas franceses del círculo de Annales, el debate entre Perry Anderson y E.P. Thompson³, las corrientes del marxismo británico, la relación entre marxismo y funcionalismo o lo que se denomina de manera gruesa como posmarxismo⁴, entre otras corrientes.

A pesar de esta amplia gama de matices, podemos identificar elementos comunes y esenciales.

“La primera, obviamente, es el análisis de la irresistible dinámica global del desarrollo económico capitalista y su capacidad de destruir todo lo anterior, incluyendo también aquellos aspectos de la herencia del pasado humano de los que se benefició el capitalismo, como por ejemplo las estructuras

-
- 1 E. J. Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo: Marx y el marxismo 1840-2011*, 1ª ed., Memoria crítica (Barcelona: Crítica, 2011).
 - 2 Antonio Gramsci, *Antología* (Madrid: Lectulandia, 2013).
 - 3 Ellen Meiksins Wood, “El concepto de clase en E.P. Thompson,” en *Cuadernos Políticos*, no. 36 (1983).
 - 4 Richard Howson, *A sociology of postmarxism*, Routledge advances in sociology (New York, London: Routledge Taylor & Francis Group, 2017).

familiares. La segunda es el análisis del mecanismo de crecimiento capitalista mediante la generación de ‘contradicciones’ internas: interminables arrebatos de tensiones y resoluciones temporales, crecimiento abocado a la crisis y al cambio, todos produciendo concentración económica en una economía cada vez más globalizada⁵.

Con estas contingencias, el objetivo del presente texto es más o menos sencillo. Se trata de presentar de manera sucinta el concepto de “clase obrera” dentro del pensamiento marxista. Para lo cual se revisa principalmente la obra de Marx y Engels; así como los trabajos de reconocidos marxistas que han estudiado la formación de la clase obrera.

Pero como el texto no busca ser una exhaustiva revisión teórica, en la segunda parte aborda el desarrollo histórico del proletariado, desde una mirada que pretende ser marxista. La historia de los trabajadores es, en buena cuenta, la historia de sus organizaciones, de las cuales la forma *sindicato* ha sido la más exitosa y representativa. Se busca identificar los hitos más importantes en el largo proceso recorrido por las organizaciones gremiales de trabajadores y trabajadoras, poniendo énfasis a lo ocurrido en América Latina y, especialmente, en nuestro país.

Finalmente, el texto busca presentar la reconocida crisis del sindicalismo local, así como los problemas y retos que enfrenta a futuro. De esta manera, tratamos de ilustrar la vigencia del análisis marxista para entender no solamente los problemas del pasado, sino los dilemas que enfrentan los sujetos sociales en el presente y que definirán nuestro futuro.

5 Hobsbawm, ob. cit., p. 23.

2. El concepto de clase obrera en Marx

Marx estudia las clases y la lucha de clases a lo largo de su vida⁶. En diferentes textos va desarrollando con distinto alcance y nivel de abstracción una reflexión sobre las clases sociales. Sin embargo, es difícil identificar una teoría acabada de las clases, más aún cuando en la tradición marxista posterior se han desarrollado nuevas interpretaciones que a veces se separan del esquema clásico⁷.

“Por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses habían expuesto ya el desarrollo histórico de esta lucha de clases y algunos economistas burgueses la anatomía económica de estas (carta a Joseph Weydemeyer, 5 de marzo de 1852)”⁸.

El concepto de clase social, como señala el propio Marx, ha sido estudiado y criticado desde otras perspectivas –burguesas– antes del propio análisis marxista. Sin embargo, es la ubicación dentro de la explicación del funcionamiento de la sociedad capitalista, que el concepto de clase social marxista resulta revelador y pertinente. La perspectiva marxista va a disponer un modelo de clase en donde el elemento articulador entre estas es principalmente el conflicto social (la lucha de clases).

“La moderna sociedad burguesa que se alza sobre las ruinas de la sociedad feudal no ha abolido los antagonismos de clase. Lo que ha hecho ha sido crear nuevas clases, nuevas condiciones

6 Atilio Borón et al., *La teoría marxista hoy: Problemas y perspectivas*, 1. ed., Colección Campus virtual (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales CLACSO, 2006).

7 Marcos Jesús García, “Teorías marxistas de las clases sociales” (Tesis, Universidad Nacional de Cuyo, 2011).

8 Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas: En 3 tomos* (Moscú: Progreso, 1976), p. 197.

de opresión, nuevas modalidades de lucha, que han venido a sustituir a las antiguas”⁹.

De esta manera, como vemos, la interpretación del proceso histórico desde el marxismo parte del conflicto social. A diferencia de otras teorías donde se busca externalizar el conflicto o explicarlo como una anomalía¹⁰; para Marx, las luchas y tensiones entre fuerzas sociales, tanto entre sí como con su entorno, es la clave para entender el desarrollo histórico. De todos los conflictos sociales, el marxismo privilegia las luchas entre clases sociales.¹¹

El marxismo identifica dos perspectivas para entender el conflicto social en las diferentes estructuras sociales históricas. En primer lugar, a partir de los enfrentamientos que surgen del antagonismo entre clases sociales.

“Toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de luchas de clases. Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros y oficiales; en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente siempre, empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces, y otras francas y abierta, en una lucha que conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social o al exterminio de ambas clases beligerantes”¹².

En segundo lugar, las tensiones entre el nivel de las fuerzas productivas de una sociedad y las relaciones sociales de producción que se establecen en dicha sociedad.

9 Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, 1ª ed., Selección clásicos universales (Algete, Madrid: Mestas, 2017).

10 Talcott Parsons, *El sistema social*, 1ª ed. en “Ensayo” (Madrid: Alianza Editorial, 1999); Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Los grandes pensadores (Madrid: Globus, 2013).

11 Pedro L. Lorenzo Cadarso, “Principales teorías sobre el conflicto social,” *Norba. Revista de Historia*, no. 15 (2001).

12 Marx y Engels, ob. cit., p. 34.

“Al llegar a una fase determinada de desarrollo las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas, y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica se transforma, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella”¹³.

La primera perspectiva alude a la acción política de los actores enfrentados en conflictos de clases. La segunda supone un nivel más estructural de las contradicciones sociales.

Las clases no son un producto inmediato de la base económica de una sociedad. Por el contrario, la formación de las clases sociales, especialmente en el capitalismo, es un proceso dinámico a partir de la división social del trabajo. Las clases se construyen a partir de unas determinadas condiciones socioeconómicas, a través de sus propias experiencias históricas y proyectos compartidos. Una lectura muy difundida pero limitada del marxismo, establece una suerte de mecanicismo por el cual las clases sociales eran generadas, de forma automática, por la estructura económica de cada *modo de producción* que se establece a partir de la división social del trabajo.

En este sentido:

“La proposición de que las relaciones productivas son el fundamento de las relaciones de clase es indudablemente la base de cualquier teoría materialista de la clase; pero por sí sola no hace avanzar mucho la cuestión. Si no podemos decir que la clase es sinónimo de las relaciones productivas, seguimos

13 Marx, Karl. 1973. *Contribución a la crítica de la economía política*. Buenos Aires: Ediciones Estudio.

estando frente al problema (que generalmente es evadido) de definir precisamente la naturaleza de la conexión entre la clase y su fundamento en la producción”.¹⁴

Por la misma razón, no podemos asumir que la conciencia de clase sea el resultado inmediato, automático o unívoco de la existencia material de la clase. Alrededor de este concepto se han construido diversas interpretaciones que buscaban principalmente justificar estrategias y prácticas políticas. La conciencia de clase no supone un proceso acumulativo, lineal y ascendente. Es decir, no basta el tiempo social para acumular mayor conciencia de clase. Tampoco podemos señalar, como lo prueba la evidencia histórica, que el nivel de conciencia que adquiere un sujeto social va a permanecer invariable en el tiempo. Una figura que ilustra el desarrollo dialéctico de la conciencia de clase podría ser una espiral. De esta manera, la conciencia social se desarrolla a partir de experiencias que suponen avances y retrocesos, así como mayores o menores ámbitos.

De esta manera, podemos definir a las clases sociales como las agrupaciones en donde se distribuyen los sujetos por la forma específica en que se relacionan con la propiedad de los medios de producción en una sociedad determinada. A partir de estas relaciones de las personas con los medios de producción se abren nuevas relaciones entre las personas, que pueden ser de subordinación, dominación o explotación, pero también de solidaridad y apoyo. Al mismo tiempo, cada una de las posiciones que se van definiendo determinan relaciones entre los individuos en tanto clase, que pueden ser de cooperación o antagónicas con otras posiciones de clase.

Por lo tanto, cada clase constituye un lugar cualitativamente diferente, construido en oposición a otras clases. Como establece Marx y luego E.P. Thompson, las clases no existen por sí mismas en la realidad social, sino por las relaciones que se establecen entre ellas.

14 Meiksins Wood, ob. cit., p. 93.

De esta manera, la lucha de clases es la que posibilita la existencia de estas y la acción colectiva de las clases adquiere la forma de movimiento sindical.¹⁵

“El proyecto histórico de Thompson presupone que las relaciones de producción distribuyen a la gente en situaciones de clase, que estas situaciones llevan consigo antagonismos objetivos esenciales y conflictos de intereses, y que por consiguiente crean condiciones de lucha. Las formaciones de clase y el descubrimiento de la conciencia de clase surgen del proceso de la lucha, a medida que la gente “experimenta” y “maneja” sus situaciones de clase. En este sentido es que la lucha de clases precede a las clases”.¹⁶

Como señala Meiksins Wood, el marxismo asume una noción de clase como un “proceso estructurado”. Es decir, reconoce que la base estructural de la formación de clase se encuentra en las relaciones de producción antagónicas que se desarrollan a lo largo del tiempo. Es allí donde residen los temas más importantes y problemáticas acerca de la clase. Estudiar la clase desde una perspectiva marxista supone estudiar el proceso de luchas sociales que la van conformando.

“La importancia de enfatizar la relación entre las clases como esencial para la definición de la clase es evidente por sí misma cuando se la considera en el contexto de teorías de “estratificación” que tienen que ver con diferencias, desigualdades y jerarquía, no con relaciones. Seguramente huelga señalar las consecuencias, tanto sociológicas como ideológicas, de emplear una definición de clase (si la clase se admite como una “categoría de estratificación” en absoluto) que desecha como factores relaciones como la dominación y la explotación. En

15 García, ob. cit.

16 Meiksins Wood, “El concepto de clase en E.P. Thompson” p. 99.

forma todavía más fundamental, tales categorías de estratificación pueden hacer a la clase misma totalmente invisible ¿Dónde se halla la línea divisoria entre las clases en un *continuum* de desigualdad? ¿Dónde está la brecha cualitativa en una estructura de estratificación?”¹⁷

De esta manera, debe quedar claro que, desde una perspectiva marxista, las clases sociales no son simples categorías nominales construidas a partir de un esquema lógico formal aplicable a cualquier sociedad. Desde el marxismo no es posible aceptar el modelo que divide a la sociedad en tres clases: alta, media y baja, aludiendo a un modelo espacial y jerárquico. Tampoco cuando se incorporan subcategorías como: clase media alta o clase media baja. Se trata en estos casos de categorías coloquiales que no responden a un análisis científico, incluso cuando se construyen a partir de la construcción de indicadores.

En segundo lugar, el marxismo no plantea que la estructura de clases se define a partir de las diferencias de ingresos, nivel educativo, gastos de consumo o prestigio social. Es cierto que estas diferencias representan diferentes posiciones sociales, pero son consecuencia de la estructura de clases de una sociedad antes que la causa de dicha estructura.

En tercer lugar, tampoco podemos hablar de clases con base en la riqueza o ausencia de esta, en los miembros de una sociedad. Categorías como “ricos” y “pobres” no explican la estructura de clases, porque son términos imprecisos y estáticos. De esta manera, se puede estudiar “la pobreza” como si no tuviera relación con la existencia de “los ricos”. Por lo tanto, el estudio de una estructura de clases supone la construcción de una teoría general de la sociedad y de la historia.¹⁸

17 Ibidem, p. 103.

18 Agustín Cueva, *La teoría marxista: Categorías de base y problemas actuales* (Quito: Planeta, 1987), p. 7.

3. El sindicalismo como acción colectiva de la clase obrera

En la sociedad capitalista, el surgimiento de la clase obrera está íntimamente ligada a la revolución industrial. Es decir, al proceso por el cual se desarrolla un incremento tecnológico a partir de la máquina de vapor que va a devenir en un acelerado proceso de industrialización. El maquinismo desarrollado primero en Inglaterra y luego en el resto de Europa y el mundo, significó una de las transformaciones más radicales en la historia de la humanidad.

Con la máquina de vapor y sus aplicaciones al transporte, en la forma de ferrocarriles y barcos a vapor; así como a la industria textil y de alimentos, significaron una efectiva revolución tecnológica. Las distancias se acortaron sustancialmente, con lo que se desarrollan mayores volúmenes de intercambio comercial. Las industrias basadas en la fuerza del vapor requieren ingentes cantidades de carbón. Por lo que rápidamente se desarrolla una red de complejos mineros en Inglaterra y Europa, así como rutas de transporte y comercio por mar y tierra¹⁹.

Estos cambios van a propiciar el surgimiento de un nuevo sujeto social: el proletariado industrial. Numerosas masas son separadas de la propiedad de la tierra, y conducidas a los talleres y fábricas que se organizan rápidamente. Los trabajadores asalariados son reclutados entre niños y jóvenes de ambos sexos. El capital no discrimina a la hora de apropiarse de la plusvalía.

Como señala Marx, las relaciones capitalistas presuponen el divorcio entre los obreros y la propiedad de las condiciones de realización del trabajo. Cuando ya se mueve por sus propios pies, la producción capitalista no solo mantiene este divorcio, sino que lo reproduce en una escala cada vez mayor. Por tanto, el proceso que

19 Leopold H. Haimson y Charles Tilly, *Strikes, wars, and revolutions in an international perspective* (Cambridge: Cambridge University Press, 1989). En <<https://doi.org/10.1017/CBO9780511665189>>.

engendra el capitalismo solo puede ser uno: el proceso de disociación entre el obrero y la propiedad de las condiciones de su trabajo, proceso que, de una parte, convierte en capital los medios sociales de vida y de producción, mientras que, de otra parte, convierte a los productores directos en obreros asalariados. La llamada acumulación originaria no es, pues, más que el proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción. Se la llama “originaria” porque forma la prehistoria del capital y del modo capitalista de producción²⁰.

De esta manera, Marx reseña el proceso de expropiación de pequeños arrendatarios y campesinos desde el siglo XVI en adelante.

“En la década de 1830 era ya evidente para cualquier observador inteligente que los lugares de Europa económicamente avanzados se enfrentaban a un problema social que ya no era simplemente el de ‘los pobres’, sino el de una clase históricamente sin precedentes: el proletariado”²¹.

De esta forma, y en un proceso histórico lleno de enfrentamientos y disputas, un sector importante de personas fue despojada de sus pequeñas propiedades de tierra o empobrecida en las mismas ciudades quedando como parias. El paso del artesanado a obreros calificados y su consecuente organización según sus oficios, es una de esas transformaciones que incidieron también en la historia de América Latina.

El esquema seguido en la Europa de la revolución industrial es diferente al desarrollado en tierras americanas. Como sabemos, el capitalismo ingresa en nuestro continente a través de los “enclaves”, es decir, de espacios geográficos determinados donde se incrustan algunas industrias, como la minería o la agroindustria, estableciendo

20 Karl Marx, Friedrich Engels y Juan España, *El capital*, 4ª ed. (México: Epoca, 1979).

21 Hobsbawm, ob. cit., p. 100.

una articulación entre formas precapitalistas y capitalistas. Nuevamente, de forma violenta, masas campesinas son empujadas a la costa para laborar en los enclaves agroindustriales o en la minería. La articulación entre la identidad indígena y el origen campesino va a definir el tipo de clase obrera que se construye en los países latinoamericanos²².

Las duras condiciones de trabajo y los conflictos sociales serán el marco para el surgimiento de las primeras organizaciones obreras en los mencionados enclaves. Generalmente adoptaron el nombre de “sociedades de resistencia” y sentaron las bases para el desarrollo de una identidad de clase entre sus integrantes²³.

Como señalamos en la primera parte, la formación de la clase obrera supone el desarrollo de relaciones de conflicto social que van a definir distintas correlaciones de fuerza entre las diferentes clases sociales en América Latina. De esta manera, a inicios del siglo XX una serie de luchas y conflictos van a dar forma a las organizaciones obreras de América Latina. Entre ellos podemos ubicar a la migración extranjera, la “cuestión social”, los procesos políticos de 1910 a 1925, el intervencionismo militar norteamericano, la Gran Guerra, las revoluciones rusas de 1905 y 1917, la formación de la *International Workers of the World*, es decir, los *wobblies* (IWW) y los sucesos del Primero de Mayo. Asimismo, tenemos los conflictos en Cananea y Río Blanco en México, en 1906 y 1907, respectivamente; la masacre de la Escuela Santa María en Iquique contra los mineros del salitre en 1907; y las huelgas generales en Valparaíso, Buenos Aires, Sao Paulo, Lima y Guayaquil durante 1918 y 1919, que contribuyeron

22 Manuel Burga y Alberto Flores Galindo, *Apogeo y crisis de la república aristocrática*, 2ª ed. (Lima: Rikchay Perú, 1981).

23 Ricardo Martínez de la Torre, *Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú*, 2ª ed. (Lima, 1973).

a darle sentido e identidad a la clase obrera en América Latina²⁴. Se trata de un amplio conjunto de luchas y enfrentamientos, donde los núcleos de clase obrera y movimiento sindical van configurándose mutuamente²⁵. Como hemos señalado, la clase se define en el conflicto social y desde allí desarrolla tanto su organización como su conciencia de clase²⁶.

De esta manera, el movimiento sindical se convierte en la expresión social e institucional de la acción colectiva de la clase obrera. Como señala el propio Marx:

“Sin embargo, el desarrollo de la industria no sólo nutre las filas del proletariado, sino que las aprieta y concentra; sus fuerzas crecen, y crece también la conciencia de ellas. Y al paso que la maquinaria va borrando las diferencias y categorías en el trabajo y reduciendo los salarios casi en todas partes a un nivel bajísimo y uniforme, van nivelándose también los intereses y las condiciones de vida dentro del proletariado. (...) Los obreros empiezan a coaligarse contra los burgueses, se asocian y unen para la defensa de sus salarios. Crean organizaciones permanentes para pertrecharse en previsión de posibles batallas. De vez en cuando estallan revueltas y sublevaciones”²⁷.

Este proceso histórico se acelera por la crisis del Estado oligárquico que había frenado la formación de las primeras organizaciones obreras. A partir de los años veinte y treinta en América Latina se inicia un lento proceso de inserción en un marco institucional

24 Julio Godio, *Historia del movimiento obrero latinoamericano* (Caracas, México: Nueva Sociedad; Editorial Nueva Imagen, 1985).

25 Pablo González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, Historia (México D.F.: Siglo Veintiuno Editores; Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, 1984).

26 B. Koval, *Movimiento obrero en América Latina 1917-1959* (Moscú: Progreso, 1979).

27 Marx y Engels, ob. cit., p. 15.

regido por leyes sociales y códigos de trabajo, en los casos de Chile y México esto ocurre al inicio de los años treinta del siglo pasado.²⁸

Podemos identificar un tránsito del sindicalismo de enclave a otro apoyado en la industria con vínculos en los servicios –electricidad, agua y gas–, y en los sectores salud y educación. De esta manera, el sindicalismo registra un cambio que va del sector primario al secundario y terciario. En el siglo XX se construyen y consolidan las organizaciones sindicales de ámbito nacional. En 1929 aparece la Confederación General de Trabajadores del Perú, la Confederación General del Trabajo en 1930 en Argentina; la Confederación General del Trabajadores en 1936 en México; la Confederación de Trabajadores de Chile en 1938, y la Central de Trabajadores en Chile en 1953. En el caso peruano, desde los años 50, la clase obrera se empieza a ubicar en las ciudades y aparecen los sindicatos de empleados formados por la nueva burocracia estatal.

Luego, en un segundo momento, a partir de la última posguerra se establecen las condiciones para una propuesta de industrialización por sustitución de importaciones; que supuso entre otras cosas la financiación por el banco de exportación e importación norteamericana a Brasil, Chile y México para desarrollar industrias productoras de bienes de capital; lo cual trajo el cambio de la estructura ocupacional; una distribución sectorial de la población sindicalizada y el crecimiento de la administración pública. El desarrollo de un mercado capitalista a nivel mundial luego de la derrota del fascismo y su enfrentamiento al bloque socialista liderado por la URSS va a marcar los conflictos sociales y el desarrollo sindical en dicho periodo.

Un elemento central en este proceso es la compleja relación entre el populismo y los sindicatos. La relación entre movimientos

28 Luis Varguez, *Reseña Francisco Zapata, El sindicalismo latinoamericano*, México, El Colegio de México, 2013, 280 pp. 458.

y gobiernos populistas va a ser fundamental en el desarrollo de la acción colectiva de los trabajadores. Ya sea por una orientación a promoverla y defenderla o por encauzarla y subordinarla. Incluso, por intentar ambas orientaciones.

El populismo latinoamericano supone un proyecto político que reúne un amplio frente de clases populares alrededor de un caudillo que al llegar al Estado establece pactos y acuerdos clientelares con los actores sociales que representan su base social. De esta manera, el populismo buscó respaldo en las bases organizadas del sindicalismo, ofreciendo beneficios a través de políticas sociales. El caso más complejo se desarrolla entre el sindicalismo de la CGT y el peronismo en Argentina. Si bien el populismo como forma de hacer política es prácticamente común en América latina, no supone un proyecto político homogéneo:

“Un aspecto que conviene destacar es la heterogeneidad de las relaciones entre los gobiernos populistas y el sindicalismo por toda América Latina. Mientras que en Bolivia, Chile y Perú estos regímenes enfrentaron obstáculos para consolidarse debido a la estrecha relación entre los sindicatos y la fortaleza de los partidos comunistas, en Argentina, México y Brasil ese tipo de regímenes se consolidó por el poco impacto de esos partidos en los sindicatos. En México las centrales obreras estaban cooptadas por el Estado, no así en Bolivia, Chile y Perú, donde los sindicatos mantuvieron su autonomía frente a él”.²⁹

A partir de estas diferencias es que se establecen luego caminos y resultados diversos. En los países donde los pactos populistas no fueron viables, los sindicatos que predominan son de empresas que se caracterizaron por negociar directamente con los patrones, relacionarse estrechamente con dirigentes y obreros, y mantener una amplia autonomía frente a las organizaciones nacionales. Mientras

29 Ibidem, pp. 458-59.

que, en Argentina, Brasil y México, las centrales sindicales tuvieron mayor control y capacidad de poder político para establecer acuerdos con sus respectivos gobiernos.

Podemos señalar, además, los cambios en la composición de la clase obrera y sus efectos en las relaciones de poder. En Chile, entre 1946 y 1973, la base de la organización obrera radicaba entre los mineros –salitre, cobre y carbón– para luego establecerse entre trabajadores de la industria manufacturera, la construcción y los empleados públicos. De esta manera, el perfil y comportamiento de la clase obrera se modificaron. Procesos similares, con sus respectivas especificidades, ocurren en el resto de países latinoamericanos. El elemento articulador fue la complejidad de las relaciones entre la clase obrera y el Estado.

Los conflictos laborales en América Latina evidencian cómo estos fenómenos, entre los trabajadores y el Estado y el capital, incidieron en las transformaciones sociales de esa región en el siglo XX, incluso a pesar de la relación entre la dirigencia de las centrales obreras y los gobiernos populistas, o en los momentos más álgidos del régimen de Augusto Pinochet. El análisis de estos conflictos ilustra cómo estos se desarrollaron de manera diferente a como lo hicieron en otras partes del mundo. En unos casos sirvieron para establecer alianzas entre el capital y el trabajo; en otros, estuvieron vinculados con el Estado, como en Argentina y México, o con los partidos políticos, como en Chile y Perú.³⁰

Para mediados de los años 70, el fracaso del modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI) resultaba evidente. Entre la crisis del petróleo en 1973 y las tensiones de la Guerra Fría, las economías latinoamericanas tuvieron problemas para sostener empleos adecuados, así como los acuerdos entre las organizaciones sindicales y el Estado populista.

30 *Ibidem*, 459.

El pacto empieza a resquebrajarse y se inicia el abandono del mercado interno, como paso previo a las políticas neoliberales de los 80. Este periodo también supuso una resistencia de los trabajadores. Tenemos en 1958, la huelga de los ferrocarrileros en México; el “Cordobazo” en 1969 y el “Villazo” en 1974 en Argentina; las huelgas de los mineros del cobre en Chile contra Pinochet en 1977 y 1978; y las huelgas de los metalúrgicos en Sao Paulo en 1978 y 1979³¹.

En general, los estudios sobre el sindicalismo latinoamericano han registrado las diferencias entre las sociedades que desarrollaron algún tipo de populismo nacional y reformista, que supuso la incorporación corporativa del sindicalismo al proyecto estatal; y las sociedades donde no existieron condiciones para una cooptación exitosa de las estructuras sindicales.

“Los trabajos del sociólogo argentino Gino Germani tratan esta problemática desde el enfoque de la integración cívica de los trabajadores en una sociedad del proceso de modernización que pasa de una fase de exclusión y autoritarismo de la clase obrera a una fase de participación democrática. Los norteamericanos John Johnson y Robert Alexander resaltan en este proceso la importancia de la acción del Estado en la orientación política del movimiento obrero y el control del sindicalismo”³².

El periodo populista representó para el sindicalismo latinoamericano un conjunto de desafíos y posibilidades. Fue un ciclo de luchas y acumulación de experiencias, que al mismo tiempo configuró prácticas y culturas sindicales hasta el día de hoy. Con el fin del ciclo populista, llegan la crisis del Estado y del régimen político, las dictaduras militares y el predominio de las políticas de ajuste

31 Godio, ob. cit.

32 Denis Sulmont, “Proletariado y ciencia social: El movimiento obrero en América Latina,” *Debates en Sociología*, no. 7 (1980).

estructural. Para fines del siglo XX, el sindicalismo latinoamericano debe enfrentar al Estado neoliberal y la acción de grandes corporaciones trasnacionales.

4. La acción sindical en el Perú

En nuestro país, el desarrollo de la acción colectiva de los trabajadores se articula al proceso de inserción del capitalismo. El cual llega como parte del proceso de expansión imperialista, en la búsqueda de materias primas y mercados. El periodo colonial había transformado la economía prehispánica en fuente de recursos mineros, principalmente. La república no pretende cambiar esta situación y los imperialismos británico y luego estadounidense van a reforzar el rol proveedor de materias primas de nuestra economía³³.

A fines del siglo XIX, los enclaves mineros, las haciendas de azúcar y algodón en la costa y los puertos serán los lugares donde se conforma un proletariado con fuertes vínculos campesinos. La articulación entre trabajo servil y asalariado adquiere una forma perniciosa en la figura del “enganche”. La mano de obra campesina que resulta excedente es atraída a la costa donde resulta obligada a laborar en condiciones serviles. Se trata de relaciones semif feudales al servicio de la acumulación capitalista.

Se abre así un periodo poco conocido en la historia social entre fines del siglo XIX y principios del XX; donde se suceden una serie de revueltas y explosiones sociales en las haciendas de la costa. El proletariado rural carece de liderazgos, de propuestas y de lazos entre sí. En esas condiciones, se levanta con ira y destruye todo lo que puede, hasta que llega la represión y acaba con la protesta. Numerosas haciendas de la costa registran revueltas, incendios, ajusticiamientos

33 Burga y Flores Galindo, ob. cit.

por parte de los trabajadores levantados. En todas ellas, el resultado es similar: las autoridades llaman al gobierno, que envía soldados que asesinan a los revoltosos³⁴.

Mientras tanto en las ciudades, y especialmente en Lima, el artesanado local va transitando hacia formas iniciales de proletariado. Los panaderos son un buen ejemplo de esto. Al mismo tiempo, crece la industria textil y con ella los obreros de Vitarte. Desde el puerto del Callao llegan marineros de Europa y EE.UU. trayendo las ideas anarquistas. Los herederos de Gonzales Prada se acercan a los trabajadores obreros y empieza la organización sindical y política³⁵.

El anarcosindicalismo fue la primera fuerza política con presencia en las masas trabajadoras del país. La Federación de Obreros Panaderos Estrella Roja del Perú fue una de las primeras organizaciones de carácter clasista. En general, mucho se ha escrito acerca de los anarcosindicalistas y su importancia para la organización gremial. Sin duda, el principal legado fue la conquista de la jornada de ocho horas en 1919.

En este hecho podemos identificar los avances en organización de los trabajadores urbanos, a través de la Federación Obrera Local (FOL) y el rol de vanguardia de los panaderos y textiles. Asimismo, la articulación del movimiento peruano a las corrientes internacionales. La lucha por las 8 horas era una reivindicación del movimiento sindical a escala global. Los anarquistas peruanos tenían fuerte relación con sus pares en Chile y EE.UU. de los cuales llegaban libros y revistas³⁶.

34 Burga y Flores Galindo, ob. cit.

35 Ricardo Martínez de la Torre, *El Movimiento obrero peruano, 1918-1919* (Lima: Ediciones Cronos, 1955).

36 Martínez de la Torre, ob. cit.

Es también característico del movimiento anarcosindicalista en nuestro país, el énfasis sustancial que dieron a la autoeducación obrera. Para los anarquistas peruanos, la educación y formación intelectual eran mecanismos de emancipación social. Lo cual no se quedó solamente en el discurso, sino constituyó una práctica con la formación y animación de círculos de estudio, bibliotecas obreras y la publicación de revistas con artículos políticos, sociales y literarios. Sus principales representantes fueron Hugo Carracciolo, Delfín Lévano, Manuel Gutarra, Carlos Barba entre otras figuras centrales en el joven movimiento obrero y político de Lima³⁷.

En la segunda década del siglo XX aparecen dos figuras que resultarán centrales para la historia política y social de nuestro país. Por un lado, Víctor Raúl Haya de la Torre y, por otro, José Carlos Mariátegui. No es el lugar para desarrollar una biografía de estos personajes, pero simplemente detallaremos algunos aspectos.

Ambos representan los cambios operados en el país a partir de la crisis de la república aristocrática y el surgimiento de nuevos sujetos sociales. Haya de la Torre proviene de una familia de clase media, de la ciudad de Trujillo y destaca en el ámbito universitario. Mientras que José Carlos Mariátegui pertenece a una familia de menores recursos en Moquegua. Su madre lava ropa para mantener a su familia, de la cual es jefa. Mariátegui vive una niñez con escasos recursos que afectan su salud. Haya se traslada a Lima para hacer vida universitaria mientras José Carlos lo hace para conseguir trabajo en el diario *La Prensa*, donde rápidamente es promovido a periodista³⁸.

El encuentro entre ambos era inevitable. Al mismo tiempo, representaban dos sensibilidades radicalmente diferentes. Mientras Haya dominaba la oratoria y el discurso en la plaza pública,

37 Martínez de la Torre, ob. cit.

38 Alberto Flores Galindo, *La agonía de Mariátegui*, 1ª ed. (Lima: Instituto de Apoyo Agrario, 1989).

Mariátegui prefería la lectura sistemática y el diálogo en pequeños grupos. Sin embargo, los unía la misma preocupación por el país y la necesidad de proponer cambios sustanciales a la estructura política y social del Perú.

Como señala Flores Galindo, la visión de Haya supone un líder actuando mediante la organización y disciplina. Se desarrolla así una relación autoritaria con las masas que tiene resonancias coloniales e incluso prehispánicas. Por su parte, Mariátegui opone más bien un enfoque que se apoya en la idea del “mito”. El marxismo antes que ciencia y disciplina, se convierte en mito, en una fe revolucionaria en las masas. Los trabajadores desarrollan su acción colectiva animados por el mito, que cumple así el papel de integrador y movilizador.³⁹

A partir de estas diferencias va a desarrollarse lo que se ha denominado el “debate Haya – Mariátegui”⁴⁰. Este resulta fundamental para entender la visión del país en los años 20 del siglo pasado. Las consecuencias políticas de esta discusión van a marcar una profunda división en la acción colectiva del proletariado hasta el día de hoy.

“La concepción de Haya se traduce en una movilización subordinada de los trabajadores de corte “populista”, que implica un doble sometimiento político: al liderazgo de los sectores medios supuestamente portadores del proyecto de afirmación nacional, y a la dirección vertical y carismática dentro del aparato partidario. La concepción de Mariátegui se apoya en un proceso progresivo y constante de la organización y educación política desde las propias bases populares, que no excluye la organización partidaria, pero busca colocar como eje de la misma a los propios sujetos obreros y campesinos.”⁴¹

39 Ídem.

40 César Germaná, *El Socialismo indo-americano de José Carlos Mariátegui: Proyecto de reconstitución del sentido histórico de la sociedad peruana*, Centenario (Lima: Amauta, 1995).

41 Denis Sulmont, “El enfoque clasista,” PUCP, p. 3.

Resulta pertinente subrayar, cómo la propuesta de una relación instrumental entre un partido y el movimiento, proviene en nuestra tradición, del aprismo antes que del comunismo. Las consecuencias de estos matices serán percibidas con mayor claridad a partir de los años 50 cuando la CTP con predominio aprista se subordine a las directivas del partido aprista.

Luego de establecer una posición clara frente a Haya de la Torre, Mariátegui desarrolla una labor incesante entre el movimiento sindical de Lima. Ya habiendo asumido el marxismo luego de su viaje a Europa, se dedica a diversas tareas. Por un lado, la producción de su obra principal, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* que, a juicio de muchos estudiosos del marxismo, representa el primer y más logrado intento de hacer una lectura marxista a las condiciones históricas y sociales de América Latina a través del Perú⁴².

De forma paralela, realiza una labor de coordinación y discusión con los sindicatos locales para persuadirlos de dos objetivos: la formación de un núcleo político partidario en clave marxista y la centralización del movimiento sindical en una confederación nacional. Ambos temas eran materia de intensas discusiones en los círculos obreros y estudiantiles en Lima y otras ciudades del país. Los viejos anarcosindicalistas sostenían sus habituales objeciones a la “forma partido” y especialmente a la posibilidad de participar en procesos electorales. Al mismo tiempo, no miraban con buenos ojos la centralización del movimiento sindical en una instancia nacional y seguían defendiendo un modelo federativo de sindicatos regionales⁴³.

Sin embargo, las posiciones que defendía Mariátegui tuvieron mayor acogida y en 1928 un pequeño grupo conforma el Partido Socialista bajo criterios marxistas. Al año siguiente, Mariátegui anima

42 Germaná, ob. cit.

43 Jorge Del Prado, “Manual de Sindicalismo: Organización y lucha sindical,” (manuscrito no publicado, 2008).

a diferentes organizaciones sindicales para constituir la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP)⁴⁴.

La temprana muerte de Mariátegui, producto del maltrato recibido por la represión política y su resquebrajada salud, significó un serio traspás para los proyectos institucionales que estaba desarrollando. De manera apresurada, el Partido Socialista se convierte en Partido Comunista y se subordina a las indicaciones de la III Internacional. El movimiento laboral se vio privado de su más inteligente pensador y tuvo que enfrentar una fuerte represión en la siguiente década. A inicios de los años 30, el Partido Aprista, el Partido Comunista y la CGTP son declarados ilegales y sus militantes sufren persecuciones, cárcel y destierro⁴⁵.

El Estado va a definir, a partir de entonces, una política frente a la clase obrera. El objetivo fundamental es incorporar a las masas obreras al proyecto de país que se empieza a construir al margen de la república oligárquica. La modernización del país supone un desarrollo industrial y del mercado interno, así como del funcionamiento de las industrias en un clima laboral adecuado. Lo cual supone la existencia de sindicatos que regulen los reclamos salariales. Al mismo tiempo, las élites modernizadoras están más preocupadas por el “problema indígena” y, por lo tanto, ven al obrero como una suerte de redentor del indígena⁴⁶.

Se requiere entonces de un proletariado despolitizado, es decir, sin influencias apristas o comunistas y con una capacidad de negociación restringida a lo local. Esto supuso mantener la prohibición

44 Denis Sulmont, *El movimiento obrero peruano (1890-1980): reseña histórica* (Tarea, 1980).

45 Adám Anderle, *Los movimientos políticos en el Perú: Entre las dos guerras mundiales ensayo* (Ciudad de La Habana Cuba: Casa de la Américas, 1985).

46 Paulo Drinot, *La seducción de la clase obrera: Trabajadores, raza y la formación del estado peruano*, Serie Perú problema 44 (Lima: Instituto de Estudios Peruanos; Ministerio de Cultura Viceministerio de Interculturalidad, 2016).

de las organizaciones nacionales, como la CGTP, y tolerar la existencia de sindicatos de empresas. De esta manera, desde los años 30 hasta la Segunda Guerra Mundial, la acción colectiva de los trabajadores estará limitada por el Estado a la disputa salarial en el ámbito de la empresa. Esta suerte de pacto silencioso se verá alterado por la Segunda Guerra Mundial.

Fracturas y tensiones en el sindicalismo peruano

Una de las fracturas más antiguas y aún no superada en el movimiento sindical peruano ha sido la que dividió a apristas y comunistas. En el marco de los cambios políticos internacionales provocados por la lucha contra el fascismo en la Segunda Guerra Mundial, el gobierno peruano relajó las prohibiciones que pendían sobre las organizaciones sindicales y políticas. Los socialistas chilenos animaron una reunión en Santiago de Chile, donde representantes sindicales apristas y comunistas discutieron la posibilidad de reconstruir el movimiento gremial.

De allí salen varios acuerdos. El primero era la conformación de la Confederación de Trabajadores del Perú (CTP). No podía denominarse CGTP, pues la norma que la prohibía seguía vigente. Asimismo, acordaron seguir el modelo chileno establecido en la CUT en ese entonces, por el cual socialistas y comunistas alternaban la dirección del gremio. Con esos criterios, el 1 de mayo de 1944 en la tumba de José Carlos Mariátegui se funda la CTP. El primer presidente era el comunista Juan P. Luna y en la secretaría de organización asume un dirigente aprista. Esta conformación debía durar un año y luego en un congreso se procedería a la alternancia. Transcurrido el año, los apristas rompen el acuerdo y desplazan a los delegados comunistas apoderándose de la CTP. Este hecho fue leído como una traición de los apristas y marcó una fractura en esa generación de activistas sindicales⁴⁷.

47 Anderle, ob. cit.

Durante los años 50, el ánimo de los activistas del PC en el movimiento sindical fue la denuncia del sindicalismo aprista y la pugna por recuperar la CTP. La defensa cerrada de los apristas, incluso recurriendo a la violencia, polarizó aún más las posiciones y subrayó las tendencias excluyentes. Esta división va a traducirse luego en las diferentes federaciones sectoriales y provocar disputas en textiles, mineros, construcción civil y demás espacios donde apristas y comunistas operaban.

Al mismo tiempo, la crisis del modelo de dominación oligárquico empezaba a notarse con mayor claridad. Las migraciones del campo a la ciudad se desarrollan ampliamente, a la par del proceso de industrialización que reclamaba mano de obra en las ciudades. Estos procesos se dan de manera paralela a una democratización de la sociedad producto del “gobierno de la convivencia”.

“El *gobierno de la convivencia* reglamentó el derecho de asociación y estableció las normas para el reconocimiento de los sindicatos, además de una serie de dispositivos legales que institucionalizaron los conflictos laborales y la vida sindical. De esta manera, el número de sindicatos reconocidos pasó de 493 en 1955 a 1093 en 1961”⁴⁸

El sindicalismo aprista abrazó una corriente en boga en aquellos años denominada “sindicalismo libre”, que era la versión construida en el contexto de la Guerra Fría, de un sindicalismo anticomunista y conciliador⁴⁹.

Luego, a partir de los años 60 se consolida una nueva generación de activistas sindicales en las ciudades del país y especialmente Lima. De forma paralela, la actuación de la CTP se articula a las esferas del

48 CVR, “Informe final de la CVR del Perú: 3.2 Los sindicatos, los gremios empresariales y las organizaciones de mujeres” (Lima, 2003), pp. 318–19.

49 Sulmont, ob. cit.

poder y pierde legitimidad entre las bases sindicales. Se trata de un periodo de cambio, disputa y debate político. La revolución cubana, la guerra de Vietnam, Mayo del 68 y el Che en Bolivia, van configurando un clima político contestatario y cuestionador. Aparecen grupos reformistas incluso dentro de la Iglesia Católica.

Los activistas del Partido Comunista desarrollan sus actividades y ganan influencia en la Federación Bancaria, construcción civil, textiles, metal mecánico y las industrias de manufactura que aparecen en las principales avenidas de la capital. Con la crisis económica de 1967 el descontento crece y el sindicalismo aprista es incapaz de canalizar las protestas obreras.

En el movimiento sindical cercano al Partido Comunista se desarrolla un debate alrededor de la estrategia que debería seguirse con respecto a la CTP. Por un lado, un sector consideraba necesario “reorientar” la CTP a través de una mayoría clasista que se imponga en un congreso ordinario y desplace a la dirigencia aprista. Esta posibilidad era defendida especialmente por los cuadros más viejos del PC. Mientras tanto, la otra posición señalaba que las prácticas desarrolladas por la CTP la habían desprestigiado totalmente entre los trabajadores del país, por lo que era más conveniente constituir una nueva central sindical con orientación clasista. Estas discusiones se fueron incrementando desde la formación del Comité de Defensa y Unificación Sindical (CDUS) en 1966⁵⁰.

“Si bien desde fines de los años 50 ya se podía notar un conjunto de esfuerzos dirigidos, primero, a reorientar la central obrera y, luego, a crear una nueva central sindical, recién en 1968 la CTP tuvo un rival en la conducción sindical cuando se volvió a fundar la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP) sobre la base del Comité de Defensa

50 Jorge Del Prado, *Cuatro facetas de la historia del PCP* (Lima: Ediciones Unidad, 1987).

y Unificación Sindical (CDUS), que se había formado en 1966”.⁵¹

Y efectivamente, el debate concluye en la necesidad de constituir otra central sindical. En medio de estas discusiones se desarrolla la crisis política que origina el golpe militar de Juan Velasco Alvarado en 1968.

Apogeo y crisis del sindicalismo clasista

Unos meses antes que Velasco inicie el denominado “Gobierno revolucionario de las fuerzas armadas”, se constituye la CGTP en un congreso obrero, los delegados deciden retomar el nombre de la central que fundara Mariátegui en 1928. La conformación de la primera junta directiva de la nueva central incorporaba a dirigentes sindicales de las principales federaciones sectoriales y regionales como Arequipa y Cusco. Asimismo, políticamente, estaba conformada por comunistas, socialistas, acciopopulistas, reformistas e independientes. La reconstitución de la CGTP en el contexto del gobierno militar reformista representó la consolidación y desarrollo del “sindicalismo clasista” frente al sindicalismo libre o patronal desarrollado desde las bases sindicales con predominio aprista⁵².

El “sindicalismo clasista” fue la manera particular que desarrolló la acción colectiva del proletariado en el país. Se trataba de una práctica y un discurso, cuyos elementos esenciales comprendían una visión de las relaciones laborales sobre la base de la contradicción irresoluble entre patrones y trabajadores. Se asumía como una “contradicción antagónica de clases”, tal como lo plantea el marxismo⁵³.

51 CVR, ob. cit., p. 319.

52 Jorge Del Prado, *Manual de sindicalismo, organización y lucha sindical compendio teórico y práctico en diez lecciones y cuatro cuadros gráficos explicativos*, 3ª ed. (Lima: Talleres de Industrial Gráfica, 1967).

53 Sulmont, ob. cit.

Esta premisa suponía una alta dosis de belicosidad en el trato con los empleadores. Al mismo tiempo, construye una identidad colectiva entre los trabajadores por encima de sus diferencias étnicas, culturales y en menor medida de género. De esta manera, el clasismo logra superar las diferencias entre trabajadores “criollos” y “andinos”. En segundo lugar, propone una práctica colectiva autónoma, independiente del proyecto empresarial y gubernamental. Lo cual no impide que la relación entre el “partido” y el “sindicato” sea muchas veces instrumental cuando no clientelar. Esto era así porque el discurso clasista era en última instancia una manera particular de entender la praxis política en clave leninista. Más exactamente, se trataba de la relación entre la “conciencia de clase” y la praxis sindical. Lenin plantea que la práctica gremial por sí misma solamente puede “producir” una conciencia economicista entre los trabajadores. Por lo que es necesario una vanguardia política, que permita a los trabajadores alcanzar una “conciencia política socialista”. Esta manera de entender el proceso de desarrollo ideológico del proletariado implicaba una diferencia jerárquica entre la forma partido y la forma sindicato. Más adelante veremos las consecuencias políticas de este sesgo. El clasismo además suponía un ejercicio de solidaridad de clase y de democracia interna.

Como señala Sulmont:

“La denominación clasista está profundamente asociada a la historia del movimiento laboral en el Perú, fue acuñada en la época del anarquismo y de la propaganda socialista de José Carlos Mariátegui en los sindicatos; es retomada como forma de autoidentificación de las nuevas corrientes sindicales que desde fines de los años 1950 desplazan el liderazgo aprista y se acercan a la izquierda. El “clasismo” se consolida como orientación mayoritaria del movimiento sindical en la década de los 1970 convirtiéndose en patrimonio de un campo popular más amplio”.⁵⁴

54 Sulmont, ob. cit., p. 5.

Los años 70 representan un hito en la historia del movimiento sindical peruano. Alrededor del proceso velasquista existen aún importantes debates académicos y políticos. La relación con los sindicatos no ha sido estudiada de manera exhaustiva, aunque existen los trabajos de Denis Sulmont⁵⁵, Rosa María Balbi⁵⁶, Carmela Vildoso⁵⁷ y otros aportes en clave testimonial.

Es claro que las reformas de Velasco permitieron el desarrollo de la acción sindical y de la politización de amplios sectores populares. Se registró un importante crecimiento cuantitativo, pero también a nivel cualitativo. Se desarrollaron numerosos sindicatos de empresa que luego formarán federaciones sectoriales. En las bases sindicales aparecen volantes y boletines gremiales que alimentan a un público trabajador interesado en conocer las medidas que va dictando el gobierno reformista. Aparecen también numerosos periódicos de las distintas facciones, partidos y grupos de una izquierda que opera en los sectores populares.

“La creación de las comunidades laborales, la ley de estabilidad laboral, el reconocimiento legal de numerosas organizaciones sindicales y la reactivación económica al principio de la década sirvieron para consolidar el proceso de movilización del Estado en los años posteriores”⁵⁸

En este proceso, debemos señalar los siguientes elementos que van a configurar la acción colectiva del proletariado hasta los años 90. Para esta parte hemos recurrido principalmente a los debates y reflexiones desarrollados en el marco del proceso de autoreforma

55 Sulmont, ob. cit.

56 Carmen Rosa Balbi, *Identidad clasista en el sindicalismo su impacto en las fabricas* (Lima: DESCO, 1989).

57 Carmen Vildoso Chirinos, *Sindicalismo clasista: Certezas e incertidumbres* (Lima: EDAPROPO, 1992).

58 Sulmont, ob. cit., p. 6.

sindical desarrollado desde el Grupo de Trabajo de Autoreforma Sindical (GTAS) animado por la CSA y la OIT⁵⁹.

a. El sindicato de empresa

De esta manera, los límites establecidos por la legislación gubernamental, la concentración de las actividades económicas en algunos rubros y ciudades, la escasez de cuadros y activistas sindicales en el territorio nacional y la debilidad de los partidos populares y de izquierda determinaron, entre los años 40 a los 60, el modelo de organización sindical que va a prevalecer en nuestro medio, el de “sindicato de fábrica o empresa”.

El “sindicato de fábrica o empresa” constituye una forma de organización sindical circunscrita a los/as trabajadores/as de un determinado centro laboral o fábrica para coordinar la negociación colectiva de sus ingresos y condiciones de trabajo directamente con su patrón. Este sindicato tiene autonomía y soberanía en su acción sindical. Esta forma de organización privilegia a los sectores más modernos y a las empresas más rentables. Pues son en estos centros laborales donde es posible tolerar la presencia de una organización sindical. Al reducir la negociación colectiva al ámbito del centro laboral, se dispersa la fuerza sindical y se deja sin protección a los/as trabajadores/as más débiles. Los niveles de coordinación y articulación por rama y territorial son escasos, y generalmente parten del interés de los sectores más débiles, mientras que los sindicatos más fuertes generalmente optan por estrategias en singular y de aislamiento⁶⁰.

La identidad sindical y la conciencia de clase, temas fundamentales en la construcción del sindicalismo, se ven también fragmentadas bajo este modelo. El trabajador se siente identificado con

59 GTAS, *Procesos de autoreforma sindical en las Américas* (Sao Paulo: CSA, 2010).

60 Ídem.

su “sindicato de empresa” antes que con un movimiento social o popular. La solidaridad adquiere entonces un carácter accesorio y coyuntural.

b. La relación partido sindicato

Entre sindicato y partido siempre ha existido una relación cercana, a veces sencilla y fácil, otras veces tensa y complicada. La izquierda ha sido la principal fuerza política que ha tratado de organizar y movilizar el mundo del trabajo. De esta manera, el pensamiento de izquierda es algo así como un horizonte cultural para los sindicalistas. En el caso peruano, desde los anarcosindicalistas y luego Mariátegui, las ideas de cambio y revolución han sido parte del imaginario sindical.

Las ideas, discursos y símbolos con que se comunican e identifican los trabajadores se forman en el proceso de las relaciones sociales. Entonces, el sujeto social (los trabajadores) es el punto de partida para entender los cambios en el sindicalismo y sus relaciones partidarias. Desde muy temprano en la historia del sindicalismo peruano se desarrolla una tendencia de establecer una jerarquía entre partido y sindicato. El sindicato así no es autónomo, sino dependiente de la razón partidaria. Desde el marxismo soviético se plantea la figura de las “correas de transmisión” para explicar esta dependencia⁶¹.

Básicamente, la subordinación del sindicato al partido tiene un origen coyuntural en la tradición marxista. Durante la Revolución rusa, Lenin, en medio de una guerra civil, entiende la necesidad de centralizar alrededor del partido al conjunto de organizaciones sociales y utiliza la frase de “correa de transmisión”. Sin embargo, una vez pasados los primeros años de la revolución y ante la consolidación

61 GTAS, ed., *Procesos de autoreforma sindical en las Américas* (Sao Paulo: CSA, 2011).

de la NEP, Lenin registra el nuevo rol de los sindicatos, afirmando su autonomía para poder denunciar cualquier desviación burocrática del naciente Estado obrero. Lamentablemente, ya Stalin aparecía y dejaba en suspenso la prédica leninista.

Durante la Guerra Fría, los partidos comunistas trataron con diferente éxito de subordinar a los sindicatos. En la práctica se trataba de una profunda desconfianza en los trabajadores. La política era el ámbito de los partidos dejando al sindicato el reclamo económico. Sin embargo, instrumentalizar a los sindicatos no fue una práctica exclusiva de los comunistas, sino un reflejo de las tensiones de la Guerra Fría. Por ejemplo, la AFL-CIO tuvo un papel lamentable en este periodo, articulada casi de manera orgánica a los intereses del Estado, a la política anticomunista del gobierno de EE.UU. en los 50. En el caso peruano, la CTP se convirtió en una herramienta de los apristas para acallar cualquier reclamo laboral.

Entonces, decir que un sindicato es *correa de transmisión* del partido, representa dos cosas: negar la posibilidad del sindicato para actuar autónomamente y, a la vez, desaloja del ámbito político al sindicato dejándole el terreno del reclamo económico⁶².

En el Perú, José Carlos Mariátegui había separado claramente la lógica partidaria de la razón sindical. Reconoce la necesidad de los trabajadores de hacer política con ambos instrumentos, los cuales deben respetarse mutuamente. No hay en su pensamiento nada que pueda justificar la subordinación del sindicato por el partido. Sin embargo, esta práctica no fue seguida y defendida por quienes se reclamaban sus seguidores.

62 Isidor Boix, “La “Autoreforma” del sindicalismo latinoamericano como expresión de la autonomía sindical,” en *Procesos de autoreforma sindical en las Américas*, ed. GTAS (Sao Paulo: CSA, 2011).

c. Clasistas y revisionistas

La subordinación de la organización gremial a los objetivos político-partidarios tuvo como efecto la fragmentación de las organizaciones sindicales sobre la base de afiliaciones partidarias. En la práctica esto supuso rupturas, divisiones, afiliaciones y desafilaciones a federaciones o a la propia CGTP, con base en la posición de los grupos de izquierda. Para justificar estas rupturas que respondían a lógicas partidarias, en clave sindical, se establecen dos categorías opuestas: clasistas y revisionistas.

Los primeros representaban la fiel continuación de los principios de Marx, Lenin y Mariátegui aplicados a la realidad nacional y, por lo tanto, eran garantía de una línea correcta. Ser “clasista” suponía mayor radicalidad en la negociación colectiva y demás conflictos laborales. Los “revisionistas” por el contrario, representaban la traición a los principios y, por tanto, la claudicación en la lucha gremial. Como sabemos, el término viene del ámbito político y alude a aquellos que “revisan” los textos del marxismo y trastocan sus “enseñanzas”, desvirtuándolos para justificar su política de concesiones a los empresarios o gobiernos.

El clasismo es una identidad sindical que se construye primero en oposición al sindicalismo patronal o amarillo de los apristas. Una vez derrotados gremialmente estos, el discurso clasista construye un nuevo enemigo: los revisionistas, casi con las mismas características del grupo anterior. Se desarrolla así una lógica de legitimación con base en criterios externos a la dinámica sindical. Lo cual tendrá consecuencias que veremos en el siguiente punto.

d. Paralelismo y divisionismo

Se ha señalado que la década de los 70 registró un crecimiento extraordinario del número de sindicatos constituidos y reconocidos por el Estado, así como de la afiliación sindical entre los trabajadores. Sin embargo, de manera simultánea a este crecimiento podemos identificar el fraccionamiento del movimiento sindical peruano.

Se denomina “paralelismo” a la existencia de dos o más organizaciones gremiales que coexisten en un mismo ámbito de representación. Puede ser una empresa, una sectorial o un territorio específico. Generalmente, las organizaciones paralelas responden a diferentes orientaciones político-partidarias. Es el caso de las dos federaciones textiles que hasta la actualidad existen en dicho sector. Una responde a la corriente aprista y otra es de izquierda. Al mismo tiempo, en el sindicalismo peruano se señala como “divisionismo” a las prácticas por las cuales una minoría dentro de una organización sindical se apartaba de la misma y conformaba una nueva organización gremial. Generalmente, se trataba de un grupo que perdía algún proceso electoral, ya sea de manera legal o no⁶³.

En los casos de divisiones, resulta pertinente señalar que la estructura sindical establecida en la mayoría de los estatutos de los sindicatos de empresa disponía de mecanismos y procedimientos para resolver los conflictos intersindicales. Sin embargo, eran las decisiones de los agentes prescindir de arreglos institucionales y optar por rupturas.

Todo lo anterior nos hace notar que la cultura sindical de los años 70 en adelante comprendía un uso ambiguo de la democracia. Por un lado, el discurso sindical reclamaba un ejercicio radical de democracia, teniendo a la asamblea como instancia fundamental y sus acuerdos como mecanismos para conducir huelgas y conflictos. Por otro lado, mantenía un uso instrumental de los procedimientos democráticos, reduciendo de esta manera las garantías para el desarrollo de minorías.

La lógica establecida entre partidos y sindicatos, era que, los grupos políticos brindaban un mayor soporte a las organizaciones gremiales donde sus dirigentes respondían a la misma afiliación. Y

63 Del Prado, ob. cit.

por tanto, apoyaban menos cuando dichos dirigentes perdían los procesos electorales. De esta manera, los dirigentes sindicales tenían un fuerte incentivo para salir de la organización luego de una derrota electoral y conformar una nueva organización, en donde podían disponer de la dirección gremial. Otro efecto pernicioso de este proceso era la limitación de la pluralidad en la democracia sindical. Los grupos políticos más que buscar un control total, optaban por reducir la presencia de otras voces en el sindicato⁶⁴.

A mediados de los 70 esta lógica había dibujado una suerte de mapa sindical donde determinados sectores estaban adjudicados a ciertos grupos políticos. La manufactura con el PC, el magisterio con Patria Roja, los mineros con la “nueva izquierda” y así sucesivamente. Se trataba casi de una suerte de feudalización de los sujetos sociales por parte de las agrupaciones políticas.

e. La negociación colectiva y la defensa legal

El proceso descrito líneas arriba, junto con los cambios a mediados de los 70, cuando el proyecto velasquista entra en crisis y asume Morales Bermúdez, van a tener serias consecuencias en el movimiento sindical. La crisis económica mundial de 1973 por efecto de los precios del petróleo, supone la caída de las tasas de crecimiento del país y, por ende, de las remuneraciones. Los sindicatos inician entonces una lucha sostenida en el marco de la negociación colectiva para defender la capacidad adquisitiva del salario.

Hay una dinámica por la cual el discurso clasista canaliza el descontento laboral mediante movilizaciones, huelgas y protestas. Al mismo tiempo, la base afiliada requiere que la protesta culmine en algún resultado concreto. De esta manera, se van a incrementar los incentivos para encontrar resultados a través del proceso de

64 Carlos Mejía A., *Trabajadores, sindicatos y nuevas redes de articulación social*, Documento de trabajo / Instituto de Estudios Peruanos no. 88 (Lima: IEP, 1998).

negociación colectiva. La acción sindical adquiere un sesgo jurídico cada vez mayor. Luego de los paros nacionales de 1977 y 1978, alrededor de cinco mil dirigentes sindicales son despedidos de sus centros de trabajo. La lucha por la reposición fue uno de los ejes principales de la acción gremial desde entonces, la que se desarrollaba tanto en el ámbito político como jurídico⁶⁵.

Con el establecimiento del régimen democrático a partir de 1980, como han señalado diversos analistas, la atención de los partidos de izquierda deja de estar en los sindicatos y otras organizaciones populares y pasa a la asamblea constituyente de 1979 y luego al Congreso elegido en 1980. Esto completa la transición en los sindicatos que pasan del asesor político al asesor jurídico en estos años.

El cambio va a marcar el sindicalismo de los 80. Las reformas legales que empiezan a desregular las relaciones laborales van en el mismo sentido. Se trata de despolitizar a un sujeto social y de judicializar tanto su discurso como su acción colectiva. En el escenario democrático, las luchas sindicales al despolitizarse perdieron centralidad en el escenario público.

Como lo señala Offe para el caso europeo:

“En el momento en que se organiza la participación política de las masas en forma de democracia competitiva de partidos, la propia dinámica de esta forma organizativa pervierte y obstruye la realización de los intereses y la política de clase de diversas maneras: oportunismo (Luxemburgo), oligarquización (Michels) o inevitable sumisión plebiscitaria de las masas a los impulsos irracionales del líder carismático y utilización demagógica de la “maquinaria” burocrática del partido (Weber)”⁶⁶

65 Ídem.

66 Claus Offe, “Democracia competitiva de partidos y Estado de Bienestar Keynesiano. Reflexiones acerca de sus limitaciones históricas,” en *Lecturas sobre el Estado y las*

Se abre, desde entonces, un periodo caracterizado por el declive de la presencia sindical tanto en la economía, como en la política y la sociedad del país. Se reduce el número de asalariados vinculados a las actividades industriales, crecen las actividades de servicios y el centro sindical pasa de los obreros de manufactura a los empleados estatales. Las reformas que desarticulan los principales avances obtenidos en la década anterior debilitan al sindicalismo, especialmente los procesos de privatización de las empresas públicas. La globalización, junto con la guerra interna, el desastre económico del primer gobierno de García y luego las reformas desreguladoras del fujimorismo son el contexto mayor sobre el cual se desarrolla el declive sindical⁶⁷. Con diferentes etapas y factores, lo anterior configura un escenario de crisis en el movimiento sindical que se mantiene hasta el presente.

5. La crisis del sindicalismo peruano

Los años 90 significaron para el Perú la crisis de la democracia y el régimen de partidos surgido en los 80, la instauración de una dictadura, que articulaba una nueva alianza entre militares y sectores empresariales, quienes a través de Alberto Fujimori aplicaron el Programa Neoliberal de Ajuste Estructural orientado por el FMI y el BM⁶⁸.

Mientras tanto, en el plano social, el mundo del trabajo viene enfrentando un conjunto de cambios sociales y económicos. Estos

políticas públicas: Retomando el debate de ayer para fortalecer el actual, ed. Carlos Acuña (Buenos Aires: Jefatura del gabinete de Ministros, 2007), p. 104.

67 Enrique De la Garza Toledo, ed., *Sindicatos y nuevos movimientos sociales en América Latina*, 1ª ed. (Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO, 2005).

68 Romeo Grompone y Carlos Mejía A., *Nuevos tiempos, nueva política: El fin de un ciclo partidario*, Colección mínima 32 (Lima: IEP, 1995).

cambios han afectado la composición de las fuerzas productivas y el mercado de trabajo. Los procesos de transformación que podemos denominar como “globalización” han significado para los/as trabajadores/as el trastocamiento del orden económico, social y político establecido con claridad a partir de la segunda posguerra.

Los cambios en la organización del trabajo a partir del colapso del modelo fordista, originados en el impacto de las nuevas tecnologías, han significado la definición de un nuevo mapa social de los/as trabajadores/as. El perfil del trabajador fordista está en retroceso. Hoy en día, no existe un único ejército industrial, sino una clase obrera subdividida en múltiples capas y estamentos según especializaciones, ingresos, patrones de consumo y marcos legales⁶⁹. Muchas veces, los intereses de un sector se confrontan con los de otro grupo de trabajadores en un mismo país o fuera de sus fronteras⁷⁰.

En este escenario, las relaciones laborales, diseñadas en el marco de la Guerra Fría y el estado benefactor, se han visto claramente alteradas. La desregulación laboral y el consecuente debilitamiento del Estado, como árbitro del conflicto social, han significado que un porcentaje cada vez mayor de trabajadores/as se encuentre en una situación de precariedad y desprotección jurídica.

Las nuevas modalidades de contratación que utilizan intermediarios debilitan el vínculo contractual y ocultan la responsabilidad del empleador en las condiciones de trabajo. Estos cambios definen nuevos grupos de trabajadores/as, más allá del tradicional asalariado con estabilidad o contrato laboral indefinido. La alta movilidad ocupacional implica también un reto para la organización sindical.

69 Claus Offe, *La sociedad del trabajo: Problemas estructurales y perspectivas de futuro* (Madrid: Alianza Editorial, 1992).

70 Omar Manky, ed., *Trabajo y sociedad: Estudios sobre el mundo del trabajo en el Perú* (Lima, Perú: CISEPA, Centro de Investigaciones Sociológicas, Económicas, Políticas y Antropológicas, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2017).

Como señala Oscar Dancourt, no resulta exagerado señalar que el proceso de los 90 fue un “vasto cambio estructural en el aparato productivo limeño”. Dos consecuencias se desprenden de esto, por un lado, la expulsión de mano de obra a partir de la desindustrialización y, por otro lado, por efecto de la privatización de empresas públicas y el recorte del tamaño del aparato estatal⁷¹.

De la mano con estas transformaciones en la estructura del mercado de trabajo, se desarrollaron importantes cambios en la legislación laboral que clausuran el modelo de relaciones laborales instaurado en los años 70.

Se colocan una serie de limitaciones y obstáculos a la libertad de organización y al papel que cumplen los sindicatos en la defensa de los derechos laborales. El modelo de relaciones laborales establecido por la dictadura fujimorista ha sido un obstáculo para la organización sindical en el país. De aquí parte una de nuestras hipótesis principales: el cambio en la estructura del aparato productivo y el modelo de relaciones laborales ha permitido y alentado el crecimiento del número de trabajadores/as fuera del ámbito de protección sindical. Se ha configurado así un nuevo escenario que descoloca el tradicional rol de los sindicatos en la vida social.

“Otra manera de enfocar la derrota clasista es la de plantear la pérdida de centralidad de la clase obrera. De acuerdo con este planteamiento, la crisis ha socavado estructuralmente las bases principales del sindicalismo clasista –los trabajadores asalariados y el proletariado industrial en particular–, desdibujando la condición obrera y su perfil de clase. El movimiento clasista habría sido incapaz de reconocer este debilitamiento, enfrascándose en una lucha radical sin perspectiva”⁷²

71 Oscar Dancourt y Félix Jiménez, eds., *Crisis internacional: Impactos y respuestas de política económica en el Perú*, 1. ed. (Lima, Perú: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009).

72 Sulmont, ob. cit., p. 16.

Se trata de una crisis en tres niveles. En primer lugar, es una *crisis de representatividad*, en tanto existe un desfase entre el sujeto laboral y el sujeto sindical. La edad promedio de un trabajador peruano es 25 años, el de un sindicalista es de 45 años. Esta es la brecha generacional que provoca tantas tensiones. En el mercado laboral, la mitad de los trabajadores son mujeres, en el sindicato no llegan al 20%. Esto crea mayores brechas comunicativas, culturales y de sensibilidades.

En segundo lugar, tenemos la *crisis de representación*. La tasa de afiliación sindical en la última década está en un dígito. Es una de las más bajas en nuestra historia. El trabajador sindicalizado representa una minoría cuyas demandas inmediatas difieren del conjunto de asalariados y trabajadores del país. Si revisamos las diferentes plataformas del movimiento sindical en la última década podemos registrar que responden a las preocupaciones de los trabajadores con estabilidad laboral y negociación colectiva, especialmente del sector estatal. La ausencia de una mirada “de clase” al mundo del trabajo, por parte de los colectivos sindicales, ha permitido que la derecha sostenga con relativo éxito el discurso del “sindicalista privilegiado”. Al mismo tiempo, la debilidad estructural del sindicalismo impide que logre alcanzar resultados positivos más allá de su estrecha área de influencia.

Finalmente, ambos procesos suponen una *crisis de identidad*. En los años 70, como hemos visto, bajo el discurso y la práctica del sindicalismo clasista se logró amalgamar una serie de identidades culturales en función de una acción conjunta. Con los cambios estructurales ya descritos, las políticas neoliberales, así como los procesos culturales propios de la globalización, han fragmentado las identidades de clase. En el caso peruano, además, debemos de insistir en el proceso de desideologización que todo lo anterior supone. El sindicalismo clasista ha dejado de ser un elemento aglutinador o referente social. Como señalan diversos autores, la pérdida de centralidad del trabajo, supone que otros espacios y actividades

tendrán mayor peso para construir las identidades en el mundo social⁷³.

La crisis del sindicalismo supone la crisis de la acción colectiva de los trabajadores. Y explica los magros resultados en el presente siglo. Si uno observa desapasionadamente la realidad del mundo del trabajo desde una mirada general, más allá de las etiquetas usuales de formal/informal, empleado/desempleado/, asalariado/autónomo, hombre/mujer o urbano/rural; lo que tenemos es un elemento común: la precariedad laboral⁷⁴.

Mientras en otras latitudes se ha venido estudiando y discutiendo sobre una “revitalización sindical”⁷⁵, en el caso peruano la situación es menos clara⁷⁶. Más allá de acotados casos en número y tiempo, no se registran cambios significativos para establecer un periodo de revitalización o de renovación sindical. Los conflictos laborales desde los años 90 en adelante vienen golpeando a la clase obrera, aislándola política y socialmente⁷⁷.

La situación de los trabajadores y trabajadoras en el país es de dominación y explotación. Sus esfuerzos por resistir son constantes, pero generalmente infructuosos. El proceso de lucha de clases que se desarrolla en nuestra sociedad derrota y somete al proletariado peruano en numerosas coyunturas. Sin embargo, como lo sabía bien el propio Marx, los procesos sociales no son concluyentes y la historia es un libro en continua escritura. En la última década se han registrado avances en algunos sectores, como los trabajadores textiles, los de manufactura y de construcción civil. No se encuentran lo

73 Mejía A., ob. cit.

74 GTAS, ed., *Procesos de autoreforma sindical en las Américas* (Sao Paulo: CSA, 2012).

75 Julieta Haidar, “Revitalización sindical en argentina. ¿Sindicalismo de movimiento social o neocorporativismo segmentado?”

76 Manky, ob. cit.

77 Grompone y Mejía A., ob. cit.

suficientemente consolidados para sostener un pronto cambio en la correlación de fuerzas, pero nos permiten saber que todo esto recién empieza.

UN ACERCAMIENTO AL ANÁLISIS DEL DESARROLLO ECONÓMICO DEL CAPITALISMO EN EL PERÚ

*Jan Lust**

El Perú es un país en la periferia del capitalismo mundial. Su desarrollo está condicionado por el desarrollo del capitalismo en el Norte Global.

El Norte Global está formado por aquellos países que se denominan países capitalistas avanzados. Estos países forman parte de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Sin embargo, no todos los países que pertenecen al Norte Global son países capitalistas avanzadas o miembros de la OCDE. Aunque China no se considera un país capitalista avanzado y no pertenece a la OCDE, en función de su poder económico global lo consideramos parte del Norte Global. Los países que pertenecen al Sur Global son países capitalistas dependientes.

* Doctor en Estudios de Desarrollo (Universidad Autónoma de Zacatecas) y Magíster en Economía (Universidad de Ámsterdam). Es investigador y profesor de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Ricardo Palma. Es autor del libro *Capitalism, class and revolution in Peru, 1980-2016*, publicado por Palgrave MacMillan. Sus intereses académicos abarcan la política económica internacional, el desarrollo político, económico y social del Perú, cuestiones laborales, clase, movimientos sociales y lucha guerrillera. Correo de contacto: janlust@ymail.com.

El hecho de que el desarrollo en el Perú está condicionado por el desarrollo en el Norte Global, ha creado un desarrollo capitalista particular que sostiene las relaciones de dependencia con los países capitalistas avanzados. Entonces, el desarrollo capitalista en el Perú es una forma especial del desarrollo capitalista. Sin embargo, creemos que no podemos hablar específicamente sobre un capitalismo peruano ya que su modo de operación es, en cierta forma, similar al capitalismo en otros países periféricos. A lo sumo podríamos hablar de un capitalismo con características peruanas.

En términos generales, se puede argumentar que las leyes y contradicciones generales del desarrollo capitalista, tal como las describió Marx, también se aplican al Perú. Sin embargo, el desarrollo específico del país en los últimos cincuenta años y su papel en la división internacional del trabajo muestran que estas leyes y contradicciones no pueden “utilizarse” mecánicamente como un marco explicativo para comprender la realidad política, económica y social del Perú. Por esta razón, creemos que la economía política marxista debe combinarse con la teoría de la dependencia sobre el desarrollo capitalista periférico, ya que esta teoría no solo ayuda a explicar las relaciones de dominación y opresión entre el Perú y el Norte Global, sino también, por ejemplo, a responder la pregunta de por qué la economía peruana se divide en una economía al servicio de las principales corporaciones privadas, especialmente las transnacionales en el sector extractivo, y una economía de pequeñas microempresas.

Este ensayo tiene como objetivo acercarnos a un análisis marxista del desarrollo económico peruano. En concreto tratamos de explicar el particular desarrollo de la tasa de ganancia en el Perú en las últimas cinco décadas, usaremos la versión marxista de la teoría de dependencia para comprender las razones principales para la continuidad del modelo extractivo de desarrollo desde su implementación en los años 1990, y, estrechamente relacionado con lo anterior, presentamos lo que denominamos la economía capitalista de subsistencia.

En este ensayo nos enfocamos en el desarrollo económico de la sociedad peruana. Sin embargo, queremos aclarar que consideramos el desarrollo de la sociedad peruana como el producto de la interacción entre las condiciones objetivas y subjetivas del desarrollo capitalista en el Perú.

Las condiciones objetivas del desarrollo capitalista de la sociedad deben considerarse como el desarrollo de su estructura económica y social (la base), y de su superestructura (el Estado, la ideología, etc.). Las condiciones subjetivas del desarrollo capitalista se refieren a la lucha de clases. Las relaciones entre las condiciones objetivas y subjetivas son relaciones dialécticas, en las cuales las condiciones objetivas deben considerarse como la instancia determinante. “La determinación en la última instancia”, como explica Carchedi, “significa que la instancia determinante hace que las instancias determinadas existan *como condiciones de la propia existencia (reproducción) o superación de la instancia determinante*. [...] Las instancias determinadas no se consideran en sus características específicas realizadas, sino en su funcionalidad, como condiciones para la existencia (reproducción) o superación de la instancia determinante. Son así porque la *instancia determinante estampa las instancias determinadas con su propio carácter de clase (contradictorio)*. Por lo tanto, estar determinado en la última instancia significa estar impreso por el carácter de clase (contradictorio) de la instancia determinante y, por lo tanto, ser una condición de reproducción o superación de la instancia determinante”.¹

Este texto está estructurado en cinco secciones y un apéndice. La sección uno presenta el desarrollo de la composición orgánica del capital, la tasa de ganancia y la tasa de explotación en el periodo 1970-2014. La sección dos intenta explicar por qué la tasa de ganancia en

1 Carchedi, Guglielmo (1987), *Class analysis and social research*, Oxford, Basil Blackwell Ltd, pp. 89-90.

el Perú tiende a subir. En la sección tres relacionamos el rol del Perú en la división internacional de trabajo con la continuidad del modelo económico basado en la exportación e inversión en los recursos minerales. La sección cuatro presenta lo que llamamos la economía capitalista de subsistencia. Finalmente, en la sección cinco ofrecemos algunos comentarios finales. En el apéndice explicamos cómo calculamos la plusvalía, la tasa de ganancia, la tasa de explotación y la composición orgánica del capital (COC).

1. La composición orgánica del capital, la tasa de ganancia y la tasa de explotación

El objetivo del capital es la acumulación. El capital se acumula para crear nueva plusvalía.² En el caso de que no se genere plusvalía, no se puede crear capital y el capitalismo entra en crisis. La acumulación del capital es el motor del desarrollo capitalista.³ Es la causa del progreso económico y la crisis económica.

La tendencia a acumular, “la tendencia a acrecentar el capital y a producir plusvalía en escala ampliada”, como dice Marx, es ley para la producción capitalista “impuesta por las constantes revoluciones de los propios métodos de producción, por la depreciación del capital existente, que esas revoluciones siempre provocan, por la lucha general de la competencia, y por la necesidad de perfeccionar la producción y ampliar su escala, nada más que para mantenerse, so pena de desaparecer. Es preciso, pues, que el mercado crezca sin cesar, de manera que sus conexiones internas y las condiciones que lo rigen adopten cada vez más la forma de leyes naturales, independientes

2 Mandel, Ernest (1969), *Tratado de economía marxista*. Tomo I, México, Ediciones Era S.A., p. 92.

3 Sweezy, Paul (1977), *Teoría del desarrollo capitalista*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 92.

de los productores, y que eluden cada vez más su control. Esta contradicción interna busca una solución en la ampliación del campo exterior de la producción. Pero cuanto más se desarrolla la fuerza productiva, más entra en conflicto con la estrecha base en que se asientan las relaciones de consumo”.⁴

Para que se produzca la acumulación, el capital debe apropiarse de la plusvalía incorporada en las mercancías. La acumulación del capital aumenta la demanda de la fuerza de trabajo y aumenta la COC. La COC puede definirse técnicamente y en términos de valor. La composición en términos de valor está determinada por la relación entre el valor del capital constante y variable. La composición técnica es la relación entre la masa de los medios de producción y la fuerza de trabajo necesaria para poner estos medios en movimiento.⁵ Aquí solo nos referiremos a la COC en términos de valor.

El aumento de la COC puede ser el resultado de la reducción del valor del capital variable, un aumento del valor del capital constante o una combinación de ambos. En general, la COC tiene una tendencia a aumentar como consecuencia de la introducción de nuevas tecnologías. Además, es importante subrayar que el capital constante tiende a reemplazar al capital variable.

Entre 1970 y 2014, la COC mostró una tendencia al alza. Es decir, en este periodo el aumento del capital constante (*stock* de capital) era más grande que el aumento del capital variable (todos los que reciben una remuneración). Esta es una tendencia a nivel mundial y no es una particularidad del capitalismo en el Perú.

Se supone que el aumento de la COC, causado por un incremento mayor de la parte constante de la COC que la parte variable, tiene

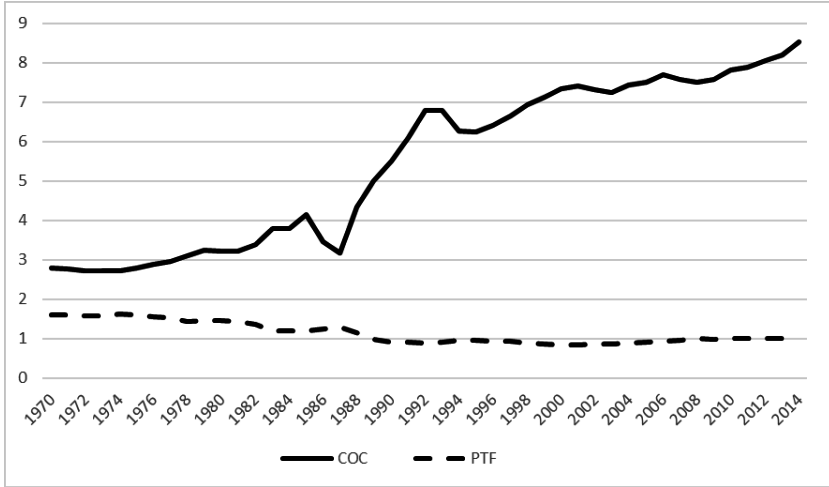
4 Marx, Carlos (1973a), *El capital. Crítica de la economía política*, Libro tercero, Buenos Aires, Editorial Cartago SRL, p. 264.

5 Marx, Carlos (1973b), *El capital. Crítica de la economía política*, Libro primero, Buenos Aires, Editorial Cartago, SRL, p. 587.

un efecto positivo sobre la productividad general del país. El uso de más maquinas o de tecnologías hace que el trabajador o empleado puedan producir más en un determinado tiempo. Sin embargo, en el período 1970-2014 la productividad total de los factores (PTF) mostró una tendencia a la baja y al estancamiento. Medida en precios constantes, la PTF se redujo en la década de los setenta (con una breve recuperación en 1974 y 1975) y los ochenta, y se estancó en los años comprendidos entre 1990 y 2014.⁶ Es decir, en el período 1990-2004 la PTF mostró una tendencia a la baja y de 2004 a 2014 mostró una tendencia al alza. En 2014, la PTF fue mayor que en 1990, pero menor en comparación con 1989. En la gráfica 1 presentamos el desarrollo de la COC y la PTF en el periodo 1970-2014.

6 Distinguimos entre el periodo antes y después de la década de los noventa por las siguientes razones. Las elecciones presidenciales de 1990 marcaron un punto de inflexión en la historia política, económica y social del Perú. Apenas once días después de su toma de posesión, el presidente Alberto Fujimori puso el país en un rumbo neoliberal. Los cambios introducidos por el gobierno de Fujimori terminaron una época y abrieron otra. Marcó el final de una década en la que el Estado fue considerado clave para el desarrollo y durante el cual la correlación de fuerzas de clase favoreció a la izquierda socialista, el movimiento obrero y las organizaciones populares en general. Las medidas políticas, económicas, sociales y represivas tomadas por el primer régimen de Fujimori (1990-1995), y especialmente después del autogolpe en abril de 1992, cambiaron radicalmente la correlación de las fuerzas de clase en favor del capital. Comenzó una época en la que el papel del Estado fue limitado para (i) defender el libre funcionamiento de los mercados; (ii) eliminar cualquier perturbación social que podría obstaculizar el funcionamiento de los mercados; y, (iii) promover una ideología a favor de los mercados y en contra de los procesos económicos y sociales organizados colectivamente. El actual dominio político, económico e ideológico del neoliberalismo en la sociedad peruana ha sido posible gracias a un cambio radical en la correlación de las fuerzas de clase producidas durante el régimen de Fujimori. Mientras que en la década de 1980 la lucha de clases en el Perú alcanzó sus niveles más altos, reflejados en la extensión de la lucha armada organizada por el Partido Comunista del Perú (PCP-SL) y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), y el poder político (electoral) de la alianza política socialista de la Izquierda Unida (IU); en la década de 1990 estas organizaciones desaparecieron o se debilitaron dramáticamente.

GRÁFICO 1
COC Y PTF: 1970-2014



Fuente: Penn World Table 9.0.⁷

El desarrollo de la COC y la evolución de la PTF están en concordancia con la estructura empresarial (la “dominación” de las microempresas), los procesos de privatización iniciados durante el régimen de Fujimori y el auge de los *commodities* desde la segunda mitad de la primera década del nuevo milenio. Mientras la privatización de las empresas estatales y el auge de los *commodities* aumentaron las inversiones privadas (la PTF aumentó en los periodos de 1993 a 1997 y de 2004 a 2011), la tasa nacional de productividad no aumentó estructuralmente, ya que la mayoría absoluta de la fuerza laboral ha sido, y sigue estando, ocupada en empresas con bajas tasas de intensidad de capital. También se puede argumentar que el aumento de la COC es sectorial o dependiente de la rama. En lugar

7 Fuente: <<http://febpwt.webhosting.rug.nl/Dmn/AggregateXs/VariableCodeSelect#>> (consultado 14/02/2019).

de un aumento nacional general, solo los principales sectores económicos o ramas, como los sectores extractivos, finanzas y telecomunicaciones, aumentaron su COC.

A pesar de la particularidad de la relación entre el desarrollo de la COC y la PTF del país, el aumento de la COC no correspondió con una disminución de la tasa promedio de ganancia. En el período 1980-2014 la tasa de ganancia promedio se incrementó.

En *El capital*, Marx explicó que la tasa promedio de ganancia tiene una tendencia a caer. Esta tendencia a la disminución es causada principalmente por el aumento tendencial de la COC.

El aumento de la COC promedio provoca una reducción relativa de la producción de valor y de la plusvalía. Aunque, en términos absolutos, se puede producir más valor y plusvalía porque se fabrican más mercancías, menos valor se incorpora en cada mercancía porque el aumento de la productividad causado por la implementación de nuevas tecnologías (aumento del capital constante, aumento de la COC) reduce, relativamente, el componente de trabajo en cada producto individual.

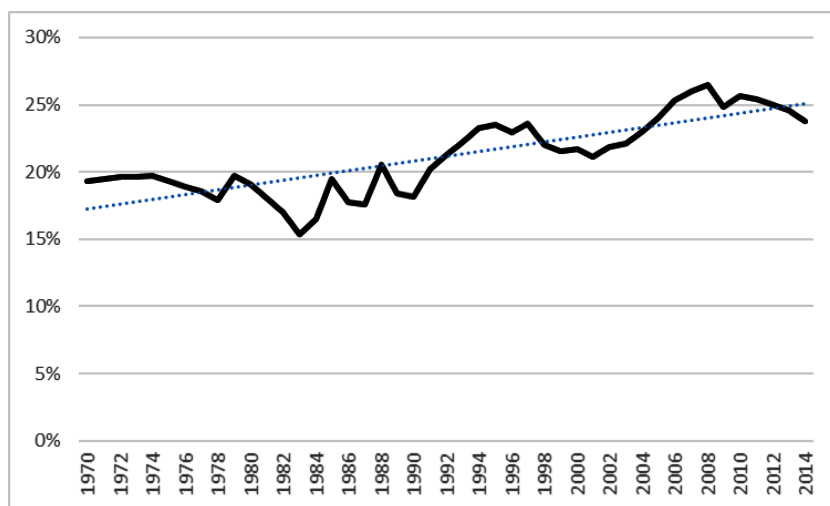
La tasa de ganancia es la relación entre la plusvalía y la suma del capital constante y variable. La tasa de ganancia es el indicador principal sobre el desarrollo económico general de la sociedad capitalista. El hecho de que las empresas capitalistas solamente operan para apropiarse plusvalía hace que el desarrollo de la tasa de ganancia sea fundamental para comprender el desarrollo económico. El desarrollo de la tasa de ganancia indica la capacidad creciente o decreciente del capital para apropiarse de la plusvalía.

Un aumento o una reducción de la tasa de ganancia no significa directamente un alza o baja en el desarrollo económico de un país. Sin embargo, nos dice que la situación económica para el capital está convirtiéndose en favorable o desfavorable, induciendo a decisiones empresariales que traducen una reducción de la tasa de ganancia en una reducción económica y un incremento de la tasa de ganancia en

un aumento del desarrollo económico. Entonces, se podría sustentar que el incremento de la tasa de ganancia en una economía capitalista se manifiesta en el desarrollo del Producto Bruto Interno (PBI).

En el gráfico 2 se presenta el desarrollo de la tasa de ganancia en el período 1970-2014.⁸ Se puede observar que, en contra de las expectativas de Marx, el aumento de la COC no correspondió con una disminución de la tasa promedio de ganancia. En el periodo 1970-2014 la tasa promedio de ganancia aumentó.

GRÁFICO 2
TASA DE GANANCIA DEL PERÚ: 1970-2014



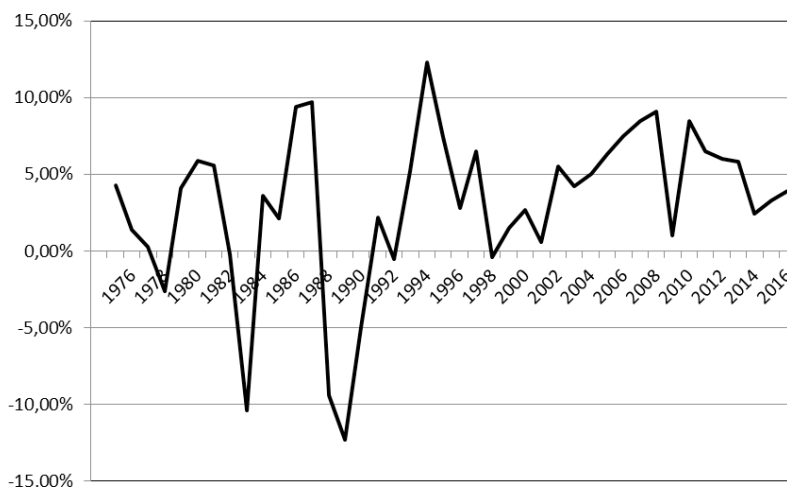
Fuente: Penn World Table 9.0.⁹

8 No hay datos disponibles para calcular la tasa de ganancia para 2015 a 2018. Vea el apéndice para el cálculo de la tasa de ganancia y la tasa de explotación.

9 Fuente: <<http://febpwt.webhosting.rug.nl/Dmn/AggregateXs/VariableCodeSelect#>> (consultado 14/02/2019).

El gráfico 3 presenta la evolución de la tasa de crecimiento del PBI real entre 1975 y 2016. La correlación entre la evolución de la tasa de ganancia y el desarrollo de la tasa de ganancia es más que obvio.¹⁰

GRÁFICO 3
TASAS DE CRECIMIENTO DEL PBI REAL: 1975-2016



Fuente: Banco Central de Reserva del Perú.¹¹

En general, como se explica con más detalle en la siguiente sección, la tendencia de la tasa de ganancia a subir es principalmente la consecuencia de la capacidad del capital para aumentar la tasa de explotación y el uso del instrumento de inflación (contra tendencias).

10 Parece que esta correlación no es extraña, como indican Carchedi, Gugliemlo y Roberts, Michael (2018), “The long roots of the present crisis: Keynesians, Austerians, and Marx’s Law”, en Gugliemlo Carchedi y Michael Roberts (coords.), *World in crisis. A global analysis of Marx’s Law of profitability*, Chicago, Illinois, Haymarket Books, pp. 25-26.

11 Fuente: <http://www.bcrp.gob.pe/docs/Estadisticas/Cuadros-Anuales/ACuadro_02.xls> (consultado 31/07/2017).

La tasa de explotación es la relación entre la plusvalía y el capital variable; también se le llama la tasa de plusvalía.¹²

El aumento de la tasa de explotación significa que el capitalista ha sido capaz de apropiarse de más plusvalía, sobre una determinada cantidad de trabajadores o empleados, que en el periodo anterior. Es decir, el aumento de la tasa de explotación se debe, principalmente, a un ataque a los derechos laborales y al ingreso real del proletariado.

El aumento del nivel general de precios permitió al capital apropiarse de la riqueza que estaba en las manos de la población trabajadora (reducción de los sueldos y salarios reales). En la tabla 1 presentamos la inflación entre 1970 y 2017 y en el gráfico 4 presentamos, para el mismo periodo, la evolución de la tasa de explotación.¹³

TABLA 1
INFLACIÓN ANUAL: 1970-2017 (EN PORCENTAJES)

Año	Inflación	Año	Inflación	Año	Inflación	Año	Inflación	Año	Inflación
1970	5,6%	1980	60,8%	1990	7649,6%	2000	3,7%	2010	2,1%
1971	7,7%	1981	72,7%	1991	139,2%	2001	-0,1%	2011	4,7%
1972	4,3%	1982	72,9%	1992	56,7%	2002	1,5%	2012	2,6%
1973	13,8%	1983	125,1%	1993	39,5%	2003	2,5%	2013	2,9%
1974	19,1%	1984	111,5%	1994	15,4%	2004	3,5%	2014	3,2%
1975	24%	1985	158,3%	1995	10,2%	2005	1,5%	2015	4,4%
1976	44,7%	1986	62,9%	1996	11,8%	2006	1,1%	2016	3,2%
1977	32,4%	1987	114,5%	1997	6,5%	2007	3,9%	2017	1,4%
1978	73,7%	1988	1722,3%	1998	6%	2008	6,7%		
1979	66,7%	1989	2775%	1999	3,7%	2009	0,2%		

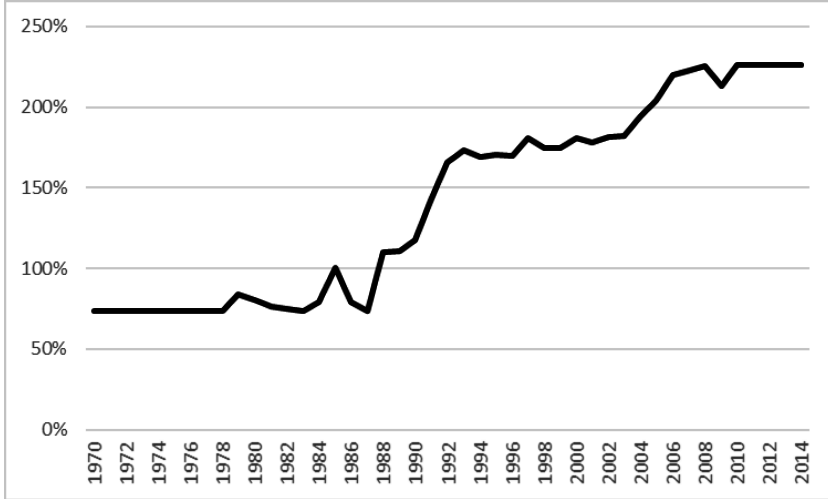
Fuente: Banco Central de Reserva del Perú.¹⁴

12 Marx (1973b), ob. cit., p. 220.

13 No hay datos disponibles para calcular la tasa de explotación de 2015 a 2018.

14 Fuente: <<https://estadisticas.bcrp.gob.pe/estadisticas/series/anuales/resultados/PM05197PA/html/1970/2018/>> (consultado 15/02/2019).

GRÁFICO 4
TASA DE EXPLOTACIÓN DEL PERÚ: 1970-2014



Fuente: Penn World Table 9.0.¹⁵

2. La particularidad del desarrollo de la tasa de ganancia en el Perú

Según Marx y muchos marxistas,¹⁶ la tendencia de la tasa promedio de ganancia a caer significa que no siempre y en todo momento cae. Hay varias fuerzas contrarrestantes que dificultan la caída de la tasa de ganancia. Se pueden identificar las siguientes contratendencias:

15 Fuente: <<http://febpwt.webhosting.rug.nl/Dmn/AggregateXs/VariableCodeSelect#>> (consultado 08/10/2018).

16 Ver por ejemplo los ensayos en el libro de Guillermo Carchedi y Michael Roberts de 2018 publicado por Haymarket Books (Chicago), que se llama *World in crisis. A global analysis of Marx's law of profitability.*

- 1) La reducción de los costos del capital constante. La importación de materias primas baratas del exterior ayuda a disminuir estos costos.
- 2) La devaluación de una parte del capital existente.
- 3) La transformación de una parte del capital en capital fijo que no sirve para la producción directa.
- 4) El aumento de la tasa de explotación.
- 5) La reducción de los salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo (sobreexplotación).¹⁷
- 6) Una reducción general de los costos del capital variable como consecuencia del aumento del ejército reserva de trabajo.¹⁸

El hecho de que en el Perú la tasa promedio de ganancia tiende a subir, hace suponer que en el país las contratendencias son las tendencias. Como mencionamos en la sección uno, las principales razones por el particular desarrollo de la tasa promedio de ganancia son la tasa de explotación y la inflación.

En el periodo de 1970 hasta 1978, la tasa de ganancia estaba cayendo. Eso fue, sobre todo, el resultado de la fuerza de la izquierda, la lucha del movimiento obrero y el creciente poder del movimiento popular en general. Es decir, la correlación de las fuerzas de clases estaba a favor del proletariado y del campesinado. Además, el gobierno militar del General Juan Velasco (1968-1975) introdujo políticas a favor de los intereses de las clases explotadas y oprimidas. Todo eso también ayudó a que la tasa de explotación

17 Ver por el concepto de sobreexplotación, Marini, Ruy Mauro (1985), *Dialéctica de la dependencia*, México D.F: Serie Popular Era.

18 Sweezy, ob. cit., pp. 110-113; Harvey, David (2006), *Limits to capital*, London / New York, Verso, p. 178.

se estancara, mientras el aumento de la COC por las inversiones en el capital constante no fue contrarrestado por el incremento de la tasa de explotación. La Ley de Estabilidad Laboral de 1970 que proporcionó la estabilidad absoluta a los trabajadores después de un período de prueba de tres meses y la implementación de comunidades laborales (ver más abajo), son ejemplos de medidas que beneficiaron a la población trabajadora.

Aunque definitivamente no era su intención, el régimen de Velasco ayudó a crear una plataforma política para que la izquierda difundiera sus propuestas para una radicalización de las reformas implementadas por el gobierno militar.¹⁹ Como explica Stephens, “el resultado de la Revolución peruana, entonces, no fue un cambio en el sistema político según el plan, sino un cambio en el equilibrio de las fuerzas políticas en favor del movimiento obrero y la izquierda como resultado de una interacción compleja entre la política estatal y la lucha de las fuerzas sociales para proteger y promover sus intereses”.²⁰ Según Grompone, el gobierno de Velasco no pudo controlar la gran variedad de movimientos sociales que había “apoyado” a surgir.²¹

El apoyo involuntario a las fuerzas de izquierda se canalizó en particular hacia la izquierda socialista o revolucionaria. Como tal, el gobierno ayudó a reorganizar la izquierda socialista después de la derrota de la guerrilla en 1965.²² Además, al atacar al capitalismo y

19 Roberts, Kenneth M. (1996), “Economic crisis and the demise of the legal left in Peru”, en *Comparative Politics*, vol. 29, no. 1, p. 73; Roberts, Kenneth M. (1998), *Deepening democracy? The modern left and social movements in Chile and Peru*, Stanford, Stanford University Press, p. 209.

20 Stephens, Evelyne Huber (1983), “The peruvian military government, labor mobilization, and the political strength of the left”, en *Latin American Research Review*, vol. 18, no. 2, pp. 86-87.

21 Grompone, Romeo (1991), *El velero en el viento. Política y sociedad en Lima*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, p. 168.

22 Ver Lust, Jan (2013), *Lucha revolucionaria. Perú, 1958-1967*, sobre la lucha guerrillera en la década de sesenta.

al imperialismo, el régimen contribuyó a superar su propia ideología de conciliación de clases. Por lo tanto, en este contexto podría entenderse que, a lo largo de la década de 1970, se crearon muchas nuevas organizaciones políticas de orientación socialista.

El gobierno de Velasco apuntaba a la industrialización del país. Aunque el régimen consideraba que la vía del desarrollo de la sociedad peruana no debería ser capitalista ni comunista, el capital extranjero mantuvo su importancia y presencia en la economía peruana.²³ Las corporaciones extranjeras y locales fueron consideradas claves para la industrialización del país.²⁴

Con la idea de desarrollar el capitalismo en el Perú, las políticas de la conciliación de clases fueron muy importantes. De hecho, una de las principales reformas implementadas por el gobierno de Velasco fue la creación de comunidades laborales. Se pensaba que estas comunidades podrían funcionar como vehículos para la reconciliación del capital y del trabajo. Dado que preveía las posibilidades que los trabajadores participarían en la administración de las empresas, y las empresas con comunidades laborales estaban obligadas a compartir las ganancias con sus trabajadores y empleados, se creía que estas comunidades podrían ayudar a aumentar la productividad y socavar el poder sindical.²⁵ Si bien las comunidades laborales apuntaron únicamente a la gestión conjunta (trabajadores y capitalistas/gerentes) en lugar de la autogestión, permitieron a la izquierda so-

23 Cabieses, Hugo y Carlos Otero (1978), *Economía peruana: un ensayo de interpretación*, Lima, Desco, pp. 61-69.

24 Bamat, Thomas, (1983), "Peru's Velasco regime and class domination after 1968", *Latin American Perspectives*, vol. 10, no. 2/3, p. 146.

25 Haworth, Nigel (1983), "Conflict or incorporation: the peruvian working class, 1968-79", en David Booth y Bernardo Sorj (coords.), *Military reformism and social classes, 1968-80*, London / Basingstoke, The MacMillan Press Ltd., ibídem, p. 101; Angell, Alan (1980), "Peruvian labour and the military government since 1968", University of London, Institute of Latin American Studies, Working Paper 3, pp. 31-32.

cialista impulsar una radicalización del papel de estas comunidades en las empresas.

La reforma agraria de 1969 eliminó a los grandes propietarios de las tierras. En concordancia con los puntos de vista de la Comisión Económica de América Latina y el Caribe (CEPAL) de los años cincuenta y sesenta, se pensó que el progreso duradero solo era posible con la industrialización del país.²⁶ Una reforma agraria fue considerada crucial para el desarrollo capitalista.²⁷ La reforma contribuiría a un aumento del ingreso campesino y podría estimular la industria doméstica.²⁸

En 1975, un golpe de derecha por el General Morales Bermúdez permitió al capital a comenzar a deshacerse de las reformas sociales implementadas por Velasco y a evitar una radicalización de la “revolución de los militares”.²⁹ El golpe fue el resultado de la convergencia de seis factores: (i) el creciente poder de la izquierda; (ii) el fortalecimiento de las tendencias de la conciencia de clase dentro del movimiento obrero; (iii) la lucha del movimiento campesino que apuntaba a una radicalización del “proceso revolucionario”; (iv) el desarrollo de movimientos populares locales y regionales y su creciente vinculación con el movimiento obrero; (v) la crisis económica (1974-1976) causada por la falta de inversiones privadas, inducida por la caída de la tasa

26 Jaquette, Jane S. (1972), “Revolution by fiat: The context of policy-making in Peru”, en *The western political quarterly*, vol. 25, no. 4, pp. 650-651; Bamat, *ibid* ob. cit., p. 130; Parodi Trece, Carlos (2010), *Perú 1960-2000. Políticas económicas y sociales en entornos cambiantes*, Lima, Centro de la Investigación de la Universidad del Pacífico, p. 101.

27 Weeks, John (1985), *Limits to capitalist development. The industrialization of Perú, 1950-1980*, Boulder / London, Westview Press, p. 232.

28 Phillip, George D.E. (1978), *The rise and fall of the peruvian military radicals: 1968-1976*, London, The Athlone Press / University of London, p. 118; Parodi Trece, 2010, *ibid* ob. cit., p. 120.

29 Según Bamat, ob. cit., p. 138, en 1974 el gobierno comenzó a proponer el predominio de la propiedad social sobre los sectores estatales y privados.

de ganancia; y, (vi) las contradicciones emergentes dentro del régimen militar con respecto al futuro de la “revolución”.

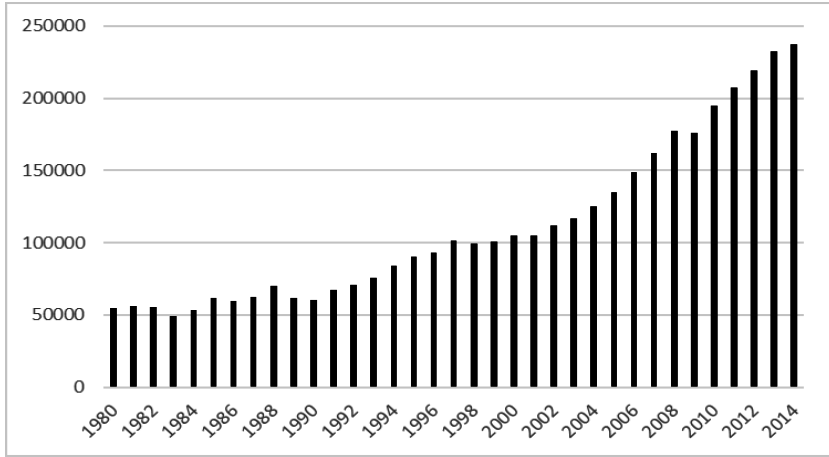
El gobierno de Morales Bermúdez respondió a la situación económica implementando lo que podría llamarse un programa de ajuste neoliberal: medidas de austeridad, aumento de precios de bienes y servicios básicos, devaluación de la moneda y eliminación de muchas restricciones a la importación. Estos favores al capital, sin embargo, no se tradujeron directamente en un progreso económico y en un aumento renovado de la tasa de ganancia. No fue hasta 1978 que la tasa de ganancia comenzó a aumentar nuevamente. La subida de la tasa de explotación, el aumento de los precios y el corto auge de los *commodities* de 1979-1980 contribuyeron a que la tasa de ganancia volviera a crecer.

En los años 1980-1983 la tasa de ganancia se redujo. La crisis internacional de la deuda (transferencia de valor al capital transnacional), la reducción de los precios de los principales *commodities* del país (causando una reducción de las ganancias), la disminución de la tasa de explotación resultado de la lucha de clases desde abajo contra las políticas neoliberales del régimen de Belaúnde, y el aumento de la COC (aumento de la inversión extranjera directa (IED) e inversiones públicas en los primeros años del gobierno), contribuyeron a una disminución de la tasa de ganancia durante el segundo periodo presidencial de Belaúnde. Además, se redujo la producción de la plusvalía. La caída de los sueldos y salarios reales en 1984 aumentó la apropiación de valor e hizo subir la tasa de ganancia. En el gráfico 5 presentamos la evolución de la producción de la plusvalía en el periodo 1980-2014.

Durante el primer gobierno aprista en la historia peruana (1985-1990), la tasa de ganancia mostró un comportamiento errático. En 1985, los estímulos económicos proporcionados por el gobierno ayudaron a restablecer la tasa de ganancia (la tasa de explotación y la producción de plusvalía aumentaron), aunque los sueldos y salarios comenzaron a incrementar periódicamente. Es decir, el aumento

de la remuneración era menor que el aumento de la producción de plusvalía.

GRÁFICO 5
 PRODUCCIÓN DE PLUSVALÍA: 1980-2014 (EN MILLONES DE 2011 US\$)



Fuente: Penn World Table 9.0.³⁰

El gobierno jugaba un rol clave para que los sueldos y salarios no aumentaran tanto que pudiera “dañar” al empresariado. Las primeras huelgas (y manifestaciones) contra el régimen fueron principalmente una reacción contra los límites de los aumentos de salarios reales y la falta de voluntad del gobierno para negociar con los sindicatos. Al poner un límite a los aumentos de salarios reales, el Estado intervino en las negociaciones colectivas entre el capital y los trabajadores. Los sindicatos consideraron esta intervención como una manera para mantener los niveles de rentabilidad de las empresas.³¹

30 Fuente: <<http://febpwt.webhosting.rug.nl/Dmn/AggregateXs/RegionCodeSelect>> (consultado 14/02/2019).

31 Balbi, Carmen Rosa (1988), “Las relaciones Estado-sindicalismo en el Perú 1985-1987”, en *Diagnóstica y debate*, no. 34, Lima, Fundación Friedrich Ebert, p. 49.

En 1986 y 1987 la tasa de ganancia disminuyó, una señal de que el régimen no había podido restablecer estructuralmente la tasa de ganancia y un preludio para la crisis que se avecinaba. La producción de la plusvalía como también la tasa de explotación había disminuido, principalmente por el resultado de la lucha de clases y el poder del movimiento obrero y sus aliados.

Aparte de la lucha de clases en las calles y en las empresas, también las políticas implementadas en los primeros dos años del régimen demostraron el poder del proletariado. Aunque el gobierno no tenía el propósito de instalar una economía socialista, en comparación con el régimen de Belaúnde el papel del Estado en la economía se incrementó sustantivamente.

El gobierno aprista consideró que el Estado no solo tenía que asumir un papel de liderazgo en la elaboración e implementación de políticas que apuntaban a la estabilización económica, sino también pensó que tenía que estimular el crecimiento económico.³² Directamente al inicio de su gobierno, García presentó un programa político que previó una reducción de la inflación al fijar los precios del tipo de cambio, la tasa de interés, los bienes y servicios públicos, los alimentos básicos y las rentas de vivienda, entre otros. Los aumentos periódicos de sueldos y salarios, los programas de emergencia laboral y los subsidios para el sector agrícola acompañaron las medidas antiinflacionarias.³³

En 1988, la tasa de ganancia aumentó y en 1989 y 1990 volvió a caer. Sin embargo, en todos estos años la tasa de explotación se incrementó. Aunque la producción de la plusvalía se redujo en estos años

32 Reyna, Carlos (2000), *La anunciación de Fujimori. Alan García 1985-1990*, Lima, Desco, p. 34.

33 *Ibidem*, p. 37; Wise, Carol (2010), *Reinventando el Estado: estrategia económica y cambio institucional en el Perú*, Lima, Universidad del Pacífico / Centro de Investigación, p. 212.

de crisis, como la producción en general, el debilitamiento de la lucha de clases (reducción del número de huelgas en 1989 y 1990 en comparación con los años anteriores, entre otros) y el aumento de la inflación hacían incrementar la tasa de explotación.³⁴ Sin embargo, en 1989 y 1990 no fueron suficientes para contrarrestar la reducción de la producción de plusvalía y el aumento de la COC, causado por el conjunto del aumento del capital constante y la reducción del capital variable.

Las elecciones presidenciales de 1990 marcaron un punto de inflexión en la historia política, económica y social del Perú. Después de diez años de ser hostigados por el proletariado, los campesinos, los semiproletarios y sectores explotados u oprimidos de la clase intermedia y sus representantes de la izquierda, armados y legales, electorales y no electorales, el capital inició una feroz lucha de clases desde arriba. Fue durante el gobierno de Alberto Fujimori (1990-2000) que se introdujo un modelo de desarrollo neoliberal. Este modelo se basó en la exportación de los productos primarios y mercados desregulados.

El régimen consideró las inversiones privadas nacionales y extranjeras como motores para el desarrollo económico.³⁵ Los mercados se liberalizaron, las corporaciones estatales se privatizaron y se implementó una nueva constitución que redujo radicalmente el papel del Estado en las actividades productivas.³⁶

34 La reducción de los salarios y sueldos reales causada por la hiperinflación (en 1988 la inflación fue 666,7%. En 1989 era 3398,6% y en 1990 había crecido a 7481,7%.) implicó una transferencia de valor del proletariado al capital, ayudando a aumentar la tasa de explotación.

35 Parodi Trece, 2010, ob. cit., p. 298; Ruiz Caro, Ariela (2002), *El proceso de privatizaciones en el Perú durante el periodo 1991-2002*, Santiago de Chile, Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES), Serie de Gestión Pública, no. 22, p. 22, en <<http://www.eclac.org/publicaciones/xml/2/10712/LCL1762PE.pdf>> (consultado 09/10/2012).

36 Parodi Trece, 2010, ibíd. Ob. cit., pp. 276-277; Murakami, Yusuke (2007), *Perú en la era del Chino. La política no institucionalizada y el pueblo en busca de un salvador*, Lima / Kyoto, Instituto de Estudios Peruanos / Center for Integrated Area Studies,

Las políticas neoliberales y la lucha de clases desde arriba tuvieron, naturalmente, un efecto positivo sobre la tasa de ganancia. Es decir, en los años del gobierno de Fujimori, la tasa de ganancia comenzó a aumentar estructuralmente. De 1990 a 1997 su desarrollo mostró un crecimiento continuo, como también la tasa de explotación y la producción de la plusvalía. El gran aumento de la tasa de explotación contrarrestó el incremento de la COC, causado por la reducción del capital variable (reducción de los salarios y sueldos, aumento del desempleo y subempleo) y el aumento del capital constante (aumento de IED).

Las medidas antilaborales formaron parte principal del programa de ajuste neoliberal. Estas medidas tenían como objetivo regular el mercado laboral de acuerdo con los requisitos y necesidades del capital.³⁷ Las corporaciones debían ser liberadas de las leyes que impedían despedir a los trabajadores o que podrían complicar la contratación de nuevo personal.

El asalto a la estabilidad laboral se combinó con un ataque directo a los sindicatos. Los trabajadores que se declararon en huelga ya no recibieron sus salarios o sueldos.³⁸ Todo esto formó parte de un plan para destruir el movimiento obrero organizado que permitió

Kyoto University, pp. 245, 254; Kisić, Drago (1999), “Privatizaciones, inversiones y sostenibilidad de la economía peruana”, en John Crabtree y Jim Thomas (coords.), *El Perú de Fujimori: 1990-1998*, Lima, Universidad del Pacífico / Instituto de Estudios Peruanos, p. 88; Bowen, Sally (2000), *El expediente Fujimori. El Perú y su presidente 1990-2000*, Lima, Perú Monitor S.A., pp. 84-85; McClintock, Cynthia y Fabían Vallas (2005), *La democracia negociada: las relaciones Perú – Estados Unidos (1980-2000)*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, pp. 164-165.

37 Bernedo Alvarado, Jorge (1999), “Reforma laboral, empleo y salarios en el Perú”, en V.E. Tokman y D. Martínez (coords.), *Flexibilización en el margen: la reforma del contrato de trabajo*, Geneva, Organización Internacional de Trabajo, p. 171.

38 Gil Piedra, Rodrigo y Álvaro Grompone Velásquez (2014), “Sindicalismo y política en el Perú: una breve aproximación en perspectiva comparada”, en *Polítai Asociación Civil*, Documento de Trabajo no. 2, Lima, p. 12, en <<http://politai.pe/PDF/doctrab02.pdf>> (consultado 20/03/2016).

que el capital aumente rápida y estructuralmente la tasa de explotación. Como escribía Ernest Mandel: “Si [...] el capital logra debilitar decisivamente, o incluso destruir, los sindicatos y todas las demás organizaciones de la clase trabajadora, incluida su organización política; si logra atomizar e intimidar al proletariado hasta tal punto que cualquier forma de defensa colectiva se vuelve imposible y los trabajadores son una vez más relegados al punto desde donde comenzaron, en otras palabras, la situación “ideal” desde el punto de vista del capital, de la competencia universal de trabajador contra trabajador, entonces es muy posible 1) para utilizar la presión del desempleo para lograr una reducción significativa de los salarios reales; 2) para evitar que los salarios vuelvan a su nivel anterior, incluso en la fase de alza después de una crisis, es decir, para reducir el valor de la mercancía de la fuerza de trabajo en el largo plazo; 3) para forzar el precio de la mercancía de la fuerza laboral hacia abajo, mediante manipulaciones, deducciones y diversas estafas, incluso por debajo de este valor ya disminuido; 4) simultáneamente para lograr un aumento significativo en la intensidad social promedio del trabajo e incluso intentar, en tendencia, prolongar la jornada laboral. El resultado de todos estos cambios solo puede ser un rápido y masivo aumento de la tasa de plusvalía”.³⁹

En los años 1998 y 1999 la tasa de ganancia cayó. El periodo 2000-2001 mostró una recuperación muy débil. Este particular desarrollo de la tasa de ganancia fue causado por los efectos de la crisis asiática (1997) y rusa (1998), y la inestabilidad política debida a la intención de Fujimori de participar en las elecciones presidenciales de 2000.

En 1998 las mencionadas crisis fueron responsables por la disminución de la producción en general y de la plusvalía en particular. Sin una reducción del capital variable, la disminución de la plusvalía

39 Mandel, Ernest (1976), *Late capitalism*, London, NLB, p. 158.

causó una reducción de la tasa de explotación. Aunque en 1999 la reducción de la tasa de explotación continuó como consecuencia, por una parte, del retorno de la lucha de clases desde abajo expresado en un aumento considerable de las huelgas en el sector privado y del número de trabajadores involucrados, la producción de plusvalía aumentó un poco. En el 2000, la tasa de explotación subió nuevamente, la producción de plusvalía aumentó y la lucha de clases (expresado en la cantidad de huelgas y el número de trabajadores involucrados) se redujo significativamente (ver la relación con la tasa de explotación). Sin embargo, la inestabilidad política frenó un aumento sustancial de la producción y de la plusvalía que permitiera un considerable aumento de la tasa de ganancia. En el periodo 1998-2001 las tasas de ganancia fueron, respectivamente, 22,1%, 21,5%, 21,7% y 21,1%.

Durante el gobierno de Alejandro Toledo (2001-2006) la tasa de ganancia, la tasa de explotación y la producción de la plusvalía aumentaron. Desde 2002, la economía peruana ha crecido enormemente. Según el Fondo Monetario Internacional, durante el período 2000-2012 la economía casi se duplicó en tamaño y el PBI real creció a una tasa promedio anual de 6,3% (el mayor crecimiento promedio a 10 años en la historia de Perú).⁴⁰ Los precios y volúmenes de exportación de minerales aumentaron. Este auge fue causado por el crecimiento económico de China e India, y el auge crediticio en Europa y los Estados Unidos.⁴¹ Dado que el minero es el principal sector de exportación del país, tuvo una influencia considerable en el desarrollo de las tasas de crecimiento del PBI real y una influencia positiva en los términos de intercambio del país. Como consecuencia, con el aumento general de la producción, también se incrementó la plusvalía.

40 International Monetary Fund (2013) "IMF Country Report No. 13/45", p. 5, en <<http://www.imf.org/external/pubs/ft/scr/2013/cr1345.pdf>> (consultado 26/03/2017).

41 Parodi Trece, 2014, Ob. cit., pp. 255-256.

La tasa de explotación subió porque el proletariado no logró aumentar sus sueldos. Aunque el sueldo mínimo subió, la participación del capital variable en el PBI continuó bajando durante el régimen de Toledo. También las tasas de subempleo se incrementaron. Los datos del Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI) muestran que mientras que en 2001 la tasa de subempleo se situó en el 65,2%, en 2005 había crecido al 73,3%. En 2006, se había reducido al 67,9%.⁴² Definitivamente, este aumento ha tenido un efecto positivo sobre la tasa de ganancia y la tasa de explotación.

Como vimos en las gráficas arriba, la tasa de ganancia y la tasa de explotación continuaron sus tendencias ascendentes durante el segundo mandato de García (2006-2011). En general, las razones fueron las mismas que durante el gobierno Toledo, pero se debe adicionar que durante el régimen aprista se permitió que la remuneración promedio disminuyera por debajo del nivel del salario nominal mínimo oficial.

La caída de la tasa de ganancia en 2009 es un claro ejemplo del nivel de inserción del Perú en el sistema capitalista mundial y el papel del país en la división internacional del trabajo. No solo se redujo la demanda de las materias primas del país (crecimiento económico lento en el Norte Global) y se afectó negativamente los precios de los *commodities*, sino también la tasa de ganancia disminuyó. Esta reducción fue causada por una disminución de la producción de la plusvalía y el aumento de la COC por las inversiones en el capital constante que no fue compensado por un aumento de la tasa de explotación. La reducción de la producción de la plusvalía hacía reducir la tasa de explotación. Cuando se compara 2006 con 2014, los flujos de inversión privada bruta aumentaron en un 133%.

El final del auge de los *commodities* en 2011-2012 marcó el inicio de una caída continua de la tasa de ganancia. Las inversiones

42 Fuentes: <http://www.inei.gob.pe/media/MenuRecursivo/publicaciones_digitaless/Est/Lib1253/cap07/ind07.htm> (consultado 27/07/2017); <<http://series.inei.gob.pe:8080/sirtod-series/>> (consultado 27/07/2017).

privadas fijas, predominantemente en los sectores de minería e hidrocarburos, causaron un aumento de la COC que no fue compensado por un aumento suficiente de la producción de la plusvalía en todos los sectores y ramas económicos. El estancamiento del desarrollo de la tasa de explotación también indica que el capital no ha podido aumentar la producción de plusvalía para contrarrestar el aumento de la COC.

3. La teoría de la dependencia y el modelo extractivista de desarrollo

Un análisis marxista del desarrollo capitalista en el Perú no puede reducirse a hacer solo referencia a la tasa de ganancia y su relación con la COC y la tasa de explotación. El análisis debe incluir el papel del país en la división internacional del trabajo.

El Perú cuenta con abundantes recursos minerales. El rol del país en el mundo capitalista globalizado es proporcionar las materias primas para el desarrollo económico capitalista en el Norte Global. En los años comprendidos entre 1980 y 2017, la contribución de los productos mineros al total de las exportaciones fluctuó entre 40 y 61%. El modelo extractivista de desarrollo es, por una parte, la expresión política de la función del país en el mundo capitalista globalizado.

Desde la implementación de este modelo en la década de 1990, el Perú no ha abandonado la agenda de inversión del capital minero transnacional. En el período 1990-1997, la inversión en exploración y explotación minera creció en 2000%.⁴³ En 2010, de todos los países latinoamericanos, el Perú recibió la mayor inversión en exploración

43 World Bank (2005), "Wealth and sustainability: The environmental and social dimensions of the mining sector in Peru", Peru Country Management Unit, Environmentally and Socially Sustainable Development, Latin America and the Caribbean Region, Washington D.C., p. 20, en <http://siteresources.worldbank.org/INTPERU/SPANISH/Resources/AAA_Environment_and_Mining_in_Peru.pdf> (consultado 20/09/2014).

minera y fue el tercero en el mundo, después de Canadá y Australia.⁴⁴ En 2014, el sector minero tenía una cartera de inversiones de US\$ 61.5 mil millones, la segunda más grande de América Latina, detrás de Chile.⁴⁵

Teóricos marxistas de la dependencia, como Theotonio Dos Santos, argumentan que la dependencia se basa en la división internacional del trabajo que permite el desarrollo industrial de algunos países y limita lo mismo para otros. Los países que no están industrializados están subyugados a las condiciones de crecimiento impuestas por los países capitalistas avanzados. Por lo tanto, la expansión económica de los países dependientes solo puede ocurrir como un reflejo de la expansión de los países en el Norte Global. Sin embargo, la economía dependiente no responde automática y mecánicamente a los ciclos de la economía mundial. Es la estructura interna de la economía dependiente en combinación con los factores internos los que definen cómo responde la economía dependiente a las fluctuaciones en la economía mundial.⁴⁶

El papel del Perú en la división internacional del trabajo es uno de los principales factores que facilitan la comprensión de las particularidades del capitalismo en el Perú, ya que determina, en última instancia, las estructuras económicas y empresariales del país. Estas estructuras no desempeñan un papel pasivo, sino que ayudan a

44 Panfichi, Aldo y Coronel, Omar (2011), “Los conflictos hídricos en el Perú 2006-2010: una lectura panorámica”, en Rutgerd Boelens, Leontien Cremers y Margreet Zwartveen (coords.), *Justicia hídrica. Acumulación, conflicto y acción social*, Lima, Justicia Hídrica / Instituto de Estudios Peruanos / Fondo Cultural PUCP, p. 395.

45 Fuente: “Minería peruana tiene la segunda mayor cartera de inversiones en América Latina”, en <<http://www.americaeconomia.com/negocios-industrias/mineria-peruana-tiene-la-segunda-mayor-cartera-de-inversiones-en-america-latina>> (consultado 03/10/2017); “Gold’s Top 20 – Mines, miners and countries”, en <<http://www.mineweb.com/news/gold/golds-top-20-mines-miners-and-countries/>> (consultado 24/09/2015).

46 Dos Santos, Theotonio (1986), *Imperialismo y dependencia*, México, Ediciones Era S.A., pp. 305-307, 381.

fortalecer el rol de una nación en el mundo capitalista globalizado. La relación entre la división internacional del trabajo y la estructura de la economía peruana, según los sectores económicos, está fortalecida por los movimientos internacionales del capital.

Los flujos internacionales de capital refuerzan la relación entre la división internacional del trabajo y la estructura económica. Estos movimientos no solo resultan en el papel particular del país en la división internacional del trabajo, sino también la división misma ayuda a moldear, a su vez, las particularidades de estos flujos. Los movimientos de IED revelan que el capital internacional ha tenido interés, principalmente, en los sectores extractivos de la economía, la comunicación y las finanzas. Las empresas estatales con las proyecciones de inversión más altas que fueron privatizadas en la década de los noventa fueron los sectores de minería, hidrocarburos y telecomunicaciones.⁴⁷ Este es un patrón que se expresa en el argumento de que los flujos de capital hacia los países dependientes se especializan en la producción para el mercado mundial o establecen la infraestructura para esta producción.⁴⁸ Se debe subrayar que en los años 1980 a 2015 la contribución del sector manufacturero al PBI fue pequeña e incluso descendió.

La relación entre el papel del país en la división internacional del trabajo y los flujos internacionales de capital se refleja en la parte superior de la estructura empresarial del Perú. Según los datos de la revista de negocios *América Economía*, entre los años 1992 y 2013 las principales corporaciones (según ventas) fueron aquellas que operaron en los sectores extractivos de la economía. Sin embargo, en el periodo 2014-2017, el *ranking* de las cinco empresas más grandes que operan en el Perú no fue liderado y dominado por el capital

47 Ruiz Caro, ob. cit., pp. 28-29. en <<http://www.eclac.org/publicaciones/xml/2/10712/LCL1762PE.pdf>> (consultado 09/10/2012).

48 Mandel, Ernest (1975), *Tratado de economía marxista Tomo II*, México, Ediciones Era S.A., p. 77.

extractivo. Esto se debe primordialmente a la reducción del valor de exportación de los recursos minerales del país, consecuencia de la reducción de la demanda en el exterior, principalmente de China (disminución del crecimiento económico). Datos de 2018 indican que las empresas del sector de hidrocarburos fueron las que lideraron el *ranking* de las más importantes empresas en el país.

La mayoría absoluta de las empresas peruanas se encuentran dentro de la categoría de pequeñas y microempresas, generalmente caracterizadas por bajos índices de productividad y falta de inversiones en capital humano.⁴⁹ Estas empresas son de crucial importancia para la población, ya que son los proveedores primordiales de empleo. Los datos del Censo Nacional de 1993 indican que el 58,7% de la PEA ocupada (seis años o más) trabajaba en empresas (definidas como “centro de trabajo”) que emplearon a menos de cinco personas y el 65,2% en empresas de una a diez personas.⁵⁰ Tres años más tarde, el 59,7% de la PEA ocupada en zonas urbanas (de 14 años o más) trabajaba en empresas con menos de cinco trabajadores o empleados.⁵¹ En 1997, el 72% de la PEA ocupada trabajaba en microempresas definidas como empresas que emplean menos de diez personas.⁵² En el 2016 la situación no ha cambiado. Según la encuesta de hogares de este año, alrededor de 75% de la PEA ocupada trabajaba en empresas de uno a diez trabajadores o empleados.

49 La definición de microempresas, pequeñas empresas, medianas empresas y grandes empresas se basa en las ventas anuales. Una microempresa está valuada a una tasa máxima de 150 Unidades Impositivas Tributarias (UIT). Las ventas anuales de una pequeña empresa se encuentran entre 150 y 1700 UIT. Las ventas de medianas y grandes empresas superan las 1700 UIT. El valor de 1 (una) UIT varía año por año. En 2018, una UIT fue igual a S/ 4150.

50 INEI (1994), *Censos Nacionales 1993. IX de población. IV de vivienda. Resultados definitivos*. Perú, Tomo II, Lima, INEI, p. 1561.

51 INEI (1997), *Perú: Comportamiento del empleo urbano 1995-96. Encuesta Nacional de Hogares*, Lima, INEI, p. 237.

52 INEI (1997), “Perfil del trabajador de la pequeña y micro empresa 1997”, en <<http://proyectos.inei.gob.pe/web/biblioineipub/bancopub/Est/Lib0164/INDICE.htm>> (consultado 21/010/2018).

Aunque las microempresas son cruciales para el empleo, su contribución a la producción nacional total es pequeña. En 2007, por ejemplo, los datos revelan que las microempresas produjeron el 5,9% de la producción total del país. Las empresas medianas y grandes produjeron el 85,3% de la producción total. La contribución de las micro y pequeñas empresas al valor agregado nacional fue solo 15,1%.⁵³ Con base en los datos del IV Censo Económico Nacional de 2008, Herrera García concluye que la contribución de las microempresas al valor agregado fue 13,89%.⁵⁴ En el 2013 el INEI esperaba que la participación de las microempresas en las ventas anuales totales fuera del 5,6%.⁵⁵ Según la información del Ministerio de la Producción, en 2015 la contribución de las microempresas formales⁵⁶ al valor agregado del sector privado fue 6,6%.⁵⁷

El estancamiento económico de las empresas peruanas puede demostrarse plenamente cuando comparamos los datos de 1991 y 2007 sobre el número de empresas privadas con los datos del período 2012-2015. Entre 2012 y 2015, alrededor del 95% de todas las empresas (según ventas) eran microempresas.⁵⁸

La mayoría de las empresas exportadoras son microempresas. Sin embargo, al igual que en el caso de su contribución a las ventas

53 INEI (2008), *IV Censo Nacional Económico 2008. Perú: Características económicas de las micro y pequeñas empresas en el año 2007*, Lima, INEI, pp. 19, 37.

54 Herrera García, Beatriz (2011), “Análisis estructural de las Mypes y Pymes”, *Quipukamayo. Revista de la Facultad de Ciencias Contables*, vol. 18, no. 35, p. 82.

55 Fuente: <<https://www.inei.gob.pe/prensa/noticias/micro-pequenas-y-medianas-empresas-concentran-mas-/imprimir/>> (consulted 03/01/2018). La definición de microempresas, pequeñas empresas y medianas y grandes empresas se basa en las ventas anuales.

56 La definición de microempresas está basada en ventas anuales.

57 Ministerio de la Producción (2017b), *Las MYPYME en cifras 2016*, Lima, Ministerio de Producción, p. 21.

58 INEI (2014), *Perú: Estructura empresarial 2013*, Lima, INEI, p. 15; INEI (2015), *Perú: Estructura empresarial 2014*, Lima, INEI, p. 16; INEI (2016), *Perú: Estructura empresarial 2015*, Lima, INEI, p. 9.

anuales, la participación de estas corporaciones en el valor total de las exportaciones es insignificante. En la tabla 2 presentamos los datos referidos a las exportaciones totales según el tamaño de la empresa en el periodo 2011-2016.

TABLA 2
NÚMERO DE EMPRESAS EXPORTADORAS Y EL VALOR DE LAS EXPORTACIONES TOTALES SEGÚN EL TAMAÑO DE LA EMPRESA: 2011-2016⁵⁹

	2011		2012		2013	
	Número de empresas	Valor en millones de US\$	Número de empresas	Valor en millones de US\$	Número de empresas	Valor en millones de US\$
Microempresas	2,838	144	2,805	173	2,763	239
Pequeñas empresas	2,599	1,075	2,806	1,246	2,800	1,294
Empresas medianas	268	270	288	418	282	296
Empresas grandes	1,864	40,664	1,893	40,180	1,932	36,655
Total	7,569	42,153	7,792	42,017	7,777	38,483

	2014		2015		2016	
	Número de empresas	Valor en millones de US\$	Número de empresas	Valor en millones de US\$	Número de empresas	Valor en millones de US\$
Microempresas	2,826	181	2,636	156	2,536	151
Pequeñas empresas	2,851	1,203	2,365	906	2,375	899
Empresas medianas	292	338	291	313	294	267
Empresas grandes	1,960	33,650	2,058	29,612	2,073	32,990
Total	7,929	35,371	7,350	30,986	7,278	34,307

Fuente: Ministerio de la Producción.⁶⁰

59 La definición de microempresas, pequeñas empresas y medianas y grandes empresas está basada en las ventas anuales de esta.

60 Ministerio de la Producción (2012), *MIPYME 2012. Estadísticas de la micro, pequeña y mediana empresa*. Lima, Ministerio de Producción, pp. 50-51; Ministerio de la

La prominencia de las pequeñas y microempresas en la economía peruana explica el reducido tamaño del mercado interno del país y también el hecho de que en el Perú no hay crisis de sobreproducción. Entonces, la tercera ley general del desarrollo capitalista, como estableció Marx, no se aplica al Perú.⁶¹ Esta ley decía que el desarrollo capitalista tiende hacia la sobreproducción.

La crisis de la sobreproducción es la manifestación de la caída de la tasa promedio de ganancia, causada por el aumento de la COC promedio. Esta ley está directamente relacionada con la principal contradicción del desarrollo capitalista, es decir, la contradicción entre el aumento de la productividad y la disminución del valor incorporado en las mercancías.

El crecimiento del mercado interno está condicionado por el desarrollo de la economía mundial. En otras palabras, los ciclos internacionales de auge y caída determinan la evolución del mercado interno. El aumento del PBI y, en consecuencia, el crecimiento del mercado interno desde 2004, se debe principalmente a la demanda de recursos minerales del país y la IED en los sectores extractivos. También las inversiones en comunicación y finanzas han ayudado a incrementar el mercado interno, sin embargo, en última instancia estas IED dependen de los efectos de ingreso de las IED en los sectores extractivos. Se debe resaltar que las fuerzas económicas internas son demasiado débiles para aumentar, por su propia cuenta, el tamaño del mercado interno y para impulsar el crecimiento económico.

Producción (2014), *Las MYPYME en cifras 2013*, Lima, Ministerio de Producción, pp. 36-37; Ministerio de la Producción (2017), *Las MYPYME en cifras 2015*, Lima, Ministerio de Producción, pp. 152, 155; Ministerio de la Producción (2017), *Las MYPYME en cifras 2016*, Lima, Ministerio de la Producción, pp. 93-94.

61 La primera ley general del desarrollo capitalista es la tendencia de la COC a aumentar, causada por el desarrollo tecnológico (aumento del capital constante). La segunda ley general del desarrollo capitalista es la tendencia de la tasa promedio de ganancia a caer debido a un aumento de la COC promedio.

La dependencia del país del desarrollo económico en el Norte Global no significa que sea automática y directamente el dominio político del capital internacional sobre la burguesía peruana, sino que está mediada a través de la fracción hegemónica dentro del bloque en el poder. La independencia política del Estado peruano, sin embargo, está inversamente relacionada con el creciente papel del capital internacional en la economía del país y su posición dominante dentro de la estructura empresarial peruana. Factores como la importancia de la exportación de los minerales para el desarrollo económico del país y la dominancia del capital extractivo en la economía, en combinación con una estructura empresarial dominada por pequeñas y microempresas, deben ser considerados como las condiciones objetivas para la continuidad del modelo extractivista del desarrollo. Desde el 2000, según *América Economía*, el *ranking* de las más grandes corporaciones en el Perú está dominado por empresas extranjeras

4. Economía capitalista de subsistencia

La economía peruana puede dividirse en una economía al servicio de las principales corporaciones privadas, especialmente las transnacionales en el sector extractivo, y una economía de microempresas caracterizada por bajos niveles de productividad y expresada en tasas de remuneración en o cerca (arriba o abajo) del nivel del salario mínimo. A la primera economía la llamamos una economía avanzada y a la segunda una economía capitalista de subsistencia (ECS).

El surgimiento de estas empresas con bajas tasas de intensidad de capital, también llamadas microempresas, no es el resultado de ciertas políticas gubernamentales, aunque los regímenes de Belaúnde, García (primer gobierno) y Fujimori han contribuido definitivamente al crecimiento de las microempresas en la economía peruana. La simplificación de los procedimientos legales para establecer una pequeña empresa, las exoneraciones de impuestos para las pequeñas

empresas y los incentivos fiscales para comprar maquinaria y equipo⁶² estimularon su crecimiento en la economía.

La transformación del Perú en una economía de microempresas (en el 2016, 95% de todas las empresas registradas por el INEI eran microempresas)⁶³ encuentra su origen en el papel del país en la división internacional del trabajo. Como su función principal es proporcionar las materias primas para la reproducción ampliada del capitalismo en el extranjero, esto significa que un gran número de personas en edad de trabajar son, de hecho, superfluas. El sector minero, el principal proveedor de las materias primas requeridas, emplea solo una parte muy pequeña de la PEA. Por lo tanto, como argumentan los teóricos de la dependencia, las relaciones de dependencia entre los países capitalistas avanzados y las naciones en la periferia delimitan las posibilidades para la expansión del país dependiente. Dos Santos explica que la relación de dependencia entre el Norte Global y el Sur Global “condiciona una cierta estructura interna que la redefine en función de las posibilidades estructurales de las distintas economías nacionales”.⁶⁴

Si bien la conversión del país en una economía de microempresas está arraigada estructuralmente en la división internacional del trabajo, la conversión en sí misma es, en el contexto de una ausencia total de un sistema de seguridad social, principalmente la consecuencia de las crisis económicas de los años ochenta, la reestructuración de las empresas en los años ochenta y noventa, y la implementación del neoliberalismo en la década de los noventa. Las crisis redujeron las oportunidades de empleo en las grandes empresas y disminuyeron los ingresos reales. Los sueldos y los salarios ya no eran suficientes para la reproducción de la fuerza laboral y obligaron a los

62 Villarán, Fernando (1992), *El nuevo desarrollo. La pequeña industria en el Perú*, Lima, Pequeña Empresa Tecnología y Sociedad, pp. 56-57, 61.

63 INEI (2017) *Perú: Estructura empresarial 2016*, Lima, INEI, p. 7.

64 Dos Santos, ob. cit., p. 307.

trabajadores y empleados a establecer sus propias microempresas. Además, no debemos ignorar que también los efectos políticos y sociales de lo que se ha llamado la guerra interna (1980-2000) han contribuido a la aparición de un ECS. La lucha armada de las organizaciones subversivas y el terrorismo del Estado no solo tuvieron un efecto negativo en el desarrollo económico y en el atractivo del país para las inversiones extranjeras, sino también hicieron que el sector informal se expandiera. La migración interna desde la sierra hacia Lima en particular, causó un rápido aumento de la fuerza de trabajo excedente que no pudo encontrar un empleo adecuado en el sector formal.⁶⁵

Las microempresas sirven como una red de seguridad para todas aquellas personas que no han podido encontrar un empleo adecuado. Esto constituye la base del argumento de Dos Santos quien explica que la “cara interna” de la dominación por “uno o varios centros dominantes” “no es, pues, una consecuencia de factores externos, sino que es su propia manera *–el modo dependiente–* de participar de este proceso de desarrollo de la economía mundial capitalista”.⁶⁶

La ECS no es una versión moderna de lo que se conoce como una economía de subsistencia. Las economías avanzadas como la ECS son economías capitalistas. Esto significa que la producción se basa en la propiedad privada de los medios de producción y es impulsada por las ganancias. Ambas subeconomías están monetarizadas y el mercado es el principal mecanismo de distribución. Las empresas en la economía de subsistencia generan muy pequeños excedentes, pero sus *modus operandi* no es producir para el propio consumo.

65 Consulte los datos sobre migración en los años comprendidos entre 1988 y 1993, <https://www.inei.gob.pe/media/MenuRecursivo/publicaciones_digitales/Est/Lib0018/c3-32.htm> (consultado 16/02/2019).

66 Dos Santos, Theotonio (1978), *Socialismo o fascismo. El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*, México, Edicol S.A., Colección Filosofía y Liberación Latinoamericana, p. 49.

Aunque el superávit económico en la ECS es mínimo y las actividades económicas empleadas están destinadas a la reproducción de la supervivencia, es decir, las empresas de la ECS no tienden a reproducirse a mayor escala, se reproducen a través del mercado y en relación con la economía avanzada. La ECS es parte integral de la economía peruana en su conjunto. Esta incluye los sectores formales e informales de la economía.

Se debe subrayar que el Perú no es una economía dual en la que dos sub-economías están económica y socialmente separadas entre sí y tienen modos de operación estructuralmente diferentes. A pesar de que las diferencias tecnológicas, las diferencias en el desarrollo del capital humano y la diferenciación de la estructura del mercado apuntan a dos subeconomías independientes, la supuesta naturaleza dual de la economía peruana no significa que estén funcionalmente separadas entre sí para la producción de valor. El Perú puede manifestarse como una economía dual, pero es esencialmente un todo, orgánicamente unificado, ya que ambas economías están íntimamente ligadas y se necesitan mutuamente para la producción y la reproducción.

La división entre la economía avanzada y la ECS no se reduce a un sector en particular. De hecho, todos los sectores económicos se dividen en una economía avanzada y una ECS.⁶⁷ Sin embargo, los datos indican que la mayoría de micro y pequeñas empresas se encuentran en el sector de comercio. La razón es entendible: para abrir un negocio en este sector no se necesita mucha inversión y es fácil de cambiar de “oficio”.

67 Podemos decir que el hecho de que la ECS se encuentra en todos los sectores y ramas del país, es una de las grandes diferencias con la economía de subsistencia, que “normalmente hacía parte de los sectores rurales de la economía” [Quijano, Aníbal (2014), “‘Polo marginal’ y ‘mano de obra marginal’”, en Aníbal Quijano, *Cuestiones y horizontes. Antología esencial. De la dependencia histórica-estructural a la colonialidad / descolonialidad del poder*, Buenos Aires, CLACSO, p. 139].

Las personas que trabajan en la economía avanzada o la ECS tienen que vender su fuerza laboral o los frutos de su trabajo. En ambas economías, los individuos son asalariados, trabajan con base en un sueldo, son autoempleados o reciben otro tipo de remuneración (incluyendo en especies). Sin embargo, en contraste con la economía avanzada, en la ECS las personas viven a niveles de subsistencia. Es decir, las personas que están empleadas en la ECS reciben una remuneración que parece no ser suficiente para la reproducción de su fuerza laboral. Aunque no se dispone de información precisa sobre los costos de reproducción de la fuerza de trabajo, con base en los datos sobre la línea de pobreza se puede concluir que un gran número de personas en la ECS está sobreexplotado. Es decir, estos trabajadores y empleados reciben una remuneración por debajo del valor de su fuerza laboral.

En 2016, la línea de pobreza (la canasta de alimentos básicos) para una familia de cuatro personas fue S/ 1312 (S/ 328 para cada persona).⁶⁸ El salario mínimo nominal fue S/ 850. Si bien el salario mínimo nominal es suficiente para financiar la canasta mensual de alimentos básicos de una persona, este salario no resulta ser suficiente para reproducir su fuerza laboral porque no llega a cubrir los gastos de alquiler de vivienda, electricidad, gas, agua, transporte y educación, entre otros. El hecho de que alrededor del 70% de la población trabajadora peruana es informal y de la cual, suponemos, la mayoría gana un salario inferior al salario mínimo nominal, también podría indicar que un gran número de personas están sobreexplotadas.⁶⁹

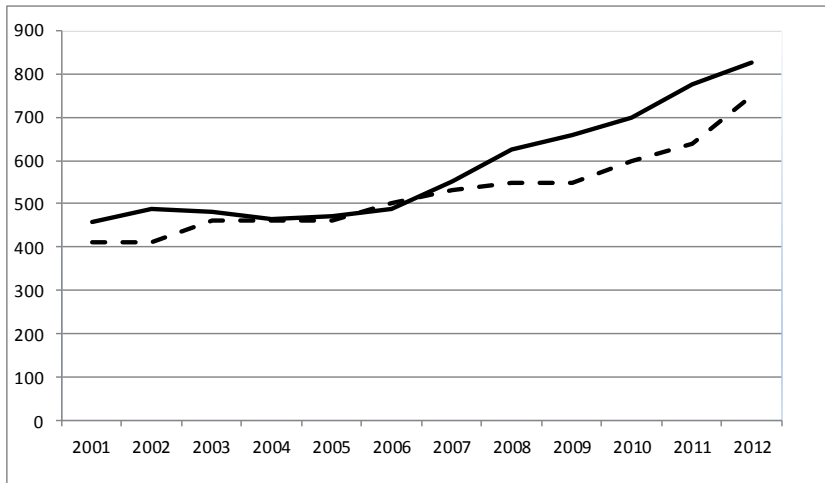
Las personas que trabajan en las microempresas ganan, según los datos del INEI, un sueldo o salario alrededor del nivel del salario

68 Fuente: <<https://www.inei.gob.pe/prensa/noticias/en-el-peru-264-mil-personas-dejaron-de-ser-pobres-entre-los-anos-2015-y-2016-9710/>> (consultado 06/11/2018).

69 Fuente: <<https://www.inei.gob.pe/prensa/noticias/el-empleo-informal-en-el-peru-disminuyo-en-39-puntos-porcentuales-9142/>> (consultado 06/11/2018)

mínimo nominal. En el gráfico 4, el nivel salarial mínimo nominal se compara con la remuneración nominal promedio de las personas que trabajan en empresas que emplean de 1 a 10 personas.⁷⁰

GRÁFICO 6
SALARIO MÍNIMO NOMINAL Y REMUNERACIÓN NOMINAL PROMEDIO DE
LAS PERSONAS QUE TRABAJAN EN EMPRESAS QUE EMPLEAN
DE 1 A 10 PERSONAS: 2001-2012 (EN SOLES)



Línea ininterrumpida: remuneración nominal promedio.

Línea discontinua: nivel de salario mínimo nominal.

Fuentes: INEI y Ministerio de Trabajo y Promoción de Empleo.⁷¹

La sobreexplotación en los países periféricos del desarrollo capitalista mundial está condicionada por el papel de estos países en la división internacional del trabajo. Como son esencialmente proveedores de las materias primas para el desarrollo capitalista en el

70 Solo hay datos disponibles hasta 2012.

71 Fuente: <<http://series.inei.gov.pe:8080/sirtod-series/> and www.mintra.gob.pe> (consultado 06/08/2017).

Norte Global, grandes industrias que producen altos niveles de valor agregado no parecen ser necesarias. Resaltamos que eso es una de las razones estructurales por la “dominación” de las microempresas en el empresariado peruano). Se comprende que la estructura de la economía peruana se caracteriza por tener una “relativa baja capacidad de generar valor agregado”.⁷²

La sobreexplotación solo se convierte en realidad en circunstancias específicas. En el caso del Perú, la sobreexplotación es una realidad para la mayoría de la población trabajadora debido a (i) la debilidad del movimiento laboral; (ii) la enorme cantidad de trabajadores y empleados poco calificados que compiten entre sí por pequeños trabajos temporales; y, (iii) la ferocidad de la competencia de precios entre la gran cantidad de microempresas. Además, aunque los trabajadores y empleados sobreexplotados producen para “su propio mercado” y para el mercado de la economía avanzada, esto no impide que “sus empresas” paguen salarios por debajo de los costos de la reproducción de su fuerza de trabajo. Este problema se “resuelve” por el sistema de crédito y por el hecho de compartir los costos sociales con otras personas, entre otras medidas. Debemos subrayar que la sobreexplotación en la ECS no es causada por el hecho de que las empresas en la ECS tratan de compensarse por la pérdida de valor causada por los altos niveles de productividad de las empresas “avanzadas”, como indica la teoría que está detrás de la sobreexplotación.

En general, las empresas en la ECS son emprendimientos que no invierten en el desarrollo tecnológico. La producción de la plusvalía absoluta domina sobre la producción de la plusvalía relativa (una característica del desarrollo capitalista atrasado). Las ganancias parecen ser demasiado bajas para invertir en máquinas y tecnología, y los

72 Gonzalez de Olarte, Efraín (2016), *Una economía incompleta. Perú 1950-2007. Análisis estructural*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú / Instituto de Estudios Peruanos, p. 208.

bajos costos salariales no incentivan a estas empresas a reemplazar a los trabajadores por maquinaria. Como es de esperar, la IED no está dirigida a las empresas en la ECS.

Las empresas en la ECS funcionan como una red de seguridad social para todas aquellas personas que no han podido encontrar empleo en la economía avanzada. Entonces, se podría argumentar que, en el Perú, el ejército de reserva de mano de obra no solo abarca al desempleado y el subempleado, sino a todas las personas que están empleadas en la ECS. En relación con eso, se debe tomar en cuenta que los países que se encuentran en la periferia del sistema capitalista mundial tienen un excedente permanente de trabajadores que no tienen más posibilidades que comenzar pequeños negocios. Estas empresas comerciales se caracterizan por una escasez de capital y un alto nivel de intensidad de trabajo.⁷³

La relación entre la economía avanzada y la ECS parece similar a la relación entre los países capitalistas avanzados y las naciones en la periferia del desarrollo capitalista mundial, y la relación entre las metrópolis nacionales y los satélites dentro de un país subdesarrollado por otro. En su trabajo “El desarrollo del subdesarrollo”, Frank dice lo siguiente: “Del mismo modo que la capital colonial y nacional, y su sector exportador, se convierte en satélite de las metrópolis ibéricas (y posteriormente de otras) del sistema económico mundial, dicho satélite se convierte, a su vez, en metrópolis colonial, primero, y nacional, después, con relación al sector productivo y a la población del interior. Además, las capitales provinciales, que son a su vez satélites de la metrópolis nacional y, a través de esta, de las metrópolis mundiales, son a su vez centros provinciales alrededor de los cuales giran los satélites locales. Por lo tanto, toda una cadena de constelaciones de metrópolis y satélites relaciona todas las partes

73 Palma Diego (1988), *La informalidad, lo popular y el cambio social*, Lima, Desco, p. 37.

del conjunto del sistema, desde su centro metropolitano en Europa o en los Estados Unidos hasta el punto más alejado del campo o de la selva latinoamericana”.⁷⁴

Esta relación de dominación y de dependencia se expresa en la funcionalidad de la ECS para el desarrollo de la economía avanzada, en general, y para la evolución progresiva de la tasa de ganancia, en particular. Ciertas tareas productivas se subcontratan a empresas que operan en la ECS para reducir costos en la economía avanzada y para apropiarse de plusvalía. Es un proveedor clave de mano de obra y de materiales (a bajo costo) para el capital en la economía avanzada como también de los bienes y servicios necesarios para la reproducción de la fuerza laboral en la economía avanzada. Como produce estos productos a bajo costo, esta producción ayuda a reducir los costos del capital variable en esta economía y, como consecuencia, a aumentar la apropiación de la plusvalía. Parece que los efectos negativos de la COC sobre la tasa de ganancia no solo se compensan por el aumento de la producción de la plusvalía en empresas que operan en la economía avanzada, sino en gran medida también por el aumento de la producción de la plusvalía en lo que llamamos la economía capitalista de subsistencia (ECS) y su apropiación por el capital en la economía avanzada, por ejemplo, vía la tercerización.

La idoneidad de la ECS para la economía avanzada puede compararse con la idoneidad de los trabajadores o empleados informales para la acumulación de capital en los sectores formales e informales de la economía. El uso de trabajadores y/o empleados informales es muy rentable para las empresas en el sector formal e informal. Estos trabajadores y/o empleados informales pueden ser utilizados para reducir las demandas salariales de los trabajadores formales y para introducir medidas con el objetivo de aumentar la productividad y

74 Frank, Andre Gunder (1966), “The Development of Underdevelopment”, en *Monthly Review*, vol. 18, no. 4, p. 20.

la intensidad del trabajo de los trabajadores y/o empleados formales. Los propios trabajadores y/o empleados informales también son fuentes de rentabilidad debido a las siguientes razones: (i) los salarios en el sector informal son más bajos que los salarios brutos en el sector formal; (ii) la ausencia de derechos laborales y de representantes sindicales hace que las tasas de explotación en el sector informal sean más altas que en el sector formal; y (iii) la inseguridad económica de los trabajadores en el sector informal hace que sea mucho más fácil aumentar la intensidad del trabajo. Además, Gamero y Humala (2002) señalan que, como resultado de los menores costos totales de producción causados por el trabajo informal, los salarios de los trabajadores formales podrían bajar, ya que los costos de reproducción de estos trabajadores formales han sido reducidos.⁷⁵

La existencia de una amplia gama de pequeñas empresas informales es funcional para las corporaciones formales, como también para la economía avanzada en general, ya que estas empresas suministran las corporaciones formales a un costo menor que otras compañías formales y realizan tareas al servicio de empresas formalmente establecidas a un costo menor que otros negocios formales (en términos de costos de mano de obra, costos de mantenimiento de maquinaria y equipo, etc.). La integración horizontal y vertical de negocios formales e informales queda demostrada por todo el conjunto de relaciones de subcontratación que existe entre estas empresas.⁷⁶

La funcionalidad de la ECS para la economía avanzada o la idoneidad de las empresas en la ECS para las empresas en la economía avanzada nos vuelve necesariamente al concepto de la sobreexplotación.

75 Gamero Julio y Ulises Humala (2002), *Empleo y microempresa en Lima metropolitana. Entre el desempleo y la sobrevivencia*, Lima, Desco, p. 72.

76 *Semana Económica* (1982), "Lo informal es muy formal", en *Semana Económica*, 2 (76), 6-7, Grompone, ob. cit., pp. 81-82; Kolko, Joyce, (1988). *Restructuring the world economy*. New York, Pantheon Books, pp. 316-317.

Aunque en la economía avanzada operan empresas extranjeras como también peruanas, en general, el capital en la periferia solo puede competir con el capital en los países capitalistas avanzados pagando a sus trabajadores por debajo del valor de su fuerza laboral.

El hecho de que las empresas en la ECS producen las mercancías necesarias para la producción y consumo en la economía avanzada a bajos costos, implica que las empresas en la economía avanzada no necesitan recurrir al instrumento de sobreexplotación para compensarse por la transferencia de la plusvalía a los países capitalistas avanzados.

La sobreexplotación en la ECS no causa dificultades para la realización del valor y de la plusvalía en el país porque, en general, los capitalistas en la economía avanzada no dependen para esta realización “de la capacidad interna de consumo”.⁷⁷ La circulación está separada de la producción y, básicamente, tiene lugar en el mercado externo. Por lo tanto, “el consumo individual del trabajador no interfiere con la realización del producto, aunque sí determine la cuota de plusvalía”.⁷⁸

La ECS comprende procesos de producción específicos y mercados propios. La segmentación del mercado laboral está acompañada por la segmentación de los mercados de consumo. Los trabajadores sobreexplotados no solo contribuyen a un aumento de las ganancias empresariales en general, sino también ayudan a la creación de un mercado de mercancías de una calidad relativamente baja. Esto nos lleva al mercado interno peruano.

El tamaño y la estructura del mercado interno están determinados por el ingreso per cápita. Las diferencias de ingresos forman la base para la segmentación de los mercados de consumo. Estas

77 Marini, ob. cit., p. 50.

78 *Ibidem*, p. 52.

diferencias han provocado que el mercado interno peruano pueda dividirse en mercados para la economía avanzada y mercados que pertenecen a la ECS. Lo que se podría denominar el mercado avanzado abarca el mercado externo y los mercados nacionales de alta calidad. Las microempresas no solo se relacionan con los procesos de producción y los mercados en la economía avanzada, sino que también producen para sus propios mercados de bajos ingresos. Los bienes y servicios que se brindan en estos mercados son de calidad relativamente baja y ayudan a mantener la reproducción de la fuerza de trabajo en la ECS a bajo costo, como vestimenta, muebles, transporte y alimentos.

El mercado interno peruano, en su conjunto, como decimos arriba, es muy pequeño. La gran mayoría de la PEA trabaja en microempresas y gana un sueldo o salario igual o cercano (inferior o superior) al nivel del salario mínimo nominal. De acuerdo con nuestras estimaciones, en el período 2007-2015 el ingreso real promedio per cápita fue alrededor de un 25% más alto que el nivel del salario mínimo nominal (INEI 2016; INEI 2013b).⁷⁹ Otro indicador del pequeño tamaño del mercado interno son los altos niveles de subempleo.

El empresario peruano tiene, definitivamente, un interés en el desarrollo del mercado interno. La gran mayoría de las empresas en el Perú, sin embargo, son muy pequeñas y no participan en el comercio internacional. Por tal razón, el propio carácter de estas microempresas (baja productividad, bajos salarios) y la competencia de precios hacen que sea muy difícil aumentar el tamaño del mercado interno. Se puede argumentar, incluso, que estos factores causan una reducción permanente del mercado interno.

79 INEI, *Evolución de la pobreza monetaria 2009-2015. Informe técnico*, Lima, INEI, p. 23; INEI, *Evolución de la pobreza monetaria 2007-2012. Informe técnico*, Lima, INEI, p. 19. Ver sobre el ingreso promedio per cápita también: <https://www.mef.gob.pe/contenidos/estadisticas/pol_econ/cuadro48.xls> (consultado 21/07/2018).

El capital internacional y las grandes corporaciones nacionales no están muy interesados en el desarrollo del mercado interno peruano. Sus actividades productivas están esencialmente determinadas por el mercado mundial.⁸⁰ En este contexto, podemos recordar el argumento de Cardoso de que los mercados internos de los países dependientes no son de interés estratégico para el capital internacional.⁸¹

Como la función primordial del país y sus trabajadores es proporcionar las materias primas para el empresariado internacional (o del Norte Global), no es necesario para las fracciones económicas dominantes en el mundo (incluidas las fuerzas económicas dominantes en el país) contribuir al desarrollo del mercado interno peruano (por ejemplo, aumentando los niveles de remuneración). Solo es necesario contar con mano de obra suficiente para la extracción de las materias primas del país. El valor de la producción en el país se realiza en los países capitalistas avanzados y en China. Emmanuel argumenta que la exportación de una gran parte del excedente producido en países como el Perú priva a estas naciones de los medios para acumular y del crecimiento económico.⁸²

Según Palma, el rol en la división internacional del trabajo por parte de los países en la periferia del sistema capitalista mundial no permite una acumulación “suficiente” para proporcionar empleo a

80 Dobb, Maurice (1970), *Capitalismo, crecimiento económico y subdesarrollo*, Barcelona, Editorial Oikos: Barcelona, p. 42; Fitzgerald, E.V.K. (1981), *La economía política del Perú, 1956-1978. Desarrollo económico y reestructuración del capital*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, p. 197.

81 Cardoso, Fernando Henrique (1979), “Imperialismo y dependencia en la América Latina”, en René Villareal (coord.), *Economía Internacional II. Teorías del imperialismo, la dependencia y su evidencia histórica*, México D.G., Fondo de Cultura Económica, p. 300.

82 Emmanuel, Arrighi (1979), *El intercambio desigual. Ensayo sobre los antagonismos en las relaciones económicas internacionales*, México D.F., Siglo XXI Editores, México, p. 171.

todos. Solo se estimulan aquellos sectores que sirven a los intereses de acumulación en los países en el centro del sistema capitalista mundial.⁸³

Las corporaciones transnacionales y las grandes empresas nacionales no están intencionalmente en contra del desarrollo del mercado interno peruano. Aunque ambos se benefician de la posibilidad de obtener ganancias en el Perú, sus objetivos no están íntimamente relacionados con el desarrollo del mercado interno. El desarrollo de un sector manufacturero fuerte, por ejemplo, no forma parte de los planes del empresariado internacional como tampoco de las grandes compañías nacionales.⁸⁴

5. Observaciones finales

La existencia de los llamados países desarrollados y subdesarrollados es el resultado histórico del robo y el saqueo del imperialismo. En general, los países capitalistas subdesarrollados nunca pueden convertirse en países capitalistas desarrollados al menos por las siguientes dos razones: en primer lugar, eso no es de interés del capital transnacional que se origina en los países del Norte Global. En segundo lugar, el “atraso” histórico de los países en la periferia del sistema capitalista mundial se profundiza y se mantiene mediante la transferencia de valor desde los países subdesarrollados a los países desarrollados, y a través del mecanismo de intercambio desigual, entre otros. La transferencia de la plusvalía al Norte Global disminuye las posibilidades de acumulación del capital local.

El intercambio desigual está basado en el intercambio desigual de valores. Algunos países tienen una tasa promedio de productividad

83 Palma, ob. cit., p. 37.

84 Aunque hay poco interés en el desarrollo del sector manufacturero, la industria peruana es un receptor de IED.

más alta que otros y pueden apropiarse más valor del que han producido.⁸⁵ Cuando un país produce mercancías que otros países no poseen, le permite a este exigir un precio por encima del valor de estas mercancías. Esto implica una transferencia de valor en el proceso de intercambio.⁸⁶ El intercambio desigual y la transferencia de valor no es una política específicamente diseñada por el imperialismo, sino el resultado de diferencias reales en el desarrollo productivo del Norte Global y del Sur Global.

El crecimiento económico y las crisis económicas son las consecuencias de la acumulación. Sin embargo, las crisis económicas en el Perú no son causadas por la disminución de la tasa de ganancia y tampoco se manifiestan en una crisis de sobreproducción.

Una parte importante de la producción de valor en el Perú no está destinada a realizarse dentro del país, sino en el extranjero. Es una de las razones por las cuales el problema de una crisis de realización no es un problema en el Perú como lo es definitivamente en los países capitalistas avanzados. Sin embargo, el Perú se ve afectado por las crisis de sobreproducción en el Norte Global, en el sentido de que reduce sus mercados de exportación. El continuo aumento de la tasa de explotación evidencia que la producción capitalista no está enfocada en el mercado interno.

Las crisis económicas no son el resultado de bajos niveles de demanda efectiva nacional o de bajo consumo, sino son la consecuencia de los problemas económicos en el Norte Global, en general, y de la reducción de las posibilidades del empresariado internacional para acumular capital, en particular. Esta reducción es, primordialmente, la consecuencia de la disminución de los precios y de los volúmenes de exportación de los minerales del país (la demanda del

85 Se entiende que son capitalistas que apropian el valor.

86 Harvey, ob. cit., p. 178.

capital transnacional).⁸⁷ La reducida posibilidad de extraer de manera rentable estos recursos, lleva a las corporaciones transnacionales a dejar de producir en el país y a disminuir sus inversiones.

El crecimiento económico en el Perú depende de las posibilidades del capital, principalmente el capital extractivo transnacional, para acumular. En términos concretos, esto significa que el crecimiento económico peruano depende, en general, de los siguientes cuatro factores, todos directamente relacionados con la tasa de ganancia y la tasa de explotación:

- 1) La demanda internacional de los minerales del país.
- 2) Los precios de los minerales del país en los mercados internacionales.
- 3) Las posibilidades del capital transnacional para extraer los recursos naturales del país.
- 4) Las posibilidades del capital transnacional para apropiarse del valor producido.

La dependencia del crecimiento económico de estos cuatro factores sugiere que debe existir un entorno político y económico que permita la acumulación del capital. De hecho, la relación de dependencia entre el Perú y el Norte Global se expresa en el papel del Estado para mantener y profundizar esta relación.

Las experiencias del régimen de Velasco y el primer gobierno de Alan García muestran que la propiedad privada sobre los medios de producción pone límites a las políticas económicas que pretenden influir en las decisiones económicas y estratégicas del capital. Cuando la tasa de ganancia y la tasa de explotación no están garantizadas, cuando el capital no puede obtener beneficios de las políticas

87 Ver sobre eso Figueroa, Víctor (1986), *Reinterpretando el subdesarrollo*, México D.F.: Siglo XXI Editores S.A. de C.V., p. 150.

económicas de tipo social democrático o considera que las posibilidades futuras de acumulación podrían reducirse, usa el sabotaje, es decir, reduce sus inversiones en la economía. Esto también se aplica, incluso, en el caso del régimen neoliberal de Fujimori. El tiempo de Fujimori se acabó cuando (i) el desarrollo de la tasa de ganancia comenzó a estancarse; (ii) las posibilidades de inversión del capital empezaron a reducirse; y, (iii) cuando el régimen ya no pudo proporcionar condiciones políticas estables para la acumulación.

La relación entre la economía avanzada y la ECS es una relación de dominio e interdependencia. El desarrollo de la economía avanzada determina el desarrollo de la ECS. La existencia de la economía avanzada al servicio del capital transnacional se realiza en la existencia de la ECS. La estructura interna de la economía peruana es un factor que explica, aparte de las fuerzas imperialistas, la dependencia del Perú de los países del Norte Global.

6. Apéndice

Cálculo de la tasa de ganancia, la tasa de explotación y la composición orgánica del capital

La tasa de ganancia es la relación entre la plusvalía y el capital total invertido. La tasa de ganancia se puede describir de la siguiente manera:

s = plusvalía

v = capital variable

c = capital constante (fijo y circulante)

p = tasa de ganancia

$p = s / (c + v)$ como porcentaje

La tasa de explotación expresa la relación entre la plusvalía y el capital variable. La tasa de explotación se describe a continuación:

s = plusvalía

v = capital variable

r = tasa de explotación

$r = s / v$ como porcentaje

La composición orgánica del capital (en términos de valor) es la relación entre el capital constante y el capital variable. Esta relación se describe de la siguiente manera:

v = capital variable

c = capital constante (fijo y circulante)

coc = composición orgánica del capital

$coc = c/v$

Para el cálculo de la tasa de ganancia seguimos el ejemplo de Roberts (2015) en su artículo “Revisiting a world rate of profit”.⁸⁸ No solo estamos de acuerdo con Roberts sobre cómo calcular la tasa de ganancia, sino que también hay datos disponibles para calcular la tasa de ganancia del Perú usando el ejemplo de Roberts.

La tasa de ganancia, la tasa de explotación y la COC se calculan sobre la base de los datos proporcionados por los Penn World Tables. Estas tablas están desarrolladas por investigadores de la Universidad de California (Davis) y del Centro de Crecimiento y Desarrollo (Facultad de Economía) de la Universidad de Groningen (Holanda).

Los World Penn Tables usan los datos que se encuentran en las cuentas nacionales. Las tablas versión 9.0 son una base de datos con información relacionada al ingreso, insumos, producción, precios y

88 Roberts, Michael (2015), “Revisiting a world rate of profit”, en <<https://thenextrecession.files.wordpress.com/2015/12/revisiting-a-world-rate-of-profit-june-2015.pdf>> (consultado 28/01/2016).

productividad, entre otros, de 182 países en el periodo de 1950 y 2014. La base de datos ayuda a hacer comparaciones internacionales. Actualmente están trabajando para ampliar la base de datos a 2016 (la versión 9.1). Los World Penn Tables están considerados como las fuentes de datos más usado para hacer comparaciones macroeconómicas entre países.⁸⁹

Las tablas son muy útiles para los fines de este ensayo, porque se puede usar data ya organizada y estructurada. Es decir, en el caso del Perú, la propia historia económica contemporánea del país hace muy complicada la comparación de un mismo *set* de datos en el tiempo. Las World Penn Tables facilitan la comparación.

Se debe mencionar que los datos que usamos no representan toda la economía peruana. Es decir, dadas las propias características de la economía informal, solamente una parte de esta está incluida en el PBI. Además, debemos mencionar que los datos disponibles solo permiten calcular el capital constante fijo.⁹⁰ Por lo tanto, el poder explicativo de la tasa de ganancia calculada, la tasa de explotación y la COC es limitado. En otras palabras, la tasa de ganancia, la tasa de explotación y la COC presentada en este capítulo son solo aproximaciones. Se utilizan las siguientes variables:

89 Johnson, Simon, William Larson, Chris Papageorgiou y Arvind Subramanian, “Is Newer Better? Penn World Table Revisions and the Growth Literature”, <https://editorialexpress.com/cgi-bin/conference/download.cgi?db_name=SED2009&paper_id=858> (consultado 11/02/2018); Tariq, Abdul Ahad (2017), “Three essays on growth econometrics”, en <https://www.rand.org/content/dam/rand/pubs/rgs_dissertations/RGSD300/RGSD390/RAND_RGSD390.pdf> (consultado 10/02/2018); <<https://voxeu.org/article/recasting-international-income-differences-next-generation-penn-world-table>> (consultado 10/02/2018).

90 Roberts no incluye el componente circulante del capital constante en sus cálculos de la tasa de ganancia. Esta es una segunda limitación de la tasa de ganancia calculada. Según Esteban Maito en su trabajo “The tendency of the rate of profit to fall since the nineteenth century and a world rate of profit”, publicado en Carchedi, Guillermo y Roberts, Michael (coords.), ob. cit., p. 137, es suficiente usar el capital fijo para analizar la evolución de la tasa de ganancia en cada país.

- Valor Total: PBI real a precios nacionales constantes (en millones de US\$ 2011).
- Capital variable: Participación de la compensación laboral en el PBI a precios nacionales corrientes x PBI real a precios nacionales constantes (en millones de US\$ 2011)
- Capital constante: *Stock* de capital a precios nacionales constantes (en millones de US\$ 2011)
- Plusvalía: Valor total – Capital variable

Plusvalía: PBI real a precios nacionales constantes (en millones de US\$ 2011) – [Participación de la compensación laboral en el PBI a precios nacionales corrientes x PBI real a precios nacionales constantes (en millones de US\$ 2011)].

Tasa de ganancia: PBI real a precios nacionales constantes (en millones de US\$ 2011) - [Participación de la compensación laboral en el PBI a precios nacionales corrientes x PBI real a precios nacionales constantes (en millones de US\$ 2011)] / *Stock* de capital a precios nacionales constantes (en millones de US\$ 2011) + [Participación de la compensación laboral en el PBI a precios nacionales corrientes x PBI real a precios nacionales constantes (en millones de US\$ 2011)].

Tasa de explotación: PBI real a precios nacionales constantes (en millones de US\$ 2011) – [Participación de la compensación laboral en el PBI a precios nacionales corrientes x PBI real a precios nacionales constantes (en millones de US\$ 2011)] / Participación de la compensación laboral en el PBI a precios nacionales corrientes x PBI real a precios nacionales constantes (en millones de US\$ 2011) como porcentaje.

Composición orgánica del capital: *Stock* de capital a precios nacionales constantes (en millones de US\$ 2011) / Participación de la compensación laboral en el PBI a precios nacionales corrientes x PBI real a precios nacionales constantes (en millones de US\$ 2011).

III

Poder, política y procesos contemporáneos

POLÍTICA, ESTADO Y SOCIEDAD EN LA EXPERIENCIA HISTÓRICA PERUANA

Guillermo Rochabrún*

1. Introducción

Este ensayo hace un recorrido por los *fenómenos sociopolíticos* de la historia peruana desde la presencia hispánica en estos territorios; es decir, desde el momento en que las sociedades originarias fueron incorporadas a un ordenamiento mundial que terminó siendo conducido por la racionalidad capitalista, no habiéndose en sus inicios definido como tal. Lo que buscamos es entender las relaciones de poder que se constituyeron en el espacio peruano, así como el porqué de sus transformaciones y la orientación que han seguido. La América que quedó bajo dominio ibérico, y todo el continente, iba a asumir una condición *colonial y periférica*, a falta de un mejor término. Cabe aclarar que esta última noción nada tiene que ver con

* Licenciado y Magíster en Sociología por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Se desempeñó como docente en el Departamento de Ciencias Sociales de dicha universidad entre 1970 y 2010, teniendo a su cargo principalmente cursos en teoría sociológica, sociología económica, diseño de investigación, sociología política y pensamiento social peruano. Ha publicado el libro *Socialidad e Individualidad: Materiales para una Sociología* (PUCP 1992). Parte importante de sus escritos han sido recopilados en *Batallas por la Teoría: en Torno a Marx y el Perú* (IEP 2007 y 2009). Actualmente prepara un libro sobre El Capital de Marx. Correo de contacto: grochab@pucp.edu.pe

una mayor o menor “importancia”, sino a que fue lugar de recepción de procesos inaugurados y desarrollados fundamentalmente en las áreas metropolitanas del sistema.

Ahora bien, haremos este examen desde la concepción materialista de la historia –en adelante CMH– pero asumiendo un conjunto de opciones, algunas de las cuales parecerán muy poco o nada “ortodoxas”¹. La más general de ellas es que la asumimos como una perspectiva de conocimiento del mundo histórico-social, caracterizada por fundamentar y explicitar todas sus premisas, haciéndose plenamente autoconsciente de ellas. En primer lugar la inserción de dicho mundo en la naturaleza y formando parte de esta. Tal es su premisa distintiva; vale decir, la producción de la vida social en su más amplio sentido, y no el predominio de la “economía”. Afirmar esto último es malinterpretar su “materialismo”. Y en segundo lugar como un enfoque que, a decir de Mariátegui, se apoya íntegramente en la realidad, en los hechos². Estos solamente pueden ser conocidos estudiándolos en su concreción; por lo tanto no pueden ser “deducidos”, sino solamente estudiados y descubiertos. De este modo entendemos la CMH como una mirada que permite plantear las preguntas con las cuales reconstruir y comprender tales hechos en sus nexos internos³.

Pero desde la CMH nuestro tema enfrenta varias dificultades. Enumeramos las siguientes: a) Estudiar un mundo histórico-social

1 Una de esas opciones consiste justamente en no utilizar la palabra “marxismo”, sino la expresión “concepción materialista de la historia”; en adelante CMH

2 “El marxismo, del cual todos hablan pero que muy pocos conocen y, sobre todo, comprenden, es un método fundamentalmente dialéctico. Esto es, un método que se apoya íntegramente en la realidad, en los hechos”. José Carlos Mariátegui: “Mensaje al Congreso Obrero”. En *Ideología y política*, 14ta edición, (Lima: Biblioteca Amauta, 1981): 111-112.

3 “...la concepción materialista de la historia tiene hoy día un montón de amigos a quienes les sirve de excusa para no estudiar historia”. Carta de Engels a Conrad Schmidt, 5 de agosto de 1890. Marx-Engels, *Correspondencia*, (Buenos Aires: Editorial Cartago, 1972): 392.

que en un inicio no presentaba sino elementos protocapitalistas, y que fue desarrollándose en forma errática hacia un perfil capitalista más nítido aunque siempre inconcluso. b) Tener como objeto de estudio la dimensión que llamaremos *política*, cuyo lugar teórico presenta muchos puntos a debatir en la *CMH*. c) Un mundo que se presenta como apéndice, como *periferia* de otro, el cual aparentemente le impone sus propios términos.

Se entenderán las dificultades si consideramos que: a) la única forma social de la que Marx ofreció una teoría es el capitalismo; que b) de ella *no estudió* su dimensión política, mientras que en otras formas sociales esta no es claramente distinguible del conjunto; c) los “modos de producción” que Marx tuvo en mente aludían a grandes civilizaciones autónomas, y no a sociedades específicas *en tanto* conquistadas o siquiera conquistadoras. Por ejemplo, para la *CMH* una estructura política, Estado incluido, no puede constituirse por encima ni más allá de sus raíces sociales, pero en una colonia un poder político *ajeno* se impone sobre ella, constituyendo situaciones que un ente autónomo no conoce. Es por todo esto que manejaremos la *CMH* como una herramienta para forjar no solamente las respuestas, *sino también las preguntas*.

Nuestros análisis nos han llevado a concluir que es la esfera política la que domina la mayor parte de esta historia, desde la Conquista hasta fines del siglo XIX, cuando la lógica de la época imperialista empieza a manifestarse. A partir de ahí el Estado va a estar en función de la acumulación de capital, pero entrando en tensión con demandas heterogéneas de diversas clases sociales –poderes locales, obreros, capas medias, campesinos–. La historia desde el siglo XX será por eso la de una nueva dinámica, de permanente enfrentamiento y “negociación” entre estos grupos y el Estado.

No queremos detenernos en discusiones estrictamente teóricas, pero dada la “heterodoxia” de nuestro punto de vista es necesario explicarlo. Es muy conocida la respuesta que dio Marx a una objeción que encontró a la *CMH*: a saber, que si bien su enfoque podría ser verdadero para el capitalismo, no lo sería para la Edad Media, donde

predominaba la religión, ni para la Antigüedad greco-latina, donde predominaba la política. Respondía Marx que ni en la primera se podía vivir de la religión, ni en la segunda de la política.

“Es, a la inversa, el modo y manera en que [en cada caso] se ganaban la vida, lo que explica por qué en un caso la política y en otro el catolicismo desempeñaron el papel protagónico. Por lo demás, basta con conocer someramente la historia de la república romana, por ejemplo, para saber que la historia de la propiedad de la tierra constituye su historia secreta.”⁴

Este incisivo planteamiento debe ser tomado solamente como una *hipótesis general*, a ser puesta en práctica para desarrollarla en tanto *teoría*, pues Marx no deja ninguna indicación de cuáles serían los nexos internos entre la política romana y la propiedad de la tierra, que estuvo sujeta a drásticos cambios. Menos aún sobre cómo explicar la difusión e imposición del catolicismo en zonas diferentes al origen de la doctrina cristiana, su triunfo sobre otras religiones, y, por último, su predominio sobre otros poderes, convirtiéndose la Iglesia católica en un triple poder: ideológico, político y económico.

Dados los vacíos de este planteamiento es muy frecuente la confusión entre la *necesidad* de contar con recursos económicos, sea para la vida política, militar, religiosa, artística, etcétera, con *explicar* estos campos de prácticas por las circunstancias de la producción. Es decir, la “base material” puede ser el pedestal, el cimiento; pero puede haber sido constituida *para* desarrollar esos otros campos. Por lo demás, la distinción nítida de ámbitos –economía, política, espacios ideológico-culturales– no puede extrapolarse del capitalismo a toda la historia, ni a todas las historias.

Es con estas ideas en mente que hemos trazado la siguiente periodización general, con lo cual ingresamos ya a nuestro tema de estudio propiamente dicho.

4 K. Marx, *El capital*, tomo I, n. 33, (México: Siglo XXI editores, 1975): 100.

CUADRO 1
PERIODIZACIÓN GENERAL

	Procesos en metrópolis	Protagonistas	Periferias (especialmente Perú)	
1453/ 1517 - 1750	Reinos en contiendas político-religiosas. Expansión imperial para controlar los recursos económicos necesarios. Los reinos tienen economías recaudadoras.	- Imperio otomano - Península Ibérica - Francia - Reinos germánicos - Inglaterra	Conquista ibérica; establecimiento de virreynatos. Estructura social peculiar.	Economía recaudadora: 5° real, diezmo, tributo, alcabala, etc. Complejos juegos entre Corona, conquistadores, funcionarios, criollos; indios, mestizos
1750- 1918	Expansión imperial inglesa para lograr desarrollo económico: Inglaterra invade los mercados mundiales; la política empieza a estar en razón de la economía capitalista.	Inglaterra vs España	Reformas borbónicas para resistir la presión política y económica inglesa. Fracaso: guerras de independencia. Repúblicas liberales.	(1821-1985) Continuación de economía recaudadora: protagonismo del Estado hasta guano y salitre.
	(1890- ---) Etapa imperialista Desplazamiento de Inglaterra por EEUU y Alemania.	Inglaterra Alemania EEUU		(1895 - ---) Mutación hacia economía privada: gran capital exportador Modernización procapitalista: infraestructuras, servicios, instituciones.
1917- 1991	Lucha ideopolítica entre capitalismo y comunismo. Tercer-mundismo Primeras críticas al eurocentrismo.	Inglaterra Alemania EEUU. vs URSS	Alineamiento con EE.UU. (Régimen militar reformista 1968-1975)	Brecha creciente de Lima con resto del país. Migraciones masivas: resquebrajamiento de dominación de base colonial. Auge sindical clasista, y transición a hegemonía.
1991- ----	Triunfo económico y cultural del capitalismo: globalización, "pensamiento único".	EEUU: hegemonía y crisis.	Reformas económicas liberales 1990- ----)	Cultural Neoliberal. Economía diversificada y globalizada. Actividades económicas delictivas.

Elaboración propia.

Si bien nuestro examen estará centrado en las columnas referidas a la periferia, es indispensable tener en cuenta el mundo de las metrópolis, pues de ahí han partido impulsos decisivos que han definido épocas y cambios centrales para aquella –más que al revés–. Pero en modo alguno se trata de una relación con efectos ni instantáneos ni predeterminados, pues pone en acción mecanismos que comprenden muchos juegos parciales. La sola diferencia entre los mundos azteca e inca, empezando por su distinta distancia frente a Europa y su diversa topografía, ya configuran determinantes particulares para cada zona. Como decíamos, es imposible hacer una historia *deductiva*⁵, al mismo tiempo que evitar este error no obliga a caer en el error opuesto: rechazar por principio cualquier reconocimiento a una influencia externa, por ser “determinista”. A lo largo de la exposición encontraremos diversos ejemplos.

Por otro lado, el cuadro postula que la economía estuvo en función de la política hasta fines del siglo XIX, en que empieza la etapa imperialista. A partir de ahí la política va a sentir el peso de la economía para ser funcional a esta, iniciándose una dinámica de tensiones entre distintos agentes sociales entre sí y hacia el Estado que culminará en una gran brecha entre la costa y el resto del país, entre campo y ciudad, y entre segmentos con fuerzas muy productivas crecientemente desiguales. Ahí, retomando la frase de Marx, podrá decirse que radicará “el secreto” de la política y la dominación.

2. La Dominación Hispánica

El imperio hispánico en su laberinto

A efectos de este ensayo no interesa ni cabe un recuento de las vicisitudes históricas acontecidas en cada etapa; en este caso, del imperio hispánico entre los siglos XVI y XIX. Tan solo para disipar

5 Es decir, algo como si “en la metrópoli ocurre X, ergo en sus satélites sucederá X”.

estereotipos frecuentes, baste decir que los siglos coloniales no fueron para España un plácido disfrute de las riquezas extraídas de sus colonias. Más bien fueron siglos de guerras prácticamente interminables. Luego de una prolongada lucha contra la dominación árabe –que se había extendido por siete siglos–, los diversos reinos de la península ibérica formaron el reino de España, que salvo períodos relativamente breves, no incluyó a Portugal. La unificación ocurrió no sin múltiples luchas entre reyes y señores feudales, intrigas dinásticas y hasta guerras intestinas. Entre los reinos siguieron existiendo durante mucho tiempo todo tipo de diferencias económicas y jurídico-políticas, incluyendo intentos secesionistas (Cataluña, Navarra, el País Vasco). Luego España quedó envuelta en constantes guerras, en particular contra Francia e Inglaterra, tratando de mantener el dominio sobre Flandes (Países Bajos)⁶.

En un recuento incompleto, pues no incluye los conflictos bélicos en el norte de África ni con Sicilia y Nápoles, habría que considerar: guerras contra Francia (1502-1504; 1521-1525; 1526-1529; 1536-1538; 1542-1544; 1552-1555; 1556-1559; 1595-1598; 1654-1659; 1667-1668; 1674-1678; 1681-1684; 1793-1795), contra turcos otomanos (1532-1555; 1571-1574); invasión a Países Bajos (1542-1544 y Guerra de los 80 años: 1566-1648); guerra por sucesión contra Portugal (1580-1583); por independencia de Portugal (1640-1665); contra Inglaterra (1587-1604; 1625-1630); guerra de los 30 años (1618-1648) [en 1648 se firma la “paz de Westfalia”]; guerra

6 En Europa muchos de los territorios que ahora conocemos como “países” eran reinos que estaban bajo el dominio de “casas reales” (Bourbon, Habsburg, Hohenzollern, Orleans, Romanov, Windsor, etcétera), cuya presencia dispersa se debía a enfrentamientos bélicos, alianzas matrimoniales y sucesiones hereditarias, constituyendo así un complejísimo cuadro geopolítico. Las guerras adquirieron una dimensión mayor a raíz de la reforma protestante, tras la cual España fue el país emblemático de la Contrarreforma. Luego, tras la paz de Westfalia (1648), las guerras se “desfeudalizaron” y secularizaron. Las guerras posteriores fueron más intensas entre las grandes potencias de entonces por controlar las áreas coloniales en el mundo entero

secesionista de Cataluña (1640-1659); guerra contra Francia, Portugal, Inglaterra y Holanda (1641-1642); guerra de sucesión entre los Habsburgo y los Borbones (1701-1715); al mismo tiempo hay una guerra contra Inglaterra y Portugal; triple alianza de Francia, Inglaterra y Holanda contra España (1717); guerras contra Inglaterra (1727-1728; 1739-1748; 1762-1763; [guerra europea de los 7 años; 1756-1763]; 1779-1783; 1796-1802; 1803-1808); guerra de independencia ante la invasión napoleónica (1808-1814); guerras de independencia americana (1806-1824). Además hay que incluir los múltiples asedios de piratas y corsarios, principalmente ingleses y holandeses, tanto en América como en costas españolas⁷.

Todo esto trae a primer plano, según lo ha estudiado largamente Charles Tilly, a la guerra y al papel de los ejércitos *nacionales* en la constitución de la Europa moderna. De haber estado conformados por nobles y mercenarios, amén de grupos de siervos que combatían por su señor, los ejércitos pasaban a ser cuerpos que se fueron profesionalizando y constituyendo por integrantes de la “Nación” –*ciudadanos*, en algún sentido de la palabra–. Los reinos se fueron convirtiendo en Estados, y la nobleza fue siendo reemplazada en sus funciones políticas por funcionarios de carrera. Son los inicios de una *burocracia* con ribetes weberianos, el jalón fundamental en el nacimiento de los Estados modernos, definidos por una cierta demarcación, muy borrosa hasta entonces, entre lo *público* y lo *privado*. Pero en un país como España “lo privado” no alude a ciudadanos modernos, sino a *vasallos* del Rey, mientras que “lo público” lo es de un poder *patrimonial*. Como puede entenderse, todo ello fue transmitiéndose con retrasos y adaptaciones a los dominios en América.

7 No debe extrañar que, no obstante los ingentes recursos obtenidos de América, España estuviese en bancarota en múltiples ocasiones: como en 1558, 1563, 1575, 1596, 1607, 1627, 1647, 1660, 1662. De re Militari, “Cronologías.

Fuente: <<http://remilitari.com/cronolog/hispana.htm>>.

El “juego” entre metrópoli y colonia

Para nuestro tema lo más importante son las tensiones y el balance de poderes entre la Corona, las élites coloniales y los funcionarios, sin dejar de lado que en cada “bloque” había muchas partes en juego. Pero por eso mismo hay que establecer *a qué jugaban*. Un virreinato como el de Perú era sumamente difícil de controlar para la metrópoli, tanto por la distancia a la que estaba, como por su vastedad. Cualquier burocracia tenía que llegar a acuerdos con los particulares –es decir, los ricos encomenderos, comerciantes y financistas–, inclusive para mantener el orden público, en la *ausencia* de un ejército regular –de por sí esto último es un hecho notable–.

Las dificultades financieras de la Corona se transmitían a sus colonias exigiendo incrementar las remesas a España. Sin embargo esto no era fácil. Aun con la increíble riqueza de Potosí, y en sus mejores momentos, la Caja Real de Lima debía financiar la defensa –sobre todo contra los piratas ingleses y holandeses–, y subsidiar la producción de azogue (mercurio) de Huancavelica, el principal insumo para la producción de la plata. Para cumplir sus obligaciones debía endeudarse con prestamistas locales. Sus constantes retrasos obligaban a su vez a sus acreedores a contraer préstamos. El resultado era:

“...un doble endeudamiento que usualmente desembocaba en un solo punto: los que prestaban al Estado y los que prestaban a los acreedores del Estado eran los mismos agentes financieros. Resulta notorio, pues, que la mala administración y la corrupción de los funcionarios del Estado fue un magnífico negocio para mercaderes y financistas.”⁸

Seguramente la institución más característica fue el Tribunal del Consulado, que agrupaba a los más ricos comerciantes de ciudades

8 Margarita Suárez: “El Estado virreinal”, en Varios autores: *Historia de la Cultura Peruana*, tomo I, (Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2001): 287.

como Lima, encargados a la vez de recaudar derechos aduaneros, así como de hacer préstamos a las autoridades virreinales, y que inclusive perduró ¡hasta la segunda mitad del siglo XIX!⁹ A esto hay que agregar la venta de cargos públicos que se hicieron desde 1633, proceso por el cual los funcionarios fueron siendo desplazados por particulares. Esta tendencia se debía a las dificultades financieras de la Corona, que la llevaron en varias ocasiones a la bancarrota. Fue así que "...hubo un claro traspaso de las funciones públicas a la esfera privada y a la élite local", que principalmente benefició a algunos sectores criollos¹⁰. Ahora bien, más allá del descenso –y posterior recuperación– de la producción minera¹¹, la economía de las colonias se había ido diversificando hacia la agricultura, ganadería y obrajés, con un creciente comercio intra e intercolonial, en gran medida alrededor de la minería pero también de los centros urbanos¹². A ello no fue nada ajeno el contrabando, corrupción mediante.

Con el cambio dinástico a inicios del siglo XVIII –de los Habsburgo a la dinastía Borbón–, la Corona va a intentar recuperar la

9 "...el gremio mercantil era prestamista del Estado y a su vez era el recaudador de las rentas destinadas al pago de la deuda". Susy Sánchez, "El proceso económico", en Carlos Contreras (dir.): *Perú (1808/1830) Crisis imperial e independencia*, tomo 1, (Madrid: Fundación MAPFRE, 2013): 176.

10 Suárez, "El Estado virreinal". Sobre la venta de cargos públicos, Kenneth J. Andrien, *Crisis and Decline. The Viceroyalty of Peru in the 17th Century*, (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1985): 292

11 Mientras que en el siglo XVI los caudales públicos americanos llegan a significar la cuarta parte de los ingresos de la Corona, en el siglo XVII no alcanzan ni al 10%. Héctor Noeovich: "Caudales e imperio: una interpretación global en el mundo del XVI-XVII", En H. Noeovich (ed): *América bajo los Austrias: economía, cultura y sociedad*, (Lima: PUCP, 2001): 290 y 292.

12 En estas últimas décadas la historiografía ha ido descubriendo la diversificación económica y la formación de múltiples circuitos comerciales en las colonias así como entre ellas, con los consiguientes cambios sociales que ello implicaba. Autores y obras fundamentales de esta historiografía son Carlos Sempat, *El sistema de la economía colonial*. (Lima: IEP, 1982): ¿PÁGINA? y Enrique Tandeter, *Coacción y mercado: la minería de la plata en el Potosí colonial 1692-1826*, (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1992): ¿PÁGINA?

autoridad perdida, ensayando una larga serie de medidas conocidas como “reformas borbónicas”. Esto acrecentó múltiples descontentos; en particular trajo consigo el desplazamiento de criollos por peninsulares en los puestos públicos. La larga serie de insurgencias que entonces fueron desatándose se dieron en los criollos o mestizos, que tuvieron mayores alcances cuando consiguieron que los indígenas se plegaran; no fue así cuando los indígenas se rebelaron solos¹³.

Por eso es que los avatares de cada grupo, pero también de cada virreinato, deben ponerse en el contexto de las tensiones del régimen virreinal en su conjunto, y a este en el contexto mundial. En la dinámica político-militar europea España no buscaba con las reformas borbónicas sino restaurar una economía mercantilista a través de una administración burocrática más eficiente, que descansaba en la mita minera, la hacienda –trabajada con esclavos y yanaconas–, y el tributo indígena. Pero mientras tanto Inglaterra había entrado a un desarrollo manufacturero que luego daría el gran salto hacia la revolución industrial; ello a su vez la impulsaba a expandir sus mercados externos. A su pesar, intentando no perder el paso en lo fiscal y en lo militar, España fue abriéndose a políticas de libre cambio, pero solamente tratando de *perder menos* que con sus políticas monopolistas –las cuales eran saboteadas desde distintos frentes, e inclusive por sus mismos funcionarios–, mientras no hacía más que tratar de dar mayor eficiencia a una maquinaria recaudadora que exprimía una economía basada en relaciones serviles.

Tanto las reformas borbónicas, y luego la restauración de Fernando VII tras la derrota de Napoleón, tuvieron finalmente efectos adversos a la Corona española, porque exacerbaron múltiples

13 Scarlett O’Phelan, *Un siglo de rebeliones coloniales. Perú y Bolivia 1700-1783*, (Cusco: Centro Bartolomé de las Casas, 1988): 291-294.

oposiciones en las colonias. Ahora bien, la resistencia a las reformas borbónicas de parte de los criollos era una disputa por no perder posiciones frente a los nuevos funcionarios metropolitanos, y finalmente por la *distribución* del trabajo excedente extraído de indígenas y esclavos africanos bajo las formas mencionadas. Se entiende pues, la imposibilidad que hubo para establecer una alianza amplia y estable entre criollos, mestizos, indígenas y esclavos africanos frente a la dominación hispánica, más allá de coincidencias regionales y coyunturales.

3. La condición colonial andina: ser y no ser

Habíamos planteado que abordar la experiencia histórica peruana desde la *CMH*, dando énfasis en la dimensión política, supone enfrentar varias dificultades, como vacíos teóricos para estudiar: a) situaciones coloniales, b) mundos (o épocas) no-capitalistas, y c) aspectos que el marxismo convencional coloca en las así llamadas “superestructuras”. En nuestro caso, se agrega que el período a cubrir comprende las transformaciones en todo orden de cosas que tuvieron lugar en las metrópolis mediante la expansión del capitalismo desde sus orígenes –que es al mismo tiempo la constitución de la modernidad–, y su *presencia* peculiar en el espacio peruano¹⁴. Hemos dicho algo, muy someramente, sobre las dos últimas dificultades; veamos con algún detalle la primera, cuya importancia es imposible de exagerar.

La *situación colonial* viene a ser una “anomalía” teórica en tanto que, como dijimos, una noción básica como “modo de producción” asume la condición autónoma de las sociedades respectivas, mientras que –obviamente– una colonia no puede ser considerada

14 Decimos *presencia* para evitar las dificultades de la problemática marxista tradicional sobre el “carácter” de las formaciones sociales.

igual que la metrópoli. Por su parte, la literatura y la política marxista en “sociedades coloniales” y “semicoloniales”, las han enfocado como entidades que en algún momento fueron autónomas, y que pugnan por autonomizarse de un dominio “extranjero” mediante una “liberación nacional”, convirtiéndose luego a la forma moderno-occidental de Estado-nación. Ahora bien, para la búsqueda del conocimiento todo esto conlleva una múltiple imposición epistémica que debemos evitar, o al menos mantener bajo control. Ya aquí empiezan a manifestarse los riesgos de emplear categorías fuera del lugar que le corresponde.

La palabra “colonial” recubre situaciones que pueden ser totalmente diversas entre sí. En su significado más elemental es el control ejercido sobre un territorio y su población por una entidad ajena, generalmente a consecuencia de una invasión o conquista. Marx distinguió dos situaciones básicas. De un lado, territorios deshabitados o donde su población es aniquilada o apartada, en los que se instala un sistema de producción con fuerza de trabajo trasladada de la metrópoli; son denominadas colonias de *población*. Del otro, territorios donde se utiliza como fuerza de trabajo la población preexistente, e inclusive sus formas propias de organización y trabajo; vienen a ser colonias de *explotación*.

En líneas generales, en el continente americano la colonización anglosajona fue del primer tipo, mientras que la colonización hispana fue del segundo. En cambio las colonizaciones de Brasil (Portugal), Venezuela, Uruguay y Argentina (España) se hicieron fundamentalmente con fuerza de trabajo esclava africana: en otras palabras, salvo casos más bien marginales, los productores directos no fueron ni originarios de la metrópoli, ni de las poblaciones nativas. Algo similar ocurrió en las islas del Caribe, independientemente de cuál fuese la potencia colonial. El alcance de diferencias de esta naturaleza, incluyendo otros casos históricos, puede vislumbrarse en el siguiente cuadro (en muchos casos los años son aproximados).

CUADRO 2
COMPARACIÓN DE EXPERIENCIAS COLONIALES

Ingleses en América del Norte (1583-1776)	Países andinos [Colombia, Perú, Ecuador, Bolivia] (1530-1824)	Río de la Plata [Uruguay, Argentina] (1537?-1810)	Ingleses en La India (1761/1858-1947)
Desplazamiento o exterminio de nativos. Población trabajadora de la metrópoli. Introducción de esclavos africanos.	Explotación de población nativa y mantenimiento de autoridades locales menores.	Desplazamiento o exterminio parcial de población nativa. Esclavitud africana doméstica.	Mantenimiento de élites político-religiosas. Explotación a nativos.
No hubo evangelización.	Evangelización y proscripción de religiones locales.	La evangelización no pudo ser masiva, salvo en Paraguay	Mantenimiento de religiones locales
Separación de facto colonos/nativos. Occidentalización lenta y limitada.	Separación jurídica españoles/indios. Occidentalización lenta y limitada.	Separación de facto colonos/nativos. Occidentalización lenta y limitada.	Occidentalización inducida también por las élites locales.
No hubo mestizaje.	Mestizaje amplio, a pesar del rechazo oficial al mismo.	Mestizaje limitado, en zonas del interior.	No hubo mestizaje.

Elaboración propia.

Para tener una idea de lo que estas diferencias pueden implicar imaginemos que si el período colonial en el Perú hubiese tenido las características de La India, tras la independencia el castellano se habría extendido gradualmente como una “lengua general” con la cual se comunicarían los hablantes de las diversas lenguas nativas; sería también la lengua para los asuntos del Estado, tanto nacionales como internacionales. Los núcleos hablantes de las lenguas nativas dispondrían de élites propias, tanto económicas como intelectuales. La población sería politeísta, y la religión católica no tendría predominio. En su inmensa mayoría la población tendría ascendencia nativa, y los “mestizos” serían muy escasos. Las élites estarían occidentalizadas, aunque en el plano cultural mantendrían vastos referentes nativos centrales. La occidentalización sería también fuerte en

las capas intermedias de comerciantes, funcionarios, etcétera. En el país podría haber desigualdades extremas, sobre todo entre campo y ciudad; podrían existir campesinos sin tierras, aunque no existiría algo análogo al “problema del indio”.

Por supuesto no cabe exigir “pruebas” a este esbozo contrafáctico. Es solamente un recurso para mostrar lo diferentes que pueden ser unas colonias frente a otras, así como las estructuras poscoloniales. Su utilidad cognoscitiva consiste en ubicar un tema que plantearíamos como una de las ideas centrales de este ensayo: la ubicuidad y simultaneidad de *ser* y *no ser* en el Perú. Como hemos dicho, a diferencia de los “modos de producción” las sociedades concretas presentan heterogeneidades históricamente determinadas. Pero la heterogeneidad interna de una colonia de explotación será cualitativamente diferente a la de la metrópoli por su carácter de entidad *periferizada*, por estar marcada su dinámica por la dominación colonial¹⁵. Aquí nos referimos a una ambigüedad que opera a múltiples niveles, y que no termina con el período de *dominio colonial*. Para entender esto en todos sus alcances debemos recorrer varios pasos.

A modo de ejemplo: los “justos títulos”

Una de las diferencias abismales entre la colonización británica y la ibérico-católica, es que la primera prescindió de toda “justificación” teológica, mientras que la segunda construyó un vasto cuerpo de documentos –incluidas bulas papales–, debates doctrinarios, legislación, etcétera. No es “vana ideología” que Isabel y Fernando

15 En lugar del sustantivo *periferia* usamos el adjetivo “periferizada” para evitar el sesgo *esencialista* que surge, por ejemplo, con el término “centro-periferia”. La sustantivación tiende a eliminar toda historia previa, toda dinámica interna, dando paso exclusivamente a los movimientos reflejos que la periferia dará obedeciendo a los impulsos de la metrópoli. No es gratuito que esta expresión sea intercambiable con “metrópoli-satélite”.

eran reyes *católicos*, que España fue el centro de la Contrarreforma, que Isabel de Castilla expulsa a los judíos y crea la Inquisición; por eso la colonización hispánica tuvo mucho de cruzada, aunque para mantenerse requiriese materialmente de todo el oro y plata que pudiese ser acumulado.

Por el contrario, los colonos en Norteamérica buscaban *su* libertad religiosa personal, no discutieron si los indígenas tenían o no alma a salvar ni se preocuparon en hacerlo; mientras que a los ingleses la condición humana del “piel roja” les tenía sin cuidado, dicha condición fue finalmente reconocida a los indígenas que quedaron bajo dominio hispánico, siendo colocados como *corporación* en un estatus *humanamente* inferior, bajo el dominio *tutelar* de un mundo que les era inalcanzable¹⁶. Humanos, aunque no humanamente iguales: ser y no ser.

El ordenamiento social partía de la concepción corporativo-organicista que fuera sistematizada por Tomás de Aquino:

“De la misma manera todos los miembros de este cuerpo público deben concurrir, como cosa en que va la sustentación de su república, y atender a los decretos y deliberaciones de este Consejo de Estado: como el principal del cual los demás dependen. Deben los pies, que son la gente común y plebeya, con humildad obedecer y seguir lo que en el Consejo de Estado se ordena. Las manos, que son los ministros de la guerra, procurar la paz y quietud, según por ese consejo será ordenado. Los brazos, que son los señores y estados de la república, conservar ese consejo y regirse por él. Los ojos, que son los consejos de justicia, aprobarlo. Las narices que son los fiscales

16 Como ha anotado Karen Spalding, mientras que la condición del esclavo africano estuvo definida por una relación individual con su amo, la condición “normal” del indígena, *obligado a tributo, era colectiva*. Véase su libro *De indio a campesino. Cambios en la estructura social del Perú colonial*, (Lima: IEP, 1974): 158

y procuradores del príncipe, oler y advertir lo que se ha de proveer y es necesario ordenar para la conservación de la república. Finalmente los oídos, que son los virreyes, gobernadores y otros ministros de jurisdicción, deben, con atención atender a las órdenes de este consejo, poniéndolas por ejecución con diligencia, primero que se atravesase estorbo en el buen suceso de ellas”.¹⁷.

O en palabras de un importante jurista colonial:

“...así como cualquier república bien concertada requiere que sus ciudadanos se apliquen y repartan a diferentes oficios, ministerios y ocupaciones, entendiendo unos en las labores del campo, otros en la mercadería, y negociación, otros en las artes liberales y mecánicas, y otros en los tribunales a juzgar o defender las causas, y pleitos; así también, y aun en primer lugar, conviene, y es necesario, que según la disposición de su estado, y naturaleza, unos sirvan, que son más aptos para el trabajo, y otros gobiernen y manden en quienes se halle más razón, y capacidad para ello... Porque según la doctrina de Platón, Aristóteles, Plutarco, y los que sirven, de todos estos oficios hace la república un cuerpo, compuesto de muchos hombres, como de muchos miembros, que se ayudan y sobrellevan unos a otros, entre los cuales, a los pastores, labradores, y otros oficiales mecánicos, unos los llaman pies, y otros brazos, otros dedos, de la misma república, siendo todos en ella forzosos, y necesarios, cada uno en su ministerio...”¹⁸.

17 Fray Marco Antonio de Camos, *Microcosmia y gobierno universal del hombre. Para todos los estados y cualquiera de ellos*, (Pablo Malo: Barcelona, 1592): 158. Citado por Feliciano Barrios: *La gobernación de la monarquía de España. Consejos, juntas y secretaríos de la Administración de Corte (1556-1700)*. (Madrid: Boletín Oficial del Estado, 2015): 443.

18 Juan de Solórzano y Pereyra: *Política Indiana*, Libro II, [1647]: 170-171. Citado por K. Spalding, *De indio a campesino*, 152-153.

Esta diferenciación se superpone con la existente entre nobleza y pueblo, donde tercia el clero, compuesto además por una extensa jerarquía. Mientras que la diferenciación aristotélico-tomista es en principio funcional, esta otra es *jerárquica*, y es básica en cualquier organización política “premoderna”. Ahora bien, ella no implica desigualdad en cuanto a la calidad *humano-escatológica* de unos y otros, pues todos serían creados a imagen y semejanza de la Divinidad. En otras palabras, en “la ciudad de Dios” nobles y villanos están en pie de igualdad¹⁹.

Pero para los aborígenes americanos se interpone la diferencia en el grado o calidad de *humanidad* que hemos visto. Cuando finalmente la iglesia admita el carácter humano de los indios, por lo cual se les reconoce tener un alma que debe ser salvada, esa salvación tiene como paso obvio e indispensable la *conversión* al catolicismo. Incluso ello era un requisito del vasallaje: para ello el bautismo era condición necesaria y suficiente. Aun así, los indígenas se encontraban en condición de *minoridad*, por lo que se hacía necesario tutelarlos. Además, por diversas razones –entre las que destacaba la “misión providencial” de la Corona española contra la herejía protestante–, era lícito utilizar a los indios en *la mita minera*, pues a pesar de sus horrores con ello se servía a “un fin supremo”. Aquí las elaboraciones jurídicas y teológicas hispanas estuvieron internamente contrapuestas: si por un lado en el plano individual eran “vasallos del rey”, por otro estaban sujetos a las exacciones que podían ser impuestas a un pueblo *conquistado*²⁰. He aquí un cuadro que sintetiza algunas de estas dislocaciones.

19 Es así que en *La Divina Comedia*, infierno, purgatorio y paraíso reciben por igual a almas de todos los niveles sociales.

20 Varias de estas ideas sobre el mundo colonial provienen de una conversación con el Dr. Carlos Gálvez-Peña, a quien extendemos nuestro mayor agradecimiento.

CUADRO 3
LA DISTANCIA ENTRE LA DOCTRINA Y LA POLÍTICA COLONIAL

Planteamientos doctrinarios	Poder y dominación
Los virreinos de las Indias son reinos como los de la Península Ibérica	Hay un Consejo de Indias para todas las colonias, que funciona de manera distinta a los otros Consejos
Los indios son humanos, tienen alma que debe ser salvada	La humanidad de los indios los ha hecho adecuados para servir a los españoles
La nobleza inca es equivalente a los hidalgos españoles	La nobleza inca está sujeta a límites: en acceso a armas, cargos públicos, Iglesia
Para proteger a los indios las dos “repúblicas” debían vivir separadas	Los indios debían trabajar para los españoles. Imparable mestizaje en todo orden de cosas
Los indios son “vasallos” del Rey, como los españoles,	Los indios están sujetos a tributos especiales y dependen de la tutela de la Corona
No hay diferencia legal entre los españoles nacidos en España y en América (“criollos”) ²¹ .	Los lazos familiares y personales de los hispanos les daban una amplia ventaja en el nombramiento de cargos públicos
La República da leyes y derechos de alcance universal	Los indígenas están sujetos a contribución personal, servicio militar, trabajos en obras públicas. En general no podrán ser elegidos, aun si fuesen electores

Elaboración propia.

Es fundamental subrayar el carácter corporativo, presente en la división de las dos “repúblicas”, porque si bien en el plano individual las relaciones siempre fueron *porosas* –como lo muestra el imparable mestizaje que creaba poblaciones de imposible clasificación, la

21 He aquí un escrupuloso ejemplo de ambigüedad: “...no a todos los habitantes de la Monarquía se les consideraba españoles, reservándose esta denominación para los peninsulares; primero por existir entre ellos una especial afinidad: «... existía una idea de una comunidad más estrecha, aunque no homogénea, entre Castilla y la Corona de Aragón, y esta comunidad era España», puntualiza Gil Pujol...; si bien este autor reseña como esta consideración de español dentro de la Monarquía se hará extensiva –en consideración del propio Felipe II– a todos los peninsulares sin excepción, a los habitantes de determinadas islas del mediterráneo y aún a los indios”. Feliciano Barrios, *La gobernación de la monarquía*, 31-32.

proliferación de “indios forasteros” que abandonaban las comunidades, o el ascenso económico y social de muchos criollos e inclusive de indígenas–, ello en modo alguno cuestionó la división estamental como tal. En palabras de Mariátegui, el mestizaje produjo “...una variedad compleja, en vez de resolver una dualidad, la del español y el indio.”²² Existe pues una estructura profunda, la cual ha sobrevivido ampliamente al dominio español, debajo de los fenómenos de “movilidad social” individual. La pregunta que cabe hacerse es en qué consiste esa estructura y cómo se sostiene. Esta interrogante es central para nuestro tema, porque la vida política y la dominación social van a transcurrir sobre esos carriles o enfrentándose con ellos, habiendo que examinar por tanto si al transcurrir de la historia se han transformado y en qué términos.

Paralelamente, mientras que al más alto nivel político la nobleza indígena tenía la misma condición de los hidalgos hispanos, y los territorios en América tenían la condición de reinos, la peculiaridad del Consejo de Indias, aun considerando solamente circunstancias puramente objetivas –lejanía, vastedad, desconocimiento, heterogeneidad– hacía que, *en los hechos*, las Indias no pudiesen ser reinos “sin más”²³.

22 José Carlos Mariátegui, *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, (Lima: Amauta, 13ª edición, 1967): 269. Al respecto cabe recordar esta observación de Karen Spalding: “La importancia de esta fundamental dicotomía en el Perú colonial, se hace evidente por las actitudes contradictorias e inciertas mostradas en la ley y *por las actitudes sociales en contra de la gente que no perteneció completamente a ninguno de los dos grupos*”. Spalding, *De indio a campesino*, 161 [cursivas agregadas].

23 La sola distancia obligaba a los funcionarios a tomar muchas decisiones que llevaban a que las órdenes reales “se acatasen pero no se cumplieren”. Junto con las distancias –en verdad los riesgos y la lentitud para recorrerlas– venía un inmenso desconocimiento acerca de América; de esta manera las disposiciones emanadas desde España enfrentaban no solamente la oposición de diversos intereses, así como la dificultad para controlar su ejecución, sino la aplicabilidad objetiva misma: “...y siendo de europeos ignorantes de aquel país, volverán a mandar que salga la caballería de La Habana a desalojar los ingleses apostados en la sonda de Campeche, esto es, en medio del seno Mexicano: se prenda y castigue el comején (bicho) por haber destruido los documentos que S. M. había pedido a la Audiencia de Santo Domingo: y que para

La clave de la sociedad colonial andina: una externalidad múltiple

La condición colonial hispano-americana, pero sobre todo la de los países andinos, lleva así consigo una múltiple *externalidad*, que no es consustancial a cualesquier colonia, sino resultado de ciertas situaciones muy particulares. De una parte, los europeos que dominan el territorio, lo anexionan a la recién constituida España, y en ese movimiento “extranjerizan” a los pobladores originarios al despojarlos del control de su espacio y de su tiempo (de sus vidas). Pero a la vez –y esto es de suma importancia, objetiva y *subjetivamente*–, los dominadores y sus descendientes *no van a hacer suyo el territorio* en sus determinantes fundamentales. Nos referimos a que este espacio va a permanecer siéndoles extraño –en particular la sierra y selva–, lo cual se manifiesta en que no se hubieran establecido ni lo hubieran hecho producir, *a no ser por* explotar a las poblaciones preexistentes, y aprovechar sus formas originarias de organización y trabajo. Ello puede verse en el contraste con lo que ese territorio era –y en alguna medida aún lo es– para las poblaciones originarias

“La puna no era solamente una fuente de ricos recursos, sino la cuna de los antepasados, el lugar de reunión para celebraciones ceremoniales y el pasaje de una región a otra. Ni la puna ni las empinadas cumbres de las montañas eran consideradas como barreras; la gente se trasladaba de un valle a otro a través de las cimas de las montañas y de la altiplanicie.”²⁴

evitar los gastos de llevar trescientas leguas el azogue de Guangabelica a Potosí, se conduzca por Lima y Buenos Aires. Estos hechos son auténticos, y podría dar tantos iguales como se ven a cada paso trasladar oidores de Charcas a Guadalajara, en cuyo viaje tardan dos años comiendo el sueldo de balde. El plus ultra de las columnas de Hércules aún hoy no lo conocen los españoles, sino sobre las columnas de los pesos duros.” Servando Teresa de Mier, “Segunda carta de un americano al Español” [1811-1812], en S. T. de Mier: *Ideario político*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, n. 43, 1978, p. 62. Citado por Virginia Gil Amate (1998). De españoles a americanos: Variantes de criollismo en el siglo XVIII. Arrabal, (1), 23-38.

24 Spalding, *De indio a campesino*, 93. Aquí interviene con todo su peso la *CMH*, pero potenciada por un conjunto de dimensiones latentes que recién ahora se hacen explícitas

Hay pues una distancia, una lejanía frente a la naturaleza –no exenta de asombro y hasta admiración–, junto con una distancia casi metafísica con los “aborígenes”, a la que la convivencia con ellos no le hacía mella sino en casos individuales. Para vislumbrar lo que esto quiere decir, compárese con la colonización inglesa de América del Norte. Esa colonia de *población* desplazó y casi exterminó a los grupos humanos preexistentes, sin explotarlos económicamente. De esta manera transformó el territorio, mediante su propio trabajo y el de esclavos africanos, bajo formas que estuvieron íntegramente bajo su ejercicio y control directo. En forma correlativa, su compenetración con el territorio fue total. Así, en 1845 John L. O’Sullivan podía lanzar lo que sería la doctrina de “Destino Manifiesto”, invocando un derecho divino al *territorio* norteamericano, realizando en él los valores de libertad y autogobierno. Esta idea ha servido de justificación a la expansión de los Estados Unidos de América bajo el manto de una “misión”. He aquí dos formas radicalmente distintas de expansión colonial, política y económica, donde en ambas la religión tuvo un rol fundamental a la vez que fue totalmente distinto, y donde el territorio fue asumido en formas diametralmente opuestas.

Estamos aquí ante un punto crucial para la *CMH*, pero muy poco pensado por ella. Aunque sin darle mucho énfasis, la *CMH* diferencia entre la *extracción* por el ser humano de bienes naturales para su consumo más o menos directo, de la *producción* propiamente dicha, la cual implica crear objetos que la naturaleza no produce. Así mismo distingue las poblaciones nómades de las sedentarias. Pero dentro del sedentarismo ha pasado por alto los fenómenos de traslado más o menos forzado –incluyendo las migraciones–, y con ello el *arraigo* mayor o menor al territorio: ¿en qué medida una población quiere a) permanecer en el espacio en que se encuentra, b) recuperar el que ha perdido, o c) trasladarse a otro, sea conocido o desconocido (y en qué términos lo hace)?

Si bien la colonización inglesa en América del Norte tuvo varias modalidades –desde colonos anglicanos auspiciados por la

Corona británica, pasando por peregrinos calvinistas que huían de ella, hasta campesinos católicos irlandeses tratando de escapar a la hambruna–, en general se trató de viajes sin retorno, asumidos así voluntariamente. Las condiciones materiales que encontraron y las circunstancias sociales mencionadas, facilitaron crear las bases para una sociedad tolerante fundada en relaciones contractuales e igualitarias, dada la práctica imposibilidad de restringir el acceso a nuevas tierras para quienes llegasen²⁵. Igualmente al rey le fue imposible imponer siquiera las restringidas atribuciones que siguió teniendo en Inglaterra tras las revoluciones del siglo XVII. Estas circunstancias redundaron en la ausencia de lazos fuertes de fidelidad hacia la Corona británica.

De ahí que las colonias británicas y españolas en América mostraran patrones en muchos aspectos *inversos*²⁶. El contraste es inmenso, ya no solamente con los españoles que viajaron a América como una estadía transitoria, sino con sus descendientes “criollos”, que no solamente se consideraron “europeos” o “españoles”, sino cuyos *referentes* estuvieron allá, y ello así continuaría durante la República. Así, escribe el jesuita José de Acosta, glosado por María Luisa Rivara:

“...teniendo la idea puesta en retornar a España, los gobernantes y jueces consideran a las Indias como tierra extranjera, no la aman y al no amarla no se interesan mayormente en ella. ...la mayoría de los funcionarios venidos a América se consideran en situación de destierro. Al ser destacados a lugares apartados proceden como los capitanes en tiempo de guerra,

25 Obviamente esto no incluía a los esclavos.

26 Mencionemos un contraste más: en EEUU corrió muchísima tinta en el debate sobre si su única Constitución hasta la fecha –1776– era o no expresión de una determinada clase. Una tesis y un debate equivalentes estarían fuera de lugar para las excolonias españolas. Desató la polémica Charles A. Beard mediante su libro *An Economic Interpretation of the Constitution of the United States*. Macmillan 1913 y 1935.

es decir que desmantelan y queman lo poco que han hecho en la tierra del enemigo y sólo procuran en el tiempo que permanecen en las provincias sacar la mayor cantidad de dinero que les es posible.”²⁷

Para la conciencia criolla el resultado va a ser un *desgarramiento* entre ser “peruano” y “español”, y al mismo tiempo no serlo. Se trata de bases negativas incapaces de constituir un denominador común que pudiera dar lugar, eventualmente, a un “nosotros”, o apelar a un sentimiento colectivo de *orgullo nacional* entre colectividades que, estando jurídica y políticamente separadas, material y socialmente hablando formaban una sola sociedad. Muestra de esa exterioridad es el siguiente extracto de un escrito de 1799 de Manuel Abad y Queipo, obispo de Michoacán, quien refiriéndose a las relaciones entre españoles, indios y castas, decía que en América hispana:

“...no hay graduaciones: son todos ricos o miserables, nobles o infames... En ese estado de cosas, ¿qué intereses pueden unir a estas dos clases con la primera y a todas tres con las leyes y el gobierno? La primera clase tiene el mayor interés en la observancia de las leyes que le aseguran y protegen su vida, su honor y su hacienda o sus riquezas contra los insultos de la envidia y los asaltos de la miseria. Pero las otras dos clases... ¿qué aprecio harán ellas de las leyes que sólo sirven para medir las penas de sus delitos?”²⁸

27 María Luisa Rivara de Tuesta, José de Acosta: un humanista reformista, (Lima: Taller Gráfico de Editorial Universo 1970): 108. Las ideas glosadas provienen de una obra de Acosta publicada en España hacia 1588.

28 Citado por Julio Cotler en *Clases, Estado y Nación en el Perú*, (Lima: IEP, 1978): 47. Esos argumentos no le impidieron al obispo reclamar en 1815 una política represiva frente a las insurrecciones americanas. Cfr. Víctor Peralta, *La independencia y la cultura política peruana (1808-1821)*, (Lima: IEP, 2010): 328-329. La trayectoria de Abad, como la de tantos otros, es expresión de una situación muy común, vivida a fines del siglo XVIII: tensada entre impulsos rebeldes en América que surgían contra una “madre patria” despótica, cuando a su vez ella

En las sociedades europeas los conflictos de clase, algunos de los cuales desembocaron en revoluciones, tenían lugar entre grupos sumamente diferenciados, pero que reconocían o construían un *relato en común* de su pasado, donde lengua, instituciones, costumbres, religión –con el concurso de una decidida acción del Estado que no excluía la violencia–, podían ser elementos compartidos²⁹. Por el contrario, en el nuevo continente los hispanos tuvieron que imaginar hipótesis teológicas extraídas de *La Biblia* sobre las tribus perdidas de Israel para explicar la existencia de seres humanos en este “nuevo mundo”. Por su parte, aunque tal como ahora se conocen los relatos prehispánicos de aztecas y andinos haya tenido lugar mucho sincretismo, en ambos aparecen profecías sobre pueblos desconocidos con los que entrarían en contacto, *pero sin suponer ningún origen común*.

A estas externalidades *se agregan*, en tercer lugar, los fenómenos más evidentes: la presencia, dominio, influencia, de fuerzas o poderes simplemente “foráneos”, sea como horizontes político-culturales, intereses económicos, o la violencia militar. Son lo que podemos asociar a términos tales como “imperialismo”, “colonialismo”, “semi-colonialidad”, “dependencia externa”, etcétera. La pregunta que surge es si sobre estas bases histórico-estructurales podía constituirse un ordenamiento que, alcanzando alguna forma de *legitimidad*, abarcara a toda la población del territorio primero colonial y después nacional.

estaba dominada por un país (Francia) que se había presentado como encarnación de la libertad (o la anarquía), la razón (o la irreligión), pero que por entonces estaba sujeto a un nuevo despotismo: el napoleónico. A todo lo cual se agregaba en América misma la irrenunciable dominación sobre la población indígena y esclava.

29 Una “lucha de clases” como la que plantean Marx y Engels *requiere* de ese relato común. Sólo de esta manera el antagonismo de las relaciones de producción puede manifestarse en toda su pureza.

4. De la crisis del imperio hispánico a la “anarquía caudillista”

Sobre la división colonial del trabajo: “base” y “superestructura”

En términos de la *CMH* la división estamental-corporativa entre “república de indios” y “república de españoles” coincidía con la división entre trabajo manual y no manual, respectivamente. Orientada la explotación de la fuerza de trabajo hacia la producción de plata, por necesidades finalmente *políticas*, ello daba a este ámbito una preeminencia sobre cualquier racionalidad puramente “económica”. No existiendo trabajo asalariado, la coacción laboral –dicha con categorías capitalistas– iba a tener un carácter “extraeconómico”³⁰.

Pero no cabe limitarse a lo que ocurría al interior de las unidades de producción, sin ver el funcionamiento del conjunto. Recordemos que la esfera “pública” estaba penetrada por intereses “privados” a través de la venta de puestos oficiales, si bien sus titulares no dejaban de ser súbditos del Rey de España, circunstancia reforzada por el absolutismo de la dinastía Borbón. No solamente la distinción entre qué era “público” y “privado” era borrosa, sino también la definición misma de cada uno, cuando el individuo era a la vez un súbdito. Se estaba así en la situación paradójica de un poder que en la metrópoli buscaba hacerse más centralizado –más “estatal”–, al mismo tiempo que en las colonias se privatizaba relativamente. Ello ocurría de manera “perfectamente legal”, aunque para la Corona la venta de cargos no fuese sino una medida “de emergencia” que se iba haciendo

30 Marx, *El capital*, tomo III, (México: Siglo XXI editores, 1981): 1005-1010. A propósito de la renta precapitalista del suelo Marx da un gran peso a la tradición. Ahora bien, en la argumentación que da no alude a cuál sea aquí el objetivo de la producción. En el virreinato pudiera ser que los concesionarios mineros buscaran la ganancia, mientras que el poder decisorio –la Corona– buscaba el metal para financiar sus metas de Estado. Este es un tema que requiere de mucha mayor indagación teórica, agregando que aquí no podemos asumir sin más una evolución de la renta precapitalista a la renta capitalista del suelo.

permanente. Luego, la prolongada guerra de independencia de toda la región, la resistencia realista, centralizada en Lima, no iba sino a exacerbar esta situación por la dependencia del poder político de los recursos de los particulares, mediados por el tribunal del consulado. Qué tanto la república va a “heredar” estas torsiones coloniales será un complejo tema a dilucidar.

¿Lucha de clases, o qué clase de lucha?

¿Fueron “lucha de clases” los conflictos o las rebeliones que sacudían la colonia desde el siglo XVIII, así como las “guerras independentistas” del siglo XIX? ¿Anunciaban un cambio en el “modo de producción”? ¿*Qué estaba en juego* en los virreinos hispanos? ¿Por qué los distintos dominios hispanos terminaron independizándose?

Todo parece haber empezado por las resistencias que produjeron las reformas borbónicas a inicios del siglo XVIII, emprendidas a su vez como una respuesta a la creciente desventaja militar y política de España frente a Inglaterra. Pero mientras que el avance inglés se sostenía en una profunda transformación en las fuerzas productivas, la respuesta hispana iba a ser meramente administrativa y tributaria: cambios burocráticos para poder mantener los mismos fundamentos. El imperio español crujió, pero por los asedios que sufría desde fuera; su colapso provendría no de transformaciones internas, sino antes bien por su ausencia.

En líneas generales, sobre una base social y productiva crecientemente exigida por la metrópoli, los distintos conflictos del agitado siglo XVIII fueron parte de un complejo conjunto de erráticos reacomodos ante las reformas, conflictos que tuvieron un decisivo componente económico tanto para la generación de trabajo excedente como para la apropiación del producto y la riqueza: entre funcionarios y particulares, entre criollos y peninsulares, entre comunidades y corregidores, entre la Iglesia propietaria de tierras y propietarios de haciendas; y en la base de todo, entre tributarios indígenas y recaudadores. Pero si de algo no se trató fue de luchas que llevaran a

transformar trabajo, sociedad y política, o a un “nuevo estadio” de las fuerzas productivas.

Ciertamente, si había algún “proletariado” era el mundo indígena, las castas y los esclavos, heterogéneos entre sí, y en su gran mayoría fuerza de trabajo productiva –aunque los esclavos en Lima fueron empleados mayormente en tareas domésticas–. Pero salvo excepciones, sus luchas tampoco tuvieron como horizonte el fin del dominio imperial, ni estuvieron impulsadas por una transformación de las relaciones de producción.

Veamos algunas de las fisuras que llevaron a la independencia. Entre ellas estuvieron los dos intentos fallidos de Inglaterra por invadir el virreinato del río de la Plata, en 1806 y 1807³¹. El triunfo de los rioplatenses fue obtenido *sin recibir apoyo de la Corona*, abandono que ocurrió aun antes de la invasión napoleónica a España (1808). Estas experiencias, más la de las Cortes de Cádiz (1810) a raíz de dicha invasión, además del comercio de contrabando de mercaderías inglesas, debilitaron los lazos con el dominio imperial. Inmediatamente después, la crisis en la península con la invasión napoleónica amplió el espacio para que grupos criollos intentaran, con muchas vacilaciones y conflictos internos, liberarse del dominio colonial. Ello, aunque también tuvo intentos en el interior del virreinato del

31 Téngase presente que el poderío económico inglés no se tradujo automáticamente al plano militar. Inglaterra fracasó en su ataque a Cartagena de Indias en 1741, y al río de la Plata. Entre ambas derrotas había perdido tras una cruenta guerra las colonias que luego se convirtieron en los Estados Unidos de América. En este último caso, no obstante sus elevados costos para la Corona británica, estos pudieron ser controlados, su economía se recuperó rápidamente, e incluso el comercio con los EE.UU. alcanzó en poco tiempo sus niveles anteriores. Por su parte, la estructura productiva norteamericana no colapsó debido al conflicto. Inglaterra no había dependido para su desarrollo de ninguna riqueza de estas colonias. Ya tras la independencia el producto más importante que Inglaterra importaba de sus excolonias americanas fue el trigo, esencial para sostener a la fuerza de trabajo obrera. El contraste con España y sus colonias es pues, inmenso.

Perú, no ocurrió en Lima; de este modo, cuando finalmente le fue impuesta, la independencia fue aceptada “a regañadientes”.

En general, la independencia no fue el resultado de una revolución *popular*, como lo fueron las de Estados Unidos o –para usar un ejemplo siempre olvidado– ¡Haití! En el caso norteamericano los diversos representantes que surgieron lo eran de grandes grupos en movimiento que componían a la sociedad en su conjunto. En cambio en América hispana, y sin negar la presencia de sectores amplios de la población en diversas regiones, ella fue esporádica, y no expresó una voluntad unitaria³². De ahí se desprende que las figuras individuales que rodearon a San Martín y Bolívar, no hayan sido *representantes* de dicho pueblo ni de dicha voluntad: fueron jefes militares que *buscaban* apoyos populares, y así constituían clientelas y facciones. Decimos esto sin ninguna intención de sugerir “qué debió ser y no fue” –¿una nación unificada en lucha contra la opresión, buscando su emancipación plena?–, sino haciendo una constatación demostrable y explicable.

Lima fue, muy posiblemente, un caso extremo, donde por una parte un amplio tejido de vínculos y organizaciones semiinstitucionalizadas creaba solidaridades verticales entre las repúblicas y castas, mientras al mismo tiempo las élites temían una “insurrección social” que tanto ellas como San Martín deseaban evitar a toda costa³³. En esas circunstancias la pregunta que surge es por qué las propuestas monárquicas o “monarquizantes” de San Martín y Bolívar no

32 En el caso extremo, que fue el virreinato del Perú, los indígenas actuaron en múltiples sentidos, pero como dice Gustavo Montoya, ellos *se encontraron con la guerra*: no la provocaron. Véase su libro *La Independencia del Perú y el fantasma de la revolución*, (Lima: IFEA, 2002).

33 Carmen Mc Evoy: *En Pos de la República. Ensayos de Historia Política e Intelectual*, p. 58 n. 66, y p. 48 respectivamente. Centro de Estudios Bicentenario / Perú. Lima, 2013. Sobre lo primero, Hugo Neira: *El Mal Peruano 1990-2001*, pp. 87-99 y 109-118. SIDEA, Lima 2001.

solamente fueron rechazadas, sino que tampoco inspiraron alternativas a las formas liberal-republicanas.

Ahora bien, la proclamación simultánea de liberalismo, republicanismo y una suerte de democracia igualitaria, fue un experimento por entonces “utópico” que en Europa misma no se iba a generalizar sino en el siglo XX. El liberalismo conducía a una sociedad de individuos propietarios como requisito para la ciudadanía, cuya realización fue un proceso lento y *violento*³⁴. Pero en las excolonias españolas el fracaso total y a la vez la persistencia en este conjunto de metas, revela que quienes pretendieron gobernar el país tenían como referente un mundo de ideas muy ajenas a la realidad.

¿Cómo fue posible que semejante desfase entre “base” y “superestructura” se impusiera, frente a otras propuestas que por ser “gradualistas” podrían haber sido más aceptables? La pregunta supone que en la época colonial sí hubo una “congruencia” entre las relaciones económicas y el mundo político e ideológico, pero todo el planteamiento debe ser revisado pues supone, sin examen previo, una estructura análoga a la que Marx esbozó para el capitalismo desarrollado, originario y autónomo. Lo que la dominación colonial muestra es un dominio político, con un importante respaldo religioso –donde no debe olvidarse que la jerarquía eclesiástica hispana dependía mucho más del rey que del papa–, encargado *políticamente* de cumplir metas económicas para la Corona. El horizonte que iban a heredar los grupos “criollos”, y que habían disputado a los funcionarios hispanos de las reformas borbónicas, no fue sino el de una economía recaudadora destinada a mantener un aparato administrativo estatal centrado alrededor de sí mismo.

34 Véase el clásico texto de T. H. Marshall, *Ciudadanía y clase social* [1949], (Madrid: Alianza Editorial, 1998). También de Arthur Rosenberg, *Democracia y socialismo. Historia política de los últimos ciento cincuenta años (1789-1937)*. Cuadernos de Pasado y Presente N. 87, (México: Siglo XXI editores, 1981).

Ahora bien, la propuesta de San Martín de una corte extranjera, en medio de un generalizado desapego a la monarquía, carecía de viabilidad. Pero al parecer hubo otra posibilidad, que debía también ser evitada a toda costa: una monarquía *inca*. La planteó Manuel Belgrano en Buenos Aires, y al menos fue mencionada en un pronunciamiento independentista en Cajamarca. Documentos de la guerra de la independencia mencionan a comunidades indígenas que desarrollaron acciones guerrilleras donde hacían alusiones a los incas.

Puede decirse entonces que la opción republicano-liberal se impuso ante el rechazo a cualesquier otra alternativa –de los males, el menor–, más que por sí misma, a la vez que carecía de todo sustento real. La opción demo-liberal debía haber tenido respaldo y presencia indígenas, lo cual era del todo imposible. Por otra parte, como las élites independentistas estaban compuestas sustancialmente de profesionales, intelectuales y burócratas –a veces simultáneamente–, sin experiencia ni cercanía a actividades económicas, su horizonte en ese plano se limitaba a mantener lo ya conocido: la recaudación fiscal³⁵. Así se explica que la eliminación del tributo indígena podía ser seguida de su restauración inmediata ante la inevitable falencia en las “arcas del Estado”.

Pese a las distintas cronologías independentistas y lo prolongado que fue el período “anárquico” en cada uno de los países, con la excepción de Chile, pareciera que en todos se hubiese impuesto una realidad común: la lucha entre distintas fuerzas militares, incapaces de constituir un centro hegemónico y un norte político. Se ha denominado a esta época como la de un “militarismo” que hubiese aplastado al mundo civil. Sin embargo, no puede pasarse por alto que el carácter militar de los jefes llamados *caudillos* debe ser visto en el contexto. Muchos de ellos no tuvieron una formación militar formal; se trató de una generación que se hizo en el ejercicio de la

35 Una idea muy similar se encuentra en Mc Evoy, *En pos de la república*, 68.

violencia independentista –en muchos casos primero en el bando realista– y en el mando de cuerpos organizados para ello.

Es obvio que, estrictamente hablando, no existía todavía un ejército *nacional*, y los “militares” no actuaban solos en política, sino acompañados de un heterogéneo conjunto de civiles. La tropa se componía mayormente de indígenas levados, y donde parte de la logística descansaba en las “rabonas”. Sobre esa base buscaban apoyo en pueblos y ciudades; también en comunidades, para lo cual tenían que entrar en negociaciones³⁶. Como ha sido observado por distintos analistas, esta no fue una época de elogio a las dictaduras³⁷, dado que cada caudillo militar buscaba respaldarse en una nueva Constitución; vale decir, en la ley. No va a ser sino cuando tras medio siglo de vida independiente se formará una corriente política cuyo nombre –el “Partido Civil” –, aludirá a una división frente al poder castrense. Mientras tanto, liberales y conservadores, que constituían la diferencia ideológica básica al interior de los “civiles”, estuvieron colaborando permanentemente con distintos caudillos.

Que al advenir la independencia las luchas se concentrasen en el control de la riqueza *recaudada*, es congruente con el carácter fundamentalmente político que luego tuvieron las secuelas en los inicios de la república, al estar en juego la supervivencia de un *fisco* y de un embrionario Estado *nacional*, careciendo los grupos dirigentes de un proyecto económico, y estando las clases trabajadoras bajo distintas formas de sujeción personal.

36 Los oficiales “...eran representantes...de facciones militares que los caudillos organizaban con fines netamente políticos, cuerpos de *condotieros* que luchaban entre sí por rivalidades políticas de quienes los acaudillaban, lo que no significaba que dichos oficiales no cambiaran de preferencia con bastante frecuencia”. Víctor Villanueva, *Ejército peruano: del caudillaje anárquico al militarismo reformista*, (Lima: Juan Mejía Baca, 1973): 64.

37 Un siglo después podemos contrastar con José Santos Chocano, *Idearium tropical. Apuntes sobre las dictaduras organizadoras y la gran farsa democrática*, (Lima, Casa Editora La Opinión Nacional, 1922).

5. La República: Continuidad en el Cambio, Cambio en la Continuidad

¿Cambió algo al dejarse atrás el dominio español? La respuesta depende de los criterios que se asuman para encontrar modificaciones o continuidades y para otorgar mayor o menor centralidad a unas y otras. Visiones radicales e indigenismos simplistas han sostenido que “todo siguió igual”, asumiendo por lo general además que por “cambio” se entiende “mejora”. También se ha agregado alguna afirmación según la cual se salió de la dominación española para pasar a la dominación inglesa, y luego norteamericana, como si se tratase de ocupar un lugar prácticamente fijo.

Nada más lejos de la realidad. Si observamos los grandes segmentos que componían la estructura social del territorio peruano, en el ámbito político-ideológico o cultural, más que adquirir una “nacionalidad”, todos ellos *dejaron de tener algo en común*: ser “vasallos del rey”. Por lo demás, para todos hubo cambios más que significativos. Las Leyes de Indias, con cuya mediación los indígenas habían litigado durante todo el dominio español, se desvanecieron. La burocracia española, civil y militar, los expropietarios agrícolas, mineros y comerciantes hispanos, además de muchos clérigos, retornaron a su país, cuando no murieron en el Real Felipe, y fueron despojados de sus propiedades. Con ello se amplió el espacio disponible para los criollos, tanto en la sociedad como en lo que sería el nuevo Estado republicano. A su vez surgieron nuevos conflictos entre los aspirantes a ocupar tales espacios: criollos, mestizos, cholos, mulatos; civiles y militares; muchas veces con filiaciones regionales.

En cuanto al manejo del poder, mientras que durante la época colonial la figura máxima de gobierno –el virrey– había estado sujeto al monarca y a varias instancias y procedimientos, si bien en los inicios de la república el Congreso intentó reducir al máximo las prerrogativas del Poder Ejecutivo, finalmente en la práctica este careció de tales frenos. Con o sin anarquía, el “presidencialismo” que

atravesó la República hizo que, con casi un siglo de historia republicana detrás, Víctor Andrés Belaunde comparase:

“...al jefe del poder ejecutivo en la República con la suprema autoridad colonial, llamándolo virrey sin monarca, sin Consejo de Indias, sin oidores y sin juicio de residencia. La fórmula expresiva del régimen peruano se halla en estas palabras: ‘cesarismo burocrático’”³⁸.

Aunque el escenario sociopolítico había cambiado ampliamente, la base económica del nuevo Estado –sufriendo los estragos de una prolongada y cruenta contienda– se volvió más recaudadora que antes; los conflictos entre caudillos cubrieron un cuarto de siglo que convirtió a la guerra en una situación casi permanente, y al ejército en el pliego más abultado de gastos estatales; ello fue así hasta el primer gobierno civil...en 1872. Tanto durante la “anarquía” como cuando es aplacada con la explotación guanera, el Estado siguió siendo el actor fundamental, y la economía siguió siendo fundamentalmente tributaria y recaudadora –tributos estamentales, cupos estatales, impuestos aduaneros, rentas eclesiales–.

Fue así que en la relación Estado-sociedad, aquel canalizará la riqueza hacia nuevas clases *propietarias*, pues no fueron sino hasta mucho después clases *lucrativas*³⁹. Muchos jefes militares y algunos próceres independentistas se hicieron de haciendas arrebatadas a los españoles, aunque salvo excepciones no se convirtieron en empresarios agrícolas, proceso que recién empezaría con la transferencia de los ingresos del guano hacia la segunda mitad del siglo.

38 Víctor Andrés Belaunde, “Plutocracia costeña, burocracia militar y caciquismo parlamentario” [1917]. Incluido en *Meditaciones peruanas*, (Lima: Comisión Nacional del Centenario, 1987): 298.

39 Son clases *propietarias* las que perciben rentas; las clases *lucrativas* buscan ganancias. Max Weber: *Economía y sociedad*, (México: FCE, 1969): 242-244.

No obstante, el funcionamiento fiscal –o lo que restaba de él– quedó fuertemente trastocado. Si bien el tributo indígena había sido abolido por las Cortes de Cádiz, y ello fue ratificado por el Congreso peruano, tuvo que restablecerse bajo el nombre de “contribución”, aunque en la letra era *universal* y aplicada a los individuos. Ahora bien, según Carlos Contreras, las diversas imposiciones fiscales siguieron teniendo un sesgo “étnico”: contribución para los indígenas, predios, patentes e industrias para los “blancos” y mestizos⁴⁰. Ello no implicó la supervivencia jurídica de las “repúblicas” de españoles e “indios”.

Fuera de la contribución indígena, el Estado conseguía una parte análoga de sus ingresos mediante tributos al comercio *exterior*, y no del mercado interno. Si la Corona española había recurrido a sus banqueros mientras le llegaban las remesas de América para pagar los préstamos, el incipiente Estado peruano iba a contraer –por breve tiempo– préstamos con Inglaterra. De bastión de un imperio, el país se convertía en deudor de financistas extranjeros. En cuanto a la tierra, al menos durante las primeras décadas de la independencia, afectadas por el fortísimo impacto que las campañas bélicas les produjeron, no hubo circunstancias que facilitaran a los hacendados expandirse sobre las tierras de los indígenas y controlar su fuerza de trabajo.

El Estado: propietario rentista

La prioridad del Estado sobre la “sociedad civil” ha sido destacada por casi todos quienes han pensado en la problemática nacional⁴¹. Esto es muy importante examinar, pues lo que corresponde según la

40 Carlos Contreras: *El aprendizaje del capitalismo. Estudios de historia económica y social del Perú republicano*, (Lima: IEP, 2004): 66.

41 Destacan aquí Belaunde, Haya, Basadre, Macera, Cotler, de Soto, entre muchos nombres. Ha discrepado Hugo Neira en *El mal peruano*, Vale la pena anotar que en Mariátegui no se encuentra una definición terminante al respecto.

CMH es la prioridad de la sociedad sobre el Estado. Desde un plano estrictamente teórico cabe preguntarse si tal premisa podría deberse a que el pensamiento de Marx, centrado en dilucidar una “sociedad económica”, como es el capitalismo, no concede un lugar específico al momento de la conducción, dirección o liderazgo, lo cual es precisamente uno de los signos distintivos de la dimensión política. Veamos algunos aspectos de esta preeminencia en la república.

Es irónico ver cómo la contribución, así como antes el tributo, habían obligado a los indígenas a insertarse de alguna manera en el mercado, sea vendiendo productos o su fuerza de trabajo. Era un “mercado” *fiscalmente inducido*. Al suprimirse la contribución ese “mercado” se redujo. Fue así que hubo más desarrollo del mercado interno en la colonia que en la mayor parte del siglo XIX. Cuando este se desarrolló lo fue en razón de demandas de productos de insumos para la agricultura e industria europeas –guano, salitre, lanas–.

Recorre toda la república, hasta el día de hoy, la condición del Estado como propietario del subsuelo y de todo aquello sin dueño conocido. En este caso hubo el “descubrimiento” en Europa de las virtudes del guano de las islas, cuyo propietario, después de una breve fase en manos privadas, pasó a ser del Estado peruano. Insumo para una agricultura cada vez más tecnificada y científica, no tuvo aquí el guano mayor uso; a semejanza de la minería de plata –aunque en sí misma ella era uno de los soportes materiales del equivalente general– para el Perú fue el nuevo motor de una economía que continuaba girando alrededor de un Estado que seguía siendo recaudador, y cuyas élites no atinaban a imaginar otra cosa. Lo que el guano permitió fue que el país se insertase en el mundo económico y financiero internacional, potenciando el carácter sustancialmente recaudador del Estado.

Pero hay aquí una importante diferencia con la colonia, pues esta última al funcionar debía mantener al mismo tiempo una determinada estructura social y política; en cambio en la república el criterio fiscal pasaba a ser lo único decisivo; de ahí que pudiera

liberarse a los esclavos o suprimir la contribución indígena cuando las otras fuentes de ingreso fiscal eran “prescindibles”⁴². Las consecuencias económico-productivas y *políticas* de estas medidas pasaban a un plano por completo secundario. Como puede apreciarse, este ejemplo ratifica la prioridad del Estado sobre la sociedad⁴³.

¿Pudo la historia haber sido de otra manera? Investigadores tan diversos entre sí como Heraclio Bonilla y Paul Gootenberg, coinciden inesperadamente en dar una respuesta negativa. Solamente algunos “soñadores utópicos” podían pensar en un Perú industrial o en vías de industrializarse –como algunos de los personajes que Gootenberg estudia–, pues aunque según relata Bonilla los consignatarios del guano concitaban la ira popular, por la carestía de la vida que las maniobras financieras y especulativas habían provocado, también los artesanos eran objeto de otras iras, cuando frente a las importaciones inglesas demandaban protección para sus productos, más caros y de inferior calidad⁴⁴.

Como quiera que fuese, mientras que el virreinato del Perú había sido una *pieza*, con una función centralmente económica en la maquinaria de la política mundial, y desde ahí desarrolló cierta estructura socioeconómica interna, en la república el Perú pasó a ser más bien un espacio que flotaba en medio de las corrientes del comercio internacional, sin que su inserción en ellas definiera un norte, y sin construir un proyecto de articulación interna. Por ello es exagerado afirmar, como lo hicieron en un inicio Bonilla y otros investigadores, que la “economía peruana” quedó subordinada a la

42 Los recursos del guano alcanzan a ser hasta el 80% de todos los ingresos del Estado, mientras su monto se quintuplicaba. Varias de las que habían sido importantes contribuciones fueron suprimidas por razones puramente administrativas y contables, dejando de lado su aspecto político y ciudadano.

43 Carlos Contreras: “Las Contribuciones Fiscales en la Formación del Perú Republicano”, en *El Aprendizaje*.

44 Heraclio Bonilla, *Guano y burguesía en el Perú*. (Lima: IEP, 1974). Paul Gootenberg, *Imaginar el desarrollo: las ideas económicas en el Perú postcolonial*, (Lima: IEP, 1998).

inglesa, cumpliendo un rol definido dentro de la “división internacional del trabajo” de entonces. En esa retórica un espacio *periferizado* se convierte en “satélite”, y por lo tanto se conocería su destino conociendo a la metrópoli. Ya al inicio de este ensayo hemos rechazado esta lógica deductiva, sin que distanciarse de esta visión lleve a aceptar críticas simplistas a versiones también simplistas, de una supuesta “teoría de la dependencia”, abriendo un espacio indeterminado a una hipotética “capacidad de agencia” de actores internos.

Un paso indispensable –aunque no suficiente– hacia una dinámica capitalista hubiera implicado la *proletarización* de la mayor parte de la fuerza de trabajo; vale decir, del mundo indígena. Pero ello escapaba por completo a cualquier voluntad de las élites económicas y políticas. Téngase presente que el guano fue explotado mediante los *culíes*, traídos de China, y con *presidarios*; vale decir, en ambos casos mediante contingentes que no eran considerados parte de la sociedad.

A mediados del siglo XIX, el ciclo del guano y del salitre, la “consolidación de la deuda interna” –el pago de deudas reales o fraudulentas contraídas por los ejércitos a particulares durante las guerras de independencia–, la eliminación de la “contribución indígena” y la manumisión de la población esclava –que afectó productivamente a las haciendas costeñas, aunque los hacendados recibieron por ello una “reparación” –, transformaron radicalmente el volumen y la fuente de las rentas del Estado, sin reorientar el carácter extractivo y tributario de la economía. Manteniendo esa orientación, el guano y el salitre hicieron que la recaudación dejase de pasar por funcionarios y poderes regionales, centralizándose mucho más y directamente en el Estado; lo mismo ocurrió con la distribución del gasto. De esta manera los grupos dominantes provincianos, sobre todo en la sierra, perdieron peso en la política nacional.

Si algún efecto en el orden productivo ocurrió en el país, fue un cierto desarrollo de haciendas en la costa norte y centro para la exportación de azúcar y algodón, pero sin crear nuevos mercados

internos, los que antes bien se habrían retraído. Los cambios que proyectó hacer Manuel Pardo a través de los ferrocarriles eran los mismos que tenían en mente algunos grupos en distintos puntos del país: agilizar el comercio, sin cambiar ni la composición del producto ni las técnicas o relaciones de producción⁴⁵. A siglo y medio de distancia es más o menos claro que el Gobierno central entraba en un proceso de “modernización” limitado en lo sustancial a *injetar* innovaciones tecnológicas. Además del ferrocarril fue el caso de la navegación a vapor, el telégrafo y el teléfono. En esto fue secundado por élites limeñas, y costeñas en menor medida.

Desde un centro estatal recaudador, que impulsa su propia modernización y la de algunos servicios, se irradian normas universales y personal administrativo, empezando así a darse una creciente brecha entre este funcionamiento y el del resto del país. Se trata de un Poder Ejecutivo centralizado que intenta modernizar la *administración*, pero que desde el punto de vista económico no va más allá de agilizar la circulación de los productos.

Interpretando estas evidencias desde la *CMH*, el episodio del guano en cuanto sistema productivo fue un “enclave”, donde el producto era obtenido centralmente mediante una fuerza de trabajo extranjera trasladada *ex profeso* –los *culíes* chinos–, que estaba enteramente bajo el control de particulares, y de la que no estaba prevista su reproducción intergeneracional en el espacio peruano. A su vez el producto no tuvo ningún uso local. Con ello no solamente la brecha era total entre producción, circulación y consumo, sino también la relación entre esa fuerza de trabajo y las estructuras políticas y sociales del país. Por otra parte, al permitir la eliminación de la contribución personal, el episodio del guano *alejó* aún más al Estado de la población indígena.

45 Tal como a menudo ocurre, “aquí y allá” hubo propuestas e intentos excepcionales, que se limitaron a confirmar la regla. Ello lo muestra palmariamente el citado libro de Gootenberg

Contrástese con la compleja estructura social y política –además de los eslabonamientos productivos y mercados internos entonces desarrollados– que tuvo lugar alrededor de la mita minera durante la colonia. Los estudios sobre las inéditas sumas provenientes del guano, muestran que no había condiciones ni incentivos para que se convirtiesen en capital. Bajo esas circunstancias la pregunta de por qué esos recursos no se utilizaron para “desarrollar el país”, está totalmente fuera de lugar.

En cuanto a lo que efectivamente ocurrió con las vías férreas, salvo el ferrocarril central, y el del sur, los proyectos ferrocarrileros no tuvieron mayores efectos, y tarde o temprano colapsaron. No es coincidencia que esas excepciones estuviesen relacionadas con la exportación de minerales (en el centro) y lanas (en el sur); los otros sistemas ferroviarios hubiesen requerido de un mercado interno que de por sí ellos no iban a ser capaces de crear. En cambio los dos sistemas ferroviarios que sobrevivieron estuvieron vinculados a las exportaciones; a la par de permitir y expandir la exportación de materias primas, sí contribuyeron a desarrollar mercados interiores.

Desde el ángulo político-administrativo, de un lado la dinámica financiera de los ingresos guaneros y la deuda pública que arrastró consigo, propició la centralización fiscal y, al sobrevenir la crisis económica, un intento de descentralización dirigido paradójicamente desde el Poder Ejecutivo en 1873. Luego de la guerra del Pacífico habría otro intento en 1886, impulsado por el Partido Constitucional de Andrés A. Cáceres, y entorpecido luego por Piérola desde 1895.

El gamonalismo y las tensiones regionales

Tan importantes como las estructuras sociales y económicas, son sus dimensiones regionales. Durante todo el período colonial la sierra fue el escenario de las actividades productivas de mayor importancia, por concentrar la minería y la fuerza de trabajo –pese a la brutal declinación demográfica de la población indígena–, y por

las actividades económicas que se tejieron alrededor de la actividad minera en las zonas rurales y ciudades serranas. Lima era una ciudad administrativa y la costa era una zona de puertos importantes por las aduanas, pero con poca actividad productiva, salvo una agricultura que además de algunos productos, como los licores, no se dirigía hacia la sierra.

En el último medio siglo colonial la situación cambió drásticamente tras la creación del virreinato de Río de la Plata en 1777, al cual se le adjudicó Charcas –es decir, Potosí y sus ya declinantes riquezas–. Aunque con las guerras de la independencia Charcas regresó al virreinato del Perú, la creación de Bolivia en 1825 hizo que la recortada sierra peruana perdiera peso económico frente a la importancia política y la economía recaudadora centrada en Lima. Es entonces que se configura la idea de una “sierra atrasada” frente a una “costa progresista”, y cuando se fortalece la mirada criolla, de desprecio hacia los Andes. Lo puso de manifiesto la actitud limeña, pero de la costa y en general del norte del Perú, hacia el proyecto de la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839). Además, la invasión de mercaderías inglesas, y francesas en menor medida, golpeó fuertemente la producción artesanal y de los obrajes en zonas como Cusco⁴⁶.

El resultado de este desplazamiento fue la “balcanización” de la sierra peruana en numerosos “poderes locales”, que desarrollaron una fuerte animosidad contra el centralismo limeño. Sin embargo, carentes de recursos y proyectos, no constituyeron movimientos “regionalistas”, con la excepción en el sur andino de Arequipa y Cusco, que a su vez rivalizaban entre sí. Ello fue simultáneo con algunas dinámicas regionales, muy diversas unas de otras. Destacan los circuitos de la producción lanera en la sierra sur (Puno, Cusco y

46 Una historia de las tensiones entre centralismo y descentralización, escrita a favor de esta última, es el libro de Pedro Planas, *La descentralización en el Perú republicano (1821-1998)*. (Lima: Municipalidad de Lima, 1998).

provincias altas de Arequipa) y la producción de plata en la sierra central (Junín y Lima). De esta última ha dicho Nelson Manrique que incluyó "...un sistema de ciudades (Pasco, Tarma, La Oroya, Jauja, Concepción, Huancayo, Pampas, Acobamba) y circuitos mercantiles longitudinales y transversales articulados en torno a las necesidades de la región".⁴⁷

Según han concluido varios investigadores, la eliminación de la contribución indígena, aparte de reducir un "mercado fiscalmente inducido", tan forzado como magro, dejó a las tierras comunales sin protección frente al asedio de los hacendados. El pago de la "contribución" había garantizado a las comunidades la protección de sus tierras, la cual entró en consecuencia en una fase crítica. De modo que, no obstante su pérdida de influencia nacional, los terratenientes, comerciantes y otros agentes, sobre todo en la sierra, iban a expandir sus propiedades, mayormente a costa de las comunidades indígenas.

Es a este fenómeno que se denomina *gamonalismo*, vocablo que se hizo de uso popular desde la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, desde un plano analítico el término solamente alude a la *exacerbación* de la dominación que desde el poder político, económico y religioso ya se ejercía sobre la población indígena. Pero no implica ninguna innovación en esa dominación, sino su ejercicio mediante medios legales e ilegales, pacíficos y violentos, de particulares y autoridades civiles, militares y eclesiales. La explicación de esta exacerbación parece haber sido principalmente el incremento de la demanda de la fibra de lana por la industria textil inglesa, que redobló la presión de las clases dominantes serranas sobre las tierras, el trabajo y la producción lanera misma de los indígenas. Habría sido un fenómeno análogo a la llamada "segunda servidumbre" del siglo XVI en Europa Oriental: apropiación de los

47 Nelson Manrique, "La historiografía peruana sobre el siglo XIX". *Revista Andina*, año 9, No. 1, Cusco, (julio, 1991): 252.

recursos y de la fuerza de trabajo campesina, explotándola luego bajo formas precapitalistas, para obtener una producción destinada a mercados capitalistas⁴⁸.

Manrique ha insistido en varios libros sobre la diferencia entre la sierra sur y la sierra central, en particular en valles como el Mantaro, que estuvieron libres de encomiendas y haciendas desde la época colonial –no así las partes altas–⁴⁹. Al mismo tiempo describe un nítido conflicto entre los terratenientes regionales y una “burguesía mercantil” limeña, plasmada en cierto momento en el conflicto entre el Partido Constitucional y el Partido Civil, respectivamente. Sin embargo, las cosas fueron menos simples, como lo veremos en seguida.

Los grupos dominantes serranos fueron internamente muy conflictivos. Precisamente por estar vinculados a mercados muy incipientes, los clanes de propietarios al buscar la autosuficiencia para evitar depender de clanes rivales buscaban extender sus propiedades hacia distintos pisos ecológicos. Por ello mismo tenían que evitar enlazarse entre sí matrimonialmente, pues corrían el riesgo de perder propiedades en la siguiente generación, y con ello autonomía y poder⁵⁰. En estas tensiones era indispensable contar con aliados externos, de modo que las conexiones con el Gobierno central eran

48 Ernesto Yepes, “Burguesía y gamonalismo en el Perú”. *Análisis, Cuadernos de Investigación* No. 7, Lima (1979): Este notable ensayo anticipa en forma sintética muchas de las ideas centrales que diversos estudios históricos han confirmado en las siguientes cuatro décadas, con el agregado de estar orientado teóricamente desde una razonada base en *El capital*.

49 Son pertinentes sus libros *Mercado interno y región. La sierra central 1820-1830*, (Lima: DESCO, 1987) y *Yawar Mayu. Sociedades terratenientes serranas 1879-1910*, (Lima: IFEA y DESCO, 1988).

50 La geógrafa Fiona Wilson ha estudiado esta dinámica en el caso de Tarma: “Propiedad e ideología: estudio de una oligarquía en los andes centrales (S. XIX)”. *Análisis, Cuadernos de Investigación* No. 8-9, Lima, (mayo-diciembre 1979). Más reciente y ampliamente en *Citizenship and Political Violence in Peru. An Andean Town, 1870s-1970s*. (EE. UU.: Palgrave, 2013).

fundamentales. Los poderes locales, estando en pugna con el Gobierno central, tenían al mismo tiempo que conseguir su favor⁵¹.

La dominación terrateniente y gamonal fue sumamente diversa en modalidades de expansión y ejercicio. Así como hubo concentración de tierras, ciertos gamonales las conseguían a expensas de otros; la herencia dividía a las propiedades, y la relación con los mercados difería según las regiones: muy cercana en zonas de la sierra sur, y muy lejana y estática en otras, como Ayacucho –antaoño floreciente cuando era paso obligado entre Tucumán y Lima–. Con el paso del tiempo las nuevas generaciones se orientaron hacia profesiones y actividades urbanas, y el ausentismo de los propietarios fue creciendo sin que en el campo hubiera una renovación de los productos, las técnicas o la organización del trabajo.

6. Del estado recaudador al estado funcional y sus impasses

El ingreso del capital imperialista

A fines del siglo XIX, tras una depresión económica de duración inédita en los principales países capitalistas (duró aproximadamente entre 1873 y 1896), empieza una expansión hacia las periferias, ya no solamente a través de la exportación de mercancías, sino mediante inversiones directas, centradas inicialmente en la explotación de materias primas a ser industrializadas en las metrópolis. Esta expansión, que va a incluir la banca, seguros, servicios y algunas ramas industriales, implicaba asegurar en las periferias las condiciones de producción que fuesen necesarias; en particular la fuerza de trabajo asalariada, calificada y permanente, además de un funcionamiento

51 “El gamonalismo dentro de la república central y unitaria, es el aliado y el agente de la capital en las regiones y en las provincias. De todos los defectos...del régimen central, el gamonalismo es solidario y responsable”. J. C. Mariátegui, 7 *Ensayos*, 160.

tanto institucional como de infraestructuras físicas que fuese estable y previsible⁵².

Tanto en los países centrales como en los periféricos, aunque bajo ritmos distintos, esta nueva etapa de acumulación capitalista iba a tener lugar desarrollando de manera sin precedentes lo que Marx denomina *condiciones generales de producción*⁵³. Comprende todo lo que es la producción de bienes y servicios comunes, o de *consumo colectivo*; vale decir, por una parte lo que comúnmente se denomina “infraestructuras”, como vías de transporte y comunicación, fuentes de energía, agua, acondicionamiento urbano; y, por otra, servicios como educación y salud públicas, por señalar los más elementales. Los desarrollos tecnológicos y científicos demandaban profesionalizar estas actividades, y por tanto la preparación calificada de su personal. Sin ser inevitable que fuesen de propiedad estatal, el *carácter social* y hasta político de estos bienes y servicios implicaba cuando menos una importante presencia del Estado.

En cuanto a la fuerza de trabajo, se trataba, estrictamente hablando y aunque en forma parcial, del primer proceso de proletarización plena que tenía lugar en el país. Aunque también utilizó

52 Véase de Aníbal Quijano, *Imperialismo, clases sociales y Estado en el Perú: 1890-1930*. (Lima: Mosca Azul, 1978). Estamos ante el inicio de relaciones de producción capitalistas propiamente dichas, aunque ellas por sí solas no equivalen a “capitalismo” a secas.

53 Las “condiciones generales de la producción” forman un aspecto fundamental de la producción capitalista, referido sobre todo al *carácter social* que ella va cobrando, exigido por la especialización de la producción y la creciente interdependencia entre ramas. Marx las menciona en tomo I, (México: Siglo XXI editores, 1975): 467, 472 y 549. Sobre la educación, *El capital*, tomo III, (México: Siglo XXI editores, 1976): 385. Las condiciones generales son requeridas tanto por el capital como por el trabajo y la población en su conjunto. Por ello quedan bajo la tensión entre servir a la valorización de los diversos capitales, y satisfacer las demandas de una población social o políticamente movilizable: por dónde pasará una carretera, cómo se financiará la educación gratuita, qué comprenderá una jubilación, o en qué orden se dará “agua para todos”, se convierten en temas de la agenda política. Lamentablemente Marx no desarrolló todas sus implicancias.

el “enganche”, que al igual que la mita colonial no cubría la reproducción intergeneracional de los trabajadores, ahora llegó a formarse una fuerza de trabajo cuya reproducción tendrá que ser hecha íntegramente mediante el *salario*, pagado en dinero⁵⁴. A través de su desarrollo en el siglo XX esta nueva etapa va a traer consigo un paulatino cambio en el “extrañamiento” colonial, así como en la relación de la misma población indígena con el territorio, según veremos más adelante. Sin embargo, esto no fue el inicio de un proceso generalizado de proletarianización ni de las relaciones salariales; aquí no se trató ni de una “acumulación originaria” ni de una “revolución industrial”: la expansión de las haciendas que vino con el gamonalismo no había expulsado a campesinos, ni los había proletarianizado, sino forzado a entrar en relaciones serviles.

Si en general el siglo XIX en el Perú podría ser caracterizado como una estructura de dominación estamental –trajinada por el enfrentamiento de milicias–, desde la cual se intentaba estructurar un Estado republicano y que pudo estabilizarse gracias a las rentas del guano, el siglo XX va a marcar un esquema muy distinto para el financiamiento del Estado. Sin grandes fuentes exteriores de ingreso, como el guano y el salitre, habiendo suprimido cargas como la contribución personal, y ante la extrema dificultad para restituir las, el Estado optó por gravar productos de muy amplio consumo, inclusive indispensables, convirtiéndolos además en monopolios suyos.

54 Joan Martínez Alier, *Los Huacchilleros del Perú*, (Lima: IEP, 1973). Estos trabajos pioneros mostraron que en casi toda la sierra solamente un gran capital minero, como la Cerro de Pasco Copper Co., fue capaz de *asalar* a los trabajadores de su división ganadera y eliminar el ganado corriente (“huaccho”), el cual era parte fundamental para la subsistencia de los colonos que trabajaban en las otras haciendas.

Como puede verse, para los capitales metropolitanos el salario requiere un nivel de productividad que permita la plena reproducción de la fuerza de trabajo, además de producir un excedente (*plusvalor*) al capital que los emplea. Es decir, *asalar* requiere *proletarianizar* la fuerza de trabajo y manejar con ella un nivel de fuerzas productivas que permita producir los excedentes mencionados

Se crearon así los *estancos* de tabaco, opio y sal, además de cobrarse impuestos al alcohol, naipes, azúcar y fósforos⁵⁵.

Al mismo tiempo se impusieron aranceles a diversas importaciones, aunque no con propósitos de protección a la mínima producción nacional, sino solamente con fines fiscales. Lo paradójico fue que al mismo tiempo las nuevas exportaciones mineras, así como de azúcar y algodón, *quedaron liberadas de impuestos*. El nuevo esquema fiscal se completó con la formación de compañías privadas para la recaudación tributaria⁵⁶. Según explica Carlos Contreras, poner en marcha este esquema en el conjunto del país trajo consigo su centralización administrativa y política, e implicó un duro golpe a los poderes locales.

De todos modos, si bien los impuestos indirectos siguieron siendo sustanciales en el presupuesto del Estado –lo son hasta hoy en día–, a partir del siglo XX los directos quedaron plenamente incorporados, objetiva y subjetivamente. Sea de manera explícita o implícita, se ha establecido lo que en el siglo XIX era solamente un criterio ideal invocado por algunos: un “contrato” entre el Estado y los ciudadanos, por el cual ellos cumplirían sus obligaciones tributarias a cambio de diversos bienes y servicios proporcionados por el Estado. En comparación con el modelo anterior, ahora el sostenimiento del Estado no dependía de recursos suyos, sino de los *particulares*.

De ahí que junto con un nuevo patrón en cuanto a los ingresos hubo grandes innovaciones en el gasto público. Fue así que los gastos militares dejaron de ser los más importantes, pasando al primer lugar la educación, con un énfasis muy grande en los departamentos de la sierra. Esta fue resistida por los poderes locales y el gamonalismo, a veces inclusive mediante la violencia, pero no pudo ser bloqueada.

55 En cambio el estanco de la coca fue creado recién a fines de 1949, dentro de una campaña internacional contra sustancias estupefacientes.

56 Carlos Contreras: *La economía pública del Perú después del guano y del salitre*, capítulos 6 y 7, (Lima: BCR e IEP, 2012).

En la visión de los terratenientes, lo que sus siervos requerían era formación *moral*, entendida como la que proporcionaban los sacerdotes a través de misas, sermones y confesiones en las iglesias de los pueblos y en las capillas de las haciendas. Puede apreciarse aquí la tensión entre el proyecto con horizontes integradores del “segundo civilismo”, ejecutado desde el Estado, y los recelos de una clase que controlaba directamente a la fuerza de trabajo mediante la combinación de paternalismo y violencia. Paralelamente ese mismo Estado seguía procediendo a la “leva” de jóvenes indígenas y mestizos como método de conseguir reclutas para el Ejército; ante ella el gamonalismo les servirá de protección.

La campaña educativa, sobre todo en su momento inicial, incluía programas de alimentación y hábitos de higiene⁵⁷. Así mismo hubo un desarrollo en gastos de salubridad pública y campañas de salud contra las epidemias. Las campañas epidemiológicas tuvieron una envergadura inusitada; no solamente fueron impulsadas por las consecuencias que tenían para las importaciones y exportaciones – cierre de puertos o medidas de cuarentena a las embarcaciones en los puertos peruanos sujetos a epidemias– y ergo para los ingresos fiscales, sino que su conducción misma fue en algunos casos entregada a profesionales extranjeros, dotándoles de facultades extraordinarias⁵⁸.

“La declinación de ciertas enfermedades infecciosas en las ciudades de la costa peruana, que empezó a percibirse después de 1930, y con mayor intensidad en la década del cuarenta, tuvo un efecto social fundamental. Es un hecho poco estudiado como el control

57 Hay indicios de un persistente incremento de la población indígena en la sierra durante el siglo XIX. Sin embargo, ni su magnitud absoluta ni su tasa parece haber originado cambios cualitativos, como sí habría ocurrido a partir de estas políticas. La reorientación que tuvo lugar en el Estado puede verse en el trabajo de Carlos Contreras, “Maestros, mistis y campesinos en el Perú, 1876-1940”, incorporado a *El Aprendizaje*.

58 Marcos Cueto, “Sanitation from above: yellow fever and foreign intervention in Peru, 1919-1922”. *The Hispanic American Historical Review*, vol. 72, No. 1, (Febrero 1992).

de ciertas enfermedades, como la peste bubónica y especialmente la malaria, fue uno de los grandes estímulos para la migración de la sierra hacia la costa durante el período 1940-1960, ya que hasta entonces estas enfermedades ocurrían principalmente en la costa donde atacaban sobre todo a los indígenas serranos. La desaparición de la barrera ambiental que significaban estas enfermedades, unido a otros factores sociales como la urbanización, contribuyó a la redistribución de la población del país”.⁵⁹

En cuanto a las infraestructuras viales, no se trataba solamente de extenderlas: la expansión del transporte motorizado requería de *otro tipo de vías*, sobre todo en el campo, pero también en la ciudad. La red de caminos debía ahora ser transitable por vehículos motorizados, y en particular por los camiones. Obviamente esto demandaba un conocimiento de ingeniería muy diferente para el trazado y la construcción de los caminos.

Las obras públicas en los pueblos con dominio mestizo o misti habían sido hechas con trabajo indígena gratuito o semigratuito, aunque ello legalmente estaba “proscrito”. Unos años más tarde la Ley de Conscripción Vial, emitida por Leguía en 1920, legitimaba a la vez que regulaba ese trabajo sin pago, que en principio se hacía universal. Sin embargo, uno podía liberarse de esa obligación si enviaba a un reemplazante; en la práctica ello hizo que el trabajo recayera sobre la población indígena, sobre todo la comunera. Por otra parte, la puesta en práctica de la ley trajo consigo un conjunto de negociaciones entre el Estado con los poderes locales, comunidades e incluso con los colonos de las haciendas⁶⁰.

59 Marcos Cueto, “La ciudad y las ratas: la peste bubónica en Lima y en la costa peruana a comienzos del siglo veinte”. *Histórica*, vol. XV, No 1, PUCP, Lima, (julio 1991): 22.

60 Mario Meza Bazán, “Camino al progreso. Mano de obra y política de vialidad en el Perú: la Ley de Conscripción Vial, 1920-1930” (Tesis de Licenciatura en Historia, UNMSM, Lima 1999). Disponible en <http://cybertesis.unmsm.edu.pe/bitstream/handle/cybertesis/7101/Meza_bm_1999.pdf?sequence=3>.

Como puede verse, considerados en su conjunto tanto las fuentes de ingresos como los rubros de gastos, el Estado se dirigía hacia el mercado interno y, prácticamente por primera vez, al “Perú profundo”. Por una parte, desde la puesta en marcha del Contrato Grace en 1889, en las siguientes dos décadas, y como parte de las inversiones directas de capitales metropolitanos que habíamos mencionado, las actividades más capitalizadas en el país –ferrocarriles, azúcar, comercio y transporte internacional, banca y seguros–, así como las nuevas inversiones que entonces se hicieron –particularmente en la naciente extracción de petróleo y en una minería de cobre bajo recursos financieros y tecnológicos totalmente nuevos–, quedaron bajo un control extranjero total o cuando menos predominante. Se trató de un nuevo tipo de inversiones, mayormente norteamericanas e inglesas, y en menor medida alemanas y francesas, que demandan al Estado un orden institucional eficiente, incluyendo el funcionamiento de las infraestructuras, la salud pública –el brote de alguna epidemia podía paralizar un puerto, trayendo fuertes pérdidas al comercio exterior–, autoridades locales que controlaran a la fuerza de trabajo en minas y haciendas, etcétera.

El Estado pasa gradualmente a verse a sí mismo y a ser visto, por vez primera, como un *proveedor de servicios* para el país en su conjunto. Sin embargo, si de algo se habla respecto al Estado “desde siempre”, es de su *ausencia*. Por ejemplo, en este curso el Estado iba a tratar de encargarse del registro de nacimientos, defunciones y matrimonios, que al estar ligados a sacramentos estuvieron a cargo de la Iglesia. Tomó un largo proceso lograr esta “secularización”, pues el Estado debía constituir una red de funcionarios que, aun recurriendo a las municipalidades, iba a ser más precaria que la red de iglesias y parroquias que habían ido estableciéndose durante siglos en el territorio nacional⁶¹.

61 A esto había que agregarle, que la población en su conjunto no asociaba estos registros con una “vida civil” –para la cual los documentos así obtenidos no iban

La profesionalización del ejército hizo que las primeras décadas del siglo XX fueran también las últimas en que caudillos del interior –esta vez civiles– intentasen tomar el poder mediante insurrecciones regionales –las llamadas “montoneras”–. Con ellas el “orden público” debería ser resguardado ya no ante la pugna entre caudillos, sino ante rebeliones campesinas primero, y luego movimientos populares, tanto urbanos como de alcance nacional, políticamente organizados, que confrontaban a un poder que ya por entonces fue calificado de “oligárquico”. Que por entonces circularan términos peyorativos, como “gamonal” u “oligarca” para referirse a la cúspide de la sociedad, algo dice sobre los cambios que ocurrían en la conciencia social.

En el campo ideológico-cultural seguramente el mayor terreno de debate fue el que buscó explicar las causas de la derrota ante Chile. Si bien se aludió al “temperamento criollo” y a otros rasgos, la causa más invocada por diversas voces fue “el indio”, ya fuese por una supuesta incapacidad intrínseca o por el estado de postración sufrida durante cuatro siglos. Ya desde inicios del siglo nuevos descubrimientos arqueológicos volvían a poner a discusión el contraste entre el desarrollo evidente de las civilizaciones prehispánicas y la situación indígena presente

Los cambios que se dieron fueron también para *ampliar* la presencia del Estado en términos legales y de seguridad pública. Era obvio que la burocracia de prefectos, sub-prefectos, gobernadores, empleados fiscales y jueces, iba a necesitar entrar en acuerdos con los poderes locales para instalarse y actuar. Eran en muchos casos

a tener mayor uso–, sino con su aspecto sagrado. Véase de Alex Loayza, “Entre la parroquia y el municipio: la implementación del registro civil peruano, 1830-1930”. Disponible en <https://www.academia.edu/27602632/Entre_la_parroquia_y_el_municipio_la_implementaci%C3%B3n_del_registro_civil_peruano_1830-1930>. Como dice Nelson Manrique, la Iglesia católica seguía teniendo un rol clave, pues era “...una de las pocas instituciones que tenía presencia a nivel nacional”. *Yawar Mayu*, 167.

empleados o funcionarios “de carrera”, que desplazaban a los “notables” de los pueblos.

Llegados a este punto conviene poner de relieve que el Estado rápidamente fue dejando de ser el propietario rentista que estuvo dedicado a los gastos militares y al mantenimiento del orden, para pasar a ser un proveedor de bienes y servicios. Pero además, mediante ellos, a ser un agente de “integración” o “inclusión”, en particular de la población indígena. Al menos, en la intención de sus políticas. Esto rompía con la anterior relación tributaria, frente a la cual su eliminación lo fue “a cambio de nada”, así como su cobro también así lo había sido. De actuar para “desentenderse” de la población campesina –¡la parte mayoritaria de la población nacional! – el Estado pasaba a establecer nexos que apuntaban, muy borrosamente, hacia una cierta homogenización. Tengamos en cuenta que esto se hacía desoyendo voces que consideraban que ahí había un desperdicio de recursos, que bien podían dirigirse hacia la formación de las élites dirigentes del país. En comparación con la “anarquía” posindependencia, que eran luchas entre caudillos militares, las insurrecciones y los golpes de Estado, que ocurrieron a partir de 1893, lo fueron o de fuerzas civiles contra gobiernos civiles, o fueron golpes militares organizados por civiles, como el golpe del Coronel Benavides contra Billinghurst.

Desde el ángulo político-institucional el cambio era indudable. El alcance de todas estas transformaciones, y aun sus falencias, puede medirse si observamos que es precisamente a partir de entonces cuando empieza a desarrollarse un pensamiento y formas de organización que enjuician al orden establecido en sí mismo, y apuntan más allá. Su desenvolvimiento muestra la manera en la que el país estaba vinculado a los grandes fenómenos del mundo contemporáneo. Esto es patente en sus dos grandes soportes. De un lado el pensamiento y movimiento anarquista y anarco-sindicalista, y de otro diversos indigenismos. El primero no surgió de intelectuales, sino espontáneamente entre los artesanos y obreros, aunque fue impulsado por algunos inmigrantes ácratas europeos, y se difundió mediante

una nutrida prensa sindicalista de inicios de siglo. En cambio los indigenismos fueron más bien movimientos provincianos de sectores medios, en ocasiones sorprendentemente al tanto de corrientes literarias y filosóficas europeas que por entonces estaban en auge. Su manifestación práctica más notable fue la Asociación Pro-Indígena “Tahuantinsuyo”⁶².

La Primera Guerra Mundial, la Revolución rusa de 1917 y los movimientos socialistas que se desarrollaron luego, alimentaron el marxismo de Mariátegui, y el aprismo de Haya de la Torre, dos corrientes ideológicas y políticas que han destacado por la creatividad de sus planteamientos, y que tuvieron una gran repercusión nacional y continental⁶³. A la prematura muerte de Mariátegui dicha creatividad se truncó, mientras que el movimiento aprista alcanzó un enraizamiento sin precedentes. En menos de una década cristalizó una atmósfera *ideológica* que abarcó a buena parte de las clases populares y medias, en una línea independiente y contraria a las clases dominantes. Nunca antes había ocurrido nada parecido⁶⁴.

A modo de síntesis de esta primera etapa del siglo XX, y trazando un esquema comparable sobre lo que sobrevendrá más adelante, veamos el siguiente cuadro.

62 Téngase en cuenta que hasta los años 30 aproximadamente, Puno y Cusco recibían una influencia cultural de Buenos Aires mayor que desde Lima. Posteriormente esto dejó de darse.

63 Amén de sus muchas diferencias, ambas corrientes fueron conscientes de estar insertas en una historia mundial, y buscaron una ubicación política dentro de ella. Lo peculiar es que así como Mariátegui tenía un planteamiento autónomo frente a la Tercera Internacional, Haya lo tenía frente a la Segunda.

64 Todo ello iba a hacer eclosión en la múltiple crisis de fines de 1930, que se precipita tras la caída de la bolsa de Nueva York y aquí arrastra al régimen de Leguía tras once años en el gobierno. En “El Perú en la crisis de los años treinta” [1969] Quijano hace un detallado recuento de las distintas fuerzas sociales y políticas que tomaron parte en esos turbulentos años. Incluido en Quijano, *Imperialismo, clases sociales*.

CUADRO 4
DOS ETAPAS A PARTIR DEL SIGLO XX

	f. s.XIX-1930	1930-1950	1950-1990	1990-20...
Población	Abrumadora-mente rural y campesina	Abrumadora-mente rural y campesina	Desplazamiento rural-urbano	Abrumadora-mente urbana
Sector capitalista predominante	Gran minería de exportación; petróleo para mercado local	Gran minería de exportación; petróleo para mercado local	Gran minería de exportación; petróleo para mercado local	Gran minería de exportación; petróleo para mercado local
Economía rural	Gran hacienda y pequeña producción campesina; mercados locales	Estancamiento de gran hacienda; avance de economía campesina	Crisis de gran hacienda; reforma agraria	Mercados rurales más urbanizados e interconectados
Agro moderno	Agricultura industrializada de exportación	Agricultura industrializada de exportación	Reorientación hacia mercado interno	Agricultura globalizada de exportación
Ciudad	Ciudad como lo rural concentrado; electricidad, asfaltado; artesanía y servicios	Expansión de capas medias profesionales	ISI para mercado interno. Trabajo por cuenta propia	Globalización en servicios e industria. Trabajo por cuenta propia
Estado: funciones	Orden público; inicio servicios salud y educación; comunicaciones	Función promotora y tuitiva; auge de servicios e infraestructuras	Función promotora y tuitiva expansiva	Facilitador de grandes inversiones. Programas de emergencia

Elaboración propia.

La erosión del Perú colonial

Luego de varias décadas de iniciadas y de ir generando cambios moleculares pero continuos, las políticas de educación, sanidad y vialidad repercutieron en un incremento sostenido de la población, en gran medida por la reducción de la mortalidad infantil. Las motivaciones de estas campañas y políticas en el caso de la educación no fueron centralmente de orden económico, pero sí lo fueron las campañas sanitarias, tanto en la costa como en ceja de selva, para

habilitar nuevas tierras⁶⁵. Como resultado fue emergiendo una población joven que contaba con más recursos político-culturales que sus progenitores, y aumentaba la presión sobre una frontera agrícola que sobre todo en la sierra estaba estancada⁶⁶.

La hacienda “tradicional” serrana iba a empezar a ser socavada por un asedio *campesino* por la tierra, tanto interno como externo. Fue el caso inverso a la acumulación originaria inglesa, la cual por el contrario trajo consigo la *eliminación* del campesinado, siendo sustituido por un proletariado agrícola. En este caso si la consecuencia fue de un lado una “descampesinización” a través de la migración definitiva, del otro el campesinado como sector social se mantuvo, e inclusive hubo una “recampesinización” con las nuevas tierras que comunidades y colonos ganaban a los terratenientes⁶⁷. Alrededor de ello ocurrieron importantes movimientos campesinos de “recuperación” de tierras en las décadas del 50 y 60.

La población migrante va a situarse, *de facto*, al margen del espacio de poder político, cultural e ideológico de los poderes locales, fuesen rurales o urbanos, así como también fuera de lazos comunales⁶⁸. Ahora bien, este desplazamiento dio como resultado un nuevo patrón territorial de la población nacional. En la década del 60 por primera vez en la historia la costa empezó a albergar más población

65 Carlos Bustíos et al., *La malaria y el dengue en la historia de la salud pública peruana: 1821-2011*, especialmente el capítulo II, (Lima: UNMSM, 2014).

66 Junto con la expansión de la educación debe señalarse el desarrollo de la radiotelefonía, la ampliación de la red vial terrestre y la prensa escrita. No solamente el comercio, sino también la difusión de las noticias y de las ideas, ingresaban a otra dinámica.

67 Es decir, el camino inverso de lo que había sido hacia fines del siglo XIX e inicios del XX: el despojo de tierras a los campesinos para convertirlas en capital constante de primitivos capitales ganaderos.

68 Las clases terratenientes ya habían venido migrando desde hacía un tiempo atrás, y con ello su incursión en actividades y profesiones urbanas. Puede verse un caso, narrado autobiográficamente, en el libro de José Tamayo Herrera, *Breve historia de un historiador (un ensayo de ego historia)*, capítulos I y II. CEPAR, Lima 1989.

que la sierra, y la ciudad de Lima pasa de reunir en 1940 el 9.4% de la población del país, a concentrar casi el 29.2% el 2017. Ello incrementaba la demanda por productos de panllevar en la costa, en un volumen que cada vez menos podía provenir de la sierra. En consecuencia, la demanda fue cubierta por nueva producción costera, y de manera creciente por importaciones subsidiadas de alimentos. Si antes el “aislamiento” de la sierra había coexistido con una complementariedad poco visible, ahora tanto lo uno como lo otro dejaban de existir, y la sierra se mostraba como una rémora para el desarrollo nacional.

El Perú participó en el largo ciclo expansivo conocido en Europa como “los treinta gloriosos” (1945-1975), y que fue el más extenso período de crecimiento y diversificación económicas de la época republicana. Hubo grandes inversiones en una nueva minería –cobre en 1950, hierro en 1953 y siderurgia en 1958–, cuyo nuevo Código de 1950 fue sumamente “generoso” con las inversiones extranjeras. Innovación importante fue la producción de harina de pescado en la costa norte y central. Hubo también desde 1956 protección a la industria local, bajo la modalidad de la “sustitución de importaciones”, que se concentró en Lima, y creció una agricultura moderna en la costa dedicada al consumo urbano. Todo esto implicó la formación de una fuerza de trabajo obrera estable, diversamente calificada, que fue logrando la organización sindical e incluso la federación por ramas. Pero paradójicamente ese crecimiento acompañó e incluso aceleró la crisis del Perú colonial, sin que se constituyese luego un orden sociopolítico alternativo. ¿Cómo es que esto tuvo lugar?

La formación de organizaciones que la ciencia política convencional denomina “sociedad civil” corrió paralelamente con este crecimiento. La expansión de los servicios públicos y de su acceso, o la lucha por unos y otros fue transformando el escenario sociopolítico, constituyendo sujetos más o menos autónomos de los grupos dominantes, tanto en los sectores populares urbanos y también rurales, como en las capas medias. La trayectoria de los sectores

medios revela diversos momentos. A inicios del siglo XX, según lo muestran los trabajos de David Parker, estos grupos no tenían ninguna autonomía frente a las clases dominantes⁶⁹. En las décadas siguientes las funciones y el conocimiento que requerían les fueron dando más campo propio. Lentamente la estructura estamental de la sociedad empezó a combinarse con la imagen de una sociedad compuesta por *estratos*. Es indudable que esto se debió a la expansión y consolidación de núcleos profesionales y al crecimiento de empleos no profesionales y “no manuales” en el Estado y en las actividades privadas⁷⁰.

En esta segunda mitad del siglo una nueva generación de los sectores medios, no atraída por el aprismo, terminó formando nuevos partidos identificados con un desarrollismo reformista y un tibio nacionalismo. Así surgieron Acción Popular y el Partido Demócrata-Cristiano⁷¹. Junto con el APRA, el Movimiento Democrático Peruano y la Unión Nacional Odriísta conformaron en los años 50 y 60 el momento de mayor cristalización de un “sistema de partidos” en la historia nacional. Se trataba de organizaciones estables, centralizadas y de alcance nacional –o que aspiraban a serlo–, formadas por *militantes*, provenientes mayoritariamente de capas medias.

A ellos se va haciendo evidente la necesidad de “transformar las estructuras”⁷². No era de extrañar que se extendiesen las voces que

69 David Parker, *The idea of the middle class. White-collar workers and peruvian society, 1900–1950*. (EE. UU.: Penn State University, 1998).

70 Dos textos que atestiguan estos procesos son la tesis de Héctor Cornejo Chávez: *La clase media en el Perú* (Arequipa 1941), y el ensayo de José Luis Bustamante y Rivero: “Perú: Estructura Social”, en *Mensaje al Perú*. Editorial Universitaria, Lima 1960.

71 La trayectoria del socialcristianismo se encuentra en el libro de Pedro Planas, *Biografía del movimiento social-cristiano en el Perú (1926-1956)*. (Lima: Konrad Adenauer Stiftung, 1996).

72 Y no solamente estas capas medias: refiriéndose a la década anterior, decía Henri Favre que: “La oligarquía se desolidariza cada vez más de los terratenientes del interior, decididamente incapaces de asegurar la alimentación del país”. Henri Favre,

reclamaban una “reforma agraria” para “enfrentar el problema de la migración”, la pobreza rural y la alimentación. Era claro que el país entraba en un punto de inflexión. Las transformaciones esta vez afectaban las relaciones de producción y al edificio social y político.

Pero para los migrantes de los sectores populares, junto a la proletarización pura y simple había otro camino que, si bien fue observado desde el inicio, sus ramificaciones y variantes iban a tardar en hacerse visibles: el trabajo por “cuenta propia”, en actividades que en muchos casos deberán ser inventadas, y que se expandió en magnitudes inimaginables. A diferencia del capitalismo metropolitano, aquí el migrante podía tener acceso a pequeñas cantidades de mercancías para comercializar, o a ínfimos medios de producción, que si eran inutilizables por cualquier capitalista, en las condiciones del capitalismo local le permitían sobrevivir. Si bien muchos consiguieron un trabajo asalariado, donde conocieron la experiencia sindical, no necesariamente permanecieron ahí, o lo combinaron con actividades independientes⁷³. Debe agregarse que también lograron acceso, generalmente por afuera de la forma mercancía, a tierras *urbanas* “libres” o que podían ser “liberadas” –o *rescatadas*, como llegará a decirse– para construir sus viviendas, como en diversos casos para traficar con los terrenos⁷⁴.

Ahora bien, ¿qué mecanismos de integración o control social podía establecer el sistema de dominación para estas nuevas

“El desarrollo y las formas del poder oligárquico en el Perú”, en F. Bourricaud et al., *La oligarquía en el Perú*, (Lima: Moncloa Editores, 1969).

73 Una investigación que ilustra este proceso es el notable trabajo de Jorge Parodi, *Ser obrero es algo relativo: obreros, clasismo y política*, (Lima: IEP, 1986). También es muy iluminador el libro de Romeo Grompone, *Talleristas y vendedores ambulantes en Lima*, (Lima: DESCO, 1985).

74 La compleja relación entre los pobladores de barriadas y el sistema político oficial hasta 1975 es estudiada por David Collier en *Barriadas y élites: de Odría a Velasco*. (Lima: IEP, 1978). Vista hasta la actualidad, las relaciones de clientela son muy frágiles y se suceden unas a otras, sin desaparecer.

poblaciones en el campo y en la ciudad? Para la experiencia europea, sobre todo a partir del siglo XVIII, el historiador inglés David Thomson ha subrayado el papel de la escuela, el ejército y la fábrica como tres instituciones que, *a lo largo de muchas generaciones*, forjaron en la población trabajadora una forma de disciplina antes inexistente: estar en espacios cerrados, con una movilidad restringida, en organizaciones burocratizadas sujetas a reglamentos muy precisos, inclusive durante la noche, etcétera⁷⁵. Debe tomarse en cuenta que en Europa se trató de poblaciones donde no solo la distancia física, social y cultural entre el punto de partida y el de llegada fueron mucho menores que en el caso peruano, además de que fue sobre todo en el arribo que estuvieron sujetos a estos campos institucionales, que en general fueron bastante coherentes entre sí. Por otra parte, la fábrica fue también un espacio de lucha por la adquisición de derechos, donde destacó la organización sindical, dotada de un importante desarrollo cultural, si bien en gran medida la disciplina que infundió fue hechura de la organización fabril.

Aunque hay muchos estudios que pueden servir en esa dirección, no sabemos que se haya escrito una historia sistemática para países de América Latina en esta perspectiva, ni para el caso peruano. En todo caso en el Perú la fábrica, la escuela y el ejército, cuando existieron, fueron mecanismos mucho más débiles, o aún en ese caso ejercieron una mezcla de autoritarismo, violencia y paternalismo, en vez de la autodisciplina de las organizaciones modernas.

75 David Thomson, *Europe since Napoleon*, (EE. UU.: Penguin, 1966): 368, entre otros pasajes. Una población campesina expropiada, vagando por campos y ciudades, o incluso artesanos proletarizados, no conformará precisamente una *clase obrera* bajo formas de disciplina que recién estaban por crearse. Sobre lo que las relaciones capitalistas implican para la disciplina y el manejo del tiempo véase Marx, *El capital*, tomo I, 420, y de Moishe Postone, *Time, labor and social domination. A reinterpretation of Marx's critical theory*, (EE. UU.: Cambridge University Press, 1993): 200-216.

Mientras tanto, en los lugares de origen de los migrantes iba teniendo lugar el declive de la autoridad del hacendado y las otras autoridades tradicionales, y su práctica inexistencia en los espacios a habitar en las ciudades donde llegaron. En la ciudad, los migrantes quedaban en contacto con sus propias organizaciones, sindicatos, partidos políticos y los medios masivos de comunicación. La experiencia de las “invasiones” de tierras para construir una vivienda demandó forjar organizaciones propias, además de la proliferación de “clubes provincianos”.

La inestabilidad permanente entre demandas y recursos

Si en la primera mitad del siglo XX el Estado había aparecido como el principal agente “civilizador” que tomaba la iniciativa, en la segunda mitad, y sin dejar de asumir ese rostro, tuvo que ser además un agente que debía satisfacer diversas demandas de las capas medias y de los “sectores populares”. Jurídica o políticamente estas se convertían en “universales”, frente a lo cual los recursos disponibles eran a todas luces insuficientes. De ahí que Efraín Gonzales y Lilian Samamé hayan encontrado una oscilación pendular en las políticas del Estado cuando menos desde los años 50, que se prolongó durante cuatro décadas: políticas expansivas en el gasto cuando había crecimiento, y recesivas ante los déficits que sobrevenían tras ellas⁷⁶. El problema venía por la insostenibilidad de las políticas expansivas (pp. 51-52), ya fuese por el volumen de las demandas sociales o por déficits en el comercio exterior. En consecuencia, la inestabilidad viene a ser la regla y la estabilidad la excepción (p. 52), por lo que el problema central pasa a ser político debido a la *inexistencia de condiciones para hacer pactos* que permitieran restringir temporalmente los gastos corrientes, de modo que éstos pudiesen crecer más en el futuro (p. 55).

76 Efraín Gonzales de Olarte y Lilian Samamé, *El péndulo peruano. Políticas económicas, gobernabilidad y subdesarrollo* (1963-1990). (Lima: IEP, 1991).

Ahora bien, a las demandas sociales debe agregarse la oposición entre exportadores e industriales en cuanto a la tasa de cambio y los salarios (pp. 56-57). Este conflicto se traduce en el plano político en el predominio de las demandas *urbanas* sobre el resto de la economía⁷⁷, pero su satisfacción tiene como límite la disponibilidad de divisas (p. 57). Estas obviamente son disputadas entre los importadores –incluyendo la importación de insumos para la industria de mercado interno– y las empresas exportadoras que las generan⁷⁸: en otras palabras, encontramos el “estrangulamiento externo” que fuera planteado por la CEPAL en los años 50.

Es importante señalar, para efectos de nuestro análisis, que las reformas del Gobierno militar de 1968 *no cambiaron este patrón*, el cual fue interrumpido recién en los años 90. Mientras que por lo general se asume que dicho gobierno significó un cambio radical en todos los órdenes, no es así para un examen que toma en cuenta las regiones y los distintos circuitos económicos. Esto permite poner de relieve la tensión, no entre clases, sino entre las zonas de mayor y menor desarrollo capitalista.

Peculiaridades en el caso peruano

Desde que se iniciase la hegemonía económica y político-ideológica de los EE. UU. sobre los gobiernos peruanos, ella nunca estuvo en riesgo hasta que llegó el Gobierno militar de Juan Velasco (1968-1975), el cual intentó un camino “equidistante” entre EE. UU. y la URSS⁷⁹. Desde los años 30, con la represión primero, y luego

77 No se trata pues, de una mera “contradicción” entre capital y trabajo, sino de la agregación más o menos activa de demandas ciudadanas, frente a un mundo rural mucho más desarticulado. Si la ciudad presiona por precios bajos de las subsistencias, el campo no presiona por precios altos, o no lo hace con la misma fuerza.

78 Esta pugna ha sido destacada en varios trabajos de Baltazar Caravedo Molinari.

79 En los años 30 hubo algunas simpatías hacia el franquismo y los gobiernos nazi-fascistas, pero el alineamiento oficial del Perú con los “aliados” en la Segunda Guerra Mundial y con el “mundo libre” durante la Guerra Fría fue total.

la cooptación del aprismo por el orden establecido, parecía haberse estabilizado un “orden oligárquico”. Pero en el Perú como en toda América Latina y en otros continentes, surgió una brecha tras el derrocamiento de Fulgencio Batista en Cuba (1959), y la adscripción al socialismo por parte del movimiento guerrillero convertido en gobierno (1961). El impacto fue inmenso, implicando del lado norteamericano la promoción de algunas reformas para neutralizar al “comunismo internacional”, y en diversos sectores medios (en particular estudiantes universitarios), obreros y campesinos, el fortalecimiento de organizaciones y programas de reforma o pro-revolucionarios, incluyendo intentos guerrilleros que fueron todos derrotados⁸⁰.

Hasta los años 60 el Perú había seguido una trayectoria diferente de otros países, donde lo que se podía llamar el “orden oligárquico” había entrado en crisis entre las décadas del 30 y 50, siendo sustituidos por regímenes que se dieron en llamar “populistas”. Por el contrario, en el Perú ese orden se mantuvo a través de la “alianza” que hemos visto, pero ya en los años 60 estaba naufragando. A partir de ahí y por aproximadamente las siguientes tres décadas, la trayectoria del país se hace más divergente aún. Mencionemos sus principales hitos: a) la imposición del neoliberalismo en América Latina desde los años 80, mientras en el Perú hubo resistencias. b) Si en países andinos como Ecuador y Bolivia se formaron fuertes movimientos indígenas, con una clara proyección política, estos no han surgido aquí, en parte quizá debido a la reforma agraria de 1969⁸¹. En lugar de tales movimientos simultáneamente surgió el fenómeno de Sendero Luminoso. c) En los años 90 se impuso un

80 Las guerrillas que surgieron en el Perú fueron las más efímeras. Un detallado recuento de estas se encuentra en el libro de Jan Lust, *La lucha revolucionaria. Perú, 1958-1967*, (Barcelona: RBA, 2013).

81 Ahora bien, la pregunta no debiera ser por qué *no* surgieron en Perú, sino por qué *sí* lo hicieron en Bolivia y Ecuador, donde anteriormente tampoco habían existido.

programa “neoliberal” que, junto con los efectos de la crisis económica y de la guerra interna, cerró casi todo el espacio político que había tenido la izquierda, mientras en buena parte de América Latina se instalaban gobiernos llamados “progresistas”. Veamos esto un poco más de cerca.

Mientras que en muchos países de América Latina los movimientos armados de los años 60 precipitaron golpes de Estado militares contrarrevolucionarios, en Perú, donde no hubo previamente gobiernos nacionalistas-reformistas, surgió en 1968 un gobierno militar que emprendió un vasto plan de reformas económicas, sociales y culturales, mezcla de horizontes socialcristianos y nacionalistas. Aunque fue políticamente hermético frente a los grupos políticos marxistas, de todos modos su prédica “izquierdizante” dio cobertura a que estos grupos expandieran su influencia entre obreros y campesinos, alentando una política de confrontación anticapitalista que apuntaba hacia “radicalizar las reformas”.

Se formó así una atmósfera sociopolítica, en lo fundamental espontáneamente creada, que colocaba como modelo al obrero sindicalizado y politizado. Este arquetipo se extendió a sectores medios, como el magisterio, los empleados públicos e inclusive a los comerciantes callejeros. Fue, sin duda, el momento de la historia peruana que más se asemejó a la polarización descrita en el *Manifiesto comunista* de Marx y Engels. Pero fue de breve duración: la vitalidad y proyección política de las organizaciones gremiales, sociales y políticas que se fortalecieron en esos años, languideció acompañando un prolongado período de crisis y estancamiento económico (1973/75-1990), las divisiones de los frentes de izquierda y el accionar de “Sendero Luminoso”. No iba a resurgir con la posterior recuperación económica. Por el contrario, la nueva atmósfera ideológica desde entonces ha estado dominada por un “neoliberalismo”, que respaldado incansablemente por la mayoría de medios masivos, se nutre también de la “lectura espontánea” de estas experiencias; en particular, el fracaso de políticas de “redistribución” cuando hay crisis o estancamiento económico.

Cabe hacer una importante atinencia sobre lo que la reforma agraria de 1969 *no hizo*. Bajo nuevas formas empresariales el Gobierno militar mantuvo e incluso expandió las grandes unidades agropecuarias en costa y sierra, así como mantuvo una política de precios destinada sobre todo a controlar el costo de vida en las grandes ciudades, a través de importaciones de alimentos subsidiados por el Estado. De ahí que la gran fisura –constituida durante y a través de la modernización capitalista–, entre sierra y costa, y entre campo y ciudad, *permaneció y se profundizó*. Esta política fue continuada en los 80, y solamente llegó a su fin con las grandes reformas económicas, privatización incluida, de los años 90. De modo que en ese aspecto, si hubo algún punto de quiebre para la historia reciente fue entonces, y no con la reforma agraria.

En cuanto a “Sendero Luminoso”, a diferencia de las efímeras guerrillas de 1963 y 1965, tardó doce años en ser derrotado, y lo fue fundamentalmente mediante la captura de su comité central⁸². “Sendero” ahuyentó mediante el asesinato a élites de poder tradicionales provincianas, pero además forzó a una parte importante de la población rural a refugiarse en las grandes ciudades, aunque también en ciudades intermedias. Cómo explicar la difusión, la amplitud y el tipo de enraizamiento que logró esta agrupación, así como su desplome casi total tras la captura de su líder, Abimael Guzmán, es una de las preguntas que en este ensayo no encontrarán respuesta. Despoblados muchos pequeños centros urbanos y comunidades, luego del conflicto volvieron a crecer, en muchos casos con otros migrantes. Esto ha implicado un cambio en el esce-

82 Luego de la derrota quedaron remanentes aislados que han proseguido la “lucha armada”, cada vez más alejados de toda posición política definida; y un grupo de militantes originarios en libertad. Estos han conseguido armar un movimiento con contingentes jóvenes, que por su edad nacieron después de la derrota y debacle de 1992, y con quienes los veteranos guardan muchas diferencias políticas y generacionales.

nario social que no ha sido aún estudiado, pero que posiblemente ha facilitado el desarrollo de relaciones mercantiles respecto a la situación anterior.

Nuestro planteamiento sobre la fase de predominio capitalista ha partido del nuevo funcionamiento del Estado que empieza con la fase imperialista del capitalismo. Hemos visto que el Estado pasa a dedicar una parte sustancial de sus recursos a crear condiciones generales de producción que van a ir siendo, paulatina y paralelamente, condiciones de reproducción de la sociedad en su conjunto. De un lado van a ser imposiciones estatales –educación primaria obligatoria y gratuita, servicio militar obligatorio, vacunación, entre otras–; y de otro, aspiraciones que se van a convertir en *demandas*. Surge así un escenario en el cual lo que Hegel llamaría la “sociedad civil” –el conjunto de *intereses particulares*–, que obviamente preexistía, va a definir su dinámica ya no a través de relaciones entre “intereses privados”, sino con y/o a través del Estado. En este “juego” habrá un eje central: estar o no incluido en la acción estatal, en qué términos y qué hacer ante ello. Mediante estas estrategias (o “juegos”), tanto actores individuales como colectivos buscan *superar* una situación dada, lo cual puede llevar sea a mantener, modificar o socavar un *orden* específico. El resultado del análisis permite aproximarse a la legitimidad o falta de la misma que tenga el régimen político⁸³. El siguiente cuadro busca sistematizar los principales objetivos y “estrategias” desarrolladas en esta dinámica desde mediados del siglo XX.

83 Son los distintos agentes, individuales y colectivos, en todo el espectro social, así como en los aparatos estatales, quienes realizan estas prácticas. Así las políticas pueden verse como una relación y no como una acción unilateral. En la confluencia de esos juegos se forman *dinámicas* específicas.

CUADRO 5
OBJETIVOS Y ESTRATEGIAS DE LOS SUJETOS

Época	Individuos		Colectividades	
	Incluidos	Excluidos	Incluidas	Excluidas
1950-1970	Ascenso, consumo	Educación pro modernizante	Ensanchar, abrir el sistema,	Organizarse, infiltrar el sistema
1970-1980	Profesionalización universitaria y no universitaria	Trabajo por cuenta propia	Clasismo: hacia reformas o hacia una revolución	Inclusión en reformas
1980-1990	Lucha por mantener status ante la crisis	Sobrevivencia y actividad por cuenta propia	Grupos ad-hoc para resistencia a crisis y a violencia política	Violencia política; Supervivencia y resistencia a violencia política
1990-	Sobrevivencia y recuperación; búsqueda de ascenso	Micro-inversión	Resistencia a políticas de shock	Inclusión en supervivencia. Reconocimiento

Elaboración propia.

De los años 90 a la actualidad

Lo primero que se debería abordar, para tener continuidad con el análisis previo, son las secuelas de la prolongada crisis de los años 70 y 80. En esas décadas muchos conflictos sociales habían llegado a tener un horizonte común, dado por las expectativas de transformación general, o por la prédica del Gobierno de Juan Velasco Alvarado, de sus sucesores o de la izquierda marxista. Todo esto quedó atrás a partir de los años 90, y desde entonces no ha regresado. Este ha sido un período de reducción de la población asalariada “formal” –sobre todo la sindicalmente organizada–, o bajo condiciones de trabajo más precarias, y de expansión de las actividades por cuenta propia, las cuales incluyen la “microempresa”, muchas veces mediante relaciones familiares, y por lo general a niveles muy elementales de funcionamiento y productividad. Este fenómeno sustituyó en el campo simbólico al arquetipo del obrero sindicalizado por el (mal) llamado “informal”, un ciudadano atomizado, pobre o empobrecido, que debía “bailar con su propio

pañuelo”. A la par que se eclipsaba la figura del sindicalista combativo, iba surgiendo la ambigua figura del “empresario popular”, o *emprendedor*⁸⁴.

Si a fines de los años 80 la izquierda en todo el mundo debió afrontar el derrumbe del “socialismo real”, a lo largo de esa década en el Perú se había agregado una profundísima crisis ante Sendero Luminoso. El caso es que cuando Alberto Fujimori llegó sorpresivamente a la Presidencia, no hubo resistencia al apocalíptico “Fujishock” anunciado el 11 de agosto de 1990. Al parecer en el “sentido común” existía ya la convicción de que no había otro camino, y que incluso era una suerte de “castigo merecido” por los gastos “excesivos e irresponsables” del Estado. Se expresaba por ejemplo, en el rechazo callejero a manifestantes en huelga, actitud inversa a la que se expandió –sin ser la única– en los años 70.

Los partidos perdieron no solamente sus bases de apoyo, sino inclusive a sus militantes; no fueron renovados por cuadros jóvenes, y las funciones estatales clave fueron desempeñadas por una nueva figura: el *tecnócrata*. Los “tecnócratas” han pasado a ser una pieza clave en un mecanismo que hace fluidas las relaciones entre los organismos multilaterales, grandes bancos privados y empresas multinacionales, con el Estado y los capitales locales. Desde ahí se ha constituido una institucionalidad público-privada, en parte “informal” –es decir, que descansa en relaciones personales–, responsable de la inédita estabilidad en la política macroeconómica del Estado peruano a la que ya nos hemos referido. Los inicios de la tecnocracia podrían situarse en los años 70, y es en el fondo una nueva forma de relacionarse con el mundo económico internacional, incluyendo

84 En un artículo de inicios del 2018 de Carlos Mejía leemos: “...la tasa de afiliación sindical se encuentra en 2.8% entre la PEA asalariada del sector privado...”. En el sector público es unas cinco veces superior. Por lo demás, el título de dicho artículo es de por sí elocuente: “La despolitización del sindicalismo peruano”, Bajada a bases, acceso el 23 de enero de 2019, <<http://www.sindicalistas.net/2018/02/la-despolitizacion-del-sindicalismo.html>>.

a empresas y organismos multilaterales⁸⁵. Su peso en la paulatina liberalización de los mercados a través de misiones “anónimas”, el reclutamiento de economistas profesionales que hacen suyo el fundamento teórico de esas políticas y la virtual inexistencia de profesionales comparables en los partidos políticos, apuntaron a crear un nuevo espacio, facilitado por la *ausencia* en todo esto de los políticos profesionales. Seguramente no es que los partidos no aspirasen a tener a dichos profesionales; ocurrió que para estos la militancia carecía ya de sentido, sobre todo si participaban de los puntos de vista de la “globalización”⁸⁶.

Así como a la firma del Contrato Grace, la tarea más urgente en los años 90 fue reflotar el crédito externo del país y atraer a capitales extranjeros, en los 90 la tarea era recuperar la “inserción del país en el mercado internacional”. En particular había que aceptar la *vigilancia* ejercida por organismos financieros multilaterales acerca de las políticas económicas. Si a Grace se entregaron los ferrocarriles y puertos, en este caso se vendieron casi todas las empresas estatales y se dieron grandes facilidades a las inversiones privadas, tanto nacionales como extranjeras. Pero al igual que en los años de Grace, los capitalistas locales se encontraban muy golpeados, de modo que el dominio de las grandes corporaciones internacionales no tuvo en ellos a rivales, sino a socios menores.

85 “Tecnocrático” o “técnico” es considerado como opuesto a “político”. Detrás está la idea del *mercado*, entendido como una maquinaria capaz de funcionar en forma autónoma; más aún, que solamente lo hace en forma óptima cuando nada ni nadie la “interfiere”. Como lo demostrara Karl Polanyi ello es imposible, porque el valor de “mercancías” fundamentales como tierra, trabajo y dinero, se determinan *políticamente* y no puede ocurrir de otra manera. La política puede adelgazarse hasta hacerse invisible, pero no desaparece. Véase Polanyi, *La gran transformación* [1944], (México: FCE, 1992).

86 En el Perú esta tecnocracia extrapartidaria se consolidó a partir de Fujimori. Puede verse una elocuente entrevista de Augusto Townsend a dos de los funcionarios internacionales encargados de montar el “fujishock” en: “Crónica de una reinserción”. *Portafolio*, 30 de marzo del 2014, 6-8. Suplemento del diario El Comercio. .

El país quedó plenamente inserto –y como epítome de “buen comportamiento”– en lo que vendría a ser la *financiarización* de la economía, avalada por los organismos multilaterales. Ello fue de la mano con la afluencia masiva de capitales internacionales en las compras de empresas públicas, y en nuevas inversiones, especialmente en gas, petróleo y en la extracción y exportación de minerales. Simultáneamente el gobierno inició la firma de tratados de libre comercio, proceso que continuó tras la caída del régimen fujimorista.

Por su parte, y tras una nueva Constitución vigente desde 1993 y ajustada a estas nuevas políticas, el Parlamento adoptó la modalidad de delegar funciones legislativas al Ejecutivo: para los estándares y demandas de los países centrales firmantes de la liberalización comercial, así como de los inversores, era preferible evitar los lentos y enredados procedimientos parlamentarios, sujetos al escrutinio público. Esto hizo que el Poder Legislativo fuese perdiendo capacidad para participar en las grandes decisiones, y que como ya hemos mencionado estas fueran quedando en manos de funcionarios y comisiones especializadas, no elegidas por, ni responsables ante electorado alguno. Tal modo de funcionamiento continúa hasta la actualidad.

Una gran paradoja de la estabilidad de la economía y del crecimiento que se inicia en los años 90 es que, a partir de la actuación dentro de los marcos técnicos y profesionales de los organismos multilaterales, durante el régimen fujimorista se sostuvieron en un orden institucional *desinstitucionalizado*, e inclusive antiinstitucional. Es decir, se basaron en su corrupción. En términos de la sociología política de Max Weber uno estaría tentado a calificar a ese régimen como un caso extremo de “patrimonialismo” o incluso de “sultanismo”, por la amplísima discrecionalidad del gobernante por encima de todos los poderes del Estado⁸⁷. Los órganos del Estado actuaron

87 Sin embargo, ello no sería adecuado. Como variante de una autoridad “tradicional” el patrimonialismo tiene su propia forma de legitimación, pero en este caso ella

en razón del cálculo político del grupo gobernante y bajo el estricto control de este, pasando por alto las jurisdicciones establecidas.

Ejemplos pertinentes fueron las interpretaciones y reinterpretaciones del texto constitucional a fin de hacer “legales” las candidaturas de Fujimori a partir de 1995, así como las leyes que sucesivamente modificaban las atribuciones del Fiscal de la Nación (las tres “leyes Colán”), o el desmantelamiento del Tribunal Constitucional, aunque en términos generales haya que incluir en su conjunto al Poder Judicial. De ahí que a la caída del régimen haya sido tan difícil, o imposible en algunos casos –como lo referido a “inteligencia”, incluyendo la militar–, recuperar un orden propiamente institucional, que a fin de cuentas el capitalismo requiere: la incertidumbre del “mercado” –la acumulación de capital– exige la previsibilidad del Estado⁸⁸.

En la globalización

El dominio de la economía sobre la política se puede poner de manifiesto en la continuidad que ha existido en las políticas económicas y en sus efectos sobre lo que “es posible hacer”, y en particular sobre “lo que no es posible hacer” desde el Estado. En líneas generales, partiendo hacia 1993 de un nivel sumamente bajo, la “economía peruana” ha experimentado un proceso de crecimiento tanto o más prolongado que el que se iniciara en 1950. Pero una diferencia con el último es que se ha dado en casi todo el territorio nacional, habiendo crecido diversas regiones más que Lima, inclusive demográficamente. Otra diferencia es que cerca de un cuarto de siglo después,

estaba por completo ausente; si había alguna “tradicción” en la cual apoyarse, esta recién habría estado empezando.

88 Sobre las vicisitudes de la inteligencia luego de los años 90 puede verse la tesis de Licenciatura en Sociología de Ernesto Carbajal, *Inteligencia desbordada: cambios y continuidades en los intentos de reorganización de los servicios de inteligencia en el Perú*. Facultad de Ciencias Sociales, PUCP, Lima 2013).

el problema ahora (2019) no es cómo evitar una próxima crisis, sino cómo recuperar las altas tasas de crecimiento de buena parte del período.

En suma: el “péndulo” habría quedado atrás, pese al derrumbe del régimen de Fujimori en noviembre del 2000, y mientras el panorama social y político parecen correr por cuerda separada. La tensión que existe desde la política y la sociedad es acerca de qué hacer con la riqueza generada, pero no existe un “modelo diferente” para producirla. Si el desarrollo capitalista, al menos desde los años 40 hasta inicios de los años 80, fue paralelo a un desarrollo de la “sociedad civil” organizada, esta se redujo sustancialmente con la crisis. En consecuencia, es importante observar que con el nuevo crecimiento no se ha recuperado. Se manifiesta particularmente en la inoperancia y falta de arraigo de los partidos políticos, o en la reducción y debilidad del movimiento sindical –sofocado por la “flexibilización laboral” –, para dar un par de ejemplos.

Los procesos electorales han puesto en juego la tensión entre posturas más “productivistas” o pro “redistribucionistas” –revestidas de una división Lima/provincias, con o sin connotaciones étnicas–, pero dentro de la actual división internacional del trabajo. En las campañas, así como en la vida política en general, se ha puesto en evidencia el amplio papel de los medios masivos, aunque sin que tengan la posibilidad de imponer una determinada candidatura.

En el campo de las representaciones mentales, no existe en el escenario político un “gran relato” unificador, un proyecto y mucho menos una “ideología”. Solamente han aparecido temas parciales, mayormente referidos a la inclusión y la igualdad –mujeres, minorías étnicas y sexuales, biodiversidad, etcétera–, con posiciones a favor y en contra que son igualmente parciales. Tópicos que han gozado de “consenso”, como la “consulta previa” a poblaciones indígenas, no han tenido mayor significación real. Tampoco lo tienen expresiones de amplia acogida, como “país de todas las sangres” o “país multicultural”.

Entre los cambios institucionales de mayor alcance luego del gobierno de transición (2000-2001) están los “gobiernos regionales”, a partir del año 2003. Si bien la descentralización es un tema de larga data, la reforma indicada no fue promovida internamente, sino por organismos multilaterales, dentro de un rediseño del Estado en el cual este va desprendiéndose de obligaciones, trasladándolas a otras instancias, cuando no privatizándolas. El funcionamiento del Estado se ha hecho más enrevesado al crear instancias políticas intermedias con un relativo margen de autonomía. Ello también ha significado dificultades adicionales a los partidos que tenían alcance nacional, así como ha contribuido a fragmentar los conflictos. Los procesos electorales dan lugar a la formación de frentes y movimientos regionales, los cuales no articulan ni unifican los conflictos y demandas⁸⁹.

En tal sentido, podría decirse que entre las décadas del 60 y 80 del siglo XX, procesos como la migración y los conflictos sociales que la rodearon, manifestaban el agotamiento de la “alianza oligárquica” que se había establecido entre costa y sierra, entre Lima y el interior, entre el desarrollo capitalista y el mundo rural tradicional. Un régimen económico y político iba caducando. En cambio ahora la conflictividad que registran organismos como la Defensoría del Pueblo o el Ministerio del Interior son expresión de avances, resistencias, reacomodos, que van en distintas direcciones.

La actual variedad y dispersión de conflictos puede dar una aproximación a algunos de los “juegos” o estrategias en curso, los cuales no se limitan a la confrontación colectiva, ni a la confrontación de “clases” –como capital y trabajo–. Conflictos de alcance nacional, como los referidos a grandes inversiones mineras, son “políticos” en la escena limeña, pero no necesariamente en los lugares donde

89 Carlos Meléndez, *La soledad de la política. Transformaciones estructurales, intermediación política y conflictos sociales en el Perú (2000-2012)*, (Lima: Mitin Editores, 2012).

ocurren. Baste pensar que las empresas mineras casi no enfrentan conflictos con sus trabajadores, sino con las poblaciones situadas en las inmediaciones donde operan, no habiendo vínculo alguno entre estas y dichos trabajadores.

Los cambios económicos incluyen cambios en tecnologías y en conocimientos, que dan lugar a la búsqueda de formación profesional, sobre todo universitaria, en centros que han proliferado en todo el país. Ello se condice con otro de los grandes fenómenos de los últimos años, cual es la recuperación de la clase media “antigua” –que fue duramente afectada por la crisis de los años 80 y por las políticas de estabilización puestas en práctica durante el fujimorismo–, y el crecimiento de nuevas capas de medianos ingresos que también acceden a la educación superior. Todo esto ha favorecido que el ascenso social sea una de las estrategias más importantes. Esto puede evidenciarse en los niveles de endeudamiento personal en bienes de largo y mediano plazo, como inmuebles y automóviles.

Pero en cuanto a las oportunidades que da la economía en general, no puede obviarse un fenómeno que hasta los años 70 tomarlo en cuenta hubiera sido totalmente inusitado, y que desde entonces ha ido cobrando relevancia y presencia en todas partes: la economía ilegal y su relación con el crimen organizado, los cuales si bien deben ser conceptualmente diferenciados, en los hechos se encuentran vinculados. Cabe hacer algunas distinciones, las cuales no delimitan realidades necesariamente diferentes: las nociones de “informalidad”, “ilegalidad” y “criminalidad”.

El primero es un término sumamente equívoco, pues para todo efecto práctico no tiene otro significado que “actividad no registrada”. Incluye tanto a un vendedor ambulante como a grandes tiendas por departamentos cuando se proveen mediante productores “informales”. En sentido estricto esas actividades son “ilegales”; sin embargo, se trata de actividades que *en sí mismas* no están proscritas por la ley. Reservamos el término para las que están sujetas al derecho penal o infringen alguna jurisdicción del Estado: explotar recursos

sin licencia, falsificar moneda, documentos, etcétera. Finalmente, la actividad “criminal” sí está legalmente proscrita: tráfico de personas, producción y comercialización de estupefacientes, contrabando, extorsión, secuestro, violación de la privacidad, etcétera. No estamos considerando aquí la “delincuencia común”, sino actividades que implican “acumulación de capital”.

El caso es que tanto la economía informal e ilegal como las actividades criminales y criminalizadas han ido en aumento. Ninguna de ellas desarrolla su circuito solamente en el ámbito interno, pues todas se conectan con vastas redes internacionales. Según Francisco Durand no se trata de compartimentos estancos, aunque falta investigar mucho para saber cómo se interrelacionan. En términos generales, de un lado existe el “lavado” de dinero a través de colocaciones en la banca formal, compra de propiedades, creación de empresas legales. Por otra parte están los eslabonamientos comerciales que van de uno a otro “sector”. En tercer lugar está la corrupción a autoridades: “el aceite que mueve a esta gran maquinaria”⁹⁰.

Fuera del campo económico estas actividades se infiltran en los aparatos estatales, incluyendo la representación parlamentaria, así como gobiernos regionales y municipales. En las elecciones regionales del 2014 este fenómeno apareció con mayor fuerza. No es temerario afirmar que todo ello “genera incivildad ciudadana” (*Ibid*). Este curso en modo alguno es privativo de Perú ni de países “pobres”; más aún, en sus escalones máximos las actividades criminales están *globalizadas*, y operan con gran sofisticación profesional y tecnológica. ¿Qué tanto ha avanzado esta situación en el Perú? Hace una década decía Carlos Basombrío:

90 En “Una economía con varias caras” Suplemento N° 34: *Economías Trasgresoras*, sábado 31 de Mayo. *Diario La República*. Disponible en <<http://www.otramirada.pe/search/node/No.%2034>>. Ver también Francisco Durand, *El Perú fracturado: formalidad, informalidad y economía delictiva*, pp. 88-104. Lima: Fondo Editorial del Congreso, 2007.

“¿Cómo definir el punto de no retorno? Cuando se conjugan los siguientes elementos: i) el crimen común es manejado por el crimen organizado; ii) se produce un incremento significativo de los secuestros y homicidios; iii) existen territorios liberados para el crimen, incluso en las ciudades; iv) las instituciones del sistema penal se encuentran infiltradas a tal punto que son funcionales a la lógica criminal; v) en el poder político y en medios de comunicación se encuentran cómplices de las mafias; vi) aparecen grupos económicos cuyos recursos están ligados al narcotráfico. Afortunadamente, aún no se configura un cuadro con esas características, pero los signos de que hacia allí podríamos ir son alarmantes. Para todos y cada uno de esos ítems se podría citar hechos específicos en 2007 que confirmarían que la situación se deteriora, aun cuando, como conjunto, estamos en la fase inicial y relativamente controlable del problema.”⁹¹

Desde un ángulo teórico esta realidad obliga a pensarla en términos del circuito y la acumulación del capital. Si este propiamente no existe en la parcela del campesino que cultiva la hoja de coca, en puntos intermedios del circuito el dinero se ramifica hacia la corrupción, los “ajustes de cuentas” y el enfrentamiento con “fuerzas del orden”, donde tampoco tiene precisamente el carácter de “capital”. La situación cambia al momento del “lavado” del dinero, cuando este se fusiona con la economía “legal”. Qué es en su conjunto este circuito y cómo es que funciona tanto dentro como fuera de los marcos jurídico-políticos, es una de las grandes preguntas de esta época

91 Carlos Basombrío, “Inseguridad ciudadana y crimen organizado: ¿Cuándo se cruzarán sus caminos?”. *Pobreza, desigualdad y desarrollo en el Perú. Informe Anual 2007-2008*, (Lima: Oxfam, 2008): 107.

Mutaciones en la condición colonial

A todo esto, ¿qué ha venido ocurriendo con la ambigüedad constitutiva de la condición colonial, para la cual la república no habría traído un cambio sustancial? Con la era “imperialista” lo que empieza es la explotación del territorio de una manera totalmente nueva, no solamente en cuanto a los productos, sino sobre todo mediante formas de organización de la producción que ya no derivan de las formas originarias. Son ahora modernas y capitalistas. A través de la producción empresarial privada el mundo capitalista se va a ir apropiando del territorio, visto como un gran depósito de “recursos naturales”. Para ello la fuerza de trabajo será reclutada asalariándola. Esto no ocurre de la noche a la mañana, pero será un proceso irreversible. Contingentes de trabajadores, mayormente de origen andino, se convertirán gradualmente en obreros *permanentes*, y ya no de manera eventual. Paralelamente continúan las formas comunales y terratenientes de trabajo⁹², pero a través de sus propias fuerzas productivas las actividades capitalistas van a ir imponiéndoles paulatinamente su propia temporalidad.

Así, a medida que transcurre el siglo el territorio pasa a ser controlado y comunicado a través de medios que lo vuelven más “cercaño” y asequible a las élites e incluso a las capas medias. Piénsese que si *Paisajes peruanos* de Riva Agüero y Osma fue el resultado de casi una aventura, emprendida buscando descifrar una historia esquivada, *Costa, Sierra y Montaña* de Aurelio Miró Quesada (1938) estaba en camino hacia lo que hoy sería una guía turística: un país que puede mostrar, *visualmente*, una gran riqueza histórica, paisajes imponentes y lugares pintorescos, relativamente “al alcance de todos”⁹³.

92 Tengamos presente que el reconocimiento constitucional a las comunidades se dio recién en 1920, al mismo tiempo que se promulgó la “Ley de Conscripción Vial”.

93 El libro fue escrito a raíz de un viaje emprendido en 1912, y publicado en 1915 como *Paisajes andinos*. A diferencia de Riva Agüero, Miró Quesada se limita a las ciudades más importantes.

Pero si estos eran cambios en la explotación y acceso al *territorio*, la relación criollos-andinos no varió sustancialmente. Así, en 1962 José María Arguedas calificaba de “monstruoso contrasentido” que las élites ensalzaran las muestras del desarrollo prehispánico, mientras seguían despreciando a sus autores. Más aún, el mundo criollo vivió con suma preocupación el aluvión migratorio de los años 50, y luego el “empoderamiento de los de abajo” que pudiera haber ocurrido con la reforma agraria de 1969 y la prédica velasquista⁹⁴. En ciertos aspectos el país daba cabida a nuevas *prácticas* que reducían la “lejanía” del país para las élites, mientras persistían las representaciones que ellas tenían de este.

A todo esto, ¿qué ocurría con la población indígena misma y con las clases populares en general, cuya diferenciación interna creció con la expansión capitalista y la migración? Tanto por la “descampesinización” que se inicia en los años 50 y la eliminación de la dominación terrateniente, como por el desarrollo de formas modernas de transporte y conectividad –desde carreteras hasta caminos rurales, telefonía inalámbrica e internet, pasando por el ingreso de la población rural a actividades económicas urbanas y mercantiles, incluyendo las ilegales y delictivas–, *el tiempo y el espacio* andinos se han transformado al insertarse más profundamente en una economía mercantil mucho más diferenciada⁹⁵. En mayor o menor medida el ritmo de la modernidad no solamente se va “imponiendo”, sino que en múltiples casos es controlado y adaptado por la población campesina, en lugar de que ella sea simplemente avasallada. En ese sentido, en estos aspectos el carácter *colonial* de la dominación parece debilitarse, o al menos transformarse.

94 Uno de los “mitos urbanos” que va a ser frecuente a raíz de las migraciones fue la posibilidad de que el “cerco de barriadas” que va rodeando “a Lima”, la invada. Véase de Gonzalo Portocarrero, “Los fantasmas de la clase media”, incluido en *Racismo y mestizaje*, (Lima: Sur, 1993).

95 Compárese con la cita de Karen Spalding en la nota 24. Véase también de Richard Webb, *Conexión y despegue rural*, (Lima: Universidad San Martín de Porres, 2013).

7. Hacia una Síntesis

Es aventurado intentar trazar una síntesis a un lapso de cinco siglos, pero no es inútil en la medida en que persisten tesis como la vigencia que aún hoy tendría una supuesta “herencia colonial” forjada desde la conquista, y deberíamos evaluar qué ocurrió con el “extrañamiento” que a nuestro entender caracteriza la condición colonial. Nuestro recorrido ha mostrado la constitución inicial de una estructura de dominación orientada a la obtención de una “mercancía dinero” –la plata– con la cual la metrópoli financiaba metas de Estado en un escenario de lucha con otras metrópolis europeas. La idea que hemos desprendido de nuestro examen es la de un mundo histórico-social que se hace inteligible a través de la política, para lo cual la economía es un medio. Este principio continuó aún cesando el dominio hispano como resultado imprevisto de las guerras y conflictos entre metrópolis, sin que ya en la república las élites locales tuvieran un proyecto propio. La economía siguió subordinada a una política, pero que carecía de un centro propiamente dicho. Cuando algo así pudo constituirse, en el caso del Perú gracias a la riqueza guanera, la economía siguió siendo controlada por el Estado, y este a su vez por cuerpos “militares” que apenas si llegaban a constituir un ejército nacional unificado.

Un nuevo patrón empieza a instalarse ya pasada la “era del guano” y del salitre, tras la derrota en la guerra del Pacífico, y luego que el ejército sea derrotado por una insurrección civil una década después, en 1895. En el nuevo patrón la economía –ahora como acumulación capitalista– subordina a la política en tanto el Estado va a dedicarse a la creación de *condiciones generales* para la acumulación de capital –controlada sustancialmente por capitales imperialistas–, como también buscando una “integración nacional” de la población indígena a través de la escuela. El “sistema” consistía en un cierto equilibrio en el cual la sierra proveía subsistencias y fuerza de trabajo a la costa; a su vez las élites locales mantenían el control sobre el campesinado a cambio de recursos y servicios del Estado. Es también en estas primeras décadas del siglo XX cuando se van

extendiendo las relaciones salariales como forma ya no solamente de pago a la fuerza de trabajo, sino como forma de *reproducción* intergeneracional de esta.

Será también desde entonces que el Estado va a ir sintiendo en forma creciente la tensión con diversas demandas sociales, que van a desarrollarse en la medida en que él se presenta como un proveedor de servicios. Por entonces ya se sostiene mediante un sistema de impuestos indirectos –al consumo– y estancos, a lo que más tarde se van a agregar los impuestos directos a las ganancias empresariales.

Es en estas mismas décadas que va a cristalizar una relativa alianza entre los grupos de poder de costa y sierra, en lo que se puede denominar un “orden oligárquico de dominación”. Aunque sin carecer de fisuras pudo mantenerse y controlar socialmente el país hasta los años 50. Las diversas movilizaciones que tienen lugar intermitentemente –campesinas en la sierra sur, obreras por la jornada de las ocho horas y las subsistencias (1918-1919) – no aspiraban a cambiar el orden político.

La crisis por la guerra europea (1914-1918) más la agitación ante la revolución bolchevique catalizaron ideas y organizaciones nacionalistas, antioligárquicas y socialistas, aunque sin que llegase a constituirse un movimiento social que amenazara al orden establecido. Antes bien este equilibrio fue dejando de funcionar hacia la década del 50 debido al incremento de una población más escolarizada y con más recursos político-culturales, a conflictos por la tierra, un menor abastecimiento de productos de panllevar, que forzaba a la importación de alimentos así como a transformar parte de la agricultura de la costa para el abastecimiento urbano.

Pero, además, por la masiva migración del campo serrano a las ciudades, especialmente costeras, y sobre todo a Lima. Por primera vez el litoral tuvo más población que la sierra, y el centralismo político, administrativo y económico de la capital estuvo “a la par” que la concentración demográfica. Las políticas estatales favorecieron a la

ciudad frente al campo. Todo esto fue debilitando la “alianza” entre oligarquía y gamonalismo, abriéndose paso la idea de que el mundo rural serrano debía ser “reformado”, sintiendo al mismo tiempo los riesgos de tales cambios para el orden establecido, luego de la reforma agraria en Bolivia (1953), y unos pocos años después la Revolución cubana y su reforma agraria (1959) en plena efervescencia “tercermundista”.

Los entrampamientos así implicados llevaron a una primera reforma agraria en 1963 por una Junta Militar de Gobierno que se limitó a ratificar las tomas de tierras hechas por los campesinos en el valle de La Convención en el Cusco. Cinco años después la segunda reforma agraria tuvo sobre todo una finalidad política: “destruir a la oligarquía”. Sin embargo, en cuanto a la relación Estado-sociedad, esta siguió favoreciendo el consumo urbano a través de importaciones subsidiadas que castigaban a la producción local. La tensión fundamental no era directamente entre capital y trabajo, sino entre el espacio político-económico capitalino –que concentraba a una gran población relativamente organizada, donde tenía un rol central la organización de los trabajadores industriales–, y el agro “atrasado”. Por lo demás, con el conjunto de reformas, el Gobierno militar asumía que las nuevas inversiones mineras y en petróleo, el crecimiento industrial y el agro reformado, iban a formar una sólida base económica.

Posiblemente este haya sido el momento donde el escenario nacional se acercó más a la dinámica de polarización social, política e ideológica descrita en el *Manifiesto del Partido Comunista*. Pero la crisis de las reformas de un gobierno que “recusaba el capitalismo” –el fracaso agrario, una industria que consumía divisas en vez de aportarlas, y un imparable endeudamiento externo en la época de los créditos “baratos” –, desembocaron en una gran crisis fiscal, económica y, finalmente, política. En los años 80 la bancarrota tras la “heterodoxia” del primer gobierno de Alan García, la fragmentación de la izquierda, el accionar de Sendero Luminoso y el derrumbe del mundo soviético –todo ello condensado en una década–,

distanciaron a la población, *objetiva pero también subjetivamente*, de las opciones colectivas, de sindicatos y formas cooperativas, y la inclinaron hacia las salidas individuales.

Ello estaba ya en curso en el plano social e ideológico, cuando sobrevinieron las drásticas reformas económicas y políticas de los años 90, las que entre otros cambios frenaron en seco el intervencionismo del Estado en los mercados, privatizaron empresas y desregularon las relaciones laborales. Según las cifras oficiales, luego del consecuente “aumento de la pobreza” empezó un proceso de crecimiento económico que coincidió con el efecto de arrastre de la economía de China Popular, ya embarcada en la globalización capitalista, curso que solamente desde el año 2008 está entrando en un proceso de “enfriamiento”. También según la información oficial, desde entonces la pobreza y la “pobreza extrema” han disminuido en forma que ha sido juzgada como “sorprendente”, se ha recuperado la antigua clase media y han surgido nuevas capas de ingresos que están sobre la “línea de pobreza”. El Perú entraría así a la categoría de país de “ingreso medio”, aunque muchos se encontrarían en situación “vulnerable”. Esta es una mirada que pone el acento en la distribución del producto. El horizonte que se aprecia mediante los “juegos” y estrategias individuales y colectivas actualmente está colocado más en el plano individual, que en el colectivo. Esto entra en sintonía con las políticas que desde los años 90 se promueven desde el Estado y los grandes medios de comunicación masiva.

En suma, desde el inicio de los “treinta gloriosos” en los años 40 del siglo pasado, el país ha avanzado claramente en una *dirección* capitalista al expandir internamente los mercados tanto en el campo como en la ciudad, así como las relaciones salariales, tanto “formal” como “informalmente”.

Claro está que no se ha constituido un circuito interno de acumulación capitalista que pueda discernirse como *nacional*. La economía, y por tanto la estructura social en su conjunto, puede funcionar solamente mediante sus vínculos con el capitalismo global. Ahora

bien, ¿hay en este funcionamiento alguna “gran contradicción” económica, social o política? Si en los años 50 el “sistema oligárquico de dominación” enfrentaba la necesidad y la imposibilidad de persistir, ¿existe ahora algo similar? ¿Puede hablarse de *lucha de clases*?

“Lucha de clases” remite a entender la conflictividad como expresión, resultado y mecanismo de desarrollo y resolución de *contradicciones* sistémicas; vale decir, inherentes a un régimen socioeconómico determinado. En tal sentido esa conflictividad es vista apuntando en forma convergente hacia la cancelación de dicho régimen para ser reemplazado por otro. Como vemos, hoy en día prácticamente no existen conflictos ni planteamientos políticos orientados hacia un horizonte de ese tipo, y más bien el enfrentamiento, la lucha, se lleva a cabo dentro de una *estrategia de negociación*. La diversidad de “juegos” y “estrategias”, así como su dispersión y en muchos casos orientación individualizante o “segmentada”, revela una gran distancia entre conflictos que tienen un componente fundamentalmente económico, y por otra la posibilidad de su convergencia política en razón del *agotamiento* de una dominación de clase que los explicaría. Muchas estrategias, urbanas y rurales, apuntan a la *inclusión*; diversas estrategias colectivas de los asalariados solamente apuntan a *defenderse* de un sistema que ha venido ganando terreno y que no tiene visos de estar agotándose.

DOMINACIÓN, PODER Y DEMOCRACIA. NOTAS DESDE EL PENSAMIENTO DE KARL MARX

*Elvira Concheiro**

1. Introducción

Durante estas dos primeras décadas del segundo milenio, América Latina ha experimentado una multiplicidad de procesos socio-políticos y económicos que animan el análisis, de nueva cuenta, de lo que son los fenómenos fundantes de la sociedad moderna y que expresan un nudo problemático no resuelto por la praxis transformadora. Nos referimos a las tensiones que en el campo de la dominación, el poder y la democracia ha vivido buena parte de esta región y sobre las que, más allá de un cierto resultado político inmediato, se han desnudado ciertos procesos de fondo que es necesario estudiar.

Analizar las condiciones reales de superación de la situación actual exige, antes que otra cosa, detenerse en ciertas confusiones o

* Doctora en Sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México, institución en la que es investigadora del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades y profesora en el posgrado de Estudios Latinoamericanos y la carrera de Sociología. Dedicada al estudio de la obra de Marx y las nuevas condiciones políticas en América Latina. Dirige la revista *Memoria*, publicación del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (Cemos) del que también es directora. Correo de contacto: elvira.concheiro@gmail.com

enredos que impiden desbrozar el camino. Se trata aquí, esencialmente, de esclarecer las posibilidades de la acción política emancipadora en un mundo dominado por la ley de hierro del capital. Encrucijada en la que no pocos de los países de nuestra América se han encontrado y frente a lo cual no ha habido alternativa clara y exitosa.

Para intentar una reflexión sobre lo anterior, se hace necesario distinguir lo que es ideología vulgar y lo que es conocimiento verdadero que tan frecuentemente ha sido negado en esta fase, por excelencia ideológica, de muerte de las ideologías, y que ha derivado en la *posverdad*.

En particular, el caso de la conceptualización de lo que es la dominación es en sí mismo paradigmático, por lo que nos detendremos sobre todo en desentrañar, a la luz del trabajo de Marx, su origen y fundamento. Finalmente, intentaremos esbozar algunas de sus interconexiones políticas, es decir, con el poder y la democracia hoy en día.

La amplitud de estos temas y la gran cantidad de páginas escritas sobre ellos, obligan a acotar con precisión lo que aquí podremos tratar. Hay que señalar, de inicio, que la dominación es continuamente mencionada y se ve interpretada desde perspectivas diversas, con frecuencia en la forma confusa en la que, por ejemplo, el análisis jurídico acostumbra o el discurso circular que anima la sociología o la ciencia política¹, por no mencionar ya el sentido excesivo del

1 En su discusión con la concepción evolucionista y positivista que llevó a la consagración de la sociología como una nueva ciencia que desde la segunda mitad del siglo XIX desplaza la ciencia de lo político y que, desde su perspectiva, en consecuencia empobrece el concepto de Estado, Gramsci plantea la crítica a esos enfoques disciplinares de esta manera:

“Si ciencia política significa ciencia del Estado y Estado es todo el conjunto de actividades prácticas y teóricas con que la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio sino que logra obtener el consenso activo de los gobernados, es

lenguaje militar o geoestratégico. Pero, sobre todo, la noción de dominación aparece convertida en un *lugar común*.

Es el manejo rutinario y simple de relaciones complejas, que son fundamento de esta sociedad, el que permite que lo que es una relación de dominio aparezca desdibujada o, en el mejor de los casos, remitida a un asunto unilateral de simple autoridad o mando *naturalizado* de cualquier orden, en particular en la esfera política. Esto mismo propicia que el poder sea entendido en forma llana, que permite visiones que lo separan del todo social; que lo ubican como un eterno producto de supuestas *características humanas*, carente de historia pero con futuro asegurado.

En esos términos, se menciona mucho la dominación pero se analiza poco. Salir del sentido común requiere, sobre todo, pararse en otro mirador; un mirador que permita ver más allá del mundo inmediato y responda de dónde emana, cómo se construyó y cómo se sostiene la dominación y el poder, lo cual trasciende necesariamente el límite que nos impone el enfoque de las parcelas y sus disciplinas. Ese otro horizonte es el que ofrece la obra de Marx.

2. Breve nota sobre la perspectiva de Marx

Después de persistentes intentos de olvido, en los años recientes Marx ha sido de nuevo frecuentemente discutido y recuperado, lo cual es explicable, entre muchas otras razones, por el impacto de la última gran crisis financiera. Sin embargo, y pese a innumerables e importantes trabajos que renuevan nuestra mirada sobre el autor de *El capital*, son escasos los que tratan temas como los que nos ocupan aquí.

evidente que todas las cuestiones esenciales de la sociología no son otra cosa que las cuestiones de la ciencia política". *Cuadernos de la cárcel*, Tomo 5, Cuaderno 15, (México: Ed. Era, 1984): 186.

También hay varias explicaciones de lo anterior, pero sin duda una es la manera, aún más generalizada ahora, de acercarnos a su obra. Dominada por la tendencia hacia la parcelación disciplinar que permitió encasillarlo y leer su obra desde algunas de esas parcelas, sobre todo la económica (aunque también los filósofos han disputado fuertemente la manera de leer a Marx), sigue prevaleciendo la idea, ampliamente acogida tras la provocación de Norberto Bobbio y la formulación althusseriana², por lo demás nada novedosa, de que Marx elaboró esencialmente una *teoría económica*, pero no una teoría política o del Estado.

Más allá de que debiéramos preguntarnos por la pertinencia de buscar *teorías* específicas en el seno de la gran propuesta teórica de Marx, es necesario preguntarnos qué alcances o límites ha mostrado esa manera de abordar su aporte y ver su compatibilidad con el objeto de estudio que Marx destacó expresamente.

Aunque Marx no prestó rigurosa atención al asunto, fue explícito al señalar como su objeto de estudio “el régimen capitalista de producción y las relaciones de producción y circulación que a él corresponden”; también expresó en no pocas ocasiones que su estudio abordaba la *sociedad moderna capitalista*, aunque para lograrlo, distinguiéndose del idealismo³, se planteara descubrir la ley que rige las relaciones materiales. Aquí no hay que olvidar, además, la acepción amplia que tiene Marx que lo lleva a afirmar que el proceso social de vida es lo mismo que el proceso material de producción⁴.

2 Nos referimos a los artículos escritos por el cientista político italiano a mediados de los años setenta, en los que lanzaba la pregunta sobre la existencia de una teoría del Estado en la obra de Marx. En el debate que logró desatar por su implícita negativa, Louis Althusser intervino con sus propios presupuestos pero coincidiendo. Para los escritos de Bobbio, cf. *¿Qué socialismo?*, (Barcelona: Plaza y Janés, 1986). La postura de Althusser está recogida en R. Rossanda, L. Althusser y otros, *Poder y oposición en las sociedades postrevolucionarias*, (Barcelona: Ed. Laia, 1980).

3 Cf. K. Marx, Prólogo a *El Capital*, tomo I, (México: Fondo de Cultura Económica, 1974): xxiii.

4 *Ibid.*, 44.

Por lo demás, esto se desprende de la concepción que rige la obra de Marx y la perspectiva desde la cual trabaja en la que, como sabemos, parte de entender la realidad como “síntesis de múltiples determinaciones”⁵.

Desde ahí, es relevante recuperar la idea lukacsiana de que el mayor aporte de Marx está en su método, que nos permite entender la realidad como una *totalidad concreta* a la que, por tanto, no podemos entender más que en sus interrelaciones internas.

Pero se trata, asimismo, de una mirada histórica y, por tanto, no de una totalidad abstracta, sino concreta, es decir, históricamente determinada. No se trata, por tanto, de señalar simplemente que “todo está en conexión con todo”, como ha advertido Karel Kösik, sino entender las complejas conexiones, en las que hay influencia mutua y diferenciada de los diversos factores, pero en términos concretos, es decir, vistos como procesos que no están hechos de antemano, sino haciéndose e interactuando a partir de sujetos históricamente determinados.

Perder de vista esa perspectiva que resulta distintiva del revolucionario alemán, ha provocado no solo mucha confusión sino una visión predominante que, como hemos señalado, encierra a Marx y, en particular, a *El capital*, en el terreno de la economía, dejando de lado el sentido de la *crítica* que a lo largo y ancho de la obra Marx realiza contra las visiones estrechas precisamente de los economistas.

Esto mismo hace que sus investigaciones rebasen cualquier disciplina, constituyendo, como sostiene Lukács, una “ciencia unitaria”⁶.

5 K. Marx, *Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política* (Grundrisse), 1857-1858, México, Ed. Siglo XXI, 1977, p. 21.

6 Al respecto Lukács escribe: “El aislamiento abstractivo de los elementos de un amplio campo de investigación, de complejos problemáticos sueltos o de conceptos dentro de un campo de estudio es, obviamente, inevitable. Pero lo decisivo es saber si ese

El propósito aquí no es entrar en detalle en ese posicionamiento epistémico de Marx, sino apuntar el terreno en el que hay que analizar la dominación. Como veremos, esta es trabajada ampliamente en *El capital*, desmenuzadas las condiciones materiales que le dan origen y señaladas con precisión las características que adopta en la sociedad moderna, a partir de lo cual se expresa esa concepción de las interconexiones y múltiples relaciones que la dominación misma implica.

Con esta digresión metodológica, queremos subrayar el hecho de que pese a las dificultades que obscurecen el hecho, lo cierto es que la manera en que Marx abordó el poder, la dominación o la política, entre otras temáticas de este orden, es una propuesta teórica ineludible que sale de todos los parámetros establecidos. Esa forma, más que expresar una supuesta ausencia de “teorías”, y en particular ausencia de una gran “teoría del Estado” a la altura de una supuesta “teoría económica” expuesta en *El capital* y sus muchos manuscritos económicos, representa, ciertamente, un reto metodológico y teórico, de consecuencias práctico-políticas, que lleva a reinsertar los diversos fragmentos, o los diversos hechos sociales, como partes de una totalidad concreta, que está conformándose permanentemente, como camino para lograr entender su núcleo interno real⁷. Acerca de esto hay que volver a pensar, sobre todo porque es una cuestión

aislamiento es solo un medio para el conocimiento del todo, o sea, si se inserta en la correcta conexión total que presupone y exige, o si el conocimiento abstracto de las regiones parciales aisladas va a preservar su autonomía y convertirse en finalidad propia. Para el marxismo, pues, no hay en última instancia ninguna ciencia jurídica sustantiva, ni ciencia económica sustantiva, ni historia, etc., sino solo una única ciencia, unitaria e histórico-dialéctica del desarrollo de la sociedad como totalidad”. Lukács, *Historia y conciencia de clase*, (México: Ed. Grijalbo, 1969): 30.

7 Dice Karel Kösik: “Los hechos son conocimiento de la realidad si son comprendidos como hechos de un todo dialéctico, esto es, si no son átomos inmutables, indivisibles e inderivables, cuya conjunción constituye la realidad, sino que son comprendidos como partes estructurales del todo”. *Dialéctica de lo concreto*, (México: Ed. Grijalbo, 1967): 56.

que en el pensamiento débil de nuestros días se ha convertido en lenguaje desconocido.

De tal manera que, para abordar los temas aquí propuestos, desde luego no se ha recurrido a *El capital*. Para analizar lo político o el poder en Marx de preferencia se citan sus escritos “políticos”, entre los que se señalan con más frecuencia *El XVIII Brumario*, *Las luchas de clases en Francia*, *La guerra civil en Francia*, *cuando no el Manifiesto del Partido Comunista*.

Por lo mismo, cabe aquí resaltar el indispensable trabajo de Biagio de Giovanni, *La teoría de las clases en el capital*, que justamente discute esa otra perspectiva e “...intenta demostrar la posibilidad de una lectura abiertamente política de *El capital*”⁸. Ciertamente es que aquí nosotros hemos abrevado de esa mirada que, desafortunadamente, no tuvo continuidad.

Hemos querido centrarnos en *El capital* para mostrar que la manera de entender la dominación más allá de sus apariencias o de sus reflejos, es la que nos propone Marx en esa obra y cuyo eje es lo que hemos llamado *perspectiva de la totalidad histórica*. Desde ahí podemos analizar la dominación como una *relación específica*⁹, por tratarse justamente de un fenómeno que, al tiempo que emana esencialmente de las relaciones materiales de producción aparece de la mano de hechos jurídicos y rápidamente impacta el conjunto social. Se trata, entonces, de un nutriente esencial del Estado, entendido este en su acepción leniniana de *síntesis de la sociedad* o, en términos gramscianos, del Estado como el “conjunto de actividades prácticas y teóricas con que la clase dirigente no solo justifica y

8 Biagio de Giovanni, *La teoría política de las clases en “El capital”*, (México-España: Ed. Siglo XXI, 1984): 7.

9 Al respecto es relevante entender que para Marx “...en general las relaciones, si han de adquirir fijeza, solo pueden ser pensadas diferenciándolas de los sujetos que ellas relacionan.” Cf. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, (*Grundrisse*), 1857-1858, Tomo 1, (México: Ed. Siglo XXI, 1977): 67.

mantiene su dominio, sino que logra obtener el consenso activo de los gobernados”¹⁰.

3. Apariencia y realidad

Marx insiste en que concibe al movimiento que rige lo social como “histórico-natural”, es decir, definido por leyes independientes de la voluntad, al margen de la conciencia y de las intenciones de los sujetos de ese proceso. Se trata, en efecto, de acciones que se realizan sin saberlo, a la manera en la que al explicar el intercambio entre valores como equiparación de diversos trabajos entre sí, Marx expresa:

“No lo saben, pero lo hacen. Por tanto, el valor no lleva escrito en la frente lo que es. Lejos de ello, convierte a todos los productos del trabajo en jeroglíficos sociales”¹¹.

Jeroglíficos, en eso se convierten, también, bajo el régimen capitalista las relaciones entre los sectores sociales, que desconocen de dónde proviene y cómo y por qué puede ejercerse el dominio de unas personas sobre otras.

“El carácter social de la actividad, leemos en los Grundrisse-- así como la forma social del producto y la participación del individuo en la producción, se presentan aquí como algo ajeno y con carácter de cosa frente a los individuos; no como su estar recíprocamente relacionados, sino como su estar subordinados a relaciones que subsisten independientemente de ellos y nacen del choque de los individuos recíprocamente indiferentes. El intercambio general de las actividades y de los productos, que se ha convertido en condición de vida para cada individuo particular y es su conexión recíproca [[con los

10 A. Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, Cuaderno 15, tomo 5, (México: Ed. Era, 1999): 186.

11 Marx, *El capital*, 39.

otros]], se presenta ante ellos mismos como algo ajeno, independiente, como una cosa. En el valor de cambio el vínculo social entre las personas se transforma en relación social entre cosas”¹².

Es la propia lógica de los procesos desplegados bajo este régimen, dice Marx, la que modifica también la manera de ver la realidad, una forma fetichizada de comprender la realidad, que produce una manera peculiar de conocer en el capitalismo que no permite acceder a la esencia de los procesos de inmediato. Como hemos señalado, Marx plantea la existencia de un núcleo interno que no es visible pero que se refleja en la cabeza, con frecuencia de manera invertida, de los seres humanos y en las instituciones creadas en su entorno. De forma que parece que de la idea emana el mundo.

Pero, en particular, ¿en qué terreno se gesta la dominación? O dicho de otra forma, ¿a qué ámbito pertenece? ¿se trata acaso de un fenómeno económico o, más bien político? Esas son las clases de preguntas que nacen de esa escisión, de la que hemos hablado más arriba, con la que se analizan los procesos sociales y que justo la perspectiva de la totalidad nos permite situar de manera distinta.

Señalamos ya que en nuestros tiempos es frecuente entender de manera simple¹³ la dominación y ubicarla, sobre todo, en el campo de la política, específicamente como atributo “natural” del poder.

Pero lo cierto es que sobreponerse a este pensamiento común que fracciona o escinde las creaciones humanas y en el que se

12 Marx, *Grundrisse*, 84.

13 “La práctica utilitaria de cada día —escribe Karel Kósik— crea el ‘pensamiento común’, en el cual se captan tanto la cosa y su aspecto superficial como la técnica del tratamiento de ella como forma de su movimiento y de su existencia. El pensamiento común es la forma ideológica del obrar humano de cada día. Pero el mundo que se revela al hombre en la práctica fetichizada, en el traficar y manipular, no es el mundo real, aunque tenga la ‘consistencia’ y la ‘validez’ de este mundo, sino que es ‘el mundo de la apariencia’ (Marx)”. Kósik, *Dialéctica de lo concreto*, p. 32.

presentan como “cosas” separadas, sin interconexión, es un asunto difícil y hay que reconocer que al propio Marx le costó trabajo encontrar la manera de expresarlo adecuadamente.

De forma que para distinguir y luego establecer cuál es la conexión entre lo que sería el ámbito de las relaciones materiales y el terreno del conjunto de relaciones ideológicas y políticas, Marx manejó una metáfora, la de “la estructura y su superestructura correspondiente”, que en el mundo de las ciencias particulares, del desarrollo de las disciplinas y las especialidades de las especialidades, permitió que, incluso en el seno de los marxistas, se reprodujera incesantemente la separación tajante de economía y política, o la visión de la realidad social como compartimentos estancos, causando muchas discusiones y, más bien, demasiadas confusiones y simplificaciones dogmáticas.

Esta es quizá la razón por la que a 150 años de *El capital* poco se hable en términos de esa metáfora y, más bien, haya quedado como parte del arsenal de un marxismo dogmático e improductivo. Lo curioso, sin embargo, es que lo anterior no ha llevado a una recuperación de una perspectiva integral, sino que ha seguido reproduciéndose la fragmentación del análisis y, en momentos en los que la economía está tan presente, es confusa la idea predominante sobre su vínculo con lo político.

Sin embargo, si queremos seguir la manera de razonar de Marx, no debiéramos eludir el esclarecimiento del propósito que buscó con la ahora famosa metáfora. Con ese propósito, a la manera en que lo hace René Zavaleta en uno de sus mejores trabajos, “Las formaciones aparentes en Marx”¹⁴, queremos partir de visitar el texto, muy conocido por lo demás, el “Prólogo” de 1859 a la *Contribución de la crítica de la economía política*, pues es esa la fuente directa y a partir

14 René Zavaleta, *Obras Completas*, tomo II, (La Paz: Ed. Plural, 2013): 425-457

de la cual queremos tratar de dilucidar, antes que otra cosa, el ámbito al que pertenece la dominación.

Ahí Marx realiza una apretada síntesis de lo que considera la trayectoria de sus estudios y los más relevantes resultados de la investigación realizada hasta entonces. Escribe:

“El resultado general al que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material, termina Marx, condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general”¹⁵.

En primer lugar, vale señalar que si se ve el conjunto del texto, ciertamente nos topamos con un Marx preso de las definiciones disciplinares que en ese momento de las ciencias europeas está adquiriendo inmenso dinamismo. Pero al mismo tiempo, escapa de su reduccionismo en cuanto puede y se deshace de esas y otras camisas de fuerza e introduce el concepto de formaciones económico sociales desde las cuales, dice, hay que analizar el desarrollo histórico. La perspectiva dinámica e histórica que conlleva el concepto de formaciones económico-sociales contrasta, ciertamente, con la forma lineal de sucesión de estas que enumera en el “Prólogo” un poco antes.

15 K Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, Tomo I, (Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1955, 373).

Además, sobre todo al analizar a los economistas, se mostrará implacable en su crítica a la estrechez disciplinar. Incluso podemos remontarnos a *Miseria de la Filosofía* para rastrear esta postura en Marx.¹⁶

El separar para reintegrar a partir de una relación preponderante, de determinación, fue ampliamente discutido en el seno de los marxistas, sobre todo frente a visiones dogmáticas y economicistas que se buscaba combatir, dado que en su momento tuvieron amplio eco. Pero más allá de filias o fobias con el asunto, de certeras o desafortunadas metáforas, lo que pretendemos aquí mostrar es que en ese texto Marx busca despejar lo que aparecía como un embrollo y, esencialmente, encontrar más allá de las apariencias qué provoca cierto ordenamiento en la interconexión de los procesos, y no otro.

Como subraya Lenin, el objeto de estudio de Marx es la ley económica del movimiento de la sociedad moderna, por lo que para él no se trata, como lo hace la sociología subjetivista, de distinguir simplemente los fenómenos importantes de los que no lo son, sino de esclarecer lo que imprime determinadas características que nos permiten hablar de que se trata de una determinada formación económicasocial y no de otra¹⁷.

16 Véase, por ejemplo, la cita que hace Marx de su texto del año 1845 en el análisis del fetichismo en *El Capital*, 46.

17 Escribe Lenin: “Así como Darwin puso fin a la idea de que las diversas especies de animales y plantas no están ligadas entre sí, son casuales, ‘creadas por Dios’ e invariables, y ubicó la biología sobre una base completamente científica, estableciendo la variabilidad y la continuidad de las especies, así Marx puso fin a la concepción de la sociedad como una suma mecánica de individuos sujetos a toda clase de cambios por voluntad de las autoridades (o, lo que es lo mismo, por voluntad de la sociedad y de los gobiernos), suma que se produce y cambia casualmente, y ubicó por primera vez la sociología sobre una base científica, al formular el concepto de formación económicasocial como conjunto de determinadas relaciones de producción, al establecer que el desarrollo de estas formaciones constituyen un proceso histórico natural”. “¿Quiénes son ‘Los amigos del pueblo’ y cómo luchan contra la socialdemocracia?”, en *Obras Completas*, t. I, 152. Sobre la relevancia de esta perspectiva leniniana, véase Valentino Gerratana, Apuntes para la historia

En esos términos, lo que Marx pone de relieve es que es esta formación social capitalista la que perfila a las relaciones materiales como las determinantes. Tal como aclara en *El capital*, no se trata de que en regímenes anteriores los individuos pudieran alimentarse de religión o de supersticiones, sino que la manera en que producían los medios de vida permitía que fueran determinantes otros aspectos de la vida social y no los materiales¹⁸. La sociedad *moderna*, o la modernidad capitalista, tiene, en cambio, como característica, la preeminencia de las relaciones materiales y la cosificación de todas las otras relaciones.

La visión materialista de Marx no es vulgar ni simplista, pero no deja ciertamente de tomar tierra en lo tangible que rige la reproducción de la vida. Es este su punto de partida para plantearse la relación entre lo que aparece como ámbitos diferenciados y segmentados de la realidad social, para establecer a partir del reconocimiento del proceso de totalización de la realidad una mutua correlación y condicionamiento.

Aunque no diga con precisión lo que modificó de su forma de exposición anterior a *El capital*, Marx señala ahí que, aunque en el primer capítulo resume una parte importante de la *Contribución*, ahora “la exposición de los problemas ha sido mejorada”¹⁹. Por tanto, consideramos que tiene razón Hinkelammer que, seguramente por los límites que le planteaba la escisión entre *estructura* y *superestructura*, Marx ya no utilizará ese esquema en *El capital*:

del marxismo, (Barcelona: Grijalbo, 1975): 109-121 y 145-159, también, Cesare Luporini y Emilio Sereni, *El concepto de formación económico-social*, Cuadernos de Pasado y Presente 39, México, 1978.

18 En larga nota sobre el tema, Marx concluye: “Es indudable que ni la Edad Media pudo vivir del catolicismo ni el mundo antiguo de la política. Lejos de ello, lo que explica por qué en una era fundamental la política y en la otra el catolicismo es precisamente el modo en que una y otra se ganaban la vida”, Marx, *El capital*, t. I., 46, nota 36.

19 Marx, *El capital*, Prólogo a la primera edición, xiii.

“Lo que era antes la superestructura –escribe Franz Hinkelammer–, ahora es marco categorial de lo real. Marx sigue usando la palabra ‘reflejo en el espejo’, porque en este se ve el mundo invertido y puesto de cabeza. Lo primero, la vida humana, es vista como lo secundario, y lo secundario, las instituciones, sobre todo del mercado, como lo primero. El ser humano es transformado en un ser despreciado y explotado. Lo llega a ser por la misma forma categorial de ver. Los que ven, se vuelven ciegos”²⁰.

En efecto, en *El capital* Marx utiliza en varias ocasiones la metáfora del reflejo y el espejo para explicar los vínculos entre las relaciones materiales y el conjunto social. Esta manera le permite insistir en las formas dialécticas que el asunto de las *determinaciones* oscurecía y poner de relieve cómo están mediadas por representaciones subjetivas. En nota a pie de página escribe:

“Con estas determinaciones *por efecto reflejo* ocurre siempre una cosa curiosa. Tal hombre es, por ejemplo, rey porque otros hombres se comportan respecto a él como súbditos. Pero ellos, a su vez creen ser súbditos porque el otro es rey”²¹.

De igual forma, si bien la dominación emana de determinadas relaciones materiales, se refleja en el orden político y adquiere cierta autonomía, relativa autonomía dice Gramsci, hasta que de pronto se adquiere la sensación de que ella emana de una voluntad que no atañe a los seres humanos, o dicho de otra manera, mientras el ámbito en que se gesta es oculto dada su *naturalización* en esta sociedad en la que rige, en palabras de P. Barcellona, el “principio propietario”²²,

20 Franz J. Hinkelammert, (Franz Josef), 1931, “La vigencia actual de “El Capital”, consulta 27 de marzo de 2019, disponible en <<http://coleccion.uca.edu.sv/franz-hinkelammert/items/show/2837>>.

21 Marx, *El capital*, t.I, 24.

22 Este principio –escribe P. Barcellona– “...se desarrolla en la sociedad moderna con formas y mecanismos que no son reducibles al puro esquema del dominio personal

la forma en la que se manifiesta posibilita la invisibilización, justamente, de esas relaciones: la mirada no se detiene en la existencia de una clase dominante, sino en la expresión política de la dominación.

“La astucia de la razón capitalista consiste en haber encontrado –escribe Eduardo Grüner– una forma de dominación ‘invisible’ (tanto como la famosa ‘mano’ del mercado) que no aparece en lo absoluto como dominación, puesto que es asumida por los propios sujetos como parte de ‘su identidad’ y de su voluntad libre, de manera análoga a cómo, en el modelo político contractualista, son los propios sujetos los que, por su propia voluntad y en tanto individuos iguales y equivalentes entre sí, delegan en el estado su ‘poder constituyente’”²³.

No hablamos, propiamente, de ilusiones ideológicas falsas, aunque pueden derivar en esto, y en nuestros días lo hacen con más frecuencia, sino de procesos necesarios que emanan de las propias relaciones sociales específicas. Son producidas por esta en forma orgánica, es decir, le son inseparables. Tal es lo que analiza Marx acerca del fetichismo de la mercancía, el cual considera que responde “al carácter social genuino y peculiar del trabajo productor de mercancías”.

Al respecto, Lukács escribe:

“...lo que importa es, por una parte, desprender los fenómenos de la forma inmediata en que se dan, hallar las mediaciones por las cuales pueden referirse a su núcleo, a su esencia, y comprenderse en ese núcleo; y, por otra parte, conseguir

sobre la naturaleza y sobre otros hombres, y que esta metamorfosis se produce mediante la autonomización de la esfera económica y la liberalización del individuo (y la naturaleza) del sistema de relaciones personales y dependencias políticas propias de otras épocas históricas”. *El individualismo propietario*, (Barcelona: Ed. Trotta, 1996): 108.

23 Eduardo Grüner, *Las formas de la espada. Miserias de la teoría política de la violencia*, (Buenos Aires: Ed. Colihue, 2007): 55.

comprensión de su carácter fenoménico, de su apariencia como forma *necesaria* de manifestarse. Esta forma es necesaria a consecuencia de la esencia histórica de los fenómenos, a consecuencia de su génesis ocurrida en el terreno de la sociedad capitalista”²⁴.

Siguiendo el razonamiento de Marx respecto a las limitaciones del análisis de la economía política sobre el valor de las mercancías, podemos decir que quien vea en la dominación una “forma natural y eterna” pasará por alto sus peculiaridades y las condiciones específicas de su superación. Por lo que también podemos decir, como en seguida tratamos de mostrar, que se trata de la forma necesaria de relación del régimen capitalista de producción de mercancías.

4. El origen de la dominación o el desgarre del despojo

El dominio no se acepta por voluntad propia ni surge de una mítica “condición humana”. Es, por el contrario, resultado de condiciones de fuerza que hacen posible el sometimiento de la mayoría de los seres humanos a una minoría. Estos hechos de violencia y explotación han sido normalizados a lo largo de procesos históricos, de varios siglos de duración, en los que se combinó la fuerza establecida del Estado con la más grande variedad imaginable de atrocidades, la inexistencia del más mínimo respeto a la vida de los millones de desposeídos, la violación continua de cuerpos y almas. En esta historia, jugó el papel central la *desposesión de los medios de vida*, hecho que provoca en los seres humanos una fragilidad subjetiva de enormes proporciones y consecuencias, que lo pone en estado de disposición y en necesidad tal que permite y acepta la dominación que viene aparejada al hecho violento.

24 Lukács, *Historia y conciencia de clase*, 9.

El fundamento es la violencia²⁵ con la que es impuesto el despojo y perseguido el despojado. Esto es parte sustancial del proceso histórico que Marx llamó “acumulación originaria”, la cual se describe de la siguiente forma:

“... el proceso que engendra el capitalismo —explica Marx—, solo puede ser uno: el proceso de disociación entre el obrero y la propiedad sobre las condiciones de su trabajo, proceso que de una parte convierte en capital los medios de vida y de producción, mientras de otra parte convierte a los productores directos en obreros asalariados. La llamada acumulación originaria no es, pues, más que el proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción”²⁶.

Lo que Zavaleta denomina “estado de separación” o “ruptura del tiempo clásico de la especie”, y que, en palabras de Bolívar Echeverría es “la mutación del código de vida originario”, es precisamente ese traumático proceso, que le quitó a millones de hombres y mujeres la capacidad de producir por sí mismos los medios necesarios de vida, al ser despojados de todo medio de producción y, en particular, al ser separados de la tierra que les permitía arraigo, pertenencia y, precisamente, condiciones para producir sus medios de subsistencia.

Las grandes masas que se diseminaron por los caminos del viejo continente desde los siglos XV y XVI, como resultado de su expulsión de las grandes extensiones de tierra que iban quedando sin trabajarse (paso previo a su mercantilización), fue el inicio de ese largo proceso que “libera” esa fuerza de trabajo del campo, antes sometida a la servidumbre²⁷.

25 “La violencia es la comadrona de toda sociedad vieja que lleva en sus entrañas otra nueva. Es, por sí misma, una potencia económica”, Marx, *El capital*, 639.

26 *Ibid.*, 608.

27 “El preludio de la transformación que ha de hechar los cimientos para el régimen capitalista —leemos en *El capital*— coincide con el último tercio del siglo XV. El licenciamiento de las huestes feudales —que, como dice acertadamente Sir James

Ese doloroso episodio de la humanidad fue la base fundamental que da origen a un nuevo régimen que nace de la putrefacción de su antecesor. La descomposición social que implicó la enorme tasa de mortandad por hambre y enfermedades, la desesperación de una especie que se siente en peligro, desata una violencia de tales dimensiones que hará exclamar a Marx que el capital vino al mundo “chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies hasta la cabeza”²⁸. Y, ciertamente, no se trata de una frase efectista del revolucionario alemán o, al menos, no podemos decir que estuviese exagerando. Buena parte de las miles de páginas escritas como borradores de *El capital* y, finalmente, del que fue el primer y único tomo publicado por su autor, contienen una detallada investigación sobre ese proceso histórico y las múltiples formas que adquirió y que permitieron el establecimiento del nuevo dominio, es decir, condiciones materiales, jurídicas, políticas e ideológicas, que permiten *la dominación capitalista*.

Es, explica Marx, a partir de la existencia de esa masa de desposeídos que otros pudieron convertirse en los poseedores de esa fuerza de trabajo cuyos dueños, en la desesperación de no tener otros medios de vida, se ponen en disposición incondicional de venderla:

“...lo probable es que el capitalista haya entrado en posesión del dinero en un determinado momento, por virtud de una cierta *acumulación originaria*, independiente de la apropiación

Steuart, ‘invadieron por todas partes casas y tierras’— lanzó al mercado de trabajo a una masa de proletarios libres y privados de medios de vida”. *Ibid.*, 611.

Y más adelante, leemos: “...De este modo, los padres de la clase obrera moderna empezaron viéndose castigados por algo de lo que ellos mismos eran víctimas, por verse reducidos a vagabundos y mendigos. La legislación los trataba como a *delincuentes ‘voluntarios’*, como si dependiese de *su buena voluntad el continuar trabajando en las viejas condiciones, ya abolidas*”. *Ibid.*, 625.

28 *Ibid.*, 646.

del trabajo ajeno no retribuido pudiendo, gracias a ello, acudir al mercado como comprador de fuerza de trabajo”²⁹.

Pero el despojo había ya ocurrido y el proceso se había echado a andar. Para adquirir la dimensión que alcanzó se necesitó del empeño del Estado en diversos países europeos, que no solo sostuvo una activa política colonial de despojo de naciones enteras, sino que estuvo presto a emitir toda clase de instrumentos legales que lo hicieran posible y lo convirtieran en norma.

“El descubrimiento –leemos– de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista (...)”.

“Es aquí en Inglaterra –sigue Marx–, donde a fines del siglo XVII se resumen y sintetizan sistemáticamente en el sistema colonial, el sistema de la deuda pública, el moderno sistema tributario y el sistema proteccionista. En parte, estos métodos se basan, como ocurre con el sistema colonial, en la más avasalladora de las fuerzas. Pero todos se valen del poder del Estado, de la fuerza concentrada y organizada de la sociedad, para acelerar, a pasos agigantados, el proceso de transformación del régimen feudal de producción en el régimen capitalista y acortar los intervalos. La violencia es la comadrona de toda sociedad vieja que lleva en sus entrañas una nueva. Es, por sí misma, una potencia económica”³⁰.

Hablamos, entonces, de un proceso múltiple que permite la nueva dominación. Marx no nos deja olvidar que esos hechos de

29 Marx, *El capital*, t.I, 479.

30 *Ibid*, 638-639.

orden esencialmente material, modifican de forma simultánea la subjetividad; de forma que en el mismo hecho y al mismo tiempo de la desposesión material (de la tierra y los medios para reproducir la vida), y aunque siempre hubo resistencia, enojo y defensa, surge el sentimiento de subordinación, de desaliento y miedo, acrecentados por la intervención del Estado, que no solo permite la dominación, sino la reproduce hasta presentarla como un hecho natural e inevitable.

Podemos sostener, por tal razón, que el primer elemento fundante de la nueva relación de dominación es sobre todo subjetivo, es la sensación de vacío y desesperanza del que venderá su fuerza de trabajo. El segundo es un elemento de carácter jurídico, que permite establecer, bajo el principio de igualdad ante la ley, la nueva relación a través de una sanción legal que juega un papel específico:

“Ni el dinero ni la mercancía son de por sí capital, como no lo son tampoco los medios de producción ni los artículos de consumo. Necesitan *convertirse en capital*”, escribe Marx, para explicar el efecto que puede tener el establecimiento de una relación diferente, que está mediada jurídicamente por un contrato legal, de manera que lo *material* convoca aquí también al Estado de forma trasfigurada, como una exterioridad que sanciona el hecho que permite la relación subordinada y la hace aparecer como voluntaria y entre iguales:

“Y para ello han de concurrir una serie de circunstancias concretas, que pueden resumirse así: han de enfrentarse y entrar en contacto dos clases muy diversas de poseedores de mercancías; de una parte, los *propietarios de dinero, de medios de producción y artículos de consumo, deseosos de valorizar* la suma de valor de su propiedad mediante la compra de fuerza ajena de trabajo; de otra parte, los obreros libres, vendedores de su propia fuerza de trabajo y, por tanto, de su trabajo.

“Obreros libres en el doble sentido de que no figuran directamente entre los medios de producción, como los esclavos, los siervos, etc., ni cuentan tampoco con medios de producción

propios, como el labrador que trabaja su propia tierra, etc., libres y dueños de sí mismos”³¹.

Ciertamente se trata de un acto al que va por su propio pie el trabajador, pero Marx no deja de insistir en que las circunstancias lo obligan, para sobrevivir, a vender su propia fuerza de trabajo, que es lo único que poseen. Podemos, entonces, decir que esa libertad es forzada, valga el contrasentido. Es este uno de los gérmenes de la contradicción que atraviesa a la modernidad.

Ese otro contenido coercitivo de esa relación de compra-venta se hace de inmediato manifiesto:

“Fuerza es reconocer, escribe Marx, que nuestro obrero sale del proceso de producción en condiciones distintas de como entró. En el mercado se enfrenta, como poseedor de su mercancía “fuerza de trabajo”, con otros poseedores de mercancías, uno entre tantos. El contrato por medio del cual vendía su fuerza de trabajo al capitalista demostraba a ojos vistas, por decirlo así, que disponía de su persona. Cerrado el trato, se descubre que el obrero no es ningún “agente libre”, que el momento en que se deja *en libertad* para vender su fuerza de trabajo es precisamente el momento en que se ve obligado a venderla y que su vampiro no cesa en su empeño mientras quede un músculo, un tendón, una gota de sangre que chupar”³².

Este asunto adquiere enorme relevancia pues, como sabemos, la representación sobre la que se yergue el sistema tiene como presupuesto fundamental la existencia de hombres libres e iguales. Es ese el principio que rige las relaciones materiales, jurídicas e ideológicas

31 *Ibid.*, 608. “Esta relación jurídica, explica también Marx, que tiene por forma de expresión el contrato, es, hállese o no legalmente reglamentada, una relación de voluntad en que se refleja la relación económica. El contenido de esa relación jurídica o de voluntad lo da la relación económica misma.” *Ibid.*, 48.

32 *Ibid.*, 240.

bajo el capitalismo y es una de las mayores contradicciones a las que se enfrenta permanentemente.

Estamos aquí ante la primera fuente y el “soporte material”, como dice Grüner, de la dominación: el despojo “de todos los medios de producción y todas las garantías de vida que las viejas instituciones feudales les aseguraban”³³.

La crítica de raíz a esa frontera es el horizonte que permite a Marx traspasar el límite de conocimiento que habían mostrado los economistas clásicos. Nadie conoce contra sí mismo, explicaba Zavaleta al respecto. A partir de esa otra cara de la moneda, Marx descubre el mundo del trabajador, la condiciones que le impone a este la dominación del capitalista, de ese su “igual” que le ha comprado su fuerza de trabajo desatando procesos encadenados que implican la transformación permanente del proceso y que van dando formas nuevas a la dominación.

“Al crecer la masa de obreros empleados simultáneamente crece su fuerza de resistencia, aumentando también, como es lógico, la presión del capital para vencerla. El papel directivo del capitalista no es solamente una función especial que se desprende de la naturaleza del proceso social del trabajo, como algo inherente a él; es también una función de explotación en el proceso social del trabajo, función determinada por el inevitable antagonismo entre el explotador y la materia prima de su explotación”³⁴.

Para Marx, por tanto, la dominación no puede ser ausencia de lucha y conflicto. Por el contrario, ahí encuentra las condiciones de la superación del sistema de dominio. Como se trata de una *relación* que da cuerpo, propiamente, a las clases, estamos hablando,

33 Grüner, *Las formas de la espada*, 54.

34 Marx, *El capital*, 267.

propiamente, del significado que da Marx a la “lucha de clases”. Como veremos, se trata de funciones determinadas, específicas, surgidas de condiciones diferentes de cada una de las partes de quienes establecen esa relación, que las identifica en el conjunto del proceso productivo social. No se trata, por tanto, de funciones realizadas al margen del otro, sino que brotan de la *relación* misma. En el caso del trabajador, serán las propias condiciones del trabajo organizado por el dueño del capital, las que lo transforman en un complejo *obrero total*, como lo denomina Marx, que pronto entenderá la importancia de negociar su relación individual en forma colectiva, como clase.

Este asunto se entiende mejor en el análisis histórico que hace Marx en los capítulos XI, XII y XIII de *El capital*, de donde solo extraeremos algunas ideas sobre las características que adopta la dominación, sus componentes y su definición profunda.

5. La cooperación y división del trabajo como pérdida de capacidades

En la sección cuarta de *El capital*, Marx analiza tres formas históricas, que se sucedieron unas a las otras, de organización del proceso productivo: la cooperación, la manufactura y, finalmente, la gran industria. Cada una modifica la anterior, pero suma lo que es un proceso sucesivo de *disciplinamiento* de la clase trabajadora y de acumulación de conocimiento técnico que se aplica a la producción. El propósito de fondo es la búsqueda de extracción de mayor plusvalía, la cual ha topado con el límite físico que tiene el alargamiento de la jornada de trabajo y ha de buscar las formas que logren la intensificación. Es lo que Marx llama plusvalía relativa. Es ahí donde se hace evidente la sofisticación que adquiere bajo el capitalismo la dominación.

La división del trabajo es una de las consecuencias de la cooperación, es decir, de ese proceso que reúne a un determinado número

de trabajadores bajo un solo mando, “el mando del mismo capital” señala Marx.

Aquí ya ha ocurrido el encuentro en el mercado de los trabajadores desposeídos y el dueño de los medios para producir y con los recursos dinerarios para contratar la fuerza de trabajo. De lo que se trata, entonces, es de cómo se organiza el proceso de trabajo, de forma que la dominación va adquiriendo ciertas características específicas.

Es esa capacidad de dirección del dueño del taller o fábrica la que convierte a los trabajadores en una masa que poco a poco adquiere adiestramiento como una fuerza productiva colectiva que acepta el mando del capital.

“En un principio, el mando del capital sobre el trabajo aparecía también como una consecuencia puramente *formal* del hecho de que el obrero, en vez de trabajar para sí, trabajase para el capitalista y, por tanto, bajo su dirección. Con la cooperación de muchos obreros asalariados, el mando del capital se convierte en requisito indispensable del propio proceso de trabajo, en una verdadera condición material de la producción. Hoy, las órdenes del capitalista en la fábrica son algo tan indispensable como las órdenes de un general en el campo de batalla”³⁵.

Estamos adentrándonos en la conformación de una clase, que se separa del proceso productivo, deja –dice Marx– de ser maestro artesano y pasa a ser, propiamente, capitalista, cuya función es la reunión de un conjunto de trabajadores y la dirección del proceso, lo que da *formalmente* origen al régimen capitalista.

“Un violinista solo se dirige él mismo, pero una orquesta necesita un director. Esta función de dirección, de vigilancia y enlace, se convierte en *función del capital*, tan pronto como el

35 *Ibid.*, 266.

trabajo sometido a él reviste carácter cooperativo. Como función específica del capital, la función directiva asume también una importancia específica”³⁶.

Se trata, como hemos dicho, de funciones impuestas al trabajador por la condición subordinada que da la condición de desposeído que se ve obligado a vender su fuerza de trabajo. Marx insiste en el hecho de que el obrero sufre condiciones sobre las que no tiene control, que esas condiciones del proceso en el que trabaja le son ajenas. Le es ajeno el hecho de que se enfrenta a unos medios que no le pertenecen y sobre los que hay vigilancia propia del avaro para que no se malgasten ni se deteriore la maquinaria. Le es ajeno el *plan* que justifica las condiciones, el ritmo, la manera del trabajo. La no propiedad de los medios de producción le arrebatara el control sobre su trabajo.

De manera que para los trabajadores “la coordinación de las funciones y su unidad como organismo productivo radican *fuera* de ellos, en el capital, que los reúne y mantiene en cohesión”. En la práctica, y se revista de lo que sea, la autoridad del capitalista, su dominio, se les presenta “como el poder de una voluntad ajena que somete su actividad a los fines perseguidos por aquella”.

Es esta la segunda condición de la dominación: a la par de la dirección que es, en realidad, una dirección despótica, aparece la separación y ajenidad del desposeído de las condiciones de su trabajo. Este se expresa como una *voluntad ajena* que somete y moldea al trabajador.

“El capitalista –escribe Marx– no es capitalista por ser director industrial, sino al revés: es director industrial por ser capitalista. El alto mando sobre la industria se convierte en atributo del

36 *Ibid.*, 267.

capital, como en la época feudal eran atributo de la propiedad territorial el alto mando en la guerra y el poder judicial”³⁷.

El proceso simultáneo es la separación del capitalista del proceso productivo, ahora aparece la distinción de categorías y jerarquías en el seno mismo de los asalariados. Un mecanismo de enorme eficacia que a la vez que cumple la función de vigilar desde las propias filas de los trabajadores las tareas productivas, hace más compleja la dominación. Ya no se trata solo de un agente externo que impone una disciplina y formas de trabajo coordinadas por ese agente, sino de una representación del capital que es parte de las propias filas asalariadas.

“... por su forma la dirección capitalista es una dirección despótica que conforme se desarrolla su propiedad, delega en unas categorías especiales de asalariados; las distintas clases de jefes y oficiales ahora realizan las actividades que antes realizaba el capitalista. De manera que el proceso de trabajo tiene crecientemente una jerarquía producida por el capital que se suman a otras clasificaciones internas del trabajador”.

El efecto de esta nueva dirección del trabajo fue enorme, hasta llegar a constituir un sector de trabajadores privilegiados, que media entre el capitalista y los trabajadores y logra desdibujar enormemente la función real de unos y otros.

Pero no solo es esta estratificación la que sirve de modelo y se reproducirá en la sociedad en su conjunto:

“El régimen basado en la división del trabajo “se adueña –dice Marx– no solo de la órbita económica, sino de todas las demás esferas de la sociedad, echando en todas partes los cimientos para ese desarrollo de especialidades y los especialistas, para esa parcelación del hombre que hacía exclamar a Ferguson, el

37 *Ibid.*, p. 268.

maestro de A. Smith: “Estamos creando una nación de ilotas; no existe entre nosotros un solo hombre libre”³⁸.

Como parte de la cadena de enajenación de las capacidades y virtudes del trabajador, Marx explica que el mecanismo social de la producción que emerge de la cooperación de muchos “obreros individuales parcelados” no solo es dirigida por el capitalista, sino que le pertenece como tal mecanismo, lo cual hace que aparezca como “virtud productiva del capital”.

Por otra parte, y aunque acrecienta de manera considerable el poder económico del capitalista, no nos detendremos en ese interesante proceso, característico de la cooperación, que Marx desgrana sobre la conversión del trabajador en *fuera de masa* que, al combinar sus habilidades, logra una mayor capacidad de realización de trabajos complejos y rudos, cuestión que desde luego no retribuye el capitalista gracias a que se mantiene el contrato entre individuos sueltos. Pero lo señalamos ya que se trata de formas que permiten que lo que de lado de los trabajadores es limitación de sus capacidades individuales y supeditación, de lado del capitalista sea, eso mismo, condiciones de reforzamiento y reproducción de la dominación por efecto simple de un mayor poder económico.

Pero en relación con la lógica manufacturera que reclama la división del trabajo hay un aspecto que Marx expresa con mucho dramatismo: la transformación de los trabajadores en individuos fragmentados, cada vez más dependientes del proceso mismo. Escribe:

“Mientras que la cooperación simple deja intacto, en general, el modo de trabajar de cada obrero, la manufactura lo revoluciona desde los cimientos hasta el remate y muerde en la raíz de la fuerza de trabajo individual. Convierte al obrero en un

38 *Ibid.*, 288.

monstruo, fomentando artificialmente una de sus habilidades parciales, a costa de aplastar todo un mundo de fecundos estímulos y capacidades...³⁹.

6. Apéndice de la máquina

El último proceso analizado por Marx respecto a las formas de producción de plusvalía relativa, es el de la introducción de la maquinaria y el despegue de la gran industria. Hay aquí nuevas y profundas mutaciones y la dirección capitalista se hace cada vez más despótica y despersonalizada. Es ahora la máquina la que hace parte del trabajo de sometimiento. Es esta la que impone los ritmos, el tiempo en que ha de producirse una mercancía; la fuerza de trabajo del obrero ha de adaptarse o sufrir las consecuencias. Ciertamente, desde que se instauró y hasta la fecha, en ese proceso de intensificación y bajo esta lógica muchos han perdido manos, piernas o la vida toda en el curso de ese sometimiento de los trabajadores a la máquina⁴⁰.

Es ese el sentido dramático que tienen las palabras de Marx cuando exclama que con la gran industria “la ciencia es separada del trabajo como potencia independiente de producción y aherrojada al servicio del capital”. No se trata de facilitar la labor, sino de imprimir un ritmo cada vez mayor al trabajo.

“Al convertirse en maquinaria, los instrumentos de trabajo adquieren una modalidad material de existencia que exige la sustitución de la fuerza humana por las fuerzas de la naturaleza y de la rutina nacida de la experiencia por una aplicación conciente de las ciencias naturales. En la manufactura, la división y articulación del proceso social del trabajo es *puramente*

39 *Ibid.*, 293.

40 Cf. *Ibid.*, 353, nota 104.

subjetiva, una simple *combinación* de obreros parciales; en el sistema basado en la maquinaria, la gran industria posee un organismo perfectamente *objetivo* de producción con que el obrero se encuentra como una condición material de producción lista y acabada (...) ahora es *la propia naturaleza del instrumento de trabajo* la que impone como una necesidad técnica el carácter cooperativo del proceso de trabajo⁴¹.

Entre las nuevas necesidades que acarrea la utilización de maquinaria está la flexibilización y delicadeza de la fuerza de trabajo femenina e infantil, pues el nuevo instrumento de trabajo sustituye la fuerza humana: "...aquel instrumento gigantesco –escribe Marx– creado para eliminar trabajo y obreros, se convertía inmediatamente en medio de *multiplicación del número de asalariados*, colocando a todos los individuos de la familia obrera, sin distinción de edad ni sexo, bajo la dependencia inmediata del capital"⁴².

La fuerza de trabajo resulta ser una mercancía flexible que puede ser moldeable, característica que poseen particularmente las mujeres y los niños. Por tal razón y pese al peligro que representa, la gran industria comenzó desplazando la fuerza de trabajo masculina adulta.

"La supeditación técnica del obrero a la marcha uniforme del instrumento de trabajo y la composición característica del organismo de trabajo, formado por individuos de ambos sexos y diversas edades, crean una disciplina cuartelaria, que se desarrolla hasta integrar el régimen fabril perfecto, dando vuelos al trabajo de vigilancia... y, por tanto, a la división de los obreros en obreros manuales y capataces obreros, en soldados rasos y suboficiales del ejército de la industria"⁴³.

41 *Ibid.*, 236.

42 *Ibid.*, 324.

43 *Ibid.*, 350-351.

La fábrica introduce una legislación propia que es utilizada en las funciones de vigilancia. No es la autoridad del trabajador que realiza actividad de capataz, sino la “ley” del capitalista que, dice Marx, viene a sustituir el “látigo del capataz de esclavos”, la que hace valer la dominación:

“El código fabril en que el capital formula, privadamente y por su propio fuero, el poder autocrático sobre sus obreros, sin tener en cuenta ese régimen de división de los poderes de que tanto gusta la burguesía, ni el sistema representativo, de que gusta todavía más, es simplemente la *caricatura capitalista de la reglamentación social del proceso de trabajo...*”⁴⁴.

Cada línea escrita por Marx, al menos en buena parte de *El capital*, deja ver las condiciones contra las que tuvo que enfrentarse la clase obrera para adquirir mínimos derechos dentro de la fábrica. Si se trata del trabajo infantil, hubo que pelear por un mínimo de edad permitido para contratarlos (aunque, de acuerdo con los reportes de los inspectores de fábrica citados en *El capital*, los empleadores descaradamente solicitaban chicos que parecieran de mayor edad, aunque resistieran menos las inclemencias del trabajo y murieran por enfermedad y cansancio); las condiciones higiénicas; el tiempo de la jornada, las multas, fue motivo de lucha palmo a palmo.

“...la maquinaria va penetrando en una serie de procesos parciales dentro de las *manufacturas*. La cristalización fija y plasmada de sus miembros, procedente de la antigua división del trabajo, se desarticula y deja el puesto a una serie de cambios continuos. Aparte de esto, la composición del obrero total o del personal obrero combinado se transforma radicalmente. Por oposición al periodo manufacturero, el plan de la división del trabajo se basa ahora en el empleo del trabajo de la mujer, del trabajo de los niños de todas las edades, de obreros no

44 *Ibid.*, 351.

calificados, siempre y cuando ello sea factible; en una palabra, en trabajo barato...”⁴⁵.

La característica es la velocidad. Con la gran industria el tiempo se transforma. Entra el reloj a marcar cada fracción del tiempo del trabajador, es cada vez más lo que rige cada movimiento, cada vuelta de tuerca. La dominación logra que se interioricen los vertiginosos cambios, las muy diversas formas utilizadas, el “caos abigarrado de formas de transición”, dice Marx, porque el capital hace uso de lo que sea, experimenta y modifica incesantemente. Lo mismo hace uso de trabajo a destajo, de trabajo a domicilio, etcétera.

Para lograrlo, el capital cuenta con un nuevo elemento ahora que le permite controlar la fuerza de trabajo y someter al conjunto a las diversas necesidades de ocupación de mano de obra: el ejército industrial de reserva:

“...se va formando y disciplinando así, sistemáticamente, un ejército industrial de reserva siempre disponible, diezmado durante una temporada al año por el más inhumano yugo del trabajo y sumido en la miseria durante el resto del año por no tener en que trabajar”⁴⁶.

Aquella primera falta de certeza de los despojados de medios de vida, es ahora suplida por la falta de certeza en el trabajo. No solo se modifican las formas internas de operación y organización del trabajo que mantienen en permanente movilidad al obrero, sino que existe la posibilidad cotidiana de ser sustituido, reemplazado por otros trabajadores que aguardan ser contratados. Es este, explica Marx, el mecanismo más eficaz que encontró el capital para regular el precio de la fuerza de trabajo, para someter la resistencia, para sostener la dominación.

45 *Ibid.*, 385.

46 *Ibid.*, 400.

Se le amenaza constantemente con “despojarle de los medios de vida al arrebatarle los instrumentos de trabajo y convertirle en un ser inútil al convertir en inútil su función parcial...” por eso Marx habla de un “holocausto ininterrumpido de que se hace víctima a la clase obrera” en conjunto⁴⁷.

Las formas brutales que prevalecían en tiempos de Marx, y que con tanta frecuencia regresan o se han mantenido, sobre todo en nuestros países, condiciones en las que aquellas enormes maquinarias se enfrentaban a los trabajadores, le proporcionaron abundante material para el análisis de procesos de enorme profundidad que tendrían expresiones políticas directas.

Si bien para él es evidente que lo único que se busca con la transformación de las formas de trabajo y la introducción de nuevas maquinarias es lograr mayor plusvalía, lo cierto es que somete al conjunto social a una dinámica y una lógica que se expresará en forma contradictoria.

En “Acumulación capitalista”, Marx escribe:

“...dentro del *sistema capitalista*, todos los métodos encaminados a intensificar la fuerza productiva social del trabajo se realizan a expensas del obrero individual; todos los medios enderezados al desarrollo de la producción se truecan en medios de explotación y esclavizamiento del productor, mutilan al obrero convirtiéndolo en un hombre fragmentario, lo rebajan a la categoría de apéndice de la máquina, destruyen con la tortura de su trabajo el contenido de este, le enajenan las potencias espirituales del proceso de trabajo en la medida en que a este se incorpora la ciencia como potencia independiente; corrompen las condiciones bajo las cuales trabaja; le someten, durante la ejecución de su trabajo, al despotismo más

47 Cf., *Ibid.*, 408.

odioso y más mezquino; convierten todas las horas de su vida en horas de trabajo; lanzan a sus mujeres y sus hijos bajo la rueda trituradora del capital". "...Por eso, lo que en un polo es acumulación de riqueza es, en el polo contrario, es decir, en la clase que crea su propio producto como capital, acumulación de miseria, de tormentos de trabajo, de esclavitud, de despotismo y de ignorancia y degradación moral"⁴⁸.

La dominación es, por tanto, una transformación profunda del propio trabajador; está sustentada en la propia degradación de este. Pero el doloroso proceso tiene su contraparte. Es el propio despliegue de estas formas capitalistas las que lo ponen una y otra vez ante su crisis y, sobre todo, proyectan la fuerza social que, en el terreno de la lucha política, busca las formas de su superación.

"Conforme disminuye progresivamente el número de magnates capitalistas que usurpan y monopolizan este proceso de transformación, crece la masa de la miseria, de la opresión, del esclavizamiento, de la degeneración, de la explotación, pero crece también la rebeldía de la clase obrera, cada vez más numerosa y más disciplinada, más unida y más organizada por el mecanismo del mismo proceso capitalista de producción"⁴⁹.

Es conveniente insistir en que este proceso, revisado aquí rápidamente, es el sustento histórico-natural de toda dominación en este régimen, pero que sus conexiones o expresiones políticas e ideológicas, su condensación en formas específicas de Estado y de ejercicio del poder son siempre concretas y precisas, atravesadas por la praxis. Lo cual quiere decir que la sustancia principal es la misma en cualquier sociedad capitalista, pero sus formas de reflejarse en diversos ámbitos y que perfila el conflicto es histórico-concreto.

48 *Ibid.*, 547.

49 *Ibid.*, 648.

Ahora bien, a partir de este mundo de la gran producción mercantil que, como sabemos, revolucionó su entorno, creando las grandes ciudades, transformando los transportes; desatando todas las trabas para la invención científica y, sobre todo, su aplicación tecnológica; esto y mucho más, construido sobre las espaldas de este febril mundo, en el que la fábrica no alcanza y se busca espacio en el propio domicilio del trabajador, pero que también pone de relieve que esa clase disciplinada por el capital podía tener la mayor capacidad de transformación de sí misma y de la sociedad, ¿cómo entender el complejo vínculo con el poder político y la construcción democrática?

Es un riesgo frecuente caer en simplificaciones mecánicas que anulan, precisamente, este cuidadoso análisis de Marx, y así pasar por alto las elaboradas *mediaciones* existentes entre el ordeno-mando de los capitalistas en sus empresas y el poder del Estado; entre las formas disciplinadas de los sujetos subordinados en la esfera productiva y su intervención en los asuntos públicos, es decir, su conversión de trabajadores en ciudadanos, etcétera.

7. Dominación y democracia

Hasta aquí, y quizá abusando de las citas textuales, hemos querido mostrar que a lo largo y ancho de *El capital*, al insertar el análisis de la dominación en un proceso específico y tan dinámico como es el productivo, Marx nos proporciona una noción compleja de la dominación, como condición de un proceso entretejido, que se expresa en los distintos ámbitos de la sociedad y que es expresión de una lucha pertinaz, atravesada permanentemente por el *conflicto* mismo, que es el *horizonte de conocimiento* de Marx.

“Pero, de pronto –escribe el autor de *El capital*, al analizar la jornada de trabajo–, se alza la voz del obrero, que había enmudecido en medio del tráfigo del proceso de producción”. En muchas partes de su obra, en efecto, Marx escucha la voz de los trabajadores; no solo

describe sus condiciones de explotación, de sufrimiento y degradación, sino las expresiones, por pequeñas o contradictorias que hayan sido al comienzo, que plantean la anulación del orden existente.

En ese sentido, podemos sostener que lo que le permite oír lo que nadie oía en su época, es el hecho de que él mismo pertenece a ese movimiento que en el curso de su vida vio emerger, adquirir objetivos propios, lanzarse a grandes contiendas y hazañas, hasta el grado de disputar el poder y mostrar el camino de la superación de la dominación. Es de ahí donde Marx aprenderá que ningún líder o intelectual será el que salve a los trabajadores, que esa superación, para ser real, es necesariamente autoemancipación.

Sin duda no era una mera ilusión de Marx, como suele creerse, el que los trabajadores leyeran *El capital*. No solo era una necesidad de un movimiento realmente existente, sino que éste lo reclamaba. Y su autor hizo honor a esa demanda. La enorme cantidad de denuncias que Marx recopila y presenta en las páginas de *El capital* sobre las atrocidades de que es capaz el régimen capitalista; la cantidad de movimientos y huelgas citadas, la severa crítica a varios de los personajes de la época que influían con ideas peregrinas a los trabajadores, amén de los muchos ejemplos concretos que usó para explicar los procesos en que los trabajadores de la ciudad y el campo estaban envueltos, dieron sin duda valioso material para la acción obrera, aparejado al enorme esfuerzo que en el terreno mismo de la lucha política realiza para esclarecer el papel y los objetivos de esta lucha.

En el lenguaje de la época, Marx nombró a la dominación aquí descrita como *dictadura de la burguesía*. Superar esa orden y sometimiento que empieza en la fábrica y se traduce de mil formas a todo el conjunto social, eso, tal como lo había mostrado el junio francés de 1848, solo era posible con la *dictadura del proletariado*. Se trata de dos contenidos contrapuestos, pero del mismo terreno de la acción social; que carecen en efecto de los mecanismos de consenso o consulta, representatividad o electividad, mayorías o minorías, y un largo etcétera de las formas políticas democráticas. Es exacto su

nombre, más allá del uso o mal uso que de esas nociones se haya hecho a lo largo del siglo XX, pues vencer la dominación no es posible más que como interrupción tajante, como acto de fuerza. Referimos al momento de *expropiar a los expropiadores*, para usar palabras de Marx.

Ese lenguaje y los términos puntuales hoy día están cargados por demasiada historia que, con frecuencia, deformó ese contenido y justificó formas específicas que ensayaron los trabajadores para liberar a la humanidad, tal como se propusieron. Aquellas experiencias fracasaron y la dominación se ha reforzado, al tiempo que deja ver más claramente ese contenido material, esa sustancia, que Marx se propuso rescatar de las tinieblas.

Es necesario recordar que el que Marx haya mostrado con enorme rigor e indignación las formas atroces que no dudan en violentar cualquier derecho humano cuando se trata de extraer la mayor plusvalía posible, no lo llevó nunca a un desprecio de las relaciones políticas y las instituciones democráticas que trae en su seno el régimen capitalista. Por el contrario, entendió que estas eran las condiciones que permitían el desarrollo de la lucha por la emancipación.

Construidas bajo la bandera de la libertad, las formas democráticas de la república representan para él un enorme avance respecto de las formas despóticas y autocráticas de la monarquía. Pero también es cierto que eso no lo lleva a dejar de lado el hecho de que esa libertad de la que se habla, esa igualdad jurídica que se enarbola ha prohiado una nueva esclavitud, la esclavitud asalariada.

Es esa condición contradictoria de la lucha política la que Marx expresó en diversos momentos en los movimientos revolucionarios que le tocó vivir y en las organizaciones de las que fue parte importante. La democracia fue, entonces, entendida como un campo de disputa de la hegemonía lograda por los capitalistas.

Desde entonces y hasta la fecha, la bandera de la libertad sigue siendo la llave que la clase dominante tiene para presentar sus

intereses particulares como intereses generales de la sociedad, hasta llegar al extremo de que, como señala Wendy Brown, a imagen y semejanza del “libre mercado” en plena época monopólica y de extraordinaria concentración del poder económico, hoy se haya acuñado la noción de “democracia de mercado” con una connotación positiva⁵⁰.

Mucho se han señalado los límites al ejercicio democrático de los países, particularmente los no centrales, que exige en nuestros días la imposición de políticas económicas, con su austeridad del gasto, privatizaciones de empresas estatales, contracción salarial, etc. que recetan organismos globales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Organización para el Comercio, entre otras.

A la par, hemos visto desplegarse una mentalidad mercantil que ha anulado la política al convertir lo mismo a las elecciones y sus candidatos, a los partidos y los trabajos legislativos o de los juzgados en mercancías, o más bien, en grandes mercados de mercancías que se compran y venden con enorme dinamismo. El modelo empresarial, en el que lo que importa es cuánto capital se posee, con sus inseparables valores de competencia y rentabilidad, impregna los ámbitos públicos; la educación en conjunto y la cultura; los servicios se privatizan y los recursos vitales, como el agua, son tratados como cualquier mercancía, afectando a muchas comunidades y pueblos y a amplios sectores de las ciudades.

Pese a las muchas transformaciones legales realizadas bajo esta lógica neoliberal, el marco normativo queda chico para poder satisfacer esos irrefrenables deseos de expansión y obtención de riqueza que están en los planes empresariales. Esta es una de las razones principales de que el periodo neoliberal se haya caracterizado por

50 Cf. GIORGIO AGAMBEN, Varios, *Democracia en suspenso*, (Madrid: Ed. Casus-Belli, 2010), p. 62.

desatar en todo el mundo la corrupción a gran escala y que se tenga el desarrollo de una economía criminal al alza.

8. Democracia y dominación en nuestros días

En estas circunstancias, el término democracia hoy en día dice muchas cosas con frecuencia contradictorias o, al menos, no compatibles. Se trata de algo discutido tanto que nos remitiremos solamente a un aspecto fundamental de ese nexo complejo con la dominación y que en nuestros tiempos se ha hecho evidente por la fuerza de la que hacen gala los grandes consorcios privados transnacionales, que la pone en riesgo permanentemente, o cada vez que sienten amenazados sus planes de expansión y extracción de excedente.

Es cierto que ahora es cada vez más visible que el gran límite que tiene la democracia es la propiedad privada. Sin duda, es el régimen de apropiación privada del excedente del trabajo asalariado el que impone un sentido utilitario y mercantil a las relaciones políticas. Pero, ¿porqué no ha sido siempre así?

Como bien subrayó Antonio Gramsci, el asunto corresponde a la relación de fuerzas, al estado en que estas se encuentran. Con eso queremos decir que existe una situación que permite que algunos de los intereses en juego en la sociedad prevalezcan y no otros.

El cambio ocurrido desde hace décadas conjuntó tres elementos de grandes dimensiones que permiten el despliegue de todo un nuevo esquema de acumulación y el despliegue cultural de un capitalismo senil. Por una parte, la crisis económica de los años setenta y la profunda ofensiva contra los sindicatos en el mundo entero; en segundo lugar, el desplome del mundo del “socialismo real” y, en tercero, la claudicación final de la socialdemocracia que adopta el programa neoliberal.

La conjunción de esos elementos, la nueva correlación en la sociedad, permitió la imposición expresa y visible de los intereses de

las grandes corporaciones económicas y un ataque sin precedente a los derechos de los trabajadores, conquistados en largos y dificultosos procesos. Ahora pasan a ser entendidos como privilegios que entorpecen la productividad de un país y la autonomía relativa del Estado aparece, ciertamente, mermada. Lo cual no significa que no la tenga, sino que no la requiere.

Dicho en otras palabras, la situación del campo de los trabajadores, la crisis de sus organizaciones, la ausencia de respuestas a grandes cuestiones sobre la transformación social, entre otras cosas, han permitido que en países como los de América Latina, el Estado haya menguado sus capacidades y quedado a merced de intereses privados.

Es eso lo característico de este periodo, de modo que ese siempre dificultoso paso de la sola dominación a su despliegue como hegemonía en el terreno político y estatal, ha quedado simplificado por la fuerza adquirida por el gran capital mundial.

Ahora bien, como toda situación esta encuentra ya dificultades crecientes para sostenerse. El modelo económico implementado estas últimas tres décadas, modelo extremadamente excluyente y polarizador, ha resultado, además, inestable. Los propósitos expresados por sus políticas económicas no han sido alcanzados: no hay crecimiento económico, ni se logra estabilidad macroeconómica. La salida de la gran crisis de 2008 mostró enormes debilidades y la amenaza de una gran recesión va en aumento, de acuerdo con los propios datos del Banco Mundial para el 2019.

Hace poco, un artículo de *Open democracy*, titulado “El capitalismo autoritario en los tiempos modernos: cuando la disciplina económica realmente significa disciplina política”, da cuenta de la dificultad que, sobre todo después de la tragedia griega de 2015, se les presenta a las izquierdas en todo el mundo. La dominación del capital financiero atropella la democracia liberal y esta, estoicamente, ve vaciarse su contenido real, para quedar sometida por la imposición de unas políticas de férrea austeridad y disciplina fiscal.

Al parecer el control de la economía por parte de los concentrados poderes mundiales requieren crecientemente de formas autoritarias en la política y se preguntan: “¿Cómo puede sobrevivir la democracia junto con la disciplina económica en el mundo de hoy?”

Hay aquí un vasto campo de reflexión que, al menos en las experiencias progresistas de nuestra región, se mostró también en toda su dificultad. Ciertamente, después de Grecia y los resultados de la heroica batalla del pueblo griego, las izquierdas quedaron mudas, al menos, en lo que se refiere a un proyecto de fondo que supere las formas neoliberales de desarrollo económico.

Lo cierto es que no es un asunto teórico, sino de la praxis política que se oriente a ese propósito. Las múltiples experiencias acumuladas en América Latina durante ya más de una década dan materia suficiente para la comprensión de la complejidad que nos plantea la transformación social, pero sobre todo preparan el terreno para los nuevos embates que permitan superar la dolorosa realidad que prevalece en la región. En esos momentos por venir, de los que México es ahora protagonista, la democracia permite mostrar esas limitantes que impone la dominación mundial del capital. No es poco.

Aquí los pueblos no pueden darse el lujo de menospreciar las formas abiertas de participación cuando la sombra de las dictaduras militares está, como podemos ver hoy en Brasil, pintada con tinta indeleble. Por lo mismo y a riesgo de parecer un acto de fe, es importante remarcar que el terreno seguirá siendo la lucha democrática. Es en ese terreno que se habrá de construir una fuerza contrahegemónica.

Los avances logrados en los últimos años en América Latina, se los debemos a procesos democráticos; los retrocesos y fracasos, en cambio, a las diversas formas en que fue violentada. Es este el espacio propicio de la acción y la organización de los que no quieren seguir siendo subalternos, no existe ahora otro.

LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y EL MARXISMO: ALGUNAS CLAVES DE LECTURA

*Nury García**

1. Introducción

En este ensayo no se hará una descripción ni una tipología de los nuevos movimientos sociales sino que se buscará dar algunas pistas de lectura marxiana sobre los desafíos emancipatorios que enfrentan en el sistema actual. Estos nuevos movimientos buscaron diferenciarse de sus predecesores respecto a diversos aspectos como: las maneras de hacer política, la organización interna, las banderas de lucha. Buscaron también tomar distancia del “marxismo tradicional” que los orientaba, y que asociaban al terror y la violencia revolucionaria, al colapso de los llamados “socialismos reales”, entre otros aspectos. En dicho proceso, Marx fue negado con los diversos marxismos, como si se tratase de un todo homogéneo que había quedado obsoleto.

* Socióloga por la PUCP, con Maestría en Filosofía política por la UARM y en Pensamiento Político Latinoamericano por la Universidad Juiz de Fora. Marxiana y educadora popular, miembro fundadora del Movimiento Sembrar y de Cañi-Quimit. Activista dedicada a la defensa de la comunalidad, la investigación y formación política. Correo de contacto: nurygac@gmail.com

Sin embargo, con el pasar del tiempo, y frente a un capitalismo más violento y destructor, Marx fue volviendo con renovadas y complementarias lecturas, que dejaban atrás los marxismos dogmáticos y eurocéntricos. Al respecto, en este ensayo, consideraremos algunas de las críticas que estos nuevos movimientos sociales hicieron al llamado “marxismo tradicional”. Sin pretender plantear que haya una auténtica tradición marxista, se buscará distinguir la corriente estalinista del “marxismo-leninismo” de otras corrientes marxistas que buscaron superar el dogmatismo de aquellos tiempos. Para ello, examinaremos lo que en ambos casos se ha planteado respecto a las nociones de movimiento social y de partido, para interpelarnos sobre el potencial de la relación entre ambos hacia el despliegue de un “movimiento en sentido histórico”; es decir, revolucionario. De manera complementaria, tendremos en cuenta los aportes de otra corriente de orientación marxiana, los teóricos del “valor” y del “valor de uso”. para revisar algunos aspectos que, tanto viejos como nuevos movimientos sociales, consideraron o dejaron de considerar respecto a sus estrategias contra y más allá del capital. Se buscará repensar sobre la noción de la emancipación del trabajo, el sujeto de la transformación, las contradicciones fundamentales del capital, y las alternativas que plantean frente a la crisis terminal de un capitalismo que podría terminar con toda posibilidad emancipatoria.

Para desarrollar lo planteado, en primer lugar, se hará una breve revisión del contexto que dio paso al surgimiento de los llamados nuevos movimientos sociales. En segundo lugar, trataremos sobre dos aspectos aparentemente ausentes en las obras de Marx, respecto a la noción de partido y movimiento social; pero cuya indagación marxiana sobre las luchas que históricamente se fueron dando, otorgan la posibilidad de hacer diferencias y vinculaciones entre “movimiento en sentido efímero” y “movimiento en “sentido histórico”. Para ello, se tendrá en cuenta los aportes que vienen de corriente marxianas contemporáneas, las que toman distancia del dogmatizado “marxismo-leninismo”, aclarando que ello no supone confrontar a Marx con Lenin ni dejar de lado a este último.

Como tercer y último punto, se abordarán aspectos de la propuesta marxiana que los viejos y los nuevos movimientos sociales han asumido o descartado como parte de sus estrategias de lucha contra y más allá del capital. Para ello, tendremos en cuenta los aportes del marxismo tradicional, que hace una crítica al capitalismo desde el punto de vista del trabajo y considera categorías como la plusvalía, el salario, la fuerza de trabajo, la propiedad privada. También tendremos en cuenta a los teóricos del valor¹ y del valor de uso², que plantean hacer una crítica al trabajo mismo y señalan algunas insuficiencias del marxismo tradicional. Entre las insuficiencias están el no haber abordado suficientemente categorías claves, como el “valor”, el fetichismo de la mercancía y el “valor de uso”. Categorías que permitirían comprender en mayor profundidad el porqué de la reproducción del capitalismo y por qué los movimientos sociales podrían ser funcionales a dicho sistema.

Es, sobre todo, desde esta última propuesta que plantearemos algunas pistas de lectura sobre los nuevos movimientos sociales, con el fin de problematizar y complementar, desde un plano diverso, las miradas sobre algunos desafíos frente al capitalismo. Se trata, también, de deliberar sobre las alternativas y posibilidades de resistencia, de proteger y expandir otros modos de vida, como los llamados “Alter-Natos” y la comunalidad. Lo planteado no es fácil; pero espero contribuya con las reflexiones que están llevando a cabo algunos movimientos sociales, como: el movimiento por la comunalidad³,

-
- 1 Robert Kurz, Anselm Jappe y Roswitha Scholzson son algunos de los teóricos del valor de Marx o la Wertkritik. Es una nueva corriente del marxismo que retoma las categorías centrales elaboradas por Marx con el objetivo de reconocer sus posibilidades y límites para la comprensión del capitalismo actual. Otro autor, pero no de dicha escuela, es Moishe Postone.
 - 2 Para este ensayo nos remitiremos al filósofo ecuatoriano Bolívar Echeverría.
 - 3 Comunidades, activistas, estudiantes de diversos partes del mundo, sobre todo de América Latina, comparten y consideran que, desde lo común, lo comunitario, la comunalidad, se piensa y se practican realidades de lucha frente al capitalismo y más allá de él.

los zapatistas en México⁴, el movimiento por la descolonialidad y la despatriarcalización del poder, por la autonomía y el autogobierno, los que resisten al extractivismo, lo que defienden los territorios, y otras formas de vida no capitalista, entre otros. Como ellas y ellos, ponemos a vuestra consideración estos aportes.

2. De los viejos a los nuevos movimientos sociales

Wallerstein⁵ refiere que entre mediados del siglo XIX había dos tipos de movimientos, los cuales eran histórica y analíticamente diferentes: los movimientos sociales y los movimientos nacionalistas. En los movimientos sociales estaban, sobre todo, las asociaciones, los sindicatos y los partidos socialistas. La lucha se centraba en la contradicción capital-trabajo y la explotación del proletariado por parte de la burguesía. En los segundos, estaban los movimientos de liberación nacional que buscaban la independencia de la relación colonial y la creación de un propio Estado nacional, como el caso de las colonias en Asia y África. A pesar de que ambos movimientos afirmaban compartir el objetivo del socialismo, que el sujeto primordial de cambio era la clase obrera, y que portaban similar herencia marxista, se daban mutuas oposiciones. Cada uno tendió a pensar que sus objetivos eran más importantes que las del otro⁶. Si se lograba alguna ocasional convergencia política, como el caso de los “fren-

4 El Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) considera que la lucha es en todos los campos, pero también ir más allá de dicho orden, el capitalismo, y desde ahora.

5 I. Wallerstein, “Revolución en el sistema-mundo, Tesis e interrogantes”. En: El juicio al sujeto. Un análisis global de los movimientos sociales. (México D.F.: Miguel Ángel Porrúa, 1990): 18-22.

6 Un caso de choque entre interés de clase y el interés nacional fue cuando se declaró la Primera Guerra Mundial. Los obreros franceses se unieron a los capitalistas de su país en un “frente nacional”; en vez de hacer causa común con los obreros alemanes para ir contra sus respectivas clases dominantes y sumarse a la huelga general contra la guerra.

tes populares”, se le consideraba tácticas puntuales y transitorias, no alianzas duraderas. Esta situación, de acuerdo con Arrighi⁷, continúa, en cierto sentido, hasta el momento presente.

Otro de los aspectos comunes de muchos de estos movimientos, fue la tendencia en adoptar la forma partido, como organización formal más estable y porque la estrategia que predominó fue la de tomar el poder del Estado, mediante dos etapas: primero controlar sus estructuras y luego hacer las transformaciones⁸. Lo que cambiaba era la táctica. Para los movimientos nacionalistas situados en las zonas más débiles y bajo poderes imperiales, la vía fue la insurrección. Para los movimientos donde ya había Estados poderosos y ricos, la vía fue la electoral.

Para Wallerstein⁹, hasta 1968 los movimientos tradicionales, como el obrero, campesino, y los movimientos políticos de diversas corrientes, estuvieron en auge y habían obtenido logros políticos considerables: Los partidos comunistas llegaron al poder en una serie de países de Europa oriental, China, Corea del Norte. Los partidos socialdemócratas hicieron lo mismo en Europa occidental, Norteamérica, Australia. Los movimientos de liberación nacional asumieron el poder en la mayoría de países liberados de la colonización, en Asia, el medio este, África y el Caribe. Respecto al Sur, se enfrentaba un periodo de acumulación por desposesión¹⁰, de reprivatización,

7 Arrighi, Hopkins y Wallerstein, *Movimientos antisistémicos*, (México D.F: Akal, 1999): 3.

8 Wallerstein, I, *Revolución en el sistema-mundo. Tesis e interrogantes*, En: *El juicio al sujeto. Un análisis global de los movimientos sociales*. México D.F.: Miguel Ángel Porrúa, 1990, pág. 180.

9 Wallerstein, I, 1968. *Revolución en el sistema-mundo. Tesis e interrogantes*. En: *El juicio al sujeto. Un análisis global de los movimientos sociales*. México D.F.: Miguel Ángel Porrúa, 1990, pág. 18-22.

10 La acumulación por desposesión es un concepto que el teórico marxista David Harvey acuñó para diferenciarla de la acumulación originaria (en que se implantó un método para convertir todo en mercancía, un nuevo sistema de mercantilización),

desindustrialización de la producción, y de financiación de las crisis. La miseria, el desempleo y la marginación creciente llevó a amplios sectores de la sociedad a una lucha por la subsistencia, y la defensa del territorio. El movimiento sindical fue importante referencia de otras organizaciones.

Algunos hitos de estos movimientos fueron la Revolución en Europa, en 1848, la Comuna de París, la Revolución Soviética, en 1917 y el socialismo real de 1968 hasta 1989. Fue un periodo en que desde 1945 hasta 1967, Estados Unidos había mantenido la hegemonía mundial y su influencia llegó desde México hasta Chile. Su apogeo se dio después de la II guerra mundial, mientras que Europa, Japón y la URSS, habían quedado deterioradas por el conflicto. Sin embargo, hacia fines de los años 60' su expansión capitalista comenzará a tener serias dificultades. En las cuatro décadas siguientes se darían sucesivas crisis con breves momentos de recuperación. Por otra parte, con la muerte de Stalin, caía el bloque soviético, sobre todo después de que Khrushchev, en 1956, denunciara los crímenes de dicho régimen ante el Vigésimo Congreso del Partido Comunista Ruso.

A partir de 1968 comenzaron a fortalecerse y surgir nuevos tipos de movimientos en diversas partes del mundo; como el de los estudiantes, las mujeres, por la lucha antirracista, la discriminación sexual, por la cultura, los derechos humanos, por la justicia, la defensa de la ecología y el medio ambiente, el movimiento contra la guerra, las propuestas de universidad crítica y abierta, de educación popular, las propuestas de contracultura, las teologías de la liberación. Éstos tuvieron raíces y efectos diferentes, pero su aparición en el mismo periodo se relaciona, en parte, por la guerra de Vietnam¹¹, la protesta

que desplazó al feudalismo. Ahora ya no se trata de implantar un nuevo sistema sino de mantenerlo. Desde 1970 los cambios neoliberales han tenido ese objetivo.

11 Arrighi, Hopkins y Wallerstein, *Movimientos antisistémicos*, 5.

contra la invasión norteamericana en el Sudeste asiático y su pretensión de obligar a la periferia a seguir dentro de su orden imperialista.

Estos nuevos movimientos no querían tener el lugar secundario en que los ubicaban los movimientos tradicionales; tampoco querían seguir postergando sus demandas hasta que se “haga la revolución” o se pase a una época presuntamente postrevolucionaria. Por su parte, los jóvenes que habían crecido en un mundo donde los movimientos tradicionales ya habían alcanzado la meta intermedia del poder estatal, y, por lo tanto, podían juzgarlos. Estando en el poder, no sólo no habían podido cumplir con su promesa de combatir al capitalismo y lograr una mejor calidad de vida, sino que ejercieron prácticas autoritarias y represivas. Además, se cuestionaron el “papel dirigente» del proletariado, el partido de “vanguardia” que supuestamente representaba los intereses de todos los oprimidos y explotados, bajo una visión reduccionista de lucha de clases, en que el resto de luchas eran consideradas inferiores. Esto no significaba dejar de reconocer los aportes que los movimientos tradicionales habían dado, y que se lograron bajo condiciones y peligros que enfrentaron contra el imperialismo y los regímenes dictatoriales. Pero, en definitiva, ya no fueron considerados como “parte de la solución” sino como un problema¹².

En 1989, con la caída del muro de Berlín y el fin de la experiencia socialista en la URSS y Europa del Este, el neoliberalismo avanzó con más fuerza; Sin embargo, los movimientos sociales resistían. Al mismo tiempo se fue produciendo la quiebra de muchas de las certidumbres teóricas de la izquierda occidental, como la cuestión de los partidos, los sindicatos, la lucha de clases, y las concepciones de los procesos de transformación social. Todo esto llevó a las ciencias sociales de las izquierdas europeas a acuñar el término de “movimientos sociales” para diferenciarlos de los movimientos tradicionales y

12 Wallerstein, “Revolución en el sistema-mundo”, 23-24.

las perspectivas teóricas que las orientaban, pero también, para no hablar de lucha de clases, Para explicarlos se produjo una amplia y variada elaboración de teorías, como la de Gunder Frank¹³, que definió a los nuevos movimientos sociales como un conjunto de experiencias y teorías en torno a determinadas ideas-fuerza, cuyo carácter de “movimiento” estaría relacionado al papel social de sus protagonistas, y a su “voluntad de transformación social”, de provocar, reproducir o impedir cambios sociales. Lo “nuevo” no se refiere a que sea actual, sino como expresión de contenidos sustancialmente diversos. Se trata, además, de movimientos diferentes por su origen y composición, por sus objetivos, formas de organización y repertorios de acción.

3. El “marxismo tradicional” y Marx: aclaraciones necesarias

Desde 1980 la distancia y crítica de parte de los nuevos movimientos sociales hacia los viejos movimientos, sobre todo al movimiento obrero y los partidos de izquierda, llevó también a cuestionar al “marxismo tradicional”. Éste se relacionaba con las atrocidades y el fracaso del socialismo real, cuyo intelectual responsable sería Marx. Se trata de una narrativa que no ha sido suficientemente esclarecida y que aún hasta ahora se retoma para estigmatizar, criminalizar a los movimientos y partidos de orientación marxista o que se declaren de izquierda o anticapitalistas. Como habíamos dicho en la introducción, respecto al “marxismo tradicional”, distinguiremos las propuestas del “marxismo-leninismo”, de otras corrientes marxistas que tomaron distancia de los dogmatismos que se justificaban

13 Gunder Frank, A. y Fuentes M, “Diez tesis sobre los movimientos sociales”. En: *El juicio al sujeto. Un análisis global de los movimientos sociales*, (México D.F.: Miguel Ángel Porrúa, 1990). Pág. 45-80.

en nombre de Marx¹⁴ para esclarecer hacia dónde iban las críticas de los nuevos movimientos sociales y qué es lo que podría ser recuperado por los nuevos movimientos sociales.

Un punto de partida es tener en cuenta que Marx escribió desde procesos históricos concretos, desde la experiencia de lucha de diversas organizaciones en las que participó y de las que fue tomando conocimiento. Marx ejerció una militancia comprometida, que lo llevaría a postergar y modificar parte de sus escritos, en la búsqueda de mayor comprensión de las condiciones de posibilidad de la emancipación humana. Como señala Horacio Tarcus¹⁵, Marx fue parte del grupo de intelectuales que se opusieron al régimen prusiano de Federico Guillermo IV, el cual estaba caracterizado por la represión, las persecuciones políticas, el control de las universidades y los medios de prensa.

La trayectoria de Marx en el movimiento social es amplia por lo que presentaremos apenas unas breves menciones: Entre 1844-1847, Marx y Engels formaron el *Comité de Correspondencia comunista* para relacionar a los socialistas alemanes con los franceses e ingleses. En Bruselas constituyeron la *Asociación de Obreros Alemanes*, y luego *La Sociedad de demócratas fraternos*, para apoyar al combatiente de diversos países. Además, será elegido vicepresidente de la *Asociación de demócratas de Bruselas*. Tarcus¹⁶ refiere que en 1846

14 Hay que tener en cuenta que las obras completas de Marx no fueron publicadas completamente. Algunas no tuvieron en cuenta las correcciones que el mismo Marx había hecho, otros escritos se perdieron, otros fueron concluidos por Engels (como el caso de los volúmenes II y III de *El capital* y que fueron publicados después de la muerte Marx, en 1885 y 1894, respectivamente); otras obras se publicaron de manera fragmentada. Respecto a las traducciones, estas variaban según se tratase del marxismo soviético, occidental, latinoamericano, entre otros. Además, aún hay cientos de escritos que el proyecto MEGA 2 espera traducir en inglés y alemán para mediados del siglo XXI.

15 Horacio Tarcus, *Antología Karl Marx*, (Buenos Aires: Siglo XXI, 2015): 10.

16 *Ibid.*, 24.

Marx creó en Bruselas el *Comité de Correspondencia Comunista*, que libró una batalla teórica con diversos comunismos y socialismos. En 1847 después de una invitación de *La Liga de los Justos* de Alemania, rebautizará tal asociación como *La Liga de los Comunistas*, y fundará su instrumento de propaganda, la *Gaceta Renana*. También será presidente de la *Asociación Obrera de Colonia*. De acuerdo a Concheiro¹⁷, esas agrupaciones serían expresiones del partido que Marx y Engels refieren en *El Manifiesto*. En estas organizaciones, Marx y Engels sentaban posición y disputaban sobre las estrategias a seguir. Entre las luchas internas que enfrentaron, propusieron la búsqueda de una estructura democrática, organizada de abajo hacia arriba e insistieron en que el comité central de *La Liga* rindiese cuentas al Congreso, su mayor instancia. También combatieron el sectarismo, en relación a la supuesta misión liberadora de algunos políticos e ideólogos. No podemos desarrollar más este aspecto, sólo decir que su labor intelectual y política revolucionaria fueron a la par. Es este Marx al que presentamos, “con voluntad de teoría, pero atento al acontecimiento”, no un “dios con visión ilimitada, inamovible e infalible”¹⁸.

Retomando la cuestión del “marxismo tradicional”, tengamos en cuenta que hasta 1960, fue identificado sobre todo con el “marxismo-leninismo”, una interpretación dominante en gran parte del marxismo del siglo XX. Su origen se dio tras la muerte de Lenin y como obra de Stalin. Con el triunfo de la Revolución Rusa de 1917, se vio conveniente expandir la idea de que tal hito se había debido a la correcta dirección y liderazgo excepcional de Lenin y al partido bolchevique, formado por individuos de temple especial. Se

17 Elvira Concheiro, *Reencuentro con Marx*, (México: UNAM-Colección debate y reflexión, 2011): 49-55.

18 Theodor Shanin. “El último Marx, dioses y artesanos”, en: *El Marx tardío y la vía rusa*, (Madrid: Editorial revolución, 1990): 56-58.

argumentaba, además, que ello es lo que habría faltado a la Comuna de París¹⁹. Para Stalin ese tipo de partido idealizado es el que debía controlar el aparato del Estado, para lograr las grandes transformaciones. Sin embargo, en los hechos, se trató de un Estado alejado del impulso revolucionario, con una estructura vertical y autoritaria, que primero estuvo dirigida por el partido y luego por una sola persona²⁰.

La referencia de Stalin fue, sobre todo, el *¿Qué hacer?* de Lenin, pero sin considerar el contexto de represión política en que se escribió, y que llevaba a las organizaciones a actuar clandestinamente. Casi no fueron considerados otros escritos de Lenin, como su texto titulado “Sobre la reorganización del partido”²¹, en que, bajo otros contextos y experiencias, como la revolución de 1905, sugería organizar un partido abierto y democrático. Tampoco se consideró una postura similar en Marx, respecto a que las características de una organización partidaria dependían de las circunstancias sociales y políticas y del movimiento social real. Esta última era la que debía orientar la acción revolucionaria y no cualquier programa venido de los dirigentes²².

Partido y movimiento social

En la perspectiva dominante de los viejos movimientos ligados al “marxismo tradicional”, el partido fue considerado el medio principal para la lucha social. El objetivo era conquistar el poder del Estado para luego hacer las transformaciones de fondo, y como el sujeto principal para dichas transformaciones era únicamente la clase obrera, sobre todo la obrera industrial, se planteaba entonces

19 Concheiro, *Reencuentro con Marx*, 26.

20 *Ibid.*, 24.

21 V. I. Lenin, *Obras completas*, Tomo X, (Madrid: Editores AKAL, 1976). Pág. 23-33.

22 *Ibid.*, 24-26.

la conformación de un gran partido obrero. En consecuencia, otros movimientos fueron consideradas inferiores, como los que buscaban mejoras de las condiciones de vida y de trabajo, cambiar la condición de la mujer, etcétera. Incluso los sindicatos fueron vistos así ya que buscaban reformar al capitalismo, no superarlo.

Lo que hay que tener en cuenta es que esa interpretación acerca del partido obrero se basa, sobre todo, en la lectura del *Manifiesto del partido comunista*; pero de manera descontextualizada e interpretado como una propuesta de modelo de partido que debía aplicarse en general. Herbert Marcuse aclara que para Marx el “partido”, es la autoorganización del proletariado, como una fuerza política independiente y no apéndice de alguna otra organización. Siguiendo a Concheiro²³, en un estudio sobre la temática, nos da una conclusión importante de José Aricó: para Marx la iniciativa de la acción espontánea ha necesitado de mediación organizativa para hacer efectiva su lucha revolucionaria. Sin embargo, subraya, no hay un sólo modelo de mediación, eso depende del contexto histórico y, por lo tanto, no pueden ser experiencias universalizables. Este planteamiento no era aceptado por la izquierda tradicional puesto que era considerado como un rechazo al “marxismo -leninismo”.

Por su parte, Rubel y Balibar²⁴, dirán que Marx consideraba, por un lado, al partido en sentido sociológico, como múltiples formas de organización y de acuerdo a las condiciones económicas y políticas, como lo fue el partido obrero. Por otro lado, consideraba al partido en sentido ético, el deber ser del partido comunista, como lo señala en *el Manifiesto*. Si bien hasta el momento se habla de partido, nos parece sugerente lo que Concheiro precisa respecto a Marx y Engels, que cuando reflexionaron acerca de las experiencias del movimiento obrero durante la revolución de 1848, concluyen que

23 Concheiro, *Reencuentro con Marx*, 29-30.

24 *Ibid.*, 33.

dicho acontecimiento ganó tal nombre sólo cuando la clase obrera entró en escena. Lo central es que Marx y Engels, harán notar que dicha irrupción de la clase obrera, no fue para cuestionar una u otra forma de gobierno, sino para cuestionar radicalmente al capitalismo como tal.²⁵ Un aspecto que Marx agregará es que, en dicha lucha, los obreros alemanes no habían logrado su independencia; es decir que aún no contaban con un propio partido por lo que se habían dejado dirigir por el partido de los demócratas pequeño burgueses.

En 1864, Marx será parte de quienes fundaron la *Asociación Internacional de los Trabajadores* (AIT). No se trataba de un partido político y estaba conformado por grupos de diverso tipo, cultural, político, sindical, y por individuos; los cuales mantenían su propia organización. Cuando la AIT planteó la emancipación del trabajo mediante la conquista del poder del Estado, Marx y Engels advirtieron que la asociación no había nacido por un plan predefinido por unos cuantos miembros, sino como respuesta a la necesidad que surgía de procesos de la lucha obrera. Por lo tanto, la AIT no podía reemplazar al movimiento, a la acción y la organización directa de los obreros que enfrentaban diversas esferas la lucha. En ese sentido, la liga de la tierra y el trabajo, las cooperativas de oficios, las sociedades de socorros mutuos, las cooperativas de consumo y producción, y toda organización obrera, eran medios para transformar la sociedad. Esto implicaba pluralidad teórica por lo que debían permitirse las corrientes, aunque debatieran fuertemente. Si era posible la unidad, era en función de una sola meta: combatir radicalmente al capitalismo²⁶.

En 1844, Marx, reflexiona sobre el levantamiento de los tejedores alemanes de Silesia²⁷, y encuentra que el movimiento no sólo

25 *Ibid.*, 89.

26 *Ibid.*, 90-92.

27 Marx dirá que es un movimiento que no sólo se dirige contra el patrón, el enemigo visible, sino contra el enemigo oculto. Ver en: Michel Löwy, *La teoría de la revolución del joven Marx*. Buenos Aires: Herramienta y El Colectivo, 2010.

iba contra el patrono, el enemigo visible, sino contra el banquero, el enemigo oculto. Es entonces que concibe “a la *praxis* como un nuevo movimiento humano total, revolucionario, es decir, práctico-teórico”²⁸, que modifique desde la raíz al orden social imperante. Para Marx, esa revolución en movimiento es la que derrumbará la sociedad anterior, y en ese sentido es una revolución social. Y como también derrocará el poder anterior, en ese sentido es una revolución política. Para ello será necesario lograr un amplio movimiento político que se proponga la revolución como inicio para los cambios de fondo de las relaciones sociales. De acuerdo a Concheiro, así es como Marx y Engels van bosquejando una noción de partido en un sentido histórico y general, en que “el comunismo no es un Estado nuevo al que se llegaría algún día, sino el movimiento tendiente a anular y superar el orden actual”²⁹. En este movimiento, la situación de opresión de una clase no se refiere a una opresión particular sino de la sociedad en su conjunto. Como refiere Concheiro, en su lectura de Marx y Engels, “no se trata de la presencia objetiva de un estamento social que en sí mismo sintetiza la superación de las condiciones de opresión, sino del movimiento que éste genera en ese sentido, a partir de determinadas condiciones”³⁰. Por lo tanto, no debe confundirse la condición social objetiva de los obreros con el movimiento que genera capacidad revolucionaria³¹; tampoco debe confundirse con el partido que busca encauzar dicho movimiento.

Por lo expuesto, podríamos decir que el movimiento de transformación social no está referido a la superación de una exclusión y opresión en particular, como podría ser la del trabajador asalariado; sino que se trataría de ampliar la noción de clase y proletariado y entenderla como exclusión total de la sociedad capitalista; es decir, como

28 Concheiro, *Reencuentro con Marx*, 195-196.

29 *Ibid.*, 207.

30 Ídem.

31 *Ibid.*, 207-208.

el conjunto de todas las exclusiones y opresiones que sostienen la producción y reproducción del sistema capitalista. Es por ello que Marx dirá que el movimiento obrero, como movimiento político, y como partido, no podrá limitarse a expresar sus intereses particulares, sino que deberá velar por los intereses generales de la sociedad, que no es lo mismo el atribuirse la representación o dirigencia de todas las luchas.

El movimiento en “sentido histórico” y el movimiento en “sentido efímero”

Concheiro señala que Lesio Basso sería el primero en indicar que Marx diferencia al “partido en sentido efímero”, y al “partido en sentido histórico”. Por lo que se expondrá a continuación, planteamos que es posible referirnos también en términos de “movimiento en sentido efímero” y “movimiento en sentido histórico”. Si retomamos el trayecto militante de Marx, veremos que algunos grupo que había fundado o ayudado a fundar, se fueron disolviendo con el tiempo. Cuando eso pasó con *La Liga comunista*, Marx dirá que se trataba de episodios en la historia del partido (y del movimiento) que nacen espontáneamente. El que sean “efímeros”, significa que son temporales, circunstanciales, según determinadas condiciones sociales y políticas, y de acuerdo a las cambiantes demandas del movimiento revolucionario. Por lo tanto, para Marx no era conveniente forzar la permanencia de formas de organización y de lucha, aunque no hubiera otras para su reemplazo³².

Lo que plantea Marx sobre lo “efímero” es algo que los movimientos sociales debieran considerar evaluar su razón de ser, de transformarse y hasta de desaparecer. Como el mismo Marx señala, lo “efímero” no supone que las organizaciones concretas no sean importantes, puesto que son o podrían ser una expresión cambiante del partido, y del movimiento en sentido histórico, entendido como

32 *Ibid.*, 224.

la actividad político-teórica, la crítica y la acción política coherente y consecuente del movimiento social real. En consecuencia, el movimiento en sentido histórico, se expresa en diversas formas de lucha, y acción política, en instrumentos organizativos también, como son los partidos, pero bajo la exigencia de su necesaria reformulación y el reconocimiento de otras posibles mediaciones. Este es un desafío para los movimientos sociales, el de revolucionar sus modelos de organización social y política, sus medios de transformación y no seguir bajo el mito de que salvo el partido todo es ilusión (nos referimos al estado centrismo y partido centrismo de algunos partidos que instrumentalizan al movimiento social para fines particulares, y por lo tanto excluyentes). Si bien, de ninguna manera se pretende satanizar, y menos negar, la importancia de los partidos políticos, y la mediación que siguen cumpliendo; se trata de indagar sobre qué otras formas de revolución social e instrumentos políticos están surgiendo o podrían surgir.

Una de estas otras formas de lucha fue la Comuna de París, que llevó a Marx a concluir que lo importante no es la actuación de determinada organización, lo importante fue que pudiera desplegarse una auténtica revolución; es decir: que el partido y el movimiento en “sentido histórico”, lograrán ser una y la misma cosa³³. Es este sentido, la Comuna de París, desde esa lectura marxiana, habría sido lo sustancialmente “nuevo” de un movimiento social. Aunque fuese breve, logró una ruptura, no sólo con las formas de organización colectiva, social y política; sino que también removió subjetividades respecto a un cambio civilizatorio radical, y respecto a la posibilidad de imaginar otras formas de organización y acción, que sean capaces de recoger y armonizar las diversas formas extra “políticas” de presencia de lo político anticapitalista en la sociedad actual³⁴.

33 *Ibid.*, 227.

34 B. Echeverría, *Vuelta de siglo*, (México: Editorial Era, 2006): 269.

4. **Contra y más allá del capital**

Para reconocer las posibilidades y límites de la lucha contra y más allá del capital, es necesario revisar nuestra comprensión de lo que es el capital y los capitalismo en el momento actual. Para ello, un retorno a Marx, es necesario, así como establecer diálogos con otros saberes y cosmovisiones. Para este acápite me basaré en los críticos del “valor”, como Anselm Jappe, a quien pude conocer gracias un encuentro del movimiento zapatista. A diferencia de otras lecturas sobre las obras de Marx, consideramos que un acercamiento a la crítica categorial de Marx sobre las bases fundamentales del capitalismo permite comprender con mayor profundidad frente a qué nos enfrentamos.

Las categorías como el “valor”, el trabajo abstracto, el fetichismo de la mercancía, el dinero, fueron poco consideradas tanto por los viejos como por los nuevos movimientos sociales de izquierda, y los diversos marxismos, a excepción de algunos. Una de las razones fue considerar que Marx caía en la pura abstracción, como si el plano lógico no tuviera un sentido práctico o sólo efectos en el pensamiento. Sin embargo, la crítica del “valor” tiene no sólo potencial para la comprensión de la sociedad capitalista en el momento actual, sino que posibilitaría mayor apertura entre los diversos movimientos sociales, sean o no anticapitalistas, para asumir una lucha común contra y más allá del capital.

Actualmente se expande la decepción y el desprestigio frente a los grupos sociales y partidos de izquierdas que han llegado al gobierno. El motivo es que no han podido cumplir con las expectativas de cambios más profundos y han mostrado incoherencias entre discursos, promesas y prácticas. En consecuencia, el progresismo gobernante se promociona como la única vía posible para reformar el capitalismo, no para abolirlo. Estas decepciones, a veces, se extienden y asociación a lo sucedido con el “socialismo real”, que en parte son miedos alimentados por la derecha para estigmatizar y aislar a las izquierdas. Sin embargo, así como el “socialismo real” no

significa que ya no hay alternativas de revolucionar la sociedad (en el sentido de cambiar el orden imperante desde sus raíces, desde sus causas), tampoco se puede hacer eco de quienes sostienen que sólo es posible aspirar a un capitalismo “más humano”; es decir, combatir el capitalismo con más capitalismo.

Como habíamos mencionado, el “marxismo tradicional” tenía como centro la contradicción capital-trabajo, en términos de lucha de clases. Superar el capitalismo implicaba el control político para intervenir en la regulación de la propiedad privada, y el modo de producción económico, de tal manera de lograr una justa distribución social. Desde esa perspectiva, la Unión Soviética fue considerada socialista; pero fue una experiencia que no tuvo buen fin. Su derrumbe significó el triunfo del capitalismo, pero para las izquierdas significó el fracaso y el vacío de alternativas emancipatorias. ¿Por qué, entonces, y ahora, no ha sido posible combatir al capital? Esta es una pregunta que tanto los viejos movimientos de orientación marxista, como algunos nuevos movimientos, se hacen; decimos que algunos porque, a diferencia de sus predecesores, no todos los nuevos movimientos consideran que se deba ir contra y más allá del capital.

Para responder en parte a dicha pregunta, consideramos que es necesario rever la experiencia de los socialismos reales³⁵, para darnos cuenta que hay cierta continuidad en algunos modos de abordar la lucha contra el capital. Al respecto, Postone³⁶ refiere que, para la tradición marxista, la base de la crítica al capitalismo, es el trabajo. Se trata de una interpretación transhistórica del trabajo en que el capitalismo configura relaciones sociales de dominación y explotación de clase. La tensión estructural fundamental se da entre la propiedad

35 También necesitamos rever aquellas experiencias que no se dejaron fagocitar por el capital y para lo cual se requiere complementar la lectura marxiana con las de la descolonialidad y despatriarcalización del poder, entre otros saberes.

36 Moishe Postone, *Tiempo, trabajo y dominación social*, (Barcelona: Marcial Pons Ediciones jurídicas y sociales S.A., 2006): 14-16.

privada y mercado, en oposición a las fuerzas productivas. Además, correspondía al proletariado, como clase universal, resolver dicha tensión al combatir con los capitalistas. Para Kurz³⁷, en principio hay que considerar que dicha lectura tiene como referencia al Marx “exotérico”, el activista político que escribía sobre el movimiento obrero de su época, centrado en la demanda de derechos civiles, por “un salario justo y una jornada justa de trabajo”. En esta perspectiva, el concepto de capital es entendido como un cúmulo de riqueza material que una clase quitaría a la otra. Por otro lado, la lectura del plusvalor como “plus-trabajo no remunerado” llevaba a plantear que el capitalismo consiste en que una clase de sujetos dominadores, hace trabajar, para su beneficio, a una clase de sujetos trabajadores. El objetivo, entonces, sería la de procurar una justa redistribución de la riqueza que produce el trabajador³⁸.

En su análisis sobre la caída de la URSS, Kurz llama la atención al precisar que no es como se tiende a afirmar, que tal derrumbe haya significado el triunfo del capitalismo occidental. Por el contrario, para Kurz, lo que ha mostrado el capitalismo ha sido una etapa de su derrumbe, el que continuará hasta su propia destrucción³⁹. Para entender esto, los teóricos del valor, retoman los análisis de Marx respecto al fetichismo de la mercancía y la forma “valor”; es decir, al llamado Marx “esotérico”⁴⁰, el que ha sido menos conocido. Se trata del descubridor del fetichismo social, el crítico radical del “trabajo abstracto”. Desde esta perspectiva, el capital ya no es algo que sería

37 Robert Kurz señala que en las obras de Marx hay dos formas de argumentación completamente diferentes: el Marx “exotérico”, y el Marx “esotérico”. Ambos expresan diversos momentos históricos: el de la modernización y el de su superación.

38 Robert Kurz, “Marx 2000. La importancia de una teoría dada por muerta para el siglo XXI”, *Constelaciones- Revista de Teoría Crítica*, Madrid, (2016/2017): 30-31.

39 Robert Kurz estuvo alertando, desde 1990, que la crisis que llevó a la bancarrota a los países del “socialismo real”, era expresión de una crisis del modo de producción de mercancías que después se desplazaría al corazón del sistema capitalista.

40 Kurz, “Marx 2000”, 30-31.

posible arrancar a las clases dominantes, sino una relación social de mercancías, del dinero totalizado, que termina funcionando como “sujeto autónomo”. Se trata de un proceso que no es posible superar a través de la lucha de clases, entendiendo que las clases están sujetas a la estructura social capitalista y en tanto no pueden separarse de ella, cumplen un rol, como parte de un sujeto portador que el sistema fetichista de valorización del “valor” necesita para asegurar la producción y el consumo. Para Marx, de acuerdo a Jappe⁴¹, se trataría de un “sujeto automático”, que es lo contrario de la autonomía y de la libertad; por ello, la superación del capitalismo implica emanciparse del sujeto que crea y no que triunfe. Esperamos que lo que se expondrá a continuación permita aclarar este punto.

En primer lugar, tengamos en cuenta que el Marx “exotérico” y el Marx “esotérico” se encuentran mezclados a lo largo de la evolución del pensamiento de Marx⁴², quien, de acuerdo al movimiento social real, hará modificaciones y agregados a sus escritos sobre el capital. Así, por ejemplo, a la luz de las experiencias de La Comuna de París, Marx romperá con la noción misma de teoría y modificará significativamente algunos de sus escritos, como el tema del “fetichismo de la mercancía”⁴³. Como refiere Dunayevskaya⁴⁴, cuando Marx replanteó alguno de sus análisis sobre la mercancía, pudo demostrar que la apariencia de esa forma de “valor” era un fetiche histórico del que no puede prescindir el capital. Sin embargo, continua Dunayevskaya, tal aporte había quedado oculto a los teóricos y activistas;

41 A. Jappe, Crédito a muerte, *La descomposición del capitalismo y sus críticos*, (La Rioja, España: Pepitas de calabaza, 2011): 33-35.

42 Kurz, *Marx 2000*, 28-45.

43 Después de la Comuna de París, de su manifiesto de la guerra civil en Francia, y como resultado de haber descubierto la forma común de los intereses de clase antagónicos en su carácter histórico y limitado, Marx hará una nueva lectura acerca del valor. Esto lo tratará en los *Grundrisse* y en una nueva edición de *El capital*.

44 Raya Dunayevskaya, *Filosofía y revolución, de Hegel a Sartre y de Marx a Mao*, (México: Siglo XXI editores, 2004): 87-96.

también había sido ignorado por el marxismo tradicional del movimiento obrero, que, junto con la economía oficial, lo consideraron “pura pedantería”⁴⁵. Pero, además, los teóricos estalinistas redujeron “el principio de historicidad” de dichos factores y plantearon que el intercambio de las mercancías se había dado entre las comunidades aún antes del capitalismo. Por lo tanto, dicho intercambio podría seguir dándose en el socialismo.

El trabajo capitalista y el trabajo humano en general

Postone⁴⁶, en su lectura de los Grundrisse, refiere que Marx caracteriza a la sociedad capitalista como la forma de no libertad en relación a una base: la “forma valor”. Ésta se refiere a una forma de riqueza históricamente específica del capitalismo, que es diferente a la riqueza material. Sin embargo, desde el marxismo tradicional, el “valor” fue abordado como una categoría transhistórica, que consideraba al trabajo humano en general como la fuente de riqueza en todas las sociedades; y que, en ese sentido, tiene carácter universal. Si embargo, Marx había hecho una distinción entre el trabajo capitalista y el trabajo humano en general, y advertía que éste último no podría realizarse plenamente en el capitalismo. Además, para Marx, superar el capitalismo implica superar el trabajo surgido de él⁴⁷.

Marx llegará a esta conclusión al realizar un análisis riguroso de la categoría mercancía. En el I tomo de *El Capital*, refiere que la riqueza de las sociedades, dominadas por el modo de producción capitalista, se presenta como una gran acumulación de ellas, a tal punto que la mercancía individual “aparece” como la base de esa riqueza. Lo central de este punto es que Marx irá más allá de cómo

45 Por ejemplo, Stalin ordenó que, en la enseñanza de *El capital*, se omitieran los capítulos donde Marx trataba del fetichismo de la mercancía.

46 Moishe Postone, “La teoría crítica del capitalismo”, *Revista Constelaciones*, Madrid, (2016/2017): 86-88.

47 *Ibid.*, 82-98.

aparece la mercancía, y buscará descubrir por qué es la forma celular, el núcleo central del producto del trabajo o la forma “valor”⁴⁸.

Marx, señala que la mercancía tiene dos dimensiones históricamente específicas: el valor de uso, relacionado al “trabajo concreto”, y el valor de cambio, relacionado al “trabajo abstracto”, pero que además la mercancía porta un valor en cuanto tal. Este último es un “valor” mercantil que no es pura ficción social, aunque no forma parte de las propiedades objetivas de una mercancía, no tiene existencia objetiva, no es medible, aunque tome la forma visible del dinero. Lo que el “valor” representa es el trabajo abstracto, en términos de gasto de energía humana indiferenciada para producir mercancías. Es decir, que para crear “valor” no basta con haber trabajado, sino que debe hacerse de una manera que reproduzca el capital con que se ha pagado el salario recibido y lo que queda como plusvalía.

El “trabajo concreto” se refiere a la actividad laboral en general, que ha mediado las interacciones de los seres humanos con la naturaleza en todas las sociedades. El “trabajo abstracto” no es una parte de dicha actividad, su función es la de mediar una nueva forma de interacción de la sociedad capitalista. Postone⁴⁹ indica que en el “trabajo abstracto” las personas no consumen lo que producen. Su propio trabajo, y lo que producen, son tratados como mercancía, son un medio para obtener los productos de otros. Los productores sólo cuentan en tanto “trabajo abstracto”, como puro gasto de tiempo de trabajo socialmente necesario, sin consideración de la forma específica y real de cada trabajador para elaborar un producto. Así es posible, por ejemplo, que una artesana que empeña cinco horas para tejer una chalina y un carpintero que emplea cinco horas para fa-

48 Debe quedar claro que la mercancía no se refiere a los productos que pueden existir en muchas sociedades, sino que es una forma social e históricamente específica, entendida dentro del capitalismo. Al ser su núcleo, delimita las prácticas sociales, las visiones del mundo y las disposiciones de las personas en dicha sociedad.

49 Postone, “La teoría crítica”, 89-96.

bricar una silla, encuentren que, en el mercado, por la “valorización del valor” su trabajo equivalga sólo a una hora de trabajo abstracto o trabajo social⁵⁰.

En estos cálculos no importa si la artesana o el carpintero han trabajado una jornada completa o más; no hay reconocimiento alguno de su trabajo concreto, no importa si con ese pago se puede sobrevivir. El “valor” no tiene en cuenta el aspecto social de una cosa o de un trabajo, no tiene en cuenta su valor de uso, ni individual ni colectivo. Lo social se refiere a que, por ejemplo, no importa si se fabrica una bomba o una medicina contra el cáncer, lo que importa es que, de ganancia, que produzca más valor. Como señalan Kurz y Jappe⁵¹, se trata de un criterio cuantitativo de lo social que es indiferente a las necesidades de los productores y de los consumidores, sólo responde a las necesidades del capital. Es por ello que la relación social capitalista está privada de todo contenido concreto, el vínculo social se vuelve abstracto y aparece como relaciones sociales de mercancía. El problema, para los teóricos del valor, es que esta forma histórica de dominación social no puede ser adecuadamente captada en términos de dominación de clase, o, en términos de dominación concreta, particular, de las agrupaciones sociales y de las instituciones del Estado y la economía. Este aspecto lo abordaremos más adelante.

Lo que, en definitiva, hay que poner en cuestión es que el trabajo capitalista no es libre ni social, y está muy lejos de dignificar a las personas. Sin embargo, el marxismo tradicional había confundido este trabajo con la actividad productiva en general (es posible que muchos de los movimientos actuales también). Esto implica revisar, por un lado, lo que se ha criticado al movimiento obrero tradicional

50 Para el capitalismo, el trabajo es “social” de acuerdo al capitalismo, en tanto esté vacío de toda determinación social y ética.

51 Kurz, “Marx 2000”, 30-31.

respecto a su búsqueda de una justa distribución del dinero, es decir del “valor”. Al respecto, Andrea Galvao⁵², en una sistematización sobre marxismo y movimientos sociales, refiere que, en *Miseria de la filosofía*, Marx plantea que la asociación de trabajadores para la defensa de su salario tiene carácter político; que el carácter inmediato de las reivindicaciones no las hace menos importantes y no les impedirá vincularse con objetivos más amplios. Al mismo tiempo Marx advertía que los sindicatos no deben olvidar que luchan por los efectos y no contra las causas de esos efectos. De lo contrario se estarían quedando sólo en paliativos, pero no curando la enfermedad. Por ello, la clase trabajadora no debe olvidar que el objetivo de la emancipación definitiva es abolir el sistema del trabajo asalariado. Por lo tanto, en algún momento habrá que luchar no sólo por la disminución del valor sino por erradicarlo.

El sujeto de la transformación y la contradicción fundamental del capital

Es importante la aclaración de Jappe⁵³ respecto a que en el análisis que hace Marx de la forma “valor”, aún no se hace referencia al capital, el salario, la fuerza de trabajo o a la propiedad de los medios de producción, aunque implícitamente suponga su existencia. Se trata de un análisis en el plano lógico, de las categorías críticas de la mercancía, trabajo abstracto, “valor” y dinero. En este nivel, Marx no aborda los fenómenos visibles, las clases y sus conflictos, sus acciones, tal como podríamos verlo en la vida diaria. Todo ello son consecuencias de lo que está oculto: la lógica del “valor”, una sociedad fetichizada, dominada por abstracciones reales y anónimas, por la inversión entre lo concreto y lo abstracto, entre el sujeto y el

52 A. Galvao et al., *Capitalismo: Crises e resistencias*, (Sao Paulo: Outras Expressões, 2012): 240-243.

53 Anselm Jappe, *Las aventuras de la mercancía*, (La Rioja, España: Pepitas de calabaza, 2016): 86-88.

objeto. Si bien, en el concepto de plusvalía está incluido la existencia del capital y del trabajo asalariado, la clase de los capitalistas y de los obreros; el asunto es que como la plusvalía es producto del fetichismo, el “valor” la enmascara. Por lo tanto, la crítica de la plusvalía tiene sentido como crítica del “valor”, lo que significa que no sería posible abolir la producción de la plusvalía sin abolir la producción de “valor”.

Por lo expuesto, y desde el punto de vista lógico, la contradicción⁵⁴ fundamental es entre el “valor” y la vida social concreta. Es el “valor” el que lleva a la creación de las clases; es decir, que las clases no crean a la sociedad capitalista, sino que son creadas por ella. En ese sentido las clases sociales no son los actores, sino los ejecutores de la lógica del capital. Para Jappe⁵⁵, el marxismo tradicional ha invertido esta relación y entonces sostiene que la esencia del capitalismo es la explotación de una clase por otra. Con esto no se desconoce que haya clases sociales sino precisar que el capitalista es sólo capital personificado y el trabajador es sólo trabajo personificado y que, efectivamente, lo que aparece es la dominación de los capitalistas sobre los trabajadores, pero lo que hay “detrás” es la dominación de la mercancía sobre los seres humanos, del trabajo muerto sobre el trabajo vivo, del producto sobre los productores. Por lo tanto, el capitalismo es más que un conjunto de relaciones personales de dominación. Se trata, dirá Jappe⁵⁶, de relaciones mercantiles que es-

54 Tenemos en cuenta que para David Harvey el capital presenta diecisiete contradicciones. En lo que se expondrá iremos viendo cómo se muestran entrelazadas varias de ellas, de tal modo que no es posible modificar o abolir alguna sin modificar sustancialmente o abolir las otras. Por ello, una alternativa anticapitalista tendría que producir transformaciones simultáneas en muchos frentes. La afectación que se pueda provocar en algún aspecto, a veces se compensa por fuertes resistencias en otros puntos, de forma que evita crisis generales. Ver: David Harvey, *Diecisiete contradicciones del capital y el fin del neoliberalismo*, (Madrid: Traficantes de sueños, 2014). Pág. 27-272.

55 Jappe, *Las aventuras de la mercancía*, 75-80.

56 Jappe, *Crédito a muerte*, 38.

tán en todos los ámbitos de la vida, de una sociedad fundada en la competencia generalizada, y donde el dinero es la mediación universal. Se trata también de la incapacidad de encontrar, por ejemplos, los recursos necesarios para una vida diversa, la imposibilidad de imaginar una vida sin el trabajo y consumo capitalista porque no se ha conocido jamás algo diferente.

Jappe⁵⁷ sostendrá, que, desde este plano lógico, no ayuda la explicación de que el funcionamiento estructural del capitalismo se debe a la maldad o avaricia del capitalista, o que se debería a la estrategia consciente de los capitalistas, en el sentido de que serían capaces de controlar hasta las contradicciones internas del capital. Para Marx, los capitalistas son sólo “suboficiales del capital” y cumplen bien su función. No se está diciendo que sean víctimas o inocentes, ni se trata de protegerlos o que queden en la impunidad. Sin duda, hay que seguir luchando contra su explotación y los privilegios que buscan mantener a toda costa. Y hay que complementar la lucha para ir más allá de una vida “valorada”, vendida e hipotecada según las leyes del mercado capitalista para ser aceptados por el mercado, para ser “incluidos”, integrados en la sociedad.

Respecto a la búsqueda de los oprimidos de ser integrados a la sociedad, Jappe⁵⁸ señala que el movimiento obrero había conseguido algunos logros, como el derecho al voto, ser propietario y vender su mercancía a un mejor precio. Así, de algún modo se habían “integrado” en la sociedad capitalista, pero sin cuestionar la necesidad de acumular más trabajo y de crear más “valor”. Su preocupación fue garantizar una distribución diferente de los frutos del trabajo. Sin embargo, de este modo, en lugar de salir del capitalismo, los obreros lo reforzaron puesto que sus objetivos quedaban enmarcados en el

57 *Ibid.*, 75-80.

58 Jappe, *Las aventuras de la mercancía*, 89-94.

modo de producción capitalista, incluida su propuesta de democratización y ciudadanía.

La fetichización de las relaciones sociales afecta al ser humano, ya que sus dimensiones de vida tienden a ser gobernados por la valorización del “valor”, hasta el punto que todo tiene precio, que sin dinero no se podría sobrevivir. La consigna que predomina es “más trabajo y más consumo”, para satisfacer las necesidades del capital. Por ello, es difícil el reto que se plantea y valdría la pena debatirlo: la transformación del trabajo en “valor” es la contradicción fundamental en el capitalismo. En consecuencia, hay que abolirlo. Esto implica derribar el mito de que el trabajo, incluso bajo condiciones capitalistas, es siempre un trabajo necesario, que es “bueno” y que la solución sería regularlo de otra manera. Esto es parte de los mandatos del sistema, que siguen generaciones tras generaciones, que han ido interiorizando una concepción de vida que no sólo los ricos reproducen. Esto no se combate expulsando a determinado servidor, o grupos de servidores, del capital de su puesto de mando y de poder, en alguna entidad privada o pública, ya que habrá otros que estarán dispuestos a reemplazarlos. En este sentido se advierte del riesgo de personalizar. La forma sujeto del capitalismo se impone a ellos como a los excluidos, son parte de una misma cadena.

Hay la tarea de abolir mitos, pero no basta con decir “hay que abolir el trabajo capitalista”. Esto de por sí es sumamente difícil de digerir, y por ello también hay soluciones-mito como el de regularlo y distribuir mejor las ganancias. Hay que tener cuidado con otras alternativas, como las de adoptar la forma cooperativa, donde los trabajadores produjesen “sin patrón”, pero bajo las reglas de la competencia y de la rentabilidad; o adoptar la forma de un partido-estado, que supuestamente representaría la lucha de todos los trabajadores. Estas serían supuestamente algunas verdaderas diferencias entre socialismo y capitalismo. Sin embargo, estamos de acuerdo con lo que advierten los críticos del valor, de que por esta lógica en la Unión Soviética el trabajo abstracto, la mercancía y el valor

permanecieron intocables⁵⁹. Es algo que sucede también ahora no sólo con los llamados gobiernos progresistas.

La crisis del capitalismo y la tarea de acelerar su derrumbe

Si bien en 1990' el capitalismo se caracterizó por un aparente fortalecimiento, con la euforia de las bolsas, el neoliberalismo reinando en diversos países del mundo, el auge del pensamiento post-moderno, la situación fue cambiando desde el año 2,000 hasta llegar a la crisis del 2008⁶⁰. Para Kurz y Jappe se trata de una crisis terminal interna, que no se sabe cuándo tendrá su fin, pero es un proceso gradual e irreversible en que el capitalismo irá perdiendo “valor”, ganancia. El argumento es que sólo el trabajo vivo puede crear el “valor”, pero el capitalismo tiende a remplazarlo por máquinas, para poder competir en el mercado. Por consiguiente, al sustituir o disminuir el trabajo humano, disminuirá el “valor” de cada mercancía. Para compensar tal desequilibrio, se aumenta la producción de mercancías, y se crean más necesidades y demandas de consumo, no importando

59 Cuando en 1943 los rusos descubrieron el sistema americano de producción del trabajo en cadena, lo consideraron como posibilidad de progreso. La Unión Soviética se había propuesto pasar por la fase del desarrollo industrial, con el objetivo de contribuir con la caída del capitalismo y llegar a ser un moderno Estado socialista. Para ello la población rusa tendría que trabajar y ajustarse económicamente más. Sin embargo, no lograron el nivel de productividad respecto a occidente, y no pudieron disputar mercantilmente, como lo habían planeado. A pesar de que Rusia protegía su producción para resistir a la competencia, la entrada al mercado globalizado fue una gran limitante para mantener su industria local. Debido a ello, Rusia fue forzado al rol de proveedor de materias primas, como el gas natural y el petróleo, a bajo precio; a cambio de productos exportados y de alto precio.

60 En el 2008 se dio una crisis mundial capitalista que afectó los centros económicos mundiales en las esferas financieras, energética, alimentaria, medio ambiental, cultural, de gobernabilidad e ideología. Las causas inmediatas tienen que ver con las hipotecas de alto riesgo de EE.UU., préstamos de dinero a quienes estaban en condiciones de pobreza, sin empleo fijo, a morosos de deudas previas. Los precios de las viviendas subieron y se creyó que de no pagar las hipotecas podrían expropiarlas y venderlas a una mayor cantidad, pero no fue así. Parte de la explicación es la que señalan los críticos del valor: el capitalismo depende cada vez más del crédito.

la contaminación, el daño a la naturaleza y otras consecuencias destructivas. Sin embargo, hay limitaciones, como los bienes naturales, la capacidad de consumo y, sobre todo, las contradicciones internas del capital: desecha trabajo vivo, pero depende de él porque es el que crea el “valor”; y porque necesita a una masa de consumidores.

Los teóricos del valor, sostienen que parte de la crisis es porque el capitalismo ya no puede instaurar un nuevo modelo de acumulación, así que debe buscar mantener el que tiene. Por ello, su objetivo en el momento actual es evitar la quiebra, y aparentar rentabilidad⁶¹. Sin embargo, hace más de cuarenta años se prometió un nuevo ciclo de crecimiento, pero lo que han logrado es incrementar los mercados financieros. Esto es debido a que cuando la producción de “valor” y de plusvalía se estancan, la vía salvadora de la crisis es el crédito; es el financiamiento de la deuda lo que permite a los propietarios del capital obtener beneficios por adelantado, de acuerdo a lo que ganarán en el futuro. Sin embargo, esta vía no podrá sustentarse siempre.

A partir de 1980, el neoliberalismo fue la manera de prolongar la vida del sistema capitalista. La ilusión de prosperidad que muchas empresas e individuos lograron por un tiempo largo se debió al crédito. Sin embargo, dicha situación no logró sostenerse debido a que no hay suficiente dinero real, que provenga como resultado de una producción. Es asombroso que no haya dinero ni para los Estados, que siguen endeudándose con préstamos condicionados por entidades capitalistas. Lo que hay es dinero creado por decreto y especulación, es capital ficticio, como las “burbujas” financieras⁶². El riesgo es que cuando se reclama el pago real de las deudas, las “burbujas” tienden a explotar con una serie de quiebras en cadena porque la acumu-

61 Jappe, *Crédito a muerte*, pág. 112-114.

62 Las “burbujas financieras” consisten en un aumento excesivo del precio de un bien, hasta que se produce una fuerte caída, en que “estalla” la burbuja, llevando al quiebre de empresas y a crisis económicas.

lación real está interrumpida. Sólo una pequeña cantidad de liquidez es emitida directamente por los Estados; el resto son acciones, valores inmobiliarios, “dinero electrónico”, etc., lo que de acuerdo a Jappe, hace que este proceso sea totalmente incontrolable⁶³.

El capital ficticio, actualmente, es un elemento indispensable en las finanzas de las empresas, estatales o privadas. La deuda de los países del Sur es parte de ello; es decir, que no sólo se gasta por adelantado los ingresos del Estado, sino de toda la sociedad. A la deuda se suma el despojo de los territorios, y el tratamiento de los bienes naturales sólo con fines mercantiles. Sobre éstas y otras consecuencias, los diversos movimientos protestan y luchan, como Occupy Wall Street, los pueblos indígenas, entre otros, aunque parece que no se puede contrarrestar el daño y desastres en curso.

Respecto a la plusvalía, los críticos del valor, señalan que la necesidad de crearla sigue existiendo estructuralmente en el capitalismo; sin embargo, se irá expresando menos en la explotación. En el momento actual la explotación sigue de manera brutal, y sin los movimientos sociales, la situación sería delicada, es una lucha que hay que seguir dando. Lo que se trata, además, es de alertar respecto a lo que podría venir más adelante, en que el problema principal será la expulsión de los considerados prescindibles para el capital. Es posible constatar que está creciendo la población desempleada, que “no vale”, “no produce” ni cumple la función de consumidor, de acuerdo al capital. Esto es algo que están advirtiendo, por ejemplo, los movimientos de los desempleados, y el Movimiento Sin Tierra de Brasil. Es algo que las teologías de la liberación denunciaban desde los 60’: hay personas y pueblos considerados “insignificantes”, prescindibles.

63 Jappe, *Crédito a muerte*, pág. 114-118.

Jappe sostiene que el capitalismo, al buscar mantenerse y en la necesidad de competir, a la larga el mayor daño que hará ya no será la explotación del proletariado porque este grupo irá reduciéndose, en el sentido de que irá disminuyendo el trabajo que produce “valor”. El mayor daño será el incremento de tierras baldías y de seres humanos desechables. Como hemos visto, la contradicción del capital es que necesita del trabajo productivo, el que crea “valor”; pero al mismo tiempo lo va perdiendo. El trabajo productivo capitalista no puede ser reemplazado ni compensado por los trabajos que no crean valor para el capitalismo; como los servicios de limpieza de oficinas, la contabilidad, etcétera. Para el capitalismo eso es considerado gasto extra, no ganancia en tanto creación de “valor”. También hay otros trabajos “no productivos” que los capitalistas no asumen, aunque les beneficie. Son los trabajos que lleva el Estado, como la construcción de carreteras, la educación de los trabajadores, el transporte. La transformación del trabajo en “valor”, no podría darse si no se complementara con estos trabajos. Respecto a las actividades reproductivas de la fuerza de trabajo, usualmente realizado por mujeres⁶⁴, como por ejemplo, el cuidado de la casa, de los hijos, de los ancianos en el hogar, tampoco son trabajo productivo para el capitalismo, en el sentido de que no generan “valor”. Mucho menos es el caso de los desempleados, los ancianos sin jubilación o no, los enfermos. No es casual que en el imaginario social sean considerados como “una carga” y como una categoría social inferior.

Cada situación presentada, sin embargo, ha ido siendo contestado por los movimientos sociales. El capitalismo no va a volver a los gloriosos años de auge, pero tampoco su crisis lo llevará a una

64 Concordamos con Roswitha Scholzson, que es necesario superar la definición marxista tradicional y androcéntrica del capitalismo. Para ella, el valor, como forma capitalista de la riqueza, no es algo asexuado, por lo que hay que reconceptualizar el capitalismo como el “patriarcado productor de mercancías”. Además, sostiene que el “valor” se encuentra en el origen de la asignación de menor valor económico y social a las actividades feminizadas.

desaparición. Kurz y Jappe señalan que, además, si el capitalismo ha entrado en una crisis gradual hasta su destrucción, ello no es el resultado de la lucha de sus adversarios sino por las contradicciones internas del capitalismo⁶⁵. Es decir, que no depende de la voluntad de los actores. La explicación, en parte, es que se ha llegado a un punto en que el endeudamiento sólo se cubre con más endeudamiento y con otras vías destructivas de compensación, como la creación de guerras para la venta de armas, la exacerbación del extractivismo criminal, entre otros ejemplos de barbarie.

¿Que el capitalismo vaya hacia su derrumbe por sus contradicciones internas, significa que no queda más que cruzarnos de manos o pensar que la lucha de los movimientos sociales es en vano?. Por supuesto que no; por el contrario, la consigna no es creer en determinismos, y esperar a que las cosas pasen por sí solas. En ese sentido, concordamos con Jappe, podemos acelerar el ritmo y el modo de dicho derrumbe. Cómo hacerlo es uno de las tareas de nuestro tiempo.

Lo comunitario y el “Alter-Natos”

Como habíamos visto en el análisis de Marx sobre la mercancía, el “valor de cambio” relacionado al trabajo abstracto, se impone sobre el trabajo concreto o “valor de uso”. Cuando esto sucede, se reduce al trabajo vivo sólo a un rol de productor de “valor”. Esto puede ser leído como un despojo al ser humano de la *praxis* y de un factor vital, que es lo comunitario. Para tratar al respecto, el filósofo ecuatoriano Bolívar Echeverría⁶⁶, hace una relectura del

65 István Mészáros, desde el final de los años 60, fue sistemáticamente develando la crisis que entonces comenzaba a asomar al sistema global del capital: alertaba que las rebeliones de 1968, así como la caída de la tasa de ganancia y el inicio de la monumental reestructuración productiva del capital, que se manifestaba en 1973, eran solo la continuidad de una crisis que no tendría fin.

66 El filósofo ecuatoriano Bolívar Echeverría es reconocido por ser quien más aportó en la teorización del valor de uso, en relación con una crítica civilizatoria, que es la crítica a la modernidad capitalista.

“valor de uso”, una categoría fundamental en la crítica de Marx a la economía política, que encubre la necesidad del capital de destruir la comunalidad⁶⁷. En nuestra opinión, así como nos damos cuenta de que el capital, para existir, reduce la actividad humana creativa a un trabajo enajenado; el capital requiere también que la comunalidad sea reducida a relaciones mercantilizadas. Sin embargo, como lo muestra Echeverría, el capitalismo no ha podido fagocitarla completamente.

En los *Grundrisse* Marx dirá que el dinero, expresión del “valor”, ha terminado por ser la comunidad real, y no puede soportar otra superior a él. Así como el trabajo se reduce al trabajo abstracto; la comunidad ha sido reducida a sólo abstracción, individuos libres e iguales bajo la ley. Sin esas dos condiciones el capital no podría reproducirse. La consecuencia ha sido un proceso largo de colonización y destrucción de lo comunitario, que implica que los pueblos y las comunidades ya no puedan regular sus asuntos de acuerdo a sus propias visiones del mundo y a sus necesidades, no las del capital. La destrucción se ha logrado porque se ha afectado el vínculo social de sus miembros, que han perdido la base de sus relaciones personales y concretas, la proximidad del cara a cara. Y lo que se ha impuesto han sido relaciones capitalistas fetichizadas, entre individuos-cosas que están abstractamente aislados, reducidos a ser productores de “valor” y consumidores de mercancías; sin que medie la actividad social consciente. En estas relaciones cosificadas, los individuos han delegado su poder colectivo a un metal, al dinero.

67 El término “comunalidad” no tiene una definición única y no hay consenso. No se trata de una propuesta ideal de vida armónica, sino de tentativas emancipatorias en medio de antagonismos que las ponen en peligro y niegan su existencia. La comunalidad es en sí mismo movimiento, el comunizar las relaciones, donde el mercado capitalista no sea el motor de las relaciones sociales.

Sin embargo, la destrucción de la comunidad no ha sido total. Echeverría⁶⁸ sostiene que si otros modos de vida, y hasta la modernidad misma, no han sido secuestradas totalmente por el capitalismo, y pueden desplegar sus posibilidades emancipatorias, es justamente por el “valor de uso” en sus múltiples manifestaciones. El argumento es que la “forma valor” no destruye lo esencial del proceso de reproducción social en general, entendido como la forma social concreta del trabajo humano, no del trabajo capitalista. El problema es que esta subordinación no es fácil de reconocer en la inmediatez de la vida cotidiana; sin embargo, está allí, pervive en tanto capacidad de reproducción de otro tipo de relaciones sociales, de satisfacer necesidades de otra índole, no las dictadas por el mercado.

Echeverría no está hablando de algo idílico, se remite a lo que fue vivido como formas de socialidad diversa al capitalismo, formas concretas de vida que han ido resistiendo al capitalismo hasta hoy. Se trata de otros modos de relación entre los individuos y grupos; con la naturaleza, con otros seres vivientes; con sus propias instituciones jurídicas, formas de gobierno; formas de integrar el goce, la fiesta, lazos comunitarios, los saberes acumulados y todo lo que no podría ser “valorado” por el capitalismo. Pero no es sólo la lucha por mantener lo que ha quedado sino recuperar y recrear. Este es el sentido que tiene el “ir más allá del capital”.

Lo significativo de esta propuesta es que no se plantea que primero deba morir el capital para recién construir una sociedad nueva. Sin embargo, se aclara que esto no supone aceptar convivir con el capitalismo. Los movimientos con horizonte capitalista lo debieran tener claro: no hay ni habrá un capitalismo amigable, más responsable, ni democrático o ecológico. Las relaciones sociales no capitalistas y la comunalidad estarán siempre en peligro de muerte, puesto que el

68 Bolívar Echeverría, *Valor de uso y utopía*, (México, D.F.: Siglo XXI editores, 1998): 29-31.

capitalismo no da tregua. Frente a ello, la comunalidad, es una concreción del “Alter-Natos”⁶⁹, como bien plantea Gustavo Castro, en relación a “los movimientos que se lanzan a la búsqueda de respuestas a la necesidad, no sólo de resistir activamente frente al avance de la depredación y la acumulación incesante del sistema capitalista, sino a la construcción de otras formas de vida anti sistémicas o no capitalistas”⁷⁰. “Alter”, porque no se trata de elegir otro modo hegemónico de vida que se imponga y domine; y “Natos”, se entiende como los otros modos de vida que nacen de adentro hacia afuera, diversamente unidos.

De acuerdo a Bolívar Echeverría, imaginar otras formas de vida, no supone volver al trueque o intercambio directo de productos, o pensar que es malo tener dinero, comprar y vender cosas. Tampoco se trata de idealizar y creer que hay alguna comunidad perfecta, donde no habría desigualdad ni contradicciones. Se trata de abordar críticamente qué es lo que no está resultando ni bastando en la lucha anticapitalista de hoy. Pensar, por ejemplo, en los considerados “improductivos” por el sistema, como son las mujeres en ciertos ámbitos, los desempleados, los sin tierra, sin techo, los jubilados, enfermos y con alguna discapacidad, los ancianos, los locos, las niñas y los niños. Pensar en qué hacer con los bienes comunes y de la naturaleza que el sistema prohíbe si no se usa de acuerdo a la valorización del “valor”. El problema es que pareciera que faltan referencias de experiencias concretas, que vayan más allá de lo local, que sean modelos universalizables, de lo contrario no se los lee en clave emancipatoria⁷¹.

69 Para diferenciar este entendimiento de lo “alternativo” que significa moverse hacia un aparente cambio, pero sin que las cuestiones de fondo cambien, es que usamos la noción Alter-Natos.

70 Gustavo Castro, *¿Qué significa hoy ser antisistémico?*, (México: Colección Alter-Natos. N.1- Otros mundos A.C., 2008). Pág. 29.

71 N. García, “El valor de uso y nuestras resistencias al capitalismo”, *Caos y Polis*, Año 1, N° 1, Lima, (2018): 15-20.

Un ejemplo de construcción de comunalidad es lo que están viviendo los zapatistas, quienes se definen sin ninguna duda como anticapitalista. Su proceso de resistencia, se entiende no en el sentido de aguantar al capitalismo sino mantener y ampliar aquello que el capitalismo no ha podido eliminar, son en ese sentido, un “Alter-Natos”. De lo contrario, no sería posible construir otra realidad colectiva, no sometida al valor valorizante del capital. Los zapatistas, desde hace más de 20 años, intentan la autonomía y el autogobierno en materia de educación, salud y justicia, así como la conformación de instancias de gobierno fuera de las instituciones oficiales del estado mexicano. Reconocen que no pueden huir del todo de la realidad sistémica dominante, pero siguen avanzando en profundizar formas de vida no mercantilizadas, como lo intentan otros movimientos que ofrecen alternativas cualitativas, aunque sin hacer espectáculo. Son Alter-Natos que se basan en la solidaridad, en las lógicas del don y no de la competencia, ni en el individualismo desenfrenado de las sociedades de consumo, ni en el colectivismo totalitarista. Es algo que se puede ir intentando sólo gradualmente, aunque con muchas limitaciones, y errores, como lo reconocen los mismos movimientos.

5. Conclusiones

- Una lectura marxiana de los nuevos movimientos sociales es necesaria. Por un lado, para que se reflexione sobre el horizonte de su praxis en las condiciones materiales que se dan bajo el capitalismo, y para comprender cómo y por qué se sigue reproduciendo el capital y los capitalismo. Por otro lado, para evaluar las estrategias de lucha y las alternativas de otros modos de vida que se plantean. Dos claves de lectura para su revisión son las concepciones del partido y el “movimiento en sentido histórico”, y las concepciones del trabajo capitalista, la comunalidad y el “Alter-Natos”. Para ello, los aportes de Marx son necesarios, pero no suficientes. Se requiere dialogar con otros saberes, cosmovisiones, y también con otros marxismos. Eso implica un

esfuerzo de crítica y superación de los rechazos y estigmatizaciones heredadas, incluso de parte de algunas izquierdas, que reducen toda propuesta anticapitalista al fracaso del socialismo real, y concluyen en su obsolescencia.

- La aproximación a los movimientos sociales desde una mirada marxiana, implica revisar lo “nuevo” de dichos movimientos, en tanto superación o continuidad con el marxismo tradicional del que habría tomado distancia, y respecto a otros modos, marxianos o no, de interpretar y cambiar la sociedad capitalista. Para un movimiento de orientación marxista debería quedar claro que no es posible combatir al capital y los capitalismo con más capitalismo, y que se tendría que considerar, recuperar, recrear las maneras de hacer política y de producir relaciones sociales no capitalistas. También se requiere una perspectiva histórica, tener en cuenta los duros caminos recorridos por los movimientos que nos precedieron, revisar si aquellas prácticas y orientaciones rechazadas, sin mayor balance crítico, no estarían repitiéndose, bajo nuevas y tal vez más dañinas formas.
- La crítica del fetichismo y la forma valor nos remite a una lectura diversa de los desafíos que enfrentaron y enfrentan los viejos y nuevos movimientos sociales, particularmente los que se definen como izquierdas y anticapitalistas. Esto implica preguntar, afirmar, modificar, o complementar los aportes teórico-prácticos que vienen de las tradiciones marxistas, tanto de aquella que tiene como centro la crítica al capitalismo desde el punto de vista del trabajo, como aquellas referidas al “valor y el “valor de uso”, y que hacen una crítica al trabajo mismo. De manera específica, se trata de repensar las categorías de plusvalor, “valor”, de proletariado y clase, así como las contradicciones fundamentales del capitalismo actual.
- La teoría del “valor” abre un debate respecto a los retos de los movimientos sociales, que van contra y más allá del capital, al plantear que la contradicción fundamental es entre el valor y la

vida social en su conjunto. Es algo que, generación tras generación, ha ido nutriendo un ethos capitalista que seduce continuamente con su promesa de “bienestar” e “inclusión” a millones de personas. Desde esa mirada, hay que revisar lo que Marx señalaba respecto a que las relaciones personales de dominación, y la lucha de clases, aunque son reales y muy importantes, son las formas concretas y visibles de un proceso más profundo que es la reducción y destrucción de la vida social para la creación de “valor” capitalista. La lucha, por lo tanto, es en varios campos, puesto que el capitalismo es un sistema que daña a toda la sociedad, y a la naturaleza, desde sus raíces, en diversos modos de opresión y exclusión y deshumanización. En este sentido, la lucha anticapitalista es primordial, y urgente, como lo es el anti patriarcalismo, la descolonialidad del poder, el antirracismo, la construcción de la comunalidad, entre otros “Alter-Natos”. La interseccionalidad, sin embargo, aún no ha sido posible, aunque un paso sería considerarlo como una de las condiciones de posibilidad de un “movimiento en sentido histórico”.

- Respecto a la crisis terminal del capitalismo, toca advertir que su autodestrucción implica un proceso en que buscará exterminar otras formas de vida social, basados en necesidades e intereses no mercantiles, basados en la solidaridad, lo comunitario, el compromiso con una vida buena para todos y todas. Son vínculos, relaciones sociales, que podrían ser la base para la construcción de una sociedad postcapitalista. Ambas situaciones no significan que los movimientos sociales queden paralizados, esperando que el fin del capitalismo venga, cuando de lo que se trata es de acelerar tal fin. Al mismo tiempo se trata de recuperar y proteger los otros modos de vida que siguen siendo exterminados, teniendo en cuenta, además, que no sabemos si lo que vendrá después del capitalismo será algo mejor o peor. Y eso dependerá de lo que podamos ir configurando comunitariamente.

- Lo que, desde una mirada marxiana se puede afirmar, es que no todo está determinado, de lo contrario no tendrían lugar las diversas luchas que se dan en todo el mundo, no habría posibilidad de crítica y la comunalidad no hubiera podido sobrevivir, y con ello la posibilidad de decidir sobre qué necesidades satisfacer, para qué, cómo y por qué; la posibilidad, al fin de cuentas, de vivir una humanidad verdaderamente emancipada. Lo que en definitiva, podemos afirmar es que a pesar de los mandatos del capital, no estamos condenados al silencio y la inmovilidad; no estamos condenados a desechar a las personas, a la naturaleza, a otros seres vivientes y a nuestro propio ser comunitario. Como lo dijo la compañera Berta Cáceres⁷², que puso el cuerpo a cada una de sus palabras: “no nos queda otro camino más que luchar”.

72 La compañera Berta fue una voz fundamental en la denuncia del golpe de Estado que sufrió Honduras en el 2009, una voz que potenció la de los pueblos originarios de su tierra, que se enfrentó contra las empresas transnacionales extractivistas que la tenían amenazada. Por ello la asesinaron a balazos en su casa, hace tres años.

NUEVA OLEADA DEL MOVIMIENTO DE MUJERES: ¿REENCUENTRO ENTRE MARXISMO Y FEMINISMO?

*Andrea D'Atri**

¿Estamos ante una nueva ola feminista? Depende de qué sistémica se aplique en la clasificación del feminismo, se hablará de la tercera o cuarta ola.¹ Sin embargo, más allá de estas discrepancias académicas, lo que ya nadie objeta es que estamos transitando un resurgimiento del feminismo que, en los últimos años y con diversas manifestaciones, recorre el mundo occidental. ¿Qué tiene para decir el marxismo sobre este nuevo actor en la situación política internacional?

* Licenciada en Psicología (Universidad Nacional de Buenos Aires). Se especializó en Estudios de la Mujer, dedicándose a la docencia, la investigación y la comunicación. Es coordinadora del área de Género del Instituto del Pensamiento Socialista "Karl Marx" de Buenos Aires y editora de la sección Géneros y Sexualidades de *La Izquierda Diario*. Ha dictado conferencias y seminarios en América Latina y Europa. Es autora de *Pan y Rosas. Pertenencia de género y antagonismo de clase en el capitalismo*, publicado en Argentina y reeditado en Brasil, Venezuela, México, Italia, Francia y Alemania y de *Luchadoras. Historias de mujeres que hicieron Historia*. Correo de contacto: andreadatri@laizquierdadiario.com

1 Los estudios feministas de Europa continental ubican a la primera ola en el período de la Ilustración, a mediados del siglo XVIII; aunque desde la perspectiva de los estudios anglosajones, esta se inicia con el movimiento sufragista a mediados del siglo XIX. Luego una tercera o segunda ola, según el marco teórico adoptado, se ubica en la década del 70 del siglo XX.

Desde las movilizaciones de Ni Una Menos en Argentina, contra la violencia machista, hasta la masiva campaña de #MeToo en Estados Unidos, que rebasó las redes sociales y golpeó sobre la industria cinematográfica; desde las huelgas de mujeres en Islandia y Francia contra la brecha salarial o para evitar las restricciones al aborto legal en Polonia, hasta los millares de mujeres movilizadas en el Estado español denunciando la justicia patriarcal, es evidente la actividad de un nuevo movimiento de mujeres que reivindica distintas formas de feminismo.

Las mujeres también fueron protagonistas de enormes movilizaciones contra Trump, apenas fue electo presidente de los Estados Unidos y, más recientemente –como expresión distorsionada de esa resistencia–, jóvenes mujeres latinas, indígenas y musulmanas obtuvieron una votación récord para la Cámara de Representantes, en las elecciones de medio término. Las mujeres marcharon por millares, bajo la consigna Ele Não en Brasil, antes de que el derechista Jair Bolsonaro ganara las elecciones presidenciales y, en Argentina, lideraron la masiva lucha por el derecho al aborto, propagando los pañuelos verdes como símbolo universal de este reclamo.

Esta nueva oleada feminista ha disminuido el “nivel de tolerancia de machismo» en la vida actual, lo que se manifiesta desde las denuncias públicas y en redes sociales de acosos sexuales, hasta en los debates sobre el lenguaje inclusivo.²

Las revistas convierten en noticia la incorporación de mujeres en puestos de trabajo que, hasta hoy, habían sido predominantemente masculinos. Los parlamentos debaten leyes de paridad o ampliación de los cupos femeninos al tiempo que, por primera vez, hubo varias mujeres presidiendo países, al mando de poderosas fuerzas armadas, dirigiendo grandes empresas y corporaciones u organismos financieros internacionales.

2 En castellano, se cuestiona el uso establecido del plural masculino para los sustantivos que hacen referencia a individuos tanto femeninos como masculinos.

En las librerías, el *boom* de ventas entroniza a feministas antipitalistas de la academia, tanto como a posfeministas que elaboran teorías queer a partir de sus propias vivencias individuales. El cine, la televisión y las nuevas plataformas de entretenimiento abundan en filmes, programas y series protagonizados por personajes femeninos fuertes, audaces, rebeldes y autónomos.

Esta nueva ola feminista, con sus diferentes expresiones y potencialidades transformadoras, avanza en la redefinición de la realidad, subvirtiendo algunos códigos culturales predominantes y, en cierta medida, intentando imponer una agenda política reformista de reivindicaciones igualitaristas.

En lo que pareciera ser un ascenso a contramano, esta oleada emerge con ímpetu en momentos en que se profundiza la crisis del sistema democrático burgués, principalmente en el corazón del imperialismo norteamericano, como herencia de la recesión de 2008 y el final del consenso neoliberal. Mientras las clases dominantes responden a esta crisis con gobiernos de tipo “cesaristas”, como el de Trump o Bolsonaro, y vuelven a plantear las guerras comerciales y los conflictos entre potencias.³ Sin embargo, el avance de la derecha en distintos países, que es heterogénea, antes que demostrar su fortaleza más bien es un espejo del fenómeno más extendido de la licuación del centro político y los partidos tradicionales, en medio de una tendencia a la polarización política y social.⁴

En este marco internacional, ¿qué significado social y político tienen las masivas movilizaciones de mujeres y la reemergencia del feminismo? ¿Qué desafío significa para el marxismo?

3 Nos referimos a gobiernos con rasgos bonapartistas, como instrumento del régimen capitalista para sostenerse en un período crítico.

4 Claudia Cinatti, “Trump, la renuncia de Flynn y las rivalidades del ‘Estado profundo’”, *La Izquierda Diario*, 14 de febrero de 2017.

Para el pensamiento marxista y los movimientos socialistas revolucionarios inspirados en él, la cuestión de la opresión de las mujeres y su emancipación han ocupado un lugar destacado, como herencia del socialismo utópico francés que fue una de las fuentes en las que abrevó el materialismo histórico de Marx y Engels.⁵ Su interés en la comprensión del lugar subordinado que el capitalismo reservaba a las mujeres no acababa allí, sino que también se demostró en la lucha política dada al interior de la Primera Internacional contra el ala proudhoniana, por la organización de su sección femenina.⁶

El análisis marxista de la situación de las mujeres en el capitalismo no sólo permite encontrar los vínculos históricos entre la creciente subordinación de las mujeres con el origen de la familia, la propiedad privada de los medios de producción y el Estado como institución del dominio de una clase sobre otra, en las sociedades precapitalistas, sino que también devela la “santa alianza” que el sistema actual de producción establece con el *ancien régime* del sistema patriarcal de reproducción. Las esferas de la reproducción y la producción, violentamente separadas en el modo de producción capitalista, encuentran la explicación de su intrínseca unidad desde la perspectiva del materialismo histórico que complejiza el análisis de una totalidad que se presenta fragmentada y encubre o invisibiliza, mediante la naturalización de ese desgarramiento, los procesos históricos y sociales de su génesis.

Además hay que señalar que, en la historia del marxismo como movimiento político de la clase trabajadora en la persecución de sus fines comunistas, todas las corrientes que defecionaron de

5 F. Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, en Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels, Tomo II, (Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras) página 118.

6 Pierre Joseph Proudhon, “La Pornocratie ou les femmes dans les temps modernes”, en A. D’Atri, *Pan y Rosas. Pertenencia de género y antagonismo de clase en el capitalismo*, (Buenos Aires: Ediciones IPS, 2013), 59.

sus principios programáticos también abandonaron o revisaron esta concepción fundamental: que el desarrollo de una sociedad puede medirse en función del grado de emancipación de sus mujeres.⁷ Esta premisa que había sido planteada por el socialista utópico francés Charles Fourier, se convirtió en un programa activo por la lucha contra la opresión femenina como también en esfuerzos de organización de las masas de mujeres trabajadoras, en la Segunda Internacional y también en los primeros congresos de la Internacional Comunista, con el ejemplo de las medidas adoptadas por el primer gobierno obrero de la Historia nacido de la revolución proletaria de 1917 en Rusia.⁸ Luego de varios años de retroceso posibilitado por la reacción estalinista, el marxismo revolucionario volvió a inscribir la consigna de “paso a la mujer trabajadora” en el programa de la Cuarta Internacional, recuperando las banderas históricas del Partido Bolchevique.

Sin embargo, esta tradición teórica, programática y política del marxismo ha sido borrada de la memoria histórica, tras largas décadas de divorcio entre clase obrera y movimientos sociales, impuestas por el neoliberalismo. Algo que, en relación a la cuestión de la opresión de las mujeres, se traduce en el llamado “matrimonio mal avenido entre feminismo y marxismo”.⁹

Hoy cuando la crisis capitalista vuelve a mostrar crudamente que la sentencia de “socialismo o barbarie” de Rosa Luxemburgo,

7 Para un desarrollo de esta tesis, ver “Feminismo y marxismo, más de treinta años de controversias”, en *Lucha de Clases*, 4, Buenos Aires, (noviembre, 2004).

8 J. Heinen y otras, *De la I a la III Internacional: la cuestión de la mujer*, (Barcelona: Ediciones Fontamara, 1978) en A. D’Atri, *Pan y Rosas. Pertenencia de género y antagonismo de clase en el capitalismo*, (Buenos Aires: Ediciones IPS, 2013), página 85.

9 Heidi Hartmann, “The unhappy marriage of marxism and feminism: towards a more progressive union”, en Lydia Sargent, *Women and revolution: a discussion of the unhappy marriage of marxism and feminism*, (Montreal: Black Rose Books, 1981), página 1.

adquiere una vitalidad y actualidad indiscutibles, retomar ese vínculo entre marxismo y feminismo para el análisis de nuestro tiempo es tan imprescindible como extraer las lecciones históricas de las experiencias revolucionarias (sus éxitos, sus fracasos y derrotas) para quienes no nos inclinamos ante los hechos consumados y aspiramos a construir un porvenir liberado de las cadenas que hoy oprimen a la inmensa mayoría de la Humanidad.

1. El marxismo ante la primera ola feminista: del sufragio a la revolución proletaria

Desde finales del siglo XIX, avanza la concentración y centralización del capital y crece el dominio de los monopolios. Al lado de las viejas potencias, otras empiezan a emerger, forzando un reparto del dominio colonial. La agudización de las contradicciones engendraba tendencias a la guerra; pero la carnicería imperialista también fue partera de enormes procesos revolucionarios.

En ese marco, la incorporación de las mujeres al trabajo productivo –incluso en espacios que habían sido exclusivamente masculinos hasta entonces– contrasta brutalmente contra la falta de derechos políticos de la mitad del género humano. La relativa y repentina igualación de las mujeres con los hombres, en el mercado de trabajo, difería enormemente de la desigualdad padecida ante la ley. La exigencia del derecho al voto para las mujeres es uno de los emergentes de esta situación.

La dirigente socialista alemana Clara Zetkin advierte que las mujeres ocuparán un lugar destacado en estas luchas que sobrevendrán con el inicio de la I^o Guerra Mundial: mítines, sabotajes en las fábricas, asaltos a tiendas de alimentos tienen como protagonistas a las mujeres cuyos hijos, padres y esposos combaten y mueren en el frente de batalla. Por eso se propone, con audacia y desde varios años previos a la contienda, organizar a las mujeres trabajadoras en

la socialdemocracia, además de ser una de las más fervientes impulsoras del derecho al voto femenino.¹⁰

Aunque el Partido Socialdemócrata Alemán había incorporado el voto universal en su plataforma política, en 1891 –convirtiéndose en el primer partido político en la Historia en exigir esta demanda–, no es hasta varios años entrado el siglo XX que las mujeres accederán a este derecho en los países centrales.

El partido alemán, el más importante de la II° Internacional fundada en 1889, se inscribía en la tradición socialista que consideraba relevante la cuestión de la opresión de las mujeres en las distintas sociedades de clases. En 1879, Augusto Bebel –uno de sus más destacados dirigentes– ya había publicado *La mujer y el socialismo*, donde demuestra cómo la familia se transforma al compás del desarrollo de los modos de producción y cómo la situación de la mujer, sumida en la desigualdad, está vinculada a la existencia de la propiedad privada. Algunos de sus conceptos más importantes aparecerán también en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Federico Engels, publicado en 1884.

Además de las críticas al matrimonio y la familia burguesa, como las frecuentes descripciones de la dura situación de las mujeres trabajadoras en el capitalismo surgido de la revolución industrial¹¹, los clásicos también hicieron referencia a la división sexual del trabajo y la relación entre reproducción y producción. En primer lugar, señalando que esta división sexual del trabajo es previa al capitalismo y que este nuevo modo de producción, no hizo más que adaptar esas relaciones patriarcales a su propia lógica de funcionamiento, subordinándolas a las necesidades de la extracción de plusvalía.

10 A. D'Atri, C. Murillo y A. Sánchez (editoras), *Luchadoras. Historias de mujeres que hicieron historia*; Buenos Aires: Ediciones IPS, 2018), 65.

11 Federico Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, (Buenos Aires: Editorial Futuro, 1965).

Sin embargo, a pesar de sus avanzadas ideas políticas, el apoyo de los socialistas al voto femenino no estuvo exento de debates y contradicciones. Por un lado, contra quienes depositaban excesivas expectativas en que con el derecho al voto se garantizara la completa emancipación femenina. Por otro lado, contra quienes despreciaban la lucha por un derecho democrático elemental como éste, con argumentos que ya denotaban una profunda adaptación al sistema capitalista por parte de un ala del partido, sosteniendo que los socialistas debían impulsar el progreso de los trabajadores para que éstos pudieran mantener a sus esposas con su salario. “No es la emancipación de la mujer en relación al hombre la que será alcanzada, sino algo distinto: la mujer será devuelta a la familia, y este fin puede y debe ser el fin de los socialistas”.¹²

Mientras tanto, los sindicatos se negaban a incorporar a las mujeres que ya eran parte del ámbito de la producción, por considerar que eran una nueva fuerza laboral que competía con la de los hombres. El sindicalista británico Henry Broadhurst había expresado, ante el Congreso de Sindicatos Británicos de 1877, la idea muy extendida de que los miembros de dichas organizaciones tenían el deber “como hombres y maridos, de apelar a todos sus esfuerzos para mantener un estado tal de cosas en que sus esposas se mantuvieran en su esfera propia en el hogar, en lugar de verse arrastradas a competir por la subsistencia con los hombres grandes y fuertes del mundo.”¹³

Las sufragistas reclamaban a los partidos políticos y a los gobiernos, con masivas manifestaciones, la promulgación de este derecho, infructuosamente.

12 Citado en Heinen, *De la I a la III Internacional*.

13 Henry Broadhurst, “Discurso ante el Congreso de Sindicatos Británicos (1877)”, citado por J. Lewis en *Women in England 1870-1950: Sexual divisions and social change*; (Londres: Wheastheaf, 1984).

Para 1908, el Congreso Nacional del Partido Socialista de Estados Unidos, lanza una campaña activa por el voto femenino. En agosto de 1910, en la II° Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, realizada en Copenhague, las delegadas alemanas Clara Zetkin y Kate Duncker proponen que todos los partidos socialistas asuman una campaña por el voto femenino, estableciendo un Día Internacional de las Mujeres, para tal fin. “De acuerdo con las organizaciones políticas y sindicales del proletariado, las mujeres socialistas de todas las nacionalidades organizarán en sus respectivos países un día especial de las mujeres, cuyo principal objetivo será promover el derecho al voto de las mujeres. Será necesario debatir esta proposición en relación a la cuestión de la mujer desde la perspectiva socialista. Esta conmemoración deberá tener un carácter internacional y será necesario prepararla con mucho esmero.”¹⁴

En esta resolución se encuentra el origen del Día Internacional de las Mujeres que, finalmente, se estableció que se conmemorara el 8 de marzo en la mayoría de los países.¹⁵

Para la conferencia de mujeres socialistas reunidas en Berna en 1915, las delegadas adoptan una resolución condenando la guerra imperialista.¹⁶ En cambio, el feminismo sufragista, que se había desarrollado como un movimiento con lazos internacionales que reunía a activistas de Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y otros países, se topa con la represión y la censura de los gobiernos guerreristas,

14 Citado en A. Del Rosal, *Los Congresos Obreros Internacionales en el siglo XX*; (México: Grijalbo, 1963). Citado en Ana Isabel Álvarez González, *Origens e a comemoração do Dia Internacional das Mulheres*, (San Pablo: Expressão Popular, 2010).

15 Ana Isabel Álvarez González, *Origens e a comemoração do Dia Internacional das Mulheres*, (San Pablo: Expressão Popular, 2010), 63 A. Del Rosal, *Los Congresos Obreros Internacionales en el siglo XX*; (México: Grijalbo, 1963).

16 Nadezhda Krupskaya, que integraba la comitiva de delegadas socialistas de Rusia, lo recuerda en su libro de memorias Lenin, *su vida, su doctrina*, (Buenos Aires: Editorial Rescate, 1984), 268.

mientras sus organizaciones más importantes –como la Unión Social y Política de las Mujeres, liderada por Emmeline Pankhurst– deciden participar voluntariamente del servicio a la patria, suspendiendo sus demandas.¹⁷

Finalmente, la intuición política de Clara Zetkin¹⁸ se demostró acertada. Cuando empezaron a tronar los tambores de guerra, estallaron violentos motines de mujeres: manifestaciones masivas contra la guerra en Berlín y disturbios protagonizados por las mujeres en San Petersburgo y Moscú, en 1915; saqueos a los depósitos de carbón en París y una insurrección en Austria, en 1916. La Revolución Rusa demostró que las mujeres serían la chispa que encendiera la llama. El 8 de marzo de 1917 –que, en el calendario juliano, equivalía al 23 de febrero–, las trabajadoras textiles de San Petersburgo deciden conmemorar el Día Internacional de las Mujeres con una huelga que levantaba tres reivindicaciones fundamentales: “Pan, Paz y Abajo el Zar”. De ese modo, dieron el puntapié inicial de un proceso revolucionario que desembocó en noviembre del mismo año, en la toma del poder por parte de la clase trabajadora.

El estado obrero fue el primero en conceder algunos derechos por los cuales aún seguimos bregando las mujeres en distintas partes del mundo, como el derecho al aborto.

Las medidas tendientes a la socialización del trabajo doméstico fue uno de los pilares de la política del Partido Bolchevique para avanzar en la liberación de las mujeres. Más allá de los límites que la guerra y la crisis económica impusieron a la socialización del trabajo reproductivo, no fueron pocas las feministas de Occidente que reconocieron en esto una experiencia de vanguardia, para poner fin

17 Celeste Murillo, “Sylvia Pankhurst” en *Luchadoras: Historias de mujeres que hicieron historia*, de D’Atri, Murillo y Sanchez (compiladoras), (Buenos Aires: Ediciones del IPS, 2018), 83.

18 G. Badía, *Clara Zetkin: vida e obra*; (Sao Paulo: Expressao Popular, 2003).

al aislamiento de las mujeres en el hogar y favorecer su inserción en la vida pública.¹⁹

El cuestionamiento profundo de las relaciones sexoafectivas, la crítica al trabajo doméstico patriarcal, que transformaba a las mujeres en “esclavas domésticas” y las medidas y programas políticos para que las mujeres pudieran, finalmente, gozar de plenos derechos fueron las reformas que sólo la revolución proletaria pudo establecer, antes que ningún otro país de los más desarrollados de Europa.²⁰

2. Disparen contra el marxismo: la segunda ola y la ofensiva neoliberal

Para finales de los años '60 y comienzos de la década del '70, surge la segunda ola feminista, cuestionando la mistificación que el capitalismo patriarcal hacía de la separación entre lo público y lo privado y acompañando una larga década de radicalización de masas, en la que emergen los llamados “nuevos movimientos sociales”, como la juventud estudiantil, el movimiento por la liberación sexual y los movimientos del *black power*.

El imperialismo norteamericano vio cuestionado su dominio hegemónico con la guerra de Vietnam y el extendido sentimiento antiimperialista y antibelicista que impregnó a una generación. Su empantanamiento y derrota en los confines del sudeste asiático, envalentonó las luchas de los pueblos coloniales por su liberación y

19 A. D'Atri, “Amor y revolución”, en *Estrategia Internacional*, Nro. 27, Buenos Aires (mayo, 2011), 223.

20 Un análisis profundo y documentado de estos cambios introducidos por la Revolución rusa de 1917 puede encontrarse en Wendy Goldman, *La mujer, el Estado y la revolución: Política familiar y vida social soviéticas 1917-1936*, (Buenos Aires: Ediciones del IPS, 2010). Esto no es una cita precisa, sino una referencia a la temática tratada en el libro.

las luchas de la clase trabajadora y el movimiento estudiantil en el hemisferio occidental. Mientras tanto, los levantamientos populares contra la injerencia y la ocupación de las tropas de la entonces Unión Soviética en Europa del Este, se acoplaban en el cuestionamiento del orden mundial.

El aporte más significativo del feminismo radical de los años '70 fue la conclusión de que “el malestar femenino”, vivenciado en las experiencias subjetivas de las mujeres de una generación, se esclarecía en la existencia de un sistema social (patriarcal) que establecía la desigualdad de poder entre los géneros. De ahí que su lema más penetrante fuera aquel de que “lo personal es político”.

En el documental *Ella es hermosa cuando está enojada*, Jaqui Ceballos –una de las primeras militantes feministas de *National Organization of Women* de Estados Unidos– recuerda su experiencia con estas palabras: “Una amiga me dio el libro de Betty Friedan, *La Mística de la Feminidad*. Todavía me hace llorar. El libro me impactó. Fue el momento justo. Lo leí esa misma noche y lo supe: no era él, no era yo, era la sociedad.”²¹

Develando esa mistificación, las feministas se corrían de una falsa dicotomía que enfrentaría a mujeres contra hombres. En el banquillo de los acusados sentaban al sistema capitalista patriarcal: “no era él, no era yo, era la sociedad”. Sin embargo, esto fue mutando en el desarrollo de las diversas corrientes feministas radicales que vieron la luz durante este período. Volveremos sobre esto más adelante.

Entre tanto, las feministas socialistas, tomando al marxismo como marco teórico, avanzaron en elaboraciones fundamentales para el debate sobre la relación entre lo público y lo privado. Fueron ellas

21 Mary Dore, *Ella es hermosa cuando está enojada*, (2014), disponible en Youtube. <<https://www.youtube.com/watch?v=bfbB2G0BHNo>>.

las que cuestionaron aquello que el capital había logrado institucionalizar y naturalizar desde mediados del siglo XX: la separación entre los espacios de la producción y el trabajo asalariado y los espacios de la reproducción, es decir, del trabajo no remunerado que recae casi exclusivamente en las mujeres.

El marxismo contribuye, en este período, con importantes conceptualizaciones sobre el trabajo doméstico y su papel en el modo de producción capitalista, dando origen a diversas teorías y reflexiones no exentas de contradicciones. Las feministas socialistas se preguntaron si el trabajo doméstico produce plusvalía, como también si existe un modo de producción patriarcal sostenido en el trabajo doméstico, que puede diferenciarse del modo de producción capitalista (sistema dual) o si bien, existiría un solo sistema capitalista-patriarcal donde la reproducción de la fuerza de trabajo está determinada y subordinada a la producción de valores de cambio.

Para 1972, la feminista marxista italiana Mariarossa Dalla Costa publica *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*, con la colaboración de la norteamericana Selma James. En ese folleto, cuestionan a Marx por no haber contemplado, en toda su dimensión, la importancia radical que tiene el trabajo reproductivo para el funcionamiento del capitalismo. La experiencia de las marxistas italianas enroladas en el movimiento *operaísta*, se encuentra en la base de estas nuevas elaboraciones. De allí surge, también, la red de comités “por el salario para el trabajo doméstico”.²²

22 El *operaísmo* fue un movimiento político de raíces marxistas, de los años 60 y 70, que propone “un retorno a la clase obrera”, en ruptura con el Partido Comunista Italiano y el bloque de la Unión Soviética. Privilegiaron el trabajo político entre los trabajadores industriales, considerados el sujeto del cambio social. La organización más importante fue *Potere Operario* (Poder Obrero), la cual a su vez influyó sobre la Tendencia Johnson-Forest, un grupo proveniente del trotskismo norteamericano, ligado a los trabajadores de la industria automotriz de Detroit. Tuvieron su máximo desarrollo en el período de huelgas que se conoce como el “otoño caliente italiano”, de 1969. A mediados de los 70, el movimiento fue virando hacia posiciones

En su libro aportan un análisis novedoso y sorprendente de la familia en el capitalismo: “En la sociedad precapitalista patriarcal, la *casa* y la *familia* eran centrales para la producción agrícola y artesanal. Con el advenimiento del capitalismo, la socialización de la producción se organizó con la *fábrica* como centro. Los que trabajaban en los nuevos centros productivos recibían un salario. Los que eran excluidos, no. Las mujeres, los niños y los ancianos perdieron el poder relativo que se derivaba de que la familia dependiera del trabajo de ellos, *el cual se consideraba social y necesario*. El capital, al destruir la familia, la comunidad y la producción como un todo, ha concentrado, por un lado, la producción social básica en la fábrica y la oficina, y, por otro, ha separado al hombre de la familia y lo ha convertido en un *trabajador asalariado*. Ha descargado en las espaldas de los hombres el peso de la responsabilidad económica de mujeres, niños, ancianos y enfermos: en una palabra, de todos los que no perciben salarios. A partir de este momento comenzó a expulsarse de la casa a todos los que no *procreaban ni atendían a los que trabajaban por un salario*. Los primeros en ser excluidos de la casa, después de los hombres, fueron los niños: se les mandó a la escuela.”²³

En 1981, en un célebre artículo, Heidi Hartmann analizó las controversias entre el feminismo radical y el marxismo que habían originado lo que denominó “un matrimonio mal avenido”. Para Hartmann, el problema consistía en que el feminismo era “ciego” al análisis histórico, mientras el marxismo era “ciego” al sexo.²⁴ Su propuesta de un sistema dual, marcó significativamente los debates entre feminismo y marxismo durante ese período y, aunque existen

autonomistas y el énfasis se trasladó de la fábrica a la “fábrica social”, es decir al análisis de la vida cotidiana de las masas trabajadoras en sus comunidades.

23 Mariarosa Dalla Costa y Selma James, *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*, (México: Siglo XXI editores, 1972).

24 Hartmann, “The unhappy marriage of Marxism”, op.cit., página 1.

otras posiciones contrarias provenientes de otras autoras marxistas, sigue siendo una referencia indiscutible para el feminismo socialista.

Ya desde el inicio de su artículo, Hartmann pregona: “Los recientes intentos de integrar marxismo y feminismo son insatisfactorios para nosotras como feministas porque en ellos la lucha feminista queda subsumida en la lucha “más amplia” contra el capital. Prosiguiendo con nuestro símil, es preciso un matrimonio más saludable o el divorcio. Las desigualdades en este matrimonio, como en la mayoría de los fenómenos sociales, no son accidentales. Muchos marxistas suelen afirmar que, en el mejor de los casos, el feminismo es menos importante que la lucha de clases y que, en el peor, divide a la clase obrera. Esta postura política da lugar a un análisis en el que el feminismo se absorbe en la lucha de clases. Además, el poder analítico del marxismo con respecto al capital ha hecho que pasaran inadvertidas sus limitaciones con respecto al sexismo. Aquí mantendremos que, si bien el análisis marxista aporta una visión esencial de las leyes del desarrollo histórico, y de las del capital en particular, las categorías del marxismo son ciegas al sexo. Sólo un análisis específicamente feminista revela el carácter sistemático de las relaciones entre hombre y mujer. Sin embargo, el análisis feminista por sí solo es insuficiente, ya que es ciego a la historia y no es lo bastante materialista. Hay que recurrir tanto al análisis marxista, y en particular a su método histórico y materialista, como al análisis feminista, y en especial a la identificación del patriarcado como estructura social e histórica, si se quiere entender el desarrollo de las sociedades capitalistas occidentales y la difícil situación de la mujer dentro de ellas. En este ensayo proponemos una nueva orientación para el análisis feminista marxista.”²⁵

En 1983, se publica *El marxismo y la opresión de las mujeres. Hacia una teoría unificada*, de la norteamericana Lise Vogel. En este

25 Ídem.

texto, se debate contra la idea del sistema dual, postulando que el orden de género del capitalismo se apoya estructuralmente en la articulación social entre el modo de producción capitalista y los hogares de la clase trabajadora, antes que en un patriarcado ahistórico o en un modo de producción doméstico separado radicalmente del que establecen las relaciones entre capital y trabajo. “Políticamente, tanto el movimiento socialista como el movimiento feminista socialista se enfrentan con la difícil tarea de luchar en favor de las mujeres sin sucumbir a dos peligros igualmente insidiosos. Por una parte, deben mantenerse en guardia contra el feminismo burgués, la limitada lucha por alcanzar la igualdad dentro del marco de la sociedad capitalista; y, por otra parte, no deben permitir que concepciones simplistas o economicistas de la lucha de clases releguen a un lugar subordinado la lucha por la liberación de las mujeres. Planteando el problema en otros términos, las/los socialistas comprometidas/os con la liberación de la mujer deben encontrar una manera adecuada de vincular la lucha feminista a la lucha a largo plazo por la consecución del poder político y la transformación social”.²⁶

Aunque el feminismo socialista tuvo cierto desarrollo en este período, el movimiento fue influenciado, mayoritariamente, por las radicales. Muchas de las feministas radicales provenían de experiencias políticas y militantes de la izquierda marxista tradicional. En las organizaciones de cuño estalinista o maoísta se habían visto sometidas a la autoridad burocrática que relegaba, a un segundo plano, la cuestión de las mujeres y un programa de reivindicaciones conducente a su emancipación. Migrando de estas organizaciones, constituyeron movimientos autónomos y radicales, cuestionando que los partidos de la izquierda tradicionales no hacían más que reproducir el sistema patriarcal.

26 Lise Vogel, “Questions on the Woman Question”, en *Monthly Review* 31, N.º. 2, (junio, 1979), 42.

Los países de la Unión Soviética, después de los primeros años de la revolución en la que se conquistaron libertades democráticas inauditas inclusive para las democracias capitalistas más avanzadas de Europa, habían vuelto a restaurar las costumbres campesinas patriarcales, restableciendo el poder del padre en la familia, el rol tradicional de las mujeres en el hogar y cercenando algunos derechos conquistados como el del aborto.²⁷

Las feministas radicales pusieron el eje en la necesidad de la abolición del patriarcado, transformando al feminismo en una teoría política para la comprensión global del conjunto del sistema social, adaptando incluso algunos elementos de la teoría marxista a una nueva concepción de la opresión de las mujeres, basada en la idea central de que las mismas constituyen una clase social.

Entretanto, el capitalismo se sumerge en una nueva crisis económica, social y política de envergadura. La crisis de sobreproducción de mediados de la década del '70 y el ascenso de la lucha de clases a nivel internacional, fueron respondidos por las clases dominantes no ya con una guerra mundial, sino con la canalización de estas aspiraciones de las masas en la ilusión de una ampliación y extensión de los regímenes democráticos capitalistas. La base de este "nuevo orden" fue una monumental fragmentación de la clase trabajadora: bajo la contraofensiva neoliberal, las clases medias y un pequeño sector de las masas asalariadas fueron integradas al festín del consumo, al tiempo en que las grandes mayorías se hundían en niveles de pauperización nunca antes vistos.

La contraofensiva imperialista –conocida como "neoliberalismo"– se descargó sobre las masas asestándoles una derrota no solo política, sino también cultural. El colapso de los estados obreros

27 Cuestiones que ya habían sido denunciadas, en soledad, por León Trotsky en su obra *La revolución traicionada*, de 1936, en la que dedica un capítulo a criticar la política reaccionaria de Stalin contra las mujeres y la juventud (el terrores en la familia).

burocratizados de Europa del Este y, finalmente, también de la Unión Soviética, liquidó todo horizonte revolucionario y facilitó que se impusiera la visión de que no había alternativa al neoliberalismo. “El fin de la historia”, decía Francis Fukuyama, mientras la primera ministro conservadora de Gran Bretaña, Margaret Thatcher, imponía la idea del pensamiento único con su célebre apotegma “There is no alternative” (“no hay alternativa”). La desideologización del discurso político, se produjo bajo la combinación de la exaltación del individuo y su realización en el consumo.

Para que se impusiera esta salida restauracionista, fue imprescindible la colaboración de las direcciones políticas y sindicales de las masas –mayoritariamente los PS y los PC– que se pasaron con armas y bagajes al restablecimiento del orden burgués, actuando como agentes en la imposición de los planes del capital.²⁸

También hubo cooptación e integración de los movimientos sociales, incluyendo al feminismo. “Mientras el individualismo se imponía globalmente, de la mano de las políticas económicas que empujaba a millones a la desocupación, que establecía la fragmentación y deslocalización de la clase trabajadora, el feminismo se fue alejando cada vez más de un proyecto de emancipación colectiva, replegándose en un discurso cada vez más solipsista, limitado a soliviantar a una élite que exigía su derecho a ser reconocida en su diversidad, tolerada e integrada en la cultura del consumo.”²⁹

El movimiento feminista, mayoritariamente, fue integrado a los regímenes de las democracias capitalistas, abandonando el cuestionamiento del orden social y moral que impone el capital a cambio de reclamar una ampliación de derechos; mientras las clases

28 Emilio Albamonte y Matías Maiello, “En los límites de la restauración burguesa”, en *Estrategia Internacional* Nro 27, Buenos Aires, (diciembre, 2011), 57.

29 Andrea D’Atri y Laura Lif, “La emancipación de las mujeres en tiempos de crisis mundial (II)”, *Ideas de Izquierda*, N° 2, Buenos Aires, (setiembre, 2013), 31.

trabajadoras fueron replegadas a resistir por sus demandas corporativas, económicas, más elementales. Esto consumó un divorcio, por primera vez en la historia, de las demandas democráticas de los movimientos sociales –constituidos mayoritariamente por clases medias urbanas ilustradas–, respecto del movimiento obrero, limitado al ejercicio de la lucha sindical.

En las oscuras y largas décadas de neoliberalismo, asistimos a una paradoja: como nunca antes, las mujeres conquistaron derechos que hicieron de nuestras vidas, algo muy diferente a las existencias de nuestras abuelas, al tiempo en que se conformaron los más grandes contingentes de precarios, migrantes, pobres y explotados, donde las mujeres constituyen las mayorías.

Al tiempo en que se proclaman los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, cada año entre 1 millón y medio y 3 millones de mujeres y niñas son víctimas de la violencia machista; la prostitución se transformó en una industria de proporciones y rentabilidad similares al narcotráfico o la venta de armas. Mientras los avances científicos y médicos permiten que las mujeres puedan concebir a edades en que, en otras épocas, eran abuelas, mueren 500 mil mujeres anualmente por complicaciones en el embarazo y en el parto.

El látigo del capital aumentó exponencialmente la “feminización” de la fuerza laboral, a costa de una mayor precarización. El neoliberalismo reconfiguró a la clase trabajadora produciendo que, actualmente, la fuerza de trabajo femenina represente más del 40% del empleo global. Eso significa que el 54% de las mujeres, en edad económicamente activa, participa en el mercado laboral, como trabajadoras asalariadas. Sin embargo, más de la mitad de esas mujeres trabajan en situación de precariedad.³⁰

30 Tasa de participación en la fuerza laboral, mujeres (porcentaje de la población femenina entre 15-64 años), estimación modelada por la OIT. Tasa de la fuerza de trabajo total, modelada por datos del Banco Mundial. Datos del 2018.

3. La nueva ola feminista y el nuevo proletariado con rostro de mujer

Como señalábamos, las mujeres ingresaron al mercado laboral para convertirse en el sector más explotado y en peores condiciones, pero cambiando definitivamente el rostro de la clase trabajadora actual. Al constituir casi la mitad de la fuerza de trabajo mundial, se convirtieron en un desafío para las viejas organizaciones sindicales, como también para los gobiernos y regímenes.

Lo novedoso es que esta fuerza social se desarrolla en sociedades que, formalmente, son igualitarias; al menos, infinitamente más igualitarias que aquellas en las que se desarrolló la primera oleada feminista. No sólo hay muchos menos impedimentos legales para las mujeres, sino que, además, es un sentido común extendido en las más amplias masas que las mujeres “no son inferiores” a los hombres.

En décadas recientes, por integración a las instituciones del régimen y la constitución de una tecnocracia de género que forma parte de la administración del Estado capitalista, o por la vía alternativa de un posfeminismo centrado en la tesis liberal de la “libre elección” del individuo, se creó la ilusión de que las mujeres ya no necesitaban del feminismo. O, dicho en otros términos, que la lucha por sus derechos era arcaica.

Sin embargo, en la actualidad, vuelve a hacerse notable el contraste entre esta “igualdad ante la ley” y la, sin embargo, persistente, “desigualdad ante la vida” que se encuentra en la base de este florecimiento de las movilizaciones de mujeres en distintos países. Los feminicidios y otras formas de violencia contra las mujeres siguen atravesando todas las clases y países. La precarización, para las mujeres, no es sólo laboral, sino que también impregna todos los aspectos de sus vidas. La explotación sexual de las mujeres y niñas se ha convertido en una industria multimillonaria, aunque sean una ínfima minoría las que defienden el ejercicio de la prostitución como un trabajo elegido libremente. Las mujeres, aun siendo asalariadas, no

han podido desligarse, sin embargo, de la responsabilidad patriarcal por el trabajo reproductivo que implica las tareas gratuitas domésticas y de cuidado.

En ese contraste insoslayable entre derechos conquistados en las décadas pasadas y la creciente desigualdad social más la persistente brutalidad de los agravios e injurias de las que las mujeres son víctimas, deberíamos buscar los fundamentos de esta nueva oleada internacional feminista que emergió en estos años recientes y que, no por casualidad, adopta el lenguaje y las formas históricamente utilizadas por el movimiento obrero para referirse a su lucha contra el capital: huelga de mujeres, paro internacional de mujeres. Fueron esos millones de mujeres que cargan con la doble jornada laboral que imponen el capital y la reproducción social, quienes popularizaron el 8 de marzo de 2018, en el Día Internacional de las Mujeres, la consigna que se escuchó en distintos países del mundo: “si nuestras vidas no valen, produzcan sin nosotras.”

La crisis política y económica crea tendencias a la unidad de aquello que la derrota neoliberal dividió, después de más de dos siglos de confluencias: las luchas contra la opresión y por los más amplios derechos y libertades democráticas, con las luchas económicas contra la explotación capitalista, en la perspectiva de una sociedad liberada de estas injurias y oprobios, donde pueda construirse una verdadera equidad entre los seres humanos.

Aunque el motor de estas movilizaciones es, fundamentalmente, la resistencia contra la violencia, las violaciones y los femicidios (como por ejemplo, el movimiento “Ni Una Menos” de Argentina, las masivas manifestaciones en el Estado Español, etc.), expresan sintomáticamente un malestar más profundo que no se resuelve con la consecución de penas y castigos para quienes perpetran estos crímenes atroces. Más bien, en todos los países en que está ocurriendo esta emergencia del feminismo, las significaciones son múltiples, móviles y variadas. Fue así como en Argentina, las protestas contra la violencia machista se resignificaron en consignas tales como “Sin

la legalización del aborto, no hay ‘Ni una menos’”; en el Estado Español, la lucha de las mujeres contra la justicia que pretendía dejar impune a los acusados de una violación colectiva, ha virado al repudio en las calles de todas las grandes ciudades, del crecimiento de la derecha política en las recientes elecciones de la comunidad de Andalucía. Las manifestaciones de mujeres recogen, en distintas partes del mundo, las demandas de otros movimientos sociales o sectores postergados: en nombre de este nuevo feminismo, las mujeres protagonizan movilizaciones contra las deportaciones de inmigrantes en los países imperialistas, como también demuestran su solidaridad activa con huelgas protagonizadas por mujeres asalariadas.

Probablemente, esta emergencia del movimiento de mujeres esté anticipando –de manera sintomática– una nueva oleada de lucha de clases que, desde la crisis económica abierta en 2008, es probablemente el factor más retrasado de la situación internacional. Hemos visto, como señalábamos al comienzo, cómo esta crisis ha promovido la aparición de gobiernos bonapartistas, licuación de los partidos tradicionales de los regímenes democráticos capitalistas, etc. Sin embargo, al menos hasta la reciente irrupción del movimiento de “chalecos amarillos” en Francia, sólo el movimiento de mujeres se viene mostrando como un factor social activo, de lucha y resistencia.

Por lo pronto, al inicio de esta nueva ola feminista, el reformismo y otras corrientes moderadas pretenden capitalizarlo en beneficio de los partidos del régimen, contra las variantes de derecha.

Esa política del régimen burgués, para que el feminismo no se plantee una perspectiva que lo cuestione profundamente y sobrepase los límites del capitalismo patriarcal, también es heterogénea. Desde el Partido de Trabajadores de Brasil, reconduciendo la gran movilización de las mujeres contra Bolsonaro a un apoyo acrítico a su candidato Haddad, hasta el imperialista Partido Demócrata norteamericano, promoviendo las candidaturas de mujeres latinas, musulmanas, indígenas y lesbianas en las recientes elecciones de medio

término, pasando por Argentina, donde la expresidenta Cristina Kirchner –actualmente liderando la oposición al gobierno neoliberal de Mauricio Macri– es presentada como la única opción viable para el movimiento de mujeres en las próximas elecciones.

Sin embargo, las causas profundas de esta emergencia del feminismo, no pueden ser resueltas fácilmente: el desarrollo de la crisis capitalista hace imposible el retorno a un Estado de Bienestar, como el que fue desmantelado tras largas décadas de neoliberalismo. Si bien no estamos ante una situación de guerra inminente, las “guerras comerciales” están a la orden del día y las clases dominantes no pueden resolver la salida de la crisis si no es descargándola sobre las masas.

A diferencia de lo ocurrido durante las décadas de neoliberalismo, donde la separación entre el feminismo y el marxismo encontraron su punto más álgido, como consecuencia de la fragmentación y derrota del movimiento obrero, por un lado y la cooptación y asimilación de los movimientos sociales a los regímenes democráticos burgueses, como el feminismo, por otro lado, en la actualidad, el agotamiento de las condiciones que hicieron posible esa división, son auspiciosas.

¿Surgirá un poderoso movimiento de mujeres que abrace las ideas del socialismo, que anticipe y confluya con nuevos fenómenos de la lucha de clases? Las condiciones están dadas, aunque no podemos anticipar cuál será el resultado. El desafío más entusiasta es que la Historia nos regala la oportunidad de intervenir en un fenómeno histórico, político, social e ideológico, vivo. Desarrollar sus tendencias más radicales, anticapitalistas y combativas contra la influencia del reformismo, para confluir con las más amplias masas explotadas, es la perspectiva por la que lucha el feminismo socialista. Porque una sociedad liberada de todas las formas de explotación y opresión que hoy subyugan a la inmensa mayoría de la humanidad, no es un deseo, sino una necesidad imperiosa para que la vida de millones de seres humanos merezca ser vivida.

IV

Pedagogía y arte desde Marx

EL MARXISMO COMO FUNDAMENTO ANTROPOLÓGICO PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA PEDAGOGÍA CIENTÍFICA

*Gustavo Villar**

En el presente artículo se analiza el valor heurístico de la concepción marxista de hombre en el proceso de construcción de una pedagogía científica. En la actualidad, se evidencia aún la existencia de una antropología abstracta en las corrientes pedagógicas más importantes, lo que dificulta el desarrollo pleno de esta ciencia. Se propone, frente a ello, que el aporte del humanismo marxista es una pieza fundamental para el desarrollo de la pedagogía como una ciencia madura.

Como señala Ortiz, la pedagogía debe superar su actual condición de disciplina tecnológica centrada en responder a cuestiones vinculadas al cómo se enseña o cómo se aprende, y asumir la cuestión fundamental acerca de qué es o quién es el sujeto de la

* Gustavo Villar Mayuntupa. Director Académico de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad de Ciencias y Humanidades. Egresado del doctorado en Ciencias de la Educación y Magíster en Docencia Universitaria por la Universidad Nacional de Educación. Psicólogo por la UNMSM. Ha sido Director General de los colegios Bertolt Brecht. Correo de contacto: gvillar@uch.edu.pe

educación¹, lo que nos remite íntegramente a la dimensión antropológica de la pedagogía y a la necesidad de una antropología concreta para el desarrollo de una pedagogía científica y emancipatoria.

Desde esta perspectiva, en la primera parte de este artículo, se abordan críticamente las concepciones antropológicas que predominan en las corrientes pedagógicas contemporáneas. Para este fin, hemos seguido a Politzer en relación a las exigencias que han de cumplir las ciencias del hombre para contribuir con el proyecto de formular una antropología del hombre concreto. Politzer develó los mecanismos a través de los cuales se expresaba el idealismo en la ciencia psicológica de su tiempo y que dieran lugar a una antropología abstracta. Siguiendo este método de análisis, se intenta develar en qué medida las concepciones acerca del sujeto de la educación, que subyacen en dos de las corrientes pedagógicas más importantes del siglo XX (conductismo y cognitivism) adolecen de similares limitaciones.

Finalmente, se analiza la contribución y las posibilidades de la corriente histórico-cultural, asentada en la concepción marxista de hombre, para la construcción científica de una antropología concreta al interior de la pedagogía.

1. Crítica a las concepciones antropológicas del conductismo y el cognitivism en pedagogía

El conductismo y el cognitivism, que son dos de las corrientes pedagógicas más importantes del siglo XX, padecen de lo que Politzer, en su crítica a los fundamentos de la psicología, denominó la construcción nocional de un mito. Señala Politzer que la psicología “está constituida casi exclusivamente de trabajos nocionales,

1 Pedro Ortiz, “El problema del sujeto de la educación”. *Educación*, año I, N.º 1, (mayo, 2004): 31-41.

fabulaciones formales y abstractas, en pocas palabras por una mitología a la que podemos muy bien reconocer el tecnicismo de una escolástica, nunca el de una ciencia empírica”² Este carácter nocional, que caracteriza a estas corrientes, se debe, según Politzer, a que están edificadas sobre la base de tres rasgos característicos: reificación, abstracción y formalismo.³ De acuerdo a Bleger⁴, Politzer realiza un aporte importante al señalar los procedimientos específicos, a través de los cuales actúa el idealismo en las ciencias del hombre: por medio de la abstracción, elimina al individuo o lo aísla de sus relaciones sociales; por medio del formalismo, fragmenta la actividad del ser humano dividiéndola en clases y componentes; y, por medio de la reificación, lo cosifica. En este artículo se parte de la forma como Politzer definió estos tres rasgos, pero se busca desarrollarlos con los aportes que el propio Marx nos brindó sobre ellos, analizando además cómo repercuten en las pedagogías a que han dado lugar.

Reificación. Cosificación del ser humano

En el marxismo se denomina *reificación*⁵ a la tendencia a darle realidad, vida propia a las cosas físicas o a los objetos de la mente,

2 George Politzer. *Crítica de los fundamentos de la Psicología*. 2º edición, (Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 1972): 14. Otros autores se han referido también a la psicología como construcción no científica al analizar la relación entre ideología y psicología. Althusser denomina a la psicología “ideología tecnocrática”, Deleule la llama “mito científico”. En la tradición de la epistemología francesa cercana al marxismo, diversos autores conciben a la psicología como ideología política tecnificada.

3 *Ibid.*, p. 215.

4 José Bleger. “Apéndice”. En: Politzer, *Crítica de los fundamentos*, 235-280.

5 Sobre reificación o cosificación señala Lukács lo siguiente: “La esencia de la estructura mercantil ha sido ya recalcada a menudo; se basa en el hecho de que una relación entre personas toma el carácter de una cosa y, de este modo, toma el carácter de una ‘objetividad ilusoria’ que, por su sistema de leyes propio riguroso, enteramente cerrado y racional en apariencia, disimula toda huella de su esencia fundamental: la relación entre hombres. (...) Solamente fijaremos la atención —presuponiendo los análisis económicos de Marx— en los problemas fundamentales que se derivan

como también a la de cosificar al ser humano. En el análisis del fetichismo de la mercancía, Marx explica cómo se producen los procesos de reificación en el plano de la producción en el sistema económico del capitalismo. Marx señala el carácter fetichista de la mercancía, como una suerte de fantasmagoría por el cual aparece la mercancía y el intercambio de mercancías dotados de vida propia, un intercambio entre cosas, que oculta tras de sí, las relaciones entre personas, las relaciones de propiedad, la explotación de los productores. La forma mercancía, dice Marx “proyecta ante los hombres, el carácter social del trabajo de estos como si fuese un carácter material de los propios productos de su trabajo, un don natural social de estos objetos y como sí, por tanto, la relación social que media entre los productores y el trabajo colectivo de la sociedad fuese una relación social establecida entre los mismos objetos, al margen de sus productores”⁶. La denominación *fetichismo*, remite, por analogía, al mundo de la religión, en el cual, señala Marx, estas invenciones de la mente humana aparecen como seres dotados de vida propia. El análisis realizado aquí por Marx remite a las relaciones entre el modo en que se realiza la producción y la forma en que esta se representa; y este hecho es, al decir de algunos autores, el fenómeno ideológico central del sistema capitalista⁷.

Lukács amplía el análisis que hace Marx en torno al fetichismo de la forma mercancía, al señalar que, en el sistema capitalista, estas formas ideológicas asociadas a las formas mercantiles se han

del carácter fetichista de la mercancía como forma de objetividad, por una parte, y del comportamiento del sujeto coordinado a ella, por otra, problemas cuya comprensión es lo único que nos permite una visión clara de los problemas ideológicos del capitalismo y de su decadencia”. Georg Lukács, *Historia y conciencia de clase*, (La Habana: Instituto del Libro, 1970): 111.

6 Carlos Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, Tomo I, (México D.F.: Editorial Fondo de Cultura Económica, 1964): 38.

7 Mario Margulis, “Ideología, fetichismo de la mercancía y reificación”, *Estudios sociológicos*, año/vol. XXIV, número 001, Distrito Federal, México. El colegio de México (enero-abril 2006): 31-64.

generalizado extendiéndose a todas las manifestaciones vitales⁸. Incluso la fuerza de trabajo asume la forma de mercancía, es decir se ha cosificado o reificado, invisibilizando su carácter social y sus aspectos concretos.

En la crítica que realiza Politzer a los fundamentos de la psicología, la reificación se expresa siguiendo la misma transfiguración ideológica: personificación de las cosas y cosificación de las personas.

Es justa la crítica si revisamos este aspecto en cada una de las corrientes psicológicas, tanto en aquellas que Politzer denominaba psicología clásica (introspeccionismo), como en aquellas que aparecieron posteriormente (conductismo, psicoanálisis, Gestalt)⁹. Como se verá, el cognitivismo, que Politzer no llegó a estudiar, padece de los mismos defectos.

En el conductismo, por ejemplo, la triple relación de contingencias, señalada por Skinner, como la relación entre el estímulo

8 Dice Lukács: “La atomización del individuo no es, pues, más que el reflejo en la conciencia del hecho de que las ‘leyes naturales’ de la producción capitalista han abarcado el conjunto de las manifestaciones vitales de la sociedad y de que –por primera vez en la historia– toda la sociedad está sometida (o tiende, al menos a ser sometida) a un proceso económico que forma una unidad, que el destino de todos los miembros de la sociedad está regido por leyes que forman una unidad”. Lukács. *Historia y conciencia de clase*, 118-119.

9 Politzer formuló el proyecto de analizar los fundamentos del conductismo, la Gestalt y el psicoanálisis. Sin embargo, solo llegó a realizar la crítica del psicoanálisis. Reconocía Politzer en el psicoanálisis una doble esencia: concreta y abstracta. Concreta por estudiar al sujeto en las condiciones de su vida cotidiana, pero a la vez criticó el carácter abstracto, especulativo de muchos aspectos de la teoría freudiana. Existe una larga tradición en el intento de ver puntos de encuentro entre marxismo y psicoanálisis. Autores marxistas desde Althusser hasta Zizek, han visto, por ejemplo, en el psicoanálisis lacaniano elementos para complementar el análisis marxista de la ideología y la política en teoría social. Sin embargo, creemos que el psicoanálisis sigue padeciendo de esta doble naturaleza concreta y abstracta, tiende a psicologizar el estudio de los problemas sociales, además del carácter contradictorio de muchos de los planteamientos epistemológicos y antropológicos de ambas corrientes. Para un análisis interesante de estas contradicciones remito al texto de Roy Alfaro Vargas, “El pensamiento de Slavoj Zizek”, *Revista de filosofía y teoría política*, 40, (2009): 11-30, <<http://www.rfytp.fahce.unlp.edu.ar/>>.

antecedente, la conducta y el estímulo consecuente, aparece como mecanismo explicativo de buena parte de la conducta humana¹⁰. La conducta es función de la relación entre los estímulos que la anteceden, así como de sus consecuencias (reforzamientos o castigos), pero principalmente de estas últimas. El conductismo, desde su concepción positivista, omite cualquier referencia a la mente o a la personalidad por considerarlos constructos metafísicos, no científicos. El sujeto, la persona, se encuentra ausente en este modelo explicativo, mientras que, por el contrario, las relaciones estímulo-respuesta aparecen cobrando “vida propia”, explicando prácticamente todo el comportamiento humano. Este, además, es el caso más evidente de una psicología sin sujeto.

El cognitivismo y su modelo computacional de la mente, incurrir en la misma distorsión ideológica. Se modelan procesos como la memoria, el pensamiento o el lenguaje desde el esquema Estímulo-Organismo-Respuesta. En el Organismo, se produce el procesamiento de la información. Esta mente computacional, sustituye a la persona concreta. El sujeto concreto es abstraído y es, a lo más, concebido como portador de estos objetos mentales personificados. En el cognitivismo, la persona concreta y sus determinaciones sociales, históricas y culturales, se encuentran invisibilizadas.

De acuerdo a Sisto, el cognitivismo realiza esta abstracción porque concibe que la psicología debe abocarse al estudio de las representaciones mentales, y asume que estas poseen una “existencia independiente respecto tanto a lo biológico como a lo cultural”¹¹. Según Gardner, esta abstracción de lo cognitivo, aislándolo del resto de factores, tuvo un carácter deliberado, pues –para un grupo

10 Burrhus Skinner. *La conducta de los organismos. Un análisis experimental*. [1938], (Barcelona: Editorial Fontanella, 1975): p. 178.

11 Vicente Sisto, “Acerca de la inexistencia de la ciencia cognitiva”, en: *Psicoperspectivas*, revista de la Escuela de psicología, Facultad de filosofía y educación, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, vol. V, 1, (2006): 82.

significativo de representantes del cognitivismo— su inclusión habría obstaculizado el desarrollo de la ciencia cognitiva: “casi todos ellos han estado de acuerdo en excluir del examen factores nada triviales, como el papel del contexto circundante, los aspectos afectivos de la experiencia y la repercusión de los factores culturales e históricos en el comportamiento y la conducta”¹², y, es más, muchos de los psicólogos cognitivistas consideran que “la ciencia cognitiva nunca deberá ocuparse de estos aspectos, o incluso que una descripción científico- cognitiva volverá a la postre innecesaria toda relación de estos factores “turbadores” ”¹³.

El cognitivismo construye modelos acerca de cómo se produce el procesamiento de la información. Como todo modelo, se entiende que se trata de una simplificación de la realidad en la que se abstraen determinados aspectos. Sin embargo, esta simplificación termina siendo un reduccionismo que invisibiliza a la persona concreta y las relaciones sociales de las que forma parte. Abstrae de su análisis los aspectos más relevantes para comprender la formación del psiquismo humano.

En el cognitivismo el sujeto es visto como una entidad individualizada, que interactúa con otros procesadores de información, cuyas conductas no son otra cosa más que información de entrada para cada uno de sus sistemas. De este modo, lo social es reducido a la interrelación entre individuos que utilizan mecanismos específicos de procesamiento interno de información. Autores como Cole y Scribner, han criticado duramente esta postura señalando que “los procesos de conocimiento, y más ampliamente, del sujeto (...) debe ser un estudio centrado en la relación entre individuo y sociedad, o más exactamente un estudio acerca de cómo la individualidad es internalizada desde lo social”¹⁴.

12 Howard Gardner, *La nueva ciencia de la mente. Historia de la revolución cognitiva*, (Buenos Aires: Editorial Paidós, 1987): 415.

13 Ídem.

14 Sisto, “Acerca de la inexistencia”, 96.

No es el cognitivismo y su comprensión de las representaciones mentales como entidades aisladas e independientes, el único modelo para explicar los procesos de la mente. Autores como Henry Wallon, por ejemplo, explican dialécticamente el desarrollo del pensamiento, analizándolo como un proceso que va del acto al pensamiento, dándole a la práctica social del sujeto especial relevancia, considerando en el proceso del desarrollo de la psiquis a la práctica como punto de partida de internalización de lo social, donde la persona concreta, síntesis de un conjunto de determinaciones, es considerada como el sujeto activo que protagoniza estos desarrollos. En los modelos computacionales cognitivistas, la práctica y las relaciones sociales son sustituidos por meros mecanismos de entrada y salida; y la personalidad es reemplazada por la mente cognitiva. El resultado final es que la persona termina siendo cosificada pues se reduce a un mero procesador de información, y la mente cognitiva computacional termina siendo personificada pues es la instancia que asume jerárquicamente todo el control del sujeto.

El naturalismo como forma específica de reificación.

Como ya ha señalado Politzer, el naturalismo, es una de las formas como actúa la reificación en las ciencias humanas. Al analizar los fundamentos antropológicos de los modelos pedagógicos existentes, es evidente la subsistencia de una visión aristotélico-darwiniana del hombre, es decir el ser humano concebido como animal¹⁵. Esta forma de entender al hombre se encuentra en la base de las psicologías y pedagogías conductista, cognitivista, constructivista y aún en la moderna neurociencia.

En el caso del conductismo, los hallazgos del aprendizaje por condicionamiento, efectuados con animales en el laboratorio, fueron

15 Pedro Ortiz, "El problema del sujeto de la educación", *Educación*, año I, N.º 1, (mayo, 2004): 31-41.

extrapolados mecánicamente al ser humano para describir y modificar su conducta. Esta extrapolación no permite ver las particularidades del aprendizaje específicamente humano las cuales no se rigen ya por leyes naturales sino sociales. Además, las conductas del ser humano efectivamente pueden ser descritas a través de los mecanismos del condicionamiento, pero, solo se trataría de descripciones externas, cuantitativas, que dan cuenta de su aumento o disminución, más no de una explicación de su génesis, de su movimiento interno, de su proceso de desarrollo. La pedagogía que resulta de esta concepción de hombre deviene en acciones educativas definidas bajo la forma mecánica de la relación estímulo-respuesta, la consideración en el aprendizaje solo de la conducta observable, una concepción adaptativa de los fines educativos, una forma positivista, despolitizada y desideologizada, de pretender ver la formación humana al interior del fenómeno educativo.

El cognitivismo, como hemos señalado líneas arriba, hace abstracción del ser humano y sus relaciones sociales. Esta dificultad es evidente no solo en el cognitivismo procedente de la teoría del procesamiento de la información y el modelo computacional de la mente, sino también en su etapa posterior cuando aparece bajo la forma de constructivismo. En ambos casos se trata al ser humano como un sujeto epistémico, como un sujeto cognoscente, más no como una personalidad, con toda la integralidad que este concepto implica¹⁶. De ahí que, por ejemplo, cuando por necesidad tenga que referirse a

16 El ideal educativo de la formación integral puede ser comprendido desde distintas vertientes del humanismo (cristiano, existencialista, socialista, etc.). Todas ellas tienen en común una idea de la formación humana en todas sus dimensiones (intelectual, afectiva, ética, estética, física, etc.). Marx se refería a este ideal como plenamente posible en el comunismo, en el que sería realizable, por primera vez, el desarrollo polivalente y multilateral de las capacidades humanas. En la concepción vigotskiana se hace referencia a la formación integral asociada a una idea del sistema total de la personalidad como unidad de lo afectivo, lo cognitivo y lo motivacional. En la teoría sistémica de la personalidad de Ortiz se alude a lo integral refiriéndose a tres subsistemas: el temperamento, el intelecto y el carácter.

la dimensión afectiva, explica la relación de la cognición con el afecto “desde ciertos núcleos subcorticales del cerebro del primate.”¹⁷ Se trata por ello de una concepción animalizada y reduccionista de la mente, de la afectividad y del hombre.

Como señalamos anteriormente, se trata de psicologías y pedagogías que se encuentran aún en la condición de ser “construcciones mitológicas” del ser humano. El proceso de construcción de una psicología y pedagogía científicas requiere partir de una antropología concreta, no abstracta, de una concepción científica, no “mitológica”, del ser humano.

Otra manifestación del naturalismo en psicología y pedagogía es la tendencia a antropomorfizar al animal y de animalizar al hombre: “Mientras al primero se le atribuyen cualidades como tener conciencia, vivir en sociedad y hacer uso de un lenguaje; al segundo se le atribuyen toda clase de instintos y emociones controladas por el “cerebro reptiliano” ”¹⁸.

De igual forma, en la consideración de “lo social” en el comportamiento humano, es común encontrar que este es reducido a ambiente, frente al cual, además, el hombre debe adaptarse. Se concibe la relación individuo-sociedad de la misma forma como el individuo

17 Ortiz, “El problema del sujeto”, 38. Ortiz se refiere aquí no a rechazar los resultados de las ciencias naturales en pedagogía, sino a rechazar una comprensión naturalista de los afectos humanos. Como ha señalado este connotado neurólogo peruano en sus diversas obras, la afectividad propiamente humana, como es el caso de los sentimientos sociales, está codificada en los sistemas funcionales de determinadas zonas del neocórtex, y no en los núcleos subcorticales del cerebro, como ocurre, por ejemplo, con las emociones en el cerebro del reptil. El naturalismo reduce el estudio de la afectividad en el hombre, al estudio de emociones cuya base es el sistema límbico (placer, impulso agresivo), debido a que tiene una concepción animalizada de los afectos humanos

18 Gustavo Villar, “El enfoque vigotskiano, reflexiones en torno a sus fundamentos”, *Revista Matinal*, 2 (1), (2009): 2, <https://www.researchgate.net/publication/265597504_EL_ENFOQUE_VIGOTSKIANO_REFLEXIONES_ENTORNO_A_SUS_FUNDAMENTOS>.

animal se relaciona con su entorno natural. Algunas de estas explicaciones tienen el agravante adicional de concebir al hombre como un sujeto pasivo, respondiente (Watson) u operante (Skinner), pero siempre a merced de los estímulos de su entorno. La sociedad entendida como sistema de relaciones sociales, con toda su carga política, cultural, ideológica, histórica, se encuentra completamente ausente de estos planteamientos. Y dicha ausencia implica excluir de la explicación las fuentes que determinan la formación de la personalidad. Como señala Ortiz, el psiquismo específicamente humano, de nivel consciente, solo puede ser explicado si nos remitimos a su fuente que es la información social.

Estas concepciones ideológicas afectan no solamente la forma como nos representamos al hombre, sino también influyen en las prácticas educativas, en las relaciones sociales de educación, incluida la práctica docente.

En las prácticas disciplinarias al interior de la escuela, por ejemplo, existe una visión animalizada del estudiante. En la escuela aún es marcada la creencia según la cual cuanto más dura la sanción, con mayor firmeza se formará el carácter. Hay efectivamente una cultura tradicional, patriarcal y autoritaria que hace las veces de una “pedagogía espontánea”¹⁹ y define las formas de trabajo del docente en la corrección disciplinaria, la resolución de conflictos, y demás aspectos de la convivencia escolar. La creencia antropológica subyacente, a esta cultura patriarcal, es la del hombre animalizado, cuya conducta está moldeada a razón del temor al castigo.

Sin ser plenamente conscientes de ello, los docentes suelen ser portadores de estas concepciones empañadas por representaciones ideológicas deformadas respecto a cómo es el estudiante. El

19 Félix Reátegui. *Formación en ciudadanía en la escuela peruana: avances conceptuales y limitaciones en la práctica de aula*, (Lima: IDEHPUCP, 2009): p. 88.

trasfondo de estas representaciones es una idea general acerca de cómo es el hombre.

En el terreno de la pedagogía, esta reificación se expresa consecuentemente, en la forma como son asumidos los elementos, los contenidos y los propósitos del fenómeno educativo.

La pedagogía conductista, por ejemplo, concibe al estudiante como un ser natural que interactúa con el ambiente y responde a los estímulos del medio. Lo social, es reducido a medio ambiente. El estudiante está cosificado porque está biologizado, naturalizado. Las relaciones sociales y toda su complejidad económica, política, cultural, desaparecen al ser reemplazadas por la categoría medio ambiente. El estudiante es analizado de la misma forma como el biólogo estudia a un animal: las relaciones adaptativas de un individuo con su medio. ¿Cómo se produce el aprendizaje para un conductista? El sujeto es sometido a determinados estímulos (refuerzos y castigos) y por las leyes de la asociación y el efecto, modifica su conducta, es decir aprende. De esta forma, las relaciones estímulo- respuesta están personificadas, pues sustituyen al sujeto concreto, en la explicación del aprendizaje. El sujeto, es a lo más sujeto- animal operante (Skinner) o respondiente (Watson).

En el conductismo de Watson, el primer conductismo, el modelo de análisis era el condicionamiento clásico. En este tipo de condicionamiento, originalmente realizado por Pavlov con perros en un laboratorio, el aprendizaje se produce por asociación entre un estímulo natural (por ejemplo, la carne) y un estímulo neutral (por ejemplo, el sonido de una campanilla). La estimulación con carne produce salivación en el perro de forma natural, pero si el sonido de la campanilla antecede determinado número de veces a la carne, terminará provocando, en ausencia de la carne, la salivación en el animal de la misma forma como lo provocaba la carne.

Watson vio en estos hallazgos una forma científica de estudiar el aprendizaje. Considerando a la psicología como una ciencia natural y al hombre como a un animal, sin ninguna línea demarcatoria entre

ambos. Asumió respecto al ambiente una posición determinista. Así es conocida su frase siguiente: “Dadme una docena de niños sanos y bien formados y mi mundo específico para criarlos, y yo me comprometo a tomar cualquiera de ellos al azar y entrenarlo para que llegue a ser cualquier tipo de especialista que quiera escoger: médico, abogado, artista, mercader y sí, incluso mendigo y ladrón, sin tener para nada en cuenta sus talentos, capacidades, tendencias, habilidades, vocación o raza de sus antepasados”²⁰.

Como se puede apreciar en este determinismo ambientalista, el sujeto es concebido de una forma totalmente pasiva, está completamente determinado por el ambiente. Es, utilizando lenguaje conductista, un animal respondiente.

Esta forma de concebir al sujeto, cosificado como animal respondiente, lleva a Watson a pensar que todo el aprendizaje humano puede ser reducido a estas relaciones estímulo-respuesta.

En el conductismo de Skinner, el modelo de explicación del aprendizaje es el condicionamiento operante: el sujeto (humano/ animal) realiza una acción sobre el medio y esta acción es contingente a la aparición de refuerzos o castigos. Un estímulo será reforzante si incrementa la probabilidad de ocurrencia de una conducta, y será castigo si disminuye la probabilidad de ocurrencia de la misma. En cierto sentido, el sujeto es más activo en este modelo, pues debe operar sobre el entorno, a diferencia del modelo pavloviano en la cual el sujeto es respondiente. Sin embargo, sea operante o sea respondiente, el conductismo no establece diferencias cualitativas entre el hombre y el animal. Se trata en ambos casos de una conducta concebida como conducta adaptativa, ubicando su estudio en los marcos de la ciencia natural. Por eso, planteamos que en el conductismo el sujeto está reificado pues el hombre está concebido como hombre-animal.

20 John Watson, *Behaviorism*, (New York: Norton, 1930): 104.

Aprendizajes más complejos, específicamente humanos, vinculados con el lenguaje, la motivación, la afectividad social, el desarrollo moral y la resolución de problemas, no pueden ser explicados satisfactoriamente por el modelo de condicionamiento. Se recurrirá al intento de comprender aprendizajes complejos por la simple combinación de aprendizajes de un nivel inferior, bajo mecanismos asociativos e inductivos.

Las raíces filosóficas de esta concepción empirista y mecanicista, y el error de explicar lo complejo por simple combinación de lo elemental, queda bien ejemplificada en la filosofía de Condillac expresada en su metáfora de la estatua sensible a la que primero se le confiere el sentido del olfato, y con este único sentido sus experiencias le van permitiendo la aparición de todas las facultades humanas. Borges, lo resume así de modo genial: “Que en la conciencia de la estatua haya un olor único, y ya tendremos la atención; que perdure un olor cuando haya cesado el estímulo, y tendremos la memoria; que una impresión actual y una del pasado ocupen la atención de la estatua, y tendremos la comparación; que la estatua perciba analogías y diferencias, y tendremos el juicio; que la comparación y el juicio ocurran de nuevo, y tendremos la reflexión; que un recuerdo agradable sea más vívido que una impresión desagradable, y tendremos la imaginación. Engendradas las facultades del entendimiento, las facultades de la voluntad surgirán después: amor y odio (atracción y aversión), esperanza y miedo. La conciencia de haber atravesado muchos estados dará a la estatua la noción abstracta de número; la de ser olor a clavel y haber sido olor a jazmín, la noción del yo”²¹.

El empirismo del conductista supone, desde la perspectiva antropológica a un sujeto receptivo, que responde mecánicamente y asociativamente a las influencias del ambiente, la metáfora empirista

21 Jorge Luis Borges, “Dos animales metafísicos”, en: *El libro de los seres imaginarios*, (Buenos Aires: Kier, 1967): 8.

de la estatua sensible, se condice con la reificación del sujeto a la que hacemos referencia, el sujeto reducido a un ser reactivo que se va individualizando bajo las leyes de la asociación. Con la diferencia claro está que el empirismo positivista del conductista no le permitirá hacer referencia a representaciones mentales sino solo a conductas observables. Los conductistas resolverán esta cuestión diferenciando entre conductas molares (complejas) y moleculares (segmentos de conducta).

El asociacionismo al que hemos hecho referencia y que pretende así explicar mecánicamente lo superior por lo inferior, se expresa también claramente en la teoría del aprendizaje de Robert Gagné (modelo ecléctico conductista-cognoscitivista) quien lo explica de la siguiente manera:

“La condición más importante que permite distinguir entre una forma y otra de aprendizaje es su estado inicial, en otras palabras: sus *requisitos previos*. (...). Si no se cumple esta condición nos vemos obligados a trabajar con condiciones que permitan el establecimiento de dichos requisitos (. . .). Esta generación aplicada a las variedades de aprendizaje que hemos estudiado, se puede expresar brevemente de la forma siguiente: Resolución de problemas (tipo 8) supone como requisitos previos los principios (tipo 7), que a su vez suponen como requisitos previos los conceptos (tipo 6), que suponen como requisitos previos las discriminaciones múltiples (tipo 5), que suponen como requisitos previos las asociaciones verbales (tipo 4) o cadenas de otra clase (tipo 3), que suponen como requisitos previos las conexiones Ee-R (tipo 2). Cabría agregar (...) que las conexiones Ee-R (tipo 2) necesitan del aprendizaje de señales (tipo 1) como requisito previo. Esto puede ser cierto, pero no parece deducirse con seguridad de las pruebas con que contamos hasta el presente (...).”²²

22 Robert Gagné, *Las condiciones del aprendizaje*, (Madrid: Aguilar, 1971): 55-56.

La pedagogía cognitivista, a su vez, concibe al estudiante como una mente, un sujeto epistémico, que estructura y reestructura sus esquemas mentales en interacción con el medio, frente al cual tiene que adaptarse, asimilando y acomodando. El cognitivista tiene una visión reduccionista de la *mente*, pues sobredimensiona el papel de la cognición y los conocimientos en el aprendizaje en detrimento de otros procesos psíquicos como los afectos o la motivación. Refiriéndose a este reduccionismo, señala Ortiz que los afectos para el cognitivista son tratados como emociones de nivel animal, procesadas por un cerebro reptiliano²³. El sujeto concreto es sustituido por la mente computacional y su cerebro es animalizado.

Sobre este problema de la relación mente- cerebro hay también varias dificultades que analizar en el cognitvismo. Una de ellas es el problema del dualismo cartesiano. Como señala Gardner, el cognitivismo desde sus orígenes buscó prescindir tanto de factores biológicos como culturales. Su forma de concebir las representaciones cognitivas como autonomizadas lo alejó del estudio de estas interrelaciones entre mente-cerebro y mente-sociedad. Mente y cerebro aparecen como entidades separadas, autonomizadas. Es más, Gardner señala que los modelos de representación cognitiva vistos como algoritmos secuenciales de información, no se condicen con los hallazgos de la neuropsicología acerca de cómo el cerebro funciona en base a sistemas funcionales, redes simultáneas, flexibles y que no siguen las secuencias seriales de los modelos de la mente computacional. Pero, el problema no quedaría del todo resuelto al reemplazar circuitos secuenciales por circuitos paralelos, pues al no contar con una teoría sistémica de la personalidad y solo tener una teoría de la mente cognitiva, se mantienen en pie los dualismos y los reduccionismos propios de esta corriente.

23 Pedro Ortiz. "El problema del sujeto", 31-41.

Su consecuencia en pedagogía, será: (a) una débil comprensión del proceso real de aprendizaje en los estudiantes al desatender sus múltiples factores, (b) un sesgo al reducir los propósitos educativos a la formación de capacidades cognitivas, en desmedro de la formación integral de la persona en la tarea educativa, (c) una desatención del papel de la escuela, en tanto dispositivo que organiza culturalmente la enseñanza. La reificación que opera en el cognitivismo ve en el sujeto que aprende una *mente* que aprende. De ahí que, desde la mirada del cognitivista el problema central consiste en ver que ocurre *cuando la mente va a la escuela*²⁴.

Una expresión todavía más definida en pedagogía acorde a estos procesos de reificación, en la acepción original de Lukács como generalización de las formas mercantiles al conjunto de la sociedad, lo vemos en los enfoques conductistas y cognitivistas en torno a las competencias. De acuerdo a este enfoque, todo propósito educativo es expresable bajo la forma competencia. Las competencias asumen un carácter monopolizador, totalizante, de los fines educativos. Los diseños curriculares definen perfiles expresados en términos de competencias. Veamos cómo se conciben las competencias en estas corrientes, a qué necesidades responden y qué objetivos persiguen, y debido a todo esto cómo se produce nuevamente una concepción reificada del hombre.

Desde el enfoque conductista, autores como McClelland y Spencer definen a las competencias como características o habilidades que tiene el sujeto en relación con desempeños observables valorados en función a su efectividad. Spencer y Spencer definen así a las competencias: “es una característica subyacente de un individuo que está causalmente relacionada con un estándar de efectividad y/o

24 Hacemos alusión aquí al texto de Mario Carretero denominado *Introducción a la psicología cognitiva*, cuyo quinto capítulo se tituló precisamente así: Cuando la mente va a la escuela.

performance superior en un trabajo o situación”²⁵. Este enfoque dio lugar a investigar el comportamiento de mandos de diversas empresas con el fin de identificar las competencias que resultasen exitosas para los fines empresariales.

En el marco del enfoque cognitivista, Sternberg²⁶ plantea que en las empresas son de vital importancia las habilidades analíticas, prácticas y creativas. En una empresa, estas habilidades posibilitan que se logre el máximo del rendimiento posible por parte del trabajador en su puesto de trabajo y se asume que pueden constituir una fortaleza y un arma competitiva para enfrentar y resolver las adversidades del entorno, y lograr una mayor competitividad de la misma.

En la forma como ambas corrientes –conductismo y cognitivismo– definen el rol de las competencias en educación se aprecia un claro eficientismo. Dicho eficientismo es expresión del poder que tienen, sobre los sistemas educativos, las demandas del mercado donde prima el interés de los grandes grupos de poder económico a nivel mundial.

Como sabemos, el capitalismo, en la llamada sociedad de la información, de grandes cambios tecnológicos, requiere cada vez más de una fuerza de trabajo que le permita realizar un trabajo complejo, altamente calificado, que requiere de procesos educativos superiores que garanticen una creciente especialización e innovación. Los profesionales desde esta perspectiva son valorados en tanto mercancía, su fuerza de trabajo es una mercancía capaz de producir mercancías de alta complejidad tecnológica. Las universidades son centros de producción de la mercancía fuerza de trabajo profesional, capaz de realizar trabajo complejo acorde a las necesidades del mercado

25 Spencer y Spencer, *Competence at work*, (New York: John Wiley and Sons, 1993): 122.

26 Robert Stenberg, “The concept of intelligence and its role in life long learning and success”, *American Psychologist*, 52(10),(1997): 1030-1037.

capitalista. Desde el punto de vista antropológico, se cumplen las mismas conclusiones que señalaba Marx acerca de la enajenación del trabajador en las relaciones de trabajo capitalistas. Aunque la imagen difiere un tanto de aquel *monstruo tullido* término usado por Fromm²⁷ para hacer alusión a la condición del trabajador industrial que Marx describe en *El Capital*, y al que el propio Marx grafica –utilizando la fábula de Menenio Agripa– como un hombre convertido en fragmento de su propio cuerpo; sino se asemeja más a la imagen de ese *nuevo bárbaro*, fragmentado igual, al que aludía Ortega y Gasset refiriéndose a los profesionales, a los especialistas: sabio en su profesión, especializado, pero inculto a la vez, ignorante de lo que acontece a su alrededor²⁸.

Desde el punto de vista educativo, vemos nuevamente, como se halla ausente, en tanto finalidad del proceso educativo, la formación integral de la personalidad, el sujeto concreto, y como es reemplazado por un perfil profesional basado en competencias, las cuales, además, están definidas funcionalmente en relación a los intereses mercantiles del sistema capitalista. Los profesionales y su fuerza de trabajo, en tanto mercancía, son expresados, valorados, cuantificados, estandarizados en términos de sus competencias²⁹. La tendencia descubierta por Marx, como propia del

27 Erich Fromm, *Marx y su concepto del hombre*, (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1966): p. 30.

28 José Ortega y Gasset. *Misión de la universidad*, (Revista de Occidente, Madrid, 1930): p. 4. Recuperado de <www.esi2.us.es/~fabio/mision.pdf>.

29 Hay que reconocer, sin embargo, los esfuerzos pedagógicos de resignificar el asunto de las competencias en la educación desde una perspectiva de formación integral, que considere los diversos saberes. Al respecto, se pueden revisar los trabajos de autores cubanos que buscan enmarcar la categoría competencia en un enfoque histórico cultural (Montes de Oca y Machado, 2012). Otros autores han incluido como fines de la educación además del saber aprender, el saber convivir, el saber hacer y el saber ser, también el saber transformar (Arana, Batista y Ramos, 2003), lo que daría lugar a propuestas alternativas sobre la formación de competencias con distintas denominaciones: competencias crítico-emancipatorias (Marques, 2007), competencias para la participación social con enfoque

capitalismo, a la primacía de lo abstracto sobre lo concreto, y de lo cuantitativo sobre lo cualitativo, se expresan claramente en este enfoque pedagógico.

La abstracción. El hombre aislado de sus relaciones sociales

La pedagogía para dejar de ser una tecnología y convertirse en una ciencia madura, necesita una antropología del hombre concreto, lo que implica despojarse de todos los elementos de una antropología abstracta presentes en las distintas corrientes pedagógicas que la conforman.

Conviene por ello recordar la diferencia que hace el marxismo entre hombre concreto y hombre abstracto. El hombre abstracto es el hombre representado como existiendo al margen de la vida material de la sociedad, extrañado del sistema histórico de relaciones sociales³⁰. Por el contrario, el hombre concreto, es el hombre concebido al interior de una clase social, ubicado en una determinada posición en el sistema de relaciones sociales, instalado en la historia social, miembro integrante de una cultura.

También se usa esta distinción para caracterizar al hombre abstracto en tanto ser enajenado, cosificado, unilateralizado por las relaciones de producción en el sistema capitalista. El hombre concreto, inversamente, es el hombre omnilateralmente desarrollado, que trabaja libremente, ejerciendo plenamente su humanidad.

Desde esa perspectiva “la antropología concreta es la ciencia del hombre real (situado, histórico, social), pero que avizora también la

ético-emancipatorio (Ovidio, 2009), nuevas competencias para la emancipación (Garibay y Séguier, 2012), entre otros.

30 J. González, “Humanismo y ontología en los manuscritos de 1844, de Marx”, en: Gabriel Lozano (editor), *En torno a la obra de Adolfo Sánchez Vásquez*. Facultad de Filosofía y Letras, (México: Universidad Nacional Autónoma, 1995): 121-147.

necesidad y posibilidad de un hombre integral, multidimensional, libre.”³¹

Las corrientes psicológicas ya señaladas, se enmarcan en la constitución de una antropología abstracta pues definen su objeto de estudio realizando una doble abstracción: la conducta, la mente o el inconsciente, son abstraídos del sujeto concreto, de la personalidad integralmente considerada; y, son abstraídos también de las relaciones sociales y sus determinaciones históricas.

Al realizar la primera forma de abstracción, no es posible ver a la personalidad en su conjunto, y, se pierde de vista, desde la perspectiva pedagógica, el ideal humanista de la formación integral.

Veamos este rasgo tomando como ejemplo el caso del cognitivismo. En primer lugar, el cognitivismo al concebir al estudiante como una *mente*, y más aún como una *mente cognitiva*, reduce la condición del sujeto a la de sujeto epistémico, un procesador de información. El modelo computacional de la mente verá entradas, procesamientos y salidas de información, abstraídas de la personalidad y sus relaciones sociales. Incluso las otras dimensiones de la *mente* están ausentes, animalizadas o cognitivizadas. Como ya dijimos anteriormente, la afectividad está concebida como emociones de nivel animal. Agregaremos, además, que la moral, para el cognitivismo aparece como subsidiaria de la cognición, pues es abordada como *razonamiento* moral.³² La personalidad como realidad integradora

31 G. Villar, *Concepción marxista de hombre: el proyecto de psicología concreta y la teoría informacional de la personalidad de Pedro Ortiz Cabanillas*, (2015), 1, recuperado de <http://www.academia.edu/18375084/Concepci%C3%B3n_marxista_de_hombre_el_proyecto_de_psicolog%C3%ADa_concreta_y_la_teor%C3%ADa_informacional_de_la_personalidad_de_Pedro_Ortiz_Cabanillas>.

32 Lawrence Kohlberg, *Estadios morales y moralización. El enfoque cognitivo-evolutivo, infancia y aprendizaje*, 5:18, (1982): 33-51, DOI: 10.1080/02103702.1982.10821935. “Dado que el razonamiento moral es claramente razonamiento, el que haya un razonamiento moral avanzado dependerá de que haya un razonamiento lógico

de la totalidad de la vida del sujeto y sus relaciones sociales se encuentra ausente.

La mente cognitiva, no solo está abstraída de las otras dimensiones de la personalidad, sino que, además, está abstraída del cerebro. El viejo dualismo cartesiano queda sin resolver cuando el cognitivista ve cognición y cerebro como dos entidades separadas, una abstraída de la otra. Una comprensión dialéctica de las relaciones entre conciencia y cerebro, por el contrario, verá entre ellas una unidad, como dos caras de una moneda (al decir de Vigotsky) o definirá al cerebro humano como una conciencia, vista como actividad; o a la conciencia como un cerebro humanizado, visto como estructura (al decir de Ortiz).

Una segunda forma de abstracción en la que incurren el psicólogo y el pedagogo cognitivistas, consiste en abstraer la *mente* de las relaciones sociales y las determinaciones históricas del sujeto concreto. El cognitivismo concibe las relaciones sujeto-medio, en función al principio de adaptación. Piaget señala, con claridad, que la función principal de la inteligencia es la adaptación. La cuestión es que colocar en estos términos la relación del sujeto con el medio es situarla en un plano biológico. Como es sabido, Piaget concibe a la inteligencia como una prolongación del desarrollo biológico, como una herramienta de adaptación.³³ Estos planteamientos, limitan la comprensión del hombre, al ser concepciones naturalizadas del mismo.

Como veremos más adelante, es necesario para una comprensión cabal del ser humano, entender su carácter socio-histórico. El naturalismo concibe al hombre y al animal sin mayores diferencias

avanzado. Hay un paralelismo entre el estadio lógico del individuo y su estadio moral", (p. 34).

33 Jean Piaget, *El nacimiento de la inteligencia en el niño*, (Barcelona: Editorial Crítica, 2014): p. 12.

cualitativas. De ahí que se crea que se pueden aplicar las mismas leyes científico naturales a fenómenos que son más bien de carácter histórico social. Le sucede al psicólogo cognitivista cuando, muy a su pesar, debe referirse a los afectos (ya hemos señalado que, por lo general, el cognitivista suele ponerlos entre paréntesis). El cognitivista solo ve en el hombre emociones de nivel animal regulados por el cerebro subcortical. Su concepción racionalista del ser humano, lo lleva a concebir al pensamiento como un proceso de carácter superior, y, por ende, procesado por la corteza cerebral más avanzada: el neocórtex. Mientras que, a los afectos, los concibe como un rezago evolutivo del animal en el hombre, procesados por el área más primitiva del cerebro: el sistema límbico. Por el contrario, las investigaciones científicas orientadas por una concepción sociohistórica del ser humano explicarán la complejidad de la afectividad humana de otra forma: por un lado, emociones innatas, de +origen natural (aunque luego modificadas por la cultura), y, por otro lado, sentimientos, de origen social, mediatizados por el lenguaje (herramienta cultural) y codificados por el neocórtex, tan igual como le ocurre al pensamiento. Las investigaciones de Ortiz, por ejemplo, han dado cuenta de grandes sistemas funcionales neocorticales en el ser humano que codifican información psíquica afectiva de origen social. En los modelos cognitivistas de la mente y del cerebro, los afectos, en cambio, son siempre comprendidos como afectos de nivel animal.

El formalismo. El hombre fragmentado en clases o componentes

El formalismo es el tercer procedimiento específico, señalado por Politzer, de cómo el idealismo se expresa en las concepciones antropológicas de la psicología y la pedagogía. La noción de formalismo está ligada, según Politzer, a desarticular el proceso dialéctico en unidades formales, en elementos que interjuegan, pero que no permiten explicar el proceso real en todo su movimiento, en su génesis, en su necesidad. Agregaremos que este procedimiento está referido

también a la tendencia a realizar formulaciones teórico generales, sin comprender lo concreto en sus múltiples determinaciones. Ciertamente, toda teoría implica inevitablemente una generalización, pero es necesario distinguir entre generalización abstracta y abstracción concreta³⁴. En el primer caso se trata de encontrar lo común entre un conjunto de aspectos particulares. En el segundo, de ver lo concreto como un conjunto de determinaciones internas. La abstracción generalizadora es un procedimiento lógico formal. La abstracción concreta remite, en cambio, a lo que Marx denomina, descubrir *la lógica especial del objeto especial*³⁵, descubriendo sus relaciones internas más esenciales. En el primer caso, nos movemos en el nivel descriptivo de la ciencia, en el segundo en un nivel explicativo y, por lo tanto, verdaderamente científico.

Marx en su *Crítica a la filosofía del Estado de Hegel*, señala sobre este aspecto lo siguiente: “la crítica verdaderamente filosófica no sólo le saca a la actual Constitución las contradicciones que tiene, sino que las *explica*, comprende su génesis, su necesidad, su significado *característico*. Pero esta *comprensión* no consiste, como Hegel creía, en ir reconociendo constantemente las concreciones del concepto lógico, sino en comprender la lógica característica de cada objeto característico”³⁶.

Marx critica la dialéctica de Hegel en tanto es un procedimiento que descubre contradicciones, pero que, en vez de comprenderlas como contradicciones empíricas, las convierte en abstracción lógica. En vez de develar su origen material, las soporta en categorías lógicas. En vez de buscar la lógica especial del objeto especial fuerza los datos empíricos para enmarcarlos siempre en las mismas categorías

34 Lucien Sève, *Marxismo y teoría de la personalidad*, (Buenos Aires: Amorrortu editores, 1975): p. 237.

35 Carlos Marx, *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, (Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 2010): p. 127.

36 *Ibid.*, 127.

especulativas preestablecidas. Aplicada a la crítica de la filosofía del Estado de Hegel, por ejemplo, dirá Marx que no es la lógica la que se halla al servicio de fundamentar el Estado, sino el Estado el que sirve para fundamentar la lógica.³⁷

Aunque esta crítica a Hegel implica cuestionar lo que Marx denomina como misticismo lógico, debido al carácter especulativo de las categorías hegelianas, también es una crítica al formalismo de asumir el procedimiento de la generalidad abstracta como la explicación completa del objeto de estudio.

De esta forma, se confunde la generalidad abstracta con la esencia real de las cosas. Se omite la génesis que explica el objeto y que devela su esencia. En el caso del hombre, se suprime el proceso de su devenir histórico y se enuncian leyes aplicadas al hombre en general.

A través de la generalización abstracta, las psicologías antes mencionadas han pretendido construir una ciencia del individuo concreto. Pero, se han tropezado con la paradoja de crear una ciencia general de lo individual. Para resolverlo, han recurrido a construir modelos generales a partir de las semejanzas entre los casos particulares. De esta forma se han construido todas las teorías tipológicas de la personalidad, pero también todos los modelos cognitivos acerca de cómo funciona la mente que aprende.

Uno de los aportes importantes de Marx al estudio de la esencia de un fenómeno, es precisamente no limitarse a la generalidad abstracta, sino a encontrar la esencia del objeto al comprender sus relaciones internas. Comprender que la esencia es *relación* permite superar el mero ejercicio de generalizar rasgos fenoménicos y quedarnos en la mera descripción de semejanzas superficiales. Para Marx conocer la esencia de un objeto es conocer las relaciones más internas que la determinan. Respecto al hombre, Marx dirá por

37 *Ibid.*, 39.

ello, que la esencia humana es el conjunto de las *relaciones* sociales. Dice Sève que solo a través de esta comprensión epistemológica de la abstracción concreta se podrá generar una antropología no especulativa.³⁸

En pedagogía, abundan las construcciones tipológicas basadas en este procedimiento de generalidad abstracta: tipos de aprendizaje, tipos de inteligencia, estilos de aprendizaje, taxonomía de los objetivos educacionales, etc. Todas ellas contribuciones que solo alcanzan el nivel descriptivo de la ciencia, pero que no llegan a ser explicativas de la esencia del proceso educativo, del proceso de enseñanza- aprendizaje, de la formación integral del ser humano.

La psicología cognitivista, por ejemplo, basada en estos procedimientos de generalidad abstracta, intentará comprender el proceso de aprendizaje recurriendo al análisis de los factores cognitivos que intervienen en este proceso: la atención, la percepción, la memoria, el pensamiento, el lenguaje. Describirá el procesamiento que tendrá lugar en la mente del sujeto que aprende, clasificará las operaciones que intervienen y los niveles de procesamiento según grados de habilidad. El pedagogo cognitivista enfatizará en las estrategias de enseñanza (cognitivas y metacognitivas) que permitan alcanzar los mayores niveles de logro en este procesamiento y los evaluará en función a los conocimientos y a las capacidades previstas. La limitación de este proceder teórico y aplicativo es que efectivamente, al no situar el proceso enseñanza-aprendizaje en una comprensión de la personalidad, de la conciencia y la actividad, así como el proceso de su formación en la historia de los sujetos, en su biografía, con todos los sentidos personales que esto involucra, omitiendo las complejas mediaciones con su entorno cultural, social, económico y político, tendrá, desde la perspectiva teórica, el valor de una descripción parcial, abstracta, incompleta, ahistórica e impersonal; y,

38 Sève, *Marxismo y teoría*, 92.

desde la perspectiva práctica, el dudoso valor teleológico de reducir la educación del hombre a la formación únicamente de competencias intelectuales.

En el caso de la pedagogía conductista, estos procedimientos de generalidad abstracta quedan ejemplificados en la descripción que se realiza sobre cómo se produce el aprendizaje. Habíamos señalado el caso de la teoría de Robert Gagné, que establece ocho niveles de aprendizaje. Este autor señala cómo se adquieren de manera progresiva aprendizajes que van desde el aprendizaje de señales (condicionamiento clásico) hasta el aprendizaje de resolución de problemas. Supone que este proceso es constructivo de lo inferior a lo superior, y que, para adquirir un determinado nivel de aprendizaje, se debe haber adquirido necesariamente el nivel inmediato anterior. Gagné identifica estos niveles, los jerarquiza y describe sus sucesiones. Supone además que este proceso es universal, independientemente del contexto. No existe en esta teoría una explicación acerca del movimiento interno que permite este paso de lo inferior a lo superior. Los datos empíricos han sido clasificados, jerarquizados, quedándose en un plano descriptivo. No se formulan los mecanismos que harían posible este proceso. No se rinde cuenta del proceso de construcción sociocultural que suponen los aprendizajes propios del ser humano. No se diferencian las leyes específicas que gobiernan los niveles superiores del aprendizaje más allá del nivel animal. Como se ha venido señalando, el mecanismo de generalidad abstracta, solo nos permite llegar a un nivel descriptivo, sin develar esa lógica especial del objeto especial que reclama Marx como propio de la ciencia en su tarea de dar cuenta de la esencia de su objeto de estudio.

2. El marxismo como fundamento antropológico de la pedagogía

El humanismo marxista permite sentar las bases, tanto en psicología como en pedagogía, para la construcción de una antropología concreta que permita superar la reificación, la abstracción y el

formalismo propios de la antropología abstracta que habita en las psicologías y pedagogías contemporáneas.

Consideramos también que una antropología científica del hombre concreto aportará los fundamentos de un proyecto educativo emancipador que, en determinadas condiciones, contribuya decididamente a superar esas pedagogías espontáneas, autoritarias y patriarcales que delinean aún las prácticas docentes.

La sexta tesis de Marx sobre Feuerbach

En la obra de Marx encontramos siempre presentes los temas antropológicos. Incluso en *El capital* están planteados el problema del hombre concreto, la cuestión de la esencia humana, la enajenación del hombre en el capitalismo y algunas tesis acerca de la plena realización del hombre en el comunismo. Por ello, es justo afirmar, en contra de algunas posiciones³⁹, que el marxismo es un humanismo.

Sève, sostiene que la forma científica, madura, del humanismo marxista se encuentra formulada en la sexta tesis de Marx sobre Feuerbach: “la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales”⁴⁰. Marx señala que la esencia humana debe ser hallada en las condiciones sociales objetivas. De esta forma se produce un giro copernicano en cuanto al concepto de hombre: “ya no es una esencia abstracta sino concreta, ya no es ideal sino material, ya no es natural sino

39 Louis Althusser plantea una lectura de Marx en la cual existiría una ruptura en el Marx maduro con el humanismo. El marxismo científico se caracterizaría por ser un antihumanismo teórico. En este artículo asumimos una posición diametralmente opuesta.

40 Carlos Marx, “Tesis sobre Feuerbach”, en: Marx, Karl y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, vol. I, [1845], (Moscú: Progreso, 1973): p. 7.

histórica, ya no es inherente al individuo aislado sino al conjunto de las relaciones sociales”⁴¹.

Esta premisa antropológica tiene varias implicaciones que pasamos a señalar:

En primer lugar, los hombres son producidos por sus relaciones sociales. Cada individuo nacido como miembro de la especie *homo sapiens*, debe adquirir su condición humana al interior del sistema de relaciones sociales de la que le ha tocado ser parte.

Al respecto decía Leontiev, que no se nace siendo una personalidad, es decir, al nacer somos individuos pertenecientes a una especie, visto desde una perspectiva biológica, pero dado que nuestra esencia es social, es justo afirmar que el individuo humano debe humanizarse, adquirir su esencia como ser humano a través de la socialización: el individuo se humaniza en la medida que se socializa.

De forma análoga, señala Ortiz, que el nivel psíquico consciente propio del ser humano se desarrolla gracias a la información social que incorpora el individuo en el proceso de su vida. Los animales desarrollan un psiquismo que Ortiz denomina inconsciente, mientras que los seres humanos adquirimos un psiquismo de nivel consciente gracias a un tipo de información que existe externamente a nosotros, que es la información social.

Vigotsky también subraya esta diferencia cuando explica que existen dos clases de procesos psíquicos: los procesos psíquicos inferiores que siguen la línea natural de desarrollo (como el animal) y los procesos psíquicos superiores que siguen la línea cultural del desarrollo y que son exclusivamente humanos (pensamiento, lenguaje, sentimientos, motivación). Vigotsky, retoma la sexta tesis de Marx, para adecuarla a la explicación del origen y carácter social del

41 Sève, *Marxismo y teoría*, 124-125.

psiquismo humano cuando señala: “Modificando un conocido postulado de Marx podríamos decir que la naturaleza psicológica del hombre constituye un conjunto de relaciones sociales, trasladadas al interior y que se han convertido en funciones de la personalidad y en formas de su estructura”⁴².

Galperin, sobre esta concepción social de la esencia del ser humano, afirma que el hombre no posee instintos, pues estos se extinguieron en el proceso de antropogénesis. Lo que se conserva en la actualidad son necesidades orgánicas que el hombre satisface en condiciones sociales, y que, por lo mismo, se convierten en necesidades sociales también.⁴³

En segundo lugar, las relaciones sociales tienen existencia objetiva: “en la producción social de su existencia, los hombres contraen relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; relaciones de producción que corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales...”⁴⁴. Esta objetividad implica también su historicidad. De tal suerte, que resulta siendo una especulación abstracta, cuando queremos hablar del niño en general, del adolescente en general, sin situar la explicación en las relaciones histórico-sociales que los determinan: a qué cultura pertenece, de qué clase social forma parte, qué tipo de información social interioriza, en qué ubicación de las relaciones sociales se encuentra.

Es fundamental comprender qué papel juegan las relaciones sociales en la explicación de la personalidad y su educación. De esta

42 Lev Vigotsky, *Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores*, (La Habana: Editorial Científico Técnica, 1987): 162

43 Piotr Galperin, “El problema sobre los instintos en el hombre”, en *Selección de lecturas de Psicología de las Edades*, t. III, Colectivo de autores. (La Habana: Facultad de Psicología, Universidad de la Habana, 1988): p. 10.

44 Carlos Marx, *Prólogo a la contribución a la crítica de la economía política* (1859). 9na edición en español, (México: Siglo XXI editores, 2008): p. 4.

comprensión depende en gran medida la constitución de la psicología y la pedagogía como ciencias del hombre concreto. La consideración banalizada de “lo social” considerada simplemente como factor externo no permite aproximarnos a la explicación de las relaciones sociales como esencia de la personalidad.

3. El aporte de la escuela histórico-cultural de Lev Vigotsky a la construcción de una pedagogía del hombre concreto

El intento más fructífero de fundamentar una corriente pedagógica a partir de la concepción científica de hombre del marxismo, la encontramos en la teoría histórico cultural de Vigotsky.

Vigotsky fue el primer investigador de la entonces emergente Unión Soviética en plantear de una manera auténticamente creadora el proyecto de construir sobre fundamentos marxistas la ciencia psicológica. Debido a ello, pudo utilizar el potencial heurístico de la concepción materialista de la historia, para revolucionar la psicología de su tiempo y sentar las bases de una nueva pedagogía.

En diez años de intensa investigación, Vigotsky se abocó al proyecto de utilizar al marxismo como guía metodológica para la construcción de una psicología auténticamente científica. Para Vigotsky el materialismo histórico es la guía epistemológica y el fundamento antropológico de las ciencias sociales. A diferencia de la mayoría de sus contemporáneos Vigotsky comprendió que el problema de la relación entre marxismo y ciencia no se resolvía intentando “aplicar” deductivamente las leyes de la dialéctica para explicar el objeto de estudio. Sino por el contrario, tal como lo hiciera Marx en la economía política, de lo que se trata es de establecer las categorías y unidades de análisis propios de cada ciencia acorde a su objeto de estudio. Es decir, descubrir la lógica especial del objeto especial.

Consideramos que el fructífero alcance científico que ha obtenido la teoría vigotskiana se debe a sus fundamentos epistemológicos

y antropológicos. Según el propio Vigotsky⁴⁵, dichos fundamentos descansan en la concepción materialista de la historia desarrollada por Marx.

Respecto al tema antropológico Vigotsky concibe que, dada la esencia social del hombre, su psiquismo, conciencia y personalidad se forman al interior de un conjunto históricamente determinado de relaciones sociales.

Pero, ¿de qué forma se relaciona el proceso general, histórico, de la sociedad con la formación de los individuos concretos? La respuesta que da Vigotsky a esta pregunta da lugar a los postulados más importantes de su teoría⁴⁶

Según Vigotsky, el psiquismo humano es cualitativamente distinto del psiquismo animal. Los seres humanos nacemos naturalmente con procesos psíquicos inferiores (PPI) al igual que los animales: emociones innatas, sensaciones elementales, memoria sensorial. Ello constituye la línea natural de desarrollo. Sin embargo, en el ser humano se desarrollan procesos psíquicos superiores (PPS) que tienen un origen social: el pensamiento, los sentimientos, la voluntad. Constituyen la línea cultural del desarrollo.

Los PPS, concebidos así, no pueden reducirse a los PPI que tienen una naturaleza biológica, pues tienen una naturaleza intrínsecamente social. Los PPS tienen un desarrollo particular, diferenciado y que obedece a leyes propias. Esta forma de concebir el desarrollo difiere de la forma naturalista como este ha sido explicado en otras teorías. Como señalábamos anteriormente, Piaget, por ejemplo, ve el desarrollo de la inteligencia como una prolongación del desarrollo

45 Lev Vigotsky. *El significado histórico de la crisis de la psicología. Una investigación metodológica*, 2015, (1927). Recuperado de <<http://psicopsi.com/Obras-Vygotsky-significado-historico-tesis-psicologia-investigacion-metodologica>>.

46 Lev Vigotsky, "Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores", *Obras escogidas*. Tomo III, (Madrid: Visor-MEC, 1995).

biológico, y sometido, por tanto, al mismo principio que rige los desarrollos biológicos: la adaptación.

Vigotsky, en cambio, descubre los mecanismos específicos que explican el origen social de los PPS. Según la teoría histórico-cultural los PPS se adquieren siguiendo la ley de doble formación: en el desarrollo cultural del niño toda función psicológica superior aparece dos veces: primero a nivel social (interpsicológico) y luego a nivel individual (intrapicológico). Al mecanismo que hace posible este paso de lo interpsicológico a lo intrapsicológico, Vigotsky lo denomina *interiorización*.

Se trata de la interiorización progresiva de operaciones psicológicas que tienen en principio una existencia social. Este proceso no puede ser comprendido como una simple acumulación en el dominio progresivo de los instrumentos de la cultura, sino como un proceso de reorganización de la actividad psíquica debido a la participación del sujeto en interacciones sociales específicas. Tampoco se trata de un traspaso o copia de contenidos externos a la conciencia. La interiorización más bien debe ser comprendida como un proceso que permite la constitución de la conciencia. Como señala Baquero: “la interiorización debe conceptualizarse como creadora de conciencia y no como la recepción en la conciencia de contenidos externos.”⁴⁷

Este proceso está mediatizado por el uso de instrumentos culturales, sobre todo el lenguaje. Mientras las herramientas modifican el entorno material, el lenguaje modifica la conciencia. Los procesos psíquicos superiores están mediatizados por el lenguaje, así como la relación del hombre con la naturaleza está mediatizada por el uso de herramientas. El niño desarrolla una actividad instrumental a través del lenguaje. Vigotsky amplía la noción de

47 Ricardo Baquero, *Vigotsky y el aprendizaje escolar* (Argentina: Aique Grupo Editor, 1997): 7.

herramienta de las tesis marxistas acerca del trabajo, llevándolas al plano de los signos. El lenguaje, en tanto sistema de signos, es un instrumento de carácter cultural, que por analogía a la forma como el hombre usa herramientas para modificar la naturaleza exterior, permite la modificación de su naturaleza interior, la reestructuración creadora de su conciencia.

El desarrollo de la línea cultural que da lugar a los PPS tiene dos grandes etapas. Cuando el niño va a la escuela, los PPS rudimentarios se convierten en PPS avanzados. Los primeros se adquieren de forma espontánea como parte de la vida social. Los segundos se adquieren por una acción cultural sistemática, que es la que ejerce la escuela. Los estudios de Vigotsky acerca de cómo se produce el paso de conceptos empíricos a conceptos científicos por acción de la escuela, ejemplifica la diferencia entre estos dos momentos.

En general, los PPS se adquieren como consecuencia de la interacción social. En este proceso, el adulto u otra persona de mayor desarrollo que el niño realizan procesos de mediación cultural. A través de la escuela, los docentes realizan procesos de mediación didáctica, conscientemente dirigidas. La mediación permite potenciar el desarrollo del niño. Permite que pase de su nivel de desarrollo real (lo que puede hacer solo) a su nivel de desarrollo potencial (lo que puede hacer ahora con ayuda, pero que en un futuro próximo llegará a hacer solo). A la distancia entre el nivel de desarrollo real y el nivel de desarrollo potencial Vigotsky la denominará zona de desarrollo próximo. Este concepto es muy importante para la pedagogía porque permite redefinir la función de la enseñanza, el rol del docente en el proceso enseñanza- aprendizaje. Ya no se trata solo de generar aprendizajes, sino de generar desarrollo en el niño.

A diferencia de lo que plantean otras teorías, Vigotsky cree que la enseñanza genera desarrollo. En la teoría piagetana, por ejemplo, se plantea que hay que esperar que el niño alcance determinado nivel de desarrollo para enseñarle acorde a dicho nivel. En la concepción vigotskiana, la enseñanza permite este paso del nivel real al nivel

potencial, actuar sobre la zona de desarrollo próximo, y de esa manera potenciar el desarrollo del niño. Por ello se afirma que la enseñanza aquí se concibe como una enseñanza desarrolladora.

Estas son algunas ideas centrales de la teoría histórico-cultural desarrollada por Vigotsky y sus colaboradores. Este breve recuento, nos ha permitido ver de qué manera se explica cómo cada individuo humano desarrolla un psiquismo específicamente humano, y cómo desarrolla su conciencia y su personalidad. Es decir, se humaniza al interior del sistema de relaciones sociales de la que forma parte.

Esta forma de explicar el desarrollo de los procesos psíquicos, la conciencia y la personalidad, le permite a Vigotsky estudiar al hombre concreto situándolo en un sistema de relaciones sociales. El estudio de la línea cultural de desarrollo le permite comprender la formación de la personalidad, el proceso de humanización, desde una perspectiva histórica y social.

Vigotsky supera de esta manera la reificación propia del naturalismo que reduce la comprensión del psiquismo humano a leyes y mecanismos de carácter biológico. Lo biológico, claro está, es soporte, punto de partida, pero no determina las particularidades del desarrollo humano. La explicación vigotskiana de la determinación esencial del psiquismo es histórico-social.

La teoría vigotskiana no abstrae al sujeto de sus relaciones sociales, por el contrario, explica la forma como estas relaciones sociales lo constituyen. A diferencia del conductismo y el cognitivismo, que conciben al sujeto en el marco de las relaciones individuo-ambiente, Vigotsky sitúa la explicación del sujeto en el marco de las relaciones individuo-sociedad. El conductismo y el cognitivismo tienen una comprensión ahistórica del ser humano. La teoría vigotskiana concibe al ser humano como un ser histórica y socialmente determinado.

Por otro lado, así como Marx desarrolló la Economía política generando sus propias categorías de análisis (mercancía, valor de cambio, plusvalía, fetichismo de la mercancía, etc.), Vigotsky, a

diferencia de sus contemporáneos soviéticos, que no hacían más que repetir las citas de Marx referidas a la vida psíquica, formula también categorías de análisis que le permiten comprender la lógica especial del psiquismo humano: actividad instrumental, interiorización, mediación, ley de doble formación, etc. A diferencia de la abstracción generalizadora, propia del formalismo que opera en otras teorías, Vigotsky logra una abstracción concreta al explicar la génesis del psiquismo, la conciencia y la personalidad. Vigotsky nos explica la historia de los procesos psíquicos humanos, las leyes específicas que explican su origen y su desarrollo.

4. Conclusiones

A lo largo de este artículo, se ha sustentado cómo operan las dos corrientes más importantes de la pedagogía contemporánea –conductismo y cognitivismo– los procedimientos específicos de una antropología abstracta, que siguiendo a Politzer son la reificación (que cosifica al individuo), la abstracción (que aísla al hombre de sus relaciones sociales) y el formalismo (que divide al hombre en clases y componentes). Politzer descubre estos procedimientos al realizar su crítica a los fundamentos de la psicología de su época. Pretendió hacerlo con el conductismo, la Gestalt y el psicoanálisis. Solo logró publicar la crítica de esta última. No llegó a formular su proyecto de una psicología del hombre concreto.

En este ensayo se ha desarrollado esta crítica analizando la antropología abstracta que subyace en los fundamentos de las pedagogías conductista y cognitivista. Pero, además se ha sostenido, siguiendo fundamentalmente a Lucien Sève, que el proyecto de una antropología del hombre concreto debe tener como núcleo de su desarrollo a la concepción marxista de hombre.

Un aporte significativo al desarrollo de este proyecto, en el terreno de la psicología y la pedagogía ha sido la corriente histórico-cultural fundada por Vigotsky. La concepción de hombre de Marx

le permitió a Vigotsky desarrollar una teoría científica sobre los procesos psíquicos, la conciencia y sentar las bases para una teoría de la personalidad.

Gracias a ello, la teoría vigotskiana ha permitido comprender científicamente el proceso de humanización del individuo a partir de su relación con la sociedad y la cultura. Su teoría de la mediación cultural, es, en esencia, la explicación de cómo se estructura la conciencia humana gracias a la interiorización de los instrumentos de la cultura.

Su teoría de la conciencia y los procesos psíquicos es integral e integradora. Hace posible explicar cómo a través de la acción sistemática e intencional de la educación escolar se produce el desarrollo de procesos psíquicos superiores avanzados, tanto en el plano cognitivo, afectivo como motivacional. Es decir, en los tres sistemas psíquicos que constituyen el sistema unificado de la conciencia. Esta premisa permite comprender la educación de la personalidad, como un proceso de formación integral.

Los campos de investigación que se han abierto en pedagogía a partir de los principios, categorías y unidades de análisis vigotskianos son muy diversos. A más de 80 años de su muerte, es la corriente más avanzada en pedagogía y con un gran potencial heurístico aún por desarrollar.

La concepción y el método histórico desarrollado por Vigotsky y sus discípulos, sientan las bases de una antropología científica. Su enfoque no pierde de vista nunca al sujeto concreto, pues en todo momento se trata de estudiarlo en un sentido situado, histórico y contextual. Su teoría del origen y desarrollo de la conciencia nos aproxima a una teoría científica de la personalidad aún por construir; y, que creemos, es la tarea científica más importante de la psicología y el aporte más importante que le podría dar a la pedagogía para su propia constitución como ciencia madura.

DE LA OBRA AL OBJETO PLÁSTICO. PASAJES DE UNA CRÍTICA MARXISTA DEL ARTE EN EL PERÚ

*Mijail Mitrovic**

*El arte socialista no puede estar
satisfecho con visiones borrosas.*

Ernst Fischer, 1959

Usualmente se piensa que el principal aporte del marxismo a la reflexión estética consiste en establecer el carácter burgués o proletario de cualquier objeto cultural. Ante una obra de arte cierto marxismo tradicional se pregunta con ansiedad sobre su carácter revolucionario o reaccionario, como si con ello se resolvieran los problemas que ésta es capaz de convocar tanto en el plano del conocimiento –qué *refleja*– como de la praxis misma –qué *realiza*–. Aquí la historicidad de las obras de arte se diluye junto a la principal lección que Marx y Engels extrajeron de la literatura burguesa del siglo

* Magíster en Antropología por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Ha enseñado cursos de teoría y crítica del arte contemporáneo, metodologías de investigación y ciencias sociales en la PUCP, el Centro de la Imagen y Corriente Alterna. Ha publicado textos en revistas especializadas, además de Organizar el fracaso. Arte y política en la Carpeta Negra (Garúa Ediciones, 2016) y Extravíos de la forma: vanguardia, modernismo popular y arte contemporáneo en Lima desde los 60 (Arquitectura PUCP Publicaciones, 2019). Correo de contacto: m.mitrovic@pucp.edu.pe

XIX: antes que dictaminar su aprobación o rechazo, siguiendo la lógica del partido, se trata de ver qué aspectos del modo de producción hace visible una obra de arte, cómo nos acerca a la experiencia concreta de una formación social y qué permite comprender sobre la dinámica histórica entre las clases en pugna, inclusive cuando apuesta explícitamente por la conservación de lo existente. Sin ese mínimo encuadre dialéctico, al marxismo no le queda mucho más que decir en el debate estético.¹

Sin duda es crucial comprender las dimensiones de clase del arte, pero tal operación depende, por lo menos, de lo siguiente: en primer lugar, de esclarecer el papel de la ideología en el proceso de reproducción social que pueda convocar al análisis tanto sus definiciones negativas (la falsa conciencia) como positivas (su inevitabilidad como parte de toda experiencia social, una *limitación estructural* de nuestra experiencia²) de cara a discutir el lugar del arte en una formación social y en una coyuntura específica; luego, de un análisis que pueda extraer las determinaciones de lo artístico no solo de la posición individual que ocupan los artistas en la estructura social sino de la propia obra, entendida como cristalización de la praxis que presenta todas las trazas de su proceso de producción a nivel objetivo (técnica) y subjetivo (ideología). Ambas dimensiones requieren poner en relación los enfoques gnoseológicos y praxeológicos sobre el arte que, al decir de Prestipino, el marxismo ha desarrollado históricamente, mientras la llamada sociología del arte, también reconocida por el autor como una veta importante de reflexión, provee la necesaria dimensión empírica para que el análisis supere la

1 Encuadre ciertamente ausente de manera sistemática en los fragmentos sobre arte y literatura que Marx y Engels escribieron. Sin embargo, como veremos, lo importante del debate estético al interior del marxismo consiste en cómo componer una perspectiva crítica sobre el arte y la cultura a partir de la propia crítica de la economía política desarrollada por Marx.

2 Fredric Jameson, *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*, (Madrid: Visor, 1989): 43.

unilateralidad de los enfoques exclusivamente estéticos.³ Así, tanto la definición del proceso ideológico como el esclarecimiento de las múltiples determinaciones sociales condensadas en la obra de arte serán precondiciones para el análisis de clase –o el *juicio* de clase, si se quiere–, a fin de superar el establecimiento rápido de la posición del artista en la estructura social y derivar de ahí el carácter político de su obra. Estas consideraciones se hacen necesarias en la medida en que reconozcamos que, en general, el marxismo ha suscrito la tesis adorniana que entiende la obra de arte como contenido social sedimentado, pero sin analizar el proceso mismo de sedimentación, es decir, aquel de la producción social de la forma.⁴ Si el arte es una de las formas ideológicas que habitan la superestructura, conviene separar analíticamente las determinaciones que le vienen dadas por esa ubicación estructural de los procesos propiamente políticos, como la lucha de clases, que le otorgan dinámica a la criticada imagen estática de la estructura social ofrecida por Marx en su *Prólogo* de 1859.⁵

La problemática sobre el papel de la clase en el análisis marxista del arte antes esbozada no conseguirá mayores resultados si no es enfocada desde la perspectiva que la crítica marxiana de la economía política exige asumir, a saber, la crítica de la historicidad de la categoría de lo artístico como un aspecto de la vida social que, como lo económico, se ha separado o autonomizado de otras esferas de experiencia. Se trata de una categoría de uso cotidiano –hay objetos que llamamos artísticos y sujetos que los producen, los artistas– que se

3 Giuseppe Prestipino, *La controversia estética en el marxismo*, (Ciudad de México: Grijalbo, 1980). En el mismo sentido, ver: Néstor García Canclini, *La producción simbólica. Teoría y método en sociología del arte*, (Ciudad de México: Siglo XXI editores, 2010 [1979]).

4 Theodor W. Adorno, *Teoría estética*, edición de Rolf Tiedemann, traducción de Jorge Navarro Pérez, (Madrid: Akal, 2014 [2004]): 14.

5 Karl Marx, “Prólogo a la contribución a la crítica de la economía política [1859]”, *Marxists Internet Archive*, (2001), <<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/criteconpol.htm>>.

basa, a su vez, en sedimentaciones históricas sobre lo que se considera que constituye lo artístico “en sí” –*el arte como una parte fundamental de toda sociedad, independientemente de la historia de dicho concepto*–. Aquí la caracterización de una obra de arte en términos de clase pasaría a cumplir un papel secundario, aunque no menos importante, en el proyecto de una crítica de la economía política del arte que empiece, como lo hiciera Marx con la economía –principal noción encubridora de la sociedad burguesa– por la crítica de las categorías *más fundamentales* que la configuran como una dimensión de la realidad aparentemente dada. La determinación de clase del arte sería reconstruida aquí como el resultado del proceso entero, antes que asumida como premisa de investigación.

Pero rebobinemos hasta el inicio. Como Mirko Lauer y Rita Eder lo plantearon a mediados de los años ochenta, hay dos vías que pueden ser rastreadas en la obra de Marx para encuadrar el hecho artístico: por un lado, una que toma al arte como una categoría dada y busca rescatar “las nociones de utilidad social, democratización, búsqueda de una verdad presente en la obra” –una perspectiva externa o trascendente–; por otro lado, la crítica de la economía política de Marx habilita implícitamente una crítica de “esas categorías y de sus operatividades sociales” a partir del examen de los procesos que llevaron, en primer lugar, a que la noción misma de arte se sedimente en la vida social –una crítica interna o inmanente–.⁶ Si la primera perspectiva toma al arte como algo dado e intenta analizar en qué medida la alienación cristaliza en él y puede ser desarticulada –ubicando la problemática en el terreno de la representación–, la segunda enfatiza los procesos sociales (las relaciones de producción y la técnica, por ejemplo) que se ocultan detrás del hecho artístico consumado e invertido como una manifestación de “el arte” en cuanto tal.

6 Mirko Lauer y Rita Eder, “Estudio preliminar”, en *Teoría social del arte. Bibliografía comentada*, (Ciudad de México: UNAM, 1986): 21.

“A partir de aquí –de la segunda perspectiva, dicen Lauer y Eder– la desconfianza frente a lo visible se concreta finalmente en la desarticulación de la idea establecida de objeto plástico (del tipo de unidad socialmente reconocida entre representación y soporte material) y diferencia la idea física de la obra artística de la de su materialidad”.⁷ Esta última línea ha sido la menos desarrollada por el marxismo, pero el contraste permite comprender la ambigüedad fundamental que dicha tradición ha sostenido frente al arte. La crítica del arte existente usualmente se ha proyectado hacia *otro* arte capaz de superar sus contradicciones –uno “verdaderamente” popular o proletario, por ejemplo–, mientras la crítica del arte en cuanto categoría histórica nos desplaza hacia un cuestionamiento del capitalismo como totalidad social en la que el arte se ha venido desarrollando junto a otras formas de producción cultural, también sometidas a sus tendencias abstractivas de la praxis social. Así, esta segunda perspectiva intenta pasar de una “estética marxista” que procura determinar cuál arte será el más adecuado para la lucha política o para establecer algo así como una sensibilidad revolucionaria, hacia una crítica del arte que, como en la crítica de la economía política marxiana, busca dar cuenta de la totalidad del sistema artístico.⁸ Si *El Capital* puede ser visto como un análisis que busca revelar la fuente procesual de determinadas abstracciones institucionalizadas por la sociedad burguesa, se trata de añadir el arte al paisaje de categorías sedimentadas que ocultan su carácter social, hasta lograr insertarla en una “crítica de la

7 *Ibid.*, 21-22.

8 Desde luego la contraposición ofrecida por Lauer y Eder se refiere únicamente a las posturas que Marx y el marxismo tomaron *frente* al arte, mas no da cuenta del debate interior del marxismo sobre la posibilidad de aislar un pensamiento específicamente estético en Marx. En dicha tentativa se trata menos del análisis del arte que de la reflexión sobre el papel de la sensibilidad corpórea en la praxis social y en su potencial liberación bajo una sociedad comunista. En ese sentido, conviene revisar el capítulo “lo sublime marxista” en: Terry Eagleton, *La estética como ideología*, (Madrid: Trotta, 2011 [2006]). Ver también: Carlos Casanova, *Estética y producción en Karl Marx*, (Santiago: Metales Pesados, 2016).

conciencia de sí, de la representación de sí, del capitalismo”, al decir de José Manuel Bermudo.⁹

Con base en este simple contraste quisiera revisar ciertos pasajes de la reflexión marxista sobre el arte tal como se desarrolló en el Perú entre los años setenta y ochenta. Como he sostenido en otra parte, estas décadas son fundamentales para comprender la hoy debilitada relación entre arte y revolución a nivel nacional, ya que pueden ser vistas como el escenario del auge y caída del deseo por hacer del arte una práctica social que articule una subjetividad revolucionaria, ausente en el siglo XX peruano desde los escritos de José Carlos Mariátegui y César Vallejo. Aunque no lo desarrollaré aquí, he propuesto nombrar dicho deseo, tanto en su versión velasquista como en la posterior formulación de la izquierda socialista peruana, como *modernismo popular*.¹⁰ El pensamiento marxista cumplió un papel por momentos fundamental en el desarrollo de ese proceso, pero su elaboración más precisa, que buscaba superar algunos espejismos coyunturales, quedó relegada por los entusiasmos del momento. Bajo esas circunstancias algunos críticos como Lauer, Alfonso Castrillón, Roberto Miró Quesada o Gustavo Buntinx –entonces identificados con el marxismo, o al menos con una perspectiva socialista– realizaron sus intervenciones.

En lo que sigue, me ocuparé principalmente de dos ensayos del primero, aunque me serviré de los aportes de algunos de los mencionados para dar cuenta de cómo se desarrolló un entendimiento marxista del arte como parte integral de una reflexión sobre la historia peruana, sus formas de dominación y sus posibilidades de transformación. Pese a que guarden cierta autonomía respecto de las situaciones políticas entonces vividas, sus métodos se desestabilizaron

9 José Manuel Bermudo, *Marx. Del ágora al mercado*, (España: Batiscafo, 2015): 118.

10 Ver Mijail Mitrovic, *Extravíos de la forma: vanguardia, modernismo popular y arte contemporáneo en Lima desde los 60*, (Lima: Arquitectura PUCP Publicaciones, 2019).

conforme la alternativa socialista peruana se encontró ella misma bloqueada entre la violencia senderista y la imposición del modelo neoliberal bajo la dictadura fujimontesinista, además de responder a las tendencias generales del pensamiento social después de la disolución del bloque soviético. Pero al constatar aquel destino no quisiera cancelar un recorrido histórico y conceptual que, finalmente, buscará retomar algunas de las ideas entonces formuladas para reincorporarlas a una perspectiva marxista sobre el arte tal como se configura hoy en día.

1. Más allá (o detrás) de la pintura

La *Introducción a la pintura peruana del siglo XX* (1976) de Mirko Lauer es sin duda el ensayo más ambicioso que un crítico de arte, marxista o no, haya escrito alguna vez en el Perú. Su principal objetivo es analizar la pintura como parte de los mecanismos de dominación social que las sucesivas configuraciones históricas de las clases dominantes desde el siglo XIX pusieron en juego para mantener excluidas del campo cultural a las grandes mayorías del pueblo. Aquí la pintura –en virtual representación de la obra de arte en general– aparece como algo dado, mientras el movimiento del proceso histórico es rastreado a través de las posiciones que los creadores ocupan en la sociedad y sus cristalizaciones en las representaciones pictóricas.

Lauer propuso llamar “fronteras exteriores” a los viajes a las metrópolis por parte de futuros artistas peruanos durante el siglo XIX que posteriormente importaron las tendencias del arte europeo, mientras las “fronteras interiores” dan cuenta del proceso mediante el cual, ya entrado el siglo XX, el indigenismo se opondría al academicismo europeo para buscar la consolidación del llamado arte nacional. Finalmente, la pintura peruana llegaría a la década del sesenta cargando una sucesión de oposiciones entre universalismo y localismo que se resolverían dialécticamente en lo que el autor llamó la teoría de las raíces nacionales, cuyo principal exponente fue

Fernando De Szyszlo. En su trayectoria individual se ejemplifica el paso de la negación del indigenismo (“No hay pintores [modernos] en el Perú”, dijo en 1951 a su vuelta de París) a la comprensión de que las formas altomodernas –el expresionismo abstracto, por ejemplo– requerían de un “contenido nacional” –el pasado precolombino– a fin de lograr que el Perú, y sus particularidades condensadas en la pintura, ingresase al circuito internacional del arte moderno. En el plano doméstico, su objetivo fue consolidar lo que parecía un genuino arte nacional, amparado en el reformismo ambiente que se instaló bajo el primer belaundismo.

El esquema del desarrollo histórico de la pintura peruana propuesto por Lauer estuvo movilizado por las contradicciones entre lo foráneo y lo nacional, pero su propuesta metodológica se mantuvo dentro de la primera perspectiva marxista antes señalada, aquella donde la obra de arte es vista como un objeto dado que permite dar cuenta de algo externo a ella, a saber, la dominación social. Así, mientras el arte aparece como una constante en el análisis, alrededor suyo orbitan la dominación, las clases sociales y las ideologías estéticas de los artistas. Así también los proyectos culturales de las clases dominantes y los intentos de excederlos por parte de intelectuales y artistas radicalizados hacia el nacionalismo, primero, y luego, aunque de manera menos articulada, hacia el socialismo. Finalmente, aparecen ciertas condiciones sociales –o sociológicas, mejor dicho– que llevaron a la pintura a acercarse progresivamente a la experiencia popular en medio del crecimiento demográfico de las ciudades en curso desde los años cuarenta, pero reconocido como tal recién a inicios de los sesenta, en parte por el propio desarrollo de las ciencias sociales.

Desde el presente en que Lauer buscaba dar cuenta de la historia nacional de la pintura parecía vislumbrarse una historia distinta, como si todo lo examinado en el libro fuese realmente una “prehistoria” –como Marx pensaba la totalidad de la trayectoria humana antes del socialismo– llamada a preludiar un futuro en el que el arte no sería más un “diálogo al interior de la cultura dominante”, como

el autor presentaba la historia de la pintura peruana. En ese sentido, sostiene que, después de los sesenta, la historia del arte debería analizarse:

“... desde otro ángulo completamente distinto, en cuanto a partir de allí es indispensable asumir la perspectiva popular en materia de pintura y contemplar los años que van de fines de los 60 a finales de los años 70 como un tiempo de fundación de una tradición popular dentro de la pintura, así como de confluencia de estos esfuerzos de fundación con el alza de los valores provenientes de la artesanía popular”.¹¹

Tales serían “los aspectos fundamentales del proceso plástico peruano contemporáneo”, según planteó el autor, aunque el proyecto de análisis histórico pasaría a segundo plano durante los años posteriores a la publicación de la *Introducción*, y no sería lo que definiría de allí en más los intereses de los múltiples autores que contribuyeron a la discusión marxista sobre el arte en la región. Sin embargo, no puede decirse lo mismo de la cuestión de lo popular, ya que el mismo Lauer reconoció que la anterior cita también anunciaba un giro en sus intereses críticos hacia el estudio de la artesanía.¹² Pero ese cambio no respondía únicamente a una decisión personal del investigador.

Entre 1968 y 1975 el velasquismo había reconfigurado la discusión artística y cultural tanto al nivel de la significación de la noción de vanguardia como en el papel que el llamado “arte popular” –una categoría que adquirió centralidad pública tras el otorgamiento del Premio Nacional de Cultura en la categoría “arte” por parte del INC al retablista ayacuchano Joaquín López Antay– asumió como

11 Mirko Lauer, *Introducción a la pintura peruana del siglo XX*, Segunda edición, (Lima: Universidad Ricardo Palma, Editorial Universitaria, 2007 [1976]): 32.

12 Lauer en Sebastián Gris [Gustavo Buntinx], “Está naciendo algo... Una entrevista con Mirko Lauer”, *Quehacer*, nro. 19, Lima (octubre, 1982): 118-126.

“virtual representación de todo el arte dominado”, al decir de Lauer años después.¹³ Ante las polémicas por el premio encabezadas por artistas ubicados en el llamado “arte culto”, Alfonso Castrillón, uno de los jurados que otorgó el premio, presentaría un argumento de inspiración marxista según el cual el arte y la artesanía representaban las mismas diferencias de clase que la burguesía y el proletariado, por lo que la primera se arrogaba el monopolio del valor cultural a expensas de la segunda.¹⁴ En este contexto, Lauer sostuvo:

“Que los artistas plásticos –de quienes se podría decir sin demasiada inexactitud que practican una rama sofisticada de la decoración de interiores para familias pudientes– acusen a la artesanía de ser “objeto de consumo”, es por lo menos ridículo. Que atribuyan su reciente difusión a una serie de aptitudes equívocas, solo parece revelar su radical incapacidad de entender que la artesanía, y muy concretamente los retablos, es una de las grandes vías de acercamiento cultural entre do[s] Perús (¿o será Perúes?) deliberadamente apartados. Muy pocos artistas plásticos al modo occidental logran cumplir una función semejante.”¹⁵

La apuesta por el arte popular como solución intermedia a la oposición jerarquizada entre el arte y la artesanía suscrita por Castrillón y el resto del jurado –solo teorizada por el primero a partir de la idea de que lo común a esas categorías es que se trata de formas culturales principalmente expresivas¹⁶– deseó igualar ambas prácticas, aunque mantuvo el adjetivo de “popular” para especificar las diferencias entre

13 Mirko Lauer, *Crítica de la artesanía: plástica y sociedad en los Andes peruanos*, (Lima: DESCO, 1982): 137-138.

14 Ver sus diversos ensayos de la época reunidos en: Alfonso Castrillón Vizcarra, *¿El ojo de la navaja o el filo de la tormenta?*, (Lima: Universidad Ricardo Palma, Editorial Universitaria, 2001).

15 Mirko Lauer, “Considerando en frío” [bajo el seudónimo Pedro Rojas], *La Crónica*, Lima, 7 de enero de 1976, 8, <<http://icaadocs.mfah.org>>.

16 Castrillón, *¿El ojo de la navaja...*, 147.

los creadores –diferencias de clase, finalmente–. Por su parte, Lauer advertía que la polémica iniciada por los artistas estaba fundamentada en una ceguera respecto de sus reales funciones sociales, pero tomaba distancia de la solución conceptual propuesta por Castrillón, el jurado y buena parte de quienes intervinieron en el debate.

Para 1982 Lauer consideraba que dicho premio no había logrado realmente democratizar el sistema del arte, sino reemplazar “lo popular por el símbolo de lo popular” y convertir a la “plástica señorial” –ligada a la tradición andina, ella misma producto del proceso colonial– en una imagen exenta de las contradicciones que esa forma de producción plástica carga consigo.¹⁷ Por su parte, la apelación a lo popular funcionaba como un “elemento indeterminador” que oculta “cómo la estructura de relaciones de producción determina la común pertenencia de un grupo humano a un tipo de existencia social: una clase”.¹⁸ Aún más, tan solo siete años después del premio hoy considerado un hito del arte peruano que presumiblemente habría tornado insostenible cualquier diferenciación entre lo artístico y lo artesanal, como si el reconocimiento oficial diluyese realmente las diferencias sociales, Lauer sentenciaba que este no era más que “el recuerdo de algunos y una colección de recortes que guardo entre mis archivos”.¹⁹

La reflexión sobre la contemporaneidad artística (aquí entendida como actualidad) requería asumir un “punto de vista popular” que diera cuenta de la reconfiguración del arte y la cultura suscitada por el régimen militar, tanto por las esperanzas de aquellos que, como Lauer mismo, trabajaron inicialmente en sus aparatos de propaganda, como por las expectativas que el proceso velasquista propició entre las organizaciones de trabajadores y campesinos

17 Lauer, *Crítica de la artesanía*, 137-138.

18 *Ibid.*, 49.

19 Lauer en: Sebastián Gris, [Gustavo Buntinx], op. cit.

y los partidos de masas que la llamada Nueva Izquierda articuló hasta inicios de los ochenta. A esto me referí antes cuando sostuve que los métodos desarrollados por la crítica de arte, sus categorías principales y los objetos a los que prestaba atención dependían en gran parte de la coyuntura política, y ello debe leerse al mismo tiempo en positivo –la urgencia política y la sensación de inminencia de una transformación revolucionaria dotaron de una fuerza inusitada a la reflexión artística local– y en negativo –esa reflexión por momentos perdió de vista la especificidad de la praxis artística bajo el capitalismo y condujo a soluciones rápidas a sus *impasses*, como veremos luego–.

En un primer nivel, entonces, la solitaria contribución de Lauer al debate sobre el arte entre la izquierda buscó dar cuenta de la dominación social ejercida a través de la pintura, pero consideró que sus premisas analíticas encontraban el límite del propio proceso histórico que vivía en su presente.²⁰ Siguiendo un esquema sobre la

20 Contribución solitaria no solo por la inexistencia de otros trabajos que hayan analizado el proceso del arte peruano desde una perspectiva cercana al marxismo, sino por el poco debate que su Introducción generó en los años inmediatos a su publicación. Sin embargo, hoy es un texto ampliamente celebrado –acaso pocas veces releído– en los campos de la curaduría y la historiografía del arte local. Para rastrear los efectos del libro en la crítica local, ver Augusto Ortiz de Zevallos, “Observaciones y reparos a una introducción a la pintura peruana de este siglo”, *La Imagen Cultural*, suplemento dominical del diario *La Prensa*, domingo 6 de febrero de 1977, 20-21; Ida Rodríguez Prampolini, “Crítica de arte y sociedad”, *La Imagen Cultural*, suplemento dominical del diario *La Prensa*, nro. 133, domingo 16 de octubre de 1977, 4-5. En breve, el debate entre ambos textos plantea la usual crítica a toda tentativa marxista de decir algo sobre el arte: Ortiz de Zevallos objetó el reduccionismo económico e ideológico de Lauer y reclamó la especificidad estética de lo artístico; Rodríguez Prampolini, por su parte, defendió el método de Lauer ubicándolo en un contexto latinoamericano de reflexión crítica sobre el arte, anotando la necesidad de enmarcar el debate en términos ideológicos que permitan dar cuenta de la participación del arte en la dominación social. Ver también Sara Castro-Klarén, “La pintura peruana en el siglo XX”, *Análisis. Cuadernos de investigación*, nros. 2-3, Lima, abril-diciembre 1977, 220-222.

dominación planteado por Aníbal Quijano²¹ antes que a la llamada “estética marxista”, la *Introducción* propuso un análisis funcionalista de la pintura como elemento de dominación:

“Poco después de la conquista el Inca Garcilaso creó un atractivo paraíso incaico de “orden y concierto” (...) pero la idea no había prosperado visualmente por ninguna parte. En la Colonia posiblemente por subversiva, y en el primer siglo republicano porque los nuevos amos tenían sus propias gestas y glorias que recordar en la Emancipación. Sin embargo, a medida que el indio real, cotidiano y explotado, se fue haciendo más próximo a la vida de la población urbana, y que las necesidades de la burguesía en el siglo XX empiezan a exigir una embrionaria integración nacional de explotados y explotadores, la cultura dominante se ve obligada a buscarle un lugar al indio dentro de la auto-visión nacional que ella propugna, y en primera instancia este lugar es hallado en el desarrollo de una mitología y una iconografía “incaicas”. ”²²

Para Lauer, la presencia de los indios en la pintura peruana debía ser entendida como una “alegoría de los vencedores” en los que, anónimos y hechos a la medida de la mirada de la clase dominante, al mismo tiempo definieron el proceso artístico nacional y crearon la ficción de una progresiva integración social a través de la representación. Sin embargo, añade el autor:

“Pero sería engañoso –como alguna vez lo sugirió una perspectiva populista– que es la cultura dominada la que ha ido imponiendo su presencia en los lienzos y los muros de las casa urbanas; más bien ha sido la cultura dominante la que ha ido

21 Lauer toma el esquema de la dominación cultural propuesto por Quijano en su ensayo “Dominación y cultura: notas sobre el problema de la participación cultural” [original de 1971], en: Aníbal Quijano, *Dominación y cultura. Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú* (Lima: Mosca Azul editores): 17-45.

22 Lauer, *Introducción a la pintura peruana*, 113.

tratando de integrar las imágenes y mitologías de los hombres culturalmente dominados, en un proceso que no es tanto de descubrimiento, ni de revelación, sino de mistificación (a menudo involuntaria) por parte del artista de una realidad ya pre-descrita en la conciencia colectiva por las relaciones de dominación económica y social”²³

La pintura aquí opera como una ruta de acceso al universo ideológico nacional, a los conflictos de clase que ayuda a silenciar y a los deseos reprimidos o sublimados que la animan. Este análisis sin duda entiende el arte como parte de la superestructura, mas no llega a cuestionar las *determinaciones formales* del arte mismo, en cuanto práctica y categoría histórica a la vez, en la que no solo *se representan* relaciones de producción como en un reflejo superestructural de la base, sino que *se realizan*, al decir de Néstor García Canclini.²⁴

Para inicios de los años ochenta la *Crítica de la artesanía* (1982) de Lauer mostraba cierto distanciamiento de las premisas de la *Introducción* o, mejor, su desarrollo crítico: la “plástica señorial”, como llamó a la artesanía, ya no era una forma dada sino que aparecía como un sistema de producción, circulación, distribución y consumo históricamente desarrollado en los andes peruanos desde los tiempos de la colonia hasta la actualidad. Para aprehender la *plástica precapitalista contemporánea* –la artesanía producida actualmente bajo el influjo del capitalismo– hacía falta atravesar la propia categoría de artesanía hasta revelarla como una sedimentación ideológica de múltiples determinaciones culturales, económicas, técnicas y políticas.

23 *Ibid.*, 104.

24 García Canclini, *La producción simbólica*, 73.

2. La artesanía como problema

Antes de avanzar, quisiera anotar un punto relativo al aparente problema de sostener la noción de artesanía como una categoría analítica. El usual entusiasmo que se retrotrae localmente hasta el premio a López Antay por declarar que la artesanía es una categoría peyorativa que no reconoce el valor del objeto así rotulado es acaso uno de los principales asertos que Lauer buscó desestabilizar. Se trataba, sin duda, de cuestionar una solución idealista frente a las diferencias de clase al interior del campo cultural. Siguiendo la propuesta *socioestética* de Juan Acha, sostuvo que las relaciones teóricas entre las categorías de arte, artesanía y diseño no implican una diferenciación jerarquizada, sino que describen los tres componentes del sistema de “lo estético” –aunque Lauer diría de *lo plástico*–, donde cada uno comporta procesos específicos (formas de producción y consumo, y circuitos de circulación y distribución distintos), pero sobre todo una historicidad diferenciada por la génesis de los fenómenos y procesos que cada categoría subsume.

Para Acha, las artesanías tienen su base histórica en las sociedades precapitalistas, mientras el arte corresponde a la expansión mundial del capital mercantil y, finalmente, los diseños –cuyas formas predominantes a nivel global son los medios masivos de comunicación y publicidad, al decir del autor– se desarrollaron al calor del movimiento del capital monopólico hasta la mitad del siglo XX.²⁵ Veamos cómo operan estas ideas bajo la pluma de Acha:

“El capitalismo es ciertamente desfavorable a las artesanías y a las artes, en el sentido tradicional de estas últimas. Pero lo es por fomentar el consumo masivo; no porque el sentido

25 Juan Acha, “Teoría y práctica no-objetualistas en América Latina” [1981], en *Memorias del Primer Coloquio Latinoamericano de Arte no-objetual y Arte urbano*, (Medellín: Fondo Editorial del Museo de Antioquia, Museo de Arte Moderno de Medellín, 2011): 82.

tradicional de las artes sea absoluto y rija hasta ahora ni porque el capitalismo sea hostil a la tecnología de los procedimientos actuales de producir imágenes audiovisuales, que son derivaciones de lenguajes o de tecnologías que la sociedad ha desarrollado por necesidades prácticas, colectivas y diarias. Igualmente las artes son derivaciones de los lenguajes y de las tecnologías. Con la diferencia que esas artes son predominantemente sensitivas, mientras en los diseños y las artesanías coexisten lo sensitivo con lo práctico-utilitario”²⁶

Acha buscaba relacionar las dimensiones materiales de las tres formas estéticas a las posibilidades sensibles que cada una comporta, y al mismo tiempo trazaba las coordenadas de su operación al interior del modo de producción capitalista, en general, y con particular atención a sus especificidades latinoamericanas. Así, para inicios de los años ochenta tanto Acha como Lauer –junto a otros autores latinoamericanos como García Canclini, Mario Pedrosa, Rita Eder, etc. – buscaban superar el falso problema del carácter artístico o no artístico de la artesanía, apostando por comprender sus diferencias al interior de un sistema mayor de producción cultural.²⁷ Aunque no lo desarrollaré aquí, notemos que esta nueva concepción de las categorías no salvaba la noción de “arte popular” que entonces

26 Juan Acha, “Por una sociohistoria de nuestra realidad artística”, *U-tópicos*, nro. 2-3, Lima, (enero 1983), s.n.p.

27 Aunque coincidan en muchos aspectos de sus análisis, también hay diferencias entre los autores mencionados. En una reseña sobre el primer volumen de *Arte y sociedad: Latinoamérica* (1979), primera entrega del colosal proyecto de Acha en tres volúmenes, Lauer remarcó cierto eclecticismo en el uso de las categorías marxianas por parte del primero –pues no asumía el materialismo histórico más que como un método de análisis–, además de su evasión sistemática de la noción de clase social y de la lucha de clases, lo que llevó a que “su ‘sistema dé la impresión de una máquina sin movimiento real’, y que sus ‘leyes de movimiento’ de ese sistema (...) den a su vez la impresión de estar operando en un vacío”. Ver: Mirko Lauer, “Hacia la socioestética: una propuesta latinoamericana de Juan Acha”, *Hueso Húmero*, nro. 7, Lima, (1980): 113.

circulaba como una solución ideal ante las diferencias entre el arte y la artesanía.

El ánimo general de estas investigaciones, entonces, podría resumirse así: si el arte es una categoría históricamente sustentada en el desarrollo y expansión imperial de la sociedad burguesa, al extenderla a la producción cultural de sociedades pre o no capitalistas se estaría extendiendo realmente el dominio simbólico del universo cultural burgués. La noción de artesanía, pese a cargar con el desdén del sistema artístico, permite diferenciarla y analizarla en sus propios términos, lo que comporta también la posibilidad de captar sus transformaciones al margen de lo que el campo del arte dictamine sobre su relevancia estética o cultural.

Pese a que Lauer reconocía las diferencias entre el arte y la artesanía en su *Introducción*, ahora la reflexión sobre el papel del arte en la dominación social adquiría un nuevo lugar en el análisis de dimensiones más sistémicas que reubicaban el desmontaje ideológico como un momento de la crítica del proceso plástico –noción defendida por Lauer- o de la producción simbólica –categoría más general propuesta por García Canclini-.²⁸ Ya era claro que las distintas formas de lo estético en la región no responden a “una mera yuxtaposición de alternativas neutras, sino [a] una coexistencia dinámica y hasta dramática, en que la propia forma artística da testimonio de las cotidianas confrontaciones entre la opresión y la lucha por la supervivencia”.²⁹ Es decir, los conflictos de clase determinan las obras *internamente*, las estructuran no solo como contenidos

28 Si la noción de plástica hace énfasis en la particularidad del objeto –la atribución de un efecto representacional “inmaterial”–, la producción simbólica refiere a un conjunto de prácticas que configuran los aspectos simbólicos de toda formación social. Ambas categorías se distancian del arte, la artesanía y el diseño, pues estas cargan con las mistificaciones propias de su empleo espontáneo en la sociedad mercantil.

29 Mirko Lauer, “Elementos de la nueva teoría del arte en América Latina”, *Sociedad y política*, nro. 9, Lima, (julio 1980): 42.

externos que estas representan o figuran, sino que, al ser resultado de la praxis social, intervienen al nivel de sus formas mismas –que son siempre *formas de existencia social*, no solo “aspectos formales” (color, composición, etc.) como veremos enseguida–.

3. El carácter doble del objeto plástico

La principal innovación teórica de este nuevo momento en la indagación de Lauer fue la noción de *objeto plástico* en reemplazo de las de obra de arte o artesanía. Estas últimas categorías recubren la multiplicidad de determinaciones históricas del objeto, y su forma fenoménica –su modo de aparición recubierto socialmente por las categorías de arte o artesanía– hace que desaparezca su historia concreta en tanto praxis social. Cada objeto plástico, entonces, debe ser entendido como la sedimentación o estabilización particular de tres determinaciones distintas: “las que provienen de su carácter de proceso (actividad, trabajo), las de su eventual existencia como objeto (producto, mercancía), las de su aspecto de representación (imagen)”.³⁰ Solo entonces una *teoría social de la plástica* podría hacerse cargo de la totalidad de determinaciones que confluyen en el objeto plástico sin desestimar su individualidad, o lo que Lukács llamaría su *particularidad* –que incluye la subjetividad del creador–.³¹

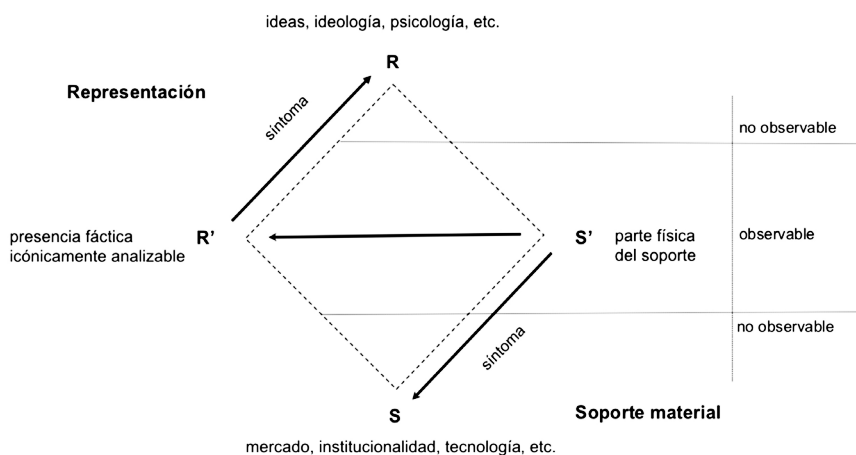
Por todo ello, Lauer propone analizar el objeto plástico y sus determinaciones a partir de los dos aspectos en los que este se desdobra [fig. 1]. Por una parte, la dimensión del *soporte material*, es decir:

30 Lauer, *Crítica de la artesanía*, 60.

31 El conocido argumento de Lukács sobre el partidismo [*Parteilichkeit*] o participación de la obra de arte da cuenta de la introducción de la subjetividad del artista en el reflejo artístico, lo que lo diferencia del reflejo científico, pues está orientado a la posibilidad de universalizar la experiencia contenida en su forma. Ver: Georg Lukács, *Prolegómenos a una estética marxista*. Traducción de Manuel Sacristán, (Ciudad de México: Grijalbo, 1969 [1954]).

“toda aquella materialidad presente en el objeto plástico, en relación con la cual se organizan los aspectos inmateriales de la creación. No se trata, precisamos, de un soporte físico (los materiales de que está “hecha” la obra y la configuración de éstos), sino de un soporte material en un sentido amplio, es decir todas aquellas formas de lo social que modelan la presencia y la configuración de lo físico: aspectos del mercado, de la institucionalidad que concurre a él, de la economía general, de la tecnología (proceso y técnicas), etc.”³²

FIGURA 1
LA ESTRUCTURA DEL OBJETO PLÁSTICO SEGÚN LAUER



Elaboración propia.

Sobre esa base se erige la *representación*, ahora entendida como un aspecto derivado del soporte material y ya no el punto de partida del análisis –dominante en la historia y crítica de arte tradicionales,

32 Lauer, *Crítica de la artesanía*, 61.

por cierto-. El aspecto directamente observable de la representación (R') puede investigarse desde el estilo, la iconografía y demás estrategias metodológicas ya asentadas, teniendo como horizonte último de análisis la dimensión no observable de la misma (R) –el nivel icológico, diría Erwin Panofsky–; el aspecto físico del soporte material (S') es síntoma o índice del resto de dimensiones sociales (S) que determinan la materialidad del objeto plástico. Así, “[l]o que aquí llamamos objeto plástico es la relación históricamente determinada entre estos cuatro ámbitos, que cubren lo genérico y lo individual en cada momento del sistema de producción plástica: los momentos del movimiento de la plástica en la historia”.³³ Si la sociología del arte privilegia el eje S'-S como respuesta materialista al idealismo tradicional de la historia del arte –y de la estética marxista–, para la cual el eje R'-R contiene el sentido último de la obra de arte, la teoría del objeto plástico aquí presentada busca superar ambas perspectivas unilaterales a través de su articulación dialéctica.

En buena cuenta, se trata de introducir el modelo base-superestructura esbozado por Marx al interior del propio objeto plástico, para contravenir la desaparición de sus múltiples determinaciones en la forma final –aparente u observable– que este asume.³⁴ Lejos de que la determinación en última instancia del objeto plástico por su soporte material nos lleve a reducirlo a su dimensión económica, se trata de reconocer que la realización de la representación *depende* de su aspecto material, es decir, de los procesos (relaciones sociales de

33 *Ídem.*

34 Un ejercicio similar debería llevarse adelante con la noción misma de *forma*, pues usualmente ella se entiende como aquello que observamos o percibimos del objeto plástico –lo que indica una comprensión fenomenológica del concepto, cuando no empirista-. La forma misma, me parece, se encuentra escindida en dos aspectos: por un lado, aquellas dimensiones observables directamente a través de la percepción sensible; por otro lado, las determinaciones de la forma misma, es decir, los múltiples procesos que llevan a que dicho objeto aparezca de esa manera y no de otra, lo que incluye, sin duda, las categorías socialmente empleadas para encuadrar el objeto y “darlo” a nuestra percepción.

producción y desarrollo de fuerzas productivas) que lo posibilitan. Tampoco se trata de afirmar que solamente en el soporte material radica la realidad concreta del objeto plástico, sino de comprender qué aspecto cumple el papel fundamental o determinante en la relación entre soporte y representación. Por cierto, esa es también la utilidad general del esquema base-superestructura mismo: como sugiere Eagleton, tal esquema permite diferenciar qué elementos cumplen el papel determinante en un modo de producción, mas no establecer sus “grados de realidad”.³⁵ Aquí se trata de comprender la dinámica de las relaciones entre los componentes de un objeto plástico, de diferenciar sus aspectos de cara al análisis empírico, y lo mismo aplica al problema del lugar del arte en la estructura social. Si, como planteara Marx, “[e]l modo de producción de la vida material condiciona [o determina, *bedingen*] el proceso de la vida social, política y espiritual en general”, la plástica, en cuanto forma ampliamente reconocida como expresión u objetivación de la conciencia –de la *subjetividad*, mejor–, se encuentra determinada por el *ser social*, para evocar la conocida tesis marxiana.³⁶

Pero volvamos al objeto plástico. Las innovaciones formales en el arte de la segunda mitad del siglo XX hoy absorbidas por la noción de arte contemporáneo, recusan la relación necesaria entre ambos aspectos que Lauer presenta como determinaciones de la plástica, pero inclusive una *performance* o una declaración conceptual requieren tanto de un soporte físico que permita dar cuenta de ellas como de un soporte material que, en primer lugar, posibilite socialmente la producción y registro de la obra o hecho artístico, y luego, que provea de un entorno socialmente determinado para que sea reconocido como arte. Una representación –o un acto simbólico

35 Terry Eagleton, “Base and superstructure revisited”, *New Literary History*, vol. 31, nro. 2, (2000): 231-240.

36 Marx, “Prólogo a la contribución...”.

cualquiera– sin un soporte material que le confiera una existencia social concreta es, finalmente, una imposibilidad:

“Uno de los argumentos radicales más difundidos al inicio del movimiento no-objetualista [del arte conceptual en general] era que no había de por medio un objeto vendible. En efecto, si retiramos uno de los aspectos o varios de la materialidad de la obra, dejaremos sin piso *uno* o *varios* de los aspectos de su circulación como mercancía; pero es imposible retirarle *todas* sus determinaciones materiales”³⁷

Mientras que los nuevos discursos contra la representación alimentaban el imaginario del no-objetualismo como una negación de la objetualidad en cuanto tal identificada como su dimensión mercantil(izable) –pese a las salvedades planteadas por Acha a este respecto–, Lauer insistió en la persistencia del soporte material como el conjunto de determinaciones que, más allá de lo que ocurriese en el plano de la representación, daría cuenta de la forma de existencia social de la plástica. Estamos ya lejos de tomar al objeto como una ilustración o analogía de la vida social que no conduce a cuestionar su propia configuración histórica en cuanto forma, pues “[e]l arte que no está sobre el lienzo, que no está confinado al marco, que no reposa sobre un pedestal, es en estos momentos la expresión de una situación en el campo de la plástica”, y se trata precisamente de analizar críticamente esa situación en su historicidad –el reemplazo del sistema de galerías y marchantes por nuevas formas del capital transnacional, vale decir–, de lo que podrían desprenderse nuevas formas de enfrentarla, aunque ello no sea la función inmediata de la teoría.³⁸

37 Lauer, *Crítica de la artesanía*, 160.

38 Lauer en: “Arte conceptual y la propuesta ‘Perfil de la mujer peruana’” [debate con Juan Acha y Carlos Rodríguez Saavedra], en Teresa Burga y Marie-France Cathelat, *Perfil de la mujer peruana 1980-1981*, (Lima: Investigaciones Sociales Artísticas, Fondo del Libro del Banco Industrial del Perú, 1982): 265.

A fines del siglo XIX, siguiendo su propio ejemplo, en el lienzo que soporta una pintura no solo encontramos una superficie física, sino que las condiciones del mercado capitalista le asignan el rol de ser “la ‘moneda’ de la representación, cuyo único uso es sostener sobre su superficie la representación”.³⁹ Que el lienzo funciona como moneda alude a que dicho soporte le confiere al cuadro el “ser transportable (intercambiable), (...) durable (acumulable) (...) [e] identificable (diferenciable)”, es decir, le imprime la capacidad de participar en determinadas relaciones sociales gracias a sus características físicas.⁴⁰ Asimismo, sus funciones pública (ejemplar en la llamada pintura histórica del siglo XIX o en el muralismo mexicano) y privada (adornar el interior burgués, por ejemplo) determinan el tamaño de las obras. El mercado capitalista, en suma, es la forma de existencia social básica de la forma-cuadro, y podríamos decir sin exagerar que sigue cumpliendo el mismo papel para las formas asociadas al arte contemporáneo. Debería quedar claro que esta premisa contradice de plano cualquier presunción idealista de una autonomía del arte cifrada en términos trascendentes o espirituales. Al contrario, aquí la autonomía puede entenderse como *resultado* del proceso histórico que llevó a los artistas a deshacerse de su servidumbre ante la corte, al clero e inclusive las nacientes repúblicas, hasta aparecer ante ellas y ante “el público” o “el espectador” –figuras del consumo que emergieron al calor de la sociedad burguesa– como productores independientes amparados en la contradictoria libertad que opera en el mercado descubierta por Marx. O, más precisamente, como *productores mercantiles simples* al margen del trabajo asalariado y de la ley del valor, como sostiene José María Durán.⁴¹

39 Lauer, *Crítica de la artesanía*, 153.

40 *Ídem*.

41 Sin embargo, Durán reconoce que los artistas que consiguen buenos resultados en el mercado adquieren “una posición social que les permite apropiarse de trabajo ajeno”, lo que decanta en una diferenciación entre artistas independientes, asistentes (de otros artistas) y empresarios propiamente dichos. Ver José María Durán, *La crítica de la economía política del arte*, (Murcia: Cendeac, 2015): 66.

Durante cierta etapa del desarrollo capitalista, entonces, la forma-cuadro bajo la que se organizó la pintura –o la forma-pedestal para la escultura– se impuso no solo como aquella base física donde se realizaban las representaciones, sino como una forma que permitía su circulación mundial como mercancía. “El capitalismo industrial heredó el cuadro del capitalismo mercantil”, dice Lauer:

“y lo convirtió en el territorio privilegiado del arte, en el lugar donde las determinaciones de la base material podían “desaparecer”, fundirse en el paisaje, del mismo modo que la ideología del liberalismo hace desaparecer las realidades económicas sobre las que se asientan la sociedad y la cultura del capitalismo”.⁴²

Mientras la pintura en la *Introducción* ofrecía una línea de fuga hacia la historia sociocultural y política del país, en la *Crítica de la artesanía* no solo aparece como portadora de una representación de lo social –la *forma del contenido*– sino como un objeto históricamente recubierto tanto por las exigencias prácticas del mercado como por las operaciones ideológicas del capitalismo –el *contenido de la forma*, sin duda–, aquello hacia lo que finalmente apunta el arte entendido como forma ideológica.

No en vano la forma-cuadro permanece vigente hoy en día y resurge en el mercado cada vez que, tras las temerarias incursiones en las formas del arte contemporáneo, la demanda requiere asegurar que los altos precios a pagar queden objetivados en un objeto históricamente reconocido como portador de “valor”.⁴³ Así, la historicidad de

42 Lauer, *Crítica de la artesanía*, 152.

43 El entrecomillado indica la distancia con la que, desde el marxismo, se hace indispensable aproximarnos a la idea de que el arte “tiene valor” –en términos capitalistas, sin duda–. Las obras de arte son ejemplos paradigmáticos de los *precios sin valores* que habitan el mercado capitalista, aunque la usual confusión entre el valor en sentido moral y el valor capitalistamente definido no permita captar la especificidad de este tipo de mercancías también llamadas “especulativas” o “ficticias”.

la pintura y del objeto plástico en general se juega no solo en el nivel de lo visual, sino en la intersección –*interacción dialéctica* sería más apropiado decir– entre su base material y su función ideológica. Lejos de una teoría del reflejo aplicada velozmente sobre el objeto plástico, y lejos también de las meras analogías entre forma y contenido producidas por la estética marxista, vemos aquí una teoría que permite “descubrir las transacciones concretas que se esconden tras la imagen mecánica del *reflejo*, ver *cómo* el trasfondo pasa a ocupar el primer plano; en lugar de hacer la analogía entre forma y contenido, [se hace posible] descubrir la red de sus relaciones reales y complejas”.⁴⁴

A su vez, esta renovada concepción del objeto plástico implicó una virtual crítica de la objetualidad del arte en cuanto tal, aunque distinta a la propuesta por Acha bajo la noción de no-objetualismo.⁴⁵ Al decir de Augusto Del Valle, la mirada crítica de Lauer sobre la forma-cuadro nos lleva a entender que “[s]i el cuadro mismo como soporte material se convierte en un tema de la pintura, también puede serlo la misma sala de exhibición. Esta tematización reflexiva, conduce necesariamente hacia fuera de la pintura, hacia la existencia social misma, no solo de sus aspectos físicos sino también hacia

44 T. J. Clark, *Imagen del pueblo. Gustave Courbet y la Revolución de 1848*, (Barcelona: Gustavo Gili, 1981 [1973]): 13.

45 Es interesante que el debate sobre el no-objetualismo haya acercado objetos tan distintos como la intervención en el paisaje, la performance, el arte conceptual y los retablos andinos. Todo ello marcaba una diferencia crucial frente a la comprensión del arte como representante de algo inmaterial –como sostiene el idealismo en la estética– para avanzar (y retroceder, históricamente hablando) hacia una comprensión del objeto plástico por fuera de su función representacional, es decir, como un objeto que persigue una forma presentacional que indique la existencia inmanente –social– de lo simbólico. Al respecto, ver los comentarios de Lauer al final de *Crítica de la artesanía* (1982). Parafraseando a Lauer, los “ácidos del capitalismo” ya transformaban no solo la artesanía, sino al propio arte, lo que especificó estos debates contra el esteticismo decimonónico, el modernismo espiritualista y demás ideologías estéticas engendradas por la sociedad burguesa. Para una formulación general del no-objetualismo, ver Acha, “Teoría y práctica no-objetualistas...”.

determinaciones antes ocultas.”⁴⁶ Entre 1976 y 1982, entonces, la pintura pasó de ser vista solamente como portadora de una representación a aparecer como un objeto doble, y uno estaría tentado a decir que su anterior análisis unilateral como valor de uso ahora se complementaba con el reconocimiento efectivo de su valor de cambio, y de las condiciones que imprimían ambos aspectos de la forma-mercancía en las obras artísticas y artesanales.

4. Contra la “estética marxista”

Debería quedar claro a estas alturas que la tentativa local y regional de una crítica marxista del arte implicó tomar distancia de la función usual que la crítica de arte ha cumplido históricamente, a saber, legitimar a ciertos artistas, aun cuando se esgriman razones políticamente relevantes –la toma de partido de los creadores, por ejemplo–. Ya desde su *Introducción* Lauer había planteado una diferencia entre la crítica *de* arte y la crítica *del* arte: la segunda perseguía “la exploración de una serie de vinculaciones de la práctica del arte y de su usufructo y circulación con el resto de las actividades e ideas vigentes en la sociedad peruana a lo largo de este siglo”, y constituía un paso “previo, indispensable para que ella [la crítica de arte] pueda darse con un mínimo de sentido y trascendencia dentro de nuestro proceso cultural”.⁴⁷

En ese punto, sin embargo, la diferencia reconocida entre ambas críticas no había llevado a cuestionar el propio método empleado por Lauer, lo que adquirió centralidad en años posteriores. El paso de un momento a otro acusa un creciente escepticismo frente a la estética

46 Augusto del Valle, “La fiesta del no-objetualismo. Polémicas sobre arte contemporáneo en América Latina”, en *Memorias del Primer Coloquio Latinoamericano sobre arte no-objetual y arte urbano* (Medellín: Fondo Editorial del Museo de Antioquia, Museo de Arte Moderno de Medellín, 2011): 63.

47 Lauer, *Introducción a la pintura peruana*, 31.

marxista, entendida como una filosofía especulativa que, o bien por la falta de estudios empíricos o por la conversión de las ideas sueltas de Marx y Engels sobre el arte en una doctrina realmente inexistente, alrededor suyo había “formado una suerte de ‘costra’ de categorías tomadas del idealismo”, pues “las categorías de la estética marxista (que son las mismas que las de la estética idealista, pero socialmente contextualizadas) no solo no provienen de la realidad concreta sino que no conducen hacia ella”.⁴⁸ Lo que importaba ahora era dar cuenta del proceso de constitución del *concreto fenoménico del arte*, es decir, sus formas de existencia social reales. Así lo planteó el autor:

“Si en la estética idealista convencional las obras existen o en su pura inmaterialidad o cuando menos en su más externa apariencia visual (formas y estilos como únicas y últimas determinaciones), y si en la estética marxista el arte, lo plástico, puede existir como una categoría ya independiente de las obras individuales, pero conocible a través de una tipicidad que se religa a una idea de *clase* como categoría universal en la historia [como planteara Engels], en la teoría social que se postula aquí lo que existe realmente es el carácter social de un proceso: la producción, la distribución y el consumo de un tipo de objetos y procesos, que constituyen una parte específica del proceso general de reproducción de una forma de producir particular”.⁴⁹

Contra la idea de que el marxismo aporta al debate estético la determinación del carácter revolucionario o reaccionario del artista y la obra –lo que, como vimos, significa una estrecha concepción del papel de la clase en la determinación del objeto plástico–, aquí el método busca dar cuenta, en primer lugar, de la realidad concreta del arte, entendida como un conjunto de procesos que lo configuran socialmente como tal, los mismos sobre los que una reflexión –ahora

48 Lauer, *Crítica de la artesanía*, 45.

49 *Ibid.*, 60.

sí- política podría tornarse fecunda. Conviene detenerse brevemente a especificar un tanto más contra qué estética marxista se formula esta crítica, y por ella debemos entender un conjunto variado de posturas desarrolladas históricamente por el marxismo: en primer lugar, las elaboraciones estéticas del marxismo devenido poder estatal han requerido establecer criterios para sus propias políticas culturales, y debería quedar claro que estos siempre han sido resultado de las situaciones concretas en que se desarrolló el ascenso al poder del partido revolucionario. Los aportes de Lenin y Mao a la reflexión sobre el arte y la literatura *del partido* son hartamente conocidos, y ambos exigieron a los artistas que asuman una posición proletaria o popular –el famoso y poco criticado “punto de vista de la clase trabajadora”, asumido como si se tratase de una posición universal, transhistórica y transparente– y desde allí redefinan sus sentimientos (Mao) o su voluntad (Lenin).⁵⁰ De aquella decisión –pertenecer o no al partido, finalmente– se desprendería el cambio en la praxis artística, pero notemos que se trata de una suerte de *formalismo del partido revolucionario* vigente aún hoy, que determina cuáles son los contenidos efectivamente revolucionarios y los afectos apropiados para erradicar la subjetividad burguesa, como diría Andrei Zhdanov. Se trata de un formalismo en la medida en que del partido depende la determinación de la línea correcta del cambio artístico, independientemente de cuál sea el contenido efectivo que propugne como válido.⁵¹

50 Ver: Mao Tse-Tung, “Intervenciones en el foro de Yenán sobre Arte y Literatura. Mayo de 1942”, en *Obras escogidas de Mao Tse-Tung*, tomo III, (Pekín: Ediciones en lenguas extranjeras, s.f.p.); V.I. Lenin, “La organización del partido y la literatura del partido” [1905], (Moscú: Ediciones en lenguas extranjeras, s.f.p.).

51 Aquí conviene señalar que la historia de las políticas culturales de los Estados socialistas debería siempre leerse en función de las transacciones que realizaron entre la situación de la “cultura burguesa universal” desarrollada hasta su presente (sus cánones, sus narrativas históricas y sus desarrollos técnicos) y las tradiciones plásticas nacionales y locales. Pese a que este formalismo estético diga cosas similares en distintos escenarios históricos, si uno revisa las prácticas artísticas efectivamente promovidas por la Unión Soviética, Cuba o China –por mencionar los casos con mayor continuidad como para analizar transformaciones culturales–, se hace

Por otro lado, y en buena medida contra esta primera tendencia en su variante estalinista, la reflexión sobre la filosofía del joven Marx ha propiciado el deseo de derivar del arte mismo –entendido como humanización de la naturaleza o como capacidad creadora del *ser genérico*– un principio estético que apunta a reconciliar al ser humano con su propia potencia creadora. La estética de Adolfo Sánchez Vázquez es un caso paradigmático de esta tentativa en América Latina, en la que predomina “un principio de causación: el trabajo, que se remite al hombre como causa de sí mismo”.⁵² O en palabras de Chalena Vázquez, “cuando el trabajo deviene en actividad enajenada o alienada, queda en el arte el último reducto de afirmación del ser humano, mientras se tenga opción al ejercicio de la creatividad en libertad”.⁵³ Así, el arte es visto como imagen ideal de una actividad plena en la que el ser humano supera los efectos degradantes de la alienación.⁵⁴ Si la determinación de la sensibilidad revolucionaria por el partido le exige al arte un posicionamiento político *declarado*, aquí se trata de liberar al arte –forma práctica de la estética entendida kantianamente como *finalidad sin fin*– de los constreñimientos

evidente que las palabras o fórmulas empleadas oficialmente, el famoso “punto de vista de la clase trabajadora”, por ejemplo, nunca significaron lo mismo en sus respectivos países

- 52 José María Durán, “Arte y humanismo en el pensamiento de Adolfo Sánchez Vázquez. ¿Es posible una teoría del arte a partir de los escritos de Karl Marx?”, *De Raíz Diversa. Revista Especializada en Estudios Latinoamericanos*, vol. 2, nro. 4, (julio-diciembre 2015): 196.
- 53 Chalena Vázquez, *Los procesos de producción artística*, (Lima: Escuela Nacional Superior de Folklore José María Arguedas, Fondo Editorial del Pedagógico de San Marcos, 2005): 15.
- 54 En un plano menos filosófico, esta misma idea fue la que llevó a un crítico marxista como Meyer Schapiro a identificar el expresionismo abstracto, sobre todo su evidente carácter “hecho a mano”, con un arte exento de los efectos de la alienación propias de la sociedad de consumo. En ese caso opera una reducción de la praxis concreta a una “imagen” de ella misma, en la que han desaparecido todas las determinaciones no visibles del proceso plástico. Ver: Meyer Schapiro, “Pintura abstracta reciente (1957)” en *El arte moderno*, (Madrid: Alianza Editorial, 1988): 171-180.

que el capitalismo le impone. Ambos polos que definen la estética marxista han puesto en práctica dos versiones distintas de una exigencia para que el nuevo arte socialista no emerja de la propia praxis artística –conceptual y material al mismo tiempo–, sino de la unilateralidad de la doctrina política o de los postulados filosóficos.⁵⁵ Demás está decir que ambas líneas de la estética marxista fueron consolidándose como disciplinas académicas, hoy marginales al espacio universitario pero necesitadas del mismo para reproducirse.

Frente a todo ello, la línea de reflexión sobre los medios técnicos que intervienen en la praxis artística iniciada por Walter Benjamin aparece como una excepción cuyo devenir convendría reconstruir en sus propios términos, y sin duda los desarrollos críticos expuestos en las páginas precedentes le deben su distanciamiento frente a las estéticas filosófica y partidaria. Porque la reflexión sobre la técnica, finalmente, nos aleja de la obsesión por el difuso “contenido” (de clase) del arte para acercarnos a la forma, la dimensión fundamental en una obra de arte según Roberto Miró Quesada.⁵⁶ O al menos la dimensión *faltante* en la tradición de la crítica marxista de la plástica, ahora habilitada para pensar ambas dimensiones en su articulación.

Ahora bien, la crítica de arte local identificada con el socialismo le otorgó a la política el papel central en la reflexión sobre el lugar del arte en el país y frente a las perspectivas de transformación revolucionaria entonces percibidas como viables. De alguna manera, figurada a través de imprecisas referencias a la lucha de clases al interior del campo cultural o como proyecto utópico asociado a lo popular, la política ofrecía una ruta más corta para ejercer una crítica

55 Parafraseo aquí las reflexiones sobre la noción de “realismo socialista” planteadas por Fischer en la década del cincuenta. Ver: Ernst Fischer, “El arte socialista”, en Adolfo Sánchez Vázquez (ed.), *Estética y marxismo*, Tomo II, (Ciudad de México: Era, 1975 [1970]): 319-325.

56 Roberto Miró Quesada, “Estética y marxismo: una revisión de posiciones”, *Sociedad y Política*, nro. 12, (agosto 1981): 84-96.

en apariencia radical y al mismo tiempo generaba argumentos con los que un público más amplio podría incorporarse al debate cultural. Sin duda la difusión del debate es un horizonte importante para la crítica, pero ello implicó ciertas simplificaciones, deliberadas o no, de los términos y métodos que la “Teoría Social del Arte” –como Lauer y Eder llamaron al conjunto de esfuerzos individuales antes mencionados– intentaba articular a nivel regional. Digo que intentaba pues, a fin de cuentas, tal teoría no pasó de formularse como un proyecto que, aunque avanzara considerablemente en los textos aquí presentados y en muchos otros que merecerían un estudio propio, su finalidad última –*la crítica del arte como categoría histórica*, reclamada por Mario Perniola desde inicios de los setenta– aparecía aún como un proyecto a realizarse contra el idealismo de la estética y el materialismo ingenuo de la sociología del arte, contra el sostenimiento del arte como realidad transhistórica y el empirismo que le oponía una mirada demasiado estrecha. Pese a que las bases para superar ambos polos ciegos ante el carácter procesual de la plástica hayan estado ya formuladas y bien encaminadas, poco después de la publicación de *Teoría Social del Arte. Bibliografía comentada* (1986), coordinada por Lauer y Eder, es difícil rastrear siquiera ensayos sueltos en los que los autores ahí reunidos hayan continuado desplegando las consecuencias de sus investigaciones.⁵⁷

Tal vez dicho abandono tenga que ver con que, finalmente, sus autores compartían un conjunto de premisas acaso demasiado abstractas y generales que, cada uno según sus intereses, desarrollaba como un programa propio. Un ejemplo bastará para ilustrar esta hipótesis. Como hemos visto, ya en los ochenta para Lauer primaba la crítica del arte como categoría histórica, principal objetivo de sus

57 El libro citado al inicio de este ensayo presenta un esfuerzo de varios años en los que Lauer, Eder, Acha, García Canclini, Shifra Goldman, María Herrera, Roberto Miró Quesada, Nicos Hadjinicolaou, Victoria Novelo e Ida Rodríguez Prampolini sistematizaron un gran número de lecturas que podrían articularse bajo una teoría social del arte.

reflexiones sobre el arte y la artesanía, por lo que sus esfuerzos se orientaban menos hacia la teorización de la estética –la dimensión de la experiencia sensible suscitada por el objeto plástico– que al esclarecimiento de la operatividad social de las categorías con las que la sociedad burguesa clasifica a los objetos, vistas como operaciones ideológicas que encubren realidades prácticas mucho más contradictorias. Acha, por su parte, mantenía no solo la noción de lo estético para dar cuenta de un plano más general que pueda subsumir a las categorías históricamente constituidas por la burguesía, sino que teorizaba sobre la dimensión estética como vía fenomenológica, llamémosla primaria, para reflexionar sobre la experiencia concreta del arte, la artesanía y el diseño más allá de cualquier formación social concreta.

Así lo indica el inicio de su gran proyecto de teorización sobre el arte en América Latina: empieza por la estructura material del producto artístico –la “relación objeto-sujeto”, como la nombra–; una estructura relacional doblemente condicionada por las determinaciones socioculturales (sin mayor especificación de su operatividad) y por la “base biológica del sujeto” (la sensibilidad modelada por la cultura).⁵⁸ El objeto aquí “emite estímulos” y el sujeto los recibe y codifica en los términos en los que su sociedad lo establece. De ahí que la experiencia estética se relativice hasta aparecer como el resultado de condicionamientos sociales, pero la estructura específica del objeto mismo –del objeto plástico objetivado como un producto final, tal como Lauer planteara– se pierde entre las especulaciones filosóficas del autor. A fin de cuentas, “para poder investigar la formación de una determinada estructura económica y social [sedimentada en la forma misma del objeto plástico, añadido], es preciso conocer antes la estructura acabada, y solo entonces se sabe lo que hay que buscar en

58 Juan Acha, *Arte y sociedad: Latinoamérica. El producto artístico y su estructura*, (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1979): 39-53.

la historia en general”, como Michael Heinrich refiere a la concepción marxiana de la relación entre teoría e historia.⁵⁹

Asimismo, la especificidad del capitalismo como marco de desarrollo de la plástica queda relegada a aparecer como un conjunto de condicionamientos ideológicos que se filtran en la estructura material del objeto, mas no como un paisaje en movimiento que modifica ciertas formas plásticas –como la artesanía– y se mantiene indiferente ante otras –como el arte–. Finalmente, el mercado capitalista es el espacio social del que *depende* en buena cuenta la producción plástica inclusive hoy en día, pero, como sostiene Daniel Spaulding, de dicha dependencia no se sigue que la plástica se encuentre subsumida por su lógica.⁶⁰

5. El mercado, la dominación y los límites de la Teoría Social de la Plástica

Para algunos, como Alfonso Castrillón, las nuevas teorías críticas significaban una “reacción contra el desarrollo del capitalismo alienante y sus medios masivos de comunicación.”⁶¹ Nociones como la de no-objetualismo buscaban cuestionar las herencias del sistema de las Bellas Artes, implantado en los Estados latinoamericanos entre fines del siglo XIX e inicios del XX. Al mismo tiempo, se cuestionaron las concepciones tradicionales del arte –incluyendo los modernismos conservadores de posguerra– y las nuevas formas del espectáculo capitalista, por decirlo en breve. En ese sentido, uno podría pensar que la Teoría Social del Arte, o algunas de sus variantes,

59 Michael Heinrich, *Crítica de la economía política. Una introducción a El Capital de Marx*, edición de César Ruiz Sanjuán, (Madrid: Guillermo Escolar Editor, 2018): 63.

60 Daniel Spaulding, “A clarification on art and value”, *Mute*, (2015), <<http://www.metamute.org/editorial/articles/art-value-and-freedom-fetish-0>>.

61 Castrillón, *¿El ojo de la navaja...?*, 192.

fue crítica en la medida en que buscó desmarcarse de la historia del arte burgués mientras, en el mismo movimiento, prometía contravenir la mercantilización generalizada que se percibía como principal amenaza al desarrollo de un arte autónomo y/o revolucionario. Por este segundo deseo es que algunos la percibieron más como una teoría sobre cómo *debería ser* el nuevo arte radical –como quienes intentaron articular a los llamados no-objetualistas en un solo movimiento regional– que como lo que era, a saber, una crítica del arte de la cual podrían desprenderse nuevas miradas sobre su historicidad, que solo en una ulterior conexión con la praxis artística podría fungir como su propia teoría. Ese vínculo no era directo, aunque es razonable que los artistas mismos percibieran las teorías como legitimaciones de sus propias obras.

Además, este amplio conjunto de antagonistas condujo a que la teoría perdiera especificidad: la discusión sobre la historicidad de las categorías (arte, artesanía, diseño) cedió ante la necesidad política de declarar su igualdad desde el punto de vista del valor cultural⁶²; el deseo de comprender la realidad latinoamericana por fuera de las narrativas occidentales condujo a la primacía de la cultura por sobre las múltiples dimensiones que el marxismo busca articular al reflexionar sobre las formaciones sociales y sus dinámicas concretas –como invirtiendo el reduccionismo económico por una valoración excesiva del “peso” estructural de la cultura–; el análisis de las transformaciones producidas por la penetración del capitalismo en los sistemas tradicionales de la artesanía y del arte cedió ante la urgencia

62 Acaso este deseo fue el que Gustavo Buntinx llevó desde el campo de la teoría y crítica del arte al interior del propio “mundo del arte”, a través de las múltiples exhibiciones que curó desde inicios de los años ochenta. De alguna manera, algunas huellas de la Teoría Social del Arte aquí examinada aparecen aún en las declaraciones de MICROMUSEO, proyecto curatorial y colección que él mismo lleva adelante hasta la fecha. Sin embargo, conviene anotar que la crítica marxista del arte entonces formulada no tenía necesariamente el interés de reformular internamente el campo artístico, sino de cuestionar sus instituciones, ideologías y, finalmente, sus compromisos de clase.

de ubicar en “el mercado” la principal amenaza contra la creatividad social. Así lo dijo Sebastián Gris, seudónimo de Gustavo Buntinx, en 1983:

“...el arte como producción ideológica no está aún coherentemente integrado a un proyecto estable de dominación cultural y puede ser abandonado a su suerte con la absoluta certeza de que la propia dinámica de su circuito convertirá cualquier gesto de rebeldía en nuevas formas de sumisión. La importancia del comercio artístico en el Perú no radica, entonces, en sus precios ni en el relativo aporte de las obras que por él circulan, sino en su carácter de mecanismo único para el control de nuestra producción visual”.⁶³

Aquí se combina extrañamente la constatación de cierta independencia del arte respecto del mercado –pues no está “coherentemente integrado a un proyecto estable de dominación cultural”, aunque no llego a comprender a qué se refiere el autor, sobre todo tras la contundente explicación de Lauer en su *Introducción*–, y la omnipotencia del mercado como “mecanismo único” de dominación de la plástica. Acaso tal contradicción hubiese requerido detenerse en la forma específica en la que los artistas participan del mercado –productores mercantiles simples, dije antes–, pues se hubiesen encontrado allí múltiples indicios de que la autonomía de los artistas, lejos de ser una cuestión metafísica, responde realmente a que *el capital no se apropia de la producción artística como proceso* –a diferencia de la artesanía, como Lauer planteó–, y si lo hace se trata de casos aislados que no revolucionan la forma social de su producción.⁶⁴ Pero constatar aquella dinámica tampoco nos debería

63 Sebastián Gris [Gustavo Buntinx], “Arte y mercado en el Perú”, *Debate*, nro. 19, Lima, (1983): 47.

64 Dave Beech, *Art and value: Art's economic exceptionalism in classical, neoclassical and marxist economics*, (Leiden: Brill, 2015).

llevar a concluir que el arte es en sí una forma de resistencia ante la dominación capitalista.

Tales conclusiones fueron más bien frecuentes en la época, aun cuando las especificidades de la operatividad del arte bajo el capitalismo permanecían sin precisar, pues había que encontrar en el arte mismo respuestas ante el avance de la mercantilización. Contra la idea de una excepcionalidad injustificable de los artistas en la sociedad, había que reclamar que en el arte se realizan las mismas relaciones de producción que organizan la vida social en su conjunto –como dijo García Canclini–, de manera que, si esta es predominantemente capitalista, el arte también debía responder a dicha caracterización. Dos rutas permitían escapar de esa situación: o bien se desestimaba la totalidad del arte como una expresión de la sociedad burguesa, para ir en busca de formas culturales más auténticas y no alienadas; o bien se radicalizaban las tendencias antiburguesas de la vanguardia artística misma.⁶⁵ La segunda vía llevó a que las innovaciones formales del arte como la performance, la instalación, las variedades del arte conceptual o los llamados *nuevos medios* –que hoy podemos reconocer como emergentes a nivel global entre los sesenta y los noventa, ahora subsumidos bajo la

65 Tendencias antiburguesas cuya ambivalencia ya había sido captada con precisión por Mariátegui a inicios del siglo XX: “Entre los descontentos del orden capitalista, el pintor, el escultor, el literato, no son los más activos y ostensibles: pero sí, íntimamente, los más acérrimos y enconados. El obrero siente explotado su trabajo. El artista siente oprimido su genio, coactada su creación, sofocado su derecho a la gloria y a la felicidad. La injusticia que sufre le parece triple, cuádruple, múltiple. Su protesta es proporcionada a su vanidad generalmente desmesurada, a su orgullo casi siempre exorbitante. (...) Pero, en muchos casos, esta protesta es, en sus conclusiones, o en sus consecuencias, una protesta reaccionaria. Disgustado del orden burgués, el artista se declara, en tales casos, escéptico o desconfiado respecto al esfuerzo proletario por crear un orden nuevo. Prefiere adoptar la opinión romántica de los que repudian el presente en el nombre de su nostalgia del pasado. Descalifica a la burguesía para reivindicar la aristocracia”. José Carlos Mariátegui, “El artista y la época” (1925), en *El artista y la época* (Lima: Empresa Editora Amauta, 1970 [1959]): 14.

noción de arte contemporáneo– aparecieran como formas *siempre ya críticas*, lo que equivalía a pensar que resistirían la mercantilización y, con ello, la dominación capitalista. Si un hecho artístico prescindía de las formas asociadas a las bellas artes –pintura (cuadro); escultura (pedestal); etc.–, se presumía que había conseguido resistir al mercado.

Desde luego, hay otros factores generales que limitaron el despliegue de la Teoría Social de la Plástica –como prefiero llamarla– a nivel local, como la pérdida de un horizonte revolucionario ante las contradicciones de la propia izquierda entre Sendero Luminoso y la vía electoral, y las posteriores respuestas neoliberales a las crisis de los ochenta. La disolución de la URSS y la avanzada neoliberal en América Latina sin duda aportaron lo propio a la desarticulación de un ánimo regional para pensar el arte más allá del capitalismo. Además, huelga decir que los participantes de estos debates no compartían afiliaciones institucionales, pese a que el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM operó a veces como un espacio de encuentro y, en algunos casos, de financiamiento. Menos aún compartían una visión común de la posible vinculación entre sus teorías y la praxis política, tampoco un programa consensuado de renovación de las artes. Se trató de un conjunto de esfuerzos principalmente *críticos* que parecerían haber perdido razón de ser cuando la certeza de la revolución, ese tren del que no había que ocuparse realmente pues se encontraba ya en marcha, pasó a convertirse en decepción o sencilla indiferencia.

En su momento la Teoría Social de la Plástica prometió corregir esas visiones borrosas que Fischer llamaba a superar en el epígrafe de este ensayo, y ciertamente la confianza en el anteojo –diría Vallejo– podría haber prevalecido frente a los giros posmodernos y las desilusiones políticas, sobre todo cuando la teoría podría haber continuado su desarrollo más allá de los espejismos del vanguardismo que seducían a algunos de los intelectuales aquí implicados. Porque una teoría construida abiertamente en contra de los reduccionismos económicos y políticos podría haber dicho mucho precisamente

cuando, después de 1989, es el propio neoliberalismo el que se ha apropiado de la “última instancia” económica mal atribuida a Marx, mientras el mundo del arte se convence de que, al contrario, todo se reduce a la política –usualmente definida en términos incompatibles con una política de clase, como es el caso de la filosofía de Jacques Rancière–. Como hemos visto, el declive de la Teoría Social de la Plástica responde a múltiples factores personales, ideológicos y coyunturales, pero no habría por qué desestimar la posibilidad de rearticular sus desarrollos más lúcidos –como los aquí examinados, en mi opinión– para discutir el escenario actual del arte contemporáneo.

Porque tal escenario articula los sistemas artísticos de las principales ciudades a nivel global, principalmente a través de nuevos segmentos de mercado que hacen del arte contemporáneo una forma genuinamente global que domina los discursos institucionales sobre la creación contemporánea, aunque no necesariamente se trate del sector más auspicioso del mercado del arte. Por su parte, además está decir que la Teoría Social de la Plástica podría iluminar los cambios que la promoción estatal y los nuevos mercados globales han incitado en las formas artesanales. Ahora, como hace algunas décadas, lo que una crítica marxista del arte o de la plástica provee no es tanto un esquema según el cual legitimar algunos objetos, sino una teoría para aproximarnos a ellos, a quienes los crean y consumen, y a las instituciones que median entre ambos momentos de su existencia social. Los antagonistas de tal perspectiva son también los mismos que entonces, por más que uno pueda constatar que los discursos del arte contemporáneo y de la cultura en general han asumido acriticamente el posmodernismo: frente al idealismo de la autonomía del arte, y frente al empirismo sin concepto de la crítica de arte convencional, se trata al mismo tiempo de recuperar la dimensión de la praxis en la plástica, la “actividad sensorial humana práctica”, diría el *Marx de las Tesis sobre Feuerbach*, y de articularla con una crítica de la economía política que configura sus distintos derroteros institucionales y los hace aparecer, invertidos ya, como realidades dadas a nuestra experiencia.

De (re)comenzar la tarea de articular ambas dimensiones dependerá que podamos esclarecer, como Marx lo hiciera frente a la economía política clásica, por qué el contenido social adopta las distintas formas del objeto plástico. O, más precisamente, cómo dicho contenido se sedimenta en un conjunto de objetos que, a pesar de los esfuerzos críticos por reducirlos a sus realidades más palpables y profanas, *parecen contenerlo todo*.⁶⁶ Pues hoy es claro que la forma dominante de la plástica es el arte, esa forma idónea para la fetichización: para algunos se trata de la promesa de una vida reconciliada consigo misma; para otros lo que está en juego es la posibilidad de hacerse de los poderes mágicos encapsulados en su objetualidad. Lo que ofrece una Teoría Social de la Plástica orientada por la crítica de la economía política marxiana es preguntarnos por la fuente de la persistencia del arte como forma dominante de la cultura bajo el capitalismo.

Si, como pensaba Vallejo, el arte tiene que ver con el *substratum colectivo* o la vida plena imposibilitada bajo el capitalismo que veía expresarse prístinamente en la nueva literatura proletaria⁶⁷, ¿cuánto de esa idea responde al discurso de la estética burguesa y sus poco críticas exigencias marxistas de alinearse con el punto de vista del proletariado y cuánto de ella nos conduce más bien hacia la pregunta por la relación entre arte y valor? Porque esa debería ser la pregunta marxiana sobre el arte bajo el capitalismo, pues el valor es exactamente lo que se nos aparece como una propiedad de las cosas mismas en el mercado, y en esa medida constituye el problema formal fundamental de la sociedad capitalista. Como pensaba Lukács, el arte aspira a encarnar la imagen misma de la forma-mercancía, aunque hoy deba competir más finamente con las mercancías que se

66 David Graeber, *Hacia una teoría antropológica del valor. La moneda falsa de nuestros sueños*, (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2018): 381

67 César Vallejo, "El duelo entre dos literaturas", *El arte y la revolución*, Obras completas, tomo segundo, (Lima: Mosca Azul editores, 1973): 97-98.

asumen ellas mismas como imágenes de lo bello y edificante. Reclamar la necesidad de pensar el objeto plástico desde la dialéctica de la representación y el soporte material es una premisa similar a la de la crítica de la economía política marxiana que reclama que el valor en el capitalismo, esa dimensión esquiva que requiere ser visualizada por el aparato mismo de la crítica, solo es aprehensible *a todo nivel* si se le encuadra como un proceso desplegado contra el telón de fondo de la totalidad social.

IV

Balance polémico

MARX CONTRA EL “SOCIALISMO REAL”

*Levy del Aguila**
*José Enrique Sotomayor***

1. Introducción

El “socialismo real”¹ constituyó un conjunto diverso de regímenes políticos resultado de revoluciones anticapitalistas triunfantes a lo largo del siglo XX, de alcance nacional o imperial, donde por primera

* Doctor en Filosofía (2013) por la Universitat de Barcelona y la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) con la tesis *Comunismo, poder político y libertad personal en Marx*. También es sociólogo por la PUCP y se graduó como Magíster en Filosofía (2003) en la misma casa de estudios con la tesis *Sobre el concepto de libertad en el Leviatán de Thomas Hobbes*. Ha publicado distintos trabajos acerca de la obra de Marx, así como a propósito de diversas cuestiones de la filosofía política y la ética aplicada, incluyendo el libro *Ética de la Gestión, desarrollo y Responsabilidad Social* (ed., 2014). Correo de contacto: laguila@pucp.pe

** Abogado, Magíster y doctorando en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Obtuvo el grado de Magíster con una tesis sobre la evolución del concepto de ideología en la obra de Karl Marx, la cual realizó bajo el financiamiento del Programa de Apoyo a la Investigación para Estudiantes de Posgrado (PAIP). Ha sido becario del Master en Democracia Constitucional e Imperio de la Ley, por la Universidad de Génova (Italia). Ha publicado libros y artículos especializados sobre teoría y filosofía del Derecho, y sobre filosofía política. Es integrante del Grupo de Investigación sobre Teoría Crítica de la PUCP. Correo de contacto: sotomayor@pucp.pe

1 Haremos uso de la expresión “socialismo real” en singular para referirnos al objeto de nuestra discusión, esto es, a la experiencia histórica que aquí intentamos

vez la historia del capitalismo conoció, como una realidad efectiva, alternativas de organización de la producción que le hicieron frente a nivel societal. No se trató de alternativas meramente retardatarias que se limitaron a resistir el desarrollo capitalista desde algún nicho sustantivo (estamentos, identidades, religión, etc.) y formas tradicionales de organización de la vida en común, sino que, más bien, enarbolaron banderas propias de la modernidad capitalista occidental, tales como la igualdad y el progreso. Incluso reivindicaron la libertad, aunque por cierto en una variedad no individualista sino asociada al discurso de la autonomía de los pueblos en vena descolonizadora, o bien, especialmente para el caso de las potencias socialistas de mayor poderío, bajo variedades colectivistas sometidas a formas de despotismo y totalitarismo abiertamente contrarias a la Modernidad. Los puntos de continuidad con las aspiraciones modernas no fueron solo un asunto de aspiraciones ideológicas y pretensiones políticas; encontraron, con mayor o menor éxito, un arraigo decisivo en el aporte de la ciencia y la técnica modernas al desarrollo de sus proyectos de sociedad, es decir, al desarrollo de su capacidad para producir las condiciones materiales para tales proyectos. En buena cuenta, tenemos entre manos la experiencia histórica de procesos de modernización no liberales, donde la racionalidad tecno-científica y un marcado igualitarismo se erigieron como elementos clave para un sentido del progreso y la libertad con pretensión socialista².

En todos los casos, los sujetos políticos que lideraron las experiencias del socialismo real asumen una identidad marxista, entendiéndose

conceptualizar. Para los casos singulares que habremos de considerar, usaremos expresiones tales como “regímenes”, “proyectos” o “experiencias” del socialismo real.

2 Cf. Weber, Max, *Economía y Sociedad*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1984, Segunda Parte, cap. IX, acápite 3, donde los procesos de racionalización no remiten exclusivamente a las sociedades capitalistas, sino que son un rasgo fundamental de Modernidad que concierne también a las formas socialistas de organización, y, en este caso, alberga incluso un mayor riesgo para la libertad individual y una vida plena de sentido que el que representan aquellas sociedades dirigidas por las formas capitalistas y el libre mercado.

por ello la reivindicación de la obra de Karl Marx como fuente de sus propias aspiraciones emancipatorias. Por supuesto, la semántica de estas reivindicaciones fue sumamente diversa y dispar, como se puede conocer en la historia del marxismo a lo largo del siglo XX. No obstante, a pesar de su vasta diversidad, todas las experiencias del socialismo real portan una cierta unidad ideológica y de propósito fundada en la obra de Marx y algunas de sus más destacadas apuestas emancipatorias. Se trata, pues, de proyectos políticos socialistas de carácter marxista. Estas experiencias fueron finalmente batidas por el capitalismo entre fines del siglo XX e inicios del siglo XXI, y este pudo así afirmarse como forma única de organización social para la vida en común de una humanidad crecientemente integrada a través de los procesos de globalización. De hecho, el colapso del socialismo real a fines del siglo XX no hizo sino darle un carácter más universal a la dominación capitalista, que procedió a enlazarse en pleno con los aparatos productivos de dichas sociedades y sumarlas al concierto del mercado mundial que el capitalismo, a su turno, no dejó de desarrollar mientras existió el socialismo real. Desde entonces, el desarrollo capitalista apenas se inmuta ante sus sucesivas crisis y persiste triunfante como forma de vida centrada en la explotación, la dominación social y la enajenación de nuestra especie –que ahora debe incluir necesariamente las catástrofes ambientales y los compromisos bioesféricos producto de su modo de producción–.

En atención a esta trabazón histórica entre el socialismo real y el desarrollo capitalista, para quienes seguimos encontrando en la obra de Marx a un lugar *sine qua non* para la crítica de la sociedad capitalista y para la apuesta radical por alternativas emancipatorias, resulta ineludible, desde una ya cierta distancia histórica, saldar cuentas con el socialismo real y hacerlo desde la propia obra marxiana³. Esto

3 Dado este encuadre metodológico de la cuestión, se entiende de suyo que no podemos identificar la obra de Marx con los distintos “marxismos” que le sucedieran. Precisamente, la idea es interpelar las más destacadas realizaciones prácticas del

supone perfilar, desde Marx, las condiciones históricas de posibilidad del socialismo real, el alcance de sus aspiraciones, la forma de implementar sus realizaciones y la finitud de su poder como alternativa al desarrollo capitalista; finitud que terminó haciendo de él un capítulo más de la historia del capitalismo, como queda patente y patéticamente expresado en la circunstancia por la cual el Partido Comunista de China rige hoy en día la que pronto será la mayor economía capitalista del mundo.

En buena cuenta, la cuestión conceptual clave para problematizar desde Marx la experiencia del socialismo real pasa por la noción de *progreso*. A nivel ontológico, dicho progreso no es sino el despliegue de capacidades para la satisfacción de las siempre crecientes necesidades de los *sujetos de praxis*⁴. La manera en que Marx formula su propia noción de subjetividad resulta, además de inédita, decisiva para la conciencia filosófica de su tiempo y para los tempranos desarrollos de las ciencias sociales en el siglo XIX. Se trata del llamado a pensar la vida humana como un entramado relacional donde nos hallamos situados como productores, más o menos conscientes, de nuestras propias condiciones de vida. Esta condición de los seres humanos como *sujetos* porta una doble faz, pues por un lado es una condición natural asociada a nuestra pertenencia a una especie animal, y por otro lado remite a la socialidad sin la cual la vida de dicha especie no es posible. A su turno, esta doble condición no viene meramente dada, sino que es una experiencia histórica donde el vínculo de la humanidad con la naturaleza y entre los propios seres humanos respondería a circunstancias

marxismo, en la forma del socialismo real, desde la comprensión que Marx ofreciera de la sociedad capitalista y de las condiciones de posibilidad de su transformación revolucionaria. Para el enfoque desde Marx, pues, habremos de reservar la expresión “marxiano”, mientras que para los desarrollos posteriores, se encuentren o no alineados con el socialismo real, usaremos la expresión “marxista”.

4 Cf. Marx, Karl y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, (Montevideo/Barcelona: Pueblos Unidos/Grijalbo, 1970): 28-29 *passim*.

que, a la vez que heredamos, reelaboramos mediante la actividad transformadora ejercida sobre nuestros objetos teórico-prácticos y sobre nosotros mismos. Desde esta perspectiva, la obra de Marx puede interpretarse como un llamado a asumir nuestra condicionalidad histórica, en su necesidad y en las posibilidades que apertura, a manera de derroteros singulares, finitos y limitados, que no deberían ser reducidos ni epistémica ni axiológicamente a la abstracción de fórmulas generales sobre el curso de la historia social; fórmulas con pretensión de validez más allá de lo que los propios sujetos de praxis lleven a cabo por medio de sus disposiciones transformadoras y autotransformadoras. En buena cuenta, este es el enfoque de la "totalidad orgánica" que Marx formulara clásicamente en la Introducción a sus *Grundrisse*⁵ y que guiara la investigación y la exposición de su crítica de la sociedad capitalista en su obra madura.

Por cierto, un pensador complejo como Marx ofrece perfiles y direccionamientos en su obra que deben ser siempre atendidos para evitar lecturas simplificadoras de la misma. La cuestión del progreso en Marx no es ajena a esta circunstancia. En ese sentido, también encontramos en su obra formulaciones propias de un evolucionismo con registros reduccionistas asociados a esquemas históricos generales, no solo de tufillo positivista, sino a la vez de firme herencia hegeliana, sobre el curso evolutivo de los asuntos humanos. En estos casos, y como es ampliamente conocido, tales registros aducen a figuras del tipo "base material" o "base económica" para la formulación de un discurso sobre el curso evolutivo de la humanidad de fuerte efecto retórico en medio de las disputas ideológicas y políticas de su tiempo. La ortodoxia marxista, vinculada a lo largo del siglo XX con los regímenes políticos del socialismo real y cuyo fracaso

5 Cf. Karl Marx, "Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (*Grundrisse*)", en *Obras de Marx y Engels (OME)*, vols. 21-22, (Barcelona: Crítica/Grijalbo, 1977) (en adelante, *Grundrisse*, Primera Mitad / Segunda Mitad).

quedó emblemáticamente expuesto con la caída del muro de Berlín en 1989, estuvo siempre presta a abrazar este tipo de consagraciones evolucionistas que aseguraban de una vez y para siempre cuál habría de ser el curso de los acontecimientos por venir, donde por supuesto ellos representaban la ruta del progreso. De este modo, la historia dejaba de ser despliegue de la praxis y pasaba, más bien, a estar sujeta a la necesidad ciega (“las determinaciones de la materia”) y a soterradas teleologías (nunca advertidas por quienes en su estrechez solo eran capaces de comprender la materialidad en términos reduccionistas, en formas “puras” sin complejidad) que consumirían la emancipación de los seres humanos; una emancipación que habría de realizarse aun sin contar con ellos, salvo como ejecutores de un guion preestablecido que habría decidido de antemano cuál sería su mejor suerte. Esta ortodoxia tuvo que adaptar a conveniencia el evolucionismo propiamente marxiano para presentar como necesarios los “saltos” históricos asociados a la plausibilidad de establecer regímenes socialistas en sociedades que apenas si estaban en procesos muy tempranos de desarrollo mercantil-capitalista. En buena cuenta, el curso histórico del que emergió el socialismo real era una interpelación práctica de la tesis marxiana en torno de la necesidad del acabamiento de las posibilidades de desarrollo de un modo de producción para que tenga ocasión el momento revolucionario que hiciera posible la apertura histórica hacia su sucedáneo. La ortodoxia supo tejer su propio evolucionismo para hacer frente a la paradoja de su propia existencia como el discurso de revoluciones socialistas que habrían tomado sus propios atajos en la historia, y que *ex post* debían validar su necesidad absoluta.

En cualquier caso, de cara a la interpelación del socialismo real, sea que tomemos una perspectiva compleja o reduccionista de la obra de Marx, resulta crucial abordar cómo aparece en ella el problema de la necesidad histórica y la idea de progreso que le es concomitante. En cualquiera de ambas perspectivas, la filosofía de la historia de Marx porta una tesis fuerte sobre la necesidad histórica que hace posible la sucesión de los modos de producción. En este

aspecto, el peso de la dialéctica de Hegel es particularmente decisivo. A la hora de pensar la totalidad social como totalidad dialécticamente articulada en sus distintos planos de realidad contradictorios y mutuamente necesarios, Marx asume también el punto de vista según el cual *lo verdadero es el resultado*⁶. De ahí que, de cara a la posibilidad del socialismo como modo de producción post capitalista, la realidad está *aún por cumplirse* y la verdad *aún por mostrarse* en tanto la madurez de los múltiples derivados de la forma del valor –ya conocidos en las sociedades dominantes de su tiempo– no hubiese sido plenamente alcanzada como parte del progreso capitalista por las naciones industriales de su tiempo⁷. Esta *culminación* de las formas sociales del modo de producción capitalista aparece en lo fundamental de la obra de Marx como condición histórica de cualquier proyecto emancipatorio radical contra sus formas de explotación, dominación y enajenación.

Las posibilidades son, pues, las indicadas. Por un lado, una dimensión en línea de ciencia positiva que asienta el carácter meramente dado de la realidad material donde opera la praxis. Por otro lado, una dimensión eminentemente dialéctica desde donde la materialidad de lo humano se asume como socialidad históricamente objetivada; en este caso, la inmanencia desde la cual la praxis organiza las estructuras sociales no es abandonada en favor de alguna renovada teleología de carácter metafísico revestida de discurso científico. Desde ambos perfiles presentes en la obra de Marx, corresponde interpelar la experiencia del socialismo real a partir de su identificación como un conjunto de procesos de transformación revolucionaria de

6 Cf. Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Fenomenología del espíritu de Hegel*, Prólogo, (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1991): 12-13 *passim*.

7 A nivel epistémico y en un sentido deflacionado –o al menos no especulativo– frente a la filosofía de la historia de Hegel, señala Marx en los *Grundrisse* que: “El llamado desarrollo histórico descansa en general en el hecho de que la última forma considera a las formas pasadas como estadios que conducen a ella misma...” (*Grundrisse*, Primera Mitad, 30).

las estructuras sociales del capitalismo en sociedades periféricas a lo largo del siglo XX. Estos procesos revolucionarios triunfaron inicialmente y establecieron modelos de desarrollo alternativos a los del capitalismo. Algunas décadas después culminaron como modelos fracasados de vida social que –cual ironía histórica– terminaron siendo parte del derrotero de la acumulación y el desarrollo capitalista a escala planetaria, el enemigo declarado, como aportes firmes a su poderío, un poderío universal nunca antes conocido por ninguna forma social en la historia de la humanidad.

En este capítulo, ofreceremos un breve repaso de las experiencias del socialismo real a lo largo del siglo XX, con foco sobre Europa Oriental, el Sudeste Asiático y América Latina, dejando de lado en esta ocasión el caso de otros países asiáticos y de África. El motivo de esta limitación radica en la centralidad que la experiencia soviética y china tuvo a nivel mundial, así como la impronta que ambas dejaron sobre las formulaciones ideológicas y los modelos políticos del socialismo real. En ese sentido, la propia referencia a casos de América Latina es un repaso que tomamos en cuenta por nuestra propia cercanía histórica pero que –podrá apreciarse– queda en un plano secundario. El lector deberá aquilatar las limitaciones que de esto se desprenden a nivel de las formulaciones conceptuales que habrán de desarrollarse en lo que sigue.

En segundo lugar, presentaremos el problema del progreso en Marx asociado a la sucesión de los modos de producción. Para ello, expondremos el esquema base-superestructura y el de la totalidad orgánica, uno de orientación más reduccionista, el otro de corte más dialéctico, para problematizar las determinaciones en juego a la hora de pensar el cambio revolucionario; en particular, la transformación hacia un modo de producción socialista. Esto supondrá considerar el relacionamiento entre los distintos planos de la economía, la política y la ideología, de “lo material” y “lo espiritual”; en buena cuenta, entre acción y circunstancias. Este esfuerzo nos permitirá plantearnos la cuestión muy determinada en la obra de Marx que atañe a la

pregunta: ¿cuáles son los resultados históricos que el capitalismo tiene que llevar a cabo para considerar que “su tarea ha sido cumplida” y que sus toques de muerte aparecen en escena? Nuestra presunción es que, desde Marx, plantearse la revolución socialista por fuera de tal consideración no puede ser sino una forma de voluntarismo, tarde o temprano desventurado.

A continuación, los elementos históricos y conceptuales presentados en las primeras dos secciones nos permitirán ocuparnos del socialismo real para interpelarlo en tanto proyecto político que responde a una cierta configuración práctica en sus respectivas sociedades, a ciertos *resultados históricos* del desarrollo capitalista, los cuales delinearon sus potencialidades y sus límites. Nuestro foco de atención estará puesto fundamentalmente sobre la experiencia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y, en segundo término, sobre la China maoísta. La hipótesis que aquí desarrollaremos es que –de acuerdo con nuestra interpretación de la obra de Marx– el socialismo real constituyó una experiencia histórica marcada por una doble *artificialidad*, tanto a nivel económico y social, como a nivel político; que, en ese sentido, lo que conocimos a lo largo del siglo XX no fueron experiencias de un modo de producción socialista sino revoluciones anticapitalistas marcadas por la profunda inmadurez del capitalismo en los países en que tuvieron lugar y, consecuentemente, experiencias forzadas que –a fin de cuentas– no supieron sino proveerle al capitalismo de mayor legitimidad y poder frente a la crítica emancipatoria.

Por último, de cara a nuevos proyectos socialistas que sigan encontrando en la fuente marxiana buena parte de sus propósitos crítico-emancipatorios, abordaremos la compleja tarea de identificar algunos aprendizajes y lecciones que se desprenden de las experiencias históricas del socialismo real. Si las alternativas de cambio social no sucumben a la narrativa de la inevitabilidad del capitalismo –como parece ser el caso en las variedades del progresismo políticamente correcto de nuestros tiempos– ni asumen una retórica

empobrecida del proyecto marxiano, hay en la obra de Marx, y en otros enfoques críticos, vías firmes desde las que alimentar futuras aspiraciones revolucionarias contra la lógica del capital y el sistema social que de ella se desprende. Identificaremos cuatro dimensiones: i) las condiciones de producción e intercambio, ii) las condiciones ambientales y el horizonte de la sostenibilidad, iii) la crítica contemporánea y su estancamiento, y iv) el Estado de derecho y las alternativas democrático-emancipatorias. El ánimo no es otro que el de evitar que los nuevos proyectos emancipatorios repitan el sendero por el cual la infatuación del ánimo revolucionario termine haciendo el mejor juego que la dominación capitalista pueda desear: la experiencia de su fracaso.

2. La experiencia histórica del socialismo real

La presente sección busca ofrecer una panorámica general de las características y desarrollo histórico del socialismo real en tres regiones del mundo durante la convulsionada segunda mitad del siglo XX: Europa del Este, Extremo Oriente y Sudeste Asiático, y América Latina. El repaso atenderá los elementos centrales del modelo de desarrollo económico, político e ideológico de estos regímenes, así como su inscripción en la escena geopolítica más amplia de acuerdo con la cual se inscriben en el periodo de la Guerra Fría, en el conflicto entre la sociedad capitalista y sus alternativas socialistas a escala mundial. Sobre la base de la delimitación espacial e histórica de estos regímenes, pasaremos en las secciones que siguen al análisis y la crítica del socialismo real en su conjunto desde un enfoque basado en la obra de Marx.

Europa del Este

El fin de la Segunda Guerra Mundial supuso una reconfiguración de los poderes económico, político e ideológico en el mundo. De una parte, los nacionalismos quedaban duramente golpeados

luego de la derrota del Eje, mientras que, del otro, el avance final del Ejército Rojo sobre la Alemania Nazi abrió la posibilidad de la expansión del socialismo real en diversos lugares del mundo. Políticamente, esta reconfiguración se manifiesta en los acuerdos de la Conferencia de Yalta, de febrero de 1945, en la que se congregaron Winston Churchill, Franklin D. Roosevelt y Josef Stalin. Uno de los acuerdos centrales de tal conferencia establecía zonas de influencia y tutela diferenciadas para la URSS y Estados Unidos. La protección de tales zonas de influencia fue determinante no solo para la polarización del mundo durante varias décadas, sino también para demarcar el espacio de intervención en apoyo de Estados que no fueran la URSS y Estados Unidos⁸.

En el bloque de Europa del Este se desarrolló, pues, desde 1948, un “modelo soviético” que comprendía variables socio-políticas y económicas. Desde el punto de vista de Hobsbawm, las variantes locales de partidos comunistas eran el resultado de una amalgama de una izquierda nacional y del modelo soviético post Revolución de Octubre¹⁰. Es a esta primigenia forma de influencia, tutelaje y modelo de desarrollo, al que se conoció con el nombre de “socialismo real”. Desde luego, la forma en que esta influencia soviética fue importada por cada uno de los Estados de Europa del Este no fue uniforme. La importación del modelo soviético no fue siempre pacífica y sufrió modificaciones y adaptaciones para los casos –solo por tomar algunos ejemplos– de Tito en Yugoslavia, Nagy en Hungría o Dubcek en Checoslovaquia¹¹. El centro de esa variabilidad se cifraba

8 Cf. Eric Hobsbawm, *How to change the world. Reflections on Marx and Marxism*, (New Haven & Londres: Yale University Press, 2011): 344-384. Asimismo, Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, (Madrid: Crítica, 2012)..

9 Dolores Ferrero, “La crisis del socialismo real. Semejanzas y diferencias entre las disidencias del bloque del este”. *HAOL*, 11, (2006): 65-86.

10 Eric Hobsbawm, *Revolucionarios*, (Madrid: Crítica, 2010): 13.

11 Ferrero, “La crisis del socialismo real”, 65.

en la doctrina de las vías nacionales hacia el socialismo, promovida desde el periodo de Jrushchov al mando de la URSS.

No obstante, en su núcleo central, el modelo soviético se propuso de forma ortodoxa, sin dejar lugar a adaptaciones de acuerdo a la variabilidad de cada Estado. La pauta histórica central para ello era el desarrollo de la URSS desde la Revolución de 1917. Es por ello que se hace necesario identificar algunos rasgos distintivos de la historia de la URSS con posterioridad a 1917. Tres de estos rasgos resultan de especial importancia para la presente discusión: (i) un acelerado proceso de industrialización, dirigido a acelerar el proceso histórico de un país en enorme medida rural; (ii) la colectivización del campo; y (iii) la propaganda política acompañada de la supresión de competencia ideológica frente al Partido Comunista.

Así, en primer lugar, y debido a las características geográficas y poblacionales, Rusia emprendió –con posterioridad a la Revolución, pero en un desarrollo que cifra sus orígenes en el periodo zarista– un proceso a gran escala de industrialización. En este extremo se incentivó especialmente la industria pesada –fabril, de producción de maquinaria o de siderurgia, principalmente– bajo el entendido que de esta forma se aceleraría el proceso histórico que, de acuerdo a los presupuestos del marxismo, debía pasar primero por alguna forma de capitalismo industrial. En segundo término, el modelo soviético emprendió una colectivización del campo, con lo cual la producción se aglutinaba en formas de economía cooperativa. De esta manera, se superaba la fase de una economía agraria de subsistencia, y se potenciaba la enorme extensión que el país podía destinar a diversos cultivos. Asimismo, el sustento ideológico era “empacado” y transmitido a las masas a través de un sistema de propaganda que difundía la idea de que el partido representaba a la clase proletaria¹². En este entramado ideológico-político, también

12 *Ibid.*, 68.

se dio un proceso de ilegalización de partidos opositores, por lo que "[s]e abandonó toda tendencia hacia una evolución democrática y pluripartidista"¹³.

La Cortina de Hierro marcaba la frontera de influencia del modelo soviético, lo que en la práctica se traducía en una exportación de dicho modelo hacia los llamados Estados satélite de la URSS. La síntesis de los procesos históricos de cuatro de ellos es de especial relevancia para una discusión sobre el socialismo real en Europa del Este: Yugoslavia, Polonia, Hungría y Checoslovaquia.

El caso yugoslavo durante gran parte de la llamada "Segunda Yugoslavia" (fines de la Segunda Guerra Mundial, hasta 1992) posee ciertas particularidades de importancia para el análisis histórico. Algunos factores geográficos como la ausencia de una frontera directa con la URSS, y otros políticos como el mayor grado de acercamiento con las potencias occidentales, o el gran carisma de Josip Broz Tito, pueden ayudarnos a explicar tales peculiaridades¹⁴. Tito no llegó al poder como producto de una revolución, sino a través de la consolidación de su liderazgo militar en la oposición a Hitler¹⁵. Aunque antes de la guerra había sido Secretario General del Partido Comunista yugoslavo y había apoyado la política estalinista, con posterioridad a la misma emprende una vía local de comunismo, que fue bautizada desde la URSS como titoísmo¹⁶.

Tito rompe con Stalin en 1948, y a partir de entonces abandona el comunismo para pasar al bando de un nuevo nacionalismo balcánico con elementos socialistas y comunistas¹⁷. No obstante,

13 *Ibid.*, 69.

14 Sharon Zukin, *Beyond Marx and Tito. Theory and practice in Yugoslav Socialism*, (Cambridge: Cambridge University Press, 1975): 5 ss.

15 Ferrero, "La crisis del socialismo real", 69.

16 Zukin, *Beyond Marx and Tito*, 140.

17 Hobsbawm, *Revolucionarios*, 16.

el abandono de Tito del bando comunista más ortodoxo no se interpretó unánimemente como un alejamiento de Stalin, sino que el “titoísmo” generó recelo tanto en el mundo occidental como entre los satélites de la URSS. De un lado se interpretaba como una estrategia para conseguir apoyo económico o información reservada de los Estados Unidos, mientras que del otro se veía como un peligro para la estabilidad de la zona de influencia soviética. En este caso, el comunismo se entremezcló con el proyecto regional de una confederación balcánica, lo que explica el apoyo que Tito prestó a Grecia¹⁸. Esto, sin embargo, no fue interpretado siempre como una aspiración confederacionista, sino como el deseo de empoderar a los Balcanes como una potencia en competencia con la misma URSS.

A nivel económico y de organización política, el titoísmo exhibió algunas particularidades que se pueden resumir en los siguientes puntos:

- (i) Abandono de la colectivización agraria, a partir de 1953.
- (ii) Introducción de modelos de gestión obrera industrial en 1950. Estos modelos se fundamentaban en Consejos Obreros que podían decidir sobre fondos de inversión y distribución de beneficios.
- (iii) Descentralización económica relativa, que permitía solicitar créditos a bancos locales y un sistema flexible de fijación de precios desde el poder central.

En 1965 se profundizó la liberalización económica y se atrajo fondos del Fondo Monetario Internacional (FMI) y de Estados Unidos¹⁹.

18 Ferrero, “La crisis del socialismo real”, 70.

19 *Ibid.*, 73.

Las medidas precedentes, y, en especial, la atracción de fondos del FMI, produjo la sensación de que Yugoslavia emprendía un modelo de “tercera vía” frente al capitalismo y socialismo que polarizaban al mundo post-Yalta. Pero esta impresión también generó recelos en el bloque soviético más tradicional y, al igual que en el caso de los trotskistas, se produjeron purgas de titoístas tanto en la URSS como en otros Estados satélite.

Un segundo Estado satélite que merece análisis es Polonia. Tal Estado se distanció del proyecto soviético en 1956, durante el periodo de Jrushchov y a raíz de las declaraciones de este en el XX Congreso del PCUS²⁰. Las protestas antisoviéticas se originaron en Poznan en junio de 1956, donde del movimiento obrero emprendió protestas salariales, e incendió la sede del partido, ocupada entonces por estalinistas²¹. Esta protesta, luego de llegar a su punto más álgido en el que se liberaron prisioneros (principalmente políticos), fue violentamente reprimida, causando muertos y heridos.

Con posterioridad a las protestas de Poznan, el 19 de octubre se produjo una sesión plenaria del Comité Central del Partido Comunista Polaco, quienes esperaban la llegada de Jrushchov, Mikoyán, Kaganóvic y Mólotov (dirigentes del PCUS) a Varsovia. Como apunta Ferrero, “la presencia de Jrushchov y Mólotov en esa delegación, símbolos del ‘blando’ y el ‘duro’ con respecto al tema de las ‘vías nacionales’ era indicativa de la importancia que se había dado en el Kremlin al tema polaco, pues creían que debían estar presentes todas las tendencias del PCUS para tomar la decisión final”²².

20 *Ibid.*, 70. Sobre el contexto ideológico del XX Congreso del PCUS, cf. José Enrique Sotomayor, *Hacia un concepto tetradimensional de ideología en Karl Marx*, (Tesis PUCP, Lima, 2018): cap. 1.

21 Ferrero, *loc. cit.*

22 *Ibid.*, 71.

Si bien la situación polaca, y, en especial, las protestas de Poznan, inspiraron al movimiento revolucionario húngaro, Polonia finalmente amainó las tensiones con la URSS. Desde el punto de vista soviético, el no cuestionamiento de un modelo de partido único, de un lado, y el no cuestionamiento al Pacto de Varsovia, por el otro, eran razones suficientes para renovar la confianza en Gomulka, el líder polaco, quien finalmente llegó a un acuerdo con Jrushchov, para abortar la rebelión²³. Esto, claro está, fue también producto del contexto internacional: en Hungría se iniciaba una revuelta masiva y era de prioritario interés para la URSS mantener solo un frente abierto. Dos aspectos, en el acuerdo entre la URSS y Polonia, se pueden resaltar aquí: (i) la reducción significativa –de aproximadamente el 75%– de la colectivización de la propiedad: “de las 10,000 cooperativas que habían existido, a los seis meses quedaba menos de la cuarta parte”²⁴; y (ii) una matizada descentralización económica, que incluía el desarrollo de un mercado e industria de consumo.

La revuelta de Poznan y la tensión polaca gatilló la escalada de tensión en Hungría. Hoy hay consenso en considerar que la revolución húngara de 1956 fue la disidencia de mayor radicalidad en el bloque del Este de Europa frente a la URSS, salvando, claro está, las protestas y revueltas previas al fin del llamado socialismo real²⁵. En Hungría el modelo soviético fue impuesto en 1949 en condiciones especialmente duras. Asimismo, el proceso de colectivización agraria tuvo resultados pobres en un país con escasa superficie cultivable:

“[p]ese a que las colectivizaciones forzosas agrarias eran un fracaso y el 63% de la producción procedía de las escasas tierras campesinas privadas –sólo el 10% de la tierra

23 *Ibid.*, 74.

24 *Ibid.*, 79.

25 Cf. Csaba Békés; Janos Rainer & Malcolm Byrne, *The 1956 hungarian revolution: A history in documents*, (Budapest: Central European University Press, 2003): 86-190.

cultivable— prosiguieron con ellas ignorando la rentabilidad nula. En Hungría había hambre y se temía una “revolución de las horcas”, en alusión al conocido apero de labranza”²⁶.

En tal contexto la URSS nombró como Primer ministro húngaro a Imre Nagy, quien había participado en la reforma agraria y de quien se esperaba la adopción de medidas que apaciguen el sobresalto político. Nagy estuvo en el poder entre 1953 y 1955 y durante este periodo trató de frenar la colectivización del campo, en una línea de acción que fue acusada desde la URSS como desviacionista. Luego de ser removido por un año, Nagy retornó al poder el 14 de octubre de 1956, como consecuencia de una multitudinaria protesta de condecoración a Laszlo Raj —destacado dirigente comunista húngaro asesinado unos años antes por el estalinismo— el 6 del mismo mes, y en la que se aclamaba por su retorno al poder. El 23 de octubre se inició una manifestación estudiantil masiva en todo el país, y en especial en las calles de Budapest, para que, finalmente, se produjera una invasión soviética y el inicio de la llamada revolución húngara²⁷.

Parte de la discrepancia con la vía soviética radicaba en la oposición húngara a un modelo de partido único, y su defensa de un sistema político pluralista. Ello no solo demandaba la existencia de otros partidos, además del comunista, sino también la presencia de los Consejos, principalmente obreros, pero también de vecinos, escritores y artistas, estudiantes, entre otros²⁸. El otro polo de divergencia con el modelo soviético se cifraba en cuestiones económicas: un apartamiento del modelo que priorizaba la industria pesada, y un alejamiento de esquemas de colectivización del campo. Asimismo, para la gestión industrial se proponía un modelo mixto que buscaba

26 Ferrero, “La crisis del socialismo real”, 71.

27 *Ibid.*, 72.

28 *Ibid.*, 75.

un control conjunto del Estado y de los Consejos de trabajadores²⁹. Todas estas transformaciones se vieron truncadas frente a la invasión y represión soviéticas de octubre y noviembre de 1956. Desde la defensa de Jrushchov, la invasión fue la respuesta a la salida húngara del Pacto de Varsovia de 1955.

Un último caso que amerita análisis es el de Checoslovaquia. La disidencia, en este caso, fue la más tardía desde el punto de vista cronológico, pues se dio en 1968. También en Checoslovaquia el régimen de modelo soviético se había implantado en 1948 con especial crueldad. Gottwald fue el líder comunista que emprendió purgas de disidentes –pero también otras de origen racial, contra judíos y eslovacos– entre 1952 y 1953. A Gottwald le sucedió, en el poder, Novotny, quien relajó algunas de las condiciones represivas de su sucesor, permitiendo la revisión de algunas de las purgas de años precedentes³⁰.

La Constitución checoslovaca de 1960 calificaba al país como un Estado Socialista Acabado, y se priorizó el desarrollo de la industria pesada, se nacionalizaron miles de pequeñas empresas y se colectivizó la agricultura³¹. Asimismo, la edificación del Muro de Berlín en 1961 perjudicó especialmente a Checoslovaquia, en la medida que impedía la importación de insumos industriales. Ello dio inicio a un estancamiento comercial que fue el caldo de cultivo para la gesta de la posterior “Primavera de Praga” de 1968³². No obstante, a diferencia de la revolución húngara de 1956, en Checoslovaquia se buscó anticiparse a la escalada de violencia mediante un conjunto de reformas promovidas desde el poder, a través del Partido Comunista Checoslovaco (PCCH). Tal reforma se conoce con el nombre

29 *Loc. cit.*

30 *Ibid.*, 72.

31 *Loc. cit.*

32 *Loc. cit.*

de Programa de Acción³³. Este Programa propugnaba las siguientes medidas económicas centrales:

- (i) Propiedad colectiva de los medios de producción, ejercida a través de decisiones estatales centralizadas. No obstante, esta nacionalización se acercaba más a un modelo de "socialización de la propiedad", el cual admitía una mayor participación obrera y social en la gestión. Tal aspiración se materializó en la aparición de Consejos de Productores, tipo de asociación que congregaba a trabajadores, vecinos, científicos, e incluso consumidores³⁴.
- (ii) Emprendimiento de sistemas de autogestión de empresas, sometidos a una mayor aunque limitada competencia. A esta propuesta se le conoce con el nombre de "socialismo de mercado", o "economía socialista de mercado", y buscaba una intervención subsidiaria del Estado en sectores debilitados e incapaces de generar rentabilidad propia.
- (iii) Reconocimiento de sindicatos y tolerancia frente al ejercicio del derecho de huelga.
- (iv) Admisión de algunos miembros más liberales del Frente Nacional, pero ausencia de un profundo pluripartidismo. Esto fue acompañado de una democratización del PCCH, con la incorporación de elecciones para cargos dirigenciales.
- (v) Promoción de una política federalista, para aminorar las tensiones con eslovacos y otras minorías, principalmente provenientes de los balcanes.
- (vi) Reconocimiento y ejercicio limitado de las libertades de expresión, asociación, creación artística, entre otras.
- (vii) Reafirmación de la membresía al Pacto de Varsovia³⁵.

33 *Ibid.*, 76.

34 *Ibid.*, 77.

35 *Loc. cit.*

En suma, de acuerdo a Ferrero, “aspectos claves, nucleares del esquema comunista, no se cuestionaron: ni la nacionalización de los medios de producción y dirección planificada de la economía, ni la integración en el Pacto de Varsovia y el CAME [Consejo de Asistencia Económica Mutua], ni el papel dirigente del Partido Comunista en la sociedad”³⁶. El Programa de Acción checoslovaco evidenció un cambio en la estrategia promovida desde Moscú. Así, Breznév reemplazó la doctrina de la admisibilidad de vías locales y nacionales hacia el socialismo, por una mucho más invasiva tesis de la soberanía limitada, que daba pie a las intervenciones soviéticas cuando se diagnosticara el peligro del régimen socialista³⁷.

Extremo Oriente y Sudeste Asiático

El socialismo tuvo un segundo cauce de desarrollo a través de las experiencias en países asiáticos. En este caso, el referente no era el estalinismo que se consolidó en la URSS y Europa del Este con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, sino la doctrina maoísta, que luego de la muerte de Stalin se distanció definitivamente del modelo soviético. En China el periodo socialista se inició con el ascenso del Partido Comunista Chino al poder, en 1949. Debemos a Gurley³⁸ la denominación de “economía maoísta” (*maoist economics*) a la identificación de ciertos rasgos de la doctrina de desarrollo económico emprendida en el país asiático durante la segunda mitad del siglo XX. Asimismo, para autores como Gray³⁹, el maoísmo era superior al estalinismo europeo debido a que evitaba el “sesgo

36 *Loc. cit.*

37 *Ibid.*, 82.

38 John Gurley, “Capitalist and Maoist economic development”, *Monthly Review*, 22(9), (1971): 15-35.

39 Jack Gray, “Politics in command. The maoist theory of social change and economic growth”, *Political Quarterly*, 45(1), (1974): 37-38.

urbano”, propio del pensamiento soviético, y propugnada una forma de industrialización rural sustentada en la automatización de procesos de producción, la colectivización de la propiedad y la extensión de redes de irrigación⁴⁰. La orientación rural de la alternativa china se evidenció muy rápido en el desarrollo de posguerra: en 1950 se firmaba un tratado de cooperación con la URSS para emprender una enorme reforma agraria en la que se expropiaría propiedades de latifundistas y burgueses. A ello, en 1953, se agregó la aprobación del primer plan quinquenal para la producción agraria⁴¹. De esta forma, China evadía la tesis que enfatizaba en procesos históricos rígidos que obligaban al país a emprender un proceso de industrialización bajo el patrón occidental, y permitían que el gigante asiático aspire a un desarrollo alternativo centrado en el espacio rural. Este optimismo encontraba sustento teórico y estratégico en El Gran Salto Adelante, conjunto de medidas adoptadas durante el gobierno de Mao Zedong, y que buscó una rápida industrialización rural.

Podemos afirmar, entonces, que el modelo chino se construía sobre un enfoque basado en el campesino antes que en el obrero urbano, y que, aunque fue inicialmente poco efectivo como estrategia adoptada, desde 1958, progresivamente fue exhibiendo resultados más positivos luego de la Gran Hambruna que tuvo lugar entre 1959 y 1961. Tras la Revolución Cultural del periodo 1966-1976, China logró reavivar un enfoque centrado en el campesino: “At the second attempt, the strategy worked: rural industry flourished, irrigated area expanded apace and living standards rose steadily in the 1960s and 1970s”⁴². No obstante, tras la muerte de Mao y la Banda de los

40 Cf. Chris Bramall, “The last of the romantics? Maoist economic development in retrospect”, *The China Quarterly*, 187, (2006): 686.

41 Cf. Stuart R. Schram, “Mao Tse-tung’s thought from 1949 to 1976”, en D. Twitchett y J. K. Fairbank (eds.), *The Cambridge History of China* (Nueva York, Port Chester, Melbourne y Sydney: Cambridge University Press, 1991): 1-105.

42 Chris Bramall, “The last of the romantics?”, 686.

Cuatro, las décadas siguientes fueron escenario para el abandono del proyecto de colectivización de la propiedad y de la agricultura en el marco de las reformas hacia la liberalización de la economía china bajo el régimen de Deng Xiaoping.

El proyecto chino fue replicado con notorias particularidades en otros países asiáticos, entre ellos Corea y Vietnam. Para el caso coreano, desde 1955 (aunque desde 1972 como ideología oficial del Estado), la variante nacional del socialismo adoptó la forma de “Socialismo Juche”, desarrollado a partir de la égida ideológica de Kim Il-sung y Kim Jong-il, y que enfatiza (i) en la autonomía productiva y económica del país, (ii) en el poderío militar para la defensa del país, (iii) así como en el rol de la figura del Gran Líder para la conducción de las masas⁴³.

Por su parte, Vietnam declaró su independencia respecto a Francia con un polémico discurso⁴⁴ de Ho Chi Minh el 2 de setiembre de 1945, en el que se pretendía marcar distancia de la influencia colonial gala (entre 1864 y 1954) sobre el Estado asiático⁴⁵. No obstante, en el caso vietnamita, un conjunto de condiciones geográficas y sociales determinaron que la influencia francesa no se extendiera al interior del país. A ello se sumó la división del país en dos regiones diferenciadas: Vietnam del Norte y Vietnam del Sur.

43 Un análisis crítico de los presupuestos del socialismo Juche se encuentra en Erik van Ree, “The limits of Juche: North Korea’s dependence on Soviet industrial aid, 1953-76”, *Journal of Communist Studies*, 5, (1989): 50-73.

44 El discurso del líder vietnamita copia literalmente un fragmento de un discurso pronunciado por Thomas Jefferson en 1776. Véase Arthur Dommen, *The Indochina Experience of the French and the Americans. Nationalism and Communism in Cambodia, Laos, and Vietnam*, (Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press, 2001): 113.

45 Véase John Gillespie y Albert Chen, “Comparing legal development in China and Vietnam”, en: J. Gillespie y A. Chen (eds.), *Legal reforms in China and Vietnam. A comparison of asian communist regimes* (Londres: Routledge, 2010): 1-26.

La independencia respecto a la colonia francesa supuso para Vietnam el inicio de un periodo histórico turbulento, marcado por el desarrollo de la Guerra de Vietnam (1955-1975), en la que participaron China, la URSS y Estados Unidos. Frente al intento de lograr un gobierno unificado de coalición, promovido desde el norte, el sur –apoyado por Estados Unidos– contestó con una ofensiva desgastante destinada a prevenir la reunificación. No obstante, la estrategia de guerra de guerrillas terminó por desgastar a Estados Unidos, militar y políticamente, lo que determinó la salida de la potencia occidental de la Guerra de Vietnam. Su salida marcó el destino de la pugna, y fue entonces que el Norte pudo finalmente vencer.

Durante una parte importante de su existencia, Vietnam del Norte adoptó un conjunto de reformas rurales de inspiración china. Asimismo, con posterioridad a la Guerra, y con la reunificación del país bajo el nombre de República Socialista de Vietnam, se produjo un segundo conjunto de importantes reformas, entre las que se encontraba la promoción de la gran industria y la colectivización para la producción agrícola⁴⁶. A ello se sumó la cooperativización de la economía, y la restricción para la venta de la producción rural, lo cual determinó que gran parte de tal producción fuera a parar a manos del Estado a precios bajos. Finalmente, a nivel cultural, la República Socialista de Vietnam aplicó una política de censura frente a la oposición, que incluía la acusación de ser reaccionario frente a cualquier disidencia⁴⁷.

América Latina

El desarrollo del socialismo durante la segunda mitad del siglo XX en Latinoamérica estuvo determinado por dos factores

46 Cf. Mari Olsen, *Soviet-Vietnam relations and the role of China, 1949-64*, (Londres: Routledge, 2006): cap. 7.

47 Gareth Porter, *Vietnam: The politics of bureaucratic socialism*, (Ithaca NY: Cornell University Press, 1993)

importantes: la influencia externa represiva de Estados Unidos, uno de cuyos hitos se encuentra en la responsabilidad estadounidense en el golpe de Estado de 1973 contra el régimen de Salvador Allende en Chile⁴⁸; y por una reinterpretación de la doctrina marxista en referencia a la transición hacia una sociedad comunista⁴⁹. En un influyente ensayo de 1986 titulado “Reflexiones acerca del problema de la transición al socialismo”, Marta Harnecker⁵⁰ afirmaba que, en la medida que la lucha de clases adopta formas nacionales peculiares, no era posible plantear una teoría general sobre la transición hacia el socialismo y el comunismo. En consecuencia, quedaba en manos de las vanguardias revolucionarias nacionales la adopción de estrategias locales para la transición.

El eclecticismo de las vías nacionales hacia regímenes de aspiración socialista ha llevado a autores como Bettelheim a emplear la expresión de “transiciones poscoloniales”, más que propiamente socialistas, para dar cuenta de un buen número de estados que –principalmente en África y Latinoamérica– emprendieron procesos de transformación respecto de sus gobiernos⁵¹. El rasgo distintivo de estas variantes transicionales se encuentra en que las estructuras de dominación de clase no son completamente abolidas sino solo transformadas. Más aún, para autores como Amin (citado por Harris), estas variantes vernáculas de regímenes políticos eran concebidas

48 Otros ejemplos de intervención se encuentran en el golpe de Estado a Goulart en Brasil (1964), Perón en Argentina (1976), y la gran mayoría de Estados de Centroamérica. Cf. James Petras y Morris Morley, *The United States and Chile: Imperialism and the Allende Government*, (Nueva York: Monthly Review Press, 1975). Asimismo, de los mismos autores, “On the U.S. and the overthrow of Allende: A reply to professor Sigmund’s Criticism”. *Latin American Research Review*, 13(1), (1978): 205-221.

49 Cf. Richard Harris, “Marxism and the transition to socialism in Latin America”. *Latin American Perspectives*, 15(1), (1988): 7-53. En especial p. 12 ss.

50 Marta Harnecker, *Reflexiones acerca del problema de la transición al socialismo*, (Managua: Nueva Nicaragua, 1986): Segunda Parte (en especial, cap. IV).

51 Citado en Harris, “Marxism and the transition”, 14.

como etapas intermedias hacia una transición más comprehensiva pero progresiva hacia el socialismo. La doctrina soviética de la “vía no capitalista” postulaba que las transiciones directas hacia el socialismo eran inviables en varias sociedades. En consecuencia:

“[i]t is assumed that these societies must go through a stage of “noncapitalist development” before they begin the transition to socialism (...). According to the Soviet perspective, this path of development involves the nationalization of the holdings of the large bourgeoisie and feudal landlords, restriction of the activity of foreign capital, state control of the commanding heights of the economy, the development of state planning, the strengthening of the government apparatus with cadres loyal to the people, the pursuit of an anti-imperialist foreign policy, and so forth (...)”⁵².

No obstante, Harris apunta que la denominación de “países con orientación socialista” no fue empleada para algunos casos aun más heterodoxos como el de la Nicaragua sandinista⁵³. La revolución en este país (1979) puso término a la dictadura –o, más precisamente, régimen “sultanista”– de los Somoza, que se había instalado en el país desde 1934. No obstante, se trataba de un Estado que había generado ciertos resultados exitosos a nivel económico (sobre todo a nivel de crecimiento, desarrollo e industrialización, aunque incrementando los niveles de desigualdad), además de que no conoció una amenaza externa o interna con anterioridad a la revolución⁵⁴. Asimismo, el caso nicaragüense es particular debido a la estrecha relación de apoyo económico y militar que había existido entre el gobierno de los Somoza y Estados Unidos, lo que desde el punto de

52 *Ibid.*, 14-15.

53 *Ibid.*, 15.

54 Misagh Parsa, *States, ideologies & social revolutions. A comparative analysis of Iran, Nicaragua and the Philippines*, (Cambridge: Cambridge University Press, 2000): 3, 27.

vista de la Unión Soviética hacía temer porque la Revolución de 1979 termine fracasando⁵⁵. Con anuencia y entrenamiento militar estadounidense, Nicaragua incrementó el tamaño de la Guardia Nacional en un 250% entre 1937 y 1978, lo que en la práctica le permitió una represión más efectiva de la disidencia política⁵⁶.

Del complejo escenario latinoamericano, el ejemplo más claro y exitoso de transición y consolidación de un régimen socialista se dio en Cuba. En la isla, separada por escasos kilómetros de las costas de Florida (Estados Unidos) se derrocó en 1953 al régimen de Fulgencio Batista. Desde entonces Cuba no solo ha enfrentado un “bloqueo económico” promovido por Estados Unidos (desde 1960), con posterioridad a la Crisis de los Misiles (punto más álgido de la Guerra Fría) sino que, a nivel interno, Cuba ha endurecido –durante gran parte de la duración del gobierno de Fidel Castro– las condiciones para los críticos y disidentes al régimen. Asimismo, Cuba, a pesar de resultados importantes en cuanto al desempeño en salud y educación públicas, ha debido enfrentar excesivos procesos de burocratización en el manejo gubernamental⁵⁷. De acuerdo a Lowy, citado por Harris, una progresiva democratización y desburocratización del régimen se ven limitadas por un sistema de partido único y una estructura interna rígida⁵⁸. En la actualidad, el régimen da signos de disponerse a cierto grado de liberalización de la economía y, en menor medida, de apertura democrática –especialmente, a nivel de los derechos civiles.

Este breve repaso por algunos casos latinoamericanos nos muestra que el éxito del tránsito hacia gobiernos de tendencia socialista en el continente estuvo condicionado por una activa política estadounidense para mantener su zona de influencia libre del peligro soviético. Ello no solo llevó a claras vulneraciones de la soberanía y

55 *Ibid.*, 38; Harris, *loc. cit.*

56 Parsa, *States, ideologies & social*, 39.

57 Harris, “Marxism and the transition”, 22.

58 *Loc. cit.*

autodeterminación de Estados como Cuba, Nicaragua o Chile, sino que incrementó el nivel de represión y agudizó las condiciones sociales necesarias para el éxito de una transición al socialismo. Aun con ello, cuando los nuevos regímenes lograban alcanzar el poder, todavía quedaban herramientas y armas de sabotaje que desencadenaban nuevas crisis políticas y sociales que los ponían en jaque permanentemente. Entre estas, la influencia de la diplomacia y de los servicios de inteligencia norteamericanos, bajo la lógica de la Guerra Fría, fueron centrales.

3. Filosofía de la historia, crítica del capitalismo y el socialismo del siglo XX

Desde la obra de Marx y su reflexión sobre el progreso histórico, el socialismo ha de ser comprendido como la posibilidad y la necesidad de un modo de producción alternativo al capitalista y que habría de resultar de la propia lógica de acumulación de capitales. Esta lectura remite a una consideración más amplia del devenir de la historia social, una lectura dialéctica donde el progreso histórico va de la mano de la sucesión de modos de producción que van significando una progresiva ampliación de las capacidades humanas. Se trata de una evolución continua, mas no lineal, de acuerdo con la cual el derrotero de la trama compleja que se establece entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción va decantando una mejora progresiva en las capacidades humanas para satisfacer las crecientes necesidades sociales. El carácter dialéctico de este planteamiento se inscribe en la lógica de la *Aufhebung* (superación) antes que en la de la *Abschaffung* (abolición), de modo tal que la evolución del capitalismo hacia el socialismo debiera expresar esta continuidad / discontinuidad dialéctica. En este marco, corresponde establecer qué persiste y qué es dejado de lado en las futuras formas socialistas de acuerdo con Marx. De este modo, es posible proponer una lectura de lo acontecido en el socialismo real, no solo como modo de producción, sino en el sentido más amplio de una formación socio-económica, o

bien de una totalidad social inteligida desde sus condiciones materiales de reproducción tal cual fuera la intención de Marx.

Base-superestructura y las determinaciones del progreso

La filosofía marxiana de la historia participa de una concepción evolutiva de los procesos sociales en virtud de la cual el curso de los esfuerzos humanos se define de acuerdo con su capacidad para transformar la naturaleza y encontrar en ella la satisfacción de necesidades que, lejos de estimarse fijadas de una vez y para siempre, resultan más bien un conjunto de determinaciones antropológicas que se rehacen a sí mismas, y, entonces –siguiendo la pauta de *La ideología alemana*– podemos decir que “la necesidad engendra necesidad”⁵⁹. La división del trabajo encuentra aquí un papel protagonista y resulta que –para Marx– esta ha venido siendo definida en las sociedades conocidas según estructuras de dominación por medio de las cuales la distribución de lo producido ha significado formas de alienación, pérdida y autonegación para determinados individuos que han constituido clases sociales sometidas por no disponer de la propiedad de los medios de producción a través de los cuales ellos mismos generan la riqueza social.

El capitalismo sería parte de este derrotero. Lejos de los discursos neoliberales y neoconservadores del cambio de siglo acerca del “fin de la historia”, discursos entregados a la acumulación capitalista y que vienen siendo relegados al olvido frente a la vigencia de los horizontes de reflexión que precisamente pretendían sepultar, las investigaciones de Marx sobre la economía política del capitalismo nos permiten pensar, más bien, que estamos ante un capítulo en pleno despliegue de la historia de la dominación social. Las crisis financieras que tanto nos ocupan en las últimas décadas son expresión –sin duda, aún tenue– de que el sistema capitalista no es ajeno a la finitud

59 Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, loc. cit.

de los productos humanos, incluyendo la finitud de las estructuras socio-productivas desde la que reproducimos nuestra existencia.

Pues bien, ¿cuál es la forma de dicha finitud? La obra de Marx ofrece distintas formulaciones acerca de esta forma, las cuales pueden ser presentadas como receta canónica para la ortodoxia, o bien como resultado de un estudio de la praxis capaz de ofrecer puntos de discernimiento conceptual acerca de los límites de la continuidad de determinadas estructuras sociales. Así, para el caso de las sociedades capitalistas, estos límites se precisan –desde Marx– de diversas maneras en términos de crisis de reproducción para la acumulación de capital. Se trata de contradicciones estructurales que resultan del propio auto acrecentamiento del valor bajo la figura del capital: i) la relación inversa entre el aumento del plusvalor relativo y la expulsión de fuerza de trabajo del aparato productivo, ii) la relación inversa entre la sobreproducción para la valorización del capital y la irrealización del plusvalor por la inadecuación de la demanda, o bien iii) la curva asintótica por la que el aumento de la inversión constante, llegado un punto, no genera una ganancia proporcional y de ello resulta la disposición a detener la innovación tecnológica (ley de la baja tendencial de la ganancia)⁶⁰. Instalado en estas contradicciones florece el capital, pero –pensaba Marx– en ellas encuentra también su propia finitud. En términos de un ejercicio de generalización, estas contradicciones quedan expresadas en las tendencias más generales de este modo de producción: i) el carácter crecientemente social de la producción frente a la apropiación crecientemente privada de la misma, y ii) la contradicción entre la creciente racionalización de los procesos de producción bajo la lógica de la maximización, por un lado, y la vasta irracionalidad de los procesos de intercambio en el mercado mundial, el lugar por excelencia de la imprevisibilidad

60 La obra económica madura de Marx, ofrece el trazo nunca acabado de estas grandes tendencias de lo que viene a ser la "teoría de las crisis" en la economía política marxiana.

y el arbitrio de los agentes particulares, por el otro. Estas generalizaciones pretenden expresar las contradicciones que derivan de la fórmula general del capital, Dinero – Mercancía – Dinero + Plusvalía (D – M – D’); en buena cuenta, del ansia de plusvalía y de su capacidad para articular los planos de la producción, la distribución, la circulación y el consumo, siendo materia de los vastos estudios de Marx sobre el modo de producción capitalista desde la perspectiva del conjunto de contradicciones que le son inmanentes. Ahora bien, tras cada una de dichas generalizaciones, hay una cierta perspectiva sobre la necesidad histórica, y esta perspectiva nos lleva, en la obra de nuestro autor, más allá de la crítica de la sociedad capitalista, hacia su concepción sobre el desarrollo (*Entwicklung*) de los distintos modos de producción.

En este punto es que la concepción marxiana propone hacer inteligible la historia social a partir de la sucesión de los modos de producción, de donde la finitud propia de la sociedad capitalista quedaría perfilada como un capítulo más de esa vasta historia. Por supuesto, entre los iniciales estudios de Marx acerca de los modos de producción no capitalistas y sus condiciones de auto transformación, y la pobre dogmática estalinista con el canon fijo para la secuencia de los modos de producción hay mucho trecho. Así, por ejemplo, no es que el capitalismo fuera para Marx el mero decurso natural del modo de producción esclavista, sino que aquel fue resultado de una serie de condiciones históricas singulares del tardío medioevo europeo que, a su turno, resulta del esclavista bajo condiciones igualmente singulares. No obstante, la concepción de los modos de producción en Marx supone una cierta comprensión de la necesidad histórica articulada por la secuencia de los modos de producción; sea o no en clave determinista. A no dudarlo, un lugar fundamental en la obra de Marx.

En dicha obra, algunas de sus formulaciones tienen el carácter de un discurso apegado a recursos teleológicos como el de “la necesidad material que está por cumplirse”, donde el discurso de nuestro filósofo de la praxis pareciera discernir un *telos* en la materialidad

y elevarse sobre la consideración de la necesidad inmanente a las estructuras sociales para atender, más bien, al guión general de la Historia. En este tipo de formulaciones, la necesidad histórica se presenta como una necesidad cifrada en mecanismos y dura materialidad sujeta a leyes objetivas. He aquí, por supuesto, la fuente decisiva de la ortodoxia. A su turno, el soporte conceptual para este modelo reside en una determinada manera de entender las estructuras sociales al interior de dichos modos de producción. En torno de este entendimiento, se juega la comprensión marxiana sobre los puntos de quiebre en el progreso social, esto es, sobre las transformaciones revolucionarias que lo hacen posible.

A este nivel aparece la contradicción fundamental de comprensión de las estructuras sociales, bien sea en el propio Marx o en las tradiciones marxistas que le suceden: la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas de producción y las relaciones sociales de producción. Las antedichas contradicciones que hemos referido hace un momento acerca del desarrollo capitalista no serían sino las formas concretas en las cuales se despliega esta contradicción fundamental propia de todo dinamismo histórico-social bajo el actual modo de producción.

Atendamos a esta contradicción fundamental desde la clásica lectura materialista que fija los estratos de determinación en las formaciones sociales en la forma de un *Uberbau* (edificio) conformado por bloques que, a manera de pisos superpuestos, hacen inteligibles sus superestructuras a partir una base infraestructural. Se trata del clásico enfoque "base-superestructura"⁶¹. Para abordarlo, trataremos el punto desde el ampliamente recurrido Prólogo de la *Contribución*

61 Para una amplia problematización de este enfoque, cf. los trabajos de Guillermo Rochabrún al respecto: "*El capital*": crítica de la autonomía relativa, (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1976) y "Base y superestructura en el 'Prefacio' y en *El capital*", en: Rochabrun, Guillermo, *Batallas por la teoría*, (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2007, pp. 125-154).

a la *Crítica de la Economía Política* de 1859⁶². Aquí se formula de manera clásica el enfoque marxiano según el cual la sociedad está organizada a partir de cierta estructura compuesta por diversas dimensiones entrelazadas de acuerdo con una determinada legalidad histórica. Desde una perspectiva abstracta de la praxis, la comprensión de esta legalidad pone por delante los resultados de la praxis, *i.e.* las estructuras y dimensiones sociales que ella ha producido, y que devienen *dados*, por sobre su dimensión propiamente *activa*, aquella que permanentemente genera dichas estructuras y dimensiones.

Así, se expresa decididamente el punto de vista de la centralidad de la dimensión material de la vida humana frente a cualquier dimensión social que no se encuentre anclada en el núcleo de las condiciones materiales que la hacen posible. De esta manera, la ideología, la política e incluso la sociedad civil solo podrían ser comprendidas y, más aun, transformadas si atendemos a la materialidad en la que se asientan. ¿Y en qué consiste esta materialidad? En términos de condiciones materiales en general, tendríamos nuestra propia constitución corporal y nuestro medio ambiente de existencia. Más específicamente, a la hora de pensar en las estructuras y relaciones sociales, el foco de Marx se habrá de dirigir sobre las mediaciones

62 Cf. Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, (México D.F.: Siglo XXI editores, 2003). Por cierto, este asunto puede abordarse desde diversos lugares clásicos en la obra de Marx, tales como *La ideología alemana* o la carta a Pavel Annenkov de 1846 (en: Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, vol. I, (Moscu: Progreso, 1973): 531-542, entre muchos otros. En el análisis que sigue no nos queda sino dejar de lado la cuestión hermenéutica sobre la justeza de una recepción como la ortodoxa basada eminentemente en prólogos y documentos políticos antes que en el despliegue en pleno rendimiento del pensamiento de Marx en textos como los *Grundrisse* y *El capital*. Solo para ilustrar la cuestión a partir de un asunto fundamental en los enfoques de la ortodoxia, el carácter puramente material de las fuerzas de producción en el sentido que ahí se asume aparece ampliamente relativizado en textos de los *Grundrisse* donde se afirma que el individuo es “la fuerza productiva máxima” (Marx, *Grundrisse*, Segunda Mitad, 97), quien a su vez solo puede producir desde una cierta trama de relaciones sociales, de donde “la riqueza auténtica es la fuerza desarrollada de todos los individuos” (*ibid.*, 94).

técnicas producidas por la praxis que hacen posible que los seres humanos subsistan, se reproduzcan y, en general, satisfagan sus necesidades fisiológicas, así como las necesidades de su espíritu. El grado de desarrollo de dichas mediaciones habrá de pautar el tipo de organización social que hará factible la generación de la riqueza, su distribución y su consumo, así como el tipo de organización política y formas de conciencia social que le corresponden.

De este modo:

“En la producción social de su existencia, los hombres, establecen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones sociales de producción que corresponden a un determinado estadio evolutivo de sus fuerzas productivas materiales. La totalidad de esas relaciones sociales de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se alza un edificio [*Urbau*] jurídico y político, y a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material determina [*bedingen*] el proceso social, político e intelectual de la vida en general.”⁶³

Es una tesis fuerte sobre el papel determinante de la materia para el curso de la vida humana. Más allá del debate de fondo que, a lo largo de su obra, enfatiza regularmente Marx en contra del idealismo filosófico y del conjunto de representaciones culturales en torno de la prioridad de las ideas (políticas, morales, etc.) para entender los asuntos humanos, en este texto clásico lo que encontramos es el *statement* según el cual la necesidad histórica toma la forma de una necesidad estructurada a partir de ciertas relaciones sociales de producción que tienen el carácter de una objetividad que no es mero asunto opinable sino un *factum* palpable en cada instante de nuestra existencia. A su turno, estas relaciones “corresponden” a un

63 Marx, *Contribución a la crítica*, 4-5.

determinado grado de desarrollo de las fuerzas materiales de producción existentes en una sociedad. He aquí el núcleo de la materialidad sobre la que una y otra vez vuelve el marxismo. En ella descansa la clave para una comprensión abstracta de la praxis; no solo para la comprensión de las estructuras sociales en una cierta formación social, sino también para la comprensión del curso evolutivo de dichas estructuras a lo largo de la historia.

El punto de partida de esta comprensión de la evolución histórica es clave antropológica de toda la obra de Marx: toda actividad humana requiere hacerse cargo del metabolismo de nuestros organismos biológicos con la naturaleza y de una cierta mediación social para viabilizarlo⁶⁴. Sea lo que fuera que tengamos en mente; sin importar si se trata de la mera generación de un deseo interior, del diseño de una holografía futurista o de cualquier acto de consumo alimentario. De esta condición material nada se escapa. La materialidad es, pues, la condición ontológica *sine qua non* de todo quehacer humano y de todos sus productos, así como de su vida interior, sea cual sea el registro en el que queramos situarnos al respecto (inconsciente, espiritualidad, cinestesia, etc.). La intuición profunda consiste en devolver la atención sobre el modo de nuestra organización social para resolver las exigencias de la materialidad (la naturaleza), atendiendo decisivamente a la propia materialidad de la que disponemos para ello como productores sociales, *i.e.* las fuerzas productivas (los productos de la praxis). Desde aquí podemos pensar, por ejemplo, cuál es el alcance de nuestra libertad, o bien plantearnos de modo realista qué tipo de libertad podemos realizar. Así pues, no tendría sentido plantearnos la cuestión del *copyleft* en la

64 El carácter social de cualquier mediación técnica remite a la condición ontológica de toda producción humana, incluyendo a las producciones que a su turno son medios de producción o, en su sentido más amplio, fuerzas productivas (para desbrozar la noción de “fuerzas productivas”, cf. Guillermo Rochabrún, *Relaciones de producción y estructura social*, (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1989).

cultura virtual contemporánea si nuestro metabolismo con la naturaleza conoce fuerzas productivas propias de la Segunda Revolución Industrial.

Pues bien, resulta que el desarrollo de las fuerzas productivas encuentra en las relaciones sociales de producción condiciones para su desarrollo hasta que llega un punto en el cual estas ya no le favorecen, sino que, más bien, devienen trabas o limitaciones insuperables para su continuidad. El peso de la sociedad civil, la política y la ideología para incidir sobre este escenario primordial está supeditado a la trabazón de aquellos dos elementos primordiales. Si bien las mediaciones que los seres humanos establecen con la naturaleza para la satisfacción de sus necesidades no son asuntos meramente técnicos sino en sí mismos sociales, mientras la relación entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción es sinérgica, resulta que el edificio que se erige desde ellos está fijado a manera de pisos que se suceden plenamente configurados desde dicha relación. Así, en la sociedad civil, por ejemplo, las formas de asistencia ante la exclusión social endémica, que es resultado inherente al despliegue de la lógica del capital, será necesaria una y otra vez bajo esta determinación; o bien, desde los límites del Estado constitucional de derecho de nuestra cultura liberal, se podrá ampliar los horizontes de la emancipación política pero jamás se podrá, si se trata del viejo derecho burgués, de cuestionar el derecho de apropiarse del trabajo ajeno; o bien, en medio de la cultura de consumo contemporánea, seguirán plagando nuestra escena generaciones de *hipsters*, consumidores orgánicos y todas las bellas singularidades que el capitalismo de la nueva revolución industrial en progreso requiere para que Apple y la economía verde sigan ampliando sus mercados y su alienación políticamente correcta.

Puestas así las cosas, el *Uberbau* que tenemos entre manos es un curso de determinación que va de abajo hacia arriba sin que sea posible o relevante plantearse la cuestión en dirección contraria. En último término, el asunto atañe también a los puntos de quiebre revolucionario: cuando llega el momento en que las relaciones

sociales de producción ya no promueven el desarrollo de las fuerzas productivas con las que antes se reproducían sinérgicamente, entra en acción una contradicción que solo se resuelve redefiniendo esta articulación, y, con ella, todos los pisos levantados sobre aquel lazo primordial entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción. Así, son finalmente las fuerzas productivas el elemento dinamizador, la energía práctica objetivada en la forma de mediaciones para con la naturaleza, fuerzas cuyo derrotero pasa a ser, así, la clave del guion de la Historia. La fuerza de esta determinación queda palmariamente expresada en lo que sigue:

“Una formación social jamás perece hasta tanto no se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas para las cuales resulta ampliamente suficiente, y jamás ocupan su lugar relaciones sociales de producción nuevas y superiores antes de que las condiciones de existencia de las mismas no hayan sido incubadas en el seno de la propia antigua sociedad.”⁶⁵

Tenemos entre manos un registro de auto cumplimiento de las posibilidades de desarrollo de una determinada materialidad instalada en cierta sociedad, el cual una vez consumado nos arroja al abismo de la inviabilidad futura de las relaciones sociales de producción conocidas. ¿Se trata de un registro determinista? Anótese que, aunque nada se dice sobre el papel de la voluntad política (proceso de arriba hacia abajo en el *Uberbau*), no se indica que la ruptura revolucionaria habrá de ocurrir necesariamente. Se indica, más bien, que esta inadecuación entre fuerzas productivas y formación social es una condición *sine qua non* del cambio social revolucionario; es decir, no cabría transformación revolucionaria sin esta inadecuación estructural. Fuera de ella, no queda por delante sino la historia del utopismo y los afanes de la buena voluntad.

65 Marx, *Contribución a la crítica*, 5.

Bajo esta perspectiva, ¿qué sentido tuvieron las revoluciones socialistas del siglo XX, entendidas como la lucha política por la instauración un modo de producción que supone la apropiación colectiva de los productos del trabajo y que habría de suceder al capitalismo, cuando el desarrollo capitalista no habría madurado lo suficiente en las sociedades en las que dichas revoluciones tuvieron lugar? La cuestión se pone más cuesta arriba aun si consideramos el desarrollo capitalista a escala global, donde precisamente la mayor parte de tales sociedades apenas venían incorporándose al mercado mundial y contribuyendo a la conformación de un “trabajador colectivo”⁶⁶ de carácter universal que precisamente a través de la realización efectiva de esta universalidad llevaría al capitalismo a sus propios límites inmanentes. De ahí que –para Marx– las facciones *left winger* de las revoluciones que antecedieron a su tiempo no podrían haber generado revoluciones socialistas y su carácter fuera denunciado como utópico. No habría, pues, llegado el tiempo para tales empresas.

Así –y más allá del propio apremio de Marx, y de su sentido de inminencia revolucionaria desde el que también leía las revoluciones políticas de su tiempo⁶⁷– esta perspectiva nos permite hacer una evaluación semejante de las revoluciones marxistas del siglo XX y considerarlas como un capítulo –más o menos indecoroso– del desarrollo capitalista y de la configuración de un mercado mundial aún incipiente y limitado en el tiempo en que tuvieron lugar. Frente a la limitación de este desarrollo material, el voluntarismo acaba como

66 Cf. Karl Marx, *El capital*, Libro I, Capítulo VI (inédito), (México D.F.: Siglo XXI editores, 2001).

67 Así, por ejemplo, incluso en una obra tardía de Marx como *La guerra civil en Francia* a propósito de la derrota de la Comuna de París: “El hecho sin precedente de que después de la guerra más tremenda de los tiempos modernos [la Guerra Franco-Prusiana de 1870], el ejército vencedor y el vencido confraternicen en la matanza común del proletariado, no representa, como cree Bismarck, el aplastamiento definitivo de la nueva sociedad que avanza, sino el desmoronamiento completo de la sociedad burguesa” (Karl Marx, “La guerra civil en Francia”, en: Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas en tres tomos, vol. II*, (Moscú: Progreso, 1973): 254.

lo que tiene que acabar: como una experiencia forzada que termina realizando a su contrario, es decir, a la fuerza de la necesidad histórica que pretendió superar. Basta considerar la actual estructura productiva de Rusia o China para establecer el punto. No se puede, pues, ir más allá de la necesidad social, interpretada en el modelo base-superestructura como necesidad materialmente determinada en el marco de un cierto desarrollo de las fuerzas productivas. El capitalismo, pues, no se podía liquidar “a voluntad” sino “cuando llega su hora”, y el fracaso del socialismo real del siglo XX dejó en claro que tal momento no había llegado cuando las revoluciones que les dieron origen tuvieron lugar.

La totalidad orgánica y el surgimiento del socialismo real

Las claves del determinismo histórico característico de la ortodoxia marxista ofrecen una figura paradójica: los procesos históricos que dieron sustento a su propia existencia como discurso legitimador de los distintos regímenes del socialismo real resultaron de un decurso histórico que estuvo lejos de responder a procesos consumados en el despliegue del conjunto de posibilidades del modo de producción capitalista. Por el contrario, los movimientos revolucionarios que llevaron al establecimiento de dichos regímenes precisamente hicieron caso omiso de cualquier sentido de “hechos consumados” y guiones preestablecidos para la historia social. Alguna vez Gramsci señaló que la Revolución Rusa fue una revolución contra *El capital* de Marx antes que contra las formas sociales del capital⁶⁸. En efecto, la Rusia de 1917 estaba lejos de ser el lugar en el que el capitalismo hubiera alcanzado su madurez histórica, de modo tal que la continuidad del desarrollo de las fuerzas productivas no pudiera seguir teniendo lugar bajo sus relaciones sociales

68 Cf. Antonio Gramsci, “La revolución contra el capital”, *Avanti*, (24 de noviembre de 1917), acceso el 10 de enero de 2019, <<https://www.marxists.org/espanol/gramsci/nov1917.htm>>.

de producción. El capitalismo en Rusia se encontraba sumamente limitado, tenía algunas décadas de penetración y estaba a la zaga del resto de Europa. Sin embargo, la voluntad revolucionaria tuvo ahí lugar y desplegó sus afanes emancipatorios contra un conjunto de circunstancias de atraso, miseria, absolutismo desfasado frente a los países más desarrollados y una estructura aún profundamente estamental y precapitalista.

En este sentido, para hacer inteligibles estas experiencias revolucionarias desde la obra de Marx, el esquema base-superestructura tiene poco que ofrecer. Ante todo, por su escasa tematización de la construcción de la voluntad revolucionaria. El abandono de la centralidad de la actividad social como praxis transformadora y autotransformadora, para poner por delante la objetividad técnica y estructural resultante de dicha praxis, es seguramente la raíz de esta profunda limitación. A contracorriente, la misma obra de Marx ofrece una alternativa donde dicha voluntad puede adquirir pleno derecho como una determinación en sí misma, una que dialécticamente articulada con las estructuras económicas y los sistemas políticos de dominación sería capaz de tomar su lugar en la historia para dirigir su energía transformadora contra un determinado modo de producción. Esta alternativa gira en torno de la noción de totalidad orgánica formulada en los *Grundrisse* y que atraviesa todos los estudios económico-políticos de Marx. El punto de vista de la totalidad orgánica nos permite pensar la crítica marxiana de las estructuras sociales del capitalismo bajo una perspectiva distinta a la que hemos venido recorriendo y que, consiguientemente, apertura una opción diferente para pensar el progreso desde la obra de Marx, así como para situar el papel de la voluntad revolucionaria sin la cual, en el límite, al determinista no le quedaría sino sentarse a esperar que el capitalismo implomiese y se derrumbe espontáneamente.

En la Introducción a estos borradores de *El capital*, Marx ofrece una de las pocas ocasiones de su producción madura en la que aborda cuestiones ontológicas y, sobre todo, epistémicas para precisar las bases de su propuesta de investigación de la realidad

social en términos dialécticos. En particular, nos interesa subrayar lo que desde ahí puede ser formulado como “el punto de vista de lo concreto”⁶⁹. En línea con Hegel, Marx asume como punto de partida de sus estudios económico-políticos la totalidad objeto de su indagación, el modo de producción capitalista, totalidad sobre la que se ha de retornar una vez que sea superada su abstracta representación inicial. Por tal representación, se entiende la diversidad no articulada de elementos fenoménicamente dispuestos sin conexión aparente. La conexión entre los mismos habrá de ser discernida mediante una remisión de “lo concreto sensible” (la diversidad fenoménica) a ciertas categorías conceptuales que nos permitan identificar los nexos dialécticos desde los cuales aquella totalidad pueda ser reconstruida en términos de “lo concreto pensado” –para ponerlo con Hegel– o, quizás en términos más afines a Marx en este texto, “lo concreto espiritual”; concreto ya no en el modo de la inmediatez de la sensibilidad, sino como el resultado redibujado por la actividad del entendimiento, bajo la presunción de una totalidad que es la unidad ontológica de la que dicha concreción espiritual (en buena cuenta, el resultado de la investigación) debe ser capaz de dar cuenta en lo que toca a su legalidad.

El sentido de totalidad y la convicción de que esta tiene una cierta legalidad se encuentra ya presente en la concepción de la necesidad histórica que hemos expuesto cuyo sustento –decíamos– es una concepción abstracta de la praxis. La alternativa que los *Grundrisse* nos abre y que es recorrida ampliamente en *El capital*, por el contrario, nos permite pensar aquella necesidad desde una concepción dialéctica de la praxis que, aunque no echa por tierra el sesgo evolutivo del pensamiento de Marx, nos saca del enfoque de linealidades y teleologías ingenuas acerca del curso de la historia. Nos instala en una complejidad situada con radicalidad en la tensión originaria entre acción y circunstancias, a manera de una *tensión ontológica más*

69 Marx, *Grundrisse*, Primera Mitad, Introducción, acápite 3, 24-32.

fundamental que aquella que se ha establecido entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción, mediante la caracterización polifacética que deja de lado la deriva esencialista en torno de la materia que “habría de explicar todo lo demás”. Hace, más bien, de la materia –debe decirse, expresión mucho menos mentada en los textos donde Marx desarrolla a profundidad su crítica de la Economía Política– una determinación cuya fuerza debe ser situada en la trama de determinaciones donde se hace efectiva su participación en la caracterización de lo concreto.

La apuesta por alguna materialidad meramente dada resultaría una figura desleal del propio Marx frente a la crítica temprana en la que denostaba la incapacidad del materialismo de Feuerbach para ir más allá de lo meramente dado y asumir todo “lo dado” como producido⁷⁰. En efecto, Marx le reprochó a Feuerbach su incapacidad para pensar “lo dado” como resultado de la praxis. Frente a formulaciones como las del Prólogo de la *Contribución*, donde el vocabulario de los “hechos” y las linealidades simples acercan el discurso de Marx al positivismo de su tiempo, y a un peculiar idealismo de tipo feuerbachiano donde no queda sino contemplar “lo dado” hasta que “lo dado” nos dé ocasión de actuar, los *Grundrisse* dan ocasión, más bien, para volver sobre la racionalidad dialéctica e instalarnos en un renovado sentido de totalidad donde no cabe limitarse a identificar la esencia que “todo lo explica” pues solo dicha totalidad resultaría explicativa de sí misma.

Así por ejemplo, Marx propone entender dialécticamente los planos de la Economía Política, si bien reconociendo la centralidad de la producción, en tanto momento decisivo del metabolismo directo entre humanidad y naturaleza, situándola como una abstracción del entendimiento mientras no se identifiquen sus relaciones dialécticas con la distribución, la circulación y el consumo. Para empezar, solo

70 Marx y Engels, *La ideología alemana*, 45-49 *passim*.

tendrá sentido pensar la producción desde el punto de vista de su generalidad (así, la necesidad de instrumentos de producción, trabajo, etc.), si al mismo tiempo se piensa su especificidad desde la forma histórica de la que participa (así, la manera en que el instrumento de producción o el trabajo devienen capital bajo determinadas relaciones sociales particulares). El contexto de esta reivindicación de lo concreto es la decidida crítica marxiana de las abstracciones de los economistas políticos burgueses que le precedieron a la hora de naturalizar, tanto a la producción como a la distribución, por el lado de la conversión de sus relaciones históricamente generadas en leyes eternas, independientes de la historia⁷¹.

Este tratamiento dialéctico de la cuestión de la producción es un claro retorno a Hegel, y de seguro a un Hegel menos enfocado sobre el guión general de la Historia que en el despliegue fenoménico de lo concreto. Así, las relaciones entre la producción (momento de la generalidad), la distribución y el cambio (momento de la particularidad), y el consumo (momento de la singularidad) aparecen constituyendo una totalidad orgánica incapaz de ser inteligida si se descansa en uno solo de esos momentos⁷². A propósito de la relación entre producción y consumo, Marx lo pone de la siguiente manera: "...cada uno de ellos no es ni exclusivamente el otro de forma inmediata, ni exclusivamente el mediador del otro, sino que cada uno de ellos, en la medida en que se realiza, crea al otro, se crea a sí mismo en cuanto el otro"⁷³; para la relación entre producción y distribución: "Las relaciones y modos de distribución se presentan, por lo tanto, como el reverso de los agentes de producción"⁷⁴; y algo análogo para la relación entre producción y circulación. En cuanto a esta última relación, podemos referir específicamente para el caso

71 Cf. Marx, *Grundrisse*, Primera Mitad, 7-11.

72 Cf. *ibid.*, 11-23.

73 *Ibid.*, 16.

74 *Ibid.*, 18.

del capitalismo a la circunstancia por la cual la circulación acicatea el desarrollo de la productividad capitalista, a la vez que esta decide la suerte de cada mercancía que circula y busca realizar su valor en el mercado. En fin, para todas las dimensiones económicas referidas resulta un papel determinante que, tanto asume la centralidad de la producción, cuanto su condicionamiento recíproco con sus contrapartes. El punto de interés es que la centralidad de la producción no se compromete aquí fácilmente con estrecheces deterministas: "Ciertamente, la producción, en su forma unilateral, está también determinada a su vez por los demás momentos... Tiene lugar una acción recíproca entre diferentes momentos. Esto ocurre en todos los conjuntos orgánicos."⁷⁵ Del mismo modo que la consideración de los distintos modos de producción en su concreción histórica supone vérselas con lo general en una específica formación social, el ámbito de la producción no puede ser pensado como una generalidad escindida frente a la distribución, la circulación y el consumo; por el contrario, es una dimensión particular cuyo ser concreto resulta de la trama dialéctica de la que participa siendo solo una abstracción por fuera de ella. De ahí la sentencia epistemológica marxiana: "Lo concreto es concreto, porque es la síntesis de muchas determinaciones, porque es, por lo tanto, unidad de lo múltiple."⁷⁶

Este enfoque reporta un provecho para la comprensión de las condiciones de posibilidad del socialismo real y su suerte en el curso de la historia. En efecto, esta comprensión de lo concreto no tiene por qué limitarse al plano de la Economía Política, sino que puede situarse como instancia de la totalidad concreta que constituye una formación económico-social en su conjunto, la cual incluye –también en el enfoque base-superestructura que hemos repasado– a la dimensión jurídico-política y a la dimensión de la conciencia y la ideología. Por cierto, Marx no formula este paso de manera explícita;

75 *Ibid.*, 23.

76 *Ibid.*, 24.

así por ejemplo, quedó trunco el propósito inicial de dedicar al Estado uno de los volúmenes diseñados –según la Introducción a los *Grundrisse* que aquí seguimos– para la obra que luego vendría a ser *El capital*⁷⁷.

No obstante, la disposición en Marx hacia este enfoque de articulación dialéctica entre economía, política y conciencia social es rastreable de diversas formas y direcciones. Así, cuando en el curso de su crítica de la Economía Política, el Estado aparece como una forma social que debe viabilizar las diversas instancias de la producción, la distribución, la circulación y el consumo. Desde la prioridad de la producción en las formulaciones marxianas se arriba en esta línea a lo siguiente: “... toda forma de la producción engendra sus propias relaciones jurídicas, su propia forma de gobierno, etc. La tosquedad y la falta de comprensión radica precisamente en relacionar recíprocamente de forma fortuita elementos que forman un todo orgánico...”⁷⁸ No cabe pues azar –en el sentido de *no determinación*– o ajenidad en la comprensión de la política como aspecto de la totalidad de la que las distintas dimensiones de la Economía Política forman parte; se trata, nuevamente, de mediaciones recíprocas que viabilizan el metabolismo humano con la naturaleza. De ahí la banalidad –denostada por Marx– de aquellos que creen que “...con la policía moderna [que presupone el Estado de Derecho] se puede producir mejor que, por ejemplo, con el derecho del más fuerte”⁷⁹, como si –de acuerdo con la perspectiva de la totalidad orgánica– el derecho del más fuerte y el Estado de Derecho no respondieran a los modos necesarios para la reproducción de sus respectivas formas de producción. Del mismo modo, el asunto aparece a propósito de la relación entre las formas de conciencia social y la economía cuando,

77 Al respecto se pueden cotejar los esquemas que aparecen en los *Grundrisse*, *ibid.*, 32 y 204-205.

78 *Ibid.*, 11.

79 *Loc. cit.*

al inicio del tomo primero de *El capital*, el análisis del fetichismo de la mercancía deja claro que la más elemental operación mercantil del modo de producción capitalista exige necesariamente que la conciencia de los productores privados independientes se encuentre debidamente configurada para conceder valor en sí mismo a aquello que no es sino un producto de su trabajo, de donde las relaciones entre cosas se presentan como relaciones entre personas (fetichismo) y las relaciones entre personas son solo efectivas como interacciones cósmicas⁸⁰.

Si se da el paso hacia una comprensión de las formas sociales y económicas de la totalidad orgánica, ergo de los distintos modos de producción y de la finitud ontológica que los define desde una comprensión dialéctica de la praxis en Marx, la cuestión de la necesidad histórica también se redibuja, redibujándose con ello la comprensión de la ruptura revolucionaria que es el toque de muerte de las distintas formas sociales conocidas en el decurso de dicha necesidad. Aquello que cambia frente a la perspectiva abstracta de la praxis –y no es asunto de poco valor– es que la necesidad deja de ser “natural” o postulada en la forma del guion preestablecido de la Historia para abrirse a la posible consideración de las apuestas emancipatorias como *fin inmanente*, apuestas generadas desde la inscripción concreta de los sujetos de praxis en una determinada circunstancia.

Situados en este “punto de vista de lo concreto”, la agencia política e ideológica dejan de estar inscritas en algún piso subordinado, bajo una materialidad abstracta que les resulta exterior y a la que se hallan sometidas, para más bien inscribirse como aspectos de una totalidad donde nada es “superestructural”, sino donde cada aspecto es determinación necesaria de la misma. Así, la finalidad emancipatoria ya no puede ser vista como un mero

80 Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política. Libro Primero. El proceso de producción de capital*, 3 vols., (México D.F.: Siglo XXI editores, 1975): 89 *passim*.

deseo particular, más o menos realista en el cotejo con condiciones que le son externas, sino que pasa a ser la apuesta revolucionaria inmanente que no simplemente habrá de sentarse a “esperar su hora”. En efecto, fue precisamente esto lo que no hicieron los revolucionarios bolcheviques en 1917. Más bien, desde su propia práctica material y social, estos sujetos de praxis, por medio de su actividad política, habrían de instalar, en los distintos ámbitos de la actividad social, la finalidad revolucionaria convocada por los límites históricos de una determinada forma de organización social; al menos, por los límites históricos que tales sujetos fueron capaces de representarse respecto de sus respectivas circunstancias. De este modo, si atendemos a un asunto medular para cualquier perspectiva revolucionaria contra el modo de producción capitalista, *i.e.* la colectivización de la propiedad de los medios de producción y la riqueza por ellos generada, esta no debiera aparecer como “meta por alcanzar”. Más bien, debiera determinarse como consumación de un movimiento práctico por el cual el quehacer cotidiano de los productores de la riqueza va instalando una finalidad inmanente en el propio movimiento del capital, movimiento que de suyo colectiviza la producción de la riqueza e instala la necesidad histórica de una apropiación consecuentemente colectiva de la misma, la cual empero no puede ser realizada bajo el capitalismo dado que este se rige por su apropiación privada. Ante ello, el sujeto político, por ejemplo, los revolucionarios bolcheviques, formularían la aspiración emancipatoria en términos de una puesta en cuestión del modo de producción.

Esta inmanencia radical aparece en *La ideología alemana* (lugar habitualmente recurrido por las lecturas ortodoxas): “Para nosotros, el comunismo no es un *estado* que debe implantarse, un *ideal* al que haya de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento *real* que anula y supera el estado de cosas actual.”⁸¹ Esta

81 Marx y Engels, *La ideología alemana*, 37.

realidad será interpretada por la ortodoxia como determinación abstracta que procede de la dimensión material de nuestro metabolismo con la naturaleza. Desde el punto de vista de la totalidad orgánica, por el contrario, el comunismo como finalidad progresista deja de lado la abstracción para hacer del mismo no otra cosa que una finalidad *puesta* por la actividad productora de la riqueza bajo el capitalismo y por la voluntad desde él gestada como voluntad política revolucionaria.

Esta perspectiva ofrece, pues, su derecho a la praxis revolucionaria. La voluntad que animara los procesos revolucionarios que dieron origen al socialismo real del siglo XX puede así aparecer como una determinación de la evolución histórica y su progreso, dado el entramado relacional de mutua determinación desde donde participa de la totalidad orgánica (unidad de economía, política e ideología) a la que pertenece. De este modo, que la Revolución Rusa haya sido posible supone que su necesidad haya quedado solo parcialmente establecida por las determinaciones materiales en juego y que haya más bien requerido de esta otra determinación que viene dada por las apuestas emancipatorias de los productores de la riqueza social y sus mediaciones político-ideológicas. En buena cuenta, la perspectiva marxiana de la totalidad orgánica ofrece una ruta alternativa para la inteligibilidad del triunfo de la revolución bolchevique en el marco de una sociedad capitalista atrasada, y lo hace contra los empobrecedores esquemas evolutivos de tipo base-superestructura al servicio del totalitarismo que surgió de esa misma revolución.

Ahora bien, el aprovechamiento del enfoque de la totalidad orgánica y el punto de vista de la praxis transformadora y autotransformadora, no solo da pie a una mejor comprensión del surgimiento del socialismo real por hacer posible la consideración, la voluntad revolucionaria como una determinación por "derecho propio", sino que, para nuestro propósito en este capítulo, permite evaluar la viabilidad histórica y el fracaso de tales regímenes.

Las condiciones históricas para el socialismo

Bien sea que la aproximación a la cuestión de las condiciones de posibilidad del socialismo real se plantee desde un enfoque del tipo base-superestructura o desde el punto de vista de la totalidad orgánica, el planteamiento de Marx propone que los límites puestos por las relaciones sociales de producción al desarrollo de las fuerzas productivas son el toque de muerte de todo modo de producción. Por supuesto, tal finitud atañe también al capitalismo. Pues bien, en tal circunstancia, la evaluación del socialismo real –desde Marx– exige evaluar si tales límites habían sido alcanzados cuando tuvo lugar la acción revolucionaria que dio origen a los regímenes socialistas del siglo XX, o cuando menos si en tales países el modo de producción capitalista había alcanzado una madurez suficiente para ello.

Líneas arriba referimos la teoría de las crisis de reproducción del capital y las contradicciones de alcance societal general que acompañan el desarrollo capitalista en relación con los procesos de generación y apropiación de la riqueza bajo el capitalismo y sus dinámicas de racionalidad productiva e irracionalidad circulatoria. Ahora corresponde ocuparnos de algunos *resultados históricos* que –según Marx– permitirían dar cuenta de la madurez del modo de producción capitalista en tanto línea de progreso para la humanidad y en cuanto a los límites de los que no puede sustraerse una vez que alcanza sus logros progresistas. Así, la identificación de estos resultados históricos resulta clave para caracterizar si, por ejemplo, para el caso de la Rusia zarista, la segunda década del siglo XX fue un momento histórico donde el capitalismo llegaba a un punto culminante, y donde, por tanto, la voluntad político-emancipatoria de quienes tomaron partido por la Revolución de Octubre se erigió como una determinación del proceso histórico que terminó por hacer real un modo socialista de organización de la producción, resultando, a la vez superación del capitalismo.

Debe insistirse en que esto no supone ningún compromiso con una visión reduccionista de la historia en Marx, mas si con un elemento fundamental en su obra: la centralidad del metabolismo

hombre-naturaleza como lugar ontológico clave para la actividad de nuestra especie, lugar donde se ha de situar el foco de evaluación de cualquier disposición práctica de la humanidad, incluidas sus disposiciones revolucionarias contra la apropiación privada del trabajo ajeno, a través de la forma del salario, que caracteriza al capitalismo. Así, el modelo de la totalidad orgánica que hemos referido como más prometedor para comprender el lugar de la voluntad revolucionaria en las experiencias de los socialismos reales jamás supone un “más allá” de las condiciones históricas donde tiene lugar la actividad de dicha voluntad. En buena cuenta, de lo que se trata es de la persistencia de una pauta dialéctica que –nuevamente– procede de la dialéctica de Hegel: la evolución histórica conoce puntos de quiebre una vez que –y esto se había anotado en el Prólogo de la *Contribución a la crítica de la Economía Política*– sus configuraciones han realizado las posibilidades que en ellas estaban contenidas⁸². Sea que la mirada tenga un cariz determinista (base-superestructura), o sea que más bien resulte holística e integradora de la complejidad (totalidad orgánica), *no hay atajos en la historia* y la muerte de determinadas estructuras sociales no pareciera poder ser decidida por una conciencia y una voluntad disociada de dicha necesidad.

Pues bien, ¿cuáles son los resultados históricos que enuncian el cumplimiento de las posibilidades del modo de producción capitalista y aperturan la realización histórica del socialismo?⁸³ El fin de las personificaciones clasistas resultado de la abolición de las relaciones

82 En Hegel, en relación con el “espíritu de los pueblos”, cf. el aparato conceptual desde el que cada pueblo da de sí en el curso de la historia universal en el capítulo 3 de la introducción general a sus *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*, (Madrid: Alianza Editorial, 2004).

83 En realidad, Marx refiere estas condiciones, que aquí identificamos fundamentalmente desde su obra económica madura, en relación con el comunismo. Es sumamente menor la atención que le presta a lo que ha solido llamarse “el periodo de transición” en la tradición marxista. i.e. el socialismo. No obstante, asumiremos metodológicamente que tales condiciones lo son en principio para ambos momentos poscapitalistas en tanto que uno sucedería el otro.

capitalistas de producción significa para Marx la oportunidad para que el desarrollo de las fuerzas productivas que el capitalismo ha hecho posible deje de lado sus restricciones sociales y se profile como apuesta radical por la riqueza. En ella, las satisfacciones humanas vendrían cubiertas por el despliegue ilimitado de las fuerzas productivas, al menos ilimitado en el sentido de que ya no encontrarían en la lógica de la ganancia a la restricción de la que el capitalismo simplemente no puede zafarse⁸⁴.

Así, en el entendido de que “el pleno desarrollo del individuo... *repercute* como la fuerza productiva máxima sobre la productividad del trabajo”⁸⁵, un primer resultado histórico por considerar es la emergencia de un *individuo universal* rico en necesidades y cultivado para el más amplio despliegue de sus capacidades. De inmediato, tal figura histórica remite a la ruptura de los órdenes tradicionales, donde el plustrabajo se extraía bajo formas de violencia y coacción que la civilización capitalista supo dejar de lado en favor de la promoción de libertades ciudadanas negativas correspondientes a formas de sujeción puramente económicas:

“Es uno de los aspectos civilizadores del capital el que éste arranque ese plustrabajo de una manera y bajo condiciones que son más favorables para el desarrollo de las fuerzas productivas, de las relaciones sociales y de la creación de los elementos para una nueva formación superior, que bajo las formas anteriores de la esclavitud, la servidumbre, etc.”⁸⁶

Por sobre cualquier forma de comunidad unida por identidades y lazos no mercantiles, la sociedad capitalista irrumpió en la historia

84 De ahí que Marx se refiere al comunismo en los *Grundrisse* como “...un modo de producción en el que el único presupuesto es el superar el punto de partida” (Marx, *Grundrisse*, Primera Mitad, 495).

85 Marx, *Grundrisse*, Segunda Mitad, 97.

86 Karl Marx [y Friedrich Engels (ed.)], *El capital. Libro Tercero. El proceso global de la producción capitalista*, vol. 3, (México D.F.: Siglo XXI editores, 2006): 1043.

haciendo de todo ello melancolía y vano recuerdo avasallado por las necesidades de ampliación de la ganancia. El resultado fue una sociedad cifrada en torno de la individualidad, donde la oferta capitalista se encargó de diversificar las necesidades humanas y librarlas de su inmediatez natural. No solo las diversificó en extensión y cantidad sino cualitativamente, cultivando el refinamiento, y como es de especial significación en el capitalismo contemporáneo, atendiendo a la agudización de la singularidad de múltiples posibles gustos de los individuos, cada uno de los cuales se revela como un nicho de mercado más para la acumulación de capital. Al mismo tiempo, la evolución de la división del trabajo diversificó las capacidades humanas, profundizando en numerosas ramas del quehacer productivo y creando nuevas ramas de actividad, a la vez que desplegó la ciencia, la tecnología y, más recientemente, otros recursos de la cultura como el arte o la espiritualidad para servir a la consumación de la sed de plusvalía.

Una individualidad con estas características solo es posible una vez que se haya forjado la *interdependencia general* de los productores privados independientes a una escala mundial. En efecto, la configuración del mercado mundial es otro resultado histórico del desarrollo capitalista. Marx lo pone en los términos siguientes en el *Manifiesto Comunista*.

“Mediante la creación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países... En lugar de las antiguas necesidades satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento y la amargura de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones.”⁸⁷

87 Karl Marx y Friedrich Engels, *El manifiesto comunista de Marx y Engels*, (Madrid: Turner, 2005): 159.

El capitalismo supera, pues, lo que sea capaz de ofrecer cualquier sociedad tradicional atada a una limitada forma de intercambio. El mercado mundial es el elemento en el que se hace efectiva esta superioridad. El posicionamiento de Marx del lado del progreso capitalista frente a los órdenes tradicionales es inequívoco, aunque siempre bajo el registro dialéctico que le caracterizara: así como a través del mercado mundial resultó la más amplia generación de riqueza conocida por nuestra especie, en el mismo movimiento resultó también la más amplia explotación del trabajo, la más sofisticada dominación política y la más radical enajenación de nuestra personalidad que se haya conocido a lo largo de la historia social.

Ahora bien, resulta que, en el enfoque de Marx, la ampliación del mercado mundial no puede ser pensada como un dinamismo que encuentre su fuente en sí mismo. Si el mercado mundial se expande y continúa topándose con nuevos nichos por explotar, donde procede a integrar espacios originariamente aislados de la dinámica capitalista, es porque precisamente esta dinámica, el ansia de acumulación, va encontrando límites en los espacios sociales y geográficos en los que se despliega, al punto de que estos ya no le son suficientes y se ve forzada a ir más allá⁸⁸. En términos contemporáneos, podemos representarnos con mayor claridad aun que esta necesidad de ampliación de mercados no es solo socio-geográfica, sino que supone una profundización en los distintos ámbitos de la cultura y la psique que pueden ser materia de captación por dicha lógica de acumulación. En cualquier caso, la *permanente generación de excedentes* es otro resultado histórico cuyo dinamismo anima la

88 Aunque aquí no podemos desarrollar la cuestión, debemos al menos anotar –e insistiremos sobre ello en un momento– que la lógica de la acumulación capitalista remite decisivamente al papel de la competencia bajo una división de productores privados independientes como es aquella sobre la que descansa el modo de producción capitalista. La relación de mutua necesidad entre circulación y producción que anotáramos en la perspectiva de la “totalidad orgánica” aparece así en tanto determinación medular de este modo de producción.

ampliación de mercados. Esta necesidad de ampliación del mercado mundial aparece siempre, a la vez como una necesidad, a la vez como la indicación del carácter finito de las posibilidades de la lógica capitalista en una circunstancia espacial y temporal determinada.

La permanente generación de excedentes para su apropiación privada es, pues, la determinación que anima la expansión del mercado mundial. Para que esta captación del mercado mundial sea efectiva, la producción debe, a su turno, estar en condiciones de cubrir la demanda que vaya generando a medida que el mundo de compradores y vendedores aumenta e intensifica su interacción. Así, en consonancia con su ley de acumulación, la *máxima productividad del trabajo* aparece como otro resultado histórico a considerar en la evolución del modo de producción capitalista. Esta productividad pone en tensión las fuerzas humanas existentes, manuales e intelectuales, para aumentar la intensidad con que circulan las mercancías y rotan los capitales en el mercado mundial:

“Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de llegar a cosificarse.”⁸⁹

De aquí se desprende una intensidad vital jamás conocida, una que no hace sino acrecentar el ritmo de su movimiento a medida que progresa; un movimiento que retorna sobre sí solo para ampliarse crecientemente. Esta forma de existencia propia del modo de producción capitalista, sin embargo, podría –sostiene Marx– desplegarse aun más intensamente, y ello podría incluso ocurrir sin las formas de explotación, dominación y enajenación que le son propias. Más aun,

89 Marx y Engels, *El manifiesto comunista de Marx y Engels*, loc. cit.

para que ocurra debiera prescindir de estas formas. La superación de la apropiación privada del plusproducto viabilizada por medio de la propiedad privada de los medios de producción es la condición necesaria. En buena cuenta, la prioridad de la acumulación de valores de cambio y dinero, en la forma de capital, habría de ceder paso al interés de producir valores de uso, riqueza para la humanidad, supe-
ditando todas las capacidades disponibles a este cometido que el capitalismo solo satisface *by the way*, siempre que le reporte alguna ganancia mercantil y le permita su autoacrecentamiento.

Los resultados históricos que hemos mencionado (individualidad universal, interdependencia general en el mercado mundial, permanente generación de excedentes y máxima productividad del trabajo) serían consumaciones progresivas e incesantes del modo de producción capitalista, a la vez que permitirían avizorar el punto en que la nueva circunstancia productiva y la nueva socialidad por él generada harían posible prescindir de las pautas de la acumulación privada acicateada por la competencia en un escenario dominado por productores privados independientes. El punto de inflexión en cuestión haría plausible que, de la ley del valor basada en la sujeción del valor de uso a la acumulación de capitales, se pase al tiempo libre como medida de la riqueza⁹⁰, y que de la prioridad del trabajo individual de dichos productores independientes, que no pueden sino trabajar relaciones de competencia antagonista en el mercado, se arribe a formas asociativas de trabajo social que implican la propiedad colectiva de los medios de producción⁹¹, allí donde “El robo de tiempo de trabajo ajeno, sobre el que descansa la riqueza actual, se presenta como una base miserable frente a esta base recién desarrollada, creada por la misma gran industria.”⁹²

90 Cf. Marx, *Grundrisse*, Segunda Mitad, 93-94 *passim*.

91 Cf. *ibid.*, 94-95 *passim*.

92 *Ibid.*, 91. Me ocupo de la aparición del tiempo libre como medida de la riqueza y la propiedad colectiva de los medios de producción, en tanto negaciones determinadas

Los elementos teóricos que hemos sumado permiten pasar ahora a considerar en qué medida el socialismo real del siglo XX constituyó una necesidad histórica a la luz de las consumaciones del modo de producción capitalista de acuerdo con la perspectiva marxiana que hemos revisado. O si más bien, por el contrario, respondieron a circunstancias particulares que, en cualquier caso, no solo no significaron, sino que no podían significar, la superación del capitalismo por su propia falta de madurez histórica.

4. El socialismo real: líneas de balance

La cuestión de la posibilidad y necesidad histórica del socialismo real del siglo XX puede ser interpelada en un nivel más general de abstracción considerando la problemática de la *subsunción* que el capitalismo realiza de las determinaciones procedentes de los antiguos modos de producción tal cual aparece formulada en la obra madura de Marx⁹³. En esta línea, José Manuel Bermudo ha planteado el recurso a la noción de subsunción, ya no solo para pensar la manera en que el modo de producción capitalista se desarrolló incorporando bajo su dominación determinaciones generales de la producción asociadas a formas sociales no capitalistas, sino para plantear la cuestión decisiva de si la *vía al socialismo* puede echar mano de este recurso conceptual con vistas a enfocar la mirada crítica sobre la medida en que las actuales determinaciones del modo de

del modo de producción capitalista y determinaciones positivas de un hipotético modo de producción comunista, en: Levy del Águila, *Comunismo, poder político y libertad personal en Marx. Una reflexión emancipatoria*, (Saarbrücken: Editorial Académica Española, 2016): 178-189.

93 Fundamentalmente en el *Capítulo VI. Inédito* y en varios lugares a lo largo de *El capital* y en menor medida en los *Grundrisse*.

producción capitalista ofrecen ya visos para una reorganización de las mismas en términos socialistas⁹⁴.

De este modo, el socialismo dejaría de ser pensado como el mereo resultado de una evolución ciega por etapas discretamente fijadas o el resultado cuasi mágico de un momento discreto idealizado (el acto revolucionario), para ser caracterizado como modo de producción cuyas determinaciones esenciales se estarían ya gestando en el modo de producción capitalista, es decir, bajo formas sociales del capitalismo que, a la vez que generan las formas sociales del socialismo, las contienen en su más cabal despliegue. La vía al socialismo, pues, sería la “creación progresiva de procesos y relaciones socialistas en el espacio capitalista”⁹⁵, allí donde ni se trata de un evolucionismo abstracto ni de un voluntarismo revolucionario igualmente abstracto; en buena cuenta, dos formas de fetichismo, uno de grandes procesos idealmente concebidos, otro de rupturas puntuales que inauguran un tiempo nuevo. El socialismo, más bien, resultaría de la consumación del capitalismo como modo de producción que, en su momento, subsumiera las formas de producción precapitalistas y que, ahora, devendría progresivamente subsumido por las formas de producción socialistas emergentes.

Pues bien, ¿el socialismo real que nos ocupa resultaría de la subsumción progresiva de lo capitalista en lo socialista o respondería más bien a una empresa donde determinadas condiciones históricas de sociedades atrasadas en el concierto mundial del desarrollo capitalista dieron lugar a un peculiar *mix* de dogmáticas evolucionistas y temples revolucionarios ansiosos de consumaciones finales, a pesar de que no existían las circunstancias históricas que pudieran hacer

94 Cf. José Manuel Bermudo, “La vía al socialismo I”, en: José Manuel Bermudo, *El marxismo en la posmodernidad*, (Barcelona: Horsori, 2015, pp. 89-126) y “La vía al socialismo II” (inédito).

95 Bermudo, “La vía al socialismo I”, 110.

de tal empresa un proyecto emancipatorio sostenible que en efecto hiciera realidad un modo de producción socialista?

Así, frente a la determinación del modo de producción capitalista como *valorización creciente de capital* con su determinación antropológica cifrada en torno de lo que Macpherson llamara el "individualismo posesivo"⁹⁶, el modo de producción socialista tendría por determinación medular la *creación de riqueza en común*, a la vez que su determinación antropológica vendría a ser la "voluntad de uso en común de la riqueza"⁹⁷. Este encuadre general para la cuestión de la progresión del modo de producción capitalista al socialista nos lleva más allá de la inversión y la negación abstracta de lo capitalista para situarnos en la perspectiva del proceso progresivo de construcción concreta y positiva de lo otro⁹⁸, de lo socialista en y desde lo capitalista. Los resultados históricos del desarrollo capitalista a los que nos hemos referido hace un momento para la interpelación, desde Marx, del socialismo real permiten calibrar en qué medida las experiencias del socialismo real fueron la experiencia triunfante de subsunción de lo capitalista en lo socialista o un curso de transformación social y revolucionaria marcado por otras determinaciones y finalidades.

La producción de la riqueza en común, como determinación medular de un modo de producción socialista, sería, ante todo, un resultado histórico; conocería por tanto ciertas condiciones históricas de posibilidad donde puede encontrar lugar y realizarse como modo necesario para la vida social. Supone pues una trama compleja de determinaciones que no pueden ser simplemente obviadas por cualquier voluntad infatuada. Mejor dicho, se puede intentar

96 Cf. Crawford Brough Macpherson, *La teoría política del individualismo posesivo de Hobbes a Locke*, (Barcelona: Fontanella, 1970). [Es un texto completo, no parte de alguno más amplio.]

97 Bermudo, "La vía al socialismo II", 2.

98 Cf. *loc. cit.*

obviarlas y de facto se les puede obviar en la consideración subjetiva, pero la fuerza de la necesidad no hará sino hacer valer su propia realidad sobre las ruinas de dicha infatuación. Así, la tarea de investigación económico-política y sociológica que desde aquí se traza es la de estudiar, para el caso del socialismo real, cuál fue la suerte de dichas determinaciones, de esas que hicieron que la producción de la riqueza en común no pudiera practicarse como médula firme para las sociedades del socialismo real. Por supuesto, tal tarea supone un programa marxiano de investigación que trasciende lo que aquí se pueda decir. En cambio, al menos podemos precisar –con la ventaja de los hechos consumados, por cierto– en qué sentido tales experiencias históricas portaban en su seno una profunda *artificialidad*⁹⁹ que explicaría de raíz su fracaso, y que lo haría más allá de circunstancias meramente coyunturales que se puedan asociar a características nacionales, a cierto tipo de liderazgos, etc. Trazar los elementos de dicha artificialidad puede

99 Aquí usamos la expresión “artificialidad” en el sentido siguiente. Todos los productos de la actividad humana son naturaleza metabolizada; por tanto, no son inmediatez natural, sino el resultado del trabajo. En ese sentido, todo trazo cultural no es otra cosa que un artificio. Por artificialidad, en cambio, queremos referir aquí a un resultado que, movilizado por la voluntad humana, en este caso, por voluntades colectivas de emancipación, pretenden una cierta desmesura, un ir “más allá” de sus condiciones históricas (materiales y espirituales) de realización; que, en ese sentido, deviene una apuesta cuya viabilidad no será sino momentánea (aunque tal momento dure algunas décadas como en el caso del socialismo real) y que en el ejercicio de contravenir sus determinaciones históricas efectivas no hizo sino “darles la razón” al final de su experiencia y su infatuación. La paradoja histórica según la cual el socialismo real, a fin de cuentas, significó el masivo desarrollo de fuerzas productivas y de un mercado internacional que no tuvo otro destino que el de hacer del modo de producción capitalista la primera estructura de explotación económica y dominación política propiamente universal en la historia de la humanidad resulta ejemplo palpable para esta cuestión. En sentido general, pues, se puede decir que la económica y la política son artificios en tanto productos de la actividad humana (por último, nada de lo humano es “natural”), pero en el sentido que aludimos decimos que los regímenes del socialismo real fueron artificiales y no hicieron sino consumir la realidad de su contrario, como a su manera lo fueron, *mutatis mutandis*, la cultura de los *kibbuts* o cualquier comunidad *new age* de nuestros tiempos y su pretensión anticapitalista.

servirnos para apreciar, de contrapunto y en retrospectiva, el peso que sobre la suerte del socialismo real tuvo la no consumación de los resultados históricos previstos por Marx para la superación del capitalismo.

El socialismo como artificialidad económico-social

Evaluar la artificialidad del socialismo real es cuestión que puede plantearse en distintas dimensiones. Desde la comprensión marxiana de las estructuras sociales, el primer lugar de esta interpelación remite al núcleo económico del modo de producción capitalista. ¿La Rusia o la China prerrevolucionaria –por citar las experiencias más notables del socialismo real– eran sociedades en las cuales el capitalismo había consumado los resultados históricos que, según Marx, constituirían condiciones *sine qua non* para la revolución socialista? La cuestión convoca la dimensión tecnológica del modo de producción capitalista para aquilatar en qué medida la máxima productividad del trabajo y la permanente generación de excedentes eran, en efecto, una realidad consumada en tales sociedades. Al mismo tiempo, es un asunto de consumaciones sociales e institucionales asociadas al desarrollo de la interdependencia general entre los productores de la riqueza en dichas sociedades, tanto a través de sus respectivos mercados nacionales, como en el mercado mundial. Por último, es sin duda un asunto cultural por cuanto dichas sociedades venían generando una individualidad universal ya emancipada del “antiguo aislamiento y la amargura de las regiones y naciones”¹⁰⁰ para contar con individuos ricamente constituidos a partir del mundo de riqueza –enajenada, por cierto– que el capitalismo ya habría desplegado.

100 Marx, Karl y Friedrich Engels, *El Manifiesto Comunista de Marx y Engels*, op. cit., p. 159.

Para Lenin, la revolución socialista podía desencadenarse desde “los puntos más débiles” de la cadena de la dominación capitalista en su fase imperialista¹⁰¹. Para Marx, en cambio, la ruptura emancipatoria contra el modo de producción capitalista habría de tener lugar en los países capitalistas más avanzados como resultado de la conjunción de sus crisis sistémicas de reproducción y la madurez del proletariado, como sujeto político, en tales sociedades. Por supuesto, la obra de Marx tiene sus matices al respecto. En sus fases más tempranas, la ruptura emancipatoria estaba directamente asociada a su lectura de los procesos de pauperización de la clase obrera inglesa, allí donde no habría nada por perder excepto las cadenas¹⁰². Hacia el final de su vida empezó a mirar con atención la experiencia rusa y sus posibilidades revolucionarias en una sociedad cuya clase obrera tenía un potencial político apenas incipiente, a la vez que empezaban a aparecer síntomas de lo que poco tiempo después vendría a llamarse una “aristocracia obrera” y la inminencia de la revolución proletaria quedaba cada vez más relativizada en los países más desarrollados. Asimismo, la referencia en su obra económica madura al desarrollo de la individualidad parida por el capitalismo como condición histórica de la emancipación socialista da cuenta de una valoración de tipo distinto respecto del sujeto revolucionario que habría de protagonizar la revolución socialista, una individualidad y una colectividad decididamente más enriquecida en sus capacidades y potencialidades merced al desarrollo que la explotación de su trabajo ha generado bajo el capitalismo.

101 Cf. Vladímir Ilich Uliánov Lenin, “El imperialismo, fase superior del capitalismo. Esbozo popular”, en: Vladímir Ilich Uliánov Lenin, *Obras escogidas en tres tomos*, vol. 1, Moscú: Progreso, 1971, 688-798. A diferencia de Stalin, sin embargo, Lenin reconocía con Marx la necesidad de la revolución mundial para la viabilidad de cualquier revolución socialista de alcance nacional. Volveremos sobre asunto del alcance mundial de la revolución socialista en apenas un momento.

102 Marx y Engels, *El manifiesto comunista*, 187-188.

Con los matices que quepa considerar sobre el tipo de sujeto revolucionario que Marx habría tenido en mente a la hora de pensar la ruptura emancipatoria contra el modo de producción capitalista, su comprensión dialéctica y progresista de la historia social no puede concebir algo así como la posibilidad de “saltos en la historia”. Aunque la consideración de lo negativo en la cabal evaluación del progreso histórico permita una lectura no meramente lineal de dicho progreso, no es menos cierto que a fin de cuentas y según ya hemos citado:

“Una formación social jamás parece hasta tanto no se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas para las cuales resulta ampliamente suficiente, y jamás ocupan su lugar relaciones sociales de producción nueva y superiores antes de que las condiciones de existencia de las mismas no hayan sido incubadas en el seno de la propia antigua sociedad.”¹⁰³

Bajo esta comprensión dialéctica de la historia como una totalidad social que dimana inmanentemente su propia transformación, la pretensión de una revolución que intente tomar atajos se revelará al final como un esfuerzo voluntarista del que pueden desprenderse lecciones históricas en varios sentidos, pero voluntarista al fin. Y esto debe decirse desde Marx contra el propio Marx que en más de una ocasión parecía identificar en las revoluciones de su tiempo la ruptura emancipatoria contra el capitalismo, a pesar de su palpable inmadurez como modo de producción –e incluso de la inmadurez del propio sujeto revolucionario–.

En 1861 se abolió la servidumbre en Rusia y en 1905 tuvo lugar su propia revolución burguesa contra el zarismo. Doce años después ocurrió la Revolución de Octubre. En cuestión de unos pocos lustros se pasó de una sociedad altamente ruralizada y precapitalista a

103 Marx, *Contribución a la crítica*, 5.

una sociedad que se autoproclamaba socialista. Para el caso chino, la consumación de los resultados históricos del capitalismo estaba aún más lejana y huelga decir lo mismo sobre la masa de experiencias del socialismo real en el siglo XX que se han presentado en la sección 1 de este capítulo. Pues bien, ¿fueron experiencias socialistas en el sentido de que las determinaciones socio-económicas del modo de producción capitalista vieron consumada su subsunción a través de nuevas formas socialistas de producción? Por supuesto, los nombres no son propiedad privada de ninguna doctrina ni de la filosofía de ningún autor, pero al menos desde Marx no cabe reservar tal denominación, la denominación de “socialistas”, para revoluciones (más o menos radicales, más o menos cruentas, más o menos duraderas) que, lejos de ser el resultado inmanente del modo de producción capitalista, resultan más bien derroteros históricos donde se fueron consumando otros procesos y otras finalidades, tales como la superación de las formas precapitalistas de dominación, la integración de ciertos espacios sociales al mercado mundial y la lucha por la consecución de autonomías nacionales.

Al menos para el caso de las experiencias más paradigmáticas del socialismo real, están fuera de discusión los logros materiales que resultaron de la centralización y la planificación económica, procesos que hicieron de la Unión Soviética la segunda potencia mundial en unas pocas décadas tras haber sido sinónimo de atraso en Europa a inicios del siglo XX, cuando no era sino el Imperio zarista. Desde la mirada al rendimiento de algunos indicadores, tales como la esperanza de vida al nacer o número de ojivas nucleares en el país, no queda sino constatar que elementos clásicos –como los citados– de lo que sería la representación marxiana de un modo de producción socialista que surja de la entraña del capitalismo están aquí ofreciendo un pleno rendimiento. No obstante, la sintonía es aparente y la inviabilidad del socialismo real como modelo de desarrollo alternativo al desarrollo capitalista terminó haciéndose patente. Y lo hizo cuando aquel modelo de desarrollo no fue capaz de hacerle frente a la competencia –competencia que precisamente debía superar–,

para finalmente terminar siendo él mismo subsumido como otra forma de organización de la producción que el capitalismo supo poner a su servicio ya a fines del siglo XX.

Así pues, tenemos entre manos un modelo de modernización alternativo al desarrollo capitalista europeo y anglosajón, mas no un modo de producción socialista que se erigiera sobre sus condiciones históricas de aparición, las condiciones del modo de producción capitalista, para superarlas. A lo largo de su historia, el desarrollo capitalista eurocéntrico supo echar mano de los recursos "socialistas" de la centralización y la planificación de la producción, sea en las grandes empresas públicas del Estado de Bienestar, o en las transnacionales del presente; incluso ha manejado perversamente la gestión colectiva de los recursos públicos en peculiares variantes "socialistas" de adquisición de deudas privadas en el contexto de las recientes crisis financieras a inicios del siglo XXI en casi todos los países capitalistas más desarrollados del hemisferio occidental. Pues bien, los "rasgos" socialistas, abstractamente considerados, esto es, dissociados de la consideración de las determinaciones históricas de lo que vendría a ser un modo de producción como totalidad orgánica que es posible bajo ciertas circunstancias igualmente históricas, pueden "estar ahí" sin que quepa hablar propiamente de socialismo, al menos en términos de Marx.

Así, lejos del seguimiento a un esquema ideal o de las demandas de una voluntad infatuada que pretenda superarlo, la revolución aparece como proceso progresivo de subsunción de lo viejo en lo nuevo; la revolución pues:

"...no tiene otro sentido que el de acelerar el proceso de hegemonía y dominio de un nuevo modo de producción y de vida: modo de producción y de vida que no viene de fuera, del desierto o la montaña, como todas las iluminaciones, sino que aparece sucio y contaminado desde dentro. Tanto es así que la historia nos muestra hasta qué punto el camino acelerado por la revolución tiene con frecuencia que ser re-corrido; lo que

nos enseña que la revolución no puede suprimir el tiempo, no puede ahorrarse el cambio social, sin devenir abstracta y estéril.¹⁰⁴

De este modo, la revolución socialista, en tanto ruta de transformación hacia un nuevo modo de producción que surge de su predecesor, no puede ser la apuesta por una mera artificialidad o una experiencia que no haga sino ratificar a su contrario, el capitalismo.

Ahora bien, en tanto artificialidad, el socialismo real no solo carecía de las bases socio-económicas necesarias para el socialismo, sino que su voluntad política se decantó por una ruta que reforzó aun más su artificialidad originaria: entregado al afán de su subsistencia como modelo de desarrollo alternativo al capitalismo, y en vena abiertamente anti marxiana, se caracterizó por limitar su ímpetu revolucionario a la forma de proyectos nacionales o imperiales con esferas de acción delimitadas que renunciaron en la práctica a la vieja pretensión marxiana del carácter universal de la ruptura emancipatoria contra el capitalismo. En este sentido, tenemos entre manos que el socialismo real fue también una artificialidad respecto de su alcance socio-espacial.

Sobre esta cuestión, la disputa clásica entre Trotsky y Stalin (y su corte de seguidores, muchos de ellos finalmente depurados por las propias purgas estalinistas) plantea la ruta trotskista de la “revolución permanente” frente a la figura estalinista del socialismo como “sociedad enclaustrada” que puede subsistir deteniendo el ímpetu revolucionario para no arriesgar, sino más bien fortalecer, posiciones nacionales que solo eventualmente –por circunstancias externas como fue el caso de la Segunda Guerra Mundial– podrían expandirse en proyectos imperiales igualmente puestos a la defensiva frente a la superioridad material y social de la competencia

104 Bermudo, “La vía al socialismo I”, 126.

capitalista. La postura estalinista fue denominada por Trotsky “socialismo nacionalista”¹⁰⁵ y su médula consistiría precisamente en negar la realidad de la economía como un fenómeno mundial con una división internacional del trabajo y un mercado configurado a esa escala, en pretender que diseccionar esa urdimbre material y social era realmente posible y sostenible en el tiempo.

De este modo, la suerte de la revolución quedaba asociada a una visión estratégica de la misma que descansaría en una determinada lectura del modo de producción que habría de ser revolucionado, a saber, el capitalismo a escala mundial.

“La sociedad socialista ha de representar ya de por sí, desde el punto de vista de la técnica de la producción, una etapa de progreso respecto al capitalismo. Proponerse por fin la edificación de una sociedad socialista nacional y cerrada equivaldría, a pesar de todos los éxitos temporales, a retrotraer las fuerzas productivas deteniendo incluso la marcha del capitalismo. Intentar a despecho de las condiciones geográficas, estructurales e históricas del desarrollo del país, que forma parte de la colectividad mundial, realizar la proporcionalidad intrínseca de todas las ramas de la economía en los mercados nacionales, equivaldría a perseguir una utopía reaccionaria.”¹⁰⁶

En este punto, la posición trotskista resulta altamente sintónica con la del propio Marx. En *La ideología alemana*, Marx y Engels abordan la cuestión del desarrollo histórico universal de los individuos. Su interés estaba puesto en la superación de la enajenación expresada en las formas políticas estatales y cuya base es la disputa entre intereses clasistas diferenciados a partir de la apropiación de la riqueza generada a lo largo de la historia social. Así, identifican al desarrollo de la división del trabajo como una determinación clave

105 Lev Trotsky, *La revolución permanente*, (Buenos Aires: Orbis, 1988): 7 *passim*.

106 *Ibid.*, 8.

en este proceso histórico y desde ahí plantean dos condiciones para esta ruptura emancipatoria. Una de ellas consiste en que el poder que se erija sobre los individuos resulte insoportable para ellos de modo que la revolución comunista encuentre aquí no solo su condición de posibilidad sino de necesidad histórica¹⁰⁷. Como ya hemos referido, en este periodo, Marx pensaba este carácter insoportable en términos de un proletariado progresivamente incapaz de reproducir su existencia material. En segundo término, supone un desarrollo inédito de las fuerzas productivas que articule de forma universal los esfuerzos de los individuos sometidos a la dominación de clase. Este es el punto que aquí nos interesa:

“...este desarrollo de las fuerzas productivas (que entraña ya, al mismo tiempo, una existencia empírica dada en un plano *histórico-universal*, y no en la vida puramente local de los hombres) constituye también una premisa práctica absolutamente necesaria, porque sin ella sólo se generalizaría la *escasez* y, por tanto, con la *pobreza*, comenzaría de nuevo, a la par, la lucha por lo indispensable y se recaería necesariamente en toda la inmundicia anterior.”¹⁰⁸

El progresismo moderno de estas líneas es inequívoco: el comunismo no sería sino la ruta para el mayor desarrollo y la generalización de la riqueza ya libre de las restricciones inherentes a la acumulación capitalista. Su “premisia práctica” aquí referida, el desarrollo histórico-universal de las fuerzas productivas, aparece como condición histórica para la viabilidad de una revolución contra el orden clasista de la dominación que habría encontrado en la explotación capitalista a su último episodio. No partir de esta consideración fáctica

107 Cf. Marx y Engels, *La ideología alemana*, 35-38. Aquí evitamos por razones de espacio problematizar la distinción socialismo / comunismo que es por cierto muy importante en diversos sentidos para Marx y para el marxismo, pero cuya indistinción no daña el argumento en este punto. Cf. *supra* p. 34, nota 84.

108 *Ibid.* 36.

resultaría utopista y reaccionario pues nos retrotraería sobre “toda la inmundicia anterior”; se perfilaría pues una “utopía reaccionaria” a decir de Trotsky. Más aun, dicha premisa decide la conformación de la “masa desposeída”, o bien de un sujeto revolucionario que perciba como “insoportable” su condición¹⁰⁹. El sujeto revolucionario, así, se conforma en esa trama histórico-universal, bajo un cierto desarrollo de las fuerzas productivas y un intercambio mundiales:

“...sólo este desarrollo universal de las fuerzas productivas lleva consigo un intercambio *universal* de los hombres, en virtud de lo cual, por una parte, el fenómeno de la ‘masa desposeída’ se produce simultáneamente en todos los pueblos (competencia general), haciendo que cada uno de ellos dependa de las conmociones de los otros y, por último, instituye a individuos *histórico-universales*, empíricamente mundiales, en vez de individuos locales.”¹¹⁰

Desde estas consideraciones, la conclusión a la que arriba Marx es seguramente la mayor sentencia premonitoria jamás formulada contra el socialismo real del siglo XX:

“Sin esto, 1.º el comunismo sólo llegaría a existir como fenómeno local; 2.º las mismas *potencias* del intercambio no podrían desarrollarse como *potencias universales* y, por tanto, insoportables, sino que seguirían siendo simples “circunstancias” supersticiosas de puertas adentro, y 3.º toda ampliación del intercambio acabaría con el comunismo local.”¹¹¹

109 Por supuesto, en términos contemporáneos no cabe reducir esta condición insoportable a la pauperización; cuestión que también es problemática en Marx quien a lo largo de su obra da más elementos de los que las crisis de reproducción capitalistas ponen en juego por sobre la mera subsistencia física de los individuos proletarizados. Esta complejidad es, sin duda, parte decisiva de su vigencia contemporánea como el mayor crítico de la sociedad capitalista.

110 *Ibid.*, 36-37.

111 *Ibid.*, 37.

Y en efecto, poco más de setenta años después de la Revolución de Octubre, el socialismo real no fue más que un “fenómeno local” al alcance de una comunidad de naciones retraídas y enclaustradas, patentemente atrasadas frente al despliegue de la riqueza de las sociedades de bienestar occidentales. Su posicionamiento no era el punto de vista de lo universal sino de particularidades más o menos mistificadas y “supersticiosas” respecto de sus méritos y su poder real. Finalmente, la ampliación de las potencias del intercambio del mundo capitalista terminó por derrotar en todo el frente a sus contrapartes socialistas hasta hacerlas colapsar, pasando a subsumir todo su intercambio y producción de acuerdo con la pauta de la acumulación capitalista. A manera de peculiar justicia poética para la figura de Trotsky, la medrosidad y la traición de Stalin al proyecto marxiano de una ruptura emancipatoria de carácter universal contra el modo de producción capitalista reveló, pues, toda su artificialidad en su propia finitud, en su muerte ineludible y en su servicio final al desarrollo del capitalismo como realidad histórico-universal.

Al igual que Lenin, para Trotsky el quiebre de la cadena imperialista podría tener lugar por su eslabón más débil. En ese sentido, su perspectiva era contraria a la perspectiva dominante y eurocéntrica que al respecto ofrece la obra de Marx. Sin embargo, el alineamiento de Trotsky con Marx resulta sumamente claro en lo que atañe al carácter universal de la revolución contra la dominación capitalista a partir de la comprensión de la revolución como “revolución permanente”. Así, si las condiciones históricas no estaban dadas para un proyecto de tipo socialista en la Rusia zarista o en la China del Kuomintang, que sea posible y necesario, al menos se pudo asumir consecuentemente que sea cual fuera su viabilidad estaba directamente asociada a su universalización. En buena cuenta, si en efecto el socialismo real expresó una voluntad incontenible de emancipación disonante con el “determinismo económico” de *El capital* y la filosofía de la historia de Marx, pero hubiera mantenido la pretensión de una revolución proletaria consecuente en

tanto proceso histórico-universal, la figura trotskista de la “revolución permanente” –como apuesta radical por viabilizar procesos revolucionarios de tipo mundial contra un modo de producción capitalista también mundial– hubiera resultado un proceder menos artificial que la experiencia efectivamente recorrida por tales regímenes.

De este modo, el socialismo real, además de no fundarse en el despliegue de la máxima productividad y generación de excedentes en el concierto de la interdependencia general de los pueblos producto de los logros de la civilización capitalista, ni fundarse en la individualidad universal forjada bajo dicha civilización (tuvo lugar en sociedades con procesos de modernización incipientes), tampoco promovió la consecución de estos resultados históricos al seguir la ruta del encierro y la autosubsistencia. He aquí, pues, su doble artificialidad socio-económica. La ruta del socialismo real no fue la ruta trotskista de la revolución permanente sino la del encierro burocrático, donde la imagen de una sociedad de productores libremente asociados –como la que formulara Marx a la hora de pensar la emancipación humana– fue reemplazada por la figura del control burocrático totalitario a manos de una vanguardia cuyo siempre acorralado afán de supervivencia derivó en brutal ejercicio del poder y culto a la personalidad. Para decirlo en vocabulario weberiano, culminó en una peculiar mezcla de dominación carismática debidamente arraigada en patrones tradicionales de autoridad reverdecidos con el instrumento de la más alienante racionalidad instrumental tecno-científica¹¹². En esta deriva histórica, la artificialidad de raíz socio-económica termina consumándose en la forma de una determinada artificialidad política desde la cual se gobernaron y administraron las sociedades que participaron de esta “revuelta socialista contra Marx”.

112 Cf. Weber, *Economía y sociedad*, primera parte, cap. III, acápite I-IV.

El socialismo como artificialidad política

En la médula de la obra de Marx se encuentra la convicción según la cual la socialidad humana engendra la política como una dimensión artificial de la praxis. La praxis vendría caracterizada por un metabolismo con la naturaleza y por una trama de relaciones sociales, ambos dialécticamente articulados, donde la materialidad y la espiritualidad de nuestra especie tiene lugar. A su turno, la política, si bien no sería, por cierto, una mera contingencia, no correspondería a una necesidad de tipo antropológico ni un fundamento a nivel histórico-filosófico¹¹³. Más bien, habría surgido como parte de las dinámicas de desarrollo de la división del trabajo y la apropiación privada de los excedentes socialmente producidos; en buena cuenta –con toda la complejidad y todos los matices que corresponda considerar para el análisis concreto– resultado de la lucha de clases entre propietarios y no propietarios de los medios de producción. En ese sentido, la *dependencia ontológica* de la política frente a los conflictos de clase sería tal que, llegado el punto en que tales conflictos desaparecieran en una hipotética sociedad comunista, la necesidad histórica de aquella, de la política, habría de conocer su propio acabamiento.

Puestas así las cosas, en lo que atañe a la dimensión política de la actividad revolucionaria contra la dominación capitalista, la construcción socialista de la emancipación humana tendría por norte el progresivo acabamiento de la escisión que la política representa frente a la vida social; esto es, la progresiva desaparición de sus formas estatales, incluyendo las formas de lo público conocidas en las sociedades modernas –que en buena cuenta vienen dadas por las necesidades de reproducción del capital en la esfera de la circulación–. Retomando formulaciones tempranas de Marx, una sociedad

113 Así, no es parte de las clásicas “premisas” de la historia social expuestas en *La ideología alemana* (Marx y Engels, *La ideología alemana*, 19-20, 28-31).

comunista no sería otra cosa que la “reabsorción de lo humano en lo humano”¹¹⁴ sin más mediaciones políticas de por medio. Asistimos, pues, a una radical desustancialización de la política a manos de lo social¹¹⁵. Tan radical que no solo cambia su forma, sino que habría de desaparecer su propio ser.

Esta disposición desustancializadora en Marx, no solo afecta la suerte del Estado, sino del propio proceso revolucionario en tanto proceso político; más precisamente, en cuanto medio para la conformación de formas políticas socialistas que finalmente habrían de ser abandonadas en la sociedad comunista. Es por ello que, más allá de las habituales lecturas horrorizadas y regularmente interesadas respecto de las reivindicaciones de Marx frente a la violencia como “partera de la historia” o frente a la “dictadura del proletariado” como régimen político, lo cierto es que una lectura integral de su obra ofrece evidencia de que, precisamente, puesto que la política carece de un sustento ontológico propio, no ha de conocer –para usar la pareja heideggeriana– formas ónticas universales y necesarias de consumación, bien sea como parte de los intereses de la dominación política o bien como parte de los intereses orientados por la causa de la emancipación humana¹¹⁶. Mal haría Marx en comprometerse con tal o cual forma

114 Cf. Karl Marx, “Sobre la cuestión judía”, en: Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras de Marx y Engels*, vol. 5, (Barcelona: Grijalbo, 1978): 201.

115 Tópico que ha sido materia de diversas críticas en la recepción filosófico-político de Marx a lo largo del siglo XX, como en el caso de Hannah Arendt (cf. entre otros lugares de su obra, *Karl Marx y la tradición del pensamiento político occidental*, (Madrid: Encuentro, 2007). Se trata la cuestión de la desustancialización de la política en el comunismo marxiano en el capítulo 3 de Del Águila, *Comunismo, poder político*, especialmente en el acápite 3.1.

116 Así por ejemplo, esta relativización se formula por Marx en relación con las luchas revolucionarias en Holanda:

“Pero nosotros jamás hemos pretendido que para lograr este objetivo sea preciso emplear en todas partes medios idénticos.

Sabemos que hay que tener en cuenta las instituciones, las costumbres y las tradiciones de los diferentes países; y nosotros no negamos que existan países como América, Inglaterra y, si yo conociera mejor vuestras instituciones, agregaría Ho-

política determinada cuando, a fin de cuentas, nada de lo que en ese orden de cosas ocurra portaría necesidad propia, sino que respondería siempre a una necesidad que le vendría “dada de fuera”.

Ahora bien, a pesar de este señalamiento sobre la dependencia ontológica de la política en Marx, este se pronuncia respecto de las formas propias de la política bajo una perspectiva emancipatoria como la que sería propia del socialismo o bien del “periodo de transición” hacia el comunismo¹¹⁷. Frente a la deriva totalitaria del socialismo real, encontramos en Marx una ruta distinta para llevar a cabo la necesaria centralización del poder político que haga posible que las fuerzas productivas generadas por el capitalismo puedan ahora estar al servicio de la riqueza común sin perder su efectividad. Nos detendremos aquí en dos consideraciones centrales para una forma de gobierno socialista que pueden desprenderse de la obra de Marx: a) la dirección política del proletariado, y b) la forma de gobierno basada en la democracia proletaria. Se trata, en buena cuenta, de una sola cuestión fundamental bajo esta doble arista; la cuestión de un eventual gobierno proletario donde quede instituido el liderazgo de la clase obrera en el curso de una revolución de orientación comunista.

En el caso de la dirección política del proletariado, el tema que tenemos entre manos a propósito de la experiencia del socialismo

landa, en los que los trabajadores pueden llegar a su objetivo por medios pacíficos. Si bien esto es cierto, debemos reconocer también que en la mayoría de los países del continente será la fuerza la que deberá servir de palanca de nuestras revoluciones; es a la fuerza a la que habrá que recurrir por algún tiempo a fin de establecer el reino del trabajo.” (Karl Marx, “El Congreso de La Haya”, en: Marx y Engels, *Obras Escogidas*, vol. II, 312).

117 Son varios los lugares que pueden ser referidos, muchos de ellos documentos políticos y normalmente textos de menor envergadura, donde destacan *La guerra civil en Francia* (*op. cit.*) y la “Crítica del Programa de Gotha” (Karl Marx, *Crítica del Programa de Gotha. Glosas Marginales al Programa del Partido Obrero Alemán*, en: Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, vol. III, (Moscú: Progreso, 1974, pp. 9-27).

real es el de la *vanguardia*. A diferencia de las variedades leninistas, estalinistas y maoístas del marxismo, para Marx la vanguardia no es un órgano de especialistas que se irrogan la condición de ser representantes del proletariado sin –por lo demás– ser ellos mismos proletarios, sino que el lugar de la vanguardia le corresponde a los elementos más lúcidos del propio proletariado. Así, en torno de la derrota de la Comuna de París, lo que se encuentra es la derrota de la vanguardia del proletariado de su tiempo: “la clase obrera francesa no es más que la vanguardia del proletariado moderno.”¹¹⁸ De ahí que las disposiciones revolucionarias del proletariado no puedan resolverse mediante medidas policíacas¹¹⁹. Por ello, en la *Guerra civil en Francia*, Marx señala a propósito de la Asociación Internacional de Trabajadores:

“Naturalmente, la mente burguesa, con su contextura policíaca, se representan [sic] a la Asociación Internacional de los Trabajadores como una especie de conspiración secreta con un organismo central que ordena de vez en cuando explosiones en diferentes países. En realidad, nuestra Asociación no es más que el lazo internacional que une a los obreros más avanzados de los diversos países del mundo civilizado... El terreno de donde brota nuestra Asociación es la propia sociedad moderna. No es posible exterminarla, por grande que sea la carnicería. Para hacerlo, los gobiernos tendrían que exterminar

118 Marx, *La guerra civil en Francia*, 255

119 Tampoco mediante el golpe de mano de algún servicio de inteligencia que desarticule una vanguardia autoesclarecida y endiosada. Aunque se trató de un proyecto fallido de socialismo real, sin duda, una de las experiencias más notables de fracaso del vanguardismo en la historia del marxismo se puso de manifiesto con la caída de la cúpula del PCP-Sendero Luminoso en el Perú, en 1992. En un partido en el que el culto a la personalidad y el mesianismo heredados del estalinismo y el maoísmo conocieron sus derroteros más extremos, resultó imposible que hubiera alguna opción de recuperación: cayó su líder, cayó su cúpula y cayó con él “el proyecto de quince mil millones de años de evolución de la materia” (Cf. Abimael Guzmán, “Por la nueva bandera”, acceso el 12 de enero de 2019, <http://www.solrojo.org/pcp_doc/pcp_0380.htm>)

el despotismo del capital sobre el trabajo, base de su propia existencia parasitaria.”¹²⁰

Frente al leninismo, no solo no se trata de una vanguardia “que ocupa el lugar de” el proletariado, sino que la Asociación viene a ser un “lazo internacional” que articula a las vanguardias obreras. Frente al estalinismo y el maoísmo, no se trata de un aparato de dirección vertical y transnacional de las iniciativas revolucionarias del proletariado, sino de una posición articuladora de las necesidades propias de cada experiencia nacional. La ruta al comunismo en Marx es ciertamente distinta a la del socialismo real: *el gobierno de los productores libremente asociados*¹²¹.

Respecto de la forma del gobierno proletario, también la postura de Marx es contraria a lo que fue la experiencia del socialismo real. De acuerdo con Marx, la dependencia ontológica de la política respecto de los intereses de clase establece para sus diversas formas un carácter relativo que solo puede aquilatarse a la luz de dichos intereses. De ahí que los términos “democracia” y “dictadura” deban ser inteligidos de acuerdo con el interés social clasista que los domina y no como formas naturales y neutras, esto es, ajenas a los intereses sociales que les dan sentido. En el marco de la abolición del sufragio universal el 10 de marzo de 1850, durante la ruta de ascenso de Luis Bonaparte al poder, la cuestión se formula en los siguientes términos: “La burguesía, al rechazar el sufragio universal, con el que hasta ahora se había disfrazado y del que derivaba su omnipotencia, confiesa sin recato: *‘Hasta aquí, nuestra dictadura se ha apoyado en la voluntad del pueblo; de aquí en adelante, deberá afianzarse en contra*

120 Marx, *La guerra civil en Francia*, 255-256.

121 Formulación por la que Marx expresa, desde *La ideología alemana* (cf. pp. 82-90) en adelante, el núcleo esencial y la clave de racionalidad de las relaciones sociales de producción en el comunismo.

de ella.”¹²² Así, el ejercicio de la democracia sería en sí mismo el ejercicio de una cierta dictadura según su impronta social dominante; en este caso, democracia burguesa y dictadura contra el resto de las clases sociales. En ese sentido, la cuestión de la dictadura y la democracia debe ser planteada en respuesta a las preguntas “¿democracia para quién?” y “¿dictadura para quién?”. De ahí que la democracia proletaria, esto es, una democracia al servicio de la emancipación del trabajo frente al capital, pueda ser caracterizada como “dictadura del proletariado” pues, en efecto, es dictatorial frente a otros intereses de clase, en particular el interés de la clase capitalista¹²³.

Esta disputa democracia-dictadura no se refiere, entonces, a la cuestión puntual de si un individuo puede o no emitir un voto en una determinada coyuntura, sino a cuál es el *set up* desde el que se vota, lo cual remite al contenido y al alcance de aquello que es materia de votación. De ahí que para Marx, como lo declara en 1880, en el “Programa del Partido Obrero Francés”, el sufragio universal puede ser un instrumento de emancipación: “That a such an organization must be pursued by all the means the proletariat has at its disposal including universal suffrage which will thus be transformed from the instrument of deception that it has been until now into an instrument of emancipation.”¹²⁴ Pues bien, ¿qué habría de ser una democracia proletaria?, ¿cuáles habrían de ser algunos de sus rasgos más distintivos?

A propósito de la derrota de la Comuna de París en 1870 aparecen algunas de las más amplias explicitaciones marxianas al respecto.

122 Karl Marx, “Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850”, en: Karl Marx y Friedrich Engels, *Las revoluciones de 1848. Selección de artículos de la Nueva Gaceta Renana*, (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2006): 634.

123 Cf. el tratamiento de esta cuestión en: del Aguila, *Comunismo, poder político*, acápite 3.3.

124 Karl Marx y Jules Guesde, “The Programme of the Parti Ouvrier”, acceso el 12 de enero de 2019, <<http://www.marxists.org/archive/marx/works/1880/05/parti-ouvrier.htm>>.

Marx encomia la disposición de la Comuna por eliminar el control privado de las funciones públicas, fusionar el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo, hacer transparente la gestión¹²⁵, homologar los salarios de los funcionarios según el monto de los salarios obreros (en buena cuenta, el fin de los altos dignatarios y su costo de manutención), así como hacer realidad la separación entre la Iglesia y el Estado para dejar de sufragar los gastos religiosos con el erario público y apostar por la educación laica. Para efectos de nuestro problema, consideraremos dos cuestiones estrechamente enlazadas para caracterizar lo que puede considerarse una forma de gobierno socialista en la Comuna de París a ojos de Marx: el régimen comunal y la revocatoria de cargos¹²⁶.

La Comuna –dice Marx– es la forma positiva de la “república social” proclamada por la Revolución de 1848¹²⁷. Se distingue por eliminar la escisión entre fuerza social y fuerza política: “El régimen de la Comuna habría devuelto al organismo social todas las fuerzas que hasta entonces venía absorbiendo el Estado parásito, que se nutre a expensas de la sociedad y entorpece su libre movimiento.”¹²⁸ Demanda flexibilidad –y esto es fundamental– para que su organización no reincida sobre las facetas represivas de las anteriores formas de gobierno: “...era una forma política perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de gobierno, que habían sido todas fundamentalmente represivas.”¹²⁹ Si su propósito es superar la dominación de clase, la Comuna no podía ser, ni mediata ni

125 Punto de no poca importancia –que aquí solo anotaremos– a propósito de la dogmática opacidad de los regímenes del socialismo real: “...la Comuna no pretendía tener el don de la infalibilidad, que se atribuían sin excepción todos los gobiernos de viejo tipo. Publicaba sus hechos y sus dichos y daba a conocer al público todas sus imperfecciones” (Marx, *La guerra civil en Francia*, 242).

126 Desde algunas consideraciones más amplias, se encuentra un tratamiento al detalle de este asunto en: Del Águila, *Comunismo, poder político*, 381-392.

127 Cf. Marx, *La guerra civil en Francia*, 233.

128 *Ibid.*, 235.

129 *Ibid.*, 236.

inmediatamente, so riesgo de caer en flagrante autonegación, una renovada forma de dominación para los productores: "La dominación política de los productores es incompatible con la perpetuación de su esclavitud social. Por tanto, la Comuna había de servir de palanca para extirpar los cimientos económicos sobre los que descansa la existencia de las clases y, por consiguiente, la dominación de clase."¹³⁰

A propósito del abaratamiento de los costos del aparato político de la Comuna en relación con el ejército permanente y la burocracia estatal, Marx la identifica con la democracia: "La Comuna dotó a la república de una base de instituciones realmente democráticas."¹³¹ Esta forma de gobierno democrática basada en comunas, tanto a nivel del campo como de la ciudad, supondría un sistema de delegación por el cual los productores estén a cargo del gobierno desde sus instancias locales hasta la Asamblea Nacional en París.

"No se trataba de destruir la unidad de la nación, sino por el contrario, de organizarla mediante un régimen comunal, convirtiéndola en una realidad al destruir el poder del Estado, que pretendía ser la encarnación de aquella unidad, independiente y situado por encima de la nación misma, en cuyo cuerpo no era más que una excrecencia parasitaria."¹³²

Para hacer frente al riesgo burocrático por el cual la cadena de delegaciones pueda terminar generando castas de mediadores que terminen haciendo valer sus propios intereses sobre los intereses de los productores, Marx encomia de manera decisiva la figura de la revocatoria permanente de cargos de todos los funcionarios, incluyendo al Poder Judicial¹³³. La motivación profunda de este

130 *Loc. cit.*

131 *Loc. cit.*

132 *Ibid.*, 234.

133 *Cf. ibid.*, 233-234.

señalamiento marxiano va perfectamente a tono con su vocación porque lo político sea reabsorbido por lo social: debe anularse –como lo señala Marx a propósito de la Revolución de 1848– toda “*fe supersticiosa en la judicatura*”¹³⁴, lo cual, por cierto, tiene arraigo en el proceder de la Convención durante la Revolución Francesa a fines del siglo XVIII.

En torno de la Comuna de París, Marx se da incluso ocasión para articular este recurso democrático de la revocatoria con la efectividad propia de los gestores capitalistas:

“En vez de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante han de representar y aplastar al pueblo en el parlamento, el sufragio universal habría de servir al pueblo organizado en comunas, como el sufragio individual sirve a los patronos que buscan obreros y administradores para sus negocios. Y es bien sabido que lo mismo las compañías que los particulares, cuando se trata de negocios, saben generalmente colocar a cada hombre en el puesto que le corresponde y, si alguna vez se equivocan, reparan su error con presteza. Por otra parte, nada podía ser más ajeno al espíritu de la Comuna que sustituir el sufragio universal por una investidura jerárquica.”¹³⁵

Aufhebung de la diligencia capitalista puesta ahora al servicio de los intereses proletarios. Así, democracia proletaria y racionalización técnica pueden, pues, darse las manos con fines emancipatorios.

Pues bien, frente a este planteamiento, ¿cómo queda la experiencia política del socialismo real? Nuestra lectura propone que es una vasta experiencia de artificialidad política cuya raíz histórica es i) la falta de madurez del capitalismo sobre el cual se montaron

134 Karl Marx, “La contrarrevolución y la judicatura prusiana”, en: Marx y Engels, *Las revoluciones de 1848*, 402.

135 Marx, *La guerra civil en Francia*, 235.

los proyectos revolucionarios que resultaron en los regímenes del socialismo real, así como ii) la renuncia a la revolución permanente. Esta artificialidad se puede apreciar en los puntos que acabamos de considerar –en la lectura marxiana de las revoluciones proletarias de su tiempo– referidos a la dirección política y la forma de gobierno de estos proyectos.

La consumación política del socialismo real en las formas políticas totalitarias que engendró a lo largo del siglo XX constituyó la máxima fijación represiva y dogmática contraria a la libertad y a la conciencia de los productores de la riqueza; *i.e.* a su voluntad como productores asociados. Se llevó a cabo en función de un interés de clase aun más despótico que el interés del capital, el interés de la burocracia del Estado socialista y del partido a su cargo. A fin de cuentas, constituyó la radical traición al ánimo emancipatorio con que Marx formulara la figura de la emancipación comunista contra la propiedad privada de los medios de producción a manos del capitalismo.

Lejos de hallarse situado como sujeto revolucionario y rector del curso de dicha emancipación, el proletariado pasó a conocer una nueva explotación, con renovadas formas de dominación política y de enajenación de su praxis nunca antes conocidas. En el caso de la dirección política de estos proyectos revolucionarios, la dirección del partido comunista a cargo en cada país, o bien sometido a la égida imperial soviética o china, resultó el actor protagónico atento siempre al interés de su regularmente amenazada subsistencia como casta tiránica colocada por encima de los intereses de los productores, intereses que directamente sustituyeron por el suyo. Para el caso de la forma de gobierno en el socialismo real, cuando fue el caso que la participación política del proletariado fue decisiva, más pronto que tarde cualquier orientación de tipo comunal a lo Marx desapareció bajo la fuerza de la centralización burocrática y la mistificación de sus líderes. En particular, bajo esa patética nueva religiosidad que vino dada por el culto a la personalidad, el nuevo “opio de

los pueblos”¹³⁶ frente al cual Marx hubiera tenido perfecta ocasión para llevar a cabo renovadas sátiras que vehiculizaran su desdén por los afanes redentores de toda religiosidad. Por supuesto, no hay nada que añadir respecto de una figura revolucionaria como la de la revocatoria de cargos. Un curso simplemente imposible para cualquier totalitarismo. Bajo el socialismo real no se podía, pues, poner trabas a “el camino de Dios en el mundo”¹³⁷, el camino de la emancipación traicionada.

Así pues, en tanto régimen político del socialismo real, el totalitarismo resultó necesario para oprimir a los productores de la riqueza mediante formas extremas de opresión de su libertad y su diferencia en sus respectivas sociedades. La subsistencia del socialismo real exigía de tal opresión y de un extremado igualitarismo, así como de todas las restricciones consecuentes, muchas de ellas directamente empobrecedoras de la personalidad individual y colectiva, y de la propia especie, cuando no simplemente absurdas, y cada vez más insostenibles frente a las formas de vida del capitalismo contemporáneo que ponía en vitrina toda la riqueza que el productor socialista solo podía contemplar o imaginar en alguna vitrina distante. A medida que pasaron los años, las bases materiales del socialismo real fueron mostrando su radical limitación y pasaron a ser sostenidas por el idealismo del dogma socialista en sus variadas formas políticas, pedagógicas y publicitarias. Sin dejar de reconocer los enormes logros materiales del desarrollo de las fuerzas productivas en tales regímenes cuyo análisis pormenorizado es requerido para determinar en qué sentido el socialismo real fue una fuerza progresista en tales o cuales aspectos del desarrollo de la humanidad –como por ejemplo en el ámbito de la medicina

136 Cf. Karl Marx, “Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel”, en: Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras de Marx y Engels*, vol. 5, (Barcelona: Grijalbo, 1978): 210.

137 Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Principios de la filosofía del Derecho*, (Barcelona: Edhasa, 1988): § 258, agregado.

o en el de la alfabetización–, nos toca aquí subrayar, desde Marx, su carácter retrógrado en lo político e idiotizante en lo ideológico frente a los logros de la civilización capitalista y la cultura burguesa que finalmente supieron batirlo sin atenuantes hasta su aniquilación material.

5. Hacia nuevos proyectos emancipatorios

En las páginas que anteceden, hemos presentado una crítica de los regímenes englobados bajo la denominación de “socialismo real”. En el marco de la conmemoración de los 200 años del nacimiento de Marx, la interpelación de quienes se reclamaron sus herederos no solo es pertinente sino necesaria de cara a las futuras aspiraciones emancipatorias que tengan lugar contra las formas sociales del capitalismo contemporáneo. Nuestro esfuerzo, entonces, ha querido contribuir a saldar cuentas, desde Marx, con el marxismo bajo el que dichos regímenes se sustentaron en lo ideológico y político.

Así, el análisis emprendido en las secciones precedentes muestra un panorama negativo: el fracaso de los distintos regímenes que aquí hemos englobado bajo la denominación de “socialismo real”. En nuestro análisis, tal fracaso se explica por las decisiones tomadas en tales proyectos y su pretensión de ir más allá de sus condiciones históricas de posibilidad. En dirección contraria y para finalizar este capítulo, tratamos cuatro dimensiones para cada una de las cuales identificamos algunos aprendizajes que consideramos de interés desde el punto de vista de potenciales alternativas emancipatorias al capitalismo contemporáneo. Sin duda, el fracaso del socialismo real deja vastas lecciones para los futuros proyectos emancipatorios, tanto desde una lectura crítica como la que hemos propuesto a partir de la obra de Marx, como desde otras aproximaciones que en el mundo contemporáneo estén dispuestas a confrontar la enajenación, la dominación y la explotación propias de la sociedad capitalista.

Las condiciones de producción e intercambio

Una de las críticas emprendidas con mayor frecuencia al proyecto del socialismo real consiste en sostener que el mismo fue desarrollado en latitudes con escaso nivel de desarrollo capitalista y aisladas de los grandes circuitos de circulación del capital. Ello dio como resultado la posibilidad de que los proyectos de industrialización acelerada tuviesen enormes repercusiones en países esencialmente agrarios y rurales. Tal vez se puede considerar con justeza al socialismo real como el mayor proceso de ingeniería social del siglo XX. La consigna parecía ser la de transformar a los campesinos en proletarios y el desarrollo de estos en conglomerados de horizonte nacional más que universal. En torno a estas cuestiones, tuvieron lugar varias de las discusiones teóricas y políticas entre distintas facciones del marxismo emblemáticamente representadas por la disputa entre Trotsky y Stalin.

No obstante, las condiciones de interconexión e interpenetración del capitalismo contemporáneo son lejanamente más extensas y profundas que las existentes en los albores del siglo XX (y mucho más aún que las condiciones de la Segunda Revolución Industrial, bajo cuyo perfil esbozó Marx su propio aparato teórico). Por tomar tal vez el ejemplo más dramático de tales niveles de interdependencia, podemos pensar en los efectos mundiales de la crisis financiera del 2008¹³⁸, con quiebras de bancos en Estados Unidos y Europa, pero con repercusiones especialmente graves en países como Islandia, pequeño Estado insular europeo que sufrió un *default* frente al quiebre de sus tres principales bancos¹³⁹. En suma, una de

138 Cf. Cédric Durand, *Fictitious Capital*, (Londres: Verso, 2017): 9 ss.; David Kotz, “The financial and economic crisis of 2008: a systemic crisis of neoliberal capitalism”. *Review of Radical Political Economics*, 41 (3): 305-317.

139 Cf. Tryggvi Thor Herbertsson, “Collapse of a financial system: an icelandic saga”, en: Robert Kolb (ed.), *Lessons from the financial crisis*, (Nueva Jersey: Wiley, 2010): 525-536. Cabe recordar que el caso de Islandia destacó por no seguir la ruta de la “socialización” de las pérdidas de los especuladores financieros, para penuria de la

las primeras condiciones que un proyecto emancipatorio no debería obviar contemporáneamente es la universalidad del capital a través de la interdependencia de los mercados, lo cual se hace particularmente patente en los mercados financieros.

En tal contexto, la primera lección –relacionada con el progresismo de toda apuesta emancipatoria– que se puede rescatar de las aspiraciones del socialismo real consiste en retomar la pretensión universalista de propuestas emancipatorias como la de Marx. Ello se ve potenciado por la imposibilidad de plantear alternativas de repliegue o aislamiento frente a la penetración de los intercambios globales. En ese sentido, la aspiración de una renovada política de clase debiera salvar y evitar el efímero encanto de cierta forma nociva de política de la identidad que parece haberse instalado en un importante sector de la izquierda contemporánea¹⁴⁰. Debe sumarse aquí la necesidad de evadir aquellos sueños primitivistas de retornar a modos de producción preindustriales y a una relación con la naturaleza esbozada en términos *new age*¹⁴¹, todo ello animado por la pretensión vana y carente de radicalidad según la cual es posible formular alternativas emancipatorias por fuera del intercambio global.

A propósito de la actual realidad del trabajo productivo, en el escenario global contemporáneo es importante reconfigurar el *locus* desde el que se articulan las plataformas de resistencia y construcción de las estrategias emancipatorias. Ya el fordismo comenzó a mostrar a la política de izquierda –construida desde los salones asamblearios

ciudadanía en su conjunto, como fue el caso en la mayor parte de países desarrollados más afectados por la crisis de 2008.

140 Srnicek y Williams llaman a algunas de estas variantes de pensamiento de izquierda “folk politics”. Cf. Nick Srnicek y Alex Williams, *Inventing the future. Postcapitalism and a world without work*, (Londres: Verso, 2015): 5 ss.

141 Cf. Michael Becker, “Anarcho-Primitivism: The Green Scare in Green Political Theory”, presentado en la Conferencia Anual de la Asociación de Ciencia Política división oeste, 2010, <https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=1580329>.

fabriles– que en el futuro los procesos de automatización podrían minar la acción colectiva¹⁴²; y los adelantos en procesos de producción, así como en la tecnificación de la cadena de suministro empresarial, transforman radicalmente el espacio mismo de operación del capital¹⁴³. Ello, desde luego, no implica que el trabajo no siga siendo subsumido por el capital ni que su explotación haya desaparecido como factor clave de la acumulación capitalista, pero muestra que el lugar en que el trabajo tiene lugar es hoy incomparablemente más diverso y, en esa misma medida, la consideración de esta diversidad tiene el reto asociado de seguir apelando a la (más abstracta) polaridad trabajo-capital como la persistente clave dinamizadora de la producción. Una plataforma emancipatoria contemporánea debiera penetrar en estas nuevas variantes del fetichismo de la mercancía y del capital para articular plataformas de lucha que solo serán viables bajo un sentido de totalidad que asuma la diversidad del trabajo desde las determinaciones que las Ciencias Sociales contemporáneas han retratado en términos de su “deslocalización” e “inmaterialización” tras las sucesivas revoluciones industriales desde fines del siglo XX –por supuesto, con las precauciones ontológicas del caso para evitar un discurso puramente etéreo o idealizador de las nuevas condiciones de producción–.

Tal transformación del trabajo conlleva, adicionalmente, la necesaria ampliación del concepto de *proletariado* como clase social, para poner tal concepto en relación con la noción aun más fundamental en la filosofía de la historia marxiana, la noción de *división del trabajo*. En ese sentido, le toca a la crítica contemporánea asumir las vastas indefiniciones que, en el capitalismo transnacional, financiarizado e “inmaterial” de nuestros días, caracterizan a los conflictos

142 Cf. Michael Smith y Pascale Carayon, “New technology, automation, and work organization: Stress problems and improved technology implementation strategies”, *International Journal of Human Factors in Manufacturing*, vol. 5, n. 1, (1995): 99-116.

143 Cf. Nick Srnicek y Alex Williams, *Inventing the Future*, 85 ss.

clastas y a la propia realidad de “lo clasista”. A un nivel más fundamental, pues, toca posicionar la oposición que se da en torno de la división del trabajo. Así, la oposición decimonónica entre burgueses y clase obrera manual remite a una especificidad histórica que es una de las muchas formas que cobra la contradicción más fundamental entre capital y trabajo en las sociedades capitalistas. En esta dirección, es factible congregarse y articular los distintos intereses concretos del trabajo frente al capital, aunque sea en las variadas formas del trabajo manual e intelectual, primario, secundario y de servicios, de gestión, burocrático, etc. Desde este encuadre más radical y totalizador para la crítica contemporánea, podemos insistir en el caso de los mercados financieros y bursátiles¹⁴⁴, a pesar de que allí no tiene lugar inmediatamente la producción de plusvalía, para situarlo como otro de los escenarios donde el conflicto entre capital y trabajo conoce nuevos capítulos asociados al fenómeno de la deuda.

Finalmente, una propuesta emancipatoria construida desde las lecciones del socialismo real no puede dejar de tomar en cuenta el lugar central del desarrollo científico a la par del tecnológico. Ello es de esperar, pues la apuesta teórica marxiana es esencialmente ilustrada y racionalista y, en ese sentido, apunta a una libertad humana construida desde la interrelación dinámica y consciente con la naturaleza. Precisamente, los adelantos científicos y tecnológicos que tuvieron lugar en los Estados socialistas muestran que en estos existió una especial aptitud para dirigir los recursos no hacia aquellos proyectos capaces de generar mayor rentabilidad al menor riesgo –como en los habituales adelantos de diseño y “experiencia de usuario” que Silicon Valley nos ha habituado a admirar¹⁴⁵– sino a

144 Cf. Christian Marazzi, *The violence of financial capitalism*, (Chicago: MIT University Press, 2010): [es una referencia general al texto]; y Mauricio Lazzarato, *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*, (Buenos Aires: Amorrortu, 2013)

145 Cf. Mariana Mazzucato, *El estado emprendedor*, (Madrid: RBA, 2014). Para una reseña periodística con ejemplos concretos sobre *startups* de Silicon Valley, véase

dirigir importantes recursos al emprendimiento de investigaciones con potencial generador de riqueza social. En ese sentido, toda propuesta emancipatoria construida desde el legado del socialismo real debe mirar al desarrollo tecnológico y científico como un potencial de liberación más que como un riesgo que es necesario evitar. Con la crisis medioambiental y climática en ciernes ello puede generar suspicacias, pero –como veremos en el siguiente punto– la asunción de una responsabilidad ambiental no implica un retorno a modos premodernos de producción y relacionamiento con la naturaleza.

Las condiciones ambientales y el horizonte de la sostenibilidad

El horizonte temporal desde el que Marx pensó el desarrollo del capitalismo no planteaba aún, en toda su centralidad contemporánea, preocupaciones medioambientales. No obstante, estas ya se prefiguraban a través de discusiones de Economía Política en torno a la satisfacción de necesidades, fundamentalmente frente a un panorama de explosión demográfica. En vena marxiana, esta veta –hoy asociada al pensamiento de Malthus– nos muestra que la sostenibilidad se relaciona a los patrones de consumo que se desprenden del modo de producción capitalista. En ese sentido, el sueño capitalista de penetrar cada espacio del mundo natural y social para desarrollar la producción y el intercambio de bienes en el mercado global tiene como correlato la expansión sinérgica de patrones consumistas y de operaciones industriales con impactos ambientales a gran escala¹⁴⁶. El problema es especialmente grave en países como el Perú cuya

Ben Tarnoff, “America has become so anti-innovation – it’s economic suicide”, *The Guardian*, 11 de mayo de 2017, <<<https://www.theguardian.com/technology/2017/may/11/tech-innovation-silicon-valley-juicero>>>.

146 Por ejemplo, la polución producida por las fábricas chinas puede tener efectos a miles de kilómetros (en ciudades de Estados Unidos). Véase Jintai Lin, *et. al.*, “China’s international trade and air pollution in the United States”, *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 111 (5), (2014): 1736-1741, <<https://www.pnas.org/content/111/5/1736>>.

enorme biodiversidad se ha de ver seriamente afectada por los efectos del cambio climático producidos por algunos siglos de actividad capitalista con impactos a escala planetaria, bien sea por efectos de la desglaciación, el daño irreversible a los ecosistemas o la extinción de especies animales y vegetales¹⁴⁷. Al igual que ocurre en otros países cuya economía es fuertemente primario-exportadora, en el caso del Perú, su situación ambiental se agrava con los efectos de un modelo de capitalismo extractivo basado en la exportación de *commodities* mineros.

El panorama no fue menos aciago durante el auge del socialismo real. Quizás el ejemplo más dramático de las formas socialistas del antropoceno lo encontramos en la desecación del mar de Aral, resultado de los afanes de la productividad soviética. Un proceso a gran escala para desviar sus afluentes terminó por reducir el volumen de agua del que llegó a ser el cuarto lago más grande del mundo, redirigiéndolo para regadíos, principalmente de algodón¹⁴⁸. Otros ejemplos incluyen ciudades mineras como Norlsk en Siberia, considerada uno de los lugares con mayor contaminación y polución del mundo.

La respuesta desde una política de la emancipación que quiera seguir los pasos del pensamiento de Marx no puede desatender la creciente complejización de las demandas emancipatorias frente a las consecuencias de la dominación capitalista, incluyendo en su agenda el horizonte de la sostenibilidad que hoy aparece como un imperativo, no solo para el cuidado presente de las condiciones que hacen posible la existencia humana, sino también como una forma

147 Perú es el quinto país más afectado por el cambio climático, de una lista que lidera Puerto Rico y Sri Lanka. El principal riesgo es la mayor frecuencia e intensidad del fenómeno de “El Niño”. Véase el “Global Climate Risk Index 2019”, *Germanwatch*, 7, <https://www.germanwatch.org/sites/germanwatch.org/files/Global%20Climate%20Risk%20Index%202019_2.pdf>.

148 Véase Philip Micklin, “The aral crisis: introduction to the special issue”, *Post-Soviet Geography*, 33(5), (1992): 269-282.

de justicia intergeneracional¹⁴⁹. A su turno, esta consideración emancipatoria fundamental no debiera restringirse a llamamientos éticos limitados al horizonte de un capitalismo ambientalmente responsable, los cuales serán tan viables como la lógica de la acumulación capitalista se los permita. Así, mientras algunas propuestas ecologistas promueven el reciclaje a pequeña escala en las ciudades del Primer Mundo, la producción de desechos urbanos e industriales en las economías emergentes condena al fracaso las iniciativas locales que no confrontan la lógica del capital ni el lugar medular que en ella tiene el arbitrio de los propietarios privados independientes en el ejercicio de su libertad, una libertad enmarcada en los cánones del derecho y la legalidad bajo el capitalismo. En buena cuenta, tales iniciativas colapsarán frente a la interdependencia ecológica global históricamente articulada con la existencia del mercado mundial y del aparato productivo con los que se enlaza dialécticamente.

Así, las actuales demandas emancipatorias requieren de una vuelta sobre la unidad primordial entre el ser humano y la naturaleza que es el centro de la ontología marxiana. El horizonte universal de la sostenibilidad debiera, pues, descansar en una crítica igualmente universal del modo de producción capitalista y sus efectos sobre la Naturaleza así como sobre la viabilidad de nuestra propia especie. Solo desde este sentido holista –totalizador, diríamos con Marx– y complejo de la crisis ambiental es factible que se le atienda desde sus condiciones efectivas de ocurrencia, más allá del moralismo y las demandas románticas que pululan a este respecto. Para ello, sin duda, la vieja exigencia marxiana de relacionar la crítica con las ciencias particulares –y su aporte prospectivo– aparece sin duda como una exigencia ineludible.

149 Para el caso de la ex-URSS, véase los trabajos compilados en Julian Agyeman & Yelena Ogneva-Himmelberger (eds.), *Environmental Justice and Sustainability in the Former Soviet Union*, (Cambridge M.A.: The MIT Press, 2009): 1-20.

La crítica contemporánea y su estancamiento

En tercer término, el socialismo real dependió en muchos casos de formas férreas de persecución e incluso proscripción de la disidencia política¹⁵⁰. Ello condujo no solo a una oficialización de cierto discurso –el de los partidos comunistas– sino al empobrecimiento de la capacidad autocrítica de los regímenes políticos. Es por ello que la libertad de expresión ha sido una de las banderas de los críticos que proclamaron el fin del socialismo luego de la caída del muro de Berlín.

No obstante, el nuevo bullente mercado de las ideas post Berlín no ha sido, en realidad, tan diverso. En lugares como Estados Unidos o el Reino Unido, la academia de teoría y filosofía política se ha centrado en ofrecer alternativas a formas descarnadas o salvajes de capitalismo. La vía para canalizar estas alternativas ha sido, en ese sentido, llamamientos éticos para reincorporar a la justicia como el bien supremo social. Estos llamamientos, sin embargo, se han caracterizado –especialmente en la ética aplicada de corte anglosajón– por su elevado nivel de abstracción y su sistemático desentendimiento de las condiciones materiales en las que se insertan las instituciones sociales y políticas.

Tal forma de teoría ha estado también presente en el pensamiento progresista del primer mundo. Así, la crítica parece presuponer la corrección de un análisis como el de Fukuyama (aquel que proclamaba el fin de la historia de las ideologías políticas)¹⁵¹ y, entonces, se conforma con ofrecer alternativas al capitalismo que introducen a la justicia social como valor de importancia además de la competitividad y la eficiencia de los mercados. La alternativa emancipatoria se

150 Cf. Dmitriy Gershenson y Herschel Grossman, “Cooption and repression in the Soviet Union”, *Economics and Politics*, 13(1), (2001): 31-47.

151 Cf. Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, (Nueva York: Free Press, 2006).

concibe como un perfeccionamiento de las fallas del mercado, pero no como un horizonte más allá de este. Por fuera de este matiz provisto por un progresismo políticamente correcto, poco se encuentra sobre la lógica del capital por sí misma considerada, sus formas (no salvajes) de explotación, su irracionalidad o su disposición a romper las esferas públicas y la institucionalidad estatal que, aunque supeditadas a su lógica sistémica, pueden ser desatendidas si ello no resulta de rendimientos generosos para sus negocios¹⁵².

Finalmente, en enclaves académicos más críticos, las vías teóricas hacia la emancipación han parecido atrincherarse en problemáticas muchas veces excesivamente arcanas. Este ha sido un rasgo en pensadores provenientes de la academia francesa –seducidos por arranques literarios y por la influencia del psicoanálisis de corte más lacaniano¹⁵³– e incluso de la teoría crítica frankfurtiana. Mucho del legado del pensamiento de autores como Gramsci, Lenin o Trotsky ha sido reinterpretado desde claves teóricas que han castrado en una medida importante su potencial emancipatorio. Asimismo, estas formas académicas se han desentendido en gran medida de un análisis empírico sociológico y económico, con lo que han entregado la crítica especializada a la vía libre de la tecnocracia. En esa medida, una izquierda replegada en los pabellones universitarios ha terminado por alimentar las acusaciones de inviabilidad que se articulan desde el *establishment* político.

152 Recientes fenómenos como el caso Odebrecht en países emergentes de América Latina son testimonio palpable de estas disposiciones del capital a “saltar su propia ley” para seguir creciendo. Para el caso del Perú, cf. Levy del Águila, “Corrupción, régimen político y modelo de desarrollo en el Perú”, en: *Vuelapluma*, No. 13 (2018): 62-67.

153 Uno de los muchos ejemplos podría encontrarse en la obra de Gilles Deleuze. Véase Gilles Deleuze, *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*, (Valencia: Pre-Textos, 2004): 9-32, 81 ss.

El Estado de derecho y las alternativas democrático-emancipatorias

El fin del socialismo real también apareció como el inicio del apogeo de la forma del Estado democrático de derecho como horizonte de las aspiraciones políticas a nivel mundial. Dos disciplinas académicas bullentes se encargaron de ensalzar su importancia y de proponer recetas para su consolidación: el derecho constitucional, con un discurso liberal que enfatiza en la defensa de ciertos derechos fundamentales como límite al poder público; y la ciencia política (especialmente la política comparada) que estudia las experiencias y formas que redundan en la consolidación de una democracia liberal en todo el mundo. No obstante, en el seno mismo del constitucionalismo democrático yace una tensión reconocida entre el espacio de las discusiones democráticas (potencialmente ilimitadas) y los límites que a tal discusión impone una constitución “atrincherada” de los derechos¹⁵⁴. Sobre esta tensión se construyen la mayoría de propuestas teóricas construidas en el centro de la academia contemporánea.

En oposición a tal horizonte, el socialismo real es vinculado a regímenes totalitarios o a sultanismos de legitimidad carismática en las versiones más exóticas de algunos países africanos, asiáticos y latinoamericanos. Ello automáticamente transforma toda propuesta más allá del horizonte liberal del Estado de derecho en una propuesta peligrosa que potencialmente debe ser eliminada¹⁵⁵. Estas son las coordenadas en las que se plantea el problema de las alternativas de organización política para las propuestas de emancipación, y dos han sido las estrategias para afrontar tal cuestión: asumir el discurso o propagar formas alternativas.

154 Cf. Carlos Nino, *La constitución de la democracia deliberativa*, (Barcelona: Gedisa, 1997): 13-20.

155 Cf. Steven Levitsky, *Competitive authoritarianism: hybrid regimes after the Cold War*, (Nueva York: Cambridge University Press, 2010).

De un lado, una izquierda progresista liberal ha adoptado las premisas del Estado de derecho y ha construido su propuesta de justicia social en el marco de tal horizonte. Con ello se ha aceptado que no solo es importante el reconocimiento de los derechos ciudadanos por parte de las constituciones, sino también, y en la práctica al mismo nivel, el marco constitucional para la operación del mercado. Frente a ello, las variantes más osadas de esta izquierda han apuntado algunas reformas constitucionales del lado de los derechos ciudadanos frente al mercado.

Una segunda estrategia ha hecho eco de la crítica marxiana al liberalismo (paradigmáticamente articulada en “Sobre la cuestión judía”¹⁵⁶). Estas alternativas, sin embargo, poseen una enorme variabilidad que se extiende en todo el rango de la llamada izquierda radical: anarquismo, mutualismo, comunismo, entre otras variantes. Desde luego, el abandono del Estado de derecho no es monopolio de las proclamas políticas de la izquierda, sino que se ha enarbolado desde el pensamiento reaccionario de derecha, reacio a aceptar que existan límites a la acción pública, y proclives a recuperar un *ethos* perdido en sus ensoñaciones sobre el pasado.

En este caso, la alternativa desde Marx pasaría por confrontar las insuficiencias abstractas del liberalismo en la forma de una profundización de la democracia, de una democracia cuyo posicionamiento no sea algún fetiche de neutralidad que invisibilice los intereses que le dan su forma y contenido, sino que se base en el interés del trabajo –en toda la diversidad que hemos referido líneas arriba– ante al capital. Frente a la democracia representativa propuesta por las constituciones occidentales, han surgido propuestas de “democracia radical”¹⁵⁷ para persistir en la crítica de la democracia liberal sometida a la dominación capitalista, a la vez que atentas

156 Cf. Marx, “Sobre la Cuestión Judía”.

157 Cf. Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista, hacia una radicalización de la democracia*, (Madrid: Siglo Veintiuno, 1987): 20 ss.; Chantal

a la lección que dejó el socialismo real en este terreno; esto es, hacer frente a sus derivas totalitarias y a su deslealtad frente a los proyectos revolucionarios que les dieron origen. Desde Marx, la propuesta de la “democracia radical” aparecería descentrada en lo que atañe a la discusión sobre el sujeto revolucionario, puesto que se trata de una propuesta que asume la lucha proletaria como una entre otras, sin mayor protagonismo, pero ofrece el potencial de articular diversas demandas emancipatorias en el mundo contemporáneo; en buena cuenta, de asumir la complejidad en la que se encuentran actualmente instaladas las luchas por la emancipación humana.

Ahora bien, los espacios de deliberación que supone la radicalización de la democracia no podrán ser ocupados si la organización política no genera precondiciones materiales para el ejercicio democrático. En esa medida, la democracia se revela no solo como un problema de acción colectiva sino de alocación de recursos que hagan posible y estratégico que los ciudadanos se congreguen para decidir sobre sus acciones¹⁵⁸. Así, las luchas democráticas del lado de los productores de la riqueza habrían de procurar sus condiciones de reproducción y radicalización desde su propia actividad política.

Finalmente, para cualquier posibilidad revolucionaria, esta o cualquier otra forma de congregación de esfuerzos dispuestos para tratar asuntos que conciernen a la gestión de la vida en común en el capitalismo contemporáneo, debe ir más allá de los propios horizontes marxianos en el punto siguiente: la política debe dejar de ser vista como “mal necesario”, tal cual se ha hecho desde la historia del

Mouffe, *El retorno de lo político: comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, (Barcelona: Paidós, 1999): 35 ss.

158 Cf. Nancy Fraser y Rahel Jaeggi, *Capitalism. A conversation in critical theory*, (Cambridge: Polity, 2018).

cristianismo hasta las ideologías liberales modernas¹⁵⁹. Esta reducción del valor de la política remite a su consideración meramente instrumental, sin sustancia propia. Precisamente, fue esta la valoración que de ella hicieron los totalitarismos del socialismo real. La denigraron a un mero medio y, como tal, todo lo que allí ocurriera ya no podía ser propiamente calificado de bueno o malo pues había pasado a convertirse en un asunto técnico. Las nuevas luchas por la emancipación contra el modo de producción capitalista debieran abandonar este recurso reduccionista del poder político, también caro para la civilización liberal y para los intereses del capital. Sus renovadas formas democráticas habrán de lidiar con la difícil tarea de pensar y viabilizar la política como fin y medio de libertad en pos de sacar adelante los intereses del trabajo y de los productores de la riqueza social.

El futuro es apertura y las aperturas vienen dadas por la condición finita de toda configuración social, incluyendo las estructuras de los modos de producción. Ni siquiera el fracaso del socialismo real que aquí hemos analizado puede suprimir la forja de deseos emancipatorios que finalmente configurarán renovadas apuestas ideológicas y políticas. Ahí está la explotación del trabajo, ahí el fetichismo mercantil que humilla toda humanidad, la dominación política que los legitima y hace posibles, el curso de vidas enajenadas que patéticamente danzan el ritual de su constante empequeñecimiento cotidiano. Las condiciones propiciatorias están puestas, no por algún discurso, sino por nuestra vida práctica –con todos sus discursos incluidos–.

159 Sobre este rasgo liberal en la obra de Marx, cf. Levy del Águila, “Marx y el liberalismo o el liberalismo de Marx: sobre la valoración marxiana del poder político”, en: José Manuel Bermudo (coord.), *Figuras de la Emancipación*, (Barcelona: Horsori, 2011): 15-39.

Desde esta perspectiva no se trata de descartar sin más las apuestas emancipatorias de las revoluciones que dieron origen a los regímenes del socialismo real. Menos aun de juzgarlas en términos abstractos y moralistas, quizás bajo algún relato explícita o implícitamente legitimador del capitalismo triunfante. La verdad de aquellos regímenes terminó siendo el aporte que su vida y muerte dieron a la configuración del capitalismo como el sistema de producción e intercambio de carácter universal en el que hoy vivimos. No hay pretensión cínica en esta afirmación. Se indica sí una cierta condición trágica, la de no poder superar la necesidad histórica en la que se inscribe nuestra acción y los riesgos asociados a pretender que podemos simplemente no considerar dicha necesidad. En este especial "sentido de realidad" es que se destaca la genialidad de Marx, el materialista. Tras el fracaso mundial del socialismo real, este debiera ser uno de sus más importantes legados para los nuevos proyectos emancipatorios: la emancipación humana y, por ende, su mediación socialista, no puede realizarse sino desde ciertos resultados históricos universales que forman parte del desarrollo capitalista.

Desde aquí nos asaltan algunas preguntas finales: ¿fue inútil la revolución fracasada?, ¿el deseo emancipatorio debía "sentarse a esperar" que el capitalismo vea consumada su necesidad y por fin colapse? La necesidad histórica no es un automatismo capaz de suplantar a la praxis, ni a su ser concretamente situado ni a los afanes de la voluntad que la anima. Puesto en términos de la vigencia de Marx y de las apuestas críticas del presente, los nuevos proyectos emancipatorios habrán de instalarse en la vieja tensión entre libertad y necesidad para despachar las subjetividades idealistas y apostar racionalmente por revolucionar el mundo en los términos y alcances en que pueda efectivamente ser revolucionado. A tono con la dialéctica de Marx y su sentido de la totalidad orgánica, ha de recordarse, finalmente, que libertad y necesidad, acción y circunstancias, se condicionan recíprocamente y que, de este modo, las condiciones históricas son también producidas por la libertad. En esta trama dialéctica, hay momentos para los protagonismos de la una y la otra, de

la libertad y la necesidad. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* nos ofrece, en medio de un contexto revolucionario, la ocasión en que el peso de la necesidad se sostiene con más fuerza: “Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su voluntad, bajo condiciones elegidas por ellos mismos, sino bajo condiciones directamente existentes, dadas y heredadas”¹⁶⁰. Para el caso de la conciencia revolucionaria, siempre y *en primer lugar* le corresponde el deber de atender a la *necesidad*, aunque solo sea para instalarse en el punto de vista de la libertad; esta es la principal lección que nos deja el fracaso del socialismo real. De lo contrario, a las futuras generaciones, nuevamente, no les quedará sino recaer “en toda la inmundicia anterior”¹⁶¹.

160 *Loc. cit.*

161 Marx, y Engels, *La ideología alemana*, 36.

*El poder de las preguntas. Ensayos desde Marx sobre el Perú
y el mundo contemporáneo* de Omar Cavero (coordinador),
se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2019,
en los talleres gráficos de la
Asociación Fondo de Investigadores y Editores (AFINED),
Calle Las Herramientas 1873, Cercado de Lima.
Lima – Perú.

Luego de la crisis financiera del 2008, es común escuchar sobre el “retorno” de Marx.

Una obra que el discurso oficial consideraba liquidada, suscita de pronto un renovado interés. Pero el panorama es distinto al de los tiempos de “auge”. Aunque la producción marxista es activa y muestra gran vitalidad, se encuentra tanto marcada por divisiones nacionales y disciplinares como situada en un ámbito académico alejado de la actividad política y de sus interrogantes.

El poder de las preguntas. Ensayos desde Marx sobre el Perú y el mundo contemporáneo se propone colaborar en el tejido de puentes dentro de la producción marxista peruana y latinoamericana, así como entre ésta y las organizaciones sociales y políticas. El libro reúne a autores que se desempeñan en Perú, Argentina y México, quienes fueron invitados a realizar análisis marxistas sobre un conjunto de temas centrales de la realidad peruana y del mundo contemporáneo.

Los ensayos aquí reunidos abren agendas para la reflexión, investigación y acción. Antes que un marxismo de repetición, el lector encontrará un marxismo de creación. Concebimos que la obra marxista es fundamentalmente crítica. Su poder radica en el poder de sus preguntas.

ISBN: 978-612-4109-50-8

